IAN KERSHAW

DESCENSO A LOS INFIERNOS

EUROPA 1914-1949

CRÍTICA

Índice

Portada
Mapas
Agradecimientos
Prólogo
Introducción: La era de autodestrucción de Europa
1. Al borde del abismo
2. El gran desastre
3. Una paz turbulenta
4. Bailando sobre el volcán
5. Las sombras se adensan
6. Zona de peligro
7. Hacia el abismo
8. El infierno en la tierra
9. Transiciones silenciosas durante las décadas oscuras
10. Resurgir de las cenizas
Bibliografía selecta
Lista de ilustraciones
Imágenes
Notas
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Cambios territoriales en Europa a raíz de la Primera Guerra Mundial

FINLANDIA
Oslo
Helsinki
Leningrado
Estocolmo
Tallin
SUECIA
ESTONIA
Mar Báltico
Riga
Moscú
LETONIA
Copenhague
Memel
LITUANIA
Kaunas
RFSS DE RUSIA
Danzig
PRUSIA ORIENTAL
Vilna
U N I Ó N
Corredor Polaco
RSS DE BIELORRUSIA
Berlín
Varsovia
S O V I É T I C A
Brest-Litovsk
DE WEIMAR)
POLONIA
SILESIA
Kiev
Praga
3
Teschen
GALICIA
RSS DE UCRANIA
CHECOSLOVAQUIA
Viena
BESARABIA
AUSTRIA
Budapest
TRAN-SILVANIA
CRIMEA
HUNGRÍA
RUMANÍA
Trieste
Fiume
Bucarest
DOBRUJA
Mar Negro
Belgrado
REINO DE SERBIOS, CROATAS Y ESLOVENOS
Mar Adriático
BULGARIA
MONTE-NEGRO
Sofía
Roma
Estambul
Ankara
ALBANIA
Nápoles
Tesalónica
T U R Q U Í A
GRECIA
Esmirna
Atenas
SICILIA
DODECANESO (Italia)
CHIPRE (Reino Unido)
MALTA (Reino Unido)

Europa durante el nazismo, finales de 1942
N
ISLANDIA
NORUEGA
SUECIA
Irlanda del Norte
DINAMARCA
GRAN BRETAÑA
EIRE
Hamburgo
Danzig
Berlín
HOLANDA
GRAN ALEMANIA
OCÉANO ATLÁNTICO
BELGICA
Praga
PROTECTORADO DEL REICH DE BOHEMIA Y MORAVIA
Viena
FRANCIA
SUIZA
HUN
CROACIA
ITALIA
Mar Adriático
PORTUGAL
ESPAÑA
Córcega
Cerdeña
Mar Mediterráneo
Sicilia
Malta
MARRUECOS
ARGELIA
TÚNEZ

Gran Alemania
Potencias que colaboraban con el Eje
Territorios bajo ocupación alemana
Italia y sus territorios
Países neutrales
0 200 400 millas
0 200 400 kilómetros
FINLANDIA
UNIÓN DE REPÚBLICAS
SOCIALISTAS SOVIÉTICAS
Moscú
REICHSKOMMISSARIAT
OSTLAND
Stalingrado
GOBIERNO GENERAL DE POLONIA
Cracovia
Kiev
REICHSKOMMISSARIAT DE UCRANIA
Mar Caspio
GRIA
RUMANIA
Mar Negro
SERBIA
MONTE-NEGRO
BULGARIA
ALBANIA
GRECIA
TURQUÍA
IRÁN
SIRIA
IRAK
CHIPRE
LÍBANO

Cambios territoriales en Europa a raíz de la Segunda Guerra Mundial

Agradecimientos

Un libro como éste depende más que la mayoría de las sugerencias y los ánimos prestados por otros, a veces incluso sin ser conscientes de la ayuda que prestan. En muchos y diversos sentidos deseo expresar mi agradecimiento a: Joe Bergin, Richard Bessel, John Breuilly, Franz Brüggermeier, Chris Clark, Paul Corner, David Dilks, Christopher Duggan, Richard Evans, Detlef Felken, Jürgen Förster, Norbert Frei, Elke Fröhlich, Mary Fulbrook, Dick Geary, Robert Gerwarth, Christian Göschel, Mike Hannah, Joe Harrison, Julia Hoffmann, Dov Kulka, Eberhard Jäckel, Margit Ketterle, Peter Liddle, Klaus A. Maier, Michael Mann, Andy Marrison, los miembros del Cambridge Modern History Seminar, Hans Mommsen, Bob Moore, Irene Nielsen, Frank O'Gorman, Peter Pulzer, Aron Rodrigue, Mary Vincent, George Wedell, Hans-Ulrich Wehler, Frieder Weitbrecht, Charlotte Woodford, Hans Woller, Jonathan Wright y Benjamin Ziemann.

Debo mucho a Gerhard Hirschfeld por facilitarme la excelente *Enciclopedia de la Primera Guerra Mundial* que él mismo editó en colaboración con otras destacadas personalidades y que constituye toda una autoridad en la materia (posteriormente ha aparecido una espléndida edición en inglés). Bernt Hagtvet fue más que amable al proporcionarme dos utilísimos volúmenes, cargados de información, que yo no había podido conseguir y que deberían ser más conocidos: la colección de artículos editados por Dirk Berg-Schlosser y Jeremy Mitchell sobre las crisis de la democracia en la Europa de entreguerras, y el libro de Stein Ugelvik Larsen sobre la transición del fascismo a la democracia a partir de 1945. Deseo también expresar mi agradecimiento a Norman Davies, que me habló de varios relatos de primera mano de los sucesos de Polonia, incluidas las fascinantes memorias del alcalde de un pueblo, Jan Słoma, y a Andreas Kossert por otras referencias a las fuentes polacas.

Especial gratitud debo a varias personas por sus comentarios críticos a mi texto. Beverly Eaton enmendó numerosos errores tipográficos. Traude Spät me hizo algunas sugerencias excelentes (tanto ella como Ulrich me brindaron la generosa hospitalidad habitual en ellos durante mis estancias en Múnich). En el ámbito de la experiencia debo dar las más efusivas gracias por sus valiosas observaciones de crítica constructiva a David Cannadine (editor general de la serie Penguin History of Europe), a Laurence Rees y a Nicholas Stargardt. Y cuando los borradores estuvieron listos, Richard Mason demostró ser un corrector de manuscritos espléndidamente meticuloso.

Como en otras ocasiones fue un placer trabajar con el excelente equipo de Penguin. Simon Winder fue, como de costumbre, un editor ejemplar. Maria Bedford y él fueron además una gran ayuda a la hora de buscar y de seleccionar las imágenes, mientras que Richard Duguid supervisó la producción con su habitual eficiencia. Mi agradecimiento también para Auriol Griffith-Jones por su primorosa confección del índice analítico. Estoy, como siempre, muy agradecido a Andrew Wylie por ser un agente literario sin par, y en la Wylie Agency a James Pullen y a Sarah Chalphant por su ayuda y sus consejos infalibles.

Betty, David y Stephen han sido en todo momento una inagotable fuente de apoyo y aliento. Betty me planteó una serie de preguntas muy pertinentes acerca de ciertos puntos de detalle que descubrió en el texto, mientras que las charlas sobre los borradores con David en el Royal Oak de Didsbury fueron sumamente divertidas a la vez que instructivas. Por último, nuestros cinco nietos, Sophie, Joe, Ella, Olivia y Henry, no han dejado de ofrecerme una maravillosa y feliz distracción del deprimente relato que he tenido que contar aquí. Esperemos que tanto ellos como otros niños de su generación gocen de una Europa futura capaz de existir sin la división, el rencor y los odios que han ensombrecido su pasado.

IAN KERSHAW,
Manchester, mayo de 2015

Prólogo

Éste es el primero de dos volúmenes sobre la historia de Europa desde 1914 hasta nuestros días. Es con diferencia la obra más difícil que me he propuesto escribir. Cada uno de los libros que he escrito hasta la fecha ha sido en cierto modo un intento por mi parte de entender mejor un problema del pasado. En este caso, el pasado reciente comporta una multiplicidad de problemas extremadamente complejos. Pero al margen de cuáles fueran las dificultades, la tentación de intentar entender mejor las fuerzas que en el pasado reciente han contribuido a configurar el mundo actual ha sido irresistible.

Naturalmente no hay una sola manera de abordar una historia de la Europa del siglo XX. Ya existen algunas obras excelentes con interpretaciones y estructuras diversas: entre ellas, cada una con una interpretación diferente del siglo, los libros de Eric Hobsbawm, Mark Mazower, Richard Vinen, Harold James y Bernard Wasserstein. El presente volumen y el que lo sigue representan necesariamente un enfoque personalizado de un siglo tan trascendental. Y como cualquier intento de abarcar un panorama tan vasto a lo largo de un período de tiempo tan dilatado, tiene que basarse en gran medida en las investigaciones pioneras llevadas a cabo por otros.

Ni que decir tiene que soy consciente de que prácticamente sobre cada frase que he escrito tenía a mi disposición una verdadera multitud de obras de especialistas, a menudo de enorme calidad. Sólo para unos cuantos aspectos, relacionados principalmente con Alemania entre 1918 y 1945, puedo decir que he llevado a cabo una investigación primaria directa. Para todo lo demás, he tenido que basarme en el excelente trabajo de otros estudiosos de campos muy distintos. Eso es algo que por fuerza habría sido inevitable, de haber tenido incluso una competencia lingüística mayor de la que poseo. Es imposible que un estudioso lleve a cabo él solo una labor de

búsqueda por los archivos de toda Europa y en cualquier caso, como invariablemente los expertos en los distintos países o en temas históricos específicos ya han realizado esa labor, semejante intento sería del todo absurdo. Por consiguiente, un repaso general como el que yo propongo tiene que basarse en los incontables trabajos y hallazgos de otros.

El formato de la serie Penguin History of Europe impide incluir la referencia a las numerosísimas obras de erudición histórica indispensables —monografías, ediciones de documentos de la época, análisis estadísticos y estudios especializados sobre cada país en particular— en las que me he basado. La bibliografía refleja algunas de las deudas más importantes que he contraído con otros estudiosos. Espero que me perdonen por la imposibilidad de citar sus obras en notas a pie de página, y que acepten la expresión de mi más profundo agradecimiento por los magníficos esfuerzos que han realizado. La originalidad del libro, por tanto, podrá apreciarse únicamente en su estructura y su interpretación: en el modo en que se escribe la historia y en la naturaleza de la discusión que se oculta tras ella.

La introducción, titulada «La era de autodestrucción de Europa», expone el marco de interpretación de este primer volumen, además de indicar el enfoque del segundo (todavía por escribir). Por lo que a la estructura se refiere, he organizado los capítulos que vienen a continuación cronológicamente, añadiendo algunas subdivisiones temáticas. Con esto pretendo reflejar mi interés por prestar atención a la forma en que se desarrolló exactamente el drama, y a la configuración específica de los acontecimientos concentrándome en períodos bastante breves, y al mismo tiempo tratando necesariamente por separado dentro de esos períodos cuáles fueron las diferentes fuerzas que contribuyeron a su formación. Así, pues, no hay capítulos dedicados expresamente a la economía, la sociedad, la cultura, la ideología o la política, si bien todos estos asuntos ocupan su lugar dentro de cada capítulo en particular, aunque no necesariamente con el mismo peso.

La primera mitad del siglo XX, que es el tema del presente volumen, estuvo dominada por la guerra. Esta circunstancia suscita sus propios problemas. ¿Cómo es posible tratar los temas amplísimos y trascendentales de la primera y de la segunda guerra mundial dentro de un volumen que

tiene una envergadura tan grande como éste? Existen bibliotecas enteras de obras dedicadas a ambos conflictos. Pero por otra parte es comprensible que el lector no espere que simplemente se le remita a otras obras (aunque por supuesto se seguirá la pista de éstas en todos los temas tratados por el presente volumen). Por consiguiente he considerado conveniente empezar todos los capítulos relacionados directamente con las dos guerras mundiales haciendo un repaso sumamente conciso del desarrollo de los acontecimientos en los frentes. Aunque descritos de forma muy sucinta —en buena medida a modo de orientación y para ilustrar en términos brevísimos la magnitud de las calamidades que determinaron la inmensidad de sus consecuencias—, es evidente que esos acontecimientos fueron cruciales. En otros casos, además, he sopesado si debía o no dar por supuesto que todos los lectores estaban familiarizados, por ejemplo, con los antecedentes de la aparición del fascismo en Italia o con el rumbo seguido por la guerra civil española, antes de decidir que, una vez más, la inclusión de un breve repaso general resultaría útil.

En todo momento me he preocupado por incorporar las experiencias personales de individuos contemporáneos de los hechos para dar una idea de lo que fue vivir aquella época, tan cercana en el tiempo a la Europa actual, pero tan distinta de ella por su naturaleza. Reconozco desde luego que la experiencia personal no es más que eso. No puede tomarse como un dato estadísticamente representativo. Pero a menudo puede ser vista como un indicador, un reflejo de unas actitudes y unas mentalidades más generales. En cualquier caso, la inclusión de las experiencias personales proporciona impresiones instantáneas muy vívidas y da una sensación, desligada de cualquier abstracción y análisis impersonal, de cómo reaccionaba la gente ante las poderosas fuerzas que zarandearon sus vidas.

Una historia de Europa no puede, por supuesto, ser una suma de historias nacionales. Lo que está en juego son las fuerzas motrices que configuraron al conjunto del continente en todos o al menos en la mayoría de sus elementos constituyentes. Una síntesis general tiene que ofrecer naturalmente una perspectiva a vista de pájaro, no una visión excesivamente detallada y reducida. Tiene por fuerza que generalizar, no ya concentrarse en las peculiaridades, aunque algunos desarrollos singulares de hecho sólo

son visibles a través de una lente más amplia. He intentado no pasar por alto ninguna zona de Europa, y a menudo me he esforzado por subrayar la historia especialmente trágica de la mitad oriental del continente. Pero inevitablemente algunos países desempeñaron un papel más importante (o más siniestro) que otros y por consiguiente merecen mayor atención. En este volumen y en el siguiente se considera que Europa incluye también Rusia (entonces la Unión Soviética); sería impensable dejar fuera a un actor tan trascendental en la historia europea, aunque una amplísima parte del Imperio Ruso (y luego Soviético) se encuentre geográficamente fuera de Europa. Análogamente, se incluye también a Turquía allí donde participó de modo significativo en los asuntos de Europa, aunque esa participación se vio notoriamente reducida a partir de 1923, una vez que se desintegró el Imperio Otomano y que se estableció el estado nación turco.

El presente volumen comienza con un repaso general de Europa antes del estallido de la primera guerra mundial. Los capítulos siguientes tratan de la contienda propiamente dicha, sus consecuencias inmediatas, la efímera recuperación de mediados de los años veinte, el doloroso impacto de la Gran Depresión, la amenaza inminente de otra guerra mundial, el desencadenamiento de otra gran conflagración al cabo de una generación, y el demoledor colapso de la civilización que produjo esta segunda guerra mundial. En ese punto interrumpo la estructura cronológica e incluyo un capítulo temático (capítulo 9), que explora varios desarrollos temáticos a largo plazo que cruzan los límites cronológicos a corto plazo de los capítulos anteriores: los cambios demográficos y socioeconómicos, la posición de las iglesias cristianas, la postura de los intelectuales y el desarrollo de los espectáculos y las diversiones populares. El capítulo final vuelve a adoptar el marco cronológico.

Había pensado concluir este primer volumen en 1945, cuando cesaron los combates de la segunda guerra mundial. Pero aunque las hostilidades acabaron oficialmente en Europa en mayo de ese año (continuaron hasta el mes de agosto contra Japón), el fatídico rumbo que siguieron los años 1945-1949 vino determinado de forma tan evidente por la guerra y las reacciones ante ella, que pensé que estaba justificado mirar un poco más allá del momento en que la paz volvió a instalarse oficialmente en el continente. En

1945 apenas eran perceptibles los contornos de la nueva Europa de posguerra; fueron haciéndose claramente visibles tan sólo de modo gradual. Por consiguiente, me pareció oportuno añadir un último capítulo que tratara del período inmediatamente posterior a la guerra, que no sólo fue testigo de una continuación de la violencia, sino que además configuró de forma indeleble la Europa dividida que emergería a partir de 1949. De modo que este primer volumen no acaba en 1945, sino en 1949.

Uno de los clisés más manidos de los comentaristas de los partidos de fútbol, cada vez que el descanso entre las dos partes del encuentro trae un cambio radical en el desarrollo del juego, es: «Estamos ante un partido en dos mitades». Resulta muy tentador pensar que el siglo XX en Europa ha sido un siglo en dos mitades, quizá con una «prórroga» añadida a partir de 1990. El presente volumen trata sólo de la primera mitad de un siglo extraordinariamente convulso; de la era en la que Europa se vio envuelta en dos guerras mundiales que amenazaron los cimientos mismos de la civilización, como si tuviera una diabólica propensión a la autodestrucción.

IAN KERSHAW,
Manchester, noviembre de 2014

Introducción
La era de autodestrucción de Europa

Las guerras de los pueblos serán más terribles que las de los reyes.

WINSTON CHURCHILL (1901)

El siglo XX de Europa fue un siglo de guerra. Dos guerras mundiales, a las que les sucedieron más de cuarenta años de «guerra fría» —fruto directo de la segunda guerra mundial—, definieron esta época. Fue un período extraordinariamente dramático, trágico y enormemente fascinante, y su historia se caracterizó por una convulsión gigantesca y una transformación increíble. Durante el siglo XX, Europa hizo un viaje de ida y vuelta al infierno. El continente, que durante casi cien años después de que acabaran las guerras napoleónicas en 1815 se había jactado de constituir el culmen de la civilización, cayó entre 1914 y 1945 en la sima de la barbarie. Pero tras una era calamitosa de autodestrucción vinieron una estabilidad y una prosperidad inimaginables hasta entonces, aunque eso sí al elevado precio de una división política insalvable. A continuación, una Europa reunificada, obligada a hacer frente a las tremendas presiones internas causadas por la intensificación de la globalización y por los graves desafíos surgidos en su interior, experimentó unas tensiones internas cada vez mayores antes incluso de que la quiebra financiera de 2008 sumiera al continente en una nueva crisis, todavía sin resolver.

El próximo libro estudiará la época iniciada a partir de 1950. Este primero, sin embargo, se fijará en la casi autodestrucción de Europa durante la primera mitad del siglo, esto es durante la época de las dos guerras

mundiales. Analiza cómo las peligrosas fuerzas surgidas de la primera guerra mundial culminaron durante la segunda en abismos de inhumanidad y destrucción casi inimaginables. Esta catástrofe, junto con los niveles sin precedentes de genocidio de los que no cabe separar el conflicto, hace de la segunda guerra mundial el epicentro y el episodio determinante de la turbulenta historia de Europa a lo largo del siglo XX.

Los siguientes capítulos analizan los motivos de esta catástrofe inmensa. Localizan esos motivos en cuatro grandes elementos de crisis generalizada relacionados entre sí: (1) la explosión del nacionalismo étnico-racista; (2) las enconadas e irreconciliables exigencias de revisionismo territorial; (3) la agudización de los conflictos de clase, a los que vino a dar un enfoque concreto la revolución bolchevique de Rusia; y (4) una crisis prolongada del capitalismo (que muchos observadores pensaron que era terminal). El triunfo del bolchevismo se convirtió en un nuevo componente vital a partir de 1917. Y lo mismo ocurrió con el estado de crisis casi constante del capitalismo, aliviado sólo durante unos pocos años a mediados de la década de 1920. Los demás elementos habían estado presentes antes ya de 1914, aunque en forma mucho menos aguda. Ninguno había sido una causa primaria de la primera guerra mundial. Pero la nueva virulencia de cada uno de ellos por separado fue un resultado crucial de la contienda. Su interacción letal generó una época de violencia extraordinaria que dio lugar a la segunda guerra mundial, mucho más destructiva incluso que la primera. Las que más sufrieron los peores efectos de la interrelación de los cuatro elementos fueron las regiones de Europa central, oriental y sudoriental, en su mayoría las más pobres del continente. La Europa occidental salió mejor librada (aunque España constituiría una excepción importante).

La desintegración del Imperio Austrohúngaro y del Impero Otomano al término de la primera guerra mundial, y las inmensas y violentas convulsiones de la guerra civil rusa que sucedió inmediatamente a la revolución, desencadenaron nuevas fuerzas de nacionalismo extremo en las que la identidad con la nación solía definirse étnicamente. Los conflictos nacionalistas y étnicos eran especialmente endémicos en la mitad oriental más pobre del continente, regiones pobladas por comunidades mixtas desde

el punto de vista étnico desde tiempo inmemorial. El odio nacionalista a menudo seleccionó a los judíos para hacerlos chivos expiatorios del resentimiento y la miseria social. En la Europa central y del este había más judíos que en la Europa occidental, y en general estaban menos integrados y pertenecían a una clase social más baja que sus correligionarios de los países del oeste. Estas regiones del centro y el este de Europa, mucho más que Alemania, fueron tradicionalmente el centro del antisemitismo más virulento. La homogeneidad étnica mayor que tradicionalmente existía en la Europa occidental, y el hecho de que sus estados nación hubieran evolucionado habitualmente a lo largo de un dilatado período de tiempo, supusieron que en ellos las tensiones, aunque no ausentes del todo, fueran menos acentuadas que en el este.

Además, los vencedores y la mayoría de los países neutrales de la primera guerra mundial se encontraban en la Europa occidental. El prestigio nacional dañado y la rivalidad por los recursos materiales, verdadera fuente de alimentación del nacionalismo étnico agresivo, desempeñaron un papel mucho más importante en el este. En el centro del continente, Alemania, el país vencido más importante y llave de la futura paz de Europa, cuyas fronteras se extendían desde Francia y Suiza por el oeste hasta Polonia y Lituania por el este, abrigaba un resentimiento enorme por el trato que le habían dispensado los países aliados vencedores y sólo fue capaz de sofocar sus ambiciones revisionistas temporalmente. Más al sur y más al este, las ruinas de los imperios austrohúngaro, ruso y otomano dieron lugar a nuevos estados nación, a menudo formados de manera improvisada en las circunstancias menos propicias imaginables. No es de extrañar que los odios nacionalistas y étnicos que envenenaban la política hicieran de esas regiones los grandes mataderos de la segunda guerra mundial.

Los conflictos nacionalistas y las tensiones étnico-raciales se vieron intensificados en gran medida por la organización territorial que se estableció en Europa después de la primera guerra mundial. Los arquitectos del Tratado de Versalles de 1919, por buenas que fueran sus intenciones, se enfrentaron a una serie de problemas insuperables al intentar satisfacer las exigencias territoriales de los nuevos países formados a partir de los restos de los viejos imperios. Las minorías étnicas constituían partes importantes

de la mayoría de los nuevos estados del centro, el este y el sudeste de Europa, y representaban una base potencial de disturbios políticos graves. Casi en todas partes las fronteras fueron objeto de disputa y las exigencias de las minorías étnicas, que habitualmente tenían que hacer frente a la discriminación de la población mayoritaria, quedaron sin resolver. Además las reasignaciones fronterizas de Versalles fomentaron peligrosos resentimientos latentes en los países que se sintieron tratados de manera injusta. Aunque Italia no tenía divisiones étnicas internas (aparte de la población en buena parte de lengua alemana del Tirol del Sur, anexionado al término de la guerra), los nacionalistas y los fascistas supieron explotar la sensación de injusticia provocada por el hecho de que un país que había estado del lado de las potencias vencedoras en la primera guerra mundial se viera privado de las ganancias a las que aspiraba a costa del territorio de lo que no tardaría en llamarse Yugoslavia. Mucho más peligrosa para la consecución de una paz duradera en Europa fue la profunda cólera de Alemania —que, como Italia, carecía de divisiones étnicas internas— por el desmembramiento de su territorio al término de la contienda; sumada a las exigencias de revisión del Tratado de Versalles, alimentaría más tarde el creciente apoyo del nazismo y, fuera de las fronteras del Reich, fomentaría el resentimiento de las minorías étnicas alemanas de Polonia, Checoslovaquia y otros países.

El estridente nacionalismo que surgió a raíz de la primera guerra mundial cobró impulso no sólo como consecuencia de las rivalidades étnicas, sino también de los conflictos de clase. La idea de unidad nacional lograría agudizarse enormemente al centrarse en los supuestos «enemigos» de clase existentes dentro y fuera del estado nación. La gigantesca convulsión económica que sucedió a la guerra y las funestas consecuencias de la gran depresión de los años treinta intensificaron enormemente los antagonismos de clase en toda Europa. Los conflictos de clase, a menudo violentos, habían marcado repetidamente, como es natural, toda la era industrial. Pero se agudizaron mucho más, comparados con la situación de los años previos a la guerra, debido a la revolución rusa y al establecimiento de la Unión Soviética. Ésta proporcionaba un modelo alternativo de sociedad, una sociedad que había derrocado el capitalismo y había creado

una «dictadura del proletariado». La eliminación de la clase capitalista, la expropiación de los medios de producción por parte del estado, y la redistribución de la tierra a gran escala representaron a partir de 1917 propuestas muy atractivas para grandes sectores de las masas empobrecidas. Pero la presencia del comunismo soviético trajo consigo también la división de la izquierda política, debilitándola de manera fatal, al mismo tiempo que fortalecía enormemente las fuerzas de la extrema derecha nacionalista. Algunos elementos revitalizados de la derecha pudieron dirigir las energías violentas de todos los que se sentían amenazados por el bolchevismo —en general las elites adineradas tradicionales, la clase media y los campesinos que poseían tierras— hacia nuevos movimientos políticos sumamente agresivos.

La contrarrevolución, lo mismo que hicieron las atractivas propuestas de la revolución en la izquierda, aprovechó el encono y las ansiedades de los conflictos de clase. Los movimientos contrarrevolucionarios consiguieron un atractivo generalizado allí donde fueron capaces de combinar el nacionalismo extremo con un antibolchevismo virulento. Una vez más, se vieron particularmente afectados los países de la Europa central y oriental, donde más cercana parecía la amenaza bolchevique. Pero el mayor peligro internacional surgió allí donde la combinación de nacionalismo extremo y de odio casi paranoico al bolchevismo dio lugar a la creación de movimientos masivos de derechas, que en Italia y luego en Alemania lograron hacerse con el poder del estado. Cuando en estos casos las energías nacionalistas y antibolcheviques cargadas de odio que habían propulsado a la derecha al poder lograron canalizarse hacia la agresión externa, la paz de Europa se vio en un peligro enorme.

El cuarto componente, que sustentaba los otros elementos e interactuaba con ellos, fue la prolongada crisis del capitalismo entre una y otra guerra. Las turbulencias masivas causadas en la economía del mundo por la primera guerra mundial, la grave debilidad de las grandes economías europeas —Gran Bretaña, Francia y Alemania— y la reluctancia de la única potencia económica importante, Estados Unidos, a comprometerse de lleno con la reconstrucción europea, precipitaron el desastre. Los problemas de Europa se vieron agravados por las repercusiones del conflicto en el resto

del mundo. Japón expandió sus mercados en el Extremo Oriente, empezando por China —sumida en la ruina como consecuencia del caos político—, a expensas de los europeos. El Imperio Británico tuvo que enfrentarse a desafíos políticos y económicos cada vez mayores, de forma particularmente notoria en la India, donde el desarrollo de una industria textil indígena y la consiguiente pérdida de mercados para sus exportaciones incrementaron las tribulaciones económicas de Gran Bretaña. Y Rusia desapareció de hecho de la economía mundial a raíz de la revolución y de la guerra civil. La crisis del capitalismo era global, pero resultó especialmente dañina para Europa.

La crisis inflacionista de comienzos de los años veinte y la crisis deflacionista de los treinta enmarcaron un *boom* económico efímero cuyos cimientos, según quedó patente, habían sido construidos sobre arena. Las dos fases de dislocación económica y social masiva, separadas por un brevísimo intervalo de bonanza, crearon un ambiente en el que las privaciones y el miedo a las privaciones avivaron considerablemente los extremismos políticos.

Los trastornos económicos por sí solos no bastarían para provocar un gran vuelco político. Para ello, esos trastornos necesitarían una crisis de legitimidad del estado sustentada en el cisma ideológico existente y en las profundas divisiones culturales que exponían a las elites del poder, ya debilitadas, a las nuevas presiones de la movilización de las masas. Ésas eran, sin embargo, las condiciones presentes en muchos rincones de Europa, especialmente allí donde el nacionalismo integral extremo, basado en una sensación generalizada de pérdida del prestigio nacional y en las expectativas frustradas de alcanzar un estatus de gran potencia, pudo fomentar un movimiento fuerte que sacara energía de la supuesta fuerza de los diabólicos enemigos a los que afirmaba hacer frente, y que se hallara en condiciones de reclamar el poder en un estado cuya autoridad era débil.

Por consiguiente, lo que se necesitó para engendrar la crisis política, socioeconómica e ideológico-cultural generalizada que puso a Europa al borde de la autodestrucción fue el acoplamiento de los cuatro elementos de la crisis. En un grado u otro, esa interacción afectó a la mayoría de países europeos, incluso en la Europa occidental. Pero en uno especialmente —

Alemania— los cuatro elementos estuvieron presentes en su forma más extrema, reforzándose unos a otros con efectos explosivos. Y cuando Adolf Hitler, aprovechando la crisis generalizada de forma magistral y con promesas de superarla mediante el uso de la fuerza, fue capaz de cimentar su control dictatorial del estado alemán, las probabilidades de evitar la catástrofe generalizada en Europa se redujeron drásticamente. Como el potencial militar, además de económico, de Alemania era tan grande (aunque temporalmente menoscabado al término de la primera guerra mundial) y como sus pretensiones revisionistas y sus ambiciones expansionistas vulneraban directamente la integridad territorial y la independencia política de tantos otros países, la probabilidad de que la crisis de Europa acabara en una nueva guerra catastrófica volvió a ser cada vez más elevada. No es de extrañar que la crisis llegara a su punto culminante en el centro y el este de Europa, que eran las zonas más desestabilizadas del continente, ni que, una vez que empezara la guerra, los territorios del este se convirtieran en el escenario de una destrucción absolutamente tremenda y de una inhumanidad casi grotesca.

La destrucción que acarreó la segunda guerra mundial alcanzó cotas desconocidas hasta entonces. Las consecuencias morales de un colapso tan profundo de la civilización se sentirían durante el resto del siglo, e incluso después. Pero curiosamente, la segunda guerra mundial, en claro contraste con el caos generado por la primera, allanó el camino para el renacimiento de Europa durante la segunda mitad del siglo. Allí donde la primera guerra mundial había dejado un legado de conflictos étnicos, fronterizos y de clase sumamente intensos, junto con una profunda y prolongada crisis del capitalismo, la segunda se llevó consigo esta concatenación de factores en su propia corriente de destrucción. La dominación de la Europa oriental por parte de la Unión Soviética sofocó a la fuerza las divisiones étnicas internas y los disturbios. La limpieza étnica a gran escala llevada a cabo en la inmediata posguerra reestructuró el mapa de la Europa central y del este. Los sueños que había acariciado Alemania de dominación de Europa quedaron extinguidos con la derrota total del país, con su destrucción y división. En la Europa occidental había una nueva predisposición a desactivar los antagonismos nacionalistas en pro de la cooperación y la

integración. Las fronteras quedaron fijadas gracias a la presencia de las nuevas superpotencias. La transformación en las ideologías estatales de la Europa occidental del antiguo antibolchevismo que había fortalecido a la extrema derecha fomentaba ahora una política conservadora estable. Y no en menor medida, el capitalismo reformado (esta vez con el liderazgo activo de Estados Unidos) provocó una prosperidad fabulosa en la mitad occidental del continente, que contribuyó a su vez a sustentar la estabilidad política. Todos estos cambios fundamentales ocurridos a partir de 1945 actuaron conjuntamente para acabar con la matriz de los elementos generadores de crisis que a punto habían estado de destruir el continente en la época de las dos guerras mundiales.

De manera trascendental, la segunda guerra mundial acabó de una vez por todas con el sistema de grandes potencias europeas rivales que luchaban por el dominio del continente, sistema que se remontaba más allá de la época de Bismarck y que de hecho databa del final de las guerras napoleónicas allá por 1815. En una Europa renacida, aunque eso sí dividida ideológica y políticamente, las únicas grandes potencias que quedaban eran Estados Unidos y la Unión Soviética, mirándose torvamente a través del Telón de Acero y encabezando la reconstrucción de estados y sociedades a su imagen y semejanza. Había además otro elemento vital: dado que ambas superpotencias poseían la bomba atómica, como sucedió a partir de 1949, y al cabo de cuatro años la bomba de hidrógeno, todavía más horriblemente destructiva, el fantasma de la guerra nuclear empezó a amenazar con unos niveles de destrucción que dejarían pequeña la devastación provocada por las dos guerras mundiales. Esta situación obligaría a todos a estar muy atentos y desempeñaría un importante papel en la creación de lo que, en 1945, parecía una era de paz en Europa sumamente improbable.

Cómo interactuaron estos elementos para transformar Europa, tanto oriental como occidental, tendrá que ser estudiado en el próximo libro. Los capítulos que vienen a continuación en éste son un intento de comprender cómo Europa se sumió en el abismo durante la primera mitad de un siglo tan violento y tumultuoso, y cómo luego, curiosamente, a los cuatro años de

tocar fondo en 1945, empezó a poner los cimientos de una recuperación asombrosa: para que una nueva Europa surgiera de las cenizas de la anterior y retomara el camino de vuelta del infierno a la tierra.

1
Al borde del abismo

¡Nos tomamos el pacifismo muy en serio! Pero tenemos que conseguir la aprobación del presupuesto de nuestra artillería.

El general Stumm en Robert Musil,
El hombre sin atributos *(1930-1942)*

Incluso por aquel entonces había premoniciones de que la entrada en la guerra habría supuesto poner fin a una era. Más conocida es la idea de presentimiento expresada por el secretario del Foreign Office británico, sir Edward Grey, el 3 de agosto de 1914: «Las lámparas están apagándose en toda Europa. No volveremos a verlas encendidas en lo que nos queda de vida». El canciller del Reich alemán, Theobald von Bethmann Hollweg, hizo una referencia similar al desastre: «Veo un destino funesto cernerse sobre Europa y sobre nuestro pueblo», exclamó cuando la perspectiva de la guerra parecía cada vez más cercana hacia finales de julio de 1914. Tres años antes, en un discurso en el Reichstag o parlamento alemán, el socialista August Bebel había afirmado, frente a las acaloradas objeciones y refutaciones de los diputados, que el peligro de una próxima guerra europea era cada vez mayor, y que un conflicto semejante habría traído la catástrofe a todo el continente: «La *Götterdämmerung* del mundo burgués se acerca», afirmó. La guerra no condujo, como insinuó Bebel, al colapso del capitalismo y al triunfo del socialismo. Pero Bebel hizo gala de su clarividencia al pronosticar que la contienda daría paso a una nueva era. El diplomático americano George Kennan describiría luego la guerra como «la

gran catástrofe seminal». Tenía razón. Fue efectivamente una catástrofe. E inauguró una nueva época —la «Guerra de los Treinta Años» del siglo XX —, en la que el continente europeo estuvo a punto de autodestruirse.

¿Una edad de oro?

La imagen de una era deslumbrante de estabilidad, prosperidad y paz, trágicamente barrida por los peligros aún por venir, fue la que perduró en la memoria, especialmente en la de las gentes de la clase privilegiada, después de la primera guerra mundial. «La edad chapada en oro» es el calificativo que dieron los americanos a los años inmediatamente anteriores a la guerra. Pero esta expresión captaba también la forma en que los europeos empezaron a ver esta época. La burguesía parisina recordaba «la belle époque» como el momento en el que la cultura francesa era la envidia del mundo, cuando París parecía el centro de la civilización. Las clases adineradas de Berlín volvían sus ojos a la «época guillermina» como si hubiera sido un período de opulencia, seguridad, y grandeza, marcado por la consecución de la categoría nacional que correspondía a la Alemania recién unida. También Viena parecía haber alcanzado el culmen de su gloria cultural, de su brillantez intelectual y de su histórica grandeza imperialista. Múnich, Praga, Budapest, San Petersburgo, Moscú y otras ciudades a lo largo y ancho del continente participaron de un mismo florecimiento de la cultura. Nuevas formas de expresión artística, desafiantes y provocativas, se adueñaron prácticamente de todas las formas del arte, la literatura, la música y el teatro en una explosión de audacia y creatividad.

En Londres, la economía era más importante que la cultura. En la capital de un imperio global, la generación posterior a la primera guerra mundial añoraría una «edad de oro» pretérita de crecimiento económico continuo, comercio floreciente y monedas estables. Como es bien sabido, el gran economista británico John Maynard Keynes escribió después de la guerra acerca del «habitante de Londres» que podía encargar «por teléfono, mientras tomaba su té del desayuno en la cama, los distintos productos del mundo entero, en la cantidad que le pareciera conveniente, con la esperanza razonable de que se los entregaran de inmediato a la puerta de casa».

Naturalmente era una perspectiva sumamente privilegiada, la de un hombre de clase y rango medio alto de la ciudad que era el centro del comercio mundial. Pocas personas de los *shtetls* de la Europa del este, de las zonas rurales empobrecidas del sur de Italia, de España, Grecia o Serbia, o de las masas urbanas hacinadas en los suburbios de Berlín, Viena, París, San Petersburgo o incluso Londres, habrían reconocido una existencia idílica como ésa. Sin embargo, esa imagen de «edad de oro» no era sólo una elucubración de posguerra.

Pese a las divisiones internas y las rivalidades nacionalistas de Europa, todos los países participaban del movimiento sin trabas de mercancías y capitales que conformaba una economía capitalista internacional interrelacionada a escala global. La estabilidad que permitía el propio desarrollo económico se basaba en el reconocimiento del patrón oro como una especie de divisa mundial, enraizada en el predomino de la City de Londres. En ella el Banco de Inglaterra tenía la llave de la estabilidad de la economía del mundo. Las ganancias invisibles procedentes de la navegación, los seguros, los intereses y las exportaciones, superaban con mucho los excedentes de las importaciones británicas. Había habido un gran incremento del suministro de oro en 1897-1898, procedente sobre todo de Sudáfrica. Pero el Banco de Inglaterra no acumuló unas reservas excesivas de oro, lo que habría perjudicado a otros países, ni las disminuyó. Las economías de Estados Unidos y de Alemania eran más dinámicas y crecían más deprisa que la de Gran Bretaña. El dominio de la economía mundial por los americanos en un determinado momento del futuro parecía probable, pero Gran Bretaña seguía acaparando la porción más grande del comercio global (aunque fuera disminuyendo) y era con mucho el mayor exportador de capitales de inversión. La rivalidad por la explotación económica del globo entre las grandes potencias estaba provocando indudablemente cada vez más tensión en la estabilidad de la economía capitalista internacional. Hasta 1914, sin embargo, el sistema que tan beneficioso había resultado para Europa, particularmente para sus regiones industrializadas, durante las décadas anteriores, seguía intacto. La confianza en la continuación de la estabilidad, la prosperidad y el crecimiento era generalizada.

Cuando se inauguró la Exposición Universal de París en 1900, se pensó que iba a exhibir una civilización floreciente, cuyo corazón era Europa, y que habría supuesto un sonoro canto de alabanza al progreso. Se pretendía poner a la vista de todo el mundo una época de nuevas tecnologías. Las gigantescas máquinas impresionaron a la gente por su potencia y su velocidad. El esplendor del «Palacio de la Electricidad», iluminado por 5.000 bombillas, literalmente deslumbró a los visitantes. Veinticuatro naciones europeas, junto con numerosos países africanos, asiáticos y latinoamericanos, además de Estados Unidos, hicieron alarde de sus elaborados pabellones, que fueron visitados, a lo largo de los seis meses siguientes, a menudo en medio de una admiración reverencial, por cerca de cincuenta millones de personas. La Europa del este, y sobre todo Rusia con sus nueve pabellones, gozó de una destacada presencia. Y la «misión civilizadora» de Europa desempeñó un papel destacadísimo. Con el imperialismo en su punto culminante, las representaciones fastuosamente exóticas de las remotas posesiones coloniales transmitían una impresión apabullante del predominio europeo en el mundo. El comercio, la prosperidad y la paz parecían garantizar la continuación ilimitada de ese predominio. Daba la sensación de que el futuro iba a ser espléndido.

El optimismo parecía justificado. Comparado con lo que había habido antes, por no hablar de lo que estaba por venir, el siglo XIX había sido pacífico. En Europa no había habido ninguna guerra general de proporciones continentales desde que el reinado de Napoleón acabara en 1815. La guerra en la lejana Crimea de 1853-1856, como las breves contiendas que habían culminado con la unificación de Alemania e Italia en 1871, no había amenazado la paz general del continente. Diez años después de la gran exposición de París un escritor inglés, Norman Angell, publicó un libro destinado a convertirse en un *best seller* internacional, *La gran ilusión*, en el que llegaba a decir que la riqueza moderna proveniente del comercio y de una economía interrelacionada a escala global hacía de la guerra algo inútil. Muchos se mostraron de acuerdo con su idea, y no sólo en Gran Bretaña. Costaba trabajo imaginar que la prosperidad, la paz y la estabilidad no continuaran en un futuro indefinido, o que pudieran ser borradas del mapa tan pronto y con tanta rapidez.

Había, sin embargo, otra cara menos agradable de Europa. El tejido social del continente estaba cambiando muy deprisa, aunque de forma muy desigual. Regiones que habían experimentado una industrialización intensa y rápida coexistían con grandes extensiones que seguían teniendo un carácter eminentemente agrícola, a menudo casi primitivo. En 1913 alrededor de cuatro quintas partes de la población trabajadora de Serbia, Bulgaria y Rumanía todavía se ganaban la vida en el campo. En Europa en general esa proporción era de más de dos quintas partes. Sólo en Gran Bretaña era de poco más de una décima parte. Y en 1913 sólo en Gran Bretaña, Bélgica y, caso sumamente sorprendente, en Suiza —todavía no en Alemania— había más de dos quintas partes de la población trabajadora empleada en la industria. La mayoría de los europeos seguía viviendo en pueblos o pequeñas ciudades. Los niveles de vida continuaban mejorando, aunque seguían siendo miserables para una gran parte de los europeos, tanto si se habían confundido con la torrencial masa de gente que buscaba trabajo en las condiciones insalubres de ciudades en rápida expansión del estilo de Berlín, Viena o San Petersburgo, como si seguían ganándose la vida a duras penas y de manera precaria en el campo. Eran muchos los que en las elecciones se decantaban por la abstención o votaban a la izquierda. La pobreza y la falta de oportunidades obligaban a gran número de gente a abandonar su tierra natal. Lejos de ver los beneficios de la prosperidad y la civilización, millones de europeos sencillamente no podían seguir esperando y escapaban. La emigración a los Estados Unidos de América llegó a su punto culminante en 1907, cuando más de un millón de europeos cruzó el Atlántico. Ese fortísimo aumento de la emigración de los primeros años del siglo —que se triplicó respecto a la década anterior— se debió al elevado número de personas que intentaban escapar de la miseria del Imperio Austrohúngaro, de Rusia, y, sobre todo, de las regiones empobrecidas del sur de Italia.

La rapidez de cambio social dio lugar a nuevas presiones políticas, que habían empezado ya a amenazar el orden político establecido. En Europa el poder político continuó en manos de la minoría durante los años inmediatamente anteriores al estallido de la primera guerra mundial. Las elites terratenientes y las viejas familias aristocráticas, a veces

emparentadas con las nuevas dinastías cuyas inmensas fortunas procedían de la industria y del capital financiero, seguían formando la clase dirigente y los mandos militares en la mayor parte de los países. Además Europa era todavía un continente de monarquías hereditarias. Sólo Suiza (cuya vieja confederación había adoptado una constitución republicana federal moderna en 1848), Francia (desde 1870) y Portugal (desde 1910) eran repúblicas. En AustriaHungría, el káiser Francisco José, que llevaba en el trono desde 1848 y reinaba sobre más de 50 millones de súbditos al frente del vastísimo Imperio multinacional de los Habsburgo, parecía simbolizar la perdurabilidad del régimen monárquico.

No obstante prácticamente en todas partes había un marco de gobierno constitucional, pluralidad de partidos políticos (aunque el derecho de sufragio estaba enormemente restringido), y un sistema legal. Incluso la autocracia rusa se había visto obligada a hacer concesiones a raíz del intento de revolución llevado a cabo en 1905, cuando el zar Nicolás II fue forzado a conceder poderes al parlamento, la Duma (que en la práctica se reveló extremadamente débil). Pero grandes sectores de la población, incluso en Gran Bretaña (considerada la cuna de la democracia parlamentaria), seguían sin tener representación política. Algunos países tenían sistemas de sufragio universal de los varones establecidos desde antiguo. En Alemania, por ejemplo, la constitución del Reich de 1871 concedía a todos los varones mayores de veinticinco años el derecho a votar en las elecciones al Reichstag (aunque siguiera vigente un derecho de sufragio sumamente restringido, que continuaba otorgando el predominio a los terratenientes, para las elecciones al parlamento de Prusia, zona de Alemania que comprendía dos terceras partes de la totalidad del territorio del Reich). En Italia, el cambio al sufragio (casi) universal de los varones se produjo mucho más tarde, en 1912. Pero al comenzar el siglo XX las mujeres no estaban autorizadas a votar en las elecciones parlamentarias en ningún país de Europa. Las campañas feministas desafiaron esta discriminación en numerosos países, aunque antes de la primera guerra mundial tuvieron muy poco éxito fuera de Finlandia (donde, pese a formar parte del Imperio Ruso, fue posible introducir cierto nivel de cambio democrático tras la frustrada revolución rusa de 1905) y de Noruega.

El cambio fundamental, que las elites de todos los países vieron como una amenaza para su poder, había venido de la mano de la aparición de los partidos políticos y los sindicatos de la clase obrera. La «Segunda Internacional» de los partidos socialistas europeos había sido instituida en 1889 como organización-paraguas con el fin de coordinar las exigencias programáticas de los partidos nacionales. La mayoría de esos partidos seguían ligados de una forma u otra a la doctrina revolucionaria expuesta por Karl Marx y Friedrich Engels. Su ataque al carácter intrínsecamente explotador del capitalismo y su propaganda de una nueva sociedad basada en la igualdad y la distribución justa de la riqueza, tenían un atractivo evidente y cada vez mayor para muchos integrantes de la clase trabajadora, pobre y necesitada, de la industria. Los intentos por parte de las elites dirigentes de proscribir o suprimir los partidos obreros y los sindicatos, cada vez más numerosos, habían fracasado. Los trabajadores habían empezado a organizar la defensa de sus intereses mejor que nunca. Así lo reflejaba la rápida expansión de los sindicatos. En 1914 las organizaciones sindicales tenían en Gran Bretaña más de cuatro millones de afiliados, en Alemania más de dos millones y medio, y en Francia cerca de un millón.

En la mayoría de los países europeos, a comienzos de siglo los partidos socialistas y otros movimientos de diverso tipo habían conseguido hacerse oír y habían ido ganando cada vez más apoyo. Los socialistas franceses dejaron a un lado sus divisiones y se unieron en 1905, declarando que eran «no un partido de reforma, sino un partido de lucha de clases y de revolución». Poco antes de que diera comienzo la primera guerra mundial la *Section Française de l'Internationale Ouvrière* había conseguido el 17 % del voto popular y había obtenido 103 escaños en la Cámara de los Diputados del parlamento francés. En Alemania, los intentos de Bismarck de suprimir la socialdemocracia habían fracasado estrepitosamente. Desde 1890, con un programa marxista, el Partido Socialdemócrata de Alemania (el SPD) se había convertido en el movimiento socialista más numeroso de Europa, contando con más de un millón de afiliados antes del estallido de la guerra. En las elecciones al Reichstag (el parlamento alemán) de 1912, los

socialdemócratas obtuvieron más apoyos que cualquier otro partido, consiguiendo casi un tercio de los escaños y haciendo que las clases dirigentes de Alemania sintieran un escalofrío recorrerles la espina dorsal.

En las zonas menos avanzadas económicamente de Europa, el socialismo organizado, independientemente de la retórica, frenó la combatividad directa y la canalizó hacia la acción parlamentaria no revolucionaria. En Francia Jean Jaurès consiguió un seguimiento importantísimo defendiendo, a pesar de la retórica del partido socialista, no la revolución, sino una senda parlamentaria hacia el socialismo. El partido socialdemócrata alemán, aunque ligado retóricamente a su doctrina marxista, intentó en la práctica obtener el poder a través de las urnas. En Gran Bretaña, el partido laborista (que adoptó ese nombre en 1906) había surgido a partir de los sindicatos y reflejaba los intereses pragmáticos de éstos más que cualquier tipo de utopismo revolucionario. El mensaje marxista fue pasado por alto y se favoreció otro no revolucionario que aseguraba que no era necesario derrocar el capitalismo, pues podía ser reformado, en definitiva, en beneficio de la clase trabajadora. El poder del estado, se presumía, podía ser transformado por medios pacíficos para que representara los intereses de la clase obrera. Los trabajadores de gran parte de la Europa occidental, septentrional y central eran pobres, pero estaban menos manifiestamente empobrecidos y eran menos combativos que en épocas anteriores. Tenían algo más que perder, aparte de sus cadenas. Y en su mayoría dieron su aquiescencia a sus líderes reformistas.

En otras zonas menos desarrolladas del continente, la situación era distinta. La confrontación con el poder del estado era más dura. Había poca o nula difusión del poder a través de organizaciones intermedias o estructuras sociales que dieran a los ciudadanos la sensación de tener algo que ganar en su estado. El poder era en gran medida despótico y estaba jerarquizado de arriba abajo, basado sobre todo en la coacción, con una casta dirigente fuertemente arraigada, un funcionariado corrupto, y unas instituciones representativas débiles o inexistentes. Los conceptos de un progreso aparentemente ilimitado de la civilización basado en la autoridad benigna del estado y el respeto de la ley, que posteriormente formarían parte de la idea de «edad de oro» perdida de la clase media de la Europa central,

septentrional y occidental, parecían extraños desde la perspectiva de la periferia del sur y el este del continente. Huelgas, motines e insurrecciones localizados en contra del poder del estado y del «régimen burgués» se sucedieron en Cataluña y en el País Vasco durante los primeros años del siglo XX. El anarquismo, que a menudo comportaba actos esporádicos de violencia contra el estado, consiguió mucho apoyo entre los trabajadores sin tierra de Andalucía. En el sur de Italia, donde los terratenientes tenían en el bolsillo a los funcionarios estatales corruptos, los disturbios rurales violentos eran endémicos. Las partidas de bandoleros que rondaban por los campos combinaban el delito con la protesta popular defendiendo a los campesinos y los trabajadores sin tierras frente al poder del estado y los grandes terratenientes. La alarma entre los líderes europeos por la amenaza que veían en la clase obrera revolucionaria se agudizó especialmente durante una gran oleada de huelgas y turbulencias en 1905. En Rusia, el estado, obligado a hacer frente a una revolución que a punto estuvo de derrocar al zar, decidió emplear la mano dura convirtiendo la represión en auténtica violencia contrarrevolucionaria ese mismo año, cuando los soldados mataron a doscientos obreros e hirieron a varios centenares más en San Petersburgo. La revolución fue sofocada. Se hicieron concesiones, más cosméticas que transformacionales, a la representación parlamentaria, pero el poder siguió en manos del zar y de los ministros que él mismo nombraba. Para los que no tenían poder alguno, especialmente para los dirigentes del movimiento socialista, independientemente de cuáles fueran sus diferencias doctrinales, la cosa estaba clara. La autocracia zarista no podía ser reformada. Tenía que ser derribada. Consecuencia de todo ello fue la intensificación del radicalismo más absoluto del socialismo ruso.

No sólo como reacción a lo que se percibía como una amenaza de los movimientos de izquierdas, sino también para ayudar a los gobiernos con poco o nulo respaldo de las masas a ampliar la base de su apoyo, surgieron contra-movimientos de carácter populista. A menudo fueron patrocinados directa o indirectamente por industriales y terratenientes deseosos de desviar a una oposición potencial basada en criterios de clase hacia canales más fáciles de controlar. Intentaron «nacionalizar» a las masas, inspirar en ellas sentimientos de reafirmación nacionalista, imperialista y racista con la

intención de favorecer el *statu quo* político. Y en cierta medida lo consiguieron. El nacionalismo beligerante, el antisemitismo virulento y otras modalidades de racismo se hicieron habituales fuera de la minoría que se veía atraída por las doctrinas del socialismo internacional. La difusión de la educación básica, el aumento de la alfabetización y el bajo coste de los periódicos populares ofrecieron la posibilidad de extender esa influencia. La política de masas se abrió a nuevas formas de movilización tanto por la derecha como por la izquierda. Algunas viejas seguridades empezaron a desmoronarse. La clase dirigente política de las antiguas elites conservadoras y liberales empezó a sentir una nueva inseguridad.

Esa movilización de las masas podía plantear una amenaza seria al orden político y social existente, lo que condujo al psicólogo francés Gustave Le Bon a publicar en 1895 un estudio del comportamiento de las masas titulado *Psicología de las masas* (en la versión original francesa *La psychologie des foules*). Su teoría de que la racionalidad desaparece cuando el individuo se ve sometido a los impulsos irracionales y emocionales de la multitud fue muy influyente desde que comenzó el nuevo siglo (conoció cuarenta y cinco reimpresiones y se hicieron diecisiete traducciones del libro, que posteriormente se convertiría en lectura obligatoria para los aspirantes a dictadores fascistas). Por toda Europa, los impulsos emocionales que Le Bon consideraba característicos de las masas pudieron ser espoleados facilísimamente mediante los llamamientos al nacionalismo. Las elites dirigentes de Europa no vieron en el nacionalismo algo tan peligroso como el socialismo. Antes de la guerra los peligros que comportaba el fervor nacionalista fueron en realidad susceptibles de ser contenidos. No obstante, constituyeron la raíz de unas fuerzas que acabarían minando y en último término destruyendo el orden establecido.

La polarización política y la tensión reinante en materia de asuntos exteriores o la implicación en conflictos externos configuraron niveles relativos de retórica nacionalista altisonante. En España los intentos de construir la unidad del país en torno a las ideas de «regeneración nacional» fracasaron como consecuencia de la desastrosa derrota a manos de Estados Unidos y de la consiguiente pérdida de las colonias en 1898 en el curso de la que en un principio empezó siendo una guerra popular. Todos esos

intentos en cualquier caso estaban condenados al fracaso debido a la profunda división interna, regional e ideológica que sufría el país. Pero el afán combativo por forjar una nación renacida a través de la lucha contra los enemigos internos acabaría por conducir a un conflicto catastrófico.

En la mayor parte de los países la imaginería de los enemigos, internos y externos, se incorporó a una retórica que empezó a alcanzar nuevas cotas de agresividad. Los medios de comunicación azuzaban unas animosidades —por lo general intensamente xenófobas y a menudo abiertamente racistas — que los gobiernos estaban encantados de fomentar. La guerra de Sudáfrica de 1899-1902 dio en Gran Bretaña nuevos alientos a la beligerancia nacionalista extrema, calificada de «jingoísmo». En Alemania el gobierno conservador azuzó el fervor nacionalista en las llamadas «elecciones de los hotentotes» de 1907 con el fin de empañar la fama de sus adversarios socialdemócratas por su supuesta falta de patriotismo. (El hecho de que los socialdemócratas aumentaran en realidad el número de sus votantes —aunque perdieran una considerable cantidad de escaños— indica que, como en Gran Bretaña, el jingoísmo era mucho más habitual entre la clase media que entre los trabajadores.)

Organizaciones como el Alldeutscher Verband o Liga Pangermánica, el Flottenverein o Unión de la Flota, y la Liga de Defensa de Alemania —todas ellas con seguimiento sobre todo entre la clase media y la clase media baja— propugnaban una política exterior radicalmente enérgica y expansionista. Antes de 1914, seguían siendo meros grupos de presión significativos, eso sí, pero en cualquier caso al margen de la corriente política general y, por supuesto, del gobierno. Aun así, las ideas nacionalistas enérgicas habían calado por entonces prácticamente en todo el conjunto de la política, excepto en la izquierda de tendencia socialista. En Italia el constante sentimiento de humillación nacional como consecuencia de la calamitosa derrota de las fuerzas coloniales del país (con la pérdida de más de 5.000 soldados italianos) a manos del ejército abisinio en Adua en 1896, y la sensación de que el país era una «nación proletaria» sin sitio en la cabecera de la mesa de las grandes potencias imperialistas de Europa, agudizaron unos sentimientos nacionalistas rayanos en el fervor religioso, que hacían hincapié en la lucha y el sacrificio, y propugnaban un estado

antisocialista fuerte, el poderío militar y una política exterior más enérgica. Por mucho ruido que hicieran, los nacionalistas italianos estaban muy lejos de representar la opinión mayoritaria en una sociedad profundamente dividida, y en buena medida seguían constituyendo un importante quebradero de cabeza para el gobierno. Aun así, la presión nacionalista tuvo también su papel en la decisión del gobierno liberal de hacerse con una colonia mediante la invasión de Libia en 1911, lanzando la primera guerra durante la cual los bombardeos aéreos tuvieron un papel, cuando los italianos bombardearon desde un dirigible a las tropas otomanas en retirada. En Italia, como en Alemania, el nacionalismo radical seguía siendo una opción minoritaria. De no haber existido la Gran Guerra quizá hubiera seguido siendo así. Pero ya había sido echada la semilla de un posterior desarrollo pernicioso.

El nacionalismo definía cada vez más a menudo «la nación» no por el territorio, sino por la etnicidad, esto es por aquellos a los se permitía pertenecer a ella. Un nacionalista francés, Edmond Archdeacon, por ejemplo, en las elecciones de 1902 proclamó que era un «adversario declarado del internacionalismo. Como antisemita, exijo que los 150.000 judíos y sus lacayos, los 25.000 francmasones, dejen de oprimir y arruinar a los 38 millones de franceses». Representaba, según él mismo decía, a «la verdadera república, la República Francesa». De hecho, en Francia, como en otros países de Europa, el nacionalismo en cuanto movimiento político se hallaba desgarrado por las divisiones internas y era incapaz de hacerse con el poder del estado, pero a pesar de todo consiguió que los gobiernos fueran más estridentes en sus declaraciones en materia de política exterior. Y aunque la política nacionalista quedó confinada a la marginalidad en Francia, el meollo de sus ideas —una nación definida por la exclusión de todos aquellos considerados indignos de pertenecer a ella, y muy concretamente los judíos— siguió formando parte indiscutible de una cultura francesa dividida. Argumentos similares operaban en la mayor parte de Europa.

El antisemitismo era un término nuevo para designar un fenómeno ya viejo, extendido por todo el continente: el odio a los judíos. El tradicional antagonismo cristiano hacia «los asesinos de Cristo», que llevaba existiendo

desde hacía muchos siglos, seguía vigente y fue fomentado por el clero cristiano tanto protestante, como católico y ortodoxo. Otro elemento profundamente arraigado de ese odio provenía de los viejos resentimientos económicos y sociales, que se habían visto reforzados cuando los judíos se aprovecharon de la libertad que se les había concedido recientemente de extender su participación en los negocios y en la vida cultural. No tardó en hallar una forma de expresión en la transformación de los judíos en víctimas propiciatorias de cualquier revés económico. Durante las últimas décadas del siglo XIX, a las viejas modalidades de odio a los judíos, a menudo violentas, se había sumado algo mucho peor. Vinieron a sumárseles nuevas doctrinas raciales, potencialmente mortíferas, que ofrecían una justificación pseudocientífica y biológica del odio y la persecución. La antigua discriminación, bastante mala ya de por sí, desde luego, había permitido que los judíos se convirtieran al cristianismo (a veces incluso se les había obligado a hacerlo). El antisemitismo biológico excluía semejante cosa. Los judíos, según esta ideología, eran científicamente distintos desde el punto de vista racial, «por su sangre». Un judío no podía ser ya francés o alemán, del mismo modo, por ejemplo, que un gato no podía convertirse en perro. Era una doctrina que hablaba no sólo de discriminación, sino de exclusión total. Además, potencialmente abría el camino a la destrucción física.

La retórica antisemita era espeluznante. Los antisemitas alemanes utilizaron el lenguaje de la bacteriología para describir a los judíos. El alcalde de Viena, el popular y admirado Karl Lueger, había llamado a los judíos «depredadores con forma humana», y anteriormente había dicho que «el problema judío» se resolvería si fuera posible meter a todos los hebreos en un gran barco y hundirlo en alta mar. Independientemente de la retórica, parece que el antisemitismo como política había entrado en decadencia, al menos en la Europa occidental, durante la «edad de oro» que precedió a la primera guerra mundial. Esta percepción era en parte engañosa, pues el antisemitismo se integró a menudo en la corriente general del conservadurismo. La difusión de la imaginería negativa no cesó. Pero antes de la guerra, su impacto fue limitado desde el punto de vista político. A pesar del antisemitismo relegado a los márgenes de la política, los judíos

pudieron sentirse en su mayoría tranquilos en la Alemania guillermina. El ambiente en Francia, que recientemente había conocido el vergonzoso Caso Dreyfus (cuando la condena injusta de un oficial del ejército judío acusado de alta traición desencadenó una feroz oleada de antisemitismo), parecía más amenazador para los hebreos. Pero también allí mejoró la situación durante los primeros años del nuevo siglo. Mucho peor era la situación de los judíos en la Europa del este. Pogromos brutales, que dejaban tras de sí millares de judíos muertos y heridos, a menudo instigados por la policía y la administración zarista, habían empañado la fama de muchas zonas del oeste de Rusia entre 1903 y 1906. Polonia, Ucrania, Hungría, Rumanía y los países bálticos eran otras zonas en las que era endémico el odio visceral a los judíos. No fue una casualidad que precisamente esas zonas se convirtieran posteriormente y en circunstancias muy diferentes en los principales mataderos de Europa.

La cara oscura de la «edad de oro» de la civilización y el progreso de Europa se puso de manifiesto en forma embrionaria en otra corriente de pensamiento: la «eugenesia», y su pariente cercano el «darwinismo social». Sus orígenes se encuentran en la labor llevada a cabo en Londres por sir Francis Galton, que utilizó las teorías evolucionistas de su tío Charles Darwin para sostener que el talento era hereditario y que la raza humana podía ser mejorada por medio de la ingeniería genética. Ya antes de la primera guerra mundial la eugenesia había llamado la atención en otros lugares de Europa, incluidos los países escandinavos, Suiza y Alemania, así como Estados Unidos. Era considerada una ciencia «progresista». Entre sus partidarios en Gran Bretaña estaban, por ejemplo, destacados pensadores asociados con la clase dirigente liberal o con la incipiente izquierda política tales como John Maynard Keynes, lord Beveridge, H. G. Wells, Sidney Webb o George Bernard Shaw. En una carta privada escrita en 1908, más de treinta años antes de la Aktion T4 o «programa de eutanasia», el aclamado novelista inglés D. H. Lawrence contemplaba ya con buenos ojos la construcción de un una gran «cámara mortífera» a la que serían conducidos amablemente, con un suave acompañamiento musical, «todos los enfermos, los tullidos y los lisiados».

La eugenesia parecía ofrecer el potencial necesario para «erradicar» de la sociedad los rasgos que producían la criminalidad, el alcoholismo, la prostitución y otras formas de «conductas» desviadas. Acabó fundiéndose con la ideología imperialista clásica del «darwinismo social», basada en el presupuesto de que ciertos tipos raciales eran intrínsecamente superiores a otros. El propio Galton escribió en 1908 que el primer objetivo de la eugenesia era limitar el índice de natalidad de «los no aptos». La eliminación de los «enfermizos» se suponía que con el tiempo produciría una sociedad más capacitada, más sana y «mejor». Los temores a la degeneración racial a través de unas medidas de asistencia social que fomentaban la procreación entre los sectores «inferiores» de la sociedad desembocaron en nociones de eficiencia nacional.

Una revista alemana realizó en 1911 un concurso en torno a la siguiente pregunta: «¿Cuánto cuestan los elementos inferiores al estado y a la sociedad?». Lo ganó un empleado del Asilo General de Pobres de Hamburgo (que incluyó en su respuesta casi todos los gastos sociales). La esterilización de los «inferiores» fue una idea que empezó a ganar adeptos en los círculos médicos. En Alemania, un médico, Alfred Ploetz, que vinculó la eugenesia con la «higiene racial», fundó una «Sociedad Alemana de Higiene Racial», que en 1914 tenía apenas 350 miembros y cuatro sucursales en diversas ciudades del país. Ese mismo año la Sociedad especificó su exigencia de regulación de los procedimientos «cuando el aborto o la esterilización se consideren deseables desde el punto de vista médico». Sólo unas semanas antes del estallido de la guerra, el gobierno del Reich preparó un proyecto de ley que rechazaba los motivos sociales o eugenésicos para la esterilización o el aborto, permitiendo su realización sólo si existía «un peligro inmediato para la vida o la integridad física del individuo». Antes de que el borrador pudiera convertirse en ley, Alemania estaba en guerra. Al igual que el antisemitismo, la eugenesia —por no hablar de su variante de higiene racial— quizá no hubiera alcanzado nunca la importancia que llegaría a adquirir en un ambiente alterado de modo tan drástico. Aun así, los fundamentos intelectuales de los desarrollos posteriores fueron puestos en la «edad de oro» de la civilización de Europa.

Europa antes de la primera guerra mundial, pese a su apacibilidad aparente, llevaba en su seno la semilla de la explosión de violencia posterior. Las enemistades y los odios —nacionalistas, religiosos, étnicos, de clase— desfiguraban prácticamente a todas sus sociedades. Los Balcanes y el Imperio Ruso eran dos regiones especialmente violentas del continente. Tras la revolución fallida de 1905 en Rusia, algunas bandas protofascistas, a menudo apoyadas por la policía, se vengaron salvajemente de sus enemigos. En medio de brutales atropellos, los judíos fueron los que se llevaron la peor parte. En octubre de 1905 se denunciaron más de 3.000 asesinatos de hebreos en el curso de 690 pogromos. En Odesa, el más atroz de esos pogromos dejó 800 judíos muertos, 5.000 heridos, y más de 10.000 personas sin hogar. Las represalias contrarrevolucionarias acabaron con la ejecución de 15.000 opositores al régimen zarista. Peor aún era la situación en el Imperio Otomano, que se extendía a lo largo y ancho de casi todo el Oriente Próximo y Medio, gobernado por los turcos desde el siglo XV, aunque en aquellos momentos se hallaba en estado terminal de decadencia. Algunos cálculos indican que más de 80.000 armenios perecieron en el Imperio Otomano entre 1894 y 1896 durante la brutal represión emprendida en tiempos del sultán AbdulHamid II. La matanza fue provocada por los temores turcos al resurgimiento del nacionalismo armenio, alimentados entre otras cosas por el descontento económico y los antagonismos de religión y de clase, y contó incluso con la aquiescencia de la policía. Las matanzas de armenios en el Imperio Otomano continuaron esporádicamente. En 1909 fueron asesinadas otras 15.000-20.000 personas más.

Buena parte de la violencia de Europa, sin embargo, fue exportada. Incluso cuando reinaba una paz relativa y aumentaba la prosperidad en el interior, las potencias imperialistas hicieron un uso considerable de la violencia para imponer la continuación de su dominación de los territorios extranjeros y de los pueblos sojuzgados de sus colonias. Cuatro quintas partes del globo eran controladas directa o indirectamente por Gran Bretaña, Francia y Rusia. Allí donde era desafiado el gobierno imperialista, las represalias eran brutales. El káiser Guillermo II había instado a las tropas alemanas a comportarse como los hunos de Atila a la hora de sofocar

la rebelión de los Bóxers de 1900 en China. Una fuerza internacional reclutada en los diversos países europeos con intereses personales en la explotación económica de China, junto con tropas estadounidenses y japonesas, cometió atrocidades generalizadas, además de saqueos y violaciones. Según ciertos cálculos, cayeron 100.000 chinos víctimas de las masacres que acompañaron a aquella barbarie.

En algunos territorios coloniales la crueldad no conocía límites. Entre 1885 y 1908 se calcula que diez millones de hombres, mujeres y niños de la población nativa del Congo —de hecho un feudo personal del rey Leopoldo II de Bélgica— fueron asesinados en el curso de las atrocidades sin control perpetradas por sus señores coloniales, que explotaban el país para satisfacer la demanda global de caucho. Los británicos, enzarzados en una cruenta guerra de tres años de duración (1899-1902) para derrotar a los bóeres y establecer su dominio total en Sudáfrica, emplearon una despiadada estrategia de tierra quemada con el fin de acabar con las posesiones del enemigo, y establecieron lo que dio en llamarse «campos de concentración» para internar principalmente a mujeres y niños bóeres. Una cuarta parte de los cerca de 28.000 prisioneros (una buena proporción de ellos menores de dieciséis años) murió en las espantosas condiciones de hacinamiento, falta de higiene y enfermedad reinantes en ellos. Y según ciertos cálculos, en el África Sudoccidental (la actual Namibia) el 80 % de los pueblos herero y nama (quizá unas 65.000 personas en total) perdió la vida entre 1904 y 1907. Las tropas coloniales alemanas, en una acción de represalia sistemática por su sublevación contra el gobierno colonial, los acorralaron en el desierto, donde la mayoría pereció de sed y de hambre. Y muchos más fueron obligados a trabajar hasta la muerte en campos de trabajo en régimen de esclavitud (que los alemanes, adoptando la nomenclatura inglesa, empezaron a llamar «campos de concentración»).

Cuando las tensiones internacionales entre las grandes potencias empezaron a agudizarse, también lo hicieron las presiones a favor del rearme y, de paso, el reconocimiento de que la capacidad destructiva del nuevo armamento desembocaría en una guerra que no había de guardar parecido alguno con nada de lo que se había visto hasta la fecha. El zar de Rusia, Nicolás II, por lo pronto invitó en 1899 a los representantes

gubernamentales de veintiséis países a una conferencia en La Haya con el objetivo de preservar la paz y limitar el armamento «a modo de feliz propuesta para el siglo venidero». Los resultados de la conferencia —convenios generales sobre la resolución de las disputas internacionales, derecho bélico y prohibición de determinados tipos de armas por un período de cinco años— no tardaron en revelarse inútiles. Pero hablaban de la conciencia de que la continuación de la era de paz en Europa no podía darse por descontada, y de la incomodidad causada por las capacidades del armamento industrial moderno. Cada vez era mayor la sensación de que evitar no sólo la guerra, sino también los inmensos trastornos políticos y económicos a los que pudiera dar lugar, constituía una tarea urgente. La necesidad de preservar la paz de Europa y de asegurar la continuidad del crecimiento y de la prosperidad económica se propagó con nueva fuerza. Pero los líderes europeos, aunque no dejaran de abrigar esperanzas de paz, siguieron preparándose para la eventualidad de una guerra; y, si en efecto había guerra, para una victoria rápida.

¿Resbalón hacia la guerra?

Como es bien sabido, el político británico David Lloyd George escribió, una vez ocurridos los acontecimientos, que en 1914 las naciones de Europa habían «resbalado desde el borde hasta el interior del caldero humeante de la guerra sin el menor rastro de temor ni pesadumbre». El patetismo de esta frase refleja el impulso imparable hacia la guerra que se impuso durante la última semana del mes de julio de 1914, la sensación de que los acontecimientos estaban absolutamente fuera de control. Pero es un error suponer una despreocupación generalizada y una falta de inquietud por parte de todos. Tampoco habría que dar por supuesto que la guerra, cuando se desencadenó, fue un accidente, un cúmulo de errores trágicos, un resultado que no deseaba nadie, un suceso imprevisto e impredecible. Todo lo contrario; pese a las sinceras esperanzas que abrigaban la mayor parte de los responsables de tomar las decisiones, de que podría evitarse una conflagración generalizada, pese a la confusión, las vacilaciones, las profecías de catástrofe y los miedos sobrevenidos en el último momento, a

la hora de la verdad los deseos de guerra se impusieron sobre los deseos de paz. Los líderes de Europa abordaron la perspectiva de la guerra con los ojos perfectamente abiertos.

La frase de Lloyd George comporta además otra connotación, a saber la de que no existió una pulsión de guerra evidente, de que la responsabilidad del desastre fue general, no específica. Da la impresión, desde luego, de que los líderes y los diplomáticos europeos se comportaron colectivamente como borregos corriendo desenfrenadamente hacia el abismo. Y desde luego que hubo malentendidos y que la desconfianza fue generalizada —la personalidad de los principales responsables de tomar las decisiones desempeñó en todo esto un gran papel—, factores ambos que contribuyeron a empujar a las principales potencias de Europa a arrojarse por el precipicio. También es verdad que no hubo una pulsión de guerra evidente en ningún país en concreto, como tampoco la hubo una generación después. Y por supuesto que todas las grandes potencias tuvieron alguna responsabilidad de lo que sucedió. Cuando la crisis se acercaba a su punto de efervescencia, Francia fomentó la postura cada vez más belicosa de Rusia. Gran Bretaña lanzó una serie de mensajes ambiguos, y no supo actuar para apaciguar la situación y no conformarse con los pasos cada vez más peligrosos que se dieron y que culminaron en último término en la guerra. Pero una vez dicho esto, la responsabilidad de los fatídicos pasos dados hacia el estallido de una conflagración europea generalizada no fue compartida por todos en igual medida.

La parte del león de esa responsabilidad recae en aquellas potencias cuyos intereses y ambiciones irreconciliables determinaron en mayor medida el peligro de una guerra generalizada en Europa y cuya política de riesgo durante la crisis se basó en último término en su disposición a hacer uso de su fuerza militar. Cuando se llegó al punto de máxima tensión en julio de 1914, Alemania, el Imperio Austrohúngaro y Rusia habían sido las fuerzas decisivas en la crisis. Y el papel de Alemania fue el más trascendental de todos.

Alemania combinaba su ambición de convertirse en la potencia dominante de la Europa continental con un creciente temor casi paranoico de la ascendencia y hegemonía final de Rusia. Para establecer la primera y

evitar la segunda, Alemania estaba dispuesta a arriesgarse a una conflagración general en Europa. El 6 de julio de 1914 Alemania dio una garantía incondicional de apoyo al Imperio Austrohúngaro (el «cheque en blanco», como generalmente se la llama). Se basaba en la suposición de que rápidamente se produciría una acción limitada contra Serbia como castigo por el asesinato del heredero al trono austríaco, el archiduque Francisco Fernando, y su esposa Sofía, perpetrado por los nacionalistas serbios el 28 de junio de 1914 durante una visita de estado a Sarajevo. Pero eso era *sólo* una suposición. La garantía en cuestión no impuso veto alguno a las medidas de represalia que pudiera llevar a cabo Austria, aunque el peligro de un conflicto generalizado y de implicación de las grandes potencias europeas era evidente. El estímulo que dio Alemania al ultimátum de Austria a Serbia, presentado el 23 de julio con el fin premeditado de hacer que su aceptación fuera imposible, fue decisivo para convertir un asunto en un principio localizado en una crisis europea general. El ultimátum exigía que se tomaran medidas contra los mandatarios y los militares serbios relacionados con la trama urdida para llevar a cabo el asesinato, la detención de dos oficiales cuyo nombre se especificaba y la supresión de la propaganda antiaustríaca. Los puntos más irreconciliables con la protección de la soberanía serbia eran las exigencias de que representantes del Imperio Austrohúngaro colaboraran en la investigación de la trama y en la supresión del movimiento subversivo en Serbia.

Austria-Hungría, cuyo control de los Balcanes ponía en peligro la ascendencia serbia en la región y cuyo imperio multinacional se veía cada vez más amenazado por la desintegración, estaba dispuesta a enzarzar a Europa en una guerra con tal de satisfacer sus propios intereses, pero sólo mientras pudiera contar con el respaldo de Alemania. Los términos deliberadamente inaceptables del ultimátum de Austria a Serbia (desde cuyo territorio la organización terrorista llamada la «Mano Negra» había suministrado las armas para los asesinos de Sarajevo) fueron presentados con plena conciencia de que era muy probable que Rusia respaldara a los serbios, lo que de nuevo incrementaba muchísimo las probabilidades de una guerra europea generalizada. Y Rusia, ansiosa por impedir la dominación de los Balcanes por parte del Imperio Austrohúngaro (circunstancia que

habría supuesto el bloqueo de las ambiciones rusas) respondió precisamente de ese modo, es decir ofreciendo su pleno apoyo a los serbios a sabiendas de que ello hacía más probable la guerra no sólo contra el Imperio Austrohúngaro, sino también contra Alemania; y esa guerra contra Alemania habría atraído irremediablemente a los franceses (pues era bien sabido que los planes de guerra de Alemania preveían golpear a Francia además de Rusia) y, con toda probabilidad, también a los británicos.

La estrategia de alto riesgo seguida por Alemania, el Imperio Austrohúngaro y Rusia —su disposición a intensificar un conflicto esencialmente local, en vez de calmarlo, aunque ello supusiera una guerra europea a gran escala para satisfacer los objetivos de sus respectivas políticas de poder— fue en último término la que causó la catástrofe de 1914. Y de esas tres potencias, como ya señalamos, Alemania tiene una responsabilidad especial. Sin el «cheque en blanco» con el que Alemania le garantizaba su apoyo, el Imperio Austrohúngaro no se habría envalentonado y no habría presentado a Serbia un ultimátum tan inflexible. Y sin la intransigencia agresiva de Austria Rusia no habría concedido su apoyo a Serbia, con todas las consecuencias que comportaba. El «cheque en blanco» fue el desencadenante que hizo que la guerra generalizada en Europa resultara no menos, sino más probable.

En 1914 el equilibrio cada vez más incómodo reinante entre las grandes potencias —Gran Bretaña, Francia, Rusia, Alemania y el Imperio Austrohúngaro—, estrechamente vinculado con una serie de sistemas de alianzas rivales, seguía manteniéndose, pero sólo a duras penas. Una novedad ominosa a largo plazo, que conduciría al agravamiento de la tensión, había sido la aparición durante la década de 1890 de las ambiciones de Alemania por convertirse en una potencia mundial. El desafío directo iba dirigido contra el estatus de potencia mundial que ostentaba Inglaterra. La rivalidad entre Alemania e Inglaterra se intensificó. Pero en la propia Europa continental una Alemania fuerte (que venía siendo aliada de Austria-Hungría desde 1879 y de Italia desde 1882) constituía la principal amenaza para Francia y Rusia. Ese interés común trajo consigo un acercamiento bastante inverosímil entre estos dos últimos países —uno una república, el otro una monarquía autocrática—, que dio lugar a una alianza

firmada en 1894 directamente con el propósito de neutralizar el reto planteado por Alemania. A lo largo de la década sucesiva, la posición de Alemania se había visto reforzada por la resonante derrota de Rusia en 1905 —algo sorprendente para muchos por aquel entonces— a manos de la potencia en ascenso de Extremo Oriente, Japón, que sacudió los cimientos del imperio zarista. La autocracia sólo logró sobrevivir a duras penas a las turbulencias internas que siguieron a aquella derrota. Curiosamente, sin embargo, debido a una gestión económica y política inteligente, los años sucesivos fueron testigos de un verdadero *boom* de Rusia. Con la ayuda en buena parte de préstamos franceses, la economía experimentó un crecimiento impresionante. La reconstrucción militar progresó rapidísimamente. Y las viejas esperanzas de hacerse con el control del Bósforo a expensas del Imperio Otomano en creciente deterioro se reavivaron, favorecidas a su vez por la enorme mejora de las relaciones de Rusia con Gran Bretaña.

Estas dos potencias habían sido tradicionalmente rivales. Inglaterra había mostrado durante mucho tiempo su interés —hasta el punto de propiciar la guerra de Crimea de 1854— por evitar que Rusia dominara los estrechos turcos del Bósforo y los Dardanelos, fundamentales para el control del Mediterráneo y para la entrada en Oriente Medio, y por atajar cualquier amenaza potencial para la importantísima colonia de la India que pudiera provenir de la expansión rusa por Asia central. Pero la debilidad de Rusia tras su derrota a manos de Japón trajo consigo su disposición a llegar a un acuerdo con Gran Bretaña a través de un convenio firmado en 1907, que estipulaba sus respectivas esferas de influencia en Persia, Afganistán y el Tíbet, las áreas de conflicto potencial. Aquello no afectaba directamente a Alemania, pero indirectamente sí. El acuerdo alcanzado entre Rusia y Gran Bretaña, unido a la anterior alianza franco-rusa y a la Entente Cordial de 1904 entre Francia e Inglaterra (cuyo objetivo directo era el poderío de Alemania), contribuyó a rediseñar la estructura de las políticas de poder en Europa. Alemania y su principal aliado, AustriaHungría —Italia, que ni siquiera era una gran potencia, aunque sus líderes abrigaban esa pretensión, era un aliado más débil—, se vieron obligadas a hacer frente a la nueva entente recién creada entre Gran Bretaña, Francia y Rusia (bastante curiosa,

teniendo en cuenta sus viejas enemistades). Cada vez se hizo más fuerte la sensación existente en Alemania, por lo demás comprensible, de que el Reich estaba rodeado por sus enemigos.

Las alianzas enfrentadas, consideradas por el Foreign Office británico (como más tarde el armamento nuclear) un elemento disuasorio de cualquier agresión, acabaron haciendo que la guerra, cuando estallara, dejara de ser un conflicto localizado y se convirtiera en una conflagración general. Las alianzas, sin embargo, no causaron la guerra. Durante la década anterior ya había habido varias crisis graves, pero no habían desembocado en guerra. La tensión entre las grandes potencias había sido desactivada rápidamente cuando Alemania había desafiado las afirmaciones de poder de Francia en Marruecos en 1905, luego tras la anexión por la fuerza de Bosnia-Herzegovina (que oficialmente seguía formando parte del Imperio Otomano, aunque llevaba siendo ocupada por los austríacos desde hacía treinta años) por parte de Austria en 1908, y de nuevo en 1911, cuando los alemanes provocaron a los franceses con el envío de una cañonera al puerto marroquí de Agadir. Cuando en 1912 estalló la guerra en los Balcanes, zona de inestabilidad crónica, después de que la alianza formada por Serbia, Bulgaria y Grecia (la autoproclamada Liga Balcánica) intentara aprovecharse de la debilidad de los otomanos, seguida de otra guerra al año siguiente entre los propios miembros de la Liga Balcánica, a raíz del ataque de Bulgaria contra Serbia por el reparto de los despojos del primer conflicto, las grandes potencias se encargaron de que aquel enfrentamiento regional no desembocara en una conflagración generalizada.

Las tensiones entre las grandes potencias, aun así, eran palpables. Las guerras de los Balcanes habían desestabilizado todavía más una región de por sí sumamente inflamable. Antes de que pasara mucho tiempo era más que probable que se produjera otra llamarada. Además, del mismo modo que la influencia otomana en los Balcanes llevaba largo tiempo atenuándose, la otra gran potencia de la región, el Imperio Austrohúngaro, había sido percibida como un agente pasivo y débil durante las dos guerras, aun cuando aparentemente sus propios intereses se habían visto amenazados. Por consiguiente había quedado expuesto a nuevas turbulencias potenciales en los Balcanes. Los líderes rusos, cuyas

esperanzas de llegar a controlar un día los estrechos del Bósforo y los Dardanelos y de asegurarse su frontera occidental con la anexión de Galicia (la parte de Polonia que estaba en manos de los austrohúngaros) seguían vivas, tomaron nota de la debilidad de Austria.

La guerra en Europa distaba mucho de ser algo inevitable. Pero nadie estaba dispuesto a asumir riesgos por falta de preparación. Las sospechas mutuas provocaron una rápida escalada de la carrera armamentística. El gasto en defensa de las grandes potencias aumentó drásticamente —un 30 % en Alemania, un 50 % en Rusia— entre 1911 y 1913. Alemania e Inglaterra invirtieron muchísimos recursos en nuevas flotas de acorazados en la competición que mantenían por la construcción de la armada más formidable. Las dimensiones de los ejércitos de tierra aumentaron enormemente. Cuando los alemanes ampliaron el volumen de su ejército en 1913, los franceses hicieron lo mismo. También los rusos, dolidos todavía por su derrota a manos de los japoneses en 1905, decidieron reconstruir su ejército en 1913 y, como los alemanes temían y sabían que harían, planeaban un nuevo gran incremento del volumen de sus fuerzas. Austria-Hungría se quedó atrás y no estaba bien equipada para intervenir en otra cosa que no fuera una guerra regional. Su cuota de reclutas forzosos había sido fijada en 1889, y la nueva ley aprobada en 1913 con el fin de aumentarla puso de manifiesto que era demasiado tarde para salvar el abismo que separaba su ejército de los de los demás países.

Sin embargo, incluso en el Imperio Austrohúngaro, como en el resto del continente, había una proporción notablemente alta de varones en edad militar que recibieron adiestramiento para el conflicto. En 1914 millones de hombres, prestando unos ya servicio militar y otros en la reserva, estaban listos para el combate o recibían instrucción para estarlo. En el momento de su movilización plena, el ejército ruso estaba compuesto por 3,5 millones de hombres, el de Alemania por 2,1 millones, el de Francia por 1,8 millones, y el de AustriaHungría por 1,3 millones. Gran Bretaña era la única gran potencia que no tenía un ejército de reclutas forzosos con un número masivo de reservistas. Su ejército de voluntarios de unos 100.000 hombres, con experiencia sobre todo en la guerra colonial, era minúsculo comparado con el volumen de los ejércitos de las otras grandes potencias. Pero

Inglaterra contaba con la Marina Real, que le permitía dominar las rutas marítimas del mundo y era la base militar de su dominación imperial. Y además contaba con el potencial necesario para llamar a filas a una cantidad enorme de reclutas procedentes de todo su imperio mundial.

Muchos suponían que los frenos y contrapesos que habían mantenido a Europa esencialmente en paz a lo largo del siglo anterior seguirían funcionando. Había otros, sin embargo, que pensaban que la guerra no tardaría en ser irremediable. Ello se debía no sólo al aumento de la militarización y a la intensificación de las tensiones. Ambos factores reflejaban de por sí la ansiedad reinante entre las elites de las grandes potencias y su temor a que sus respectivos países tuvieran que enfrentarse a una amenaza existencial y a que el tiempo corriera en su contra. Esto significaba a su vez que en un determinado momento el estallido de una conflagración grave sería más que probable. En cualquier caso, un jugador no habría apostado demasiado a favor de que la frágil paz reinante en Europa fuera a durar indefinidamente.

Así era incluso antes del asesinato del archiduque Francisco Fernando el 28 de junio de 1914. El nacionalismo serbio se había intensificado notablemente tras la anexión de Bosnia-Herzegovina por los austrohúngaros en 1908. Los nacionalistas radicales, muchos de ellos oficiales del ejército, habían formado en 1911 una organización secreta, la «Mano Negra», cuya fuerza motriz, Dragutin Dimitrijević (llamado «Apis»), fue nombrado jefe de los servicios de inteligencia militar de Serbia en 1913. La conspiración para matar al archiduque se formó en las tenebrosas redes controladas por Apis. Varios jóvenes serbo-bosnios, entre ellos el que acabó asesinando a la pareja imperial, Gavrilo Princip, fueron reclutados para perpetrar el magnicidio. El objetivo del atentado, Francisco Fernando, heredero al trono imperial, lejos de oponerse a las minorías eslavas, deseaba conceder mayores poderes a los «eslavos del sur» con el fin de estabilizar el imperio. Pero precisamente semejante perspectiva era considerada por los radicales serbios una amenaza a las ambiciones nacionalistas de Serbia. El asesinato se produjo a raíz de un extraño incidente durante la visita oficial del archiduque y su esposa a Sarajevo. El conductor de la limusina descapotable del archiduque tomó una ruta equivocada que lo llevó a

desembocar en una calle estrecha. El motor del automóvil se caló cuando el chófer intentaba dar marcha atrás, proporcionando así a Princip una ocasión de oro para enmendar el intento fallido que había llevado a cabo anteriormente otro miembro del grupo terrorista formado por siete nacionalistas serbios fanáticos. Aun así, no había ningún motivo evidente para que el asesinato de Francisco Fernando (y de su mujer) provocara la chispa que encendiera una guerra europea generalizada. Recientemente había habido otros asesinatos, incluso de reyes, que no habían desencadenado ningún conflicto importante. El presidente francés, Sadi Carnot, había sido asesinado en 1894; el rey de Italia, Umberto I, había muerto de un tiro el 29 de julio de 1900; el propio rey de Serbia, Alejandro I, y su esposa habían sido asesinados el 11 de junio de 1903, y del mismo modo había muerto el rey Jorge I de Grecia el 18 de marzo de 1913. Que el asesinato de Francisco Fernando provocara una guerra generalizada pareció de hecho harto inverosímil hasta casi finales de julio de 1914.

Fue más de tres semanas después de los asesinatos de Sarajevo cuando el barómetro de las tensiones diplomáticas graves empezó a subir de manera notable. Sólo la última semana de julio los mercados financieros de Londres comenzaron a ponerse nerviosos por la perspectiva de la guerra. E incluso entonces siguió habiendo signos de confianza en que lograra evitarse lo peor. Todavía el 30 de julio el líder socialista francés Jean Jaurès comentó: «Habrá altibajos. Pero es imposible que las cosas no acaben saliendo bien». Al día siguiente, el 31 de julio, fue asesinado de un tiro por un ultranacionalista desequilibrado que afirmaba que Jaurès era un traidor al que había que matar. Su «traición» había consistido en trabajar por la consecución de la paz internacional.

Una respuesta obvia de Austria al asesinato de Francisco Fernando habría sido obtener «satisfacción» mediante un breve ataque de represalia para «castigar» a Serbia —considerada responsable del crimen—, cuyo ejército había quedado seriamente debilitado por las pérdidas sufridas en las recientes guerras de los Balcanes. Lo más probable es que las demás potencias lo hubieran aceptado como una represalia razonable por la muerte del heredero al trono de los Habsburgo. Llegó casi a darse por supuesto que ésa habría sido una reacción natural y justificada.

Pero incluso una acción limitada como ésa habría tardado demasiado en ser organizada. La engorrosa maquinaria gubernamental, diplomática y militar del Imperio multinacional de los Habsburgo necesitaba mucho tiempo para arrancar. Mientras el belicoso jefe del Estado Mayor General, el conde Franz Conrad von Hötzendorf, con el apoyo del ministro de Asuntos Exteriores austríaco, el conde Leopold Berchtold, presionaba para que se lanzara una guerra inmediata contra Serbia, el presidente del gobierno de la mitad húngara del imperio, el conde István Tisza, exhortaba a actuar con cautela, temiendo «la espantosa calamidad de una guerra europea». Esta falta de unidad entre los dirigentes del Imperio Austrohúngaro fue el verdadero motivo de que se buscara una garantía del respaldo de Alemania. Los austríacos pensaban que el ejército alemán era invencible; el respaldo de Alemania era una garantía sólida, aunque su acción contra Serbia desencadenara una guerra europea. Y los austríacos recibieron de Berlín la impresión de que, si la guerra era inevitable, la ocasión no podía ser más propicia.

Sin embargo, el Imperio de los Habsburgo conocía sólo dos velocidades: la lenta y el punto muerto. Muchos de los hombres necesarios para prestar servicio en el ejército eran requeridos con más urgencia todavía para trabajar en la recogida de la cosecha. De modo que una respuesta inmediata era imposible. Ya dos días después del asesinato se había señalado que iban a ser necesarios al menos otros dieciséis para movilizar a las fuerzas armadas para descargar un golpe contra Serbia. Lo cierto es que la dilación de la respuesta austríaca equivalió a una espoleta retardada que acabó provocando que todas las grandes potencias se vieran envueltas en el asunto. Cuando la crisis se agudizó, las acciones se vieron influenciadas por las mentalidades, los objetivos, las ambiciones y los temores que durante mucho tiempo habían estado gestándose.

Alemania, país unificado sólo desde 1871, pero poseedor de la economía industrial más fuerte del continente, era ambiciosa y deseaba conseguir su propio «sitio al sol», esto es convertirse en una potencia mundial capaz de rivalizar con el Imperio Británico en estatus e influencia. Al mismo tiempo Alemania temía muchísimo que el tiempo dejara de correr a su favor y que el poderío militar conjunto de sus enemigos amenazara con

bloquear sus ambiciones. El jefe del estado mayor general, el mariscal Helmuth von Moltke, ya había dejado claro en 1912, en presencia del káiser, que consideraba la guerra inevitable, «y cuanto antes mejor». Recomendó que la prensa avivara los sentimientos antirusos para conseguir que la contienda fuera popular cuando llegara. Moltke siguió siendo el principal impulsor de una guerra preventiva: un golpe rápido antes de que la propia Alemania pudiera ser atacada por Rusia, por Francia o por las dos al mismo tiempo. Durante las semanas previas al comienzo del conflicto, continuó sosteniendo que Alemania tenía que asegurarse de que la guerra, que con toda certeza iba a estallar, se produjera cuando todavía estuviera en condiciones de ganarla. Rusia habría acabado su programa de armamento en el plazo de dos o tres años, se cuenta que dijo en mayo de 1914, y el poderío de los enemigos militares de Alemania sería entonces tan grande que no sabía cómo podría ser contrarrestado. La única opción, concluía, era «llevar a cabo una guerra preventiva para aplastar al enemigo mientras todavía podamos salir airosos hasta cierto punto en la lucha».

Pero las perspectivas sombrías y pesimistas de Moltke, pese a que ocupaba el puesto más trascendental en la jerarquía militar de Alemania, no determinaron la política gubernamental. Y a Bethmann Hollweg, el canciller, le preocupaban realmente cada vez más las consecuencias de una guerra. Veía en ella un «salto en la oscuridad» y consideraba que sólo debía ser emprendida como una «obligación gravísima». Preveía incluso, en contra de lo que afirmaban algunos halcones en Alemania, que la guerra, lejos de acabar con la socialdemocracia y de eliminar su amenaza para el orden social existente, de hecho la reforzaría, «y derribaría muchos tronos». Hacia finales del mes de julio, cuando la crisis se encaminaba a su fase final y era evidente que sus iniciativas políticas habían fracasado, Bethmann Hollweg intentó «echar el freno con todas sus fuerzas» al tiempo que a todas luces iba perdiendo terreno ante las autoridades militares. Aun así, su mente estaba cerrada a los argumentos del Estado Mayor General, que aseguraba que la posición militar de Alemania estaba condenada a ser cada vez menos favorable con el paso del tiempo, mientras que la de Rusia se reforzaría enormemente, y que, por tanto, era mejor que la guerra «fuera ahora y no luego», mientras pudiera obtenerse la victoria con rapidez, y no

esperar y ver cómo empeoraban las condiciones. Como Rusia estaba aliada con Francia, la gran enemiga de Alemania por el oeste, el temor a quedar rodeados se había generalizado para entonces entre los alemanes.

Las autoridades civiles de Alemania, no las militares, siguieron manteniendo el control de las decisiones políticas hasta que se produjo la movilización de Rusia el 30 de julio, momento en el que la guerra se había hecho inevitable. Aun así, en ningún otro país tenían los militares un grado tan alto de autonomía respecto al del gobierno civil. Y cuando la crisis llegó a su punto culminante a finales de julio, la influencia de Moltke y del Estado Mayor General resultó decisiva. Las órdenes militares sustituyeron a la iniciativa política. El káiser, que aparentemente coincidía a veces con el análisis de Moltke, era, a pesar de sus bravatas beligerantes, un hombre irresoluto que se atemorizó durante la crisis e intentó en el último minuto echarse atrás y no iniciar la guerra. Pero en realidad no estaba en condiciones de controlar a sus fuerzas, mucho más poderosas que él. La planificación militar alemana era rígida en su inveterada estrategia de derrotar rápidamente a los franceses antes de volverse contra los rusos. De modo que cuando el 30 de julio el káiser exigió a Moltke que cancelara el ataque contra Francia (esperando así asegurarse la neutralidad de los ingleses) y redirigir a todo el ejército contra los rusos, su jefe de estado mayor le respondió en términos que no dejaban lugar a dudas que semejante cosa no podía hacerse. Habría supuesto convertir a aquel ejército bien adiestrado en poco más que una «chusma caótica». El despliegue del ejército, afirmó Moltke, era el resultado de años de planificación y no podía improvisarse de un día para otro. Durante la crisis, lejos de dictar la política a seguir, el káiser no pudo más que reaccionar ante las decisiones de su gobierno y, en último término, ante las órdenes de sus militares.

Hasta que por fin fue aceptada la postura de Moltke, cuando los acontecimientos llegaron a su punto culminante a finales del mes de julio, las acciones del gobierno alemán habían venido determinadas por su gravísimo error político anterior —dejar las manos libres a Austria para que tratara como quisiera la crisis serbia—, que a su vez había dejado la puerta abierta al peligro real de una conflagración europea. Ese error colosal supuso que Alemania pasara el mes de julio principalmente respondiendo a

unos acontecimientos que venían determinados por otros, a unos acontecimientos que rápidamente entraron en una espiral sobre la que ya no tenía control nadie.

A largo plazo los intereses de Rusia iban dirigidos hacia el control de los Balcanes y de los estrechos del Bósforo y los Dardanelos, vitales para su comercio y, como además controlaban el acceso al mar Negro, también para su seguridad por el sur. Rusia no podía permitir que ninguna otra potencia dominara la región. Cuando la debilidad del Imperio Otomano fue haciéndose cada vez más patente, la principal amenaza para los intereses rusos en los Balcanes era a todas luces la procedente de Austria-Hungría. Los elementos más belicosos entre las autoridades navales rusas sugirieron incluso lanzar enseguida una guerra para apoderarse de Constantinopla (como los rusos seguían llamando a Estambul) y los estrechos antes de que los turcos adquirieran los cinco nuevos Dreadnoughts que habían encargado (a los británicos). Pero semejantes ideas desempeñaron un papel insignificante o incluso nulo a la hora de determinar la actitud de Rusia durante la crisis de julio. No se preveía que los preparativos militares de Rusia estuvieran acabados antes de 1917. En 1914 no se contemplaba ningún enfrentamiento inminente con Alemania, es decir hasta que se conocieron las condiciones del ultimátum de Austria a Serbia el día 24 de julio. A partir de ese momento, el respaldo de Rusia a Serbia supuso que fuera prácticamente imposible detener el descenso hacia una guerra generalizada en Europa. Sólo las consideraciones relativas al prestigio significaban que ningún bando podía ni siquiera contemplar la posibilidad de dar marcha atrás.

El Imperio Austrohúngaro, la más débil de la tríada de grandes potencias cuyas actuaciones allanaron el camino hacia la guerra en julio de 1914, actuó en gran medida movido por el miedo a su propio futuro. La inestabilidad de los Balcanes (intensificada por la erosión de la influencia otomana), las preocupaciones por la pérdida del dominio de la región en beneficio de los rusos (que se sabía que guardaban un profundo resentimiento por la anexión de Bosnia-Herzegovina por los austríacos en 1908), y la firmeza cada vez mayor de Serbia, con la sombra del apoyo ruso a sus espaldas, causaban un gran nerviosismo en las camarillas del poder en

Viena. Aplastar a Serbia, pues, constituía una propuesta muy tentadora en julio de 1914, siempre y cuando quedara garantizado el apoyo alemán y pudiera llevarse a cabo con éxito y rapidez una guerra limitada. Pero no se realizó ninguna acción rápida de represalia por el asesinato de Francisco Fernando. Antes bien, el ultimátum del 23 de julio invitaba a que Rusia se viera envuelta (y con ella Alemania y Francia) en el conflicto que venía gestándose.

Ya el 6 de julio Alemania había manifestado a bombo y platillo su apoyo a la acción de Austria contra Serbia, considerada enteramente justificada. Serbia debía dar marcha atrás o sería castigada militarmente. En consecuencia la posición del principal aliado de Alemania en los Balcanes se vio reforzada. Nadie pensó que Rusia fuera a intervenir. Indudablemente el zar no respaldaría a los asesinos de un miembro de una familia real. Y además se creía que Rusia todavía no estaba preparada para la guerra. Las otras potencias se mantendrían como espectadoras y aceptarían el hecho consumado. No tardaría en ponerse de manifiesto cuán frágiles eran los cálculos políticos de Alemania. Que efectivamente podían estar seriamente equivocados y que implicaban un gran riesgo se reconoció, sin embargo, en el momento mismo de la entrega del «cheque en blanco». El canciller, Bethmann Hollweg, por lo pronto, admitió que «una acción contra Serbia puede dar lugar a una guerra mundial» y que ésta supondría «un vuelco total de todo lo que existe en estos momentos».

Las ulteriores dilaciones de Viena supusieron que las esperanzas alemanas de un resultado rápido a una crisis localizada se vieran frustradas efectivamente desde el primer momento. El texto del severo ultimátum a los serbios no quedó finalizado hasta el 19 de julio y pasaron otros cuatro días antes de que fuera presentado. Para entonces habían pasado ya tres semanas y media desde los crímenes de Sarajevo. Había que conceder otras cuarenta y ocho horas a los serbios para que dieran su respuesta. Lo curioso es que, temiéndose lo peor de un ataque austríaco, al principio los serbios se habían mostrado dispuestos a plegarse a las durísimas exigencias de los austríacos. Eso fue antes de que los rusos, al tanto desde hacía días de la intransigencia de los términos del ultimátum debido a una filtración, contribuyeran a endurecer la actitud de los serbios. Las autoridades rusas habían sido

incitadas a adoptar una línea dura con Austria y a ponerse del lado de Serbia, fueran cuales fueran las consecuencias, a raíz de las firmes garantías de apoyo que les habían dado sus aliados los franceses durante la visita de estado a San Petersburgo, hecha por el presidente Poincaré y el primer ministro Viviani del 20 al 23 de julio.

El presidente francés, que de niño había conocido la invasión de su Lorena natal por los prusianos, tenía sus propios intereses personales contra Alemania. Había apoyado la idea de una intervención rusa en los Balcanes en 1912, consciente de que habría podido provocar conflictos con Alemania. Entonces, como ahora, debilitar la posición de Alemania en Europa a través de un choque militar con Rusia había ido siempre en interés de Francia. En 1912 Rusia había preferido mantenerse al margen del conflicto de los Balcanes. Esta vez, los responsables de la política de San Petersburgo pensaron que habría sido un error echarse atrás. El apoyo a Serbia facilitaría los objetivos estratégicos de Rusia. Si luego eso suponía entrar en guerra con Alemania, obligada a luchar en dos frentes, los elementos más belicosos del gobierno ruso pensaron que sería una guerra que ganaría Rusia. Semejante conclusión supuso a su vez que las opciones se limitaran rápidamente. Después de la entrega del ultimátum austríaco, los acontecimientos se precipitaron. Cada vez era más verosímil la perspectiva de una guerra generalizada. Sin embargo, incluso entonces habría sido posible pararla. Pero no existía la voluntad de impedirla.

«Eso significa una guerra europea», fue la respuesta inmediata que el ministro ruso de Asuntos Exteriores, Sergéi Sazónov, dio al día siguiente al ultimátum austríaco. Poco después, Sazónov acusó a los austríacos de provocar deliberadamente la guerra, diciendo a su embajador: «Están ustedes pegando fuego a Europa». Sin embargo, como Sazónov sabía perfectamente, las acciones de los propios rusos intensificaban notoriamente las probabilidades de inflamar la situación reinante en el continente. Antes incluso de que expirara el ultimátum de Austria, el mismo 24 de julio Rusia había retirado todos los depósitos de fondos estatales colocados en Berlín (que ascendían a 100 millones de rublos). Y lo que es más significativo, había tomado la decisión de iniciar en secreto la movilización parcial del ejército (equivalente a más de un millón de

hombres) y las flotas del Báltico y del mar Negro de la Marina Imperial. El 25 de julio había dado comienzo ya el llamado «Período Preparatorio de la Guerra». Los movimientos de tropas alertaron rápidamente a los alemanes de la movilización secreta, aunque oficialmente ésta no se anunció hasta el 28 de julio. Ésa fue la fecha en la que Austria finalmente declaró la guerra a Serbia.

El impulso hacia una guerra generalizada había sido imparable. Se hicieron frenéticas e inútiles maniobras diplomáticas de última hora, unas más sinceras que otras, con el fin de atajar el estallido de una guerra europea a gran escala. Pero ya era demasiado tarde. Las esperanzas que abrigaban los alemanes de que la acción de Austria contra Serbia pudiera ser contenida y localizada se habían evaporado hacía ya tiempo. Aun así, cinco días después de que los rusos tomaran la decisión de comenzar la movilización en secreto, Alemania habría de dar todavía algunos pasos decisivos desde el punto de vista militar. El 29 de julio seguía habiendo vacilaciones en Berlín sobre si debía proclamarse o no el «estado de peligro inminente de guerra» (el último estadio antes de la movilización a gran escala). Pero aquella noche, las autoridades rusas decidieron la movilización general. Al día siguiente, 30 de julio, tras cierta demora a raíz de que el zar, en un ataque de nerviosismo, confirmara primero la orden y luego la cancelara, se proclamó por fin la movilización total.

En Berlín las órdenes militares pasaron finalmente por encima de las consideraciones políticas. El 31 de julio se declaró el «estado de peligro inminente de guerra». Una de las preocupaciones fundamentales de los alemanes era asegurarse de que los socialdemócratas, cuyo espectro de partidarios incluía entre otras algunas corrientes pacifistas muy fuertes, apoyaran la guerra. Era esencial, por tanto, que Alemania diera la impresión de verse obligada a emprender una guerra defensiva. La movilización general de Rusia proporcionó esa justificación. El canciller Bethmann Hollweg expresó su satisfacción por el hecho de que los rusos aparecieran ahora como los culpables, antes de añadir en tono fatalista: «Las cosas están fuera de control y la piedra ha empezado a rodar». El 31 de julio, a media noche, Alemania hizo público un ultimátum de doce horas a Rusia anunciando la movilización general del Reich si los rusos se negaban a

derogar su propia orden de movilización. Cuando el ultimátum expiró el 1 de agosto, sin que San Petersburgo hubiera adoptado acción alguna, Alemania declaró la guerra a Rusia. Francia se movilizó en apoyo de Rusia ese mismo día. Y dos días después, el 3 de agosto, Alemania declaraba la guerra a Francia.

Gran Bretaña, preocupada más por la perspectiva de guerra civil en Irlanda que por el incremento de la crisis en el continente, no había estado en el bando de los halcones cuando la presión en pro de la guerra empezó a intensificarse. Entre todas las grandes potencias, Inglaterra era la que menos tenía que ganar con una guerra europea. Las autoridades del país eran perfectamente conscientes de que, como dijera el 23 de julio el secretario del Foreign Office, sir Edward Grey, la guerra «comportaría el gasto de una cantidad tan grande de dinero y una interferencia tal en el comercio» que acabaría con «un hundimiento total del crédito y la industria de Europa». «Independientemente de quiénes fueran los vencedores, la guerra se llevaría muchas cosas por delante», añadió proféticamente. La mayoría de los miembros del gabinete británico, al igual que Grey, temía las consecuencias de la guerra y esperaba que se mantuviera la paz. Durante la semana siguiente el secretario del Foreign Office intentó sin demasiada firmeza estudiar las posibilidades de mediar en la resolución de la crisis. Los términos de la entente alcanzada con Rusia y con Francia no obligaban a Inglaterra a intervenir, y Grey continuó intentando contentar a unos y a otros. Una declaración firme de neutralidad por parte de Gran Bretaña, que los alemanes ansiaban que se produjera (pero con la que no contaban), quizá hubiera impedido incluso el estallido de la guerra generalizada en el último momento. Pero las desastrosas vacilaciones de Grey hicieron que el campo de maniobra de las iniciativas diplomáticas se esfumara. Y en último término Gran Bretaña no podía asumir el riesgo de que los alemanes impusieran su dominio en el continente. Ésa era la principal razón de que Inglaterra se mostrara dispuesta a combatir. Además, en el gobierno británico y también en la oposición había quienes veían la concesión de apoyo a Francia y Rusia como una cuestión de honor y de prestigio.

Inglaterra no podía permitirse el lujo de permanecer al margen de una gran guerra, sostenía sir Eyre Crowe, una voz muy influyente dentro del Foreign Office, sin ver disminuido su estatus de gran potencia.

Al final, cuando las tropas alemanas cruzaron la frontera de Bélgica, que era un país neutral, y el ultimátum británico exigiendo a Alemania el respeto de la neutralidad de Bélgica expiró el 4 de agosto a media noche, Inglaterra encontró el pretexto para declarar la guerra. Irónicamente, el Imperio Austrohúngaro, el estado cuyas actuaciones habían precipitado la crisis, fue la última de las grandes potencias en entrar en el conflicto, declarando la guerra a Rusia sólo el 6 de agosto. Francia declaró la guerra a Austria-Hungría cinco días después, y Gran Bretaña finalmente un día más tarde. Serbia, que había sido la que en un principio había hecho detonar el conflicto, tardaría otros catorce meses en tener que hacer frente a la guerra en su propio suelo. Pero en aquellos momentos Serbia era secundaria. El espectáculo principal estaba a punto de dar comienzo.

Detrás de todos estos funestos pasos hacia la guerra se escondía el miedo. Todas y cada una de las potencias temía por su propio futuro. Esos temores venían determinados en parte por las presiones internas en pro de la democratización y el socialismo o, especialmente en el caso de Austria, por unas estridentes exigencias nacionalistas que se temía que pudieran acabar por hacer trizas el imperio (como de hecho harían). Pero las grandes potencias se tenían miedo principalmente unas a otras. Alemania temía verse rodeada por sus enemigos, Francia y Rusia. Temía especialmente a Rusia y las consecuencias de que el poderío militar del régimen zarista superara al suyo, incluida una futura dominación rusa de los Balcanes, zona considerada vital para la expansión de su propia influencia. Rusia a su vez temía el control de los alemanes sobre los Balcanes, el Oriente Próximo y el trascendental cordón umbilical económico que para ella suponían los estrechos del Bósforo y los Dardanelos. Francia, invadida por Prusia apenas unos cuarenta años antes, en 1870, abrigaba un temor casi paranoico a Alemania. Inglaterra temía la pérdida de su dominio comercial y la supremacía alemana en Europa. El control de las costas de Bélgica y Francia, justo al otro lado del Canal de la Mancha, por Alemania constituía una idea intolerable. El miedo aceleró la carrera armamentística. Aceleró

también las ganas de actuar antes de que fuera demasiado tarde, de aprovechar la ocasión antes de que lo hiciera el enemigo y de encontrar la ocasión propicia. Y todas las grandes potencias tenían en común el miedo a quedar en ridículo echándose atrás cuando estuvieran al borde del abismo.

La predisposición a arrostrar la guerra vino fomentada por la creencia por parte de unos y otros de que el conflicto sería breve. Quizá fuera menos una creencia que una esperanza disfrazada de expectativa, sin tener en cuenta qué podría pasar si no lo era. Pocos responsables de la toma de decisiones de los distintos países —en todo caso sólo un puñado de individuos— expresaron su temor por las graves consecuencias de la guerra. Al margen de lo que temieran en su interior, actuaron como si la guerra fuera a ser efectivamente breve. No es que los líderes de los distintos países europeos ni sus asesores militares desconocieran la capacidad enormemente destructiva de la artillería moderna o el elevado índice de muertes que cabía esperar que provocara una nueva guerra en la que se enviara a la infantería a hacer frente al fuego de las ametralladoras. Varias décadas antes la guerra civil americana había mostrado un anticipo del elevado número de muertes que cabía esperar. Pero en Europa no se había tenido demasiado en cuenta este detalle. Ni tampoco se oyó el mensaje de los 184.000 muertos de la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Si acaso, indicaba que la simple capacidad destructiva de la guerra moderna traería consigo un resultado rápido. Al fin y al cabo, aunque aquella contienda duró sólo diez meses, la batalla fundamental, la de Sedán, había tenido lugar al cabo de sólo seis semanas. Más recientemente, los observadores habían proclamado a los cuatro vientos las elevadas bajas sufridas en el curso de la guerra ruso-japonesa de 1904-1905. Pero este conflicto también había sido breve; apenas había durado un año.

Según las experiencias relativamente recientes, cabía suponer que ésta también sería otra guerra breve. De modo que en vez de dejarse disuadir por la perspectiva de un conflicto largo y dilatado y de un sangriento callejón sin salida, los promotores del pensamiento militar de Europa quedaron suficientemente impresionados por los avances de la tecnología de la potencia de fuego como para presumir que una ofensiva rápida y móvil, por más que fuera acompañada de un elevado número de bajas, traería consigo

una victoria vertiginosa. Los estrategas militares alemanes, en particular, operaron siguiendo estas líneas. Reconocían que había que evitar a toda costa una guerra de desgaste larga, teniendo en cuenta la superioridad numérica de la alianza enemiga y el potencial estrangulamiento del esfuerzo de guerra alemán como consecuencia del bloqueo naval británico. El estado mayor general alemán, responsable de la planificación militar, llegó, por tanto, a la conclusión de que cuanto más rápida y demoledora fuera la ofensiva, más probable sería que el enemigo se viera rebasado antes de que pudiera movilizar a tiempo fuerzas defensivas adecuadas; y por consiguiente antes acabaría la guerra.

Moltke adaptó una variante del plan trazado por su antecesor en el cargo de jefe del estado mayor general, el conde Alfred von Schlieffen, en 1905, que partía de la premisa de una guerra en dos frentes, pero que proponía avanzar primero hacia el oeste a toda velocidad con el fin de dejar fuera de combate a los franceses con una ofensiva rápida de una fuerza enorme, y lanzarse a la derrota del enemigo por el este antes de que los rusos pudieran emprender el ataque. Schlieffen había pensado que sería posible efectuar un avance hacia la victoria en el plazo aproximado de un mes. Pero los franceses no ignoraban, ni mucho menos, el peligro y con un ejército de campaña de unas dimensiones comparables, estaban preparándose para responder al ataque con unas ofensivas igualmente enormes. También los rusos pensaban en una ofensiva rápida y decisiva contra la Galicia austríaca (una ofensiva contra los alemanes en Prusia Oriental se hallaba subordinada, para disgusto de los franceses, a este objetivo principal) con el fin de llegar a los Cárpatos. También los austríacos imaginaban que la mejor forma de defensa era el ataque. Pero reconocían que, aunque estaban en condiciones de cargar contra los serbios, sólo podían emprender una acción contra los rusos conjuntamente con un ataque demoledor de los alemanes contra su enemigo del este. Todos y cada uno de los adversarios continentales daban por supuesta la primacía de la acción ofensiva. Creían que ése era el camino hacia la victoria decisiva (y rápida). No existía posición de repliegue. No cabía ni siquiera contemplar

qué pasaría si no se obtenía una victoria rápida. Sólo podía significar una larga guerra de desgaste y en último término una victoria para la alianza que poseyera mayor capacidad económica además de militar.

La convicción de que la guerra era necesaria y estaba justificada, y la idea de por sí consoladora de que fuera breve —una aventura corta, apasionante y heroica—, con una victoria rápida y pocas bajas, trascendieron a las clases dirigentes de Europa y penetraron en amplios sectores de la población. Todo ello nos permite explicar por qué tantas personas en cada uno de los países beligerantes se mostraron tan entusiasmadas, casi eufóricas, cuando aumentó la tensión —no sentida a nivel de calle hasta la última semana de julio— y acabó desbordándose en una guerra en toda regla. A decir verdad, esa convicción distaba mucho de ser universal, y el entusiasmo fue mucho más limitado de lo que las primeras impresiones pudieran dar a entender. De hecho la variedad de las emociones, distintas de un país a otro, de una región a otra, de una clase social a otra, y de un credo político a otro, era amplísima, e iba desde la histeria en pro de la guerra hasta el pacifismo fervoroso en contra de ella, y desde la alegría patriotera hasta la angustia más profunda. Pero no cabe negar el júbilo generalizado que reinaba al menos en ciertos sectores de la población de las grandes capitales de Europa ante la inminente perspectiva de la guerra.

En Viena, el embajador británico informaba de que «una multitud enorme», presa de un «frenesí de júbilo», desfiló por las calles «entonando cantos patrióticos hasta altas horas de la madrugada» cuando se rompieron las relaciones diplomáticas con Serbia. El escritor pacifista austríaco Stefan Zweig recordaría después como llegó a sentirse cautivado por la atmósfera de la ciudad transformada en entusiasmo patriótico. «Había manifestaciones por las calles, banderas, cintas, y música sonando por doquier, jóvenes reclutas desfilando con paso triunfal, los rostros iluminados por la alegría.» Zweig sintió su «odio y aversión por la guerra» superados temporalmente por algo que consideraba «majestuoso, fascinante e incluso seductor». Los «ánimos de guerra», una vez aceptada la tesis de que iba a ser una lucha por

la protección frente a la tiranía zarista, se impusieron también sobre las protestas iniciales de los socialistas austríacos de a pie en actos que supusieron una amenaza para la paz.

En Berlín unas cincuenta mil personas —principalmente gentes de clase media y estudiantes— se congregaron delante del Palacio Real el 31 de julio, cuando se divulgó la noticia de la movilización de Rusia, para escuchar al káiser afirmar que «en la lucha que se nos presenta no conozco ya ningún partido entre mi pueblo. Entre nosotros ya sólo hay alemanes». En las tabernas, en los cafés y en las cervecerías, la gente se levantaba para entonar cantos patrióticos. Los jóvenes se manifestaban por las calles exigiendo que se declarara la guerra. También en otras ciudades de Alemania hubo manifestaciones jubilosas en pro de la guerra. En San Petersburgo, el zar Nicolás II saludó desde el balcón del Palacio de Invierno a una multitud enorme que lo vitoreaba y que, como obedeciendo una orden, se arrodilló ante él agitando banderas y cantando el himno nacional. En París se produjo una auténtica efusión de fervor patriótico cuando el presidente Poincaré proclamó la superación de las divisiones internas en una «unión sagrada» de todos los franceses. Los socialistas se adhirieron a ella. La furia de la clase trabajadora por el asesinato de Jaurès fue trasladada en vista de la amenaza exterior hacia la necesidad del deber patriótico y de desafío a la agresión alemana.

En la raíz de unas emociones tan extraordinarias, años y años de adoctrinamiento nacionalista en las escuelas y universidades, durante el servicio militar, en las organizaciones patrióticas y en los grupos de presión, así como en la prensa popular, habían hecho su función. Especialmente en las clases alta y media, y también entre los intelectuales y los estudiantes, predominaba el fervor nacionalista. Para muchos la guerra era bienvenida también como expresión de regeneración nacional, como una liberación de lo que se percibía como la decadencia moral de la sociedad contemporánea. En Italia, el *Manifesto del Futurismo* había expresado todo esto de manera tan gráfica como radical ya en 1909: «Queremos glorificar la guerra —única higiene del mundo—, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor». La guerra era vista como algo heroico, arriesgado, varonil: el antídoto de la decadencia nacional. Dominaba la idea de la unidad nacional,

con la superación transitoria de las divisiones internas. A los intelectuales alemanes esa nueva unidad les parecía la encarnación del «espíritu de 1914», casi una sensación de despertar religioso. Reforzaba su convicción de que la cultura alemana no sólo era distinta, sino superior a la civilización francesa, con sus raíces en la revolución y el republicanismo, por no hablar de la democracia materialista de Inglaterra. Los valores de esa cultura superior debían ser defendidos y, si era preciso, impuestos al resto de Europa.

Ni esa sensación altiva e intelectualizada de superioridad, ni el entusiasmo general por la guerra representaban con exactitud o plenamente todas las actitudes. El júbilo ante la perspectiva de la guerra quedó confinado en buena medida a las grandes ciudades. E incluso en ellas distaba mucho de ser universal. En Londres el filósofo pacifista Bertrand Russell afirmaría posteriormente haber sido testigo con asombro de cómo «los hombres y mujeres de tipo medio estaban encantados ante la perspectiva de la guerra». Algunos indicadores de la época, sin embargo, señalan que el ambiente predominante en Londres y en otros lugares de Inglaterra era de angustia e inquietud, y no de entusiasmo jingoísta, que parece haberse limitado en buena parte a algunos sectores de la clase media, especialmente a los jóvenes.

El fervor patriótico de algunos grupos de estudiantes en el centro de Berlín no encontró eco entre los trabajadores de los barrios industriales de la ciudad. El sentimiento antibelicista —o en cualquier caso la angustia ante la perspectiva de la guerra, unida al deseo de mantener la paz— fue el que predominó en ellos. También en el campo el entusiasmo bélico tuvo poco seguimiento. Se contó que «muchas de nuestras familias campesinas se hallan abrumadas por el pesar», y que la población rural tenía muy poco de lo que alegrarse ante el temor de que padres, hijos, hermanos o nietos pudieran perder la vida. Los campesinos rusos a menudo ignoraban por completo qué era aquello por lo que se les pedía que lucharan. En los pueblos de Francia predominaban la alarma, el pesimismo y la aceptación fatalista de las exigencias del deber, pero no se vio el menor signo de júbilo desmedido ante la proclamación de la «unión sagrada» hecha por Poincaré.

También dentro de la clase trabajadora industrial, y en particular entre los obreros vinculados a los partidos y los sindicatos socialistas —fuertemente internacionalistas y con tendencia al pacifismo—, se dejaron ver relativamente poco el ultranacionalismo chovinista y el entusiasmo espontáneo por la guerra. Pero incluso en esos ambientes la oposición al conflicto fue prácticamente nula. La resistencia al alistamiento forzoso fue mínima en todo el país. El sentimiento del deber, o su aceptación fatalista bastaron incluso allí donde faltaba el entusiasmo. Sólo el 1,5 % de los varones movilizados en Francia se resistieron a la llamada a las armas. El gobierno había contado con una cifra del 13 %. Los sindicalistas alemanes acordaron suspender las huelgas durante la guerra. Los socialistas de los parlamentos alemán, francés y británico votaron a favor de respaldar la financiación de la guerra propuesta por el gobierno. En Rusia los socialistas se abstuvieron (aunque los cinco miembros de la Duma pertenecientes al movimiento bolchevique votaron en contra y posteriormente fueron detenidos).

Lo que indujo a los partidarios del socialismo internacional a respaldar la guerra nacionalista fue la creencia de que se trataba de una guerra defensiva e inevitable. Fue vista como un conflicto en el que había que combatir aunque fuera a regañadientes, y en el que se luchaba por la libertad, no por la dominación imperialista. Al echar la vista atrás, las generaciones posteriores verían la contienda como un derroche absurdo de vidas humanas a una escala enorme. Pero en agosto de 1914 no parecía ni mucho menos absurdo. Los trabajadores estaban dispuestos a combatir —y a morir— por su país junto con sus compatriotas y sus aliados en la que veían como una guerra justa de autodefensa contra la agresión de un enemigo extranjero. Como soldados reclutados forzosamente para el ejército, habían sido adoctrinados en el patriotismo y la disciplina. De modo que tendrían que ser primero patriotas y después socialistas.

En Alemania la defensa contra las fuerzas de la aborrecida autocracia zarista motivó y unió a los socialistas. Durante los últimos días de julio los socialdemócratas habían protagonizado grandes concentraciones en contra de la guerra en las ciudades alemanas, a las que asistieron en total, según se calcula, medio millón de manifestantes en favor de la paz. No obstante, se

mostraron muy preocupados por subrayar que los trabajadores estaban dispuestos a defender a la patria en el momento en que los necesitara. Y lo que la patria necesitaba era una «guerra contra el zarismo». Cuando Alemania declaró la guerra a raíz de la movilización de Rusia, el estado de ánimo cambió de repente y se convirtió en una actitud de defensa patriótica. Los socialistas de lengua alemana de Austria apoyaron la guerra por la misma razón. También los socialistas rusos, haciendo caso omiso de la postura contraria a la guerra de los bolcheviques, se unieron en torno a la causa de la defensa de la «Madre Rusia» contra los alemanes, a los que consideraban que «pisoteaban todas las normas de la humanidad». Las huelgas fueron desconvocadas, y los pacifistas y los internacionalistas fueron obligados a marchar al destierro. Los socialistas franceses tenían los mismos sentimientos acerca de la defensa de la *patrie* frente a la invasión de los odiados alemanes. Y también el partido laborista británico aceptó que había que combatir en la guerra hasta que Alemania fuera derrotada.

Los periódicos de todos los países avivaron la histeria en contra de los extranjeros. Debemos decir en su favor que algunos individuos se resistieron a ella. Pero la vívida imaginación de las gentes, inspirada por los medios de comunicación, hacía que surgieran espías y quintacolumnistas por doquier. Cualquiera que tuviera acento o nombre extranjero estaba en peligro. Aquellos cuyo acento alemán los delataba como oriundos de Alsacia podían ser atacados por los franceses. Dos mujeres a las que alguien oyó hablar en francés en Múnich tuvieron que ser salvadas por la policía. En San Petersburgo las turbas patrióticas destrozaron la embajada de Alemania y saquearon los comercios alemanes. El zar cambió el nombre de la capital rusa por el de Petrogrado en respuesta a tanto frenesí. San Petersburgo sonaba demasiado alemán.

En Alemania más de un cuarto de millón de hombres corrieron a presentarse voluntarios durante los primeros días de agosto, una cifra impresionante dado que casi toda la población masculina del país estaba obligada a prestar servicio militar, del que se hallaban exentos sólo los individuos por debajo de los diecisiete o por encima de los cincuenta años de edad. En Gran Bretaña, la única gran potencia en la que el servicio militar no era obligatorio, se presentaron voluntarios 300.000 hombres

dispuestos a alistarse en el mes de agosto, y otros 450.000 en septiembre de 1914. Muchos compañeros de trabajo y vecinos de barrio de las ciudades industriales se presentaron juntos en las oficinas de alistamiento, pasando a formar los llamados «batallones de amigos». La presión social en pro del alistamiento fue muy intensa. Aun así, como en otros países, y una vez formuladas todas las reservas, el entusiasmo generalizado por la contienda fue inequívoco y la oposición a ella mínimo. En un primer momento aquélla fue una guerra popular.

En todos y cada uno de los países beligerantes, los soldados que marchaban al frente eran despedidos en las estaciones de ferrocarril por multitudes que los vitoreaban. Las lacrimosas despedidas de las madres, esposas e hijos iban acompañadas de cantos patrióticos y arrebatadas expresiones de deseos de victoria rápida y reencuentro inmediato. Pero muchos, quizá la mayoría de los reservistas que marcharon al combate, independientemente de la cara que pusieran ante sus familias y amistades, abandonaron sus hogares, sus granjas, sus despachos y puestos de trabajo con cierta reluctancia y con no poca aprensión. Se consolaban a sí mismos y a sus seres queridos con la ilusión de que «todo habría acabado para Navidad». Pocos fueron tan clarividentes en sus presentimientos como el político e historiador austríaco Josef Redlich, al ver a miles de reservistas montar en los trenes con destino al frente en la Estación del Norte de Viena el 3 de agosto de 1914: «Madres, esposas y madres llorando. ¡Qué desgracia las espera!».

La movilización siguió los horarios de los ferrocarriles. Los alemanes disponían de 11.000 trenes, y los franceses de 7.000, programados para conducir a sus tropas al frente. También fue preciso transportar enormes cantidades de caballos a las líneas de combate. Austríacos, alemanes y rusos movilizaron en conjunto cerca de 2,5 millones de caballos, y los ingleses y los franceses cientos de miles más. Por lo que respecta a su dependencia de las caballerías, los ejércitos de 1914 no habían cambiado mucho desde los tiempos de Napoleón.

Mientras tanto los uniformes habían adoptado en su mayoría unos monótonos colores caqui o gris. Pero los franceses fueron a la guerra llevando todavía las espléndidas guerreras azules, los pantalones rojos y los

gorros rojos y azules pertenecientes a otra época. Por otra parte, en agosto de 1914 los macutos de los soldados no incluían casco de acero que los protegiera —a los soldados franceses e ingleses se les proporcionó sólo en 1915, y las tropas alemanas tendrían que esperar al año siguiente— ni máscara antigás, que no tardarían en ser una protección imprescindible, aunque insuficiente, contra una nueva arma mortal.

Los ejércitos que fueron a la guerra en 1914 eran ejércitos decimonónicos. Pero iban a combatir y participar en una guerra del siglo XX.

2
El gran desastre

Masas silenciosas... Los regimientos desfilan con sus bandas; recordad que todos esos hombres se dirigen a una matanza.

Diario de Michel Corday, empleado público,
París (14 de julio de 1915)

Después de agosto de 1914, nada volvería a ser lo mismo. El nuevo siglo ya había cumplido catorce años. Pero el estallido de la que pronto se conocería como «la Gran Guerra» marcó el verdadero comienzo del siglo XX de Europa. Los años comprendidos entre la fecha del calendario que indicaba el nacimiento del siglo y la atroz deriva bélica que se vivió en el mundo pertenecían a una época anterior. Lo que ocurrió a partir de agosto de 1914 señaló el principio de una nueva era mucho más terrible.

Se desencadena una tragedia

Dos años antes de que estallara la guerra, en una novela titulada *Das Menschenschlachthaus* («El matadero humano»), un maestro y escritor antibelicista de Hamburgo, Wilhelm Lamszus, había descrito con crudeza el horror y la brutalidad de las máquinas asesinas que, perfectamente engrasadas, iban a sembrar la muerte a una escala sin precedente en una guerra futura. Trágicamente, la profecía se cumplió. Al cabo de ocho años, Ernst Jünger, un oficial alemán apasionado y comprometido que había servido con entusiasmo y gran valentía como jefe de sus tropas en el frente

durante casi toda la guerra, tituló su éxito de ventas, uno de los trabajos literarios más extraordinarios sobre la primera guerra mundial, *In Stahlgewittern* (publicado en castellano con el título de *Tempestades de acero*). No habría podido encontrar un título más apropiado para lo que tuvieron que afrontar los soldados de los países europeos en guerra durante los cuatro años siguientes.

Estas dos obras literarias, de antes y después del catastrófico conflicto, captan diversos aspectos de la naturaleza fundamental de la guerra. Más que cualquier otra guerra anterior, ésa fue una guerra de matanza masiva industrializada. De carne humana contra máquinas asesinas. Enfrentándose a los soldados había artillería pesada, ametralladoras, fusiles de tiro rápido, morteros de trinchera, explosivos detonantes, granadas, lanzallamas y gas venenoso. Las armas modernas, utilizadas en un número cada vez mayor, provocaron muerte y destrucción de una manera impersonal y a una escala sin precedente. La pérdida colosal de vidas humanas pasó a ser un simple aspecto más en la planificación de grandes ofensivas. Los proyectiles de artillería y la metralla se convirtieron en los causantes de muerte más frecuentes en el campo de batalla, aunque miles y miles de personas perecieron por las heridas que sufrieron y por las enfermedades contraídas en medio de las atroces condiciones de los campos de batalla.

La guerra como impulsora de cambios tecnológicos introdujo armamento nuevo y métodos innovadores de matanza masiva que vinieron a marcar la faz del futuro. El gas venenoso empezó a ser utilizado cada vez más a menudo a partir de 1915, después de que los alemanes recurrieran a él en la primavera de ese año, durante el ataque lanzado contra las posiciones aliadas cerca de Ypres. Los tanques debutaron en el Somme como parte de la ofensiva británica de 1916, y en 1918 ya eran empleados en grandes formaciones en los principales campos de batalla. Los submarinos se convirtieron a partir de 1915 en un arma importantísima de la campaña alemana contra los barcos de los Aliados, cambiando la naturaleza de la guerra en el mar. Y al menos en la misma medida, el veloz desarrollo de la tecnología aeronáutica expuso a la población civil de ciudades y pueblos, así como a las fuerzas de combate presentes en los distintos frentes, a la aterradora perspectiva de los bombardeos aéreos, uno

de los cuales, efectuado por un zepelín alemán en una fecha tan temprana como el 6 de agosto de 1914 contra la ciudad belga de Lieja, fue simplemente una primera muestra. Por el hecho de estar expuestos a los bombardeos, y por otras muchas razones, los civiles se verían incorporados a partir de ese momento al esfuerzo de guerra de una manera sin precedente, por un lado trabajando para él, y por otro siendo convertidos en objetivos del enemigo. La propaganda de guerra utilizó los medios de comunicación para engendrar el odio de pueblos enteros. Los estados beligerantes movilizaron a sus poblaciones de distintas maneras, algunas sin precedente. La guerra llegó a ser total. La prensa francesa acuñó el término *la guerre totale* en 1917 para hacer hincapié en el hecho de que frente y patria iban de la mano en el esfuerzo de guerra.

Además, aunque Europa fuera su epicentro, la guerra era por primera vez una conflicto a escala verdaderamente global que afectaba a todos los continentes. En parte esto era un reflejo de los imperios globales de Gran Bretaña, especialmente, y Francia. Ambos países movilizaron sus imperios para la guerra. Los dominios británicos de Australia, Canadá, Nueva Zelanda y Sudáfrica entraron en la guerra en agosto de 1914 en apoyo de Gran Bretaña. Los africanos y los indios fueron reclutados para combatir en una causa europea, sufriendo un elevado índice de mortalidad. En el bando aliado luchó un millón de indios, muchos de ellos en África y en Oriente Medio. En sus colonias, Francia reclutó a más de seiscientos mil hombres, principalmente en el oeste y el norte de África. Más de dos millones de africanos sirvieron como soldados y como mano de obra. Aproximadamente un 10 % de ellos no sobrevivió. Pero esta cantidad se multiplicó por dos entre los que fueron utilizados como mano de obra —desplegados en gran número por el este de África para el transporte de pesados cargamentos de pertrechos y provisiones—, superando el índice de mortalidad de los soldados británicos durante la guerra.

Como ocurre con la mayoría de los conflictos armados, fue más fácil comenzar la guerra que acabarla. En vez de estar de vuelta a casa para Navidad, como habían dicho a sus seres queridos (y como ellos mismos habían creído), más de un cuarto de millón de soldados franceses ya habían caído en tan señalada fecha. El número total de bajas, entre muertos,

heridos y capturados por el enemigo, ya había superado la cifra de 450.000 a finales de noviembre. En aquellos momentos los británicos ya habían sufrido 90.000 bajas, un número que superaba al de los hombres reclutados en un principio para el combate. Las bajas de los austrohúngaros superaron las trescientas mil ya en las primeras batallas contra los rusos en Galicia en agosto y septiembre, llegando al medio millón tras los primeros cinco meses de guerra en el Frente Oriental. Alemania había perdido 800.000 hombres a finales de año, 116.000 de ellos muertos en el campo de batalla (unas pérdidas que multiplicaban por cuatro las sufridas durante toda la guerra franco-prusiana de 1870-1871). En la fase inicial de la guerra, los rusos fueron los que se llevaron la peor parte: durante los nueve primeros meses perdieron prácticamente dos millones de efectivos, 764.000 de ellos capturados por el enemigo. Si consideramos el tamaño de los ejércitos en 1914, las bajas sufridas por las fuerzas beligerantes durante ese año fueron más elevadas que en cualquier otra etapa de la guerra.

La población civil enseguida se vio incluida en la matanza cuando los alemanes empezaron su ataque contra Bélgica. Más de seis mil personas, incluidos niños y mujeres, perdieron la vida, fueron brutalmente maltratadas o sufrieron la deportación mientras las tropas alemanas avanzaban por Bélgica durante las primeras semanas del conflicto. El adiestramiento militar alemán infundía a los reclutas un miedo paranoico a la guerra de guerrillas. Los soldados, a menudo consumidos por el odio, veían a los civiles como un colectivo responsable de supuestas (y principalmente imaginarias) acciones de francotiradores o de incidentes en los que el «fuego amigo» era confundido con un ataque del enemigo por la retaguardia. El «castigo» colectivo se aplicaba incluso cuando los soldados eran perfectamente conscientes de la inocencia de sus víctimas.

Cuando, al final de la batalla del Marne, librada el 6-9 de septiembre, los franceses detuvieron el avance alemán a unos cincuenta kilómetros de París, el fracaso de toda aquella estrategia de una victoria rápida basada en el Plan Schlieffen (por el que los germanos habían abrigado la esperanza de poder derrotar a los galos antes de lanzarse contra los rusos) fue un hecho consumado. En el oeste dejaron de ser posibles las ofensivas rápidas y determinantes. Las operaciones defensivas empezaron a ser la orden del día.

Las tropas de ambos bandos cogieron picos y palas y comenzaron a construir trincheras; al principio trincheras primitivas, que luego fueron convirtiéndose en unas estructuras defensivas muchísimo más complejas y elaboradas, creando una línea divisoria que en poco tiempo se extendía de manera prácticamente ininterrumpida desde la costa del Canal de la Mancha hasta la frontera suiza. Un número ingente de soldados tuvo que aprender a soportar unas condiciones de vida indescriptibles en esos cenagales de lodo llenos de gusanos que, formando hileras dispuestas en zigzag, estaban situados frente a enormes murallas de alambre de espino y contaban con una red de trincheras anexas que conducían a depósitos de pertrechos y provisiones y a hospitales de campaña situados en la retaguardia. A finales de septiembre había comenzado el estancamiento en el Frente Occidental, que se prolongaría durante cuatro penosos años, hasta 1918.

Las enormes pérdidas iniciales no sirvieron para convencer a las potencias beligerantes de que debían tratar de poner fin a aquella locura. Todas tenían grandes reservas de hombres a las que poder recurrir. Como en uno y otro bando la estrategia consistía esencialmente en agotar al enemigo hasta que no fuera capaz de luchar, y como la forma principal de conseguir este objetivo de desgaste comportaba enviar cada vez más recursos humanos a los campos de batalla para emprender ofensivas cada vez mayores contra unas líneas defensivas perfectamente atrincheradas, aquel descomunal derramamiento de sangre debía continuar de manera indefinida.

En el este, donde la guerra, en un frente mucho más largo y menos poblado, no llegó nunca a una fase de tanto estancamiento como en el Frente Occidental, la situación había evolucionado de un modo mucho más prometedor para las Potencias Centrales. A finales de agosto, los alemanes, a las órdenes del general Paul von Hindenburg —quien, tras haberse retirado, se había reincorporado a las fuerzas armadas y contaba con el respaldo del hábil, aunque a veces impetuoso, jefe de estado mayor del VIII Ejército, el general de división Erich Ludendorff—, infligieron una durísima derrota al Segundo Ejército ruso cerca de Tannenberg, en Prusia Oriental. Allí, los alemanes, que estaban combatiendo en suelo germano, repelieron la incursión de los rusos. Además, fueron testigos de la devastación que éstos provocaron durante los quince días que duró aquella

ocupación de parte de Prusia Oriental, lo que no hizo más que confirmar los prejuicios antirusos existentes, contribuyendo así a la ferocidad de los combates. Las bajas de los rusos fueron elevadas, pues perdieron un total de cien mil efectivos: cincuenta mil cayeron muertos y heridos, y otros tantos prisioneros. Poco tiempo después, entre el 8 y el 15 de septiembre, en el curso de la batalla de los Lagos Masurianos, perdieron otros cien mil hombres, treinta mil de ellos capturados por el enemigo. Más al sur, contra los austríacos, tuvieron más suerte en su ataque a Galicia. El 3 de septiembre los austríacos se habían visto superados en número por las fuerzas rusas, sufriendo importantes pérdidas y viéndose obligados a emprender una humillante retirada.

Como ocurrió con los alemanes en Bélgica, la creencia —en gran medida equivocada— de que los civiles participaban en ataques contra las tropas fomentó la brutalidad que caracterizó la ocupación de Galicia por parte de los rusos. Los judíos —Galicia tenía una población judía de casi un millón de almas— fueron perseguidos particularmente. Entre los rusos, los cosacos se revelaron los más violentos. Un gran número de judíos, anticipando su drama, comenzó a huir ante el avance del invasor. A mediados de agosto ya habían comenzado los pogromos. Entre la población de origen hebreo el número de muertos empezó a contarse a centenares a medida que iba escalando la violencia de las tropas de ocupación. Los saqueos y las violaciones se convirtieron en fenómenos habituales. Las aldeas judías fueron arrasadas. Más de un millar de judíos se convirtieron en rehenes del ejército ruso, que sólo los liberaba tras cobrar el correspondiente rescate. Las propiedades de los judíos fueron confiscadas. En el verano de 1915, unos cincuenta mil individuos de origen hebreo —y otros tantos de origen no hebreo— fueron deportados a Rusia, acabando muchos de ellos en Siberia y Turquestán.

Los austríacos tuvieron que soportar otra humillante derrota en las primeras semanas de la guerra, y esta vez no fue infligida por una «gran potencia» sino por el mismísimo país por el que había estallado la crisis que había desembocado en una guerra europea: Serbia. La campaña para castigar a Serbia por el asesinato del archiduque Francisco Fernando había sido completamente abandonada por las demás potencias beligerantes

cuando el 12 de agosto de 1914 el ejército austríaco lanzó, tarde y mal, una ofensiva con su infantería. No se esperaba que la «expedición punitiva» se prolongara en el tiempo. Y en un principio pareció que los austríacos no tardarían en entrar en Belgrado. Sin embargo, la contraofensiva emprendida por unos serbios pobremente armados, pero sumamente motivados, consiguió después de tres días de feroces combates repeler el ataque de los austríacos, que no tuvieron más remedio que retirarse. Ambos bandos sufrieron cuantiosas pérdidas. Alrededor de diez mil austríacos perdieron la vida, y unos treinta mil resultaron heridos. Los serbios sufrieron entre tres mil y cinco mil bajas por muerte en combate, y unas quince mil por heridas de diversa consideración. Un miedo exagerado a los francotiradores y a una población hostil dispuesta a emprender una guerra de guerrillas contra las tropas impulsó a los austríacos a actuar con gran brutalidad. Se calcula que el número de víctimas civiles —la mayoría de ellas ejecutadas sumariamente— rondó la cifra de 3.500.

La guerra estaba lista para extenderse. El 29 de octubre barcos turcos atacaron, sin previa provocación, bases navales rusas del mar Negro. Cuando los rusos respondieron declarando la guerra a Turquía a comienzos de noviembre, tropas turcas invadieron Rusia por el Cáucaso, pero antes de que acabara el año fueron obligadas a retirarse. La derrota supuso para ellas la pérdida de al menos setenta y cinco mil efectivos, que murieron tanto por la enfermedad y el frío como por el efecto letal de las armas de los rusos. Sin embargo, al año siguiente, en 1915, obtuvieron una importante victoria, cuando repelieron un intento mal planificado e ineptamente ejecutado por los Aliados, instigados por Winston Churchill en calidad de Primer Lord del Almirantazgo (eso es, ministro de la Marina británica) de invadir Turquía desembarcando una gran contingente en Galípoli, en los Dardanelos, en abril de aquel año. Una fuerza de casi medio millón de soldados aliados, que incluía efectivos indios, australianos, neozelandeses, franceses y senegaleses, participó en la campaña de Galípoli. La defensa turca de la patria, que permitió que el comandante otomano, Mustafá Kemal Pachá (llamado posteriormente Atatürk), se labrara su reputación de héroe, fue feroz, y la costa perfectamente fortificada acabó siendo inexpugnable. Para los Aliados esto supuso un desastre absoluto. En diciembre, cuando se

vieron obligados a abortar la operación y a comenzar las evacuaciones, sus bajas ya ascendían casi a doscientas cincuenta mil, con alrededor de cincuenta mil muertos (muchos de ellos tras contraer alguna enfermedad). Las pérdidas de los turcos fueron similares.

La crisis a la que se enfrentó el Imperio Otomano en 1915 provocó las peores atrocidades imaginables durante la primera guerra mundial, en una región donde una serie de espantosas matanzas —consecuencia de disputas por razones territoriales, étnicas y religiosas entre turcos musulmanes, kurdos y armenios cristianos en Anatolia oriental— ya formaba parte de la historia más funesta de antes de la guerra. Antes del estallido de la guerra, las autoridades nacionalistas radicales, que controlaban la política interior de Turquía tras el golpe de Estado de 1913, ya pretendían conseguir una mayor homogeneidad étnica y religiosa en sus territorios. Obviamente, la gran minoría armenia suponía un obstáculo para sus planes. Además, la guerra entre el Imperio Ruso y el otomano había intensificado las tensiones en las regiones fronterizas de Anatolia y el Cáucaso. En aquellos momentos, la crispación existente entre turcos y armenios en particular era más grave que nunca.

Los armenios, que estaban asentados en la frontera con el imperio del zar y confiaban en poder liberarse del dominio turco, simpatizaban principalmente con los rusos. Veían en la guerra el horizonte del futuro que ansiaban. Los rusos los animaban, y con la ayuda de espías en San Petersburgo los turcos estaban al corriente de una serie de planes cuyo objetivo era provocar una revuelta armenia. Esta circunstancia puso en alerta a los turcos, sobre todo porque los armenios vivían en una región de importancia estratégica primordial. Los líderes turcos consideraban a los armenios colaboracionistas de sus enemigos y una verdadera amenaza para sus planes de guerra. Los armenios, hostigados por violentos ataques localizados, veían en la colaboración con Rusia su mejor defensa ante posibles matanzas de una magnitud aún mayor.

Pero cuando estalló la sublevación de los armenios en la ciudad de Van a mediados de abril de 1915, seguida de atrocidades cometidas por todos los bandos, esto es, por armenios, turcos y kurdos, la ayuda de los rusos brilló por su ausencia. Los armenios habían quedado abandonados a su suerte.

Los turcos, ante el ataque lanzado por los Aliados occidentales en los Dardanelos, alarmados por la amenaza que suponía el imperio del zar desde el Cáucaso y viendo en la minoría armenia un verdadero caballo de Troya de los rusos, estaban dispuestos a tomar violentas represalias. Y la guerra ofrecía la oportunidad de culminar con éxito su objetivo ideológico de homogeneización étnica. Las deportaciones comenzaron en cuanto estalló la revuelta, y su escala y su violencia crecieron rápidamente. En pocas semanas las autoridades turcas ordenaron la deportación al corazón del desierto sirio de toda la población armenia del este de Anatolia, alrededor de un millón y medio de almas. Muchas de esas personas murieron de enfermedad durante su éxodo, por el maltrato del que fueron víctima durante la operación y también a su llegada a los campos de concentración. Muchos más perdieron la vida en el curso de espantosas matanzas que formaban parte de un horrible plan genocida respaldado por las autoridades turcas. Se calcula que perecieron entre seiscientos mil y más de un millón de armenios.

A pesar de una creciente superioridad numérica de los ejércitos de los Aliados en el Frente Occidental, no se vislumbraba que aquel estancamiento pudiera llegar a su fin. El jefe del estado mayor alemán, Erich von Falkenhayn (que había sustituido a Moltke en septiembre), puso todas sus esperanzas, pues, en el este. Pensaba que para poder ganar la guerra en el oeste era imprescindible obligar a los rusos a llegar a un acuerdo.

En el Frente Oriental, sin embargo, Alemania tenía que afrontar un grave problema: la debilidad, cada vez más evidente, de su principal aliado, el Imperio Austrohúngaro. Durante una desastrosa ofensiva austríaca en pleno invierno de 1914-1915, lanzada en los montes de los Cárpatos, se perdieron unos ochocientos mil efectivos, incluidas las últimas fuerzas de reserva debidamente adiestradas. Muchos de estos hombres murieron congelados o sucumbieron a la enfermedad. Decenas de miles fueron hechos prisioneros. El número de deserciones aumentó vertiginosamente. Las Potencias Centrales dependían cada vez más del poderío militar alemán, tanto en el este como en el oeste.

Para Austria, la situación empeoró todavía más cuando el 23 de mayo de 1915 Italia entró en guerra en el lado de la Entente formada por británicos, franceses y rusos, abriendo así un frente en el sur. Cabe destacar que, a pesar de la debilidad de sus fuerzas, el Imperio Austrohúngaro resistió perfectamente el envite de los italianos. Por su parte, los alemanes infligían importantes derrotas a los rusos: en febrero en la región de los Lagos Masurianos de Prusia Oriental (donde los rusos llegaron a perder unos noventa y dos mil hombres), luego, durante la primavera y el verano, en Polonia. Galicia fue arrebatada a los rusos en junio, y buena parte de la Polonia del Congreso (anteriormente gobernada por Rusia) en julio y agosto. La mismísima Varsovia cayó en manos de los alemanes el 4 de agosto de 1915. Cuando la gran ofensiva del verano empezó por fin a perder fuelle, los alemanes habían ocupado también Curlandia (la zona costera de Letonia occidental) y Lituania. Entre mayo y septiembre las fuerzas zaristas sufrieron unas pérdidas inimaginables: más de dos millones de hombres, casi la mitad de ellos capturados por el enemigo.

En el otoño, las Potencias Centrales también reforzaron sus posiciones en los Balcanes. Serbia, origen del conflicto, fue finalmente invadida por divisiones germanas y austrohúngaras a comienzos de octubre. Bulgaria, que había entrado en guerra un mes antes en el bando de las Potencias Centrales, también envió fuerzas para que se unieran a la campaña contra Serbia. A comienzos de noviembre, Serbia estaba bajo el control de las Potencias Centrales. Se había ganado una ruta terrestre para el suministro de armas y pertrechos al Imperio Otomano. Con Rusia gravemente debilitada, con los Balcanes perfectamente controlados y con unos austríacos que, a pesar de su flaqueza, conseguían mantener a raya a los italianos en el sur, Alemania empezó a disfrutar de una posición mucho más ventajosa que la de un año atrás para intentar obtener una victoria definitiva en el oeste. Sin embargo, el tiempo apremiaba. El ataque contundente en el oeste no podía demorarse.

El plan de Falkenhayn consistía en abrir una gran brecha en las líneas francesas lanzando un asalto masivo en Verdún, epicentro de una importante red de fortificaciones en el Mosa, a unos 200 kilómetros de París. Infligir una contundente derrota a los franceses en Verdún, pensaba

Falkenhayn, constituiría el paso fundamental para la obtención de una victoria definitiva en el oeste. Verdún estuvo sometida a un intenso asedio desde febrero hasta julio de 1916, y los duros combates se prolongaron hasta el mes de diciembre. Para los franceses, la defensa de Verdún se convirtió en símbolo de la lucha por la propia Francia. Las pérdidas fueron enormes: más de setecientos mil hombres, de los cuales 377.000 franceses (162.000 muertos) y 337.000 alemanes (143.000 muertos). Pero los alemanes no consiguieron avanzar. Para los franceses, su país se había salvado. Para los alemanes, sufrir aquel importantísimo número de bajas había sido en vano. Y a mediados de julio el escenario de la peor de las matanzas ya se había trasladado a otro lugar, el Somme.

En el Somme, las tropas del Imperio Británico constituyeron el puntal de la «gran ofensiva». Si Verdún fue considerada más tarde el símbolo de los horrores de la guerra para los franceses, el Somme adquirió este mismo estatus simbólico en la memoria de los británicos. Pero hubo una diferencia. Verdún podría ser recordado como un importante sacrificio patriótico, pero necesario, para salvar Francia. En el Somme, las tropas del Imperio Británico no combatían para repeler un ataque contra su país. Para muchas de ellas es probable que no estuviera suficientemente claro cuál era la razón de su lucha. El plan de la ofensiva era en gran medida obra del general (posteriormente mariscal de campo) sir Douglas Haig, comandante en jefe de las fuerzas británicas desde diciembre de 1915. De hecho, el objetivo de la ofensiva había sido alterado, y ya no respondía a su concepción inicial. Prevista en un principio como una ofensiva fundamentalmente francesa destinada a producir un avance decisivo, había acabado convirtiéndose en un ataque emprendido principalmente por efectivos británicos para aliviar la presión que sufrían los galos en Verdún. Se confiaba en que los alemanes sufrieran un gran desgaste y se vieran gravemente debilitados. La embestida crucial para obtener una victoria decisiva, sin embargo, tendría que esperar. A pesar de las arengas patrióticas lanzadas por los oficiales para enardecer los ánimos de los soldados que estaban a punto de dirigirse a las trincheras del Somme, para la mayoría de ellos los objetivos estratégicos seguramente resultaban menos importantes que la propia supervivencia. Pero decenas de

miles no lograrían sobrevivir ni siquiera al primer día de ofensiva. Para los británicos, el Somme pasaría a simbolizar la inutilidad y la insensatez que suponía la pérdida de un número de vidas tan enorme como aquél.

Después de un contundente e intensivo bombardeo que se prolongó durante más de una semana, el 1 de julio de 1916, el primer día de la batalla propiamente dicha, las fuerzas del Imperio Británico perdieron un total de 57.470 hombres, de los que 19.240 cayeron muertos, y 35.493 resultaron heridos. Fue la jornada más catastrófica de la historia militar británica. Pensar que aquella operación podía conllevar el gran avance tan esperado enseguida se reveló una costosísima utopía. Cuando el combate en el Somme comenzó a perder intensidad hacia finales de noviembre, en medio de la lluvia, la cellisca, la nieve y el barro, las fuerzas del Imperio Británico apenas habían conquistado una franja de unos diez kilómetros a lo largo de un tramo de treinta y cinco kilómetros del frente, y los franceses poco más del doble de esa extensión territorial. Para ello había habido que perder más de un millón de hombres, entre muertos y heridos. Las bajas de las fuerzas del Imperio Británico habían ascendido a la vertiginosa cifra de 419.654 (de las que 127.751 correspondían a fallecidos), las de los franceses a 204.353 y la de los alemanes a 465.000 aproximadamente. Por la espeluznante escalada del número de bajas, a cambio de tan pocas ganancias, la del Somme fue la batalla más horrible librada en el Frente Occidental a lo largo de toda la primera guerra mundial.

Una tercera gran ofensiva emprendida ese mismo año, en esta ocasión en el Frente Oriental, recibió el nombre de su planificador, un general ruso llamado Aleksey Alekseyevich Brusilov. Fue un golpe audaz que comenzó el 4 de junio de 1916 contra las posiciones austríacas presentes en un amplio sector del frente meridional, entre los pantanos de Pinsk (situados en el sur de Bielorrusia y el norte de Ucrania) y Rumanía. La impresionante y rápida victoria obtenida por Brusilov se debió en parte a la cuidadosa planificación llevada a cabo por este general ruso, y de una manera muy significativa a la ineptitud de los austríacos, unida a su baja moral. En apenas dos días, el frente austrohúngaro estaba a punto de desmoronarse. Rápidamente fueron enviados refuerzos desde el norte de Italia, donde se había lanzado una ofensiva. También fueron trasladadas a la zona tropas de

reserva alemanas para tratar de evitar un desastre total. Pero lo cierto es que a finales del mes de septiembre las Potencias Centrales habían sido obligadas a retirarse unos noventa kilómetros a lo largo de un amplio frente. Los austrohúngaros habían perdido hasta entonces unos 750.000 hombres, 380.000 de ellos capturados por el enemigo. Las bajas alemanas fueron también enormes, alrededor de 250.000. Pero la llamada Ofensiva Brusilov, aunque había sido un éxito para los rusos, había tenido también un coste elevadísimo: las pérdidas de las fuerzas del zar habían sido de casi medio millón de hombres en los diez primeros días de aquella ardua empresa, alcanzando el millón en el conjunto de la operación. En Rusia, el júbilo ante la gran victoria ocultó las grietas cada vez más profundas que había tras aquella fachada. Como no tardarían en demostrar los acontecimientos, el imperio del zar se aproximaba a su fin con mayor rapidez que el austrohúngaro.

Una de las consecuencias inmediatas de la Ofensiva Brusilov fue la entrada en la guerra de Rumanía el 27 de agosto en el bando de la Entente. Los rumanos esperaban obtener cuantiosas ganancias a costa de Hungría después de lo que pensaban que iba a ser la derrota, cada vez más inequívoca, de las Potencias Centrales. Pero sus esperanzas se esfumaron rápidamente cuando las Potencias Centrales enviaron un ejército a las órdenes de comandantes alemanes que obligó a los rumanos a retirarse de las zonas que habían logrado conquistar. A comienzos de 1917, las Potencias Centrales habían ocupado Bucarest y los yacimientos petrolíferos de Ploesti, cuya importancia era primordial desde el punto de vista estratégico.

Los éxitos en el este, sin embargo, no sirvieron a las autoridades alemanas para compensar su fracaso a la hora de efectuar un avance en el oeste que resultara decisivo. En agosto, Falkenhayn había expiado el fiasco en Verdún, cuando fue destituido como jefe del estado mayor para ser sustituido por el héroe de Tannenberg, el mariscal de campo (pues ya había sido ascendido) Paul von Hindenburg, un líder militar que gozaba de gran popularidad en una guerra que poco a poco iba gozando de menos y menos

popularidad. Su mano derecha, el general Ludendorff, que entonces fue nombrado *Erster Generalquartermeister*, no tardaría en convertirse en la verdadera fuerza impulsora del nuevo Alto Mando del Ejército.

Fue el principio de lo que enseguida se convirtió en factor fundamental para una dictadura militar, pues Hindenburg y Ludendorff comenzaron a intervenir cada vez más directamente en el gobierno. Un indicador de este hecho fue el deseo de acabar la guerra mediante el uso indiscriminado de ataques submarinos ilimitados contra navíos aliados, una estrategia impuesta a pesar de la oposición del sector civil del gobierno. El problema que suponía el riguroso bloqueo aliado no había podido ser resuelto. Y la flota convencional alemana apenas había podido hacer nada en ese sentido. A pesar de las grandes sumas de dinero invertidas antes del estallido de la guerra en la construcción de un número ingente de buques de guerra tanto por los británicos como por los germanos, el único enfrentamiento importante en alta mar, la batalla de Jutlandia del 31 de mayo de 1916, no había resultado conclusivo. Los alemanes hundieron más barcos —catorce, frente a los once perdidos— y sufrieron menos bajas (3.058, frente a las 6.768 del bando británico). Pero las pérdidas dejaron gravemente mermado el poderío de la flota germana —más pequeña que la inglesa— durante meses, excluyendo la posibilidad de que ésta fuera utilizada con eficacia en el curso de la guerra, mientras que la flota británica seguía siendo capaz de continuar con el bloqueo. Así pues, los alemanes se concentraron cada vez más en extender la utilización de los submarinos no sólo para acabar con el bloqueo, sino también para lograr que la guerra diera un giro decisivo a su favor. Las autoridades navales germanas calcularon que los submarinos podían hundir 600.000 toneladas de navíos al mes, una cantidad de buques que acabaría dejando a Gran Bretaña en un estado de colapso en apenas cinco meses, antes de que Estados Unidos consiguiera marcar la diferencia en el resultado de la guerra. Pero si la guerra submarina no tenía el éxito esperado, y Estados Unidos entraba en la guerra, las perspectivas empeorarían notablemente para los alemanes.

Alemania apostó por este plan. A partir del 1 de febrero de 1917, comenzó su guerra submarina sin restricciones. Los buques de los Aliados y los países neutrales en aguas británicas podían, a partir de esa fecha, ser

atacados sin preaviso. Aquella decisión fue un error garrafal. El presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, decidido a cimentar el liderazgo americano en el mundo de posguerra, había abogado hasta entonces por una «paz sin victoria» y había evitado comprometer a su país con uno u otro bando en aquel destructivo conflicto europeo. La brusca decisión germana de atacar indiscriminadamente con sus submarinos puso fin a la estrategia americana. Al cabo de dos días, Wilson rompió relaciones diplomáticas con Alemania. El hundimiento inevitable de barcos americanos por parte de submarinos germanos sirvió para que Estados Unidos se decidiera a declarar la guerra a Alemania el 6 de abril de 1917 (aunque no sería hasta la primavera de 1918 cuando la Fuerza Expedicionaria Americana estaría en posición de sumarse a los combates en el Frente Occidental). Sin embargo, los alemanes sólo hundieron con sus submarinos el tonelaje mensual esperado en los meses de abril y junio de 1917. En cualquier caso, lo cierto es que sus cálculos siempre se basaron en la idea, sumamente optimista, de que los británicos podían ser realmente vulnerables. La guerra submarina se reveló un verdadero fracaso. Y lo que sería aún peor, Alemania se había ganado un nuevo y poderoso enemigo: Estados Unidos.

El estancamiento en el Frente Occidental continuó a lo largo de 1917. Los alemanes, con unos recursos humanos y materiales gravemente mermados, decidieron temporalmente conservar lo que habían logrado. En la primavera optaron por replegarse a una nueva posición más reducida y fácil de defender. La llamaron *Siegfried-Stellung*; para los Aliados sería la Línea Hindenburg. Esta nueva línea de menor longitud tenía la ventaja adicional de que liberaba unas veinte divisiones germanas, posibilitando su utilización en otras zonas. Así pues, los alemanes estarían en posición de repeler las nuevas ofensivas de los Aliados que sabían que iban a producirse.

La primera de dichas ofensivas, que tuvo lugar en Arras el 9 de abril en medio de la lluvia, la cellisca y la nieve, desembocó en la habitual y penosa guerra de desgaste sin poder conquistar territorio alguno. Los Aliados sufrieron 150.000 bajas, y los alemanes 100.000. Arras había tenido por objetivo debilitar las defensas alemanas para el lanzamiento de una gran ofensiva francesa en el Camino de las Damas, la zona de colinas

que bordea el valle del Aisne, entre el este de Soissons y el oeste de Reims. El ataque había sido dirigido por el nuevo jefe de estado mayor, el enérgico general Georges Robert Nivelle, que venía ocupando este cargo desde diciembre de 1916 en sustitución del general Joseph Joffre. Pero los alemanes habían sido alertados de la inminente ofensiva por sus servicios de inteligencia, lo que les había permitido desplegar importantes defensas en la zona. La ofensiva de Nivelle fue un verdadero desastre. Comenzó el 16 de abril, y cuatro días después, tras sufrir la pérdida de 130.000 efectivos (29.000 de los cuales muertos en el campo de batalla) y no lograr ningún avance, los franceses abandonaron la empresa. El 29 de abril, Nivelle fue destituido, siendo relevado por el general Philippe Pétain, el héroe de Verdún.

Sin dejarse amedrentar por esta calamidad, que no hacía más que confirmarle su opinión de que los franceses carecían de espíritu de lucha, y sin amilanarse por su sonoro fracaso en el Somme en el verano anterior, el mariscal de campo sir Douglas Haig seguía creyendo que podía efectuar un avance decisivo lanzando una gran ofensiva cerca de Ypres en el verano de 1917. El objetivo era adentrarse en Flandes para eliminar las bases de los submarinos alemanes instaladas en la costa belga. Esta idea no estuvo nunca ni siquiera a punto de materializarse. Los hombres de Haig quedaron embarrados en los lodazales flamencos. Los horrores de la denominada tercera batalla de Ypres, conocida por los ingleses con un solo nombre, «Passchendaele» (por la localidad situada en una pequeña colina a unos pocos kilómetros al este de Ypres), rivalizaron en notoriedad con los que se produjeron en el Somme.

La ofensiva, iniciada el 31 de julio, tuvo lugar en medio de unas intensas lluvias estivales y otoñales que, en unos terrenos bajos ya chamuscados por los anteriores bombardeos masivos de la artillería, convirtieron la región en una zona pantanosa llena de barro glutinoso que con frecuencia cubría a los hombres hasta la cintura. Cuando la ofensiva fue finalmente abortada, poco después de que las ruinas de la desdichada localidad de Passchendaele fueran por fin ocupadas el 6 de noviembre (este pueblo, de tan nefasto nombre, sería evacuado una vez más y de nuevo ocupado por los alemanes en menos de cinco meses), las fuerzas del

Imperio Británico habían perdido 275.000 efectivos (70.000 de los cuales muertos en combate), y los alemanes 217.000. A cambio de un número de bajas tan elevado, los Aliados habían ganado (temporalmente) unos pocos kilómetros.

Cuando, en parte para tratar de compensar el fracaso de Ypres, tuvo lugar en el Frente Occidental la última ofensiva del año (en el mes de noviembre) en la ciudad de Cambrai, al suroeste de Arras, los acontecimientos se desarrollaron de una manera similar. Las primeras conquistas aliadas, un territorio de unos siete kilómetros de profundidad a lo largo de una franja de quince kilómetros de longitud, no pudieron conservarse. Las pérdidas fueron de 45.000 hombres para los británicos, y de 41.000 para los alemanes. Las reservas, que habrían podido ayudar a los Aliados a aprovechar la situación de desorden vivida en un primer momento por los alemanes, brillaron por su ausencia, pues habían sido consumidas en los lodazales del saliente de Ypres. La batalla de Cambrai ofrecería, sin embargo, un atisbo de lo que iba a suceder en el futuro. Después de una serie de operaciones de reconocimiento aéreo (otro nuevo desarrollo), los británicos lanzaron por primera vez un ataque masivo con sus tanques —más de trescientos— en formación cerrada, seguidos por la infantería y la artillería. Los carros armados habían sido prácticamente inútiles en los pantanos de Passchendaele. En un terreo más seco y firme, sin embargo, iniciaron un nuevo sistema de ataque. De momento, los torpes y pesados tanques podían seguir siendo contrarrestados por la artillería pesada, pero pronto llegaría su hora.

Si bien es cierto que en el Frente Occidental continuaba el estancamiento militar, también es cierto que lo que empezaba a experimentar un importante cambio era la sostenibilidad del conflicto. El hastío que provocaba la guerra era palpable. A pesar de las protestas y lamentaciones de las tropas, el ejército británico conseguía mantener la disciplina. Sin embargo, el índice de deserciones y la pérdida de moral resultaban sumamente preocupantes para el gobierno francés, antes incluso de que unos cuarenta mil soldados galos se amotinaran, negándose a acatar

las órdenes de Nivelle, un motín que sólo pudo ser sofocado cuando Pètain (tras la destitución de Nivelle) atendió la mayor parte de las quejas de sus hombres.

Por muchas que fueran las señales de un descontento generalizado cada vez mayor, lo cierto es que ningún gobierno fue capaz de buscar unos términos de paz menos que favorables para justificar las horrorosas pérdidas sufridas. Con la guerra todavía en un *impasse*, difícilmente podían augurarse unos términos semejantes. El Imperio Austrohúngaro en particular se esforzaba denodadamente por encontrar una vía de salida. En diciembre, el nuevo emperador, Carlos I (sucesor de Francisco José, que había fallecido en noviembre de 1916), había manifestado al presidente americano, Woodrow Wilson, su sincera disposición a alcanzar un acuerdo de paz. Pero el Alto Mando alemán no tenía la más mínima intención de abandonar Bélgica u otros territorios ocupados. La paz con concesiones era impensable. La victoria, al precio que fuera, seguía siendo el objetivo final. El ejército alemán estaba dispuesto a combatir. La reorganización de la producción de armamento, con el consiguiente aumento de grandes cantidades de munición disponibles, se lo permitía. Y no en el oeste, sino en el este, enseguida empezó a abrigarse una nueva esperanza en cuanto comenzaron a aparecer profundas discrepancias políticas en una Alemania agotada por la guerra donde iban aumentando las voces que exigían un acuerdo de paz.

En Rusia, el malestar, que había ido creciendo durante meses a raíz de las enormes pérdidas sufridas en el frente y las privaciones cada vez mayores a las que se veía sometida su población, dio lugar a una revolución que estalló en marzo de 1917 (febrero según el antiguo calendario ruso). El zar fue derrocado. El nuevo Gobierno Provisional que asumió el mando en aquella situación de crisis consideró que debía seguir con los combates, a pesar del evidente agotamiento de las tropas, para poder alcanzar una «paz sin derrota». Su ministro de la Guerra (posteriormente jefe del gobierno), Alexander Kerensky, incluso puso su nombre a una desafortunada ofensiva lanzada en julio a lo largo de un extenso frente en Galicia y Bukovina. Ésta tuvo lugar, sin embargo, en medio de constantes agitaciones políticas, con una fuerte oposición a la guerra en la nación y el desánimo generalizado

entre las tropas, que ya empezaban a sentir el fervor revolucionario que desde Petrogrado iba contagiando el frente. Tras el fracaso de la llamada Ofensiva Kerensky, las fuerzas rusas, totalmente debilitadas, fueron incapaces de repeler un ataque lanzado en Riga por los alemanes en septiembre de 1917 (agosto, según el antiguo calendario). La última batalla de la guerra entre rusos y germanos acabó con la ciudad de Riga ocupada por los alemanes. En noviembre (octubre, según el antiguo calendario), el Gobierno Provisional también sucumbió a una revolución (la segunda), que llevó a los bolcheviques al poder. Esta nueva situación no tardaría en cambiar espectacularmente el panorama político de Europa. Lo que conllevó de inmediato fue una promesa de cambio sustancial en la trayectoria de la guerra, pues el 20 de diciembre de 1917, cinco días después de acordar la firma de un armisticio con los germanos, las nuevas autoridades bolcheviques comenzaron el doloroso proceso de negociar un tratado de paz con Alemania.

Éste fue el telón de fondo en el que el 8 de enero de 1918 se produjo la declaración de los Catorce Puntos del presidente norteamericano Woodrow Wilson, un esbozo sumamente idealista de lo que consideraba que podía poner fin a aquel grave conflicto y servir de fundamento para una paz duradera en Europa. Ante la inminencia de la salida de Rusia de la guerra, Wilson vio la oportunidad de presionar a los países beligerantes para que pusieran fin a las hostilidades y de ofrecer la base de una negociación general de los términos de una paz. Entre sus propuestas figuraban la eliminación de las barreras económicas al libre comercio, el desarme, el «ajuste» (como indicó vagamente) de las pretensiones coloniales, la evacuación de los territorios ocupados (incluidos los de Rusia, a la que se ofreció una «sincera bienvenida a la sociedad de naciones libres bajo las instituciones de su propia elección», así como «todo tipo de ayuda que también pudiera necesitar»), el reajuste de las fronteras de Italia «a lo largo de unas líneas de nacionalidad claramente reconocibles», la posibilidad del «desarrollo autónomo» de los pueblos del Imperio Austrohúngaro y del Imperio Otomano, la creación de un estado polaco independiente y la fundación de una sociedad de naciones para garantizar «la independencia política y la integridad territorial». A pesar de su aparente precisión, buena

parte de la declaración de Wilson dejaba inevitablemente muchos cabos por atar y resultaba vaga, pudiendo ser objeto de distintas interpretaciones y controversias. Los términos «autodeterminación» y «democracia» no figuraban en los Catorce Puntos. No obstante, enseguida empezaron a ser considerados la piedra angular de la visión liberal que Wilson estaba proponiendo, así como un acicate para las aspiraciones nacionalistas en Europa. En el futuro inmediato, sin embargo, los Catorce Puntos de Wilson no supusieron estímulo alguno para poner fin a la guerra en el Frente Occidental. Y en el Frente Oriental no desempeñaron ningún papel en las negociaciones que estaban entablándose entre los bolcheviques y las Potencias Centrales.

Cuando dichas negociaciones concluyeron el 3 de marzo de 1918 en la localidad de Brest-Litovsk (en la actual Bielorrusia), donde el ejército alemán había establecido su cuartel general en el este, los términos impuestos al gobierno soviético, atado de pies y manos, fueron de los más punitivos y humillantes de toda la historia moderna. También fueron, por otro lado, de los que menos se perpetuaron, pues el Tratado de Brest-Litovsk quedó anulado en noviembre, en el armisticio general que puso fin a la Gran Guerra. En virtud de ese tratado, Rusia tuvo que ceder Ucrania, el Cáucaso y su parte de Polonia, lo que supuso la pérdida de un tercio de su población total y de una proporción aún mayor de su industria, de su producción agrícola y de unos recursos naturales de suma importancia, como el petróleo, el hierro y el carbón. El Cáucaso pasó a manos de los turcos, mientras que buena parte del este de Europa, incluido el Báltico, quedaba bajo la influencia alemana (aunque Ucrania no estaba en posición de proporcionar la cantidad de suministros de grano que tan desesperadamente necesitaban tanto los germanos como los austrohúngaros).

El subsiguiente, y casi igualmente salvaje, desmembramiento de Rumanía que tuvo lugar en mayo en virtud del Tratado de Bucarest, firmado entre este país por un lado, y el Imperio Austrohúngaro, Alemania, Bulgaria y el Imperio Otomano por otro, supuso otras importantes ganancias territoriales para las Potencias Centrales. Si bien en este caso el territorio amputado fue a parar a manos de los aliados de Alemania, esto es,

Austria-Hungría y Bulgaria (con ganancias menores para los otomanos), lo cierto es que el verdadero ganador fue de nuevo, claramente, la propia Alemania, cuya esfera de influencia se extendió a partir de ese momento por casi todo el centro, el este y el sur de Europa. Pero esta situación duraría poco. Aún más, el futuro iba a deparar importantes problemas a gran escala en todas esas regiones multiétnicas cuyos territorios eran tratados como fichas en un tablero.

Este giro inesperado vivido en el este, que mejoraba la situación de Alemania y sus aliados en el Frente Oriental, ofrecía unas perspectivas mucho mejores para el ejército germano en el oeste. Las consecuencias de esta nueva situación se manifestarían en 1918. De manera más inmediata, se abría la posibilidad de efectuar una intervención para poner orden en el poco decisivo, pero problemático, frente italiano. Desde 1915, cuando entraron en la guerra en el bando de la Entente, los italianos habían estado batallando con mayor o menor continuidad contra el ejército austrohúngaro a lo largo del río Isonzo, que nace en los Alpes y desemboca en el Adriático, cerca de Trieste. En octubre de 1917, los alemanes enviaron tropas de refuerzo a la zona para ayudar a los austríacos. La duodécima, y decisiva, batalla del Isonzo (llamada también batalla de Caporetto) empezó el 24 de octubre. Los italianos fueron repelidos y se vieron obligados a retirarse unos ochenta kilómetros. Su ejército, formado por reclutas —más de la mitad de ellos campesinos o jornaleros procedentes del sur de Italia— que en su mayoría constituían la primera línea de la infantería, simplemente no tenía las agallas necesarias para luchar. Estaba mal dirigido, carecía de un buen equipamiento y no recibía una alimentación adecuada. A 10 de noviembre de 1917, las pérdidas italianas superaban los 305.000 efectivos. El número de muertos (unos 10.000) y heridos (unos 30.000) era relativamente bajo. La inmensa mayoría de las bajas (alrededor de 265.000) se debía a la deserción y a la rendición voluntaria al enemigo. No es de extrañar que Caporetto se convirtiera en un día vergonzoso para la historia de Italia.

Hasta aquellos momentos, los Aliados habían ostentado una superioridad numérica de hombres y armamento en el Frente Occidental, donde los alemanes habían sufrido muchas más pérdidas que en el Frente

Oriental. Pero la retirada de Rusia de la guerra había dejado disponibles al menos cuarenta y cuatro divisiones germanas para ser trasladadas al oeste. Luddendorf, que de hecho regía el destino de Alemania, vio la oportunidad de obtener una victoria decisiva en el Frente Occidental mediante el lanzamiento de un ataque masivo en la primavera de 1918 —la llamada Operación Michael—, concentrado aproximadamente en la línea del Somme, antes de que los americanos pudieran unirse a los combates. La ofensiva comenzó el 21 de marzo, cuando 6.600 cañones iniciaron el bombardeo más intenso de toda la guerra. Las tropas aliadas, conmocionadas y superadas en número, no tuvieron más remedio que replegarse casi 65 kilómetros, prácticamente hasta Amiens. Pero, como no se produjo ningún colapso, la artillería alemana sólo pudo avanzar con lentitud, especialmente en el sector norte del frente. Las bajas fueron muy numerosas. El primer día de la ofensiva, los alemanes perdieron alrededor de 40.000 efectivos, una cuarta parte de ellos muertos en combate. El número de bajas británicas apenas fue ligeramente inferior. La suma de todas las pérdidas pone de manifiesto que este derramamiento de sangre fue el peor sufrido por los dos bandos en un solo día de la guerra, peor incluso que el sufrido durante la primera jornada de la batalla del Somme. Cuando se interrumpió la ofensiva el 5 de abril, el total de bajas alemanas, que en aquellos momentos ya eran irreemplazables, ascendía a 239.000. Entre unos y otros, británicos y franceses habían perdido unos 338.000 hombres (casi una cuarta parte de ellos capturados por el enemigo). Las pérdidas totales sufridas en dos semanas fueron como las sufridas en Verdún en un período de cinco meses.

Este episodio supuso para Alemania el comienzo del fin de la guerra. La siguiente ofensiva lanzada en abril en territorio de Flandes con el objetivo de capturar los puertos belgas enseguida volvió a perder fuelle tras una serie inicial de victorias alemanas. A pesar de las pérdidas (otros 150.000 efectivos), los Aliados siguieron pudiendo recurrir a sus reservas. Pero los germanos, que ya carecían prácticamente de reemplazos, tuvieron que utilizar sus últimos recursos humanos para los ataques finales emprendidos en la primavera y el verano en un conocido campo de batalla: el Camino de las Damas, hasta la cuenca del Marne, donde había tenido

lugar el primer gran enfrentamiento armado de la guerra. En junio de 1918, las tropas americanas se habían unido a las de los Aliados, y cada mes llegaban al continente unos 200.000 efectivos del otro lado del Atlántico. Luego, un gran contraataque francés en el Marne, con cientos de tanques Renault y apoyo aéreo, se saldó rápidamente con la captura de 30.000 soldados alemanes. La moral de los germanos empezó a resquebrajarse, y no tardó en hundirse. Las ganancias obtenidas en la ofensiva de marzo se esfumaron a finales de agosto y en septiembre, cuando los Aliados empezaron a avanzar. A comienzos de octubre, las tropas de la Entente habían alcanzado la fortificada Línea Hindenburg, y los alemanes estaban en plena retirada. Desde el punto de vista militar, Alemania estaba prácticamente acabada, aunque la opinión pública del país no fuera consciente de que la derrota era un hecho inminente, pues le habían sido ocultadas las peores noticias, y la propaganda seguía haciendo campaña por firmar la paz sólo tras obtener la victoria.

Hindenburg y Ludendorff se daban cuenta de lo que les venía encima. Tenían la firme determinación de negociar una paz antes de que el ejército alemán se hundiera, y la derrota militar completa fuera un hecho evidente. La reputación del ejército, y la suya propia, estaba en juego. Comenzaron a maquinar la mejor manera de eludir toda responsabilidad de la inminente derrota, trasladando todo el peso de las negociaciones sobre aquellas fuerzas políticas —principalmente la izquierda socialista— que llevaban tiempo reclamando la instauración de una democracia parlamentaria. El 1 de octubre, mientras informaba a los oficiales de su estado mayor de que iba a ser imposible ganar la guerra, Ludendorff les dijo: «Acabo de solicitar a Su Majestad [el káiser] que haga entrar en el gobierno a los que debemos dar las gracias por nuestra situación. Ahora veremos a esos caballeros asumiendo cargos ejecutivos. Es su deber alcanzar esa paz tan necesaria. Tienen que tragarse la sopa que nos han cocinado y servido». Fue el principio de lo que acabaría convirtiéndose en una leyenda, cuyas consecuencias, después de la guerra, serían tan funestas como duraderas: a saber, que el ejército alemán había salido invicto de los campos de batalla y que las fuerzas socialistas, que eran las que fomentaban los disturbios en la nación, habían asestado una «puñalada trapera» al esfuerzo de guerra.

Por su parte, los aliados de Alemania comenzaban a perder fuelle debido, por un lado, a las deserciones en masa en sus ejércitos y al creciente sentimiento revolucionario, y por otro a las derrotas que sufrían en los campos de batalla, así como a unas perspectivas de paz cada vez más tangibles. Bulgaria, desmoralizada ante las derrotas que le infligían los Aliados en su avance imparable desde el suroeste, y en medio de las crecientes demandas revolucionarias de los consejos de soldados y trabajadores que se habían creado en diversos pueblos y ciudades, firmó un armisticio el 30 de septiembre. Al mes siguiente le tocó al Imperio Otomano, completamente hundido, comenzar a recibir el sacramento de la extremaunción. Las derrotas militares, una ignominiosa retirada del Cáucaso y la deserción masiva de soldados, junto con la gravísima crisis económica y la anarquía reinante en sus dominios, provocaron que Turquía se resignara a firmar un armisticio con los Aliados el 31 de octubre.

A comienzos de noviembre, con los ejércitos y los gobiernos de las Potencias Centrales sumidos en el caos, se hizo evidente que el final de la gran conflagración estaba cada vez más cerca. Cuando el régimen del káiser cayó el 9 de noviembre, y el nuevo gobierno alemán mostró su disposición a aceptar inmediatamente los Catorce Puntos del presidente Wilson como base para comenzar las negociaciones, la guerra pudo ser por fin interrumpida. El 11 de noviembre, en el cuartel general del mariscal Foch, comandante supremo de las fuerzas aliadas, el dirigente político del Partido de Centro, Matthias Erzberger, presidiendo una delegación germana, estampó su firma en el armisticio que puso punto final a los combates. Los cañones enmudecieron a las once horas del undécimo día del undécimo mes.

Vivir en guerra

«Es imposible imaginar tanto horror. No hay nadie que pueda hacerse una idea, salvo quien lo haya vivido», escribía un soldado de infantería alemán el 2 de julio de 1916, en su descripción de la batalla de Verdún. Muchos otros hombres que durante la primera guerra mundial combatieron en uno y otro bando compartieron sin lugar a duda ese mismo sentimiento.

Resulta imposible generalizar cuando se habla de las experiencias vividas por los millones de soldados que se vieron obligados a afrontar los cuatro años de infierno que duró el conflicto, o parte de ellos. Las cartas que recibieron o enviaron desde el frente permiten, no obstante, que nos hagamos cierta idea. Las que más abundan son las relacionadas con el Frente Occidental. Dichas misivas ocultan o disimulan a menudo los sentimientos y los pensamientos de sus autores, pues tenían que pasar una censura, y, en cualquier caso, con frecuencia se intentaba no alarmar o angustiar a los seres queridos a los que iban destinadas. Ni que decir tiene que las experiencias que cuentan son muy distintas unas de otras. También muestran diferentes posturas ante la guerra, posturas que se veían asimismo influenciadas por el temperamento, la educación, el rango, la clase social, las circunstancias materiales, el trato recibido de los superiores, las simpatías políticas, la formación ideológica y un sinfín de otros factores. Podemos ampliar nuestros conocimientos sobre las distintas maneras de ver las cosas en aquella época gracias a los numerosísimos escritos y memorias de los que participaron en el conflicto, recopilados después de la guerra. Como cualquier otro relato de un testigo ocular redactado con posterioridad a los hechos que cuenta —a veces mucho tiempo después—, estos testimonios, sin embargo, pueden verse afectados por los caprichos de la memoria y por la influencia, tal vez inconsciente, de acontecimientos posteriores. Por muy realistas que sean, los trabajos literarios de posguerra, aunque resulten a menudo conmovedores y nos ofrezcan reveladoras visiones, presentan unas imágenes de lo que supuso la guerra construidas posteriormente, basándose en las experiencias de la gente corriente de la época. Así pues, cualquier intento de contar lo que fue vivir durante la primera guerra mundial se ve afectado por la subjetividad.

Resulta difícil, por ejemplo, saber con certeza qué repercusiones psicológicas tuvieron los soldados, en plena guerra o con posterioridad, viéndose obligados a vivir tan de cerca la presencia constante y agobiante de la muerte. Hay numerosos indicadores de que las sensaciones y los sentimientos no tardaban en atemperarse. La muerte de soldados desconocidos apenas removía las emociones. «Esta indiferencia probablemente sea lo mejor que pueda ocurrirle a un hombre que esté en

medio de una batalla», observaría un recluta de la infantería francesa en el frente de Verdún tras comprobar que la visión de otro hombre caído en combate no le producía ni frío ni calor. «El largo período de emociones abrumadoramente poderosas ha desembocado al final en la muerte de la propia emoción.» «Veía cosas increíblemente horribles, pero éramos tan disciplinados que lo dábamos todo por descontado, como si fuera algo normal», comentaría más tarde un antiguo soldado británico.

La muerte en el combate, incluso la de los compañeros más cercanos, parece que enseguida empezó a ser aceptada con gran resignación, como si se tratara de un hecho consumado. «Solamente por mi sección han pasado varios centenares de hombres, y al menos la mitad de ellos han caído muertos o heridos en los campos de batalla», escribía en su diario en abril de 1915 un soldado ruso de origen campesino. «Un año en el frente ha bastado para que deje de pensar en todo ello.» «Era un flujo continuo de heridos, de muertos y de moribundos», diría un soldado del ejército británico recordando la batalla del Somme. «Tenías que aparcar cualquier sentimiento. Se trataba de cumplir con el trabajo.» Otro soldado comentaría más tarde las pérdidas sufridas por su unidad durante la primera jornada de la batalla del Somme. «No pasaron lista cuando regresamos porque, de los ochocientos que éramos, sólo quedaban [sic] unos veinticinco de los nuestros. No había nada que contar.» Un cabo hablaría con sorprendente franqueza. «Cuando abandoné la primera línea, después de haber perdido muchísimos hombres, siento decir que no sentía tristeza alguna. La única cosa que pensaba era que menos bocas [sic] que alimentar, y que durante quince días iba a recibir las raciones de todos aquellos hombres antes de que éstas se redujeran.» «Con el tiempo me fui endureciendo mucho», recordaría un sargento del Cuerpo Médico del Ejército. «Tuvimos que acostumbrarnos a cosas realmente espeluznantes.» Es imposible saber hasta qué punto todas estas imágenes e impresiones resultaban representativas entre los efectivos del ejército británico, por no hablar de las fuerzas militares de otros países. Pero es indudable que estos relatos y descripciones hablaban por muchos de ellos.

Había, sin embargo, otro tipo de sentimientos más humanos. El comandante ruso Brusilov, hombre estricto y disciplinado, impulsado por su sed de victoria, y consciente de lo que consideraba su «amarga y dura misión», no fue inmune a la miseria humana en un campo de batalla de Galicia «cubierto de montones de cadáveres» que describió a su esposa en el primer mes de combates. «Me acongoja terriblemente», comentó. Una carta publicada en noviembre de 1914 en el periódico de los mineros alemanes, el *Bergarbeiterzeitung*, hablaba del horror que sintió el autor cuando fue a dar con el cuerpo mortalmente mutilado de un soldado de infantería. «Tengo siempre presente a ese soldado de infantería», decía en su carta, «sin cabeza, con una protuberancia de carne ensangrentada entre los hombros. No puedo dejar de verlo». Decía que aquella «imagen era tan espantosa, tan espantosa, que estas últimas dos noches no he podido conciliar el sueño».

Como cabe suponer, los muertos del enemigo se veían con ojos muy distintos. «El enemigo no es nada más que un obstáculo que debe ser destruido», fue una declaración recogida, entre otras muchas, por el Instituto de Psicología Aplicada de Berlín. «Nos estamos convirtiendo en animales. Lo percibo en otros. Lo percibo en mí mismo», reconocería un soldado francés en 1915 en una carta dirigida a los suyos. No todos los soldados se deshumanizaron a raíz de la guerra. Pero muchos sí. Las matanzas, aunque inhumanas, carecían de carga emocional. Se llevaban a cabo principalmente con la artillería, las ametralladoras, las granadas y otras armas letales, desde cierta distancia y contra un enemigo sin rostro. Sólo la artillería fue responsable de las tres cuartas partes de las bajas sufridas por los franceses entre 1914 y 1917. Tanto entonces como posteriormente, los soldados harían hincapié en lo fácil que resultaba disparar a un enemigo anónimo e impersonal desde cierta distancia. El combate cuerpo a cuerpo —saltar en una trinchera enemiga y pasar a cuchillo a un hombre, por ejemplo— no era muy habitual. En la primavera de 1917, sólo un 0,1 % de las bajas alemanas en el Frente Occidental se produjeron en combates cuerpo a cuerpo, una proporción minúscula en comparación con las provocadas por el fuego de la artillería, que fueron del 76 %. Para algunos soldados, el combate cuerpo a cuerpo exigía superar

inhibiciones y escrúpulos. No obstante, los hombres lograban salvar estos obstáculos. Y había individuos que disfrutaban con él. Un joven comandante británico, que decía no pensar demasiado en el futuro, daba por hecho «que vamos a matar a los alemanes en su primera línea». En junio de 1915, otro soldado británico describía en su diario cómo había disparado a bocajarro a un joven alemán que, con los brazos en alto, suplicaba misericordia. «Fue un espectáculo divino ver cómo su cuerpo se desplomaba», escribió.

Algunos, aunque sin duda una minoría, consideraban que la guerra era un proceso de limpieza para acabar con la podredumbre existente en su propia sociedad. A comienzos de 1915, un soldado alemán, que había recibido la declaración de guerra con alegría, escribió a un conocido diciéndole que los sacrificios en el frente iban a merecer la pena si con ellos se conseguía una patria «más pura y limpia de extranjeros (*Fremdländerei*)». El mundo no tardaría en tener más noticias de este soldado. Se llamaba Adolf Hitler.

Los estereotipos del enemigo producidos por las distintas naciones contribuyeron enormemente al proceso de incitación al odio. Ya habían empezado a hacerlo en gran medida antes incluso del estallido de la guerra. Una vez iniciados los combates, la creación de esos estereotipos se vio fuertemente reforzada por los aparatos de propaganda tanto en el seno de las distintas naciones como en los diversos frentes. La propaganda oficial de uno y otro bando trataba de demonizar al enemigo y de fomentar el odio hacia él entre las tropas de combate y entre la población civil indistintamente. Las acusaciones —justificadas o inventadas— lanzadas por los medios de comunicación, denunciando atrocidades, eran uno de los métodos utilizados. Los estereotipos solían funcionar. Los soldados alemanes de izquierdas, sumamente críticos con el militarismo, el hipernacionalismo y el régimen del káiser, aceptaban, sin embargo, caricaturas de la inferioridad eslava y la necesidad de una misión civilizadora germana que llevara la cultura al este. Los soldados alemanes que pisaban Rusia por primera vez vieron cómo se confirmaban todas esas caricaturizaciones. «Asia, estepa, pantanos... un páramo lleno de lodo

dejado de la mano de Dios», como recordaría un oficial, y «sin un atisbo de *Kultur* centroeuropea». Un sargento alemán, aficionado a la poesía, escribió los siguientes versos en febrero de 1918:

> Todo lo que se abre ante mis ojos sigue siendo la miseria
> Que la desgracia del ejército ruso provocó
> En su propia tierra, ¡en las obras de la naturaleza!
> ¡Esa, que parecía perdida para siempre, fue creada de nuevo por
> Los batallones alemanes de la *Kultur*!

Las imágenes propagandísticas de rusos asiáticos, atrasados, incultos y bárbaros se grabarían en las mentes que iban a preparar el terreno para cometer un sinfín de atrocidades en el curso de una segunda guerra mundial (aunque la criminal combinación racial de bolcheviques y judíos todavía estaba por inventarse). Pero la propaganda del odio en la Gran Guerra no constituyó en absoluto un éxito total. Al menos en el Frente Occidental. En 1914-1915 se produjeron algunos episodios de fraternización entre las tropas alemanas y las francesas y británicas, como, por ejemplo, la tregua no oficial en tierra de nadie de la Navidad de 1914, hasta que los oficiales acabaron con este tipo de fenómenos. A veces se permitía a los soldados enemigos recoger a sus muertos y heridos. También se producían breves períodos de tregua tácita no oficial, basados en una comprensión mutua no formal y no anunciada, y casos de soldados de patrulla que fallaban deliberadamente sus disparos. Y hay indicios de respeto mutuo entre los soldados corrientes por las cualidades combativas del enemigo, y de un sentido de la compasión, surgido en el curso de aquella cruenta matanza que desafiaba la comprensión humana.

Sin embargo, no conviene exagerar este tipo de episodios. Si bien los objetivos ideológicos, manifiestos o subliminales, que contribuyeron a dar sentido al caos prevalecían más entre los oficiales y los comandantes, especialmente en los rangos superiores, los soldados corrientes también estaban sometidos a las fuerzas culturales nacionales que los habían modelado en el curso de su educación y su adiestramiento. Más aún, las matanzas cobraron rápidamente un gran impulso. Los hombres se acostumbraron a ellas. En ocasiones, todo se reducía simplemente a «matar o morir». Los soldados aceptaban en gran medida lo que debían hacer, no

tenían otra alternativa, y pensaban sobre todo en superar aquella terrible prueba y sobrevivir. «La vida es un alimento delicioso, y la masticamos en silencio con una buena dentadura», comentaría en 1917 un soldado italiano después de haber sobrevivido a una cruenta batalla en la que cada segundo había caído muerto o herido un hombre. Puede decirse que los grandes ideales prácticamente brillaban por su ausencia. «Estamos aquí porque estamos aquí porque estamos aquí porque estamos aquí», cantaban cínicamente algunos soldados británicos en las trincheras.

En el frente, el miedo, como la muerte, era un compañero constante de los soldados, por mucho que la mayor parte de ellos tratara de ocultarlo. El fatalismo que, por su naturaleza, lo acompañaba era igualmente omnipresente. Los soldados, por supuesto, no se encontraban siempre en primera línea. Los que la ocupaban en un momento determinado constituían, de hecho, una minoría. Pero durante el tiempo que pasaban tras las líneas —recuperándose, descansando, entreteniéndose (parece que los juegos como el fútbol y las visitas a los burdeles eran los pasatiempos favoritos de las tropas británicas), adiestrándose y recibiendo constantemente instrucción militar— no dejaban de pensar en que el siguiente «gran ataque» era cada vez más inminente. Cuando corría el rumor de que estaban a punto de comenzar el asalto, el miedo y el temor se intensificaban. Cuando llegaba el momento, algunos soldados estaban tan aterrorizados que sufrían incontinencia. Otros se mostraban rebosantes de seguridad, en muchos casos, sin duda, para ocultar su nerviosismo. Unos pocos, a menudo tipos valientes que ya habían pasado por un horror similar con anterioridad, estaban tan asustados, a veces sufriendo incluso verdaderos ataques de pánico, que se negaban a salir de las trincheras y lanzarse al ataque, y pagaban el precio mortal de su supuesta cobardía o deserción frente a un pelotón de fusilamiento.

La mayoría era consciente de que no tenía más remedio que vivir aquella experiencia, y se mostraba fatalista. El ron, el aguardiente y el vodka en abundancia solían ser de gran ayuda antes de emprender la ofensiva. «Cuando me lanzaba al ataque, no pensaba realmente en nada. Sólo avanzaba. Y no había más», recordaría un soldado de uno de los regimientos británicos. Muchos relatos ponen de manifiesto que los

soldados temían más quedar gravemente mutilados que perder la vida. Según un estudio alemán sobre «La psicología del miedo en tiempos de guerra», publicado en 1970, «imaginar estar lisiado basta... para que la muerte parezca deseable». Muchos soñaban con lo que los británicos denominaban una «herida que mandara a casa» (*blighty wound*), y los alemanes un «disparo de vuelta a la patria» (*Heimatschuss*), esto es, una herida que no dejara lisiado ni supusiera un grave peligro para la vida, pero lo suficientemente seria para mandar al soldado de vuelta al hogar tras ser declarado no apto para el servicio militar. Algunos llegaron a autolesionarse infligiéndose una herida de este tipo, pero si eran descubiertos tenían que afrontar graves castigos, además del dolor que ya se habían provocado.

Si tenemos en cuenta todo lo que había que soportar, puede decirse que la moral en el Frente Occidental se mantuvo sorprendentemente alta en líneas generales. El motín francés en el Camino de las Damas de 1917 fue una excepción, aunque los censores que examinaban las cartas de los soldados percibieron indicios de altibajos en la moral de los hombres mientras se libraba la batalla de Verdún, y las deserciones experimentaron un aumento durante el invierno de 1916-1917. La veloz respuesta de las autoridades francesas para aplacar las tropas sublevadas puso de manifiesto la seriedad con la que el gobierno galo se había tomado aquella breve revuelta. La moral de los hombres volvió a ponerse a prueba durante la gran ofensiva militar alemana emprendida en la primavera y el verano de 1918. Pero los franceses luchaban por su propio país. Esta circunstancia hizo que se concentraran en su misión. Cuando en el mes de agosto tanques franceses obligaron a los alemanes a replegarse hacia el Marne, y en el horizonte se avistaba el final de la contienda, la moral floreció de nuevo. Las fuerzas del Imperio Británico también mantuvieron prácticamente intacto su espíritu combativo hasta el cese de las hostilidades. Su moral se había visto afectada por el ataque alemán de la primavera de 1918, pero enseguida volvió a subir cuando empezó a perder impulso la ofensiva enemiga y comenzaron a llegar tropas de refuerzo (sobre todo estadounidenses).

Ni que decir tiene que el ejército británico no se libró de recibir quejas y protestas por las condiciones miserables, la calidad de los alimentos, la escasez de las raciones, los ejercicios físicos de la instrucción y el

despotismo de algunos oficiales. La disciplina era sumamente estricta en todas las fuerzas de combate, incluso feroz en algunas, como, por ejemplo, las rusas y las italianas. Los métodos coercitivos se intensificaron en todos los ejércitos durante la segunda mitad de la guerra para intentar contrarrestar los altibajos de moral. Pero la coacción no puede explicar por sí sola una predisposición a seguir combatiendo, y, de hecho, ya hacia el final de la guerra, no logró acabar con una grave desafección generalizada en la mayoría de los ejércitos. Cuando la moral era elevada, más fuerzas positivas se ponían en marcha. Durante la mayor parte de la guerra, los soldados franceses y británicos conservaron su fe en la victoria final y en la honradez de su causa. En el caso de los franceses, conceptos como patriotismo y defensa del propio país siguieron ofreciendo una razón positiva para continuar la lucha. También tuvieron su importancia entre las tropas británicas, aunque no tanta, pues Gran Bretaña no había sido invadida, y no estaban combatiendo en suelo inglés. Los censores que examinaban la correspondencia de los soldados británicos no observaron una disminución de la voluntad de los hombres de luchar hasta el final ni una predisposición a aceptar una paz de compromiso.

La moral de los alemanes sólo se vino abajo en 1918. Entre sus tropas, las reivindicaciones —exacerbadas por una desigualdad entre oficiales y soldados aún mayor a la existente en los ejércitos británico y francés— comenzaron a verse cada vez más politizadas a partir de 1917. El resentimiento por la diferencia de la paga entre oficiales y soldados, la sensación de que en las unidades de la retaguardia los oficiales seguían disfrutando de «la buena vida» mientras en el frente morían miles y miles de reclutas, el enfado por la pésima calidad de la comida y la escasez de raciones a partir de 1916, así como las noticias que recibían de casa en las que se hablaba de la escalada de los precios y unas condiciones de vida cada vez más deterioradas, fueron factores que se combinaron para arraigar entre los soldados la convicción de que sus sacrificios sólo servían para aumentar las ganancias de los capitalistas y los especuladores. En los meses finales, la idea de que sólo una revolución podía corregir las injusticias comenzó a arraigar entre las filas alemanas. Muchos soldados empezaron a compartir la opinión de la artista y escultora Käthe Kollwitz, todavía

sumida en la aflicción tras la pérdida de su hijo Peter en 1914, de que la guerra, que había enviado a millones de personas al matadero, había sido simplemente una «horrible estafa». Surgieron demandas de paz, socialismo y revolución, y en el frente los soldados se hicieron eco de ellas en aquellas últimas semanas, mientras votaban con los pies en medio de una ola de deserciones.

En el Frente Oriental, el espíritu combativo —con la excepción del de los alemanes— fue mucho más inestable desde una fase temprana de la guerra. Los soldados del ejército ruso, el austrohúngaro y el italiano a menudo demostraron desde un principio muy poca fe en la «causa» por la que se decía que luchaban. Muchos reclutas rusos, más de las tres cuartas partes de ellos de origen campesino, y en su mayoría analfabetos, «no tenían ni la más mínima idea de qué tenía que ver con ellos aquella guerra», ni, por lo visto, de que existiera un país llamado Alemania, se lamentaría el general Brusilov. La desmoralización había hecho mella en las filas rusas al poco de estallar la contienda. Después de las primeras derrotas de 1914, los censores del zar ya habían informado de que «los soldados han dejado de creer en la victoria». La escasez de alimentos, ropa y armas —en 1915 ya se indicaba que muchos soldados en el frente no disponían de armamento—, así como los reveses militares, socavaban la moral. Y también lo hacía el trato brutal dispensado por los oficiales, a los que muchos no sólo aborrecían por considerarlos representantes de la clase terrateniente, sino que también despreciaban por estar corrompidos y por preferir las comodidades de la retaguardia. Cada vez más soldados se preguntaban quién era el verdadero culpable de aquella atroz situación, y llegaban a la conclusión de que la respuesta era la traición. «Tal vez pronto tengamos que admitir que nuestra campaña militar se ha perdido y que, sobre todo, ha sido traicionada», decía ya en 1915 un informe de los censores rusos. El derrotismo —y la búsqueda de chivos expiatorios y de traidores— fue en aumento en 1916, con perniciosas consecuencias en el frente. Después de escuchar la «explicación» dada por un suboficial indicando que detrás de la última retirada había la mano oculta de los espías y los traidores, un soldado

comentó: «Un pez empieza a pudrirse por la cabeza. ¿Qué zar se rodearía de ladrones y estafadores? Es tan claro como la luz del día que vamos a perder la guerra». Comenzaba a abrirse el camino a la revolución.

La deserción y la rendición voluntaria empezaron a ser un hecho habitual en el ejército ruso a partir de 1916. Aquel otoño se produjeron más de veinte motines, a medida que la moral iba fracturándose. En el frente los soldados, más que condenarlas, apoyaron notablemente estas sublevaciones. Después de que se desvanecieran las efímeras victorias de la Ofensiva Brusilov, el cansancio de la guerra y el profundo abatimiento se unieron a una creciente preocupación, alimentada por las cartas de las familias, por el empeoramiento de las condiciones de vida en sus hogares. El jefe del comité de censura militar de Petrogrado indicaba en noviembre de 1916 que los rumores que llegaban a las tropas a través de las misivas de sus parientes «provocan depresión en los soldados» y mucha preocupación por la suerte que puedan correr sus familiares». De las demandas de paz —incluso de una paz sin condiciones— ya se había hablado en 1916. Cuando estalló la revolución de febrero en 1917 aquel mar de fondo se había convertido en una verdadera marea.

La deserción a gran escala tampoco tardó en comenzar entre otras tropas que combatían en el Frente Oriental. En el ejército italiano, a pesar de la dureza de los castigos impuestos desde un principio, las deserciones prácticamente se triplicaron entre 1915 y 1917. Más de 300.000 efectivos habían desertado del ejército otomano en noviembre de 1917. La predisposición a la rendición —mucho más acusada que en el Frente Occidental— fue otro indicio de que la moral, que en último término debía basarse en el compromiso y la autodisciplina, era frágil.

La falta de cohesión nacional era uno de los factores que más dificultaban mantener alta la moral en las filas del ejército austrohúngaro. Los oficiales austríacos de lengua germana solían tratar a los soldados de otros orígenes étnicos —croatas, rumanos, serbiobosnios, checos e italianos, entre otros— con desdén. Estos efectivos, a su vez, no sólo aborrecían a los despóticos oficiales, sino que también veían a sus superiores bajo el prisma de la etnicidad y a menudo contemplaban la causa Habsburgo con indiferencia u hostilidad. Los checos y otras minorías

étnicas se resentían del trato recibido por parte de los oficiales austríacos, a los que consideraban unos tipos arrogantes y tiránicos. Los austríacos, por otro lado, pensaban que los checos, los rutenios (del este de Hungría, al sur de los Cárpatos) y, no del todo sin razón, los serbiobosnios no eran de fiar. No puede decirse que aquello fuera la receta perfecta para mantener alta la moral. Las graves deserciones de los checos, cada vez más numerosas, indicaban claramente un hecho, a saber, que las tendencias étnicas nacionalistas contribuían notablemente al debilitamiento del esfuerzo de guerra de los Habsburgo.

En el Frente Oriental, en mayor medida que en el Frente Occidental (con la excepción de su fase inicial), los civiles se vieron engullidos por el combate. Las importantes memorias del alcalde de una aldea polaca permiten adentrarnos en la vida de la población civil de un sector del Frente Oriental durante la guerra. Jan Slomka había nacido en 1842, y su larga existencia llegó a su fin en 1929, a los ochenta y siete años. Durante cuatro décadas ejerció como alcalde de una comunidad de campesinos de Dzików, próxima a la ciudad de Tarnobrzeg, en el sureste de Polonia, cerca del Vístula y los Cárpatos, en la zona de Polonia gobernada por Austria antes del estallido de la guerra. Su vívido relato del impacto de la guerra en su aldea se parece mucho más al de la devastación, la rapiña y la destrucción provocadas por los ejércitos en avance y en retirada durante la guerra de los Treinta Años del siglo XVII que al de los peculiares horrores de la guerra estática de trincheras que caracterizó al Frente Occidental, donde las larguísimas batallas de desgaste se desarrollaron efectivamente al margen de la población civil.

Tras el primer año de guerra, la comunidad de Slomka había visto pasar cinco veces a las tropas austríacas, y cuatro a las rusas. Tres grandes batallas se libraron en sus inmediaciones. Los rusos ocuparon la zona en dos ocasiones, la primera durante tres semanas, y la segunda durante ocho meses. Los combates y los movimientos de las tropas causaron una gran devastación. Alrededor de tres mil granjas y casas fueron destruidas en las zonas circundantes, sobre todo por la acción de la artillería. Algunas aldeas fueron borradas del mapa. Más de catorce mil hectáreas de bosque fueron arrasadas o destruidas por las bombas. Los saqueadores arramplaron con lo

poco que quedó en el caserío. Buena parte de la población —los que no habían huido ante la llegada inminente de los rusos— se vio reducida a la miseria. Muchos no tuvieron más remedio que vivir en casas improvisadas entre las ruinas, con sus campos sin cultivar, destrozados por las trincheras de la infantería y las alambradas de espino, desprovistos de sus caballos y de su ganado que se habían llevado los rusos. Casi todos los varones adultos fueron deportados a los Urales. No había ni alimentos, ni ropa, ni un techo bajo el que cobijarse. Y tampoco se labraba la tierra, pues no había hombres para trabajarla. Hubo que introducir una medida tan impopular como el racionamiento de alimentos, pero la escasez no hizo más que aumentar el precio de los productos hasta alcanzar niveles astronómicos.

Todo aquello había empezado con una visión sumamente optimista. En Dzików, los hombres acudieron en masa a alistarse cuando fue decretada la movilización el 1 de agosto de 1914. La población civil había vitoreado a las tropas cuando éstas pasaban por su localidad entonando cánticos, con la moral bien alta, camino del campo de batalla. Había una sensación general de que las Potencias Centrales iban a obtener la victoria, de que la guerra se decidiría en territorio ruso y de que todo ello daría lugar al nacimiento de un nuevo estado polaco.

No obstante, el estallido de la guerra puso de manifiesto una división sumamente significativa entre la población local. La animadversión y el resentimiento hacia los judíos (que constituían la mayoría de los habitantes de Tarnobrzeg, pero no de Dzików ni de otras localidades vecinas) por parte de la población católica se verbalizaron en una serie de acusaciones señalando que los hebreos evitaban prestar servicio militar y no contribuían ni al acantonamiento de las tropas ni a proporcionar caballos y carros para el ejército, lo que suponía que sus vecinos tuvieran que soportar una carga más pesada. Al final, los judíos, viéndose acorralados, no tuvieron más remedio que colaborar.

La retirada de los rusos al otro lado del Vístula ante el avance de los austríacos no hizo más que confirmar la confianza de la gente en una victoria inminente de los Habsburgo, y por ende de Polonia. Se pensaba que la guerra acabaría en pocos meses. El optimismo inicial, sin embargo, no tardó en esfumarse. El 9 de septiembre, la cercanía del retumbar de los

cañones sembró el pánico y la angustia entre la población, segura hasta entonces de que el ejército austríaco había emprendido el camino de la victoria. En pocos días quedó claro todo lo contrario: las fuerzas de los Habsburgo se batían claramente en retirada. A duras penas, aquellos hombres, exhaustos, hambrientos y heridos, lejos de recordar los espléndidos regimientos que habían partido hacía apenas unas semanas, regresaron a la zona, primero pidiendo algo de comida que llevarse a la boca y luego saqueando las casas para conseguirla. Buena parte de la población judía local salió huyendo ante el avance de los rusos, y con razón, pues el enemigo dispensaba a los hebreos un trato «muy duro y despiadado». Los judíos de Dzików fueron agrupados y azotados en público. En una localidad vecina, cinco de ellos fueron ahorcados por haber ocultado supuestamente varias armas. En Tarnobrzeg, otros dos corrieron la misma suerte tras ser acusados de espionaje. Cuando a comienzos de octubre los rusos se vieron obligados a retirarse, recibieron con vítores a las tropas libertadoras que regresaban a la aldea, pensando que eran austríacas. Para su sorpresa, los «libertadores» eran en realidad regimientos húngaros, y los quince mil soldados aproximadamente que se acuartelaron en la zona se revelaron tan rapaces y hostiles como los rusos. A comienzos de noviembre volvieron las tropas del zar, y la ocupación se prolongó esta vez hasta junio de 1915, con más saqueos masivos y destrucción.

A medida que la situación económica se deterioraba drásticamente en los últimos años de la guerra, a medida que las duras condiciones de vida de la población local empeoraban gravemente, y a medida que las deserciones del ejército ofrecían un claro indicativo de la debilidad militar de los austríacos, las esperanzas de una independencia de Polonia iban esfumándose. Y cuando la mitad oriental de la provincia austríaca de Galicia fue entregada a la recién creada República Popular Ucraniana en virtud de un tratado firmado por Ucrania, Alemania y el Imperio Austrohúngaro el 9 de febrero de 1918 (reconociendo la independencia de Ucrania y ofreciendo apoyo militar contra los bolcheviques a cambio de productos alimenticios), sin la presencia de representantes polacos en el acuerdo, la sensación general fue de que los polacos habían sido traicionados por alemanes y austríacos. Como uno de los Catorce Puntos

presentados por Woodrow Wilson el mes anterior, la creación de un estado polaco independiente incluida en la lista de los objetivos de los Aliados ya había incitado a los polacos a debilitar su tambaleante alianza con las Potencias Centrales. Pero cómo, y cuándo este estado llegaría a materializarse seguía siendo una gran incógnita.

El último día del mes de octubre de 1918, una multitud de desertores del ejército austríaco que había permanecido oculta en el bosque sobreviviendo con la comida proporcionada por la población local decidió abandonar su escondite y se plantó en la plaza principal de Tarnobrzeg después de arrancarse los emblemas austríacos de sus cascos. En los primeros días de noviembre muchos empezaron a sustituir todas las insignias de los Habsburgo por el águila polaca. Los soldados se dirigían a toda prisa a las estaciones de tren para poder volver a casa en cuanto fuera posible. Reunidos en una gran asamblea, los ciudadanos proclamaron con júbilo que «¡Polonia ha sido reinstaurada!». Las autoridades locales (incluido el propio Slomka), que habían sido el rostro de una serie de normativas intrusivas y sumamente impopulares propias de los tiempos de guerra, se vieron abruptamente expulsadas de sus cargos. Los agentes de policía se convirtieron en objetivos específicos de la ira popular, sufriendo con frecuencia ataques y violentas agresiones. Los judíos, acusados de explotar la miseria del resto de la población con la concesión de préstamos de dinero a intereses de usurero y de eludir la prestación del servicio militar en la primera línea del frente, también fueron víctima de aquel sentimiento de hostilidad, que ocasionalmente desató verdaderos estallidos de violencia: unos actos que solían acabar con el saqueo de tiendas propiedad de hebreos y palizas a sus dueños. El odio de clase era patente. Dos terceras partes de las tierras de la vecindad pertenecían a diez terratenientes, y el tercio restante se dividía principalmente entre unos catorce mil campesinos. No es de extrañar, pues, que en la caótica situación vivida poco antes del fin de la guerra, inspiradas con frecuencia por el espíritu de la revolución bolchevique, bandas de campesinos (ayudadas a veces por jornaleros), armadas con porras, horcas y pistolas, atacaran las grandes fincas,

saqueando graneros y llevándose, entre otras cosas, comida, ganado, heno y carros, y en ocasiones agrediendo o matando a los administradores de estos latifundios.

La guerra que había comenzado con tantas expectativas y tanta confianza acabó en esta zona de Polonia provocando profundas enemistades, conflictos de clase, odio creciente hacia los judíos, crisis de autoridad y violencia y desorden generalizados. El estado emergente de Polonia distaba mucho de ser una nación unida. Cuando fue firmado el armisticio, el país seguía careciendo de gobierno. Cuando la existencia de un estado polaco independiente fue anunciada el 16 de noviembre de 1918, los problemas que suponían el establecimiento de unas fronteras y la construcción de una infraestructura unificada no hicieron más que empezar. Y por muchas que hubieran sido las esperanzas abrigadas a lo largo de la guerra por la comunidad de Jan Slomka en Dzików y las comunidades de un sinfín de otras localidades polacas en lo tocante a la reinstauración de un estado polaco, lo cierto es que su forma concreta cuando éste surgió tenía muy poco que ver con las aspiraciones de toda esa gente, y mucho con las circunstancias en las que se produjo el colapso de las tres potencias —Rusia, Austria y Alemania (Prusia antes de 1871)—, que desde 1795 habían sido determinantes en la partición de Polonia.

En todas partes, tanto en el este como en el oeste de Europa, a pesar de las diferencias existentes entre las características de la guerra en uno y otro frente, la población de los distintos países beligerantes tuvo que afrontar nuevas privaciones y dificultades, desde el punto de vista material y psicológico, durante todo el conflicto. Las mujeres se llevaron la peor parte. A menudo se encontraron solas, obligadas a cultivar sus tierras, atendiendo a la vez a sus hijos pequeños, y en constante ansiedad, preocupadas por la suerte de sus esposos en los campos de batalla. En las regiones industriales, tuvieron que ponerse a trabajar en las fábricas de armamento o mantener operativas las redes de transporte, efectuando labores otrora reservadas a los hombres. Mientras cuidaban de sus hogares, en medio de la creciente escasez de alimentos y la vertiginosa escalada de los precios, su temor constante era que llamaran a la puerta y les trajeran la noticia de la muerte en combate de un ser querido. No es de extrañar que el resentimiento y la

ira fueran en aumento. Las colas para conseguir productos alimenticios posibilitaban que las mujeres hablaran unas con otras, corrieran todo tipo de noticias y rumores y se ventilaran quejas y agravios. Las cartas enviadas desde el frente permitían que se hicieran una idea de lo bien o mal que iba la guerra, y de cuál era la actitud de las tropas. Por otro lado, las propias misivas que ellas enviaban a sus esposos en el frente dejaban entrever la situación que se vivía en el país. Los soldados también conocerían dicha situación durante los infrecuentes períodos de permiso, cuyo recuerdo los acompañaría de vuelta a las trincheras.

A los que permanecían en casa les resultaba posible visualizar mentalmente los horrores del frente en toda su dimensión. En Gran Bretaña millones de personas habían podido contemplar una muestra de lo que ocurría, gracias a una película oficial, *La batalla del Somme*, que, aunque un poco amañada, no ocultaba la realidad de aquellas desgarradoras experiencias. Fue la primera vez en la historia que en un país en guerra, lejos de las atrocidades del frente, se ofreció al público una experiencia visceral de lo que era un conflicto armado. Resultaba tan espeluznante que algunas personas se desmayaban de la impresión mientras veían la película. Las autoridades se vieron obligadas a reconocer que la población no estaba preparada para semejante exposición a la cruda realidad de la guerra. La mayoría de las familias quería, o necesitaba, apartar de la mente lo que sus seres queridos no tenían más remedio que soportar en el frente. Así pues, no es de extrañar que muchos soldados volvieran a su actividad en primera línea con la sensación de que los suyos no comprendían lo que realmente les tocaba vivir. En 1917, por ejemplo, la calidez con la que la familia de un teniente británico lo recibió cuando éste llegó a casa en el curso de un permiso tardó muy poco en convertirse en hielo. Sus parientes comenzaron a ensalzar la victoria de los británicos en Passchendaele, y en cuanto él describió los horrores de la batalla y dio a entender que todas aquellas pérdidas habían sido para nada, le mostraron la puerta.

Sin embargo, esta falta de sensibilidad y esta incomprensión no fueron necesariamente características. La interacción entre el hogar y el frente fue mucho más estrecha y significativa que lo pueda parecer. La cantidad ingente de correspondencia, cordón umbilical con la familia, muestra la

intensidad con la que los soldados deseaban obtener un permiso para visitar a los suyos (al menos los hombres que tenían la suerte de poder aprovecharlo en este sentido, a diferencia, por ejemplo, de los efectivos de Canadá, el Anzac o la India, o los de regiones remotas del Imperio Ruso). Además, parece que las posturas ante la guerra tanto en casa como en el frente comenzaron a coincidir a medida que iba avanzando el conflicto, sobre todo en aquellas potencias beligerantes para las que la perspectiva de una derrota resultaba cada vez más clara.

La gran diversidad y multiplicidad de experiencias, en la vida civil y en el frente, dificulta enormemente hacer un resumen de ellas o establecer una generalización. Lo que parece evidente, y significativo desde el punto de vista histórico, sin embargo, es que los países que comenzaron la guerra con un sistema político que gozaba de muchos apoyos, basándose en un nivel relativamente alto de representación y unos valores establecidos ampliamente aceptados —lo que podría denominarse «legitimidad»—, disfrutaron de una ventaja especial a la hora de mantener alta la moral de la población civil en casa y la de los soldados en el frente, y, por lo tanto, a la hora de maximizar el esfuerzo de guerra. Ni que decir tiene que, para conseguirlo, esta circunstancia no bastaba por sí misma. Estos países también necesitaban ser superiores a sus enemigos en el suministro de armamento, alimentos y recursos humanos. Gran Bretaña y Francia eran las potencias que disfrutaban de esas ventajas, especialmente porque podían confiar en la ayuda no sólo de sus colonias de ultramar, sino también de Estados Unidos, y más tarde contaron con el apoyo directo de un gran número de tropas americanas. Todo ello permitió que conservaran la esperanza de una victoria final. Y allí donde se consiguió que la esperanza en la victoria siguiera viva, ésta resultó cada vez más fácil de materializar, y el sistema estatal pudo conservar su legitimidad, incluso a pesar de las pérdidas horribles sufridas en el frente.

Pero cuando la derrota se hizo cada vez más evidente, la esperanza se esfumó y las enormes (y crecientes) pérdidas empezaron a parecer en vano, la legitimidad del sistema estatal considerado responsable del gran fracaso se vio socavada hasta el punto de sacudir todos sus cimientos y provocar su derrumbamiento. La prueba más clara de este hecho la encontramos en los

índices de deserción que tuvieron los ejércitos de las Potencias Centrales poco antes de acabar la guerra. En los países donde la legitimidad estaba más debilitada, la guerra impuso tales cargas que los regímenes que la habían promovido comenzaron a atravesar situaciones cada vez más críticas debido al malestar de la población civil y los soldados en el frente.

El estado bajo presión

La guerra sometió a todos los países beligerantes, incluso aquellos que al final obtuvieron la victoria, a una gran presión sin precedente. Ya fueran nuevas o generalizadas, lo cierto es que todas las tareas que había que llevar a cabo en un conflicto de semejante escala pasaron a ser responsabilidad del estado. Hubo que movilizar tropas y recursos para el frente en unas cantidades inimaginables. A mitad del conflicto, en todos los países, un elevadísimo porcentaje de la población masculina capaz de empuñar un arma debía prestar servicio militar. (Gran Bretaña, que había empezado la guerra con un ejército formado por voluntarios, pasó al reclutamiento forzoso en 1916.) Hubo que fabricar armas a gran escala para cubrir las necesidades de los soldados en el campo de batalla. El estado promocionó la investigación en el campo de las nuevas tecnologías, así como el desarrollo de nuevos tipos de armamento. Hubo que aumentar muchísimo el número de hospitales, enfermerías improvisadas y sanatorios para hacer frente a la gran cantidad de heridos y mutilados que regresaba del frente. Se hizo ineludible la estructuración de una asistencia social, por poco satisfactoria que resultara, de viudas y de familias despojadas del hombre que traía el pan a casa. Hubo que organizar la opinión pública y mantener elevada la moral por medio de la propaganda y la censura del estado, y se controló la difusión de la información ejerciendo una influencia directa o indirecta en la prensa escrita.

Todo ello requería una economía controlada y un fuerte aumento de los gastos del estado. Los presupuestos militares, por ejemplo, alcanzaron unos niveles sin precedente en la etapa final de la guerra: el 59 % del producto interior bruto de Alemania, el 54 % del de Francia o el 37 % de Gran Bretaña (aunque las economías menos avanzadas, como, por ejemplo, las de

Rusia, Austria-Hungría y el Imperio Otomano, pudieron destinar menos dinero a este apartado). A la ciudadanía le fueron impuestas diversas formas fiscales, nuevas o ampliadas. Gran Bretaña cumplió relativamente sus objetivos con la financiación de la guerra con la ayuda de los impuestos, pero Alemania y especialmente Francia se mostraron más reacias a la hora de aumentar la presión fiscal sobre sus ciudadanos, pensando que el enemigo pagaría una serie de reparaciones de guerra cuando se hicieran con la victoria. Buena parte de la financiación de la guerra se obtuvo con préstamos. Los Aliados los recibieron principalmente de Estados Unidos, y Austria de Alemania, pero en cierta medida. Sin embargo, a medida que iba desarrollándose la guerra, a Alemania le resultó imposible conseguir crédito alguno en el extranjero. El esfuerzo de guerra germano tuvo que ser financiado con préstamos nacionales. Las campañas para la venta de bonos de guerra fueron un instrumento al que recurrieron todos los países beligerantes. El endeudamiento de los distintos estados aumentó vertiginosamente. Cuando los préstamos y las subidas de impuestos ya no fueron suficiente para resolver la falta de liquidez, los estados optaron por imprimir billetes de su divisa, aparcando los problemas para más adelante.

El aparato de los distintos estados aumentó de tamaño cuando los gobiernos comenzaron a dirigir la economía y a intervenir de manera cada vez más intensa en la vida civil. Las burocracias se expandieron. Y lo mismo ocurrió con los niveles de vigilancia, coerción y represión. Empezó el internamiento de los «extranjeros» considerados enemigos. En algunas regiones, sobre todo del este de Europa, poblaciones enteras fueron desplazadas. Cuando los rusos se retiraron del oeste de Polonia y de Lituania en 1915, dejando tras de sí «tierra desolada», ya habían deportado al menos a 300.000 lituanos, 250.000 letones, 350.000 judíos (que recibieron un trato especialmente cruel) y 743.000 polacos al interior de Rusia. En este país, a comienzos de 1917, unos seis millones de desplazados —refugiados del Cáucaso y los territorios fronterizos del oeste y gente deportada por la fuerza— se habían sumado a las masas que sufrían cada vez más miseria en las ciudades rusas.

Todos los estados tuvieron que asegurarse principalmente el apoyo de la clase trabajadora industrial (que en aquellos momentos incluía a un gran número de mujeres activas en la industria armamentística), cuya militancia aumentaba a medida que iba empeorando su situación económica. A menudo, especialmente en los países con un sistema de gobierno básicamente autoritario, más que ofrecer incentivos, se recurrió a la amenaza. En Gran Bretaña, en Francia y —hasta la fase final de la guerra— en Alemania, sin embargo, los trabajadores fueron inducidos a colaborar principalmente con persuasivos aumentos de salario (en comparación con el de otros sectores de la sociedad), promesas de futuro y concesiones sindicales. En Alemania, las drásticas medidas introducidas para movilizar la mano de obra, la llamada Ley de Servicios Auxiliares de diciembre de 1916 —la prestación forzosa de trabajo en el sector de la industria de guerra para todos los varones que tuvieran entre diecisiete y sesenta años de edad —, fueron acompañadas de la creación de comités de trabajo en las fábricas con más de cincuenta empleados, dando la misma representación tanto a los trabajadores como a los empresarios. No obstante, e independientemente de la predisposición a colaborar en el esfuerzo de guerra, los trabajadores (incluidas las mujeres) estaban dispuestos a hacer huelga para defender sus intereses materiales. En Gran Bretaña, donde las condiciones se deterioraron menos que en los otros países beligerantes durante la contienda, y donde el compromiso con el esfuerzo de guerra se mantuvo y fue relativamente elevado, se produjeron más huelgas que en cualquier otro país beligerante, con la excepción de Rusia. En 1918, como en 1914, los trabajadores británicos se declararon en huelga tres veces. Fuera de Gran Bretaña, las huelgas no fueron muchas en los dos primeros años de guerra, pero luego su número aumentó vertiginosamente (adquiriendo un tono cada vez más político) en 1917-1918.

La acentuación de aquellos sufrimientos y penalidades aparentemente interminables supuso una intensificación de la búsqueda de chivos expiatorios a los que poder responsabilizar de tanta miseria. La propaganda estatal se encargó de incitar sentimientos de odio entre la población. El resentimiento popular fue dirigido principalmente contra los capitalistas y los hombres de finanzas. Pero no consistió simplemente en el obvio odio de

clase hacia los especuladores de la guerra. También pudo ampliarse sin dificultad, fomentando el odio racial. Los judíos comenzaron a ser caricaturizados como explotadores de las masas trabajadoras, como la encarnación del capitalismo. El odio hacia ellos estaba, sin embargo, demasiado arraigado en buena parte de la población europea, y era demasiado camaleónico a la hora de adaptar sus matices a cualquier prejuicio, como para que pueda ser atribuido exclusivamente a ciertos vínculos con el capitalismo. La profunda aversión solía combinar un resentimiento económico con unos prejuicios seculares contra los judíos —prevalentes, sobre todo en el centro y el este de Europa, y a menudo fomentados por el clero cristiano—, a los que se consideraba los «asesinos de Cristo». A esta amalgama de odios se añadió un ingrediente letal en 1917: los judíos como origen del bolchevismo y la revolución. A medida que se acercaba el fin de la guerra, esa imagen polifacética del judío resultaba harto irónica: enemigo del cristianismo, explotador capitalista, haragán que elude sus obligaciones militares, agitador político y social, fuerza impulsora del bolchevismo. No es de extrañar que una falsedad concebida por la policía zarista con el objetivo de demostrar la existencia de una conspiración judía para hacerse con el control del mundo, los llamados *Protocolos de los sabios de Sión*, experimentara una notable difusión a partir de 1917, cuando comenzó la violenta reacción ante el estallido de la revolución en Rusia.

Los cambios que experimentó la sociedad en todos los países beligerantes se vieron afectados, y a su vez directamente influenciados, por las consecuencias de la guerra en las distintas políticas nacionales y la viabilidad de los respectivos sistemas de estado. En un principio, los estados intentaron que sus sistemas políticos funcionaran como antes de la guerra, o lo más parecido posible. «Los negocios como siempre» fue el eslogan concebido por Winston Churchill para hacer hincapié, en un discurso de noviembre de 1914, en la necesidad de que la vida siguiera con normalidad en Gran Bretaña, sin verse afectada por las hostilidades de un conflicto en el continente europeo cuya duración se esperaba que fuera breve. Esta esperanza no tardaría en desvanecerse en todos los países

beligerantes. Pero las distintas políticas siguieron adelante, más o menos como siempre, hasta que los estados se vieron, en mayor o menor medida, zarandeados por las presiones propias de la guerra.

En Gran Bretaña y en Francia, las diferencias políticas de los partidos siguieron siendo evidentes, y a menudo muy acusadas, pero no se impusieron a un sentido de la unidad fruto del compromiso con el esfuerzo de guerra, una unidad desafiada sólo por minorías, que a veces pudieron resultar ruidosas, pero sin convertirse en una corriente principal de opinión. En estos países se produjeron cambios sólo después de períodos de adversidad, y siempre para poner al frente del gobierno a «hombres fuertes» con la finalidad de seguir implacablemente con el objetivo de alcanzar la victoria. En diciembre de 1916, tras las enormes pérdidas sufridas en el Somme y una grave sublevación en Irlanda que a punto estuvo de acabar con la hegemonía británica en la isla, el dinámico David Lloyd George se convirtió en primer ministro, al frente de un reducido, pero poderoso, gabinete de guerra. Su liderazgo permitió reorganizar y estimular la economía del país y dar un nuevo impulso al esfuerzo de guerra. En Francia, la crisis política que se produjo tras los problemas de 1917 —graves motines en el frente, huelgas, manifestaciones contra la guerra y demandas de una paz de compromiso— hizo que en noviembre de ese año volviera a formar gobierno Georges Clemenceau, el veterano líder radical. Símbolo del nacionalismo republicano, Clemenceau fue nombrado primer ministro para encarnar un enérgico compromiso, restaurar la confianza y erigirse en adalid de «la lucha tenaz y patriótica para obtener una paz de vencedor».

Ni en Gran Bretaña ni en Francia las disputas internas sobre la dirección de la guerra y los diversos niveles de desafección social y política, presente sobre todo en la izquierda socialista, estuvieron a punto de suponer un desafío revolucionario al estado. En las Islas Británicas la moral se mantuvo elevada, en gran medida, por la práctica certeza de que el país no iba a ser invadido, la perspectiva de la victoria y un nivel relativamente bajo de privación material. Indirectamente, por supuesto, la guerra afectó a todo el mundo. Pero su efecto directo lo sintieron principalmente los que tuvieron que cumplir con sus obligaciones militares. En Francia, las

posturas estuvieron más divididas. A comienzos de 1918, las protestas y manifestaciones pacifistas pidiendo el fin de la guerra, en las que se expresó una adhesión al bolchevismo y la revolución, desembocaron en mayo en una gran huelga de los trabajadores de las fábricas de munición. Este tipo de opiniones habría sido más compartido si muchas de las más cruentas batallas de la guerra no se hubieran librado en territorio francés, pero como no fue así, el pacifismo encontró un firme detractor en la necesidad de seguir combatiendo para resistir la principal ofensiva alemana. Cuando ésta fracasó, y se atisbaba la victoria, la moral de los franceses se mantuvo elevada hasta el final. Tanto en Gran Bretaña como en Francia, la izquierda socialista siguió apoyando el esfuerzo de guerra mayoritariamente. En ninguno de los dos países se vio seriamente amenazada la legitimidad del estado. Todo habría podido ser muy distinto si se hubiera vislumbrado la derrota y se hubiera considerado que tantas pérdidas habían sido en vano.

En el extremo opuesto de este espectro político de las potencias occidentales se encontraba Rusia. Sólo en Rusia se produjo una revolución durante la guerra. Sólo en Rusia la revolución dio lugar a una transformación absoluta y radical de las relaciones socioeconómicas y de las estructuras políticas. Y sólo en Rusia fue destruida totalmente la clase dirigente.

En Rusia, el intento de revolución de 1905 había acabado en fracaso porque no había habido una fuerza vertebradora que aunara el descontento de los trabajadores en huelga, el de los campesinos sublevados y el de los soldados y marineros, de los que sólo se amotinó un número reducido. También había faltado un liderazgo revolucionario unificador. El zar había acallado el movimiento revolucionario en parte con la falsa promesa de instaurar un gobierno constitucional, cosa que nunca llegó a producirse. La represión hizo el resto. La policía política zarista, la Ojrana, se encargó eficazmente de detener a los líderes revolucionarios o de enviarlos al exilio, infiltrándose en sus organizaciones, clausurando los periódicos sediciosos, sofocando las huelgas y ejecutando a los líderes rebeldes del campesinado. El régimen logró posponer su propia destrucción. Durante los años siguientes se mejoraron las comunicaciones, la economía creció (con mayor rapidez que la de Estados Unidos durante los años inmediatamente

anteriores a la guerra), en el campo de la industrialización se efectuaron grandes avances y aumentaron los ingresos del estado. Pero el principal problema seguía siendo la rigidez y la severidad de la autocracia zarista. Sin la guerra, tal vez habrían podido introducirse cambios que hubieran transformado el régimen zarista en una monarquía constitucional controlada por un parlamento. No obstante, parece harto improbable que esto hubiera podido producirse en una Rusia como la del zar, debido a la implacable resistencia de la clase dirigente a cualquier cambio sistémico y al alcance de la hostilidad —arraigada y organizada (independientemente de la represión a la que pudiera verse sometida)— hacia la autocracia que sentía la clase trabajadora y el campesinado. Todo apuntaba a que, tarde o temprano, iba a estallar una gran revuelta. Y a finales de 1916, la revolución ya parecía un hecho inminente.

Durante el duro invierno de 1916-1917, mientras muchos campesinos rusos acaparaban alimentos o los vendían a precios elevados, los grandes centros industriales sufrían una grave escasez de provisiones y combustible. El transporte estaba al borde del colapso. Las arcas del estado estaban vacías. La inflación había subido vertiginosamente. El nivel de los salarios no se correspondía a la escalada de precios (salvo el de los trabajadores especializados de las fábricas de munición). Mucha gente pasaba verdadera hambre. Pero una minoría privilegiada seguía sacando provecho de la guerra, dando lugar a un profundo resentimiento. En enero de 1917, las manifestaciones de los huelguistas llenaron las calles de Petrogrado (anteriormente San Petersburgo) y de otras ciudades en las que el enfado por el precario nivel de vida se unió a una oposición a la guerra y al gobierno del zar. Cuando las mujeres trabajadoras se echaron a la calle el 8 de marzo (23 de febrero según el antiguo calendario ruso) para protestar por la falta de pan, saltó la chispa, produciéndose una serie de huelgas masivas y manifestaciones de los operarios de las fábricas de armamento. Soldados y marineros apoyaron la revuelta de los trabajadores en Petrogrado. El uso del fuego de las armas contra los manifestantes de Petrogrado no consiguió poner fin a una huelga de más de doscientos mil trabajadores. Y el gobierno fue incapaz de desactivar lo que desembocó en una especie de gran huelga militar en las fuerzas armadas. Se hizo oídos sordos a las órdenes de sofocar

los motines. Las autoridades zaristas se vieron desbordadas rápidamente por la situación. En medio de una gran anarquía, los trabajadores eligieron su propia forma de gobierno representativo, un soviet (o consejo). Enseguida reinó el caos. Los soldados también eligieron soviets que los representaran, y exigieron la abdicación del zar. El emperador abdicó el 15 de marzo, cuando los líderes militares y los políticos acordaron que el zar debía dejar el trono. En julio de 1918, Nicolás Romanov sería ejecutado junto con su familia por los bolcheviques, aunque sus cuerpos sólo fueron identificados ochenta años más tarde, tras la caída de la Unión Soviética.

La guerra había producido las condiciones por las que la rabia dirigida contra el zar y el sistema de gobierno que éste representaba, considerado el culpable de tanta miseria, trascendía por el momento los intereses no compartidos de trabajadores y campesinos. En 1917, las fuerzas revolucionarias de la clase trabajadora industrial se unieron temporalmente a las del campesinado. Aun juntas, habrían podido resultar insuficientes para acabar con el sistema, como había ocurrido en 1905. Pero, de manera crucial, la guerra sirvió para aliar los intereses de esas gentes con los de un número cada vez mayor de tropas desafectas en el frente. Cuando esta desafección se extendió por todo el frente, cuando los soldados ya no quisieron seguir combatiendo y cuando su fervor revolucionario se unió al del resto del país, para el régimen comenzó la cuenta atrás. La oleada de descontento ante las pérdidas ingentes y tantas penalidades imposibles de soportar provocaron el estallido de una oposición a la guerra que hizo saltar por los aires el sistema considerado responsable del enfrentamiento bélico. Un régimen que se había basado en la represión y la coacción, con pocas estructuras que actuaran de intermediario para integrar a la población y conseguir su apoyo de manera no forzada, se encontró prácticamente sin amigos cuando las presiones aumentaron antes de que sus muros de contención se derrumbaran en 1917.

Incluso después del derrocamiento del zar y el establecimiento del Gobierno Provisional de la «democracia revolucionaria» en marzo de 1917, la situación siguió siendo sumamente inestable. Esa inestabilidad que

caracterizó los meses siguientes y la continuidad de una guerra irremediablemente perdida crearon el clima apropiado para que estallara una segunda revolución mucho más radical.

Llegado este punto, en octubre de 1917 (según el antiguo calendario ruso) la estructura organizativa disponible para canalizar y liderar la revolución estaba al alcance de la mano. A diferencia de lo ocurrido en 1905, este hecho se convirtió en un factor decisivo para el triunfo de la revolución. El Partido Bolchevique todavía carecía de una base sólida de masas, pues sólo contaba con el apoyo de pequeños sectores de la clase trabajadora. Pero disponía de un núcleo de liderazgo fanático sumamente compacto, con un programa preconcebido que contemplaba la destrucción del viejo sistema no como un fin en sí mismo, sino como el simple preludio para la construcción de una sociedad completamente nueva. El Partido Bolchevique había surgido como la facción más grande del escindido Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, que había sido fundado en 1899, pero que luego se había dividido en un grupo revolucionario más numeroso (los bolcheviques) y otro reformista menos numeroso (los mencheviques). Vladimir Ilyich Ulyanov, más conocido por su alias, Lenin, que había sido desterrado a Siberia a finales de la década de 1890, y luego vivido principalmente en el extranjero hasta 1917, había concebido el partido como la vanguardia de la clase trabajadora, y había abogado por una rígida disciplina y una absoluta lealtad con el objetivo de derrocar al zar. El siguiente objetivo de Lenin era el establecimiento, por medio de un uso despiadado del terror contra «los enemigos de clase», de una «dictadura democrática revolucionaria provisional del proletariado y el campesinado». En abril de 1917, el carismático líder bolchevique había abandonado su exilio en Suiza para trasladarse al caos revolucionario de Petrogrado. Lo había hecho con la ayuda de los alemanes, que esperaban con ello socavar la tambaleante determinación de los rusos de seguir en combate, así como fomentar los disturbios y las protestas contra la guerra. A la luz de los acontecimientos posteriores, puede decirse que esa artimaña se convirtió en uno de los «goles en propia puerta» más notables de la historia. En julio, ante la feroz represión de los bolcheviques por parte del gobierno, Lenin se vio obligado a retirarse a Finlandia (región semiautónoma del Imperio Ruso

desde 1809 y, tras el derrocamiento del zar, una de las más reivindicadoras de la independencia). Pero en cuanto el estado comenzó a perder su autoridad, Lenin regresó a Petrogrado para liderar la segunda revolución.

Lo que mantenía estrechamente unidos a los líderes del Partido Bolchevique y sus comprometidos miembros era una ideología utópica de salvación, la visión de una futura sociedad sin clases y libre de todo conflicto. Pero lo que dio a los bolcheviques el potencial para llegar a un público más amplio fue menos etéreo y más pragmático: la promesa de paz, pan, distribución de la tierra, propiedad y control de las fábricas y leyes dictadas por el pueblo. Políticamente, los bolcheviques exigían la cesión de todo el poder a los soviets (que habían ido creándose en todas las principales ciudades). La impopularidad del Gobierno Provisional de Alexander Kerensky en medio de más escasez, una inflación galopante y grandes derramamientos de sangre en el curso de la última y desastrosa ofensiva fueron factores que jugaron a favor de los bolcheviques. El control del soviet de Petrogrado (dirigido por León Trotski, nacido Lev Davidovich Bronshtein, un organizador innato y demagogo que predicaba la necesidad de una revolución permanente) constituyó la plataforma de lanzamiento de la revolución de octubre, que al final supuso el triunfo de bolcheviques en todos los soviets. Sería necesario aplicar medidas de implacable terror interno a los enemigos de clase y que transcurrieran más de dos años de brutal guerra civil para derrotar a las poderosas fuerzas de reacción y contrarrevolución y conseguir que Rusia estuviera firmemente en la senda de una transformación política, social, económica e ideológica completa. Pero hubo algo muy claro desde un principio: la revolución bolchevique sería un acontecimiento histórico de importancia histórica mundial. Lo que había generado era un tipo de estado y de sociedad absolutamente nuevos. Los informes que hablaban de lo que estaba sucediendo en Rusia tuvieron en Europa el efecto de una onda expansiva que se haría sentir durante décadas.

En el resto de Europa, la crisis de legitimidad llegó un año después de la revolución bolchevique, una vez acabada la guerra. En Alemania la contienda no supuso el fin de los partidos políticos. Antes bien, la polarización de la política germana, claramente establecida antes del

estallido de la guerra, pero en un primer momento camuflada por la «tregua civil» de 1914, quedó totalmente al descubierto cuando aumentó la sensación de sufrimiento, de haber perdido una cantidad ingente de vidas humanas a cambio de nada y de la inminencia de una derrota. Las divisiones ideológicas y de clase, que al principio de la guerra habían sido encubiertas temporalmente, no tardaron en manifestarse de nuevo, y a partir de 1916 de una manera claramente radicalizada. Cuando los alimentos escasearon, los precios experimentaron una subida vertiginosa y el nivel de vida se vio gravemente afectado, las divisiones políticas en cuestiones como la paz o los objetivos de una guerra anexionista se acentuaron.

El impulso principal para provocar un cambio político drástico vino de ciertos elementos de la izquierda alemana. En abril de 1917 los socialdemócratas se habían dividido por sus diferencias en lo concerniente a la contienda. Una minoría radical, que rechazaba la guerra por considerarla un conflicto imperialista al que sólo podía ponerse fin con una revolución socialista, se escindió y creó el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (el USPD por sus siglas en alemán, cuyo núcleo se convertiría posteriormente en el Partido Comunista alemán). El grueso de los socialdemócratas, que pasaron a integrar el Partido Socialdemócrata Mayoritario de Alemania (MSPD por sus siglas en alemán), también condenaba una guerra imperialista y las anexiones alemanas, pero rechazaba la revolución y reivindicaba una reforma por medio de la introducción de una democracia representativa, de un gobierno responsable ante el parlamento, y no ante el káiser. (En la Alemania imperial, los partidos políticos estaban representados en el Reichstag. Pero no podían controlar la toma de decisiones. El poder estaba en manos del káiser y de los ministros y líderes militares nombrados por él.)

El 19 de julio de 1917, el MSPD contó con el apoyo de algunos elementos liberales (el Partido Popular Progresista) y el Partido de Centro católico en el curso de la votación de un acuerdo de paz en el Reichstag. Pero encontró a unos oponentes sumamente poderosos en la derecha conservadora y liberal, que apoyaba el liderazgo militar y favorecía no sólo la continuidad inquebrantable de la guerra, sino también la adopción de todas las medidas necesarias para emprender nuevas anexiones. Los grupos

de presión, respaldados por miembros destacados del mundo de las finanzas —integrados en instituciones, como, por ejemplo, la Liga Pangermana— y, especialmente, por el Partido de la Madre Patria (que, fundado en 1917, logró rápidamente la adhesión de 1.250.000 personas), popularizaron la causa de la continuidad de la guerra hasta la obtención de la victoria y las consiguientes ganancias territoriales, y al mismo tiempo se opusieron a las voces que reclamaban una democracia parlamentaria. Esta configuración política se mantuvo igual hasta el final de la guerra, intensificándose a medida que aumentaban las penalidades materiales y empezaba a vislumbrarse claramente la derrota. La polarización radical que sufrió la política alemana una vez concluida la contienda en 1918 ya se había prefigurado en los desarrollos internos de los últimos dos años de la guerra.

Sólo fue en los últimos meses de la guerra, tras el fracaso de la ofensiva del verano de 1918, sin embargo, cuando la moral se derrumbó en el frente, lo que vino a añadir más presión para poner fin a la contienda. Las grandes huelgas de los trabajadores de la industria alemana de enero de 1918 habían sido mal vistas en el frente, donde se había inducido a los soldados a confiar en la ofensiva de la primavera para alcanzar la victoria. Las tropas se habían mostrado exultantes ante «esta expresión elemental de poderío germano» cuando la gran ofensiva fue lanzada en marzo. Cuando se dieron cuenta de que había sido un verdadero fracaso, pasaron de la rabia acumulada a la acción directa. Más que nada, los soldados que habían luchado con coraje y convicción durante casi cuatro años querían sobrevivir a lo que ya consideraban una guerra perdida. El agotamiento se convirtió en un deseo creciente de dejar simplemente de combatir. Durante los últimos cuatro meses de la contienda, unos 385.000 soldados alemanes se rindieron en el Frente Occidental, una cantidad muy superior a la de los cuatro años anteriores de guerra juntos. Se calcula que, de un millón de soldados, tres cuartas partes desertaron después de agosto de 1918. Este hecho no hizo más que aumentar el creciente descontento que se vivía en el país. En las huelgas masivas de comienzos de año, las protestas de los trabajadores habían estado relacionadas principalmente con sus condiciones de vida.

Pero en aquellos momentos ya tenían un cariz inconfundiblemente político. Aumentaban las voces que exigían la paz, la instauración de la democracia y el fin del régimen del káiser.

Cuanto más duraba la guerra, más se cuestionaba la naturaleza del propio estado alemán. El sistema político en el que los ministros eran responsables ante el káiser, y no ante un parlamento, ya había sido rechazado por los socialistas antes del estallido del conflicto bélico, pero pudo mantenerse gracias al apoyo de fuerzas poderosas que se oponían a cualquier movimiento que condujera hacia una democracia. El empeoramiento de la situación militar desembocó en un creciente clamor de la izquierda, pidiendo poner fin a aquel continuo derramamiento de sangre, la destitución de los responsables y la instauración de un gobierno parlamentario democrático. Cada vez más alemanes consideraban que su sistema de gobierno, basado en el militarismo, los privilegios de clase y el poder sin control, cuya encarnación era la figura divisiva del káiser, el sistema que había conducido a Alemania a una guerra desastrosa, era imposible de reformar. Tenía que ser reemplazado por otro. Había que instaurar una democracia. El pueblo, que era el que había pasado tantas penalidades, sufriendo las privaciones de la guerra, debía manifestar su opinión política y hacerse escuchar. En el otoño de 1918, el sistema de estado de la Alemania imperial había perdido toda su legitimidad.

El programa con los Catorce Puntos propuesto por el presidente Wilson en el mes de enero, que preveía, entre otras cosas, la devolución de los territorios que Alemania se había anexionado o había ocupado, había constituido anteriormente un verdadero anatema para los líderes alemanes. En aquellas circunstancias que tan rápidamente habían cambiado, sin embargo, el recién nombrado canciller del Reich, el príncipe Max von Baden, que desde hacía tiempo se había mostrado favorable a una reforma política y a la firma de una paz sin anexiones, hizo un llamamiento a Wilson el 5 de octubre con la esperanza de lograr un armisticio con unas condiciones benignas para Alemania. Wilson no haría concesiones, sin embargo, e insistiría en la instauración de una democracia parlamentaria (que para las elites dirigentes de Alemania supusiera la pérdida de poder), en la renuncia de las ganancias territoriales y en un desarme significativo

(que incluía la entrega de la flota militar del país). Se produjo un acalorado debate entre los líderes germanos sobre la aceptabilidad de lo que consideraban unos términos durísimos. Ludendorff propuso con vehemencia seguir en pie de guerra antes que ceder a semejante humillación. Pero ya no estaba en posición de dar órdenes. Y los acontecimientos se sucedían sin que ni él ni nadie pudieran impedirlo. El 26 de octubre, culpando a todo el mundo y sin asumir ninguna responsabilidad de lo ocurrido, dimitió.

Durante la noche del 29-30 de octubre, los marineros se amotinaron en Kiel y desafiaron las irrazonables órdenes de las autoridades navales, que habían dispuesto que la flota se hiciera a la mar para enfrentarse a la Marina británica en una última gran batalla decisiva. El cumplimiento de semejantes órdenes sólo habría dado lugar a un sacrificio absurdo sin ninguna utilidad. Su único objetivo era salvar la honra de la armada alemana, no la de los marineros. El motín se expandió rápidamente e hizo saltar la chispa, desencadenando una revolución a gran escala. Surgieron asambleas de trabajadores y soldados que se hicieron con el poder desde las bases. Los generales expusieron con claridad al káiser, el mismísimo símbolo del viejo orden, que debía marchar. A regañadientes, el emperador cedió. Durante la noche del 9-10 de noviembre, Guillermo II abandonó el cuartel general militar de Spa, en Bélgica, para exiliarse en Holanda (donde permanecería hasta su muerte en 1941). Su abdicación fue anunciada prematuramente, pues su renuncia formal al trono no se produjo hasta el 28 de noviembre. Antes incluso de su partida, fue proclamada apresuradamente la instauración de una república desde el balcón del Reichstag en Berlín. También sin una verdadera legitimidad constitucional, el canciller, Max von Baden, nombró a su propio sucesor, el líder socialista Friedrich Ebert. Las sutilezas constitucionales no importaban en aquel momento revolucionario. En medio de una agitación que se prolongaría durante meses, Alemania emprendió el camino para el establecimiento de una democracia parlamentaria completa.

De manera amenazadora, fuerzas del estado que seguían siendo poderosas, defensoras del viejo orden, consideraron simplemente que todo era cuestión de tiempo y llevaron a cabo los ajustes tácticos necesarios a la

espera de que, en circunstancias distintas, las cosas cambiaran, poniendo fin a las concesiones efectuadas a la democracia y al régimen parlamentario. Justo antes de la firma del armisticio, entre las autoridades militares alemanas circulaba la opinión de que «los partidos de la izquierda tendrán que cargar con el odio que generará esta paz. Entonces la ira de la gente se volverá contra ellos. Hay esperanzas de que más adelante se recuperen las riendas del poder y se vuelva a gobernar a la antigua usanza». En estos círculos la democracia era vista como «el peor de los males» que podía ocurrirle a Alemania.

En Italia, la crisis galopante del sistema de estado había sido sólo un poco menos grave que en Alemania. Aunque Italia estaba en el bando de la Entente, en el país no se tenía la sensación de que se había ganado la guerra. La contienda había sido impuesta en 1915 a una nación profundamente dividida por una reducida elite política con la esperanza de anexionarse, tras una rápida victoria, grandes territorios del Adriático. Incluso a los generales se les había ocultado en gran medida la decisión de intervenir en el conflicto, y el parlamento no había sido consultado a su debido tiempo. La mayoría de la población creía, en cualquier caso, que no era parte interesada en aquella representación política existente. Los italianos no podían demostrar entusiasmo alguno por unos gobiernos que cambiaban frecuentemente, pero que siempre parecían el mismo, y que siempre parecían velar por los intereses de la misma elite. Las derrotas, las penalidades materiales y las importantes pérdidas se encargaron luego de polarizar la sociedad y de socavar el apoyo, no sólo a una sucesión de gobiernos débiles, sino también al propio estado.

Como un claro símbolo de esa debilidad y esa división, el parlamento italiano raras veces se reunía. Los gobiernos gobernaban por medio de decretos. Además, aunque cargaron con la responsabilidad de todo lo que salió mal, fueron incapaces de controlar al general Luigi Cadorna, el austero, dominante y brutal comandante del ejército italiano hasta que la humillación de Caporetto en 1917 forzó su destitución. Con anterioridad a este episodio, habían prevalecido los imperativos militares. La disciplina de las fábricas estaba sometida al control militar. La censura y las restricciones en la libertad de opinión aumentaron. La represión se intensificó en cuanto

se oyeron en las fábricas las primeras protestas contra los recortes y se declararon las primeras huelgas. Las divisiones sociales y políticas se vieron gravemente acentuadas y empezaron a centrarse en las desigualdades, así como en el horrible número de bajas generado por la guerra. Cuando las pérdidas, las derrotas, la escasez material y la sensación de sufrir una humillación nacional fueron en aumento a partir de 1916, el descontento se manifestó en la declaración de diversas huelgas, la convocatoria de manifestaciones y las protestas por la falta de alimentos. No se llegó a crear un ambiente claramente revolucionario, aunque a punto estuvo.

Sobre todo fue la izquierda la que se hizo eco del rechazo a la guerra y del descontento popular, pero el movimiento socialista también estuvo dividido entre los que se oponían decididamente al conflicto armado y querían una revolución, y una mayoría de sus integrantes que seguía apoyando patrióticamente, aunque con poco entusiasmo, el esfuerzo de guerra. De manera amenazadora, el gobierno italiano se veía atacado cada vez más con mayor vehemencia por la derecha. Los nacionalistas ampliaron la base de sus apoyos, elevaron el tono de sus consignas en pro de la expansión territorial en el sureste europeo y en África, y, según el ministro de Interior, trataron de hacerse con el control de las fuerzas policiales para atemorizar a sus oponentes. Su pretensión era acabar con lo que consideraban que era un gobierno parlamentario estéril y su burocracia, abogando por un cambio radical por medio de un estado y una economía que se rigieran por principios casi militares incluso una vez concluida la guerra. Ya se situaban a la vanguardia de las formaciones de defensa local que se hacían llamar *Fasci*. Se presagiaba claramente la crisis de posguerra que atravesaría Italia.

La casa de los Habsburgo, al frente de Austria durante siglos, empezó a pagar el precio de una guerra cada vez más impopular. El conflicto, cuyo estallido había sido una disputa con Serbia prácticamente ya olvidada, no había gozado nunca de pleno apoyo, ni siquiera al principio. Apenas había podido justificarse como una guerra defensiva. Y la dependencia de Alemania, por muchas victorias que hubiera supuesto, era evidente que no resultaba agradable. Las fuerzas centrífugas que amenazaban con dividir y

destruir el Imperio Habsburgo se vieron enormemente vigorizadas mientras la desastrosa guerra seguía su penoso curso. Antes de que se llegara a la última y catastrófica fase de la guerra, las tensiones ya eran evidentes. El anciano emperador Francisco José había sido durante décadas prácticamente el único símbolo de unidad en el frágil imperio plurinacional (en el que la mitad húngara ya era, por sus estructuras institucionales, una entidad más o menos separada). Cuando el monarca falleció en noviembre de 1916, su gobierno atravesaba una crisis galopante de legitimidad debido al esfuerzo de guerra y a la sucesión dinástica. Su sobrino-nieto y heredero, el emperador Carlos, no tuvo ni siquiera la oportunidad de dar un giro a la situación, a pesar de sus vanos intentos de disminuir la dependencia de Alemania y buscar un acuerdo de paz con los Aliados.

Por un breve período de tiempo, después de lo de Caporetto, los austríacos volvieron a soñar con la gloria. Pero los trenes que habían suministrado prácticamente de manera exclusiva provisiones para el ejército no estuvieron disponibles para transportar combustible y alimentos para la población civil del imperio durante el duro invierno de aquel año. Las huelgas y las protestas se multiplicaron en diversas regiones del Imperio Austrohúngaro durante los primeros meses de 1918. El descontento en las industrias, el enfado por las penosas condiciones de vida, los sentimientos nacionalistas separatistas y la desafección antibelicista se combinaron en una mezcla explosiva. «Absoluta incapacidad de los gobernantes, total desmoralización y desorganización, inseguridad general», era la visión del médico y escritor vienés Arthur Schnitzler. En octubre de 1918, cuando se extendieron los disturbios ocasionados por la escasez de alimentos, las huelgas, las manifestaciones, las animadversiones motivadas por los nacionalismos y la anarquía, la situación, a juicio del máximo responsable del Departamento de Alimentos de Austria, Hans LoewenfeldRuss, se había vuelto «increíblemente desesperada». Era evidente que el Imperio Habsburgo estaba desmoronándose.

Las divisiones de clase en buena parte del imperio se subsumían en gran medida en la política del nacionalismo étnico, que a su vez las ignoraba. Fuera del corazón de Austria, donde las protestas de la clase trabajadora por el acentuado deterioro de su nivel de vida amenazaban con

convertirse en una revolución, inspirándose a menudo en Rusia, se combinaron con unas demandas de independencia y de disolución del imperio, que cada vez resultaban más volubles entre los checos, los polacos y los eslavos meridionales. En Hungría, a pesar de la inmediata predisposición del emperador Carlos a introducir reformas liberales y adoptar una estructura más federal para el imperio, las presiones independentistas se intensificaron en los últimos años de la guerra, respaldadas por socialistas y muchos liberales. A diferencia de Hungría, donde el gobierno civil y el debate parlamentario se habían mantenido al menos nominalmente, en la mitad austríaca del imperio el poder legislativo, el Reichsrat, había sido suspendido, y las asambleas provinciales habían sido clausuradas. La censura y la vigilancia aumentaron increíblemente. El código militar comenzó a aplicarse en regiones no alemanas y no checas. Los disidentes eran detenidos y encarcelados. Pero la represión no bastó para someter a los movimientos nacionalistas separatistas, particularmente fuertes entre los checos, en los últimos años de la guerra.

Cuando lo que quedaba del ejército austrohúngaro, cuyos efectivos sólo pensaban en poder salvar el pellejo, fue derrotado por los italianos en Vittorio Veneto en octubre de 1918, el imperio ya estaba en las últimas. El ejército se desintegró por completo. A finales de ese mismo mes, el emperador Carlos accedió a que los soldados se unieran a sus respectivas fuerzas nacionales. Se trataba simplemente de un reconocimiento de lo que estaba ocurriendo sobre el terreno: efectivos checos, polacos, húngaros y croatas, entre otros, desertaban y regresaban a sus casas. También a finales de octubre, con una celeridad pasmosa, Checoslovaquia, Hungría y lo que sería Yugoslavia proclamaban su independencia. El armisticio firmado por Austria con Italia el 3 de noviembre marcó el final de su esfuerzo de guerra. El emperador Carlos renunció a regañadientes a sus poderes (pero no a sus pretensiones al trono) el 11 de noviembre, y pasó los tres años de vida que le quedaban exiliado en Suiza y, por último, en Madeira. Así acabaron cinco siglos de dominación de la dinastía de los Habsburgo.

La revolución en Alemania y en el Imperio Austrohúngaro, esto es, el desmantelamiento de sus monarquías para ser sustituidas por repúblicas (en el caso de este último, en una serie de «estados sucesorios»), tuvo lugar sólo

cuando la derrota parecía un hecho inevitable. El desmembramiento del Imperio Otomano al sur de la propia Turquía —la mayor parte de sus antiguos territorios en los Balcanes habían obtenido la independencia en la década de 1870, y las guerras balcánicas de 1912 y 1913 supusieron la pérdida definitiva de todas las provincias del imperio en Europa— se produjo tras la derrota, cuando los líderes turcos durante la guerra ya habían huido en un submarino alemán rumbo a Odesa para llegar luego a Berlín. Sin embargo, también en el Imperio Otomano la creciente oposición a la guerra había provocado una crisis de legitimidad estatal insuperable. El elevado índice de deserciones ponía claramente de manifiesto el desánimo cada vez mayor que reinaba entre los efectivos del ejército turco. El tambaleante e ingobernable Imperio Otomano se había visto desbordado por el esfuerzo de guerra. Salió con las manos vacías en sus intentos de obtener ganancias territoriales en el Cáucaso. Y en Oriente Medio, una revuelta árabe que estalló en 1916 (instigada principalmente por británicos y franceses con el objetivo de proteger sus intereses imperiales) dejó patente que la administración otomana apenas funcionaba en el sector meridional del imperio.

En el corazón de Turquía, por otro lado, los problemas aumentaron de manera alarmante. Las pérdidas en el frente fueron masivas. Las distintas estimaciones efectuadas hablan de 2,5 millones de muertos turcos, una cifra que triplica la de los británicos. La escala de estas pérdidas, unida a la devaluación de la divisa nacional, la subida de precios y la grave escasez de alimentos, entre otros productos y artículos, socavó los cimientos ya tambaleantes del Imperio Otomano. El armisticio no puso fin al sufrimiento y a la violencia en Turquía, que enseguida se vio abocada a una guerra de independencia que se prolongó hasta 1923, cuando al final un país destruido surgió entre las ruinas como un estado soberano independiente. Y la apropiación de las posesiones otomanas en Oriente Medio por parte de las potencias imperialistas occidentales, a saber, Gran Bretaña y Francia, estuvo acompañada de una gran agitación anticolonialista, de oleadas de protestas y de una violencia endémica que tampoco acabaron inmediatamente con el fin de la guerra. Las consecuencias que todo ello tendría en aquel futuro tan indefinido serían enormes.

La guerra dejó una Europa rota en pedazos, apenas reconocible en aquel continente que había entrado en conflicto cuatro años atrás. Incluso las potencias vencedoras —Gran Bretaña, Francia e Italia (nominalmente victoriosa como nominalmente «gran» potencia)— habían quedado maltrechas. Poner orden en medio de aquel caos parecía que iba a ser tarea de la única potencia emergente que había salido de la guerra sin heridas físicas de guerra y, desde el punto de vista económico, sumamente reforzada, a diferencia de las debilitadas potencias europeas: Estados Unidos. El hecho de que al final América dejara a Europa la tarea de poner orden en su propio caos tuvo mucho que ver con la crisis que se produjo durante la posguerra. Pero en el origen de aquel legado catastrófico hubo algo más. Fundamentalmente que, con las ruinas de la Alemania imperial, de la monarquía de los Habsburgo y de la Rusia zarista, se había creado una configuración tremenda que tendría unas consecuencias funestas en los años venideros.

La combinación de nacionalismo étnico, conflictos territoriales y odio de clase (centrado en aquellos momentos, como una aspiración o como algo horrible, en la nueva fuerza del bolchevismo en Rusia) resultaría sumamente explosiva. El nacionalismo étnico fue uno de los principales legados que dejó la guerra. Y sería muy letal precisamente en aquellas regiones del centro y el este de Europa en las que las comunidades de distintas etnias habían convivido juntas durante siglos, pero en las que las nuevas tensiones, los nuevos conflictos y los nuevos odios, engendrados en buena medida por la guerra, encontraron entonces su expresión en amargas disputas por cuestiones fronterizas y de división territorial, y en las que el veneno del odio se había extendido increíblemente debido a un nuevo factor: el triunfo del bolchevismo en Rusia. Los conflictos de clase, sobre todo en el este y el centro de Europa, encubrieron animosidades étnicas y territoriales para producir una caldera en ebullición de violenta animadversión. Este hecho supuso que los primeros años de posguerra fueran raramente pacíficos en esas zonas del continente, donde la violencia siguió campando a sus anchas. Esta violencia dejaría una estela de

profundas enemistades que se manifestarían con claridad cuando Europa volviera a verse sumida en otro conflicto bélico, todavía más devastador, veinte años después.

La guerra había dejado un reguero de sangre. Las pérdidas humanas habían sido enormes, inimaginables: casi nueve millones de soldados y aproximadamente seis millones de civiles (debido, principalmente, a las deportaciones en masa, el hambre y la enfermedad). El número de combatientes capturados por el enemigo fue, entre todos los países beligerantes, de siete millones. Algunos de estos hombres pasaron años encerrados en campos de prisioneros de guerra, viviendo en unas condiciones miserables (aunque en su mayoría fueron repatriados poco después de la firma del armisticio). La victoria se alcanzó en último término cuando pudo combinarse un mayor poderío militar con unos recursos económicos superiores. Pero ¿de qué había servido todo aquello? La opinión de las personas sobre esta cuestión variaba, por supuesto, muchísimo, sobre todo dependiendo de las experiencias que les habían tocado vivir y de la suerte que había tenido su país. Muchos, tanto de uno como de otro bando, habían luchado por unos ideales, a menudo equivocados, pero ideales al fin y al cabo. Se trataba, entre otros, de la defensa de la patria, la honra y el prestigio nacional, la libertad y la civilización, el deber patriótico y, cada vez más, la liberación nacional, así como la esperanza de un futuro mejor. En 1918, cuando los cuatro años de continuas matanzas llegaban a su fin, el célebre autor austríaco Robert Musil escribió con cinismo en su diario: «La guerra puede resumirse en la siguiente fórmula: morir por tus ideales, porque no vale la pena vivir por ellos». En aquellos momentos, entre los millones de soldados, tal vez sólo una minoría siguiera celebrando los ideales —fueran cuales fueran— por los que habían participado en la guerra. Para muchos hombres reclutados por los enormes ejércitos de Europa es harto probable que hubiera muy poco de idealismo abstracto en todo ello. Solían combatir porque no tenían otra alternativa. Y para muchos de ellos, las matanzas habían carecido totalmente de sentido.

Las sangrantes palabras de un francés, escritas en el Frente Occidental en 1916 poco antes de que cayera en combate, dan fe de cuáles eran los sentimientos de millones de soldados corrientes de los distintos países beligerantes:

> Pregunto, esperando comprender
> El propósito de esta matanza. La respuesta
> Que obtengo es: «¡Por la patria!»
> Pero nunca me dan una razón.

La carnicería había sido terrible, la destrucción enorme. El legado, en una Europa espectacularmente transformada, sería difícil de olvidar. El largo ajuste de cuentas estaba a punto de comenzar.

3
Una paz turbulenta

Esto no es una paz. Es un armisticio de veinte años.

Opinión del mariscal Ferdinand Foch
acerca del Tratado de Versalles (1919)

Era una paz... en cierto modo. Pero a menudo no lo pareció. Después de la guerra se produjeron unas turbulencias enormes, como una ola gigantesca tras un terremoto. Los trastornos sísmicos tardaron cinco años en remitir. Los soldados volvieron a casa para encontrarse con un paisaje político, social, económico e ideológico que había cambiado de arriba abajo. La guerra había destruido sistemas políticos enteros, arruinado economías, dividido sociedades, y abierto la puerta a visiones radicalmente utópicas de un mundo mejor. Se le puso la etiqueta de que había sido «una guerra para acabar con la guerra». ¿Por qué entonces allanó el camino para otra conflagración todavía más devastadora? ¿Por qué se evaporaron con tanta rapidez las esperanzas que abrigaban millones de personas de alcanzar una paz y una sociedad mejor basada en una libertad e igualdad mayores? ¿Cómo fue que Europa puso los cimientos de una peligrosa tríada ideológica de sistemas políticos absolutamente incompatibles que rivalizaban por imponer su dominio: comunismo, fascismo y democracia liberal? Y aun así, ¿por qué en aquellos primeros años de crisis y a pesar de los traumas de la inmediata posguerra, el comunismo sólo triunfó en Rusia

y el fascismo sólo triunfó en Italia, mientras que la democracia sobrevivió en la mayor parte del resto de Europa, empezando por el país que constituía el centro neurálgico del continente, Alemania?

¿Países «propios de héroes»?

Durante la campaña a las elecciones británicas de 1918 el primer ministro David Lloyd George, vitoreado por muchos como «el hombre que ganó la guerra», habló de hacer «un país propio de héroes en el que vivir». Incluso en el país que antes de la guerra había sido el más rico de Europa, y que además había quedado físicamente indemne casi en su totalidad después de cuatro años de lucha, aquellas palabras no tardarían en parecerles poco más que una burla hueca a muchos soldados que acababan de volver de las trincheras.

Al principio la desmovilización de los soldados en Gran Bretaña fue de hecho bastante tranquila. De los 3,5 millones de soldados que tenía en el momento del Armisticio en 1918, el ejército disminuyó de volumen y pasó a tener 370.000 hombres en 1920. El inmediato *boom* económico de posguerra supuso que en el verano de 1919 cuatro quintas partes de los integrantes de las fuerzas armadas hubieran sido ya dados de alta y que la mayoría de ellos hubieran encontrado trabajo (a veces a expensas de las mujeres empleadas durante la guerra). Pero ese *boom* acabó con tanta rapidez como empezó. En el otoño de 1920 había pasado a la historia. Las políticas deflacionistas introducidas para proteger la libra esterlina (a imitación de las de Estados Unidos) tuvieron un efecto demoledor sobre el nivel de vida. Los salarios, que al principio habían permanecido en sintonía con el alza de los precios, cayeron en picado. En 1919, se habían perdido 35 millones de jornadas de trabajo en conflictos colectivos. En 1921 esa cifra ascendía ya a 86 millones. La tasa de desempleo se dobló en los tres meses que van de diciembre de 1920 a marzo de 1921. En verano había dos millones de personas sin trabajo. La mayoría de los desempleados vivían en alojamientos sórdidos y ruinosos. En 1918 se habían prometido hogares

para los héroes. Pero en 1923 se necesitaban 822.000 nuevas casas sólo para cubrir la escasez de viviendas básicas —mayor que la de 1919—, por no hablar de sustituir los millones de viviendas arruinadas de los suburbios.

En 1921, un número incontable de excombatientes, muchos de ellos aquejados de invalidez grave, vivía en la más absoluta pobreza, mendigando por las calles o intentando ganarse la vida vendiendo cerillas y souvenirs, comiendo en comedores sociales, y a veces obligados a dormir en los portales de las casas o en los bancos de los parques. «Ya no éramos héroes, éramos "desempleados" sin más», comentaba con amargura un antiguo oficial. «Llegaban constantemente a la puerta de casa excombatientes vendiendo cordones de botas y pidiendo camisas y calcetines en desuso», recordaba Robert Graves, poeta, escritor y antiguo oficial de primera línea. «Los patriotas, especialmente los de género femenino, estaban en 1919 tan desacreditados como honrados habían sido en 1914», recordaba Vera Brittain, que había abandonado la comodidad de sus orígenes de clase media alta y se había presentado voluntaria como enfermera para atender a los heridos en el frente. Veía ante sí «un mundo despojado de perspectivas que se ha quedado árido y sin sentido».

La situación de Gran Bretaña, por deprimente que fuera, distaba mucho de ser la peor de Europa, al menos desde luego entre los países directamente implicados en el conflicto. Por terribles que fueran, las bajas sufridas por los británicos no habían sido ni mucho menos las más altas. El número de soldados del Reino Unido que habían resultado muertos ascendía a 750.000 (más otros 180.000 muertos procedentes de todo el imperio); el de Italia era casi medio millón, el de Francia 1,3 millones, el del Imperio Austrohúngaro casi 1,5 millones, el de Rusia alrededor de 1,8 millones, y el de Alemania superaba ligeramente los 2 millones. En proporción los sufrimientos de algunos países pequeños fueron peores. Uno de cada tres serbios y rumanos enviados al campo de batalla resultaron muertos o perdieron la vida a consecuencia de las heridas o a causa de las enfermedades. La proporción de muertos entre los combatientes de los principales países beligerantes se situaba entre el 11-12 % (Rusia, Italia y el Reino Unido) y el 15-16 % (Francia, Alemania e Imperio Austrohúngaro). El número de heridos, inválidos e incapacitados superaba con creces al de

muertos en todos los países. La cifra total de muertes era más del doble de la que alcanzaba el conjunto de todas las grandes guerras que había habido entre 1790 y 1914. La epidemia de gripe de 1918-1919 causó además en todo el mundo el doble de muertes de las que se produjeron en los campos de batalla de Europa durante la contienda. A esas cifras verdaderamente espantosas había que sumar las víctimas de la violencia y de los conflictos fronterizos de posguerra.

El coste económico de la guerra fue inmenso: más de seis veces el total de la deuda nacional de todos los países desde finales del siglo XVIII hasta 1914. En los países afectados más directamente por los combates, la producción se redujo drásticamente después de la guerra respecto a la que había en 1913. El Reino Unido, en cambio, había salido mucho mejor librado. Aun así, su endeudamiento era casi doce veces mayor en 1918 del que tenía en 1914, y el total de su deuda neta con Estados Unidos, la más alta entre los Aliados, situándose en 1922 en casi 4.500 millones de dólares, significaba, lo mismo que para casi toda Europa, una dependencia duradera del crédito proveniente de Estados Unidos. Los países neutrales fueron también económicamente golpeados por la guerra. La mayoría de ellos, como por ejemplo Suecia, habían conseguido expandir sus economías para hacer frente a las demandas de la guerra. El impacto del conflicto sobre la España neutral, sin embargo, supuso la intensificación de sus problemas económicos y la profundización de las fisuras sociales, ideológicas y políticas ya existentes en el país.

En la Europa occidental la destrucción física ocasionada por la guerra se limitó en gran medida a Bélgica y el nordeste de Francia. Estas regiones situadas en pleno campo de batalla sufrieron de manera atroz. Cientos de miles de edificios fueron destruidos, la industria quedó gravemente dañada, enormes extensiones de tierras dejaron de ser aptas para el cultivo, y una gran proporción del ganado murió. Las áreas más afectadas, sin embargo, no tenían más que entre 30 y 60 kilómetros de anchura. Aparte de las zonas de combate, Francia y el resto de Europa occidental sufrieron curiosamente una destrucción muy pequeña. En el este, donde la guerra había sido más

móvil, la historia fue muy diferente. Serbia, Polonia y las regiones de lo que luego serían Bielorrusia y Ucrania, pisoteadas y saqueadas por los ejércitos en avance y en retirada, sufrieron una devastación enorme.

Los soldados victoriosos que volvieron a casa y fueron recibidos como héroes en Londres encontraron al menos un país reconocible respecto al que habían abandonado. Los que regresaron —a menudo en el más absoluto desorden— a Viena, Budapest, Múnich o Berlín, en cambio, se vieron sumidos en la barahúnda revolucionaria y el caos económico. Curiosamente, la Alemania vencida se las arregló mejor que la Inglaterra vencedora (o incluso que la Holanda neutral) a la hora de gestionar el mercado de trabajo de posguerra y de frenar el desempleo, en parte obligando a las mujeres a dejar los puestos de trabajo que habían pasado a ocupar durante la guerra y sustituyéndolas por hombres. También ayudó mucho la inflación. En aquellos momentos una economía deflacionista habría arruinado todavía más la economía alemana y habría hecho imposible que muchos excombatientes encontraran trabajo. La inflación galopante que el gobierno no hizo nada por frenar, sin embargo, sería un precio que pronto habría que pagar de otras formas gravemente dañinas.

La inflación se había acelerado en Alemania durante la guerra, cuando la deuda nacional se multiplicó casi por treinta y el papel moneda en circulación lo hizo por más de veinte. Los precios en 1918 eran unas cinco veces más altos de lo que lo habían sido antes de la guerra, y la divisa había perdido casi la mitad de su valor anterior. El caso de Alemania no era el único. La inflación y la depreciación de la moneda de Austria-Hungría durante la guerra fueron incluso mayores. La mayor parte de los países experimentaron la inflación en alguna medida durante la contienda. Los precios eran tres veces más altos de lo que lo eran en 1913 en Francia, Holanda, Italia y los países escandinavos, y casi dos veces y media en el Reino Unido. Sin embargo, sobre todo en la Europa central y del este, la inflación de los precios subió de manera galopante y quedó fuera de control durante los años de posguerra. En Polonia, Austria y Rusia la divisa cayó por los suelos en medio de la hiperinflación. Jan Slomka (al que ya vimos en el capítulo 2), alcalde durante muchos años de la localidad de Dzików,

en el sudeste de Polonia, recordaba algunos años después el impacto de la inflación galopante tras la sustitución de la corona austríaca por el marco polaco de papel en 1920:

> Si se vendía algo y no se compraba inmediatamente otra cosa con el dinero cobrado, las pérdidas eran enormes. Había muchos que vendían la casa o un campo, o parte del ganado, sólo para guardar el dinero en casa o en algún banco. Ésos perdían todo lo que tenían y se convertían en mendigos. Por otro lado, los que tomaban dinero prestado y compraban cosas con él hacían verdaderas fortunas. Había infinitos montones de dinero. Había que llevarlo en maletines o en cestas. Las carteras y monederos por el estilo eran inútiles. Por las cosas de la casa se pagaban miles de monedas, luego millones, y por último miles de millones.

Sólo la introducción de una moneda completamente nueva, el złoty, en 1924 trajo la estabilización a Polonia.

En Alemania la caída en la hiperinflación tuvo mucho que ver con la grave crisis política que se adueñó del país en 1923 después de que los franceses ocuparan la zona industrial de Ruhr en represalia por el impago de las indemnizaciones y reparaciones de guerra por parte de los alemanes. Pero la raíz de la hiperinflación se hallaba en la financiación de la guerra, basada en el supuesto de que Alemania habría resultado vencedora y habría recuperado las pérdidas a costa de los países vencidos. Las consecuencias económicas de la derrota ofrecieron por tanto muy pocos incentivos a Alemania para evitar la inflación. El esfuerzo de guerra del país se había financiado principalmente a través de los préstamos de guerra de la propia población alemana. La inflación proporcionaba los medios para liquidar toda esa deuda interna. Las medidas tomadas al comienzo de la posguerra para frenar el alza de los precios dieron paso, una vez que en 1921 se conoció el montante de las indemnizaciones (que sólo podían pagarse en marcos de oro, no en la divisa depreciada), a una aceptación voluntaria del aumento de la inflación basada en consideraciones estratégicas.

Además de facilitar el pago de la deuda interna y de detener la grave combatividad de los trabajadores que habían acarreado las medidas deflacionistas, por ejemplo en Gran Bretaña, la inflación ayudó a la industria alemana a experimentar una rápida recuperación después de la guerra y dio un fuerte impulso a sus exportaciones. Los industriales podían tomar prestado el dinero que necesitaran para sus inversiones y luego pagar

esos préstamos en la moneda devaluada. Y como la moneda alemana perdía valor, las mercancías podían ser exportadas a precios sumamente competitivos. No es de extrañar que Alemania experimentara un crecimiento enorme de la producción industrial y un fuerte descenso del desempleo entre 1920 y 1922, en una época en la que las políticas deflacionistas de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia trajeron consigo todo lo contrario, esto es caída de los niveles de producción y aumento del desempleo.

Los salarios de los obreros cualificados de la industria en Alemania a menudo pudieron seguir el ritmo de la inflación, por lo menos al principio. Los sindicatos habían conseguido valerse de las concesiones hechas por los empresarios durante la guerra para asegurarse la mejora de los sueldos y de las jornadas de trabajo. Pero para los obreros no cualificados y para los que dependían de rentas fijas o de pensiones, la inflación constituyó un desastre en constante aumento. En 1923, durante la crisis del Ruhr, quedó completamente fuera de control y se convirtió en una verdadera catástrofe. En 1914 el dólar americano —que al término de la guerra se convirtió en la divisa pesada fundamental en Alemania— había valido 4,20 marcos; al término de la guerra había subido hasta alcanzar los 14 marcos, a finales de 1920 se situaba en los 65, en enero de 1922 había llegado a los 17.972, y en noviembre de 1923 se había disparado hasta la astronómica cifra de 44.200 millones de marcos. Lo que esas cifras verdaderamente incomprensibles significaban para los individuos corrientes y molientes que vivían de sus modestos ahorros se ve ilustrado gráficamente por el destino de un anciano bastante culto de Berlín, cuyos ahorros de 100.000 marcos le habrían garantizado en otros tiempos un retiro razonablemente cómodo, pero que ahora, como consecuencia de la devaluación de la moneda, sólo le bastaban para comprar un billete de metro. Dio una vuelta por la ciudad en el ferrocarril subterráneo y, al regresar, se encerró en su piso, donde acabó por morir de hambre.

En ningún lugar de la Europa de posguerra había un país «propio de héroes». Viudas desconsoladas, huérfanos y soldados mutilados se confundían con los hambrientos, los desempleados y los indigentes en las ciudades grandes y pequeñas de todo el continente. La guerra había dejado

tras de sí casi ocho millones de inválidos necesitados del apoyo del estado. Sólo en Alemania había más de medio millón de viudas de guerra y más de un millón de huérfanos. Entre los 650.000 hombres que habían sufrido lesiones graves había 2.400 ciegos de guerra, 65.000 que habían perdido un brazo o una pierna, y más de 1.300 que habían sufrido una doble amputación. La medicina había hecho grandes avances durante la contienda. Pero la cirugía no podía curar por completo unas heridas tan terribles. Y además de las lesiones corporales estaban las mentes dañadas, traumatizadas por la experiencia de la guerra: se calcula que 313.000 individuos en Alemania y unos 400.000 en Gran Bretaña. Muchos no se recuperaron nunca, víctimas de un tratamiento psiquiátrico inadecuado y de la escasa comprensión de su situación por parte de la gente. Los inválidos de guerra se enfrentaban a la miseria económica y la discriminación social. Los empresarios no querían trabajadores físicamente discapacitados, mientras que los excombatientes que habían sufrido daños psiquiátricos a consecuencia de la guerra eran considerados «histéricos» o resultaban sospechosos de fingir su enfermedad para conseguir una pensión.

La destacada socialista y pacifista británica Ethel Snowden (cuyo marido, Philip, se convertiría en el primer Canciller del Tesoro laborista en 1924) retrató vívidamente la miseria social reinante en Viena poco después de acabar la guerra: «Oficiales de uniforme vendían rosas en los cafés. Mujeres exquisitas vestidas con sus mejores galas ya ajadas pedían limosna con sus hijos en las esquinas. La hierba crecía en las calles principales. Las tiendas estaban vacías de clientes ... A la puerta de las oficinas de empleo millares y millares de hombres y mujeres hacían largas colas para cobrar el subsidio de paro ... Los médicos luchaban con gallardía en clínicas y hospitales por salvar a niños enclenques cubiertos de llagas purulentas, prácticamente sin medicinas, sin jabón, sin desinfectantes».

En la Europa oriental la situación era incluso más desesperada. Cientos de miles de refugiados que huían de la guerra civil rusa se enfrentaban a perspectivas muy sombrías allí donde fueran a parar y raramente encontraban una acogida amistosa entre una población que ya estaba sufriendo una gran miseria. Polonia, que había sido asolada durante años por los combates librados en su suelo, se hallaba en un estado espantoso. La

mitad de los habitantes de Varsovia recibía algún mínimo subsidio de desempleo cuando acabó la guerra; la enfermedad estaba generalizada, y en las regiones del este la gente casi se moría de hambre. «El país», comunicaba sir William Goode, jefe de la misión de socorro británica a la Europa central y del este en 1919, «había sufrido cuatro o cinco ocupaciones de distintos ejércitos, y todas ellas habían peinado el territorio en busca de provisiones. La mayoría de las aldeas habían sido incendiadas por los rusos en su retirada [de 1915]; la tierra llevaba sin ser cultivada cuatro años ... La población vivía de raíces, hierba, bellotas y brezo». Lo extraño no es que hubiera disturbios políticos generalizados en buena parte de la Europa de posguerra, sino que los alborotos revolucionarios no fueran más.

Casi en todas partes la gente tenía que luchar no sólo contra una miseria material severa, sino también para superar las pérdidas personales. En una guerra del pueblo en la que había habido tantas bajas, tenía que producirse algún tipo de reconocimiento nacional de la magnitud de los sufrimientos padecidos.

En Francia las familias deseaban que sus seres queridos fueran enterrados en los cementerios de las iglesias de sus lugares natales. El gobierno acabó por ceder a la presión popular y el estado pagó la exhumación y el nuevo enterramiento de 300.000 caídos identificados. Todo ello fue posible, aunque a costa de un proceso logístico y burocrático enorme, porque los caídos franceses habían perdido la vida principalmente en su propio territorio. Para otros países resultaba imposible hacer algo parecido. Los muertos debían ser conmemorados en el mismo sitio en el que habían caído, aunque vencedores y vencidos fueran depositados en lugares distintos. Los franceses en particular no podían soportar la idea de que sus seres queridos yacieran al lado de los alemanes. De modo que allí donde los alemanes caídos yacían junto a los franceses y los británicos, sus cadáveres fueron exhumados y enterrados de nuevo en cementerios distintos. El resultado fue el establecimiento de cementerios de guerra, de manera más o menos distinta según cada país, en el propio campo de batalla o en sus inmediaciones. Esos cementerios simbolizaban el heroísmo inmortal y el sacrificio por la nación. Tocaban también la piedad popular,

evocando la idea de que ese sacrificio no había sido en vano, y de que los caídos resucitarían un día en presencia de Dios. Entre las apretadas filas de lápidas blancas, todas iguales, en los prados bien recortados de los cementerios británicos, podía encontrarse a veces la de algún soldado cuya identidad no había podido ser establecida, acompañada de una simple inscripción: «Conocido por Dios». Traer de nuevo a la patria a un soldado desconocido y enterrarlo en un monumento nacional no tardó en convertirse en punto focal del luto colectivo de la nación. En 1920, en medio de una enorme pompa y una gran ceremonia, los franceses enterraron al «Soldado Desconocido» debajo del Arco de Triunfo en París, y los británicos lo hicieron en la abadía de Westminster de Londres. Italia, Bélgica y Portugal no tardarían en seguir su ejemplo poco después.

Lo que fue posible en la conmemoración nacional de los caídos en el Frente Occidental no pudo tener réplica en el este de Europa. En Rusia no se erigió ningún monumento en absoluto. Allí la guerra derivó sin solución de continuidad en luchas revolucionarias y en las pérdidas aún mayores acarreadas por la terrible guerra civil. Con el triunfo del bolchevismo la primera guerra mundial —vista como un simple conflicto entre potencias imperialistas rapaces— quedó relegada tras el mito heroico de la guerra civil. Las exigencias ideológicas hicieron que la primera guerra mundial no pudiera tener cabida en la memoria colectiva.

Tampoco cabría esperar que hubiera un sentimiento de unidad nacional en el recuerdo de los caídos semejante al que se dio en las potencias occidentales vencedoras en los países vencidos, donde la guerra había traído la división y había provocado no sólo un desastre militar y una pérdida enorme de vidas humanas, sino que además había dado lugar a una gran turbulencia política y a la confrontación ideológica. Alemania no inauguró un monumento nacional a los muertos en Berlín hasta 1931 (aunque previamente se erigieron muchos monumentos conmemorativos de la guerra en distintas localidades). El significado de la contienda y de la derrota alemana fue además acaloradamente discutido con el fin de encontrar una unidad en cualquier conmemoración de la guerra que se hiciera. En un extremo del espectro de emociones públicas estaba el dolor, el horror por el coste en vidas humanas de la contienda, y el pacifismo,

captado de modo realmente conmovedor en la escultura de Käthe Kollwitz, concebida ya durante la guerra, acabada mucho más de una década después de su finalización, y erigida en un cementerio belga, de unos padres llorando la pérdida de su hijo. En el otro extremo del espectro estaba la sensación de humillación nacional y cólera por la derrota y por la revolución acarreada por ella, que incorporó el heroísmo bélico a las esperanzas de resurrección y renacimiento nacional. Dicho sentimiento quedaría resumido en el «mito de Langemarck». Cerca de esta localidad flamenca de nombre cargado de resonancias alemanas, unos veinte o veinticinco mil jóvenes voluntarios alemanes, reunidos precipitadamente y mal adiestrados, habían perdido la vida en una batalla inútil contra los británicos a comienzos de otoño de 1914. En manos de la propaganda alemana, esta tragedia casi absurda llegó a adquirir un estatus legendario inmarcesible como demostración del sacrificio y heroísmo de los jóvenes, elementos que constituían la base imprescindible de la renovación nacional. El mito de estos caídos se convirtió en Alemania en punto central de la disputa ideológica que encontraría una desastrosa solución ya en los años treinta.

El horror de la guerra convirtió en pacifistas a muchos. «La propia guerra ha hecho de mí un adversario de la guerra», fue la reacción del dramaturgo socialista alemán Ernst Toller ante lo que él describió como «una catástrofe para Europa, una plaga para la humanidad, el crimen de nuestro siglo». Desde la revulsión provocada por la muerte y el sufrimiento, y el abatimiento en que la sumió la pérdida de su prometido, su hermano y dos amigos íntimos, la escritora inglesa Vera Brittain se hizo pacifista, socialista y ardiente luchadora por los derechos de la mujer. En Francia, Madeleine Vernet, que antes del estallido de la guerra había dirigido un orfelinato, fundó la «Liga de Mujeres contra la Guerra», atrayéndose el apoyo de feministas, socialistas y comunistas. Allí, como muchos otros países de Europa, los ideales de la paz y del fin de las desigualdades sociales inherentes a las rivalidades capitalistas encontraron oídos muy bien dispuestos. El pacifismo idealista, sin embargo, siguió confinado a una minoría. La mayoría de los soldados que volvían a casa no eran pacifistas. Habían combatido y volverían a combatir, aunque a regañadientes, si el

deber patriótico y la necesidad se lo exigían. Pero deseaban mayoritariamente la paz, la seguridad, la vuelta a la normalidad y un futuro mejor sin guerra. La inmensa mayoría quería volver a sus granjas, a sus puestos de trabajo, a sus pueblos y sus ciudades, y por encima de todo al lado de sus familias. Ésa era la reacción más típica —sin duda alguna al menos en la Europa occidental—, al tiempo que la gente intentaba, cada uno a su manera, reconstruir unas vidas que con demasiada frecuencia la experiencia de aquel terrible conflicto había puesto patas arriba. El horror de lo que había sucedido produjo la arrolladora convicción de que no debía volver a haber más guerras.

Paladines de la contrarrevolución

No todos, sin embargo, eran de esa opinión. Hubo un legado totalmente distinto y aun contrario de la gran conflagración europea, un legado que suponía la glorificación de la guerra y que acogía con los brazos abiertos a la violencia y al odio. Para muchos, la guerra simplemente no acabó en noviembre de 1918. El choque cultural que supusieron la derrota, la revolución y el triunfo del socialismo, y los miedos paranoicos al «Terror Rojo» a través de los relatos de horror propagados por los refugiados que llegaban huyendo de la guerra civil rusa, alimentaron una mentalidad brutal en la que la matanza y la mutilación de los que eran considerados responsables del desastre se convirtió en un deber, una necesidad y un placer, esto es en una forma normal de vida.

Nuevos y aterradores niveles de intensísima violencia política fueron el rasgo característico de buena parte de la Europa de posguerra. La Europa noroccidental no fue ninguna excepción, como demuestra el elevado nivel de violencia alcanzado en Irlanda entre 1919 y 1923 durante la lucha por la independencia de la dominación británica, incluidas las matanzas sectarias, la brutalidad arbitraria de los paramilitares británicos (los *Black and Tans*, los «Negros y los Caquis»), y por último la breve, pero sangrienta, guerra civil de 1922-1923. El efímero «Alzamiento de Pascua» contra la dominación británica en 1916 fue sofocado rápidamente, aunque llevó consigo el uso de una brutalidad contraproducente contra los prisioneros y

la ejecución de los líderes de la insurrección, actos que dejaron tras de sí un legado de rencor imperecedero. Dicho legado desembocó en la guerra de guerrillas en pro de la independencia que, a partir de 1919, llevó a cabo con una violencia intimidatoria enorme el Ejército Republicano Irlandés (IRA). Los británicos respondieron desplegando a los Negros y los Caquis. Así llamados por la tonalidad de sus uniformes improvisados —unos, de color verde oscuro (no exactamente negro), pertenecientes a la policía, y otros, de color caqui, pertenecientes al ejército—, los Negros y los Caquis estaban formados por unos 9.000 excombatientes, a los que se sumaron 2.200 antiguos oficiales que constituyeron la División Auxiliar de la Real Policía Irlandesa, fuerza odiada por los nacionalistas irlandeses. Las atrocidades de los Negros y los Caquis y de la División Auxiliar, incluidas violaciones, torturas, muertes y la quema de las casas de los supuestos insurgentes, contribuyeron en gran medida a envenenar las relaciones anglo-irlandesas durante décadas. Incluso Oswald Mosley, que más de diez años después llegaría a dirigir la Unión Británica de Fascistas, se manifestó asqueado de sus acciones. Su violencia fue efectivamente espantosa y constituiría una mancha difícil de borrar en la historia británica.

Pero Irlanda fue una excepción en la Europa noroccidental, y una excepción incluso dentro del Reino Unido. El gobierno inglés siempre había considerado a Irlanda casi una colonia, que debía ser tratada de manera distinta al resto de las Islas Británicas. Por lo demás, los extremos de violencia represiva fueron reservados para las posesiones coloniales de Gran Bretaña (como, por ejemplo, el tiroteo de varios centenares de manifestantes desarmados indios en Amritsar a manos de las tropas británicas al mando del general Reginald Dyer, en abril de 1919, cuando la lucha en pro de la independencia india iba ganando adeptos, inspirada por Mahatma Gandhi). En Gran Bretaña propiamente dicha, las dimensiones de los desórdenes de posguerra nunca llegaron a amenazar seriamente en ningún sitio con convertirse en revolución. En Inglaterra y Francia se utilizaron formaciones de defensa civil para combatir las huelgas en 1919 y 1920. Pero los disturbios sociales y políticos fueron contenidos por el estado y nunca llegaron a generar una fuerza verdaderamente revolucionaria. La movilización paramilitar no se convertiría en una

preocupación significativa hasta casi una década más tarde en Francia, en circunstancias muy distintas, y en Gran Bretaña nunca llegó a amenazar con provocar un vuelco del ordenamiento político establecido.

En el sur de Europa la cosa fue muy distinta. La creciente violencia política constituyó el telón de fondo del advenimiento del fascismo en Italia en 1922 y del establecimiento de una dictadura militar en España un año más tarde. Y en el extremo sudoriental del continente la extrema violencia que precedió con mucho al estallido de la primera guerra mundial y que había comportado la deportación y la matanza de cientos de miles de armenios en 1915, continuó durante los primeros años de la posguerra. Lo peor llegaría cuando, después de tres años de ocupación griega, los turcos reconquistaran el puerto multiétnico de Esmirna (actualmente Izmir), a orillas del Egeo, en la costa occidental de Turquía, en septiembre de 1922, con el incendio de los barrios de la ciudad habitados por griegos y armenios, y el asesinato de decenas de millares de ellos. La violencia endémica de la región remitió finalmente en 1923 con el fin de los catastróficos intentos por parte de Grecia de extender su territorio para incluir en él la parte occidental de Turquía. El Tratado de Lausana firmado ese año ratificó un cambio de población (de hecho su expulsión), el más grande antes de la segunda guerra mundial, con el establecimiento de la nueva República de Turquía. Supuso el primer caso aprobado internacionalmente de limpieza étnica a gran escala, marcado por la salida forzosa de más de un millón de griegos de Turquía (la mayor parte de ellos ya había huido de la península de Anatolia el año anterior) y de 360.000 turcos de Grecia.

Sin embargo, el epicentro de la nueva violencia contrarrevolucionaria extrema, mayor que cualquier cosa que se hubiera visto en la zona desde la guerra de los Treinta Años del siglo XVII, se situaría en la Europa central y del este. En esta zona, habían sido sociedades enteras, no sólo soldados que volvían después de años y años de exposición a la muerte y que estaban ya acostumbrados a derramamientos de sangre y sufrimientos de todo tipo, las que habían recibido un trato brutal. Las políticas de tierra quemada y la deportación de la población civil habían sido un elemento más de la guerra en el Frente Oriental. Y allí los combates no cesaron en noviembre de 1918,

sino que siguieron sin interrupción hasta degenerar en feroces conflictos fronterizos en Polonia y en guerra civil en Rusia, con unos niveles de horror que estremecieron a toda la Europa central y del este.

Impedir que el bolchevismo se propagara a sus propias naciones era el motivo fundamental de los contrarrevolucionarios, algunos de los cuales no dudaron en participar en las campañas antibolcheviques en el Báltico y en otros lugares. Pero la violencia no fue sólo una reacción ante lo que estaba pasando en Rusia. Las revoluciones izquierdistas que se extendieron a lo largo y ancho de los territorios de las Potencias Centrales vencidas encontraron oposición en todas partes. En medio del caos político reinante se reforzaron las organizaciones paramilitares armadas. Sus líderes habían tenido invariablemente la experiencia de lo que era una matanza en el frente, a menudo en el este, durante la primera guerra mundial. Lo que para la mayoría de los europeos había sido un horror para aquellos hombres había supuesto una experiencia estimulante. Hacían de la lucha una actividad heroica y ensalzaban la muerte. Cuando regresaban a sus países, se encontraban con un mundo que no entendían, un mundo, como diría uno de ellos, «vuelto del revés». Tenían la sensación de haber sido traicionados, o simplemente no veían futuro en la vuelta a la vida civil rutinaria, a menudo condenada a la pobreza. Muchos de los que pensaban de esta forma se vieron abocados a la violencia racial de la política paramilitar, que floreció especialmente entre el este de Alemania y el oeste de Rusia, y desde el Báltico hasta los Balcanes. Se calcula que los Freikorps alemanes (meros piratas pagados por el gobierno), a menudo al mando de líderes aristocráticos, atrajeron a entre 200.000 y 400.000 individuos. Actuaron allí donde los conflictos fronterizos, el nacionalismo étnico radical, la amenaza del bolchevismo y el odio visceral a los judíos habían creado una potentísima combinación de emociones violentas.

Cerca de una cuarta parte de los 225.000 oficiales alemanes que volvieron a casa en 1918, casi todos de baja graduación y de clase media por su origen, se unieron a una u otra de las distintas unidades paramilitares o Freikorps. Y lo mismo hizo una gran cantidad de antiguos soldados sin empleo y de campesinos sin tierras, con la esperanza de adquirir alguna propiedad en el este y contentándose mientras tanto con lo que pudieran

sacar del pillaje. No obstante, los veteranos de guerra eran superados en número por activistas demasiado jóvenes para haber combatido en la guerra, aunque tenían una mentalidad similar a la de aquellos que se sentían descontentos con la paz, una «generación de juventud guerrera» alimentada a base de valores militaristas y expectativas de gloria nacional.

Los reclutas paramilitares buscaban medios de mantener —o bien intentaban recrear— la camaradería, la «comunidad de trinchera», los lazos viriles, y la pura emoción del conflicto armado. Recordaban —o se imaginaban— un sentido de unidad, de fervor patriótico y de compromiso con una causa por la que valía la pena luchar y morir. Ese sentimiento magnificaba en gran medida el rencor que ahora guardaban a todos los que, en su opinión, habían exigido el enorme sacrificio humano que les había traído no ya la victoria y la gloria, sino la derrota y la humillación; e intensificaba enormemente la sed de venganza que los integrantes de las organizaciones paramilitares sentían contra aquellos a los que consideraban responsables de la pérdida de muchas partes de su patria y contra aquellos que, en su opinión, estaban creando un mundo completamente opuesto a todo lo que habían defendido: un mundo caracterizado por el desorden, la falta de autoridad, la injusticia, el caos (fomentado, a su juicio, por los «Rojos»), y una democracia «afeminada». Su respuesta fue la violencia extrema.

El nuevo recrudecimiento de la violencia no tenía una ideología clara o coherente. La codicia, la envidia, la sed de beneficios materiales, el deseo de apoderarse de la tierra, todos estos elementos tuvieron algo que ver, sí; la violencia propiamente dicha debió mucho más al activismo desenfrenado que a una visión preconcebida de una sociedad futura o de una forma de estado. Pero justo por eso mismo fue ideológica; no fue fortuita, sino que apuntaba a un objetivo concreto, e iba dirigida contra las fuerzas revolucionarias —percibidas normalmente como los enemigos internos— que amenazaban con destruir los valores que más se apreciaban.

Lugar destacado entre esos enemigos internos ocupaban los comunistas, los socialistas y, por supuesto, los judíos. Para muchos de los paladines de la contrarrevolución, esos enemigos internos estaban mezclados unos con otros. Cuando vieron que los judíos desempeñaban un

papel destacado en los movimientos revolucionarios —León Trotski entre otros en Rusia, Béla Kun en Hungría, Victor Adler y Otto Bauer en Austria, Kurt Eisner y Rosa Luxemburgo en Alemania, así como varias figuras prominentes de la efímera «república soviética» de Múnich de abril de 1919 —, lo tomaron como una confirmación de sus fantasías, puestas en marcha por una superchería inventada antes de la guerra por la policía zarista, los *Protocolos de los sabios de Sión*, acerca de una «conjura mundial de los judíos» para socavar la cultura, la moralidad y el orden político de Europa. Los judíos habían acogido en su mayoría con los brazos abiertos la revolución rusa, como un anuncio de su emancipación. Abrigaban grandes esperanzas de un futuro socialista sin discriminaciones ni persecuciones. De hecho se unieron al movimiento revolucionario en un número desproporcionado y llegaron a desempeñar un papel significativo en la administración y la policía soviética. En 1919 el 75 % de la policía política de Kiev (la Checa) eran judíos, por ejemplo. En la Europa del este, los judíos pasaron a ser identificados con el bolchevismo, aunque la mayoría de ellos en realidad no eran revolucionarios. Pagarían un precio terrible por ello.

Muchos soldados habían absorbido la ponzoñosa propaganda antisemita que las Potencias Centrales y los rusos habían difundido en las trincheras a medida que iban agravándose sus reveses y que la derrota empezaba a ser cada vez más probable. La caótica situación reinante en el centro y el este de Europa al término de la guerra fue testigo de una auténtica catarata de violencia antijudía. «Los judíos son aborrecidos en todas partes», escribía un sociólogo ruso en 1921. «Son aborrecidos por la gente independientemente de su clase y de su educación, de su filiación política, de su raza y de su edad.» Veía en el odio a los judíos «uno de los rasgos más destacados de la vida de la Rusia actual, quizá incluso el más destacado de todos». La guerra civil dio lugar a una auténtica ofensiva contra los judíos, sobre todo en Ucrania. En el curso de los cerca de 1.300 pogromos organizados allí fueron asesinados entre 50.000 y 60.000 judíos. La incesante dureza de los combates entre ucranianos y polacos en Galicia

Oriental generó la violencia antisemita en más de cien localidades, incluida Lvov, donde setenta judíos fueron asesinados en el curso de un gran pogromo cuando el ejército polaco entró en la ciudad en julio de 1919.

También hubo una violencia antijudía generalizada en Hungría tras el hundimiento del efímero régimen comunista de Béla Kun en agosto de 1919. El regusto del intenso odio a los judíos y de su identificación con el bolchevismo queda reflejado en los comentarios de una aristocrática dama húngara, por lo demás muy refinada y encantadora, que recogió Ethel Snowden en el verano de 1919: «Mataría a mi manera a todos los bolcheviques que pudiera; y tampoco los haría morir de una muerte sencilla. Los asaría a fuego lento. Piense en lo que esos sucios judíos han hecho a algunos de nuestros mejores hombres. ¡Y todos mis trajes y mis joyas han desaparecido! ... Alguna pequeña judía espantosa estará metiendo sus feos pies [en mis hermosas botas blancas] en este mismo instante, eso seguro». A la vista de semejantes mentalidades, nada tienen de sorprendente las atrocidades cometidas con los judíos a raíz de las turbulencias políticas de posguerra que asolaron Hungría. En las regiones del país situadas al oeste del Danubio fueron asesinados más de 3.000 judíos, según un informe de 1922.

Incluso en la nueva República Checa, un fanal de incipiente libertad democrática entre los nuevos estados que habían de surgir de los restos del Imperio de los Habsburgo, se produjeron pogromos, mientras que los disturbios estudiantiles obligaron al rector judío de la Universidad de Praga a presentar su dimisión en 1922. En Alemania y Austria no hubo pogromos. No obstante, la violenta retórica antisemita hizo su labor, envenenando el ambiente hasta llevar al asesinato de algunos judíos que ocupaban posiciones políticas destacadas, como Kurt Eisner, el ministro presidente de Baviera, en 1919, y Walther Rathenau, ministro de Asuntos Exteriores del Reich, en 1922.

La violencia de los contrarrevolucionarios tenía muy pocos límites. Invariablemente fue más allá de la violencia revolucionaria que pretendía combatir. Se calcula que el «Terror Rojo» se cobró la vida de cinco personas en Austria, más de 200 en Alemania, y entre 400 y 500 en Hungría. Pues bien, las víctimas de la violencia contrarrevolucionaria en

Austria fueron al menos 850. La supresión de la «república soviética» de Baviera a finales de abril de 1919 se cobró las vidas de 606 personas, 335 de ellas civiles. Y en Hungría el «terror blanco» que siguió a la caída del régimen soviético de Béla Kun causó la muerte de unos 1.500 individuos, al menos tres veces el número de los que murieron a manos de los rojos.

«No hay perdón. Disparamos incluso a los heridos», decía en una carta a sus padres un estudiante que se había presentado voluntario tras participar en la represión de un alzamiento comunista en la región alemana del Ruhr en 1920. «Matamos a todo el que caía en nuestras manos ... No quedaban sentimientos humanos en nuestros corazones», recordaba otro joven alemán que participó en las luchas paramilitares en el Báltico en 1919. Rudolf Höss, que posteriormente, como comandante de Auschwitz, dirigiría un programa nunca visto hasta entonces de asesinatos masivos organizados, recordaba que los combates en el Báltico habían sido más siniestros que cualquier cosa que hubiera presenciado durante la primera guerra mundial: «Una pura matanza, rayana en la más completa aniquilación». El Báltico y la Alta Silesia, donde se produjeron terribles combates entre polacos y alemanes entre 1919 y 1921, fueron el escenario de una cantidad ingente de pérdidas de vidas humanas, quizá 100.000 personas, a manos de los paramilitares.

La violencia paramilitar disminuyó notoriamente a partir de 1923. Pero los que habían estado a la vanguardia de la violencia no cambiaron de carácter ni de actitud, aunque tuvieran que adaptarse al cambio de los tiempos. Muchos encontrarían nuevas oportunidades en los movimientos fascistas que empezaron a ganar adeptos por toda Europa durante los años treinta. Y en las regiones donde se había producido la mayor violencia estaban por venir cosas mucho peores: en no poca medida como reacción al establecimiento triunfante del comunismo soviético en Rusia.

El bolchevismo triunfante

Era inevitable que la revolución bolchevique de 1917 no fuera aceptada sin lucha por aquellos a los que iban a ser arrebatadas sus tierras y otras propiedades. El resultado fue una guerra civil de una brutalidad

inimaginable y un furor y una crueldad que duró tres años y costó la vida a más de siete millones de personas, hombres, mujeres y niños, en su mayoría civiles, cerca de cuatro veces el número de muertes sufridas por Rusia durante la Gran Guerra. Enormes cantidades de individuos perdieron la vida como consecuencia del hambre que acarreó el conflicto y de las enfermedades epidémicas, aparte de los combates y la represión terrorista.

La guerra civil estuvo formada en realidad por varias guerras distintas, vagamente interrelacionadas unas con otras a través del objetivo común de las fuerzas contrarrevolucionarias «blancas» de intentar estrangular de raíz al nuevo régimen soviético. Tuvo además una dimensión internacional. Los «blancos», encabezados principalmente por antiguos oficiales zaristas de alto rango y por cosacos, eran respaldados por tropas aliadas, que les suministraron armamento y apoyo logístico. Unos 30.000 soldados checos, americanos, británicos, italianos y franceses ayudaron al ejército blanco a avanzar hacia el oeste desde Siberia en 1919. Los Aliados suministraron a los blancos una cantidad de municiones equivalente a toda la producción soviética de ese año. Sin embargo, el apoyo exterior se redujo después y tuvo menor importancia de lo que los relatos soviéticos de la guerra civil llegarían a afirmar posteriormente. Durante algún tiempo, sobre todo en 1919, el resultado de la guerra distaría mucho de estar asegurado. Pero a finales de 1920, se había impuesto el poder bolchevique sobre prácticamente la totalidad del inmenso territorio del antiguo Imperio Ruso. Las últimas fases de la guerra civil se confundirían en 1920 con la guerra del Ejército Rojo contra las fuerzas polacas del mariscal Józef Piłsudski. Después de que los polacos fueran expulsados de Kiev (que cambió de manos una docena de veces a lo largo de la guerra civil) y de que el Ejército Rojo fuera repelido en agosto por Piłsudski a las puertas de Varsovia, el armisticio firmado en el otoño de 1920 dio lugar a un acuerdo que extendía la frontera oriental de Polonia con el estado soviético. El Tratado de Riga de marzo de 1921 garantizaba la nueva frontera; al menos hasta que estallara la próxima gran guerra.

Las campañas antisoviéticas, que alcanzaron su punto culminante en 1919, tuvieron lugar sobre todo en las regiones periféricas del antiguo Imperio Ruso. La clave de la victoria definitiva de los rojos, sin embargo,

fue el control que lograron alcanzar de la zona central de Rusia, junto con la superioridad de su capacidad organizativa y su absoluta crueldad, además de la división existente entre sus adversarios. Aquel enorme territorio permitió a los rojos acceder a las ingentes reservas de mano de obra y de soldados (reclutados con una buena dosis de terror en las zonas rurales), así como de productos alimenticios, arrebatados de forma implacable a unos campesinos cada vez más agresivos, pero brutalmente reprimidos. Todo ello permitió la rápida expansión del Ejército Rojo, que pasó de disponer de apenas 430.000 hombres en octubre de 1918 a contar con 5.300.000 a finales de 1920. Mal equipadas, mal aprovisionadas y a menudo indisciplinadas, las gigantescas masas de soldados, al mando de 75.000 antiguos oficiales del ejército zarista, sometidas a una disciplina feroz y combatiendo en defensa de la revolución, constituían un oponente muy superior a las fuerzas blancas, numéricamente más débiles y menos cohesionadas. Aunque la popularidad del estado soviético (que se había construido en gran medida sobre la promesa de una reforma agraria en beneficio de la población mayoritariamente campesina del país) empezó a decaer rápidamente, la supremacía bolchevique, la supresión de los partidos de la oposición y un terror despiadado contra cualquiera que ofreciera resistencia hicieron que no quedara más alternativa que el acatamiento.

En cualquier caso, en materia de programa social los blancos planteaban poca cosa que pudiera competir a su favor con el de los bolcheviques. Los líderes blancos, nacionalistas rusos conservadores cuyo único objetivo parecía ser dar marcha atrás y volver al período pre-revolucionario, no fueron capaces de obtener demasiado apoyo entre los nacionalistas no rusos de las regiones periféricas. Ucrania, por ejemplo, tenía una población de unos 32 millones de fervorosos nacionalistas ucranianos, en su mayoría campesinos, que no pudieron ser movilizados para la causa de la Gran Rusia. Los blancos no sólo carecían de un programa coherente, también desde el punto de vista organizativo eran más débiles que los soviéticos: sólo pudieron reclutar ejércitos más pequeños, adolecían de unas comunicaciones en buen estado, y no tenían una estrategia militar coordinada. Pese a todo, el resultado de la guerra civil distó mucho de ser una conclusión previsible. Fueron precisos tres años de

conflicto sumamente enconado y sangriento antes de que el Ejército Rojo pudiera estar seguro de una victoria total. No obstante, habría sido también absolutamente imprevisible que el bolchevismo no acabara imponiéndose.

Cuando acabó la guerra civil, la economía soviética estaba en ruinas. La producción industrial había caído más del 66 % comparada con la de 1913, y la agrícola un 40 %. También políticamente los problemas eran enormes. A comienzos de 1921, en medio de una escasez de alimentos extrema causada por la decisión de los campesinos de retener su producción, los obreros de la industria de las grandes ciudades de Rusia —el corazón del bolchevismo— se rebelaron contra los métodos coercitivos del régimen. Hubo de proclamar la ley marcial en Moscú y San Petersburgo como consecuencia de las enormes huelgas del mes de febrero (según el nuevo calendario ruso). El peligro cada vez mayor al que se veía abocado el régimen llegó a su punto culminante durante el levantamiento de los marineros —ávidos partidarios del bolchevismo en 1917— de la base naval de Kronstadt, situada justo a las afueras de Petrogrado, en marzo de 1921. El régimen reaccionó con una dureza sin paliativos. Trotski advirtió a los marineros rebeldes que «dispararían contra ellos como si fueran perdices» si no se rendían en el plazo de veinticuatro horas. En vista de que siguieron resistiendo, Trotski cumplió a rajatabla su palabra. Cinco mil soldados del Ejército Rojo lanzaron un formidable ataque contra la fortaleza de Kronstadt. Al término de una batalla de dieciocho horas de duración, la sublevación se vino abajo. Yacían muertos más de 10.000 marineros rebeldes y soldados del Ejército Rojo. Miles de rebeldes más fueron ejecutados o fueron enviados a campos de concentración.

El levantamiento de los que otrora fueran ardientes partidarios suyos chocó enormemente a los líderes bolcheviques. Si aquello no era más que una advertencia, el régimen tendría que enfrentarse a un reto mucho mayor a la hora de ganarse a la inmensa mayoría de la población, el campesinado, cuya hostilidad hacia la política agraria bolchevique se había agudizado. Inmediatamente después de la revolución, y con el fin de obtener el apoyo de los campesinos los bolcheviques habían legalizado la redistribución de las tierras entre el campesinado. Pero la incautación forzosa de la producción agropecuaria durante la guerra civil y los primeros intentos de

introducir granjas colectivas dieron lugar a la aparición de un campesinado rebelde. Las explotaciones colectivas resultaron improductivas; los campesinos empezaron a sembrar menos deliberadamente. A veces las simples incautaciones forzosas de grano hacían en cualquier caso que no quedaran semillas que sembrar. El resultado fue la hambruna de 1921-1922. Estallaron sublevaciones campesinas en numerosas regiones, a veces acompañadas de una feroz violencia contra los bolcheviques locales. Lenin pensó que la amenaza que representaban para el régimen las guerras de los campesinos era mayor que la que los blancos habían representado durante la guerra civil. La respuesta fue un uso masivo de la fuerza para aplastar las sublevaciones campesinas durante el verano de 1921. Miles de campesinos fueron fusilados, y decenas de millares más fueron enviados a campos de concentración. Pero la política de mano dura no fue suficiente. Como había demostrado la guerra civil, la coacción sola no producía comida.

Los bolcheviques no sólo se habían malquistado al sector más importante de la población, de cuya colaboración dependían desde el punto de vista político; necesitaban además desesperadamente que los campesinos produjeran más. Esta circunstancia obligó a los líderes del régimen a virar en redondo. Lenin compró a aquel campesinado cada vez más levantisco con la «Nueva Política Económica» introducida en el curso del X Congreso del Partido celebrado en marzo de 1921. Las nuevas medidas relajaban un poco el control del partido sobre la agricultura y restablecían parcialmente una economía de mercado al tiempo que mantenían la propiedad estatal de todos los grandes sectores de la producción industrial, el transporte, la energía y las comunicaciones. Volvieron a aparecer mercancías en las tiendas. No tardó en ponerse en marcha la recuperación económica, aunque en las ciudades creciera el resentimiento contra los especuladores que explotaban vergonzosamente las nuevas condiciones del abastecimiento y la demanda.

En el momento de la muerte de Lenin en 1924 la economía había resurgido. El régimen había capeado lo peor del temporal. Pese al fuerte golpe recibido, todas las regiones del estado soviético estaban ahora en manos del partido bolchevique. La organización del partido, rígidamente controlado desde el centro por su secretario general, Iósif Stalin, creó un

sistema de patrocinio y corrupción que permitía comprar la lealtad de un número cada vez mayor de jerarcas enchufados y *apparátchiki*. El número de burócratas cuadruplicó los 2,4 millones a los cuatro años de la revolución. Y una gigantesca afluencia de nuevos miembros del partido —casi 1,5 millones de nuevo ingresos en 1920, dos tercios de los cuales eran de orígenes campesinos con esperanzas de mejorar de vida— ayudó a los bolcheviques a consolidar su poder y a extender su penetración en las zonas rurales.

Los primitivos conceptos idealistas de participación popular en la gestión de los asuntos políticos, económicos y sociales a través de representantes electos en los soviets, basados en el control de la producción ejercido por los trabajadores, tuvieron que ser necesariamente reformulados. El propio comunismo tendría que esperar a que llegara el amanecer de la utopía. Mientras tanto, en el estado socialista el poder sería ejercido y sólo podría ser ejercido por la vanguardia del proletariado, o sea el partido. Cualquier oposición podía ser calificada de «burguesa» y «reaccionaria» y debía ser eliminada. La ley «burguesa» no podía cortar el paso a la extirpación despiadada de los enemigos de clase.

El terror como arma esencial de la lucha de clases era fundamental para el proyecto revolucionario bolchevique. «Que corran ríos de sangre burguesa, más sangre, cuanta más mejor», había exhortado la prensa bolchevique en 1918. «Debemos fomentar la energía y el carácter popular del terror», había escrito Lenin ese mismo verano. Convertir el odio de los campesinos, desesperadamente deseosos de tierras, contra los *kulakí*, presentados como meros explotadores de la tierra, aunque a menudo no eran más que campesinos ligeramente más pudientes, formaba parte de esa estrategia. Describiéndolos como «vampiros [que se han] enriquecido a costa del hambre del pueblo», Lenin criticaba a los *kulakí* tildándolos de «enemigos furibundos del gobierno soviético», «sanguijuelas [que] han chupado la sangre del pueblo trabajador» y propugnaba la «muerte para todos ellos».

En 1922, cuando el régimen se sintió lo bastante fuerte como para atacar el culto religioso y destruir el arraigo que tenía la Iglesia ortodoxa, Lenin fomentó la «guerra despiadada» contra el clero. «Cuantos más

miembros de la burguesía reaccionaria y del clero logremos fusilar, mejor», afirmó. La primitiva Unión Soviética era ya un régimen en el que la ley convencional no tenía cabida, un régimen que permitía el poder sin restricciones de la Checa, o policía de seguridad del estado. «La Checa debe defender la revolución y conquistar al enemigo aunque ocasionalmente su espada caiga sobre las cabezas de los inocentes», declaró su director, Félix Dzerzhinsky. Semejante comentario presuponía una moderación absolutamente cínica. Los encarcelamientos arbitrarios, las torturas y las ejecuciones eran lugar común. Se desconoce el número de personas que cayeron víctimas del terror de la Checa. Algunos cálculos lo sitúan en varios centenares de millares, incluyendo a los individuos que fueron internados en cárceles y campos de concentración. Dentro de las cárceles, los métodos de tortura desplegados eran horrorosos en grado sumo.

Los rasgos esenciales del régimen bolchevique surgieron, pues, en tiempos de Lenin. Lo que vino después fue su continuación y su consecuencia lógica, no una aberración. Dentro de la jerarquía bolchevique, mientras vivió Lenin se había podido mantener más o menos a raya los intensos conflictos políticos, ideológicos y personales. Pero su muerte a comienzos de 1924, tras una larga enfermedad, dio paso a una dura lucha por el poder que llevaba aplazándose mucho tiempo. El vencedor de esa lucha, aunque sólo se pusiera de manifiesto poco a poco y al cabo de algún tiempo, acabó siendo Iósif Stalin. Bajo su liderazgo vendría una nueva fase, todavía más terrible, de la historia primitiva de la Unión Soviética.

A pesar de los temores paranoicos de la derecha europea, no tardó en comprobarse que el bolchevismo no era exportable. Los líderes soviéticos habían contado al principio con la propagación de la revolución por toda Europa. Pero durante la guerra civil tuvieron que admitir que no iba a suceder nada de eso. Lenin se dio cuenta de ello antes del otoño de 1920, cuando el Ejército Rojo fue derrotado por los polacos a las puertas de Varsovia. Las condiciones reinantes en Rusia eran completamente distintas de las que había en el resto de Europa. La simple vastedad del país —el más grande de la tierra, mucho mayor en dimensiones que el resto de Europa junta, que se extendía de este a oeste más de 8.000 kilómetros, y casi 3.500 de norte a sur— imponía sus propias peculiaridades de control político. A

diferencia de lo que sucedía en la Europa de antes de la guerra, el régimen zarista no se había visto condicionado hasta 1906 por ningún tipo de restricción constitucional, y luego había sido limitado por un constitucionalismo aparente mínimo. En Rusia no existía ningún fundamento independiente de la ley y tampoco había un marco representativo de política pluralista que pudiera haber contribuido a la reforma gradual de las instituciones del estado.

Comparada con la de otros países de Europa, la sociedad civil de Rusia era débil. Sólo se había desarrollado una pequeña clase media terrateniente y la represión de la disidencia política había producido una *intelligentsia* minúscula, pero radicalizada. Pese a la rápida modernización que había creado un proletariado empobrecido en las grandes ciudades industriales, Rusia había seguido estando intensamente atrasada desde el punto de vista económico; era un país en el que el campesinado —más del 80 % de la población— vivía en gran medida en pequeñas comunidades, a menudo sometidas a los lazos económicos de la servidumbre bajo el dominio neo-feudal de los propietarios de la tierra, y miraba al estado y a sus funcionarios con gran hostilidad. La violencia, la brutalidad y el escaso respeto por la vida humana estaban profundamente arraigados en esa sociedad. El campesinado ruso, como afirmaba Lenin y con razón, era una clase revolucionaria que no tenía participación alguna en la propiedad ni en el orden establecido. En ningún otro país de Europa era tan cierta aquella afirmación, incluso teniendo en cuenta la antipatía que el campesinado sentía por los terratenientes en muchos lugares del continente y las tendencias insurgentes de los trabajadores de la agricultura en algunas regiones de España e Italia. Antes incluso de que las calamidades de la primera guerra mundial radicalizaran las condiciones reinantes en el país y se llevaran por delante el zarismo, Rusia ofrecía unas condiciones social, económica, ideológica y políticamente propicias para una transformación revolucionaria fundamental que no podían reproducirse en ninguna otra parte.

Después de la guerra civil, la Rusia soviética se convirtió de hecho en un cuerpo extraño, prácticamente aislado de la corriente general de la política europea, como si hubiese sido puesto en cuarentena, volcado en sí

mismo y sometido a la inmensa brutalidad interna que acompañaría la construcción del estado soviético y la modernización de su economía a lo largo de los años sucesivos. Al tiempo que cerca de un millón de emigrados y refugiados, muchos de ellos antiguos partidarios del régimen zarista, difundían por las distintas capitales de Europa historias terroríficas acerca de la Rusia soviética, alimentando la histeria antibolchevique que se propagaba por todo el continente, el bolchevismo se convertía a pasos agigantados en un auténtico coco que había que temer y vilipendiar, en un foco negativo para la política de la derecha conservadora y radical.

Durante las deliberaciones de los líderes de las potencias vencedoras, reunidas en París en 1919 en la Conferencia de Versalles para rediseñar el mapa de Europa, Rusia figuró ya sólo como entidad negativa. Apoyando militarmente los intentos de acabar con el bolchevismo y manifestando que no estaban dispuestos a reconocer a la Unión Soviética, no tuvieron más opción que dejar abierta la espinosa cuestión de la validez y los contornos de las fronteras orientales de Europa.

La gran repartición

Cuando tomó forma, el nuevo mapa de Europa tenía un aspecto muy distinto del que había tenido en 1914. Cuatro imperios —el Ruso, el Otomano, el Austrohúngaro y el Alemán— habían desaparecido (aunque la nueva República de Alemania conservara el nombre de «Reich», símbolo de un Imperio Alemán histórico que se remontaba a Carlomagno). Su caída supuso un cambio catastrófico de las estructuras políticas de la Europa central, oriental y meridional. Después de ellos surgirían diez nuevos estados nación (incluida en 1923 Turquía).

La tarea de crear el nuevo orden de Europa recayó esencialmente en los cuatro líderes de las potencias vencedoras: el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, el presidente del gobierno francés, Georges Clemenceau, el primer ministro británico, David Lloyd George, y el primer ministro italiano, Vittorio Orlando. El reto al que se enfrentaban cuando llegaron a París para empezar a trabajar en enero de 1919 no era precisamente envidiable. Movidos por el idealismo de Wilson, tras el cual

se ocultaba el objetivo bien calculado de la dominación económica global por parte de Estados Unidos y de un mundo de posguerra construido a su imagen y semejanza, las ambiciones de todos ellos eran superlativas. Una consistía en crear un marco que impidiera a Europa volver a caer en la guerra mediante el establecimiento de una Sociedad de Naciones que garantizara la seguridad colectiva y la paz internacional.

Se trataba de un ideal muy noble. Tras su fundación en enero de 1920, la Sociedad de Naciones, de la que formaban parte a finales de ese mismo año cuarenta y ocho países y cuyo cuartel general estaba en Ginebra, intentó trabajar en pro de la cooperación internacional, proteger a las minorías étnicas y hacer todo lo posible por mitigar la crisis humanitaria del centro y el este de Europa. Pero lo más importante era su compromiso con el mantenimiento del ordenamiento internacional de posguerra. No tardaría en comprobarse que era una quimera. Sin un poder militar para intervenir, cualquier idea de marco multinacional de seguridad colectiva mínimamente eficaz era ilusoria. Y por mucho que pretendiera ser una organización verdaderamente global, la Sociedad de Naciones siguió siendo en la práctica un asunto en buena medida europeo, dominado especialmente por los intereses de Inglaterra y Francia. Los adversarios políticos de Wilson en Estados Unidos se asegurarían de que su país, que se suponía que debía ser el actor principal de la Sociedad de Naciones, ni siquiera llegara a formar parte de ella como miembro.

La idea central de Wilson, subyacente a todas las deliberaciones de París, era la «autodeterminación». El término era susceptible de múltiples significados distintos y Wilson se contentó con mantener la vaguedad en torno a su definición, entre otras cosas porque las implicaciones que tenía para el mantenimiento del poder en las colonias no eran muy del gusto de las principales potencias imperiales, Gran Bretaña y Francia. Para Wilson, la autodeterminación significaba esencialmente el gobierno derivado de la soberanía popular, el derecho de un pueblo a tener su propio estado, que idealmente fuera evolucionando con el tiempo y no fuera fruto de una revolución violenta.

En las desastrosas condiciones de la Europa de posguerra, sin embargo, la autodeterminación —concepto por lo demás revolucionario— era una demanda para el futuro inmediato, no una aspiración a largo plazo. Los bolcheviques habían sido de hecho los primeros en utilizar el concepto. Pero su interés por la autodeterminación era puramente instrumental. Su apoyo a los movimientos nacionalistas se amplió con el fin de socavar y destruir los imperios multinacionales existentes en Europa y, de manera más general, para debilitar o derribar el imperialismo. Sin embargo, en palabras de Stalin, «cuando el derecho de autodeterminación entra en conflicto con otro derecho superior, a saber con el derecho de la clase obrera que ha llegado al poder para consolidar ese poder», entonces «el derecho de autodeterminación no puede ni debe servir de obstáculo a la clase obrera en su derecho al ejercicio de la dictadura». Como esta afirmación dejaba meridianamente claro, «la autodeterminación nacional» en la incipiente Unión Soviética debía quedar totalmente subordinada al poder centralizador del estado bolchevique.

La visión de la autodeterminación que sustentó las deliberaciones de la Conferencia de Versalles en 1919 (a las que no fueron invitados los soviéticos) iba absolutamente en contra de la interpretación bolchevique. Sería el marco de un orden mundial basado en la democracia liberal, esto es el gobierno por consenso popular en un estado basado en la soberanía popular. El problema que se ocultaba detrás de todo esto, sin embargo, era que precisamente en la mayor parte de las zonas del continente cuya estabilidad seguía sin resolver las pretensiones de soberanía popular se basaban en el nacionalismo étnico. Y la mayor parte de los territorios de los imperios caídos contenían más de una nacionalidad que reclamaba tierras, recursos y representación política. En los países de la Europa occidental (como también en Estados Unidos) el estado había ido configurando con el tiempo la nación; la asociación con las instituciones del estado había ido formando poco a poco una conciencia nacional. Pero en la mayor parte de la Europa central, oriental y meridional, la conciencia nacional había surgido de las exigencias de un pueblo definido por su etnicidad, su lengua y su cultura, que reclamaba establecer un estado que representara —a

menudo exclusivamente— sus intereses. ¿Cómo podía ajustarse la autodeterminación con las pretensiones contrapuestas de formar un estado nación soberano?

Desde el primer momento resultó evidente para los «Cuatro Grandes» que la compleja mezcla étnica de la Europa central y del este hacía imposible la consecución de la autodeterminación nacional. Los forjadores de la paz no pudieron hacer más que lo que estuvo en su mano... y esperar que con el tiempo aparecieran estados nación capaces de funcionar, en los que las diferencias étnicas fueran superadas por la unidad nacional en un estado multiétnico. Independientemente de cómo ajustaran las fronteras de Europa, éstas estaban condenadas a incluir alguna minoría nacional de dimensiones notables, cuyos derechos debían ser salvaguardados (o eso se creía) mediante el llamamiento a la Sociedad de Naciones. Ninguno de los nuevos estados, salvo lo poco que había quedado de la Austria de lengua alemana, era étnicamente homogéneo. Tres millones y medio de húngaros, por ejemplo, acabaron viviendo fuera de Hungría, muchos de ellos en el territorio entregado a Rumanía, mientras que tres millones de alemanes se encontraron de pronto viviendo en Checoslovaquia. Cuando finalmente se alcanzó un acuerdo sobre el trazado de las nuevas líneas fronterizas en el mapa, éstas tendrían de hecho menos que ver con la autodeterminación de las nacionalidades que con lo factible que fuera satisfacer determinadas pretensiones territoriales a expensas de otros, intentando minimizar al mismo tiempo cualquier tensión u hostilidad a las que pudieran dar lugar.

Casi en todas partes había territorios disputados acaloradamente. Las pretensiones basadas en la etnicidad eran casi invariablemente espurias, meros pretextos (a veces evidentes) para satisfacer ambiciones territoriales, basadas en motivos económicos, militares o estratégicos. Se presentaban supuestos derechos y contra-derechos en litigio —entre Grecia, Bulgaria y Serbia (todas pretendían alguna parte de Macedonia), entre Grecia e Italia (a propósito de Albania), entre Rumanía y Hungría (las dos alegaban tener derecho a Transilvania), o entre Polonia y Alemania (que se disputaban Silesia)— apelando de boquilla a la autodeterminación, cuando en realidad no eran más que meros intentos de engrandecimiento territorial de lo más tradicional. Algunas pretensiones no podían ni siquiera fingir que tenían

nada que ver con la autodeterminación. Entre ellas las exigencias de Italia de quedarse con el Tirol del Sur, prevalentemente de lengua alemana; con la costa dálmata, de población casi en su totalidad eslava; con partes de Asia Menor, habitadas principalmente por griegos y turcos; y sobre todo con el pequeño puerto de Fiume (hoy Rijeka, en Croacia), cuya población era sólo en parte italiana, caso que acabaría convirtiéndose en una causa célebre para los fascistas en ciernes.

Intentar resolver aquellas complejas disputas supuso una pesadilla para los Cuatro Grandes en París. Resultó inevitable que tras las nuevas fronteras estatales trazadas hubiera cierta dosis de artificialidad. En varios casos —Checoslovaquia, el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos (rebautizado Yugoslavia en 1929), y Polonia— fue cuestión de reconocer una realidad ya existente en unos estados creados a partir de los imperios caídos al término de la primera guerra mundial. En otros casos, fue para recompensar el apoyo prestado a la Entente durante la guerra y castigar al enemigo sojuzgado. Rumanía, por ejemplo, fue uno de los grandes beneficiados, doblando su tamaño en buena parte a expensas de Hungría. En la Europa central, Austria, Hungría y Alemania fueron las grandes perdedoras de la redistribución territorial.

La alegría por la nueva estructura territorial entre los vencedores fue más que superada por la consternación, la cólera y el resentimiento latente entre los perdedores. En Italia la furia por lo de Fiume les vino de perillas a los nacionalistas furibundos. El poeta proto-fascista Gabriele D’Annunzio, que acuñó la expresión «victoria mutilada» para dar a entender que a Italia se le habían arrebatado fraudulentamente las justas ganancias obtenidas en la guerra, hizo suya la causa de Fiume y a mediados de septiembre de 1919 se puso al frente de una variopinta fuerza paramilitar y protagonizó una singular ocupación de la pequeña localidad del Adriático que duró quince meses. En el Tratado de Rapallo, firmado entre Italia y Yugoslavia en noviembre de 1920, Fiume acabó siendo declarada ciudad libre con lazos por vía terrestre con Italia. Pero Fiume siguió siendo una bandera para los fascistas, que iban haciéndose cada vez más fuertes en Italia, y acabaría siendo anexionada por Benito Mussolini en 1924.

Por difíciles que resultaran muchas de las cuestiones territoriales suscitadas por la guerra y para tratar las cuales se reunieron en París los Cuatro Grandes, su prioridad básica y primordial era Alemania. Todos se mostraron unánimes en considerar a Alemania la principal culpable de la gran conflagración. En su opinión, la invasión de Francia (por segunda vez en poco más de cuarenta años) y la violación de la neutralidad de Bélgica, acompañadas de las atrocidades cometidas contra la población civil, los obligaban a señalar con el dedo directamente a Alemania. Por lo tanto las cuestiones del castigo y las sanciones por los costes desorbitados de la guerra constituyeron la preocupación más urgente de los líderes aliados. Más trascendental todavía era asegurarse de que Alemania no volviera a estar en condiciones de sumir a Europa en una nueva guerra. El militarismo alemán y su fuerza industrial, si no eran reprimidos suficientemente, podían amenazar otra vez la paz de Europa. Por otra parte, la importancia económica de Alemania para el futuro de Europa era evidente. Además, aplastar a Alemania (cosa que habría resultado muy popular, sobre todo en Francia) habría abierto la puerta al bolchevismo para que se propagara por el corazón del continente.

Un problema para los Aliados era que muchos alemanes no reconocían que su país hubiera sido vencido militarmente. Alemania no había quedado destruida después de cuatro años de guerra. Las tropas aliadas no habían pisado suelo alemán en el momento del Armisticio, mientras que las fuerzas alemanas seguían ocupando gran parte de Bélgica y Luxemburgo. Los soldados alemanes fueron recibidos en su país con banderas triunfales, con vítores y flores. El ministro de la Guerra de Prusia declaró poco después del Armisticio que «nuestros héroes de uniforme gris vuelven a la *Heimat* sin haber sido vencidos». No era verdad. Pero ese sentimiento fue repetido una y otra vez por el Alto Mando del Ejército; y después, en diciembre de 1918, ni más ni menos que por el nuevo presidente del gobierno socialista, Friedrich Ebert. La leyenda, que no tardaría en poner en circulación la derecha contrarrevolucionaria, de que las tropas destacadas en el frente habían recibido una puñalada por la espalda como consecuencia de los disturbios laborales fomentados en el país por los socialistas revolucionarios germinaría en suelo fértil.

Cuando las condiciones de los Aliados fueron hechas públicas en mayo de 1919, la conmoción palpable en Alemania fue mucho mayor de lo que lo habría sido si su derrota militar hubiera sido evidente. Las condiciones eran muy severas, aunque no tan duras como las que los propios alemanes habían impuesto a los rusos en Brest-Litovsk en marzo de 1918, y demasiado indulgentes para el gusto de la opinión pública francesa, sedienta de unas medidas punitivas más draconianas. Alemania debía perder aproximadamente un 13 % del territorio que poseía en Europa antes de la guerra (incluidas algunas regiones ricas desde el punto de vista agrícola e industrial, especialmente en el este), lo que supondría la exclusión de alrededor de un 10 % de la población de 65 millones de habitantes que tenía antes de la contienda. En términos económicos, las pérdidas eran muy perniciosas, pero no irreparables. El verdadero daño sufrido era político y psicológico: el duro golpe infligido al orgullo y al prestigio nacional.

La sensación de humillación se vio reforzada por las condiciones presentadas por los Aliados para la desmilitarización. El otrora poderoso ejército alemán, que todavía en 1918 había sido capaz de poner en el campo de batalla a cerca de 4,5 millones de hombres, debía quedar reducido a sólo 100.000, quedando prohibido el reclutamiento para el servicio militar obligatorio. La armada (cuyos barcos y submarinos habían sido incautados o destruidos por los Aliados después del Armisticio) quedaba reducida a 15.000 hombres. En el futuro no se permitirían los submarinos. Y además se prohibía que Alemania poseyera una fuerza aérea militar.

La cólera suscitada en Alemania por los cambios territoriales fue enorme, y traspasó las fronteras políticas e ideológicas. El Tratado de Versalles fue denunciado y tildado de auténtico *Diktat* de los vencedores. «No me queda la menor duda de que el Tratado debe ser revisado», escribía el diplomático Bernhard von Bülow en 1920. «Debemos utilizar la monstruosidad del Tratado y la imposibilidad de cumplir muchas de sus estipulaciones para echar por tierra la Paz de Versalles en su totalidad.»

Habría habido desde luego algunos rehenes de la fortuna muy peligrosos si Alemania hubiera vuelto un día a ser fuerte. Dánzig (la actual Gdansk), por ejemplo, un puerto industrial casi íntegramente alemán,

entregado a Polonia, fue declarado «ciudad libre» de la Sociedad de Naciones, con acceso para los polacos a las instalaciones comerciales costeras que necesitaran. Otro disparate fue el arbitraje sobre el Sarre, región situada en la frontera con Francia y muy importante desde el punto de vista industrial por sus depósitos de carbón y de hierro, codiciada por Francia, pero de población principalmente alemana. Se concedió a los franceses la propiedad de las minas, pero la región propiamente quedó bajo administración de la Sociedad de Naciones por un período de quince años, transcurridos los cuales los habitantes del Sarre podrían decidir si querían pertenecer a Francia o a Alemania, o mantener el *statu quo*. Otro acuerdo incómodo fue el que se alcanzó sobre Renania. Los franceses, ansiosos por garantizarse una seguridad duradera, pretendían una ocupación permanente por parte de los Aliados de esta región poblada casi en su totalidad por alemanes y fijar la frontera occidental de Alemania en el Rin. Francia tendría que negociar la ocupación de Renania por un período de quince años. Los alemanes no estaban en condiciones de hacer nada por evitarlo... todavía; pero la profunda sensación de agravio no desapareció.

Otras dolorosas amputaciones del territorio alemán también fueron bien aprovechadas por los nacionalistas, que, pese a verse obligados a aguardar el momento propicio, mantuvieron vivas las esperanzas de una revisión posterior de las condiciones del Tratado de Versalles. En el oeste, los cambios fueron relativamente insignificantes. La pequeña zona fronteriza, predominantemente de lengua alemana, de Eupen-Malmédy, fue entregada a Bélgica. La parte septentrional de Schleswig, habitada mayoritariamente por hablantes de danés, fue a parar a Dinamarca. Pero en el este, las pérdidas territoriales fueron sentidas muy vivamente. Lo que pasó a llamarse el Corredor Polaco supuso para Alemania la pérdida de Prusia Occidental y Posnania, y su incorporación al nuevo estado de Polonia, pero de paso dejó aislada a Prusia Oriental del resto de Alemania. El resentimiento de los alemanes por las pérdidas territoriales se intensificó en 1922 cuando, tras un plebiscito sin resultado concluyente llevado a cabo en medio de una acalorada agitación nacionalista por ambos bandos, el cinturón industrial de la Alta Silesia, rico en carbón y otros minerales, fue asignado también a Polonia.

La cólera y el resentimiento más profundos quedaron reservados para el Artículo 231 del Tratado y sus implicaciones. El Artículo 231, llamado habitualmente después la «cláusula de culpabilidad de la guerra», consideraba que Alemania y sus aliados eran los responsables de la guerra. Proporcionaba la base legal para exigir responsabilidades a Alemania y por ende el pago de indemnizaciones por los daños de guerra, acaloradamente reclamadas por una opinión pública vociferante tanto en Francia como en Inglaterra. La determinación del coste de las indemnizaciones se confió a una Comisión de Aliados, que finalmente en 1921 lo fijó en 132.000 millones de marcos de oro. Pese a ser una cantidad de dinero enorme, habría podido ser devuelta con el tiempo sin provocar la paralización de la economía alemana. A la hora de la verdad, la mayor parte no llegaría a pagarse nunca. En realidad las indemnizaciones y reparaciones de guerra no eran un problema fundamentalmente económico. El verdadero daño que causaron fue político. Durante más de una década siguieron siendo un cáncer en la política alemana, una dolencia que remitía unas veces y se recrudecía otras para atacar la salud política del país provocando nuevas oleadas de agitación nacionalista. Para cuando finalmente fueran amortizadas las indemnizaciones y reparaciones de guerra en 1932, Alemania se encontraría de nuevo sumida en una crisis y se cerniría sobre ella una amenaza nacionalista más peligrosa que nunca.

Los Cuatro Grandes se habían enfrentado a unos problemas objetivos enormes al intentar reorganizar las fronteras de Europa. Se hallaban además sometidos a las presiones de la opinión pública de sus respectivos países. Fue inevitable tener que aceptar algunos compromisos. No obstante, lo que produjeron no fue tanto un marco para una paz duradera como la receta para un potencial desastre futuro. Los compromisos dejaron tras de sí una Europa muy parecida a un fragilísimo castillo de naipes. De momento el nuevo orden aguantaría, aunque sólo fuera por la razón negativa de que ninguna fuerza era lo suficientemente poderosa como para echarlo abajo. Pero Alemania era el problema que seguía en pie. Si en algún momento volvía a ser militarmente fuerte, el castillo de naipes se vendría abajo con suma facilidad. Los forjadores de la paz reunidos en París habían contenido la capacidad de Alemania de causar nuevos problemas, pero no la habían

eliminado. En vez de ser erradicados, el militarismo, el nacionalismo agresivo y las ambiciones de poder que habían decidido que habían sido la causa de la guerra, siguieron latentes. Ni la pérdida de territorios y de recursos económicos ni las indemnizaciones de guerra bastaban para inmovilizar a Alemania permanentemente. Pese a la drástica reducción de las dimensiones y de las capacidades del ejército y la armada, las autoridades militares habían quedado intactas. Los líderes militares alemanes, las elites económicas y políticas, y sectores muy significativos de la población rechazaban en su fuero interno los términos del Tratado y a los representantes de la nueva democracia en Alemania que lo habían firmado. De hecho rechazaban el nuevo orden de Europa en sí. Cuando las circunstancias cambiaran, intentarían modificarlo en beneficio de Alemania. De momento, Alemania estaba desamparada, pero era un gigante herido.

Democracia frágil

Oculto tras las deliberaciones de París había un principio muy loable: la intención de que la nueva Europa fuera un continente de democracias, de gobiernos que representaran no los intereses de unos príncipes y unos terratenientes a los que no había elegido nadie, sino la voluntad del pueblo expresada por partidos políticos plurales, elecciones libres y asambleas parlamentarias.

Durante los años de la posguerra la democracia parlamentaria representativa se convirtió en modelo de gobierno en casi todos los países menos en la Unión Soviética. Incluso en el Cáucaso —región asolada por una tremenda violencia inter-étnica—, Georgia, Armenia y Azerbaiyán abrigaban la esperanza de convertirse en repúblicas soberanas antes de ser conquistadas por el Ejército Rojo durante la guerra civil y subsiguientemente incorporadas a la Unión Soviética. Nueve nuevas democracias (Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Checoslovaquia, Yugoslavia, Polonia, Austria y Hungría) surgieron de las ruinas de los viejos imperios de los Habsburgo y de los zares. El Estado Libre de Irlanda se creó como república democrática en 1922, cuando la parte meridional —y también la mayor— de Irlanda consiguió la independencia efectiva de

Gran Bretaña (aunque hasta 1949 seguiría siendo formalmente un dominio de la corona británica). Turquía pasó a ser una república con una constitución parlamentaria al año siguiente al término de una guerra de independencia, de la expulsión de los ejércitos aliados de ocupación y de la abolición del sultanato otomano.

Los países europeos adoptaron la democracia en parte porque los líderes de los «Cuatro Grandes», esto es las potencias vencedoras, y sobre todo el presidente Wilson, insistieron en el gobierno democrático como base de la nueva Europa. Pero en mayor medida aún, la propia guerra había constituido un proceso democratizador, estimulando las presiones en pro de la introducción de un régimen democrático —expresadas principalmente por socialistas, nacionalistas y feministas— desde dentro de los sistemas monárquicos a punto de sucumbir. El pueblo había sido movilizado en cantidades ingentes para combatir en la guerra. Una vez acabada ésta, reclamaba cambios, mejoras, representación y nuevas esperanzas para el futuro. El resultado fue una gran ampliación de la base política de la sociedad. Se trataba de una tendencia imparable. La política de masas había llegado para quedarse. El derecho al voto se extendió casi en todas partes para incluir a la totalidad de los varones y en algunos países también a todas las mujeres, aunque ni siquiera entonces alcanzara a todas las mujeres en Gran Bretaña, y en Francia quedaran excluidas del sufragio todas las mujeres en absoluto (debido a que el Senado rechazó la moción que había obtenido un amplísimo respaldo en la Cámara de los Diputados). En consecuencia los partidos políticos tuvieron la posibilidad de movilizar a grandes cantidades de votantes. El electorado británico aumentó, por ejemplo, de los 8 a los 22 millones de votantes entre 1884 y 1918, y el alemán de los 14,5 a los poco menos de 36 millones entre 1912 y 1919. El mayor potencial de movilización de las masas creó también naturalmente el potencial de los movimientos políticos dispuestos a desafiar y socavar la propia democracia. Canalizar, orquestar y movilizar a la opinión pública se convirtió en aquellos momentos en una parte fundamental de la vida política. La prensa había ganado también un poder mayor. Hasta dónde

podía llegar la manipulación de las masas, y también hasta dónde podía llegar el fomento de la intolerancia y el autoritarismo, había aumentado enormemente su radio de acción.

Las políticas radicalizadas configuraron los primeros y turbulentos años de paz. En muchos países surgió una multiplicidad de partidos que se atraían el apoyo de sectores concretos de la población o de grupos de interés particulares. Sería raro encontrar una estabilidad del tipo de la que sustentaba el sistema político británico, en el que hacía ya bastante tiempo que venían disputándose el poder parlamentario los liberales (que no tardarían en ser sustituidos como fuerza principal por los laboristas) y los conservadores. El sistema electoral británico basado en «el primero pasa al segundo» (esto es, el escrutinio mayoritario uninominal), que da un solo ganador en cada circunscripción, desaconsejaba la aparición de partidos pequeños, fomentaba la disciplina de partido en el parlamento, y hacía de los gobiernos de coalición la excepción y no la norma (aunque de hecho había habido coaliciones entre 1915 y 1922). La representación proporcional, el sistema favorecido generalmente en la Europa continental, unida a la gran ampliación del derecho de sufragio, tendía, por el contrario, a dar lugar a unas divisiones parlamentarias irreconciliables y a gobiernos débiles. En la mayor parte de los países el espectro político mostraba distintos grados de apoyo a los partidos comunistas y socialistas, campesinos y nacionalistas, católicos y protestantes, o liberales y conservadores. La fragmentación y la inestabilidad gubernamental fueron las consecuencias habituales.

El socialismo hizo grandes avances entre la clase obrera de las zonas industriales, pero en casi todas partes estaba dividido, pues los sectores más combativos de los trabajadores, inspirados por los sucesos de Rusia, se dejaron atraer por el comunismo. En buena parte de la Europa central, del este y del sudeste, a cuyas poblaciones mayoritariamente campesinas les preocupaba sobre todo la «cuestión de la tierra» (que comportaba principalmente la redistribución de las tierras de los latifundios), tuvieron mucho predicamento los partidos agrarios populistas, aunque con un apoyo fluctuante e inestable. Esas formaciones a menudo se mezclaban con los partidos nacionalistas, que representaban a distintos grupos étnicos

significativos de los incipientes estados nación, y a menudo se convertían en un factor desestabilizador allí donde había minorías étnicas importantes o fronteras en disputa. La democracia tuvo que enfrentarse a grandes problemas especialmente en los nuevos estados, que intentaban construir una identidad nacional y establecer unos cimientos políticos firmes en unas circunstancias económicas habitualmente poco propicias. En la mayoría de los casos, durante aquellos primeros años de la posguerra la democracia logró, sin embargo, sobrevivir al reto. Pero fue siempre un sistema de gobierno discutido, rechazado por los poderosos grupos elitistas y por algunos sectores de la población bastante volátiles movilizados recientemente.

Sólo en los estados económicamente avanzados de la Europa occidental y septentrional que habían salido victoriosos de la guerra (Gran Bretaña y Francia) o que habían permanecido neutrales (los países escandinavos, Holanda, Bélgica y Suiza) la democracia pluralista constituía un sistema de gobierno bien asentado y aceptado mayoritariamente. En ellos los problemas suscitados durante la posguerra por las ondas de choque económicas y sociales fueron graves y causaron importantes divisiones, exacerbando los conflictos laborales y la combatividad de la clase trabajadora (a menudo inspirada por la revolución rusa). Pero las fuerzas antidemocráticas fueron relativamente pequeñas y pudieron ser contenidas. Aparte de Irlanda, hubo pocas presiones desestabilizadoras procedentes de minorías nacionales. Y a pesar de las turbulencias de Irlanda, que cesaron sólo con la creación del Estado Libre Irlandés en 1922, tras la idea de democracia parlamentaria había un consenso que dio lugar a un sistema político bipartidista estable. Con la excepción parcial de Francia, donde algunas minorías de izquierdas y de derechas rechazaron la democracia liberal de la Tercera República, la forma establecida de gobierno democrático gozó de un respaldo casi total. No hubo nunca crisis de legitimidad.

Los principales problemas estaban en otro sitio. Los sistemas parlamentarios de Grecia y Bulgaria, por ejemplo, databan del siglo XIX, aunque durante mucho tiempo no habían constituido más que una fachada tras la que se ocultaban la lucha de facciones y el clientelismo. Las fuerzas

populares fueron explotadas y manipuladas por las elites de poder tradicionales firmemente arraigadas y por las oligarquías. La violencia y la represión eran habituales. Los gobiernos griegos de posguerra, desestabilizados por el desastroso conflicto con los turcos en Asia Menor, tuvieron que arrostrar durísimos enfrentamientos entre facciones rivales de monárquicos y partidarios de la figura de Eleftherios Venizelos, el líder del partido liberal y durante largo tiempo figura clave de la política griega, que nunca hizo otra cosa más que dividir. Pero la fuerza dominante, que cada vez ejercería una influencia mayor y más decisiva sobre el poder del estado, eran los mandos militares. El golpe de Estado organizado por unos oficiales del ejército de tendencias antimonárquicas obligó al rey Constantino I a abdicar en 1922 tras la derrota a manos de los turcos. Fue sucedido por su hijo, Jorge II, que a su vez se vio obligado a dejar el trono y a abandonar el país dos años más tarde, esta vez a raíz del golpe de Estado frustrado de un grupo de oficiales monárquicos, en el que participó el futuro dictador Ioannis Metaxás. En marzo de 1924 la monarquía fue abolida y se instauró la República de Grecia. Se calmaron entonces las enconadas disensiones de la política interior, aunque no desaparecieron.

En Bulgaria, agotada y económicamente arruinada por la guerra, la Unión Agraria, que representaba a los labradores minifundistas (beneficiados en gran medida de una importante redistribución de la tierra), constituía el principal partido, seguido a cierta distancia por el partido comunista (fundado en 1919) y los socialistas. El gobierno presidido por Alejandro Stamboliiski, primer ministro y líder de la Unión Agraria, era, sin embargo, represivo y corrupto. Stamboliiski se ganó enemigos muy poderosos, siendo los más peligrosos entre ellos los oficiales del ejército. En 1923 se mostraron dispuestos a actuar para poner fin al experimento democrático. Stamboliiski fue destituido y el ejército tomó el poder.

La lucha de facciones y la violencia, movidas ambas por los conflictos de clases y las lealtades tribales tradicionales, fueron los principales ingredientes visibles de la mera apariencia de democracia establecida en el nuevo estado de Albania (creado en 1913). El país surgió del reparto y la ocupación que llevaron a cabo durante la guerra sus vecinos —Grecia, Italia, Serbia y Montenegro— para inaugurar un breve, pero turbulento,

período de gran inestabilidad. Surgieron diversos partidos políticos, divididos por cuestiones relacionadas con la reforma agraria y la redacción de una constitución. Pero se impusieron los intereses de los terratenientes y de los líderes de los clanes. Se formaron facciones en torno a dos figuras principales, Fan Noli, licenciado por la Universidad de Harvard y obispo de la Iglesia ortodoxa albanesa, y Ahmed Bey Zogu, vástago de una de las familias musulmanas más poderosas. Estos dos hombres y sus secuaces hicieron habitualmente uso de la tortura, el asesinato, el soborno y la corrupción. En un sistema político más cercano al neo-feudalismo que a una auténtica democracia parlamentaria, en el curso de una rebelión armada iniciada en junio de 1924 Noli desalojó a Zogu, que logró escapar del país. Seis meses después regresaría Zogu, apoyado por el ejército que había reclutado y en el que había numerosos extranjeros, derrocó al gobierno y obligó a Noli y a sus secuaces a huir. En enero de 1925 los miembros del parlamento que aún quedaban eligieron presidente a Zogu con poderes extraordinarios por un período de siete años.

En Rumanía, donde desde 1881 venía existiendo un sistema pluralista bajo una monarquía constitucional, si bien el estado había cambiado mucho debido a la gran ampliación de su territorio (que dobló sus dimensiones) al término de la guerra, los poderes del parlamento siguieron siendo muy débiles, mientras que los de la clase dirigente —la aristocracia, los militares, la jerarquía de la Iglesia ortodoxa y los estratos superiores de la burguesía— eran bastante fuertes. La reforma agraria (que fue la respuesta dada a la amenaza del bolchevismo), la incorporación de minorías étnicas, la movilidad social y el incremento del proletariado urbano dieron lugar a conflictos que fueron solapándose y a una crisis interna continua.

En todos estos países, las dificultades de la posguerra en unas economías agrarias enormemente subdesarrolladas, las disputas fronterizas y las demandas territoriales, así como las cuestiones de nacionalidad, trajeron consigo graves tensiones políticas. Los sectores de la población que acababan de obtener el derecho de sufragio, especialmente un campesinado políticamente confuso, ofrecían un campo abonado para la movilización y la manipulación demagógica. El acecho del autoritarismo nunca permaneció lejos de la superficie.

Las dificultades eran igualmente graves en España, donde, pese a la neutralidad mantenida durante la guerra, la economía se vio drásticamente perjudicada por el conflicto. Sacudida por oleadas de huelgas dirigidas contra la propia autoridad del estado, España parecía un país el borde de la revolución. De haber sido una potencia beligerante, quizá la misma guerra la habría arrojado a la revolución. De hecho, la monarquía constitucional, fundada en 1876, que durante mucho tiempo se había basado en la oligarquía de las elites liberales y conservadoras, se aferró a un sistema parlamentario escandalosamente poco representativo. El movimiento socialista en rápido aumento había doblado con creces el número de sus militantes desde el término de la guerra, pero la discriminación electoral lo dejó con un simple puñado de escaños. No obstante, el control de las elites dominantes iba disminuyendo cada vez más, y su base política liberal-conservadora estaba fragmentándose. Y los treinta y cuatro gobiernos que se sucedieron entre 1902 y 1923 contribuyeron a generalizar el desprecio por aquel sistema parlamentario débil e ineficaz. La clase dirigente veía que el estado era demasiado débil para defender sus intereses; sin embargo, los adversarios del estado, principalmente dentro de la clase trabajadora, eran demasiado débiles para derrocar el sistema. El resultado fue un callejón sin salida.

Se oyeron en España numerosas voces que censurando «la debilidad del liberalismo» reclamaban una «dictadura civil» que atajara la «anarquía bolchevique». Las demandas de un gobierno fuerte y del restablecimiento del orden, unidas al miedo a la revolución, forjaron una coalición de intereses que en septiembre de 1923 se mostraría dispuesta a apoyar un golpe de Estado y la toma del poder por parte del general Miguel Primo de Rivera. Respaldado por el ejército, la Iglesia católica, las elites terratenientes, la gran empresa y la clase media, la única oposición que encontró el golpe fue un débil intento de huelga general por parte de una clase trabajadora desmoralizada y dividida. Se introdujeron la ley marcial, la censura de la prensa, un partido único de unidad nacional y una estructura corporativa de relaciones laborales; la organización anarcosindicalista de los trabajadores fue declarada fuera de la ley (para satisfacción de sus rivales socialistas), y algunas figuras destacadas de la

oposición fueron encarceladas. Pero la dictadura de Primo de Rivera fue relativamente blanda y, por medio de un programa de obras públicas, llegó incluso a fomentar brevemente cierta sensación de incremento de la prosperidad en España. Sobre todo, Primo de Rivera logró restaurar temporalmente el orden. Para la mayor parte de los españoles eso era lo que importaba. Pocos derramaron una sola lágrima por la que sólo había sido una democracia aparente. La mayor parte de la gente se mostró indiferente. De momento, había triunfado la contrarrevolución.

En los estados sucesores de los imperios desaparecidos, la democracia parlamentaria era una flor muy frágil, plantada en un terreno menos que fértil. Desde el primer momento tuvo que hacer frente a los desafíos de poderosos grupos sociales y fuerzas populistas (habitualmente de corte nacionalista). Pero sobrevivió a las crisis de posguerra, aunque sólo Finlandia y Checoslovaquia supusieron éxitos duraderos.

La independencia de Finlandia había sido establecida en 1918 al cabo de sólo cinco meses de enconada guerra civil entre rojos y blancos (que dejó tras de sí 36.000 muertos), y en la constitución de 1919 quedó consagrada una democracia parlamentaria. Pese a la inestabilidad gubernamental (que reflejaba las divisiones ideológicas entre conservadores, socialdemócratas, seguidores del partido agrario y nacionalistas suecos), la determinación por preservar la independencia frente a la amenaza de la vecina Unión Soviética sustentó la legitimidad del nuevo estado. El presidente finlandés (Kaarlo Juho Ståhlberg durante los primeros años de la independencia), un jefe de estado con amplios poderes ejecutivos, desempeñó también un papel importante debido al respaldo que dio al sistema parlamentario todavía sin consolidar.

Lo mismo cabría decir, con más razón incluso, de Checoslovaquia durante los años de la inmediata posguerra. El presidente (y de hecho fundador del estado) Tomáš Garrigue Masaryk era un demócrata convencido, que contó con la ayuda de un ejército leal, una burocracia eficiente heredada del Imperio de los Habsburgo y una economía con una buena base industrial que empezaba a salir de la recesión de posguerra. Masaryk fue decisivo para mantener unido un sistema que los intereses de clase y de nacionalidad de más de veinte partidos políticos amenazaban con

socavar. En diciembre de 1918 y durante los primeros días de 1919 el presidente utilizó tropas checas para sofocar los movimientos que pretendían establecer una república independiente en Eslovaquia. Solicitó ayuda a los Aliados y proclamó el estado de emergencia al tiempo que desplegaba nuevas unidades del ejército, al mando de oficiales franceses, para repeler en mayo y junio de 1919 una invasión de fuerzas pro-bolcheviques procedentes de Hungría llegadas con la intención de recuperar Eslovaquia. Y ese mismo verano se mostró partidario de nombrar un gabinete de dignatarios independientes, libres de lealtades de partido que no hacían más que provocar la división, para hacer frente a una oleada de graves disturbios. El gobierno utilizó luego la ley marcial para neutralizar la ola de huelgas de noviembre y diciembre de 1920, instigadas por la facción pro-soviética del partido socialista.

Aquél fue un importantísimo punto de inflexión. En adelante el sistema parlamentario checo se mantendría cohesionado, al principio de manera un tanto vacilante, pero cada vez con mayor autoridad. La izquierda revolucionaria quedó aislada, pues la inmensa mayoría de la población deseaba paz y orden. Se alcanzó un equilibrio generalizado entre los intereses agrarios y los del proletariado industrial, que en el territorio checo fue mayor que en cualquiera de los demás estados sucesores de los imperios desaparecidos, pero que daba su apoyo principalmente a la democracia parlamentaria y no al comunismo. La integración política de los eslovacos y también de la cuantiosa minoría alemana (que de momento se tragó su resentimiento por las diversas formas de discriminación que hubo de aguantar) mantuvo a raya las tendencias separatistas. Poco a poco la democracia se estabilizó, aunque las tensiones implícitas, lejos de ser erradicadas, permanecieron bajo control.

En los países bálticos de Estonia, Letonia y Lituania la importancia de la independencia recién conseguida y la hostilidad generalizada hacia el bolchevismo del vecino estado soviético contribuyeron de momento a preservar el respaldo a la democracia parlamentaria, a pesar de los gobiernos inestables que, fundamentalmente, se dedicaron a apoyar los intereses de los grandes lobbies agrarios al tiempo que reducían el campo de acción de los pequeños partidos comunistas. Sin embargo, la democracia

seguía siendo débil y el gobierno dependía de la tolerancia (que no sería demasiado duradera) de las autoridades militares y de las organizaciones paramilitares nacionalistas.

En Yugoslavia el sistema parlamentario (bajo la monarquía serbia) establecido en la constitución de 1921 fue un arreglo poco prometedor. Supuso una victoria por la mínima del centralismo sobre el federalismo, pero las tendencias separatistas siguieron desafiando los esfuerzos del gobierno por propagar el concepto de identidad yugoslava en un país en el que había unas veinte minorías étnicas e importantes divisiones de los tres grupos principales de serbios, croatas y eslovenos. El nuevo estado tendría que combatir a poderosas fuerzas paramilitares pro-búlgaras en Macedonia, y a rebeldes albaneses armados en Kosovo. Se vería amenazado principalmente por el resentimiento de los croatas por la dominación serbia. No fue posible crear ninguna identidad unificadora, pero, aunque con dificultad, se logró mantener a raya las tendencias separatistas croatas. Los eslovenos vieron que la mejor forma de proteger su lengua y su cultura era el estado yugoslavo, las otras minorías nacionales eran débiles y estaban divididas, y las ambiciones expansionistas de Italia estimularon el sentimiento pro-yugoslavo a lo largo de toda la costa del Adriático.

Por intensas que fueran las divisiones étnicas del país, eminentemente agrícola, en Yugoslavia no cabía ni siquiera hablar de proletariado industrial y el partido comunista, prohibido y perseguido desde 1921, sería en adelante casi insignificante. Los intereses de las múltiples facciones corruptas, que a menudo se aprovecharon de los repartos de tierras, tenían más que ganar apoyando al nuevo estado que intentando socavarlo. Entre otras cosas, la propia debilidad estructural de un sistema parlamentario en el que la representación proporcional daba cabida a cuarenta y cinco partidos, que defendían principalmente intereses particulares étnicos y regionales, y que dieron lugar a la formación de veinticuatro gobiernos en ocho años, vino a reforzar en la práctica el dominio de la corte real y su clientela corrupta, del ejército (con las organizaciones paramilitares de apoyo) y de los cuerpos de seguridad del estado. De momento, lo que no era más que una apariencia de democracia pudo seguir existiendo.

A diferencia de lo que sucedía con el débil sentido de identidad yugoslava prefabricada, la conciencia nacional polaca se había fortalecido a lo largo del siglo XIX. El renacimiento de Polonia como estado en 1918 tras 128 años de partición entre Rusia, Prusia y Austria, y luego la guerra contra la Unión Soviética —uno de los seis conflictos fronterizos en los que el nuevo estado tuvo que enzarzarse entre 1918 y 1921— proporcionaron un sentido inicial de unidad nacional. Ese sentimiento quedó encarnado en el mariscal Józef Piłsudski, considerado mayoritariamente el salvador de Polonia, y en un nacionalismo intensificado por la antipatía que sentía la mayoría polaca hacia las grandes poblaciones de minorías étnicas existentes en el país. Pero la unidad dio paso rápidamente a profundas y enconadas divisiones en un país pobre sacudido por la guerra y los ruinosos efectos de la hiperinflación.

Las divisiones venían determinadas en gran medida por causas étnicas. Casi un tercio de la población de Polonia (y en algunas zonas una mayoría) estaba formado por minorías étnicas: 14 % de ucranianos, 9 % de judíos, 3 % de bielorrusos, y poco más de un 2 % de alemanes, entre otras. Sus objetivos nacionalistas estaban condenados a chocar y provocaron tensiones con el intenso nacionalismo de la mayoría polaca. Las divisiones de clase contribuirían, si acaso, a agravar todavía más la polarización política. La reforma agraria, en un país en el que había una numerosísima población campesina, constituía una prioridad para una agrupación de partidos de la izquierda no comunista, y finalmente en 1925 se dieron algunos pasos hacia una redistribución significativa de las tierras (aunque con compensaciones para los grandes terratenientes). Pero la reforma agraria contó con la férrea oposición de un bloque de partidos de derechas, deseosos de defender los privilegios de las clases acaudaladas.

La constitución democrática introducida en Polonia en 1921 se basaba especialmente en el modelo de la Tercera República Francesa y, como su prototipo, dio lugar a un gobierno débil y a un parlamento bicameral con una cámara baja (o Sejm) muy fragmentada y difícil de manejar. Había una profusión de partidos —campesinos, obreros y representantes de las nacionalidades minoritarias— que maniobraban para conseguir la mayor influencia posible. Los principales grupos eran el Bloque de Minorías

Nacionales (en el que los intereses de las distintas nacionalidades a menudo resultaban incompatibles unos con otros), la agrupación conservadora de los Demócratas Nacionales (que defendían los intereses de los terratenientes, la industria y una clase media que buscaba protección frente a la influencia «extranjera», especialmente la de los judíos), el Partido Campesino (que sobre todo pretendía la redistribución de las tierras de los grandes latifundios), y los socialistas (ansiosos por preservar las importantes ganancias —incluida la introducción de la jornada laboral de ocho horas— que habían conseguido en las condiciones cuasi-revolucionarias del final de la guerra). Los frecuentes cambios de gobierno no trajeron consigo ni estabilidad ni una dirección política clara. El gobierno democrático, a ojos de buena parte de la población, resultaba cada vez más incompetente, incapaz de resolver los tremendos problemas del país por medio de un parlamento de políticos enfrentados unos con otros que ponían los intereses de partido por encima de los del país.

Esos problemas se agravaron cuando fueron introducidas drásticas medidas de austeridad para detener la inflación (que en noviembre de 1923 llegó a situar el cambio del dólar en los 1,65 millones de marcos polacos) y de nuevo en 1925 cuando la moneda recién introducida, el złoty, se vio sometida a una gran presión y provocó la caída del gobierno. La democracia había sobrevivido con dificultad a los traumáticos años de la posguerra. Pero nunca conoció la estabilidad ni se convirtió en un sistema de gobierno aceptado por todos. En algunos momentos dio la impresión de que Polonia se acercaba al borde de la guerra civil o del golpe de Estado militar. El desengaño suscitado por la democracia era generalizado. Se hablaba de la necesidad de una «mano férrea que nos saque de este abismo». En 1926 el propio héroe nacional, Piłsudski, declaró su disposición a luchar contra lo que a su juicio era la dominación de Polonia por unos partidos políticos que sólo buscaban los beneficios materiales inherentes a los altos cargos y el enriquecimiento personal. Fue el preludio del golpe de Estado que encabezó en mayo de 1926 y el comienzo de un régimen autoritario en Polonia.

La mayoría de los austríacos, que ahora vivían no ya en un gigantesco imperio, sino en un pequeño estado nación de lengua alemana, cifraron al principio sus esperanzas en la unión con Alemania, pero los Aliados no

tardaron en frustrárselas. Enseguida dejaría de existir una base sólida para la unión política. Se abrieron profundas fisuras que crearon una triple división entre los socialistas y las dos principales fuerzas políticas antisocialistas, los socialcristianos (el partido más numeroso, afín a la clase dirigente católica, cada vez más vehemente en su nacionalismo austríaco) y los nacionalistas alemanes, mucho menos numerosos pero muy ruidosos (que propugnaban la unión con Alemania). Las grandes milicias armadas, en su mayoría formadas por campesinos y creadas para defender las vulnerables y disputadas fronteras de Austria, particularmente contra las incursiones yugoslavas en el sur desde Eslovenia, no sólo eran nacionalistas, profundamente católicas e intensamente antisemitas, sino que además se oponían con vehemencia a lo que consideraban el régimen socialista emanado de la «Viena roja».

Incluso en Viena, el socialismo era mal visto por gran parte de la clase media, la burocracia estatal (con los fuertes lazos que seguían uniéndola al viejo imperio) y la jerarquía de la Iglesia católica. Y fuera de la capital, el socialismo tenía muchos problemas. La nueva república alpina era en su mayor parte un país rural, conservador, patrióticamente austríaco, ardientemente católico y fervientemente antisocialista. Tras una fase inicial revolucionaria, estas tres fuerzas, intrínsecamente autoritarias, se intensificarían. A partir de 1920, los socialistas, la principal fuerza motriz que se ocultaba tras el establecimiento de la democracia, dejarían de desempeñar algún papel en el gobierno de Austria. La democracia, asociada sobre todo con los socialistas, sería obligada cada vez más a ponerse a la defensiva.

El único país fuera de la Unión Soviética donde fue posible establecer una república soviética, aunque de duración muy breve, fue Hungría. (El gobierno de corte soviético que asumió el poder en Baviera en abril de 1919 no logró salir de la base temporal que llegó a implantar en Múnich antes de ser aplastado por el ejército y los paramilitares de derechas.) En Hungría el débil gobierno de coalición de dos pequeños partidos liberales y los socialdemócratas (que se basaban en el apoyo sólo de parte de una clase trabajadora relativamente pequeña) no fue capaz de imponer las reformas sociales necesarias ni de abordar el problema acuciante de la redistribución

de la tierra en un país en el que la nobleza magiar conservaba unos privilegios enormes y explotaba vastísimos latifundios por medio de un campesinado casi servil. Las grandes manifestaciones organizadas en las ciudades reclamaban un cambio radical. La propaganda comunista llegó a los oídos de una población dispuesta a escucharla. Los socialdemócratas moderados perdieron influencia. Los consejos de obreros y de soldados desafiaban cada vez más el poder del gobierno. Los trabajadores agrícolas se incautaron de algunas fincas pertenecientes anteriormente a la monarquía. La gota que colmó el vaso fue la exigencia planteada por los Aliados de que las tropas húngaras que hacían frente a los rumanos emprendieran la retirada, con la pérdida segura de territorio que ello suponía. La negativa del gobierno a aceptar el ultimátum el 21 de marzo de 1919 dio lugar al establecimiento de un gobierno encabezado por los comunistas, que proclamaron una república soviética y la «dictadura del proletariado» en Hungría.

Los cuatro meses que duró este régimen fueron una catástrofe. La intervención precipitada y draconiana del estado con el fin de nacionalizar la economía y confiscar los depósitos bancarios fue acompañada de exigencias forzosas de comida, de la persecución de la Iglesia y, en medio de una escalada del terror patrocinada por el estado, la detención arbitraria de centenares de terratenientes. Algunos fueron liberados tras el pago de cuantiosos rescates, mientras que otros fueron fusilados. Varios centenares de húngaros cayeron víctimas del «Terror Rojo». Mientras el país se precipitaba hacia la anarquía, Hungría tuvo que hacer frente al ataque de fuerzas rumanas, checoslovacas y yugoslavas. En agosto de 1919 el régimen se hallaba sumido en una situación desesperada. Se había malquistado con la clase media, el campesinado e incluso el grueso de la clase obrera. El hecho de que el principal dirigente del régimen, Béla Kun, y la mayoría de los comisarios comunistas que estuvieron detrás del «Terror Rojo» fueran judíos estimuló el antisemitismo. Sólo la ayuda de la Rusia soviética habría podido salvar al régimen comunista húngaro y aun así, sólo quizá temporalmente. Pero la Rusia soviética, obligada a luchar por su supervivencia en la guerra civil, no podía ofrecer ayuda militar. La

incapacidad de exportar el comunismo a Hungría fue el indicio más claro de que las ideas de revolución mundial emanadas del ejemplo ruso tendrían que ser abandonadas.

El desafortunado gobierno de Béla Kun dimitió el 1 de agosto de 1919, justo antes de que las tropas rumanas, que en aquellos momentos ocupaban la mayor parte de Hungría, entraran en Budapest y la saquearan. Kun terminaría por huir a Rusia, donde acabaría su vida convertido en una víctima más del estalinismo. Al cabo de unos meses, el ala derecha de los nacionalistas conservadores había vuelto a hacerse con el control de Hungría. La reforma agraria fue frenada; los terratenientes podrían seguir aferrados a sus posesiones y a su poder. Los militares, la burocracia, los líderes empresariales y los sectores más acomodados del campesinado, todos ellos horrorizados por el régimen de Kun, acogieron con los brazos abiertos lo que consideraron la restauración del orden a través del autoritarismo conservador. Por consiguiente, a partir de 1920 el héroe de la guerra, el almirante Miklós Horthy, pudo presidir como jefe del estado una serie de gobiernos autoritarios que se prolongarían a lo largo de casi todo el cuarto de siglo siguiente. La respuesta inmediata al «Terror Rojo» del régimen de Kun fue el desencadenamiento de un «Terror Blanco» mucho más generalizado (que, según ciertos cálculos, se cobró la vida de 5.000 individuos y el encarcelamiento de varios millares más), en el que los destacamentos de oficiales derechistas del Ejército Nacional llevarían a cabo una multitud de atrocidades dirigidas principalmente contra comunistas, socialistas y judíos.

Hungría, como España, fue una excepción a la tendencia seguida durante los primeros años de posguerra. Generalmente la democracia logró sobrevivir, aunque a veces por los pelos, a los terribles vaivenes de este período tan turbulento. Ello se debió en parte a que en toda Europa contó con un respaldo idealista y entusiasta procedente sobre todo de la izquierda socialista y liberal que durante mucho tiempo había intentado apasionadamente liberarse de los grilletes del régimen autoritario y elitista tradicional y que aspiraba a una sociedad más justa y más próspera en un futuro democrático. Sin embargo, todo se debió principalmente a que el viejo orden había sufrido una derrota demoledora al término de la guerra.

Sus partidarios eran demasiado débiles como para desafiar el establecimiento de la democracia o derrocar un nuevo sistema de gobierno de ese estilo, capaz de contar con un respaldo popular amplio, aunque inestable, surgido de la combinación de intereses sociales y políticos. La debilidad de las elites, unida a su enorme miedo al bolchevismo, supuso que se mostraran dispuestas a tolerar, ya que no a apoyar calurosamente, una democracia pluralista que a menudo pudieron manipular para su conveniencia. Lo consiguieron por lo general aferrándose al nacionalismo populista, que podía ser exacerbado fácilmente por las acaloradas disputas en torno a los territorios fronterizos. Pero los partidos y movimientos nacionalistas estaban también en su mayoría divididos. La falta de unidad de la derecha nacionalista y elitista supuso que durante los primeros años de la posguerra raramente fuera posible organizar un desafío coherente a la democracia.

La debilidad reinante entre las antiguas clases dirigentes se vio reflejada hasta cierto punto en la debilidad y las escisiones de la izquierda. Los partidarios revolucionarios del bolchevismo fueron casi en todas partes menos en Rusia una minoría entre los socialistas, que mayoritariamente respaldaron la democracia parlamentaria. A menudo, por tanto, lo que se materializó fue una supervivencia incómoda en la que ni la derecha contrarrevolucionaria ni la izquierda revolucionaria eran lo bastante fuertes como para derrocar la democracia recién creada.

La gran excepción a este modelo de supervivencia democrática, aparte de la toma del poder por parte de Primo de Rivera a través de un golpe de Estado en España, fue Italia, el primer país —y el único durante toda la crisis de posguerra— en el que la democracia liberal se vino abajo para ser sustituida por el fascismo.

El fascismo victorioso

En Italia había existido un sistema de gobierno parlamentario pluralista desde su unificación en 1861. Llamarlo democrático, sin embargo, habría supuesto ampliar demasiado el significado del término. Basada en un electorado extremadamente limitado, la política italiana estuvo dominada

por la lucha entre facciones y por la corrupción, en manos de una pequeña oligarquía de notables de tendencias liberales. La reforma del derecho de sufragio de 1912 triplicó casi el volumen del electorado, que pasó de menos de 3 a casi 8,5 millones de votantes (en su mayoría todavía analfabetos). Pero fue acompañada de un cambio muy poco significativo del sistema de gobierno. Luego vino la traumática guerra, en la que tras no pocas vacilaciones y negociaciones secretas, entró Italia finalmente en 1915 al lado de los Aliados, y con ella más divisiones. Inmediatamente después de la guerra, en diciembre de 1918, todos los varones adultos de Italia consiguieron el derecho a voto —como recompensa a la actuación de los soldados— y al año siguiente una nueva ley electoral introdujo la representación proporcional. Lo que se esperaba era reforzar de ese modo el apoyo al gobierno. Pero a la reforma le salió en gran medida el tiro por la culata.

En medio de las turbulencias de la posguerra, la población que acababa de recibir el derecho al voto dio la espalda a la vieja política liberal y se decantó mayoritariamente por el recién fundado Partido Popular Italiano, que representaba los intereses del catolicismo, y por el partido socialista, cuyo objetivo, según sus propias declaraciones, era «la conquista violenta del poder político en nombre de los trabajadores» y el establecimiento de una «dictadura del proletariado». Los socialistas declararon su adhesión a la Internacional Comunista (la Comintern), que había fundado Lenin en Moscú en marzo de 1919. En las elecciones de noviembre de ese mismo año triplicaron el número de sus escaños en la Cámara de los Diputados, mientras que los populares casi cuadruplicaron los suyos. Donde mayor apoyo obtuvo la minoría dirigente liberal fue en la Italia meridional, fundamentalmente agrícola, donde seguía prevaleciendo la política clientelista. Pero ahora los liberales y sus partidarios estaban en minoría en el parlamento. La política de partidos se fragmentó. La inestabilidad —entre 1919 y 1922 hubo seis cambios de gobierno— y una parálisis cada vez mayor se adueñaron del gobierno. Daba la impresión de que Italia estaba al borde de una revolución roja.

Durante todo el año 1919 y 1920, período que pasó a denominarse *biennio rosso* (el «bienio rojo»), Italia sufrió un conflicto social y político enorme. En las ciudades industriales hubo numerosas huelgas (más de 1.500 cada año), ocupaciones de fábricas, manifestaciones de obreros y saqueos de tiendas a manos de la multitud irritada por el aumento de los precios. En algunas partes de la Italia rural, los campesinos recién desmovilizados ocuparon las tierras de los grandes latifundios y más de un millón de trabajadores agrícolas se sumaron a las huelgas. A medida que los desórdenes aumentaban de forma alarmante, que el gobierno se mostraba a todas luces incapaz de restablecer el orden, que se intensificaban el miedo a la revolución y la angustia de las clases acaudaladas ante el socialismo, y que la fragmentación de la política de partidos demostraba no ofrecer salida alguna del cenagal en que se hallaba empantanada, fue abriéndose el espacio político a una nueva fuerza. Y quien rellenaría ese espacio serían los fascistas.

En medio del caos político surgieron en las ciudades y pueblos de la Italia septentrional y central diversos movimientos paramilitares de pequeña entidad que simplemente se llamaban a sí mismos *Fasci* —esto es «grupos» (fasces o, literalmente, «haces», nombre derivado del término usado en latín para designar el conjunto de varas que simbolizaba el orden en la antigua Roma)—, y que atrajeron principalmente a excombatientes de clase media baja (sobre todo oficiales del ejército desmovilizados) y a numerosos estudiantes. No existía ninguna organización central. Pero lo que tenían en común todos esos movimientos diversos era la relativa juventud de sus miembros, su ultranacionalismo militante, su glorificación de la guerra, su violencia y su rechazo visceral a la política parlamentaria que ellos consideraban desacreditada, creadora de divisiones, débil y corrupta, propia de la minoría dirigente liberal. El heroico esfuerzo bélico de Italia, en su opinión, había sido socavado por la clase política. Italia nunca podría ser grande bajo el liderazgo de los viejos próceres. Había que quitarlos de en medio. Lo que los militantes fascistas ofrecían era una acción radical para renovar Italia. Se trataba de algo implícitamente revolucionario en la

medida en que dicha acción iba encaminada a cambiar de manera violenta y fundamental el estado existente hasta ese momento. Quedaba abierta la cuestión de qué era exactamente lo que lo iba a sustituir.

Entre la miríada de *Fasci* hubo uno fundado en marzo de 1919 por Benito Mussolini, antiguo editor del periódico oficial del PSI, que había roto con la izquierda socialista por defender ardientemente en 1915 la intervención en la conflagración. Veía la guerra, en la que había combatido y había resultado herido, como un período heroico de su propio pasado y del pasado de Italia. El programa presentado en la fundación de sus *Fasci di Combattimento* en 1919 no se diferenciaba mucho del de los demás *Fasci*, y su tono era claramente revolucionario. Muchas de sus propuestas habrían podido ser planteadas por la izquierda: sufragio universal, supresión de todos los títulos nobiliarios, libertad de opinión, sistema educativo abierto a todos, medidas para mejorar la sanidad pública, supresión de la especulación financiera, introducción de la jornada laboral de ocho horas, organización de los trabajadores en cooperativas y reparto de los beneficios, abolición de la policía política, del senado y de la monarquía, y fundación de una nueva república italiana basada en una administración regional autónoma y en un poder ejecutivo descentralizado. El objetivo era «una transformación radical de los fundamentos políticos y económicos de la vida colectiva».

Sin embargo, Mussolini renegaría posteriormente de aquellos que parecían unos objetivos sociales y políticos claros, afirmando que habían sido no ya la expresión de una doctrina, sino meras aspiraciones que serían refinadas con el tiempo. El fascismo, aseguraba, «no se nutrió de una doctrina elaborada de antemano, teóricamente; nació de una necesidad de acción, y fue acción, desde el principio fue algo práctico, no teórico». Se trata de una racionalización, casi veinte años después de sus inicios, del cambio fundamental que su propio movimiento experimentó en apenas dos años. Para Mussolini, oportunista por antonomasia, el programa proclamado en Milán estaba ahí para ser pasado por alto, ignorado o adaptado según lo determinaran las necesidades políticas. El «socialismo» de su movimiento estuvo siempre subordinado al objetivo del renacimiento nacional, una idea vaga, pero muy poderosa, capaz de unir, al menos superficialmente, una

serie de intereses bastante heterogéneos. Los principios no significaban nada para él, el poder lo era todo. De modo que su movimiento pasó de la revolución a la contrarrevolución. El primitivo respaldo a las huelgas de los obreros dio paso en el otoño de 1920 al despliegue de las escuadras paramilitares fascistas con el fin de romper las huelgas en beneficio de los terratenientes y de los industriales. La violencia de las escuadras se incrementó notoriamente durante los meses sucesivos. Mussolini se había dado cuenta de que no podía derrotar al socialismo y al comunismo intentando competir con ellos por la misma base de apoyo. Para obtener el poder necesitaba el respaldo de los que tenían dinero e influencias. Tenía que ganarse a los dirigentes conservadores y a la clase media, no sólo a los excombatientes desafectos y a los matones violentos.

El hecho de que Mussolini, que al principio era sólo uno más entre los numerosos líderes fascistas y jerarcas regionales, pasara a dominar el primitivo movimiento fascista se debió menos a su personalidad enérgica y dinámica —todos los cabecillas fascistas tenían que ser de algún modo personalidades enérgicas— que a su utilización de la prensa y a las conexiones que había logrado establecer con los industriales para mantener su periódico, *Il Popolo d'Italia*. Su tipo de radicalismo —el hincapié en la unidad nacional, la autoridad y el orden, la predisposición a imponer el orden por medio de la violencia contra cualquiera que se interpusiera en su camino (la izquierda socialista, los revolucionarios, los huelguistas)— no sólo era compatible con los intereses de la clase dirigente conservadora, sino que estaba directamente a su servicio. Con el quebrantamiento del orden y la incapacidad de restablecerlo demostrada por el estado liberal, los fascistas se convirtieron en un vehículo cada vez más útil para las elites políticas y económicas de Italia.

A mediados de 1921 el gobierno no dudó en proporcionar a los fascistas dinero y armas para combatir el creciente desorden. Se avisó a la policía para que no interviniera. Durante las elecciones del mes de mayo, el primer ministro liberal, Giovanni Giolitti, incorporó a los fascistas, junto a nacionalistas, liberales y agraristas, en un «bloque nacional» con la esperanza de domarlos y debilitar la oposición del partido socialista y del partido popular italiano. El bloque nacional ganó la mayoría de los votos en

todas partes (aunque los fascistas propiamente dichos obtuvieron sólo 35 del total de 535 escaños). Pero los socialistas y los populares no salieron suficientemente debilitados. La inestabilidad gubernamental crónica continuó. Y el sistema estatal vigente obtuvo sólo un apoyo minoritario en el parlamento. Los fascistas, aunque electoralmente seguían siendo un grupo pequeño, eran una fuerza en ascenso. De los 870 miembros que tenía el movimiento a finales de 1919, habían pasado ahora a 200.000.

El avance definitivo no se produjo en la zona del sur, eminentemente agrícola y atrasada desde el punto de vista económico, ni en las ciudades del norte como Milán, donde había comenzado el movimiento de Mussolini. Fue en las zonas rurales comercialmente desarrolladas de la Italia central, en Emilia-Romagna, Toscana, el valle del Po y Umbría, donde el fascismo ganó fuerza. Los terratenientes y los colonos que tenían campos en arriendo, enfrentándose a los sindicatos, las cooperativas agrícolas y el dominio de los ayuntamientos que ostentaban los socialistas o los populares, pagarían a matones fascistas, trasladados a menudo desde las ciudades de la zona en camiones, para que pegaran palizas a sus adversarios, los obligaran a beber aceite de ricino, los expulsaran de sus despachos, destruyeran sus propiedades y en general los aterrorizaran, ante la pasividad de la policía. Las antiguas provincias «rojas» se convirtieron en unas semanas en feudos fascistas. Los «sindicatos» fascistas recién creados, en los cuales fueron «animados» a integrarse obreros y campesinos mediante la amenaza del terror, sustituyeron a los anteriores sindicatos socialistas. En junio de 1922 los sindicatos contaban con medio millón de afiliados, principalmente fascistas. La agitación de los alborotadores se convirtió, para mayor satisfacción de terratenientes e industriales, en dócil acatamiento.

Los *squadristi* —los integrantes de las bandas paramilitares de matones, compuestas habitualmente por una docena más o menos de miembros— eran controlados por los poderosos jerarcas regionales fascistas. Mussolini, pese a ser el más importante de esos líderes, distaba mucho de dominar el movimiento. De hecho, cuando en 1921 intentó rebajar la violencia antisocialista, con el fin de mostrar a la elite gobernante sus credenciales de patriota «moderado» deseoso de alcanzar una unidad

nacional constructiva, proponiendo incluso pactar con las organizaciones de trabajadores socialistas, los jerarcas fascistas regionales se sublevaron. Mussolini se vio obligado a dimitir como líder y sólo fue restablecido en su cargo cuando cedió ante los radicales y renunció a cualquier idea de pacificación de los socialistas. Su prestigio nacional, el control de la prensa fascista y los lazos que mantenía con los industriales y otras personalidades poderosas hicieron que los jerarcas locales, que a su vez estaban divididos y desconfiaban unos de otros, se mostraran dispuestos a restablecerlo en su puesto. Les devolvió el favor mostrando un claro apoyo a las escuadras, que durante los meses sucesivos se hicieron con el control de numerosas ciudades del norte. Y en octubre de 1921 estableció oficialmente el fascismo como Partido Nacional Fascista.

A lo largo de los meses sucesivos el marco organizativo se amplió a 2.300 secciones locales (cada una de las cuales suministraba regularmente nuevas suscripciones al partido), lo que dio a Mussolini una mayor base política. La clase media, cada vez más desencantada de la debilidad del gobierno liberal, entró en masa en el partido. En mayo de 1922 sus afiliados ascendían a más de 300.000, con un incremento de más del 50 % en menos de seis meses. Un número desproporcionado de terratenientes, tenderos, oficinistas y sobre todo estudiantes llenaba aquel movimiento socialmente heterogéneo, que generalmente se granjeó las simpatías de las elites locales, de la policía y de los jueces.

En el otoño de 1922 el fascismo había penetrado en el *establishment* social y político y había adquirido una fuerte base de apoyo popular. La huelga general convocada por los sindicatos socialistas en el mes de agosto había sido un absoluto fracaso, pero había intensificado los temores de la clase media. En contraste con la evidente debilidad de la izquierda, la gran concentración de más de 40.000 fascistas celebrada en Nápoles el 24 de octubre se vio como una demostración de fuerza. Mussolini estaba dispuesto a tragarse otra de las exigencias iniciales de su movimiento, a saber la de que Italia se convirtiera en una república, y declaró que no pretendía abolir la monarquía. Proclamó la disposición de su movimiento a tomar el poder y exigió la formación de un nuevo gobierno con al menos seis ministros fascistas.

En realidad, la «Marcha sobre Roma» del 28 de octubre no fue nada de eso. Obligado a hacer frente a la dimisión del gobierno, el rey fue informado erróneamente de que 100.000 milicianos fascistas habían emprendido una marcha imparable hacia Roma. En realidad no eran más que 20.000 «camisas negras» mal armados que habrían podido ser repelidos con toda facilidad por el ejército... si el ejército se hubiera mostrado dispuesto a obligarlos a dar media vuelta. Cuando fracasó el último intento de formar un nuevo gobierno liberal, el rey invitó a Mussolini a ocupar el cargo de primer ministro. Lejos de encabezar una marcha de fascistas triunfantes sobre Roma, Mussolini llegó a la capital en tren, vestido con camisa negra, pantalones negros y bombín. Fue nombrado constitucionalmente jefe del gobierno, al frente de una amplia coalición en la que había ministros liberales, nacionalistas, del partido democrático social y del partido popular, aparte de él y de otros tres fascistas. A mediados de noviembre el nuevo gobierno recibió del parlamento un aplastante voto de confianza, pero dada la inestabilidad gubernamental crónica de los últimos años, pocos esperaban que durara mucho.

No tardaría en cambiar la cosa. Muchos individuos ambiciosos con ganas de hacer carrera corrieron a afiliarse al partido fascista, que contaba con 783.000 miembros a finales de 1923, bastante más del doble de los que tenía en tiempos de la «Marcha sobre Roma». El fascismo empezaba a institucionalizarse. Su núcleo inicial de *squadristi*, de luchadores brutales y creyentes fanáticos, estaba diluyéndose debido a la incorporación de oportunistas llegados en busca de un empleo y de ascenso, entre los cuales había antiguos rivales nacionalistas, muchos de ellos monárquicos y conservadores. Mussolini seguía sin tener planes claros de instaurar una dictadura de partido único. Pero empezaba a ganar confianza y, comparado con la gerontocracia de los próceres de los partidos tradicionales, ofrecía ya un perfil más dinámico. En noviembre de 1923 había logrado introducir un cambio trascendental en el sistema electoral que permitiera al partido más votado en unas elecciones hacerse con dos tercios de los escaños, siempre y cuando obtuviera más de una cuarta parte de los votos. Evidentemente, semejante cambio aseguraba la estabilidad del gobierno. En la práctica, garantizaba que, si querían permanecer en el poder, los liberales y los

conservadores tuvieran que prestar apoyo a su gobierno. En las elecciones de abril de 1924, llevadas a cabo bajo el nuevo sistema de asignación de escaños, el bloque nacional, integrado mayoritariamente por fascistas, sacó en cualquier caso dos terceras partes de los votos, lo que le permitió obtener 375 del total de 535 escaños, gracias en buena parte a una campaña de violencia contra sus adversarios. Los partidos de la oposición seguían existiendo. Pero los socialistas y los populares habían perdido mucha de su anterior fuerza. Fuera de la clase obrera, la mayoría de los italianos, con distinto grado de entusiasmo, estaban dispuestos a aceptar el liderazgo de Mussolini.

En junio de 1924 se produjo un peligroso escándalo cuando el líder socialista Giacomo Matteotti, que había denunciado por fraudulentos los resultados de las elecciones, desapareció y fue encontrado luego muerto: asesinado, como se presumió acertadamente, por unos fascistas, casi con toda seguridad por orden de Mussolini o de destacados miembros de su entorno. Se desencadenó una crisis política de primera magnitud. Los socialistas abandonaron el parlamento en señal de protesta, paso que lo único que consiguió fue fortalecer la posición del gobierno. La oposición siguió dividida e impotente. Mussolini, mientras tanto, jugó la baza de la moderación. Hizo algunas concesiones para atraer a puestos gubernamentales a unos pocos nacionalistas, monárquicos y liberales de derechas, e incorporó las milicias fascistas a las fuerzas armadas. Temerosos de cualquier posible resurgir del socialismo, las «grandes fuerzas» —esto es el rey, la Iglesia, el ejército y los principales industriales — respaldaron a Mussolini. Pero los jerarcas fascistas de provincias condicionaron su apoyo a que su líder pasara a adoptar un régimen fascista pleno. Una nueva oleada de violencia se encargaría de subrayar su argumento.

Durante todo el proceso de ascensión al poder, Mussolini tuvo que nadar y guardar la ropa, obligado a maniobrar entre los conservadores, a los que necesitaba para establecer un control político, y sus correligionarios radicales fascistas, descontentos ante cualquier paso que diera hacia la moderación. Obligado a transigir con los jerarcas de su partido, al tiempo que se negaba rotundamente en un discurso pronunciado en el parlamento

en enero de 1925 a reconocer su complicidad en el asesinato de Matteotti, Mussolini acabó aceptando públicamente su plena responsabilidad en todo lo ocurrido. Intentando aplacar a los radicales, afirmó: «Cuando dos elementos luchan entre sí y son irreconciliables, la solución es la fuerza». El principio enunciado fue puesto en práctica. Los adversarios políticos fueron detenidos, los partidos de la oposición fueron suprimidos, la libertad de prensa fue abolida y el gobierno quedó casi en su totalidad en manos de los fascistas. Los «fundamentos del estado totalitario fueron puestos», como escribiría más tarde Mussolini. La crisis de Matteotti habría podido acabar con Mussolini, pero acabó fortaleciéndolo. El poder del fascismo estaba asegurado.

¿Por qué el fascismo triunfó en Italia, y no en ningún otro país durante la crisis de posguerra? Decisivos para el éxito de Mussolini fueron la crisis de legitimidad del estado liberal que, aunque existente ya, fue agravándose cada vez más, el impacto de la guerra y la percepción de la amenaza revolucionaria. La crisis de legitimidad no llegó a profundizar tanto en ningún otro sitio, aparte de España, durante los años de la inmediata posguerra. Y España no había participado en la guerra. En cambio, no puede hacerse demasiado hincapié en el impacto de la guerra en Italia.

Antes de la guerra, el estado italiano, unificado en fecha reciente, pero todavía en su mayor parte económicamente atrasado y socialmente dividido, se basaba en una estrecha base de política oligárquica. Una vez acabada la contienda no podía seguir sosteniéndose. Las intensas divisiones sociales e ideológicas habían quedado expuestas a la vista de todos por la intervención en la guerra y habían sido magnificadas por las calamitosas pérdidas sufridas en ella. Millones de italianos habían sido movilizados para participar en los combates. Muchos se hallaban ahora abiertos a la movilización política. El convencimiento, a ojos de muchísimos millares de excombatientes y de muchos otros individuos, de que la victoria había sido «mutilada», de que Italia había sido engañada y de que se le habían negado las promesas de gloria nacional y de expansión imperialista, y de que el sacrificio no había valido la pena, alimentó el virulento rechazo del estado vigente y de sus representantes.

La sensación de que la oligarquía dirigente había traicionado a los heroicos veteranos de guerra italianos suministró una base inicial para el apoyo fundamental que recibió el fascismo. El llamamiento emocional al compromiso nacionalista, al renacimiento nacional y a la destrucción del estado liberal, débil y decadente, ofreció un fortísimo atractivo para muchos en aquella atmósfera de resentimiento, desunión, desorden y amenaza revolucionaria socialista. Los grandes avances electorales de un partido socialista que predicaba la necesidad de una toma violenta del poder por los trabajadores, y el rápido crecimiento del partido comunista tras su fundación en 1921, hicieron que la amenaza de revolución, a tan corta distancia de la conquista de Rusia por los bolcheviques, pareciera muy real.

Los cambios introducidos durante la posguerra en el derecho de sufragio habían desestabilizado completamente al gobierno. La fragmentación de la política en el centro y en la derecha conservadora, y la flagrante incapacidad del gobierno a la hora de combatir la amenaza que planteaba la nueva fuerza de los socialistas a ojos de la gente acaudalada, suministraron el espacio político en el que el fascismo pudo movilizar sus apoyos. La violencia extrema contra los que eran vistos como enemigos internos amplió ese apoyo, especialmente en las áreas más desarrolladas desde el punto de vista comercial de las zonas rurales de la Italia septentrional y central.

Pero a pesar de su radicalismo, el fascismo no habría podido alcanzar una posición de predominio sin el apoyo de las elites dirigentes, que unieron su suerte a la del movimiento de Mussolini. Mussolini no conquistó el poder; fue invitado a asumirlo. A continuación, las elites conservadoras, monárquicas, militares y eclesiásticas, temerosas del socialismo, estuvieron encantadas de respaldar los métodos de intimidación y manipulación que en 1925 dieron al fascismo casi el monopolio del control del estado.

El país europeo cuyas condiciones parecían más próximas a las que fomentaron el nacimiento del fascismo en Italia era Alemania. Entonces ¿por qué cuando la democracia sucumbió en la Italia «vencedora» sobrevivió a la crisis de posguerra en la Alemania vencida?

La democracia sobrevive en Alemania

Al norte de los Alpes, la «Marcha sobre Roma» de Mussolini tuvo un efecto inmediato sobre la extrema derecha radical en el escenario político cada vez más turbulento existente en Alemania. Desde 1920 Adolf Hitler, un exaltado nacionalista-racista con un talento demagógico notable, había venido armando jaleo en las cervecerías de Múnich, aunque no había tenido mucho éxito fuera de ellas. En 1921 se había convertido en el líder del Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes (NSDAP), que en cierto sentido, empezando por la creación de un brazo paramilitar violento, se parecía mucho al primitivo partido fascista de Mussolini. El partido nazi (como empezó a ser apodado NSDAP) se diferenciaba poco de otros movimientos extremistas similares de Alemania, también de corte nacionalista-racista. Pero Hitler era capaz de atraer a las masas como ningún otro orador. Aunque todavía pequeño, su partido logró reunir rápidamente un nutrido grupo de seguidores, principalmente en Baviera, estado con una considerable autonomía regional dentro del sistema federal alemán y desde 1920 bastión de la oposición nacionalista a la llamada democracia «socialista» de Prusia, el estado alemán más grande con diferencia.

El movimiento de Hitler había pasado de los 2.000 afiliados aproximadamente que tenía en 1921 a 20.000 en el otoño de 1922. Y cuando uno de los acólitos más destacados de su líder anunció ante los rugidos del público congregado en una cervecería pocos días después de la «Marcha sobre Roma» que «el Mussolini de Alemania se llama Adolf Hitler», dio un aliento importantísimo al incipiente culto a la personalidad que estaba desarrollándose alrededor del líder nazi. Al tiempo que Alemania se hundía en la crisis económica y política de 1923, acelerada por la ocupación del Ruhr por los franceses, el poder de Hitler para movilizar a los extremistas de carácter nacionalista violentamente contrarios al gobierno bastó para catapultarlo a una posición destacada en la vorágine de la política paramilitar bávara, que estaba a punto de convertirse en una fuerza preparada y lista para actuar contra el gobierno electo del Reich, con sede en Berlín. La democracia se hallaba en grave peligro.

La derecha nacionalista antidemocrática —conservadora además de radical— había empezado de hecho a recuperarse con notable rapidez de la conmoción de la derrota y de la revolución de noviembre de 1918. Temiendo (de manera exagerada, como acabó demostrándose) que la revolución se radicalizara siguiendo las líneas del bolchevismo, el nuevo gobierno transitorio encabezado por los socialistas en Berlín había cerrado, antes incluso de la firma del Armisticio, un trato fatídico con los líderes del ejército vencido que permitió a sus oficiales recuperarse. En esencia, el gobierno revolucionario había accedido a prestar su apoyo al cuerpo de oficiales del ejército a cambio de que éstos respaldaran al gobierno combatiendo al bolchevismo. La escisión que se produjo en la izquierda entre los partidarios de la democracia parlamentaria y la minoría que, con los ojos fijos en Moscú, había formado el Partido Comunista Alemán y pretendía llevar a cabo una revolución de arriba abajo al estilo soviético, acabaría convirtiéndose en un obstáculo perdurable para la nueva democracia surgida en 1919. La amenaza más grave para la democracia, sin embargo, vendría de la derecha, temporalmente socavada por la derrota y la revolución, pero sometida, no vencida. En la primavera de 1919, el resurgimiento de la derecha antisocialista y antidemocrática ya estaba en marcha. Contaba con un fuerte apoyo de la clase media y de los campesinos terratenientes, cuyo aborrecimiento visceral del socialismo y su miedo al bolchevismo se vieron acentuados por el intento de imponer un gobierno de estilo soviético en Baviera a lo largo de todo el mes de abril de 1919.

En marzo de 1920 un grupo extremista integrado en los círculos militares de derechas, capitaneado por Wolfgang Kapp, miembro fundador del Partido de la Patria, organización anexionista favorable a la guerra, y el general Walther von Lüttwitz, la inspiración que se ocultaba detrás de los grupos paramilitares, los Freikorps, se sintió lo bastante fuerte como para intentar derribar al gobierno. Al cabo de una semana su intento de golpe de Estado había fracasado. Kapp, Lüttwitz y sus principales partidarios huyeron a Suecia. Resultó bastante significativo, sin embargo, el hecho de que el ejército no llevara a cabo acción alguna para sofocar la sublevación. El intento de golpe de Estado se vio frustrado por una huelga general

convocada por los sindicatos y por la negativa del funcionariado a obedecer las órdenes de Kapp. La izquierda seguía siendo capaz de defender la democracia.

Sin embargo, cuando a raíz del golpe de Estado de Kapp se produjeron violentos enfrentamientos entre unidades de autodefensa de socialistas y comunistas armados y los Freikorps, apoyados por el gobierno, en Sajonia y Turingia, y especialmente en la gran zona industrial del Ruhr (donde los trabajadores habían formado un «Ejército Rojo»), se pidió ayuda al ejército, que restauró el orden de manera brutal. Por dudosa que fuera su lealtad a la nueva democracia, el ejército se había convertido en su principal puntal. Los extremistas de derechas buscaron refugio en Baviera. Mientras tanto, la democracia iba debilitándose. Los grandes puntales de la nueva democracia, los socialdemócratas, los católicos del Partido del Centro y los liberales de izquierdas vieron cómo su apoyo disminuía pasando de ocupar casi un 80 % de los escaños del Reichstag a sólo el 44 % entre enero de 1919 y junio de 1920. El núcleo de los partidos democráticos había perdido la mayoría y sólo en una ocasión, en las elecciones de 1928, estaría cerca de recuperarla a escala nacional. Se dijo —de manera inexacta, aunque se trataría de una exageración perdonable— que Alemania era ahora una democracia sin demócratas.

Más que cualquier otro asunto, la cuestión de las indemnizaciones y reparaciones de guerra mantuvo la tensión política muy alta durante 1921-1922, y supuso un verdadero balón de oxígeno para la derecha nacionalista. La violencia política no desapareció nunca del todo. Los terroristas de derechas perpetraron 352 asesinatos políticos entre 1919 y 1922. La democracia parlamentaria recibió ataques tanto por la izquierda como por la derecha. El intento de sublevación comunista en el cinturón industrial de Sajonia durante la primavera de 1921 dio lugar a feroces combates durante varios días hasta que pudieron ser sofocados por la policía prusiana. A pesar de su derrota, los comunistas siguieron ganando apoyo en las zonas industriales. En Baviera, en cambio, donde el gobierno estatal se negó a poner en vigor la Ley de Protección de la República, aprobada por el Reichstag en 1922 para combatir el extremismo político y la violencia, la extrema derecha nacionalista fue ganando un nuevo respaldo.

En 1923, cuando la hiperinflación acabó con la divisa —y con los ahorros de la clase media alemana— la política se polarizó. Volvió a vislumbrarse el espectro de la revolución comunista. Para sofocar una «Revolución de Octubre» comunista en Sajonia y Turingia se recurrió al ejército, que llegó en una ocasión a disparar contra los manifestantes. Un efímero alzamiento comunista en Hamburgo sucumbió tras el enfrentamiento con la policía, dejando más de cuarenta muertos. Pero la amenaza de la izquierda pasó rápidamente. La de la derecha era más peligrosa y se centró en Baviera. Los grandes ejércitos paramilitares, para entonces unidos, constituían una fuerza con la que había que contar. Su figura simbólica era ni más ni menos que el general Ludendorff, y Hitler era su portavoz político. Pero, por importantes que fueran en la política bávara, los paramilitares tenían pocas posibilidades de derribar el gobierno de Berlín sin el respaldo del ejército alemán, la Reichswehr.

Los jefes del ejército habían adoptado una postura ambigua desde la fundación de la república, apoyando al estado en abstracto, aunque simplemente tolerando la nueva democracia sin entusiasmo. El jefe de la Reichswehr, el general Hans von Seeckt, envió unas señales muy poco claras. Se negó a intervenir para restaurar el orden en Baviera mientras que, al mismo tiempo, cuando aumentaron los rumores que hablaban de golpe de Estado, advirtió a los líderes políticos bávaros que no apoyaran el clamor nacionalista cada vez más escandaloso y vocinglero de los paramilitares de extrema derecha. Los jefes de la Reichswehr en Baviera se habían mostrado a favor de una marcha sobre Berlín y de la proclamación de una dictadura nacional, en un reflejo de los grandes logros alcanzados por Mussolini. Pero cuando Von Seeckt acogió con frialdad la idea y declaró que no actuaría contra el gobierno legítimo de Berlín, el ejército de Baviera dio marcha atrás y retiró su apoyo al golpe.

Viéndose acorralado, Hitler comprendió que no tenía más opción que actuar o ver cómo su apoyo se esfumaba. El intento de golpe de Estado lanzado de forma teatral por Hitler en una gran cervecería de Múnich el 8 de noviembre de 1923 fracasó ignominiosamente al día siguiente con un ruidoso tiroteo de la policía en el centro de la ciudad. La amenaza de la derecha, como sucediera con la de la izquierda, había sido frenada. El

colapso del intento de golpe de Estado de la cervecería fue como si se reventara un forúnculo que le hubiera salido al estado. Los golpistas fueron localizados y detenidos y, al cabo de unos meses, los principales cabecillas, incluido Hitler, fueron juzgados y condenados —con excesiva indulgencia — a pasar una temporadita en la cárcel. La extrema derecha se fragmentó. La crisis se calmó. La moneda se estabilizó poco después y se estableció un nuevo marco más llevadero para la amortización de las indemnizaciones y reparaciones de guerra. La democracia había sobrevivido; pero sólo eso.

La guerra, la derrota, la evolución y los acuerdos de paz habían traumatizado y polarizado a Alemania. Los gobiernos eran muy inestables. La clase media temía y odiaba el socialismo, prestando apoyo a la ruidosa agitación nacionalista y la brutal violencia de los paramilitares de la derecha antidemocrática. En todo ello había muchos parecidos con la Italia de posguerra. Pero a diferencia de Italia la democracia conservó un fuerte apoyo bien organizado, no sólo entre los numerosos seguidores del partido socialdemócrata, sino también entre los del Partido del Centro y entre los liberales de izquierdas. La política pluralista, si no la democracia parlamentaria, se basaba en una larga historia. La participación política tenía profundas raíces, estaba bien asentada y podía jactarse de tener a sus espaldas más de medio siglo de sufragio universal de los varones. Además, a diferencia de Italia, Alemania tenía un sistema federal. Aunque el principal partido democrático, el socialdemócrata, pasara a la oposición a nivel del Reich, y aunque Baviera se convirtiera en el feudo de la derecha nacionalista antidemocrática, Prusia, que constituía el estado más grande con diferencia, seguía bajo el gobierno de unos partidos firmemente democráticos. Esto solo no habría bastado para salvar a la democracia si las elites del poder —que mostraron una actitud de tibieza en el mejor de los casos hacia la nueva república— le hubieran dado la espalda.

Pero lo más trascendental fue que los jefes del ejército, cuya actitud hacia la democracia parlamentaria había sido desde el principio ambigua, apoyaron al estado en el momento culminante de la crisis de 1923, mientras que el movimiento de Mussolini pudo llegar al poder sólo porque contó con el respaldo de los militares italianos. Esta circunstancia fue decisiva para que la democracia sobreviviera durante la crisis de posguerra en Alemania

justo por la misma época en la que sucumbía en Italia. Las autoridades militares de Alemania tenían indudablemente serias dudas acerca de las probabilidades de éxito de los golpistas: los recuerdos del ignominioso fracaso del golpe de Estado de Kapp en 1920 seguían frescos en su memoria. Al margen de esas dudas, su poca predisposición a apoyar un golpe de Estado reflejaba la inquietud y las dudas de que los militares no fueran capaces de dominar los abrumadores problemas a los que habrían tenido que hacer frente en el interior y en el exterior de haberse visto obligados a asumir la responsabilidad política en Alemania.

Las agobiantes dificultades que aquejaban al país y la debilidad internacional fueron motivo suficiente por sí solos para no prestar apoyo a la intentona de unos meros aficionados que pretendían derribar un gobierno elegido democráticamente. Una dictadura de derechas instaurada a raíz del éxito de un golpe de Estado se habría encontrado desde el primer momento en una posición precaria desde el punto de vista tanto militar como económico. No habría sido ni mucho menos la forma evidente de resolver la crisis económica. Es extremadamente dudoso que los americanos hubieran suministrado ayuda financiera a un régimen presidido por militares alemanes. Y un nuevo impago de las indemnizaciones de guerra bajo un gobierno nacional firme habría dado lugar tal vez a una nueva intervención francesa y a la pérdida de Renania. Gravemente debilitado por el ordenamiento de posguerra, el ejército alemán no estaba en condiciones de ofrecer una resistencia armada. Tal como veían las cosas los jefes del ejército, todavía no había llegado el momento de recurrir de nuevo a una solución autoritaria del problema de la democracia.

Hasta que terminara el pago de las indemnizaciones, el relajamiento de las trabas impuestas por el Tratado de Versalles y la reconstrucción del ejército tendrían que esperar (aunque los acuerdos secretos alcanzados con la Unión Soviética a raíz de la firma del Tratado de Rapallo en 1922 ofrecían cierto grado de cooperación en el adiestramiento de oficiales y en la evasión de las restricciones impuestas en Versalles). Pero sin el apoyo del ejército, en 1923 la extrema derecha nacionalista no tuvo en Alemania ninguna posibilidad de emular el éxito obtenido en Italia por el fascismo un

año antes. El peligro para la democracia había pasado. Estaban a punto de llegar nuevos tiempos y mejores perspectivas. Pero la amenaza sólo había aminorado, no había desaparecido.

En 1924 la crisis de posguerra había pasado. Pero por debajo de la superficie de los tiempos más tranquilos que estaban por venir, el resultado de la primera guerra mundial y el ordenamiento de posguerra habían dejado grandes turbulencias que todavía estaban cociéndose. La principal amenaza para una paz duradera en Europa vendría de la maléfica combinación del hiper-nacionalismo y el imperialismo. Estaba surgiendo un mundo de estados nación. En Europa un resultado trascendental de la guerra había sido un nuevo orden basado en estados nación, muchos de ellos inestables. Pero en las principales potencias de Europa el sueño imperial seguía muy vivo. Las potencias aliadas vencedoras, Gran Bretaña y Francia, veían que su prosperidad y su prestigio futuro continuaban basándose en sus imperios. Ellas fueron las grandes vencedoras del ordenamiento de posguerra, que expandieron de modo significativo sus posesiones imperiales fuera de Europa al hacerse con el control de las antiguas colonias alemanas alrededor del mundo y de los territorios del antiguo Imperio Otomano en Oriente Medio.

El acuerdo secreto cerrado en 1916 entre sir Mark Sykes y François Georges-Picot había supuesto el reparto de buena parte del Oriente Medio árabe entre Inglaterra y Francia. En total, Gran Bretaña añadía a su imperio más de un millón y medio de kilómetros cuadrados, y Francia añadía alrededor de medio millón al suyo. Las nuevas creaciones de Siria y el Líbano fueron entregadas a Francia, mientras que a Gran Bretaña se le dieron mandatos en Palestina (incluida Transjordania) e Irak (convirtiendo de paso el Oriente Medio en la futura piedra angular de la defensa del imperio). En 1917 el secretario del Foreign Office, Arthur Balfour, apoyando los objetivos del movimiento sionista, todavía bastante pequeño, había anunciado que el gobierno de Gran Bretaña estaba a favor del «establecimiento de un hogar nacional para el pueblo judío en Palestina». Este anuncio tenía en parte por objeto conseguir el apoyo de los judíos de

Estados Unidos a la guerra —los americanos todavía no habían entrado en la contienda— y también asegurarse de que la zona de Palestina, muy importante desde el punto de vista estratégico, no fuera entregada luego, como había sido previsto, a Francia. Las consecuencias del Acuerdo Sykes-Picot y de la Declaración Balfour se reflejarían no sólo en Europa, sino en el mundo entero, especialmente durante la segunda mitad del siglo XX... y aun después.

También las antiguas grandes potencias o aspirantes a serlo, Alemania e Italia, seguían nutriendo aspiraciones imperialistas. Humillados por la pérdida de sus posesiones coloniales o por el fracaso de su intento de hacerse con ellas, los dos países se sentían naciones «pobres» frustradas. De momento no podían hacer nada. Pero ya se habían puesto los cimientos de graves problemas futuros. En realidad no existió un cordón umbilical intacto que uniera una segunda conflagración mundial a la primera. Las cosas habrían podido salir de manera muy distinta a como salieron. Sin embargo, el legado de la Gran Guerra hizo que el desarrollo de una nueva contienda de grandes proporciones en Europa fuera no menor, sino más probable. Mientras tanto, pensando que lo peor ya había pasado, los europeos empezaban a abrigar esperanzas reales de paz y prosperidad futuras.

4
Bailando sobre el volcán

Si les preguntáramos [*sc*. a los jóvenes] sobre el significado y la finalidad de la vida, la única respuesta que darían sería: «No sabemos cuál es la finalidad de la vida, y no nos interesa descubrirlo. Pero como estamos vivos, queremos sacarle a la vida todo el jugo que podamos».

Comentario de un clérigo protestante acerca de la «juventud proletaria» de las ciudades alemanas (1929)

En 1924 las perspectivas de Europa eran mejores de lo que habían sido durante más de una década. Las economías destrozadas iban recuperándose. Los niveles de vida empezaban a mejorar. La paz internacional estaba menos amenazada que en cualquier otro momento desde 1914. Los alborotos de signo violento en el continente habían remitido. La creación y la innovación cultural florecían. A medida que el horror de la guerra empezaba a alejarse en la memoria de la gente, era como si el continente empezara a vivir de nuevo, como la llegada de la primavera después de un invierno largo y oscuro. Sobre todo para los jóvenes parecía haber amanecido una nueva edad más libre de preocupaciones. El jazz, el charlestón, las «flapper»: las importaciones de Estados Unidos simbolizaban para mucha gente de la época, como lo harían posteriormente, los «felices años veinte». Por fin el futuro podía contemplarse con más esperanza y mayor optimismo. Lo peor había pasado. O eso parecía.

Pero sólo cinco años después el crack de Wall Street en Nueva York desencadenaría una crisis global del capitalismo, sin precedentes por su severidad. La crisis se abatió sobre toda Europa, sumiendo al continente en

una extraordinaria espiral de depresión económica, destruyendo tras de sí las esperanzas de paz y prosperidad, socavando las democracias y allanando el camino para una nueva guerra, más terrible incluso de lo que había sido la última.

¿Estaba Europa saliendo de la catástrofe por caminos que brindaban prometedoras esperanzas de paz y prosperidad para el futuro antes de que los estragos provocados por la depresión económica se abatieran sobre ella como una fuerza de proporciones inmensas, imprevisible e inevitable? ¿O acaso la recuperación de posguerra ocultaba otros rasgos más ominosos del desarrollo europeo, latentes de momento, pero que se manifestarían plenamente cuando la crisis económica se tragara a todo el continente?

Cuando la recuperación estaba en su punto culminante en 1928, Gustav Stresemann, ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, hizo una grave advertencia previniendo contra el optimismo excesivo. La economía alemana, trascendental para la recuperación de Europa, había experimentado efectivamente una gran transformación desde los días oscuros de la hiperinflación. Pero, según comentaba Stresemann, se encontraba todavía en un estado muy precario. Era como «bailar sobre un volcán». Estas palabras parecen una metáfora muy adecuada, y no sólo por lo que a Alemania se refiere, de aquellos años en los que gran parte de Europa bailaba el charlestón, felizmente ignorante del desastre que estaba a punto de estallar y de sumir al continente en una era de crisis galopante.

El *boom*

No hace falta ser discípulo de Karl Marx para reconocer hasta qué punto las fuerzas económicas llegaron a determinar el rumbo del desarrollo de la Europa de posguerra. Fueron pocos, si es que hubo alguno, los economistas que las entendieron y desde luego no las entendió prácticamente ningún líder político, por no hablar de la masa de gente corriente cuyas vidas determinaban. Incluso hoy día los economistas no se ponen de acuerdo sobre cuáles fueron las causas concretas de la Gran Depresión y por qué fue tan generalizada, tan profunda y tan duradera. Sus rasgos esenciales, sin embargo, parecen bastante claros. La causa directa del crack fue el enorme

recalentamiento de la economía americana durante el *boom* de los «felices años veinte». Ese recalentamiento tenía sus raíces en el dinero barato que fluía para los gastos en bienes de consumo —con las ventas de automóviles y de aparatos eléctricos a la cabeza— y finalmente para la compra de acciones, negocio que parecía seguir una curva ascendente sin fin. Cuando estalló la burbuja en 1929, sus repercusiones en Europa reflejaron unas debilidades estructurales de la economía que habían dejado al continente en una situación de vulnerabilidad extrema. En especial, la dependencia económica de posguerra respecto de Estados Unidos formaba parte de una economía global sumamente desequilibrada, en la que ya no funcionaban los controles y equilibrios existentes antes de la guerra.

Antes del colapso, la economía de Europa había venido mostrando signos evidentes de recuperación de los enormes trastornos de la crisis de comienzos de la posguerra. La revitalización económica dependía en no poca medida de la reconstrucción del potencial industrial de Alemania, dañado, sí, pero enormemente fuerte. Y en efecto se produjo una notable recuperación cuando Alemania se levantó del trauma de la hiperinflación de 1923. Las deudas de la industria habían sido en buena parte erradicadas por la inflación. Pero el capital industrial estaba principalmente desfasado. El problema fue abordado mediante un riguroso programa de modernización y racionalización de la industria, que produjo impresionantes avances técnicos y aumentos sustanciales de la producción. Sin embargo, no fue ni mucho menos una historia de éxitos sin paliativos. En realidad vino a poner de relieve algunas de las debilidades estructurales subyacentes de la economía europea, que dejaron a Alemania enormemente desprotegida cuando el crack se abatió sobre América en 1929.

Una base fundamental de la recuperación de Alemania había sido la estabilización de la moneda, hundida como consecuencia de la hiperinflación. Vinculada con esa estabilización estaría la regulación del espinoso problema de las indemnizaciones y reparaciones de guerra, que se hallaba en la raíz de buena parte de las turbulencias económicas y políticas de 1922-1923.

Cuando la crisis llegó a su punto culminante ya se había dado el paso clave para sustituir la vieja divisa absolutamente carente de valor con la introducción de la nueva Rentenmark en noviembre de 1923. Esta moneda transitoria, respaldada por activos en tierras, propiedades y capital industrial, obtuvo rápidamente la confianza de la gente y al año siguiente, gracias al apoyo de un gran préstamo americano, se situó sobre una base más sólida, fue convertida al patrón monetario oro, y rebautizada Reichsmark (equivalente a un billón de los marcos antiguos). También en el otoño de 1923 un comité internacional de expertos, presidido por el banquero norteamericano Charles G. Dawes, se había puesto a revisar la cuestión de las indemnizaciones de guerra y en abril de 1924 estaba en condiciones de hacer una serie de recomendaciones. Según el Plan Dawes, el establecimiento de sucesivas fases de plazos cada vez más elevados haría que el pago de las indemnizaciones fuera mucho más llevadero. El plan era concebido como una solución transitoria. Una vez que la economía alemana estuviera de nuevo plenamente boyante, las indemnizaciones dejarían de resultar dolorosas. Eso era lo que se suponía.

El problema era que el dinero para pagar las indemnizaciones y reparaciones de guerra procedía principalmente de los préstamos extranjeros, en su mayoría procedentes de Estados Unidos, que ahora llegaban a raudales. Los inversores americanos veían la posibilidad de obtener pingües beneficios de la vibrante economía alemana. Grandes empresas americanas como General Motors, Ford y General Electric proyectaban construir fábricas en Alemania. Los créditos extranjeros a Alemania ascendían a cerca de 5.000 millones de dólares en 1930. La industria alemana fue el principal beneficiario inicial. Pero los empresarios no tardaron en quejarse de que una cantidad excesiva de las inversiones fuera desviada a los ayuntamientos alemanes para construir parques, piscinas, teatros y museos, o para renovar plazas y edificios públicos. Indudablemente aquello era bueno para la calidad de vida de las ciudades y pueblos de Alemania. Pero las inversiones a largo plazo se financiaban con préstamos a corto plazo. Se imaginaba que los años de bonanza iban a

continuar. ¿Qué pasaría si, por el contrario, los préstamos americanos a corto plazo eran retirados y se suspendían los créditos? De momento aquello no parecía que fuera a ser un problema.

El Plan Dawes fue el signo más evidente de que en el mundo de posguerra la primacía económica había pasado de manera irrevocable a Estados Unidos, con diferencia el principal ganador del gigantesco vuelco que había supuesto para la economía mundial la guerra. En el Extremo Oriente, también Japón había surgido como gran centro neurálgico de la economía. El dominio económico mundial de Gran Bretaña, en cambio, se había acabado. Dentro de Europa, el número de países, divisas y barreras aduaneras había aumentado, agudizando la tendencia al proteccionismo —en realidad al nacionalismo económico— a través de la imposición de aranceles a las importaciones. Los países que habían sido más prósperos antes de la guerra, con Gran Bretaña a la cabeza, pensaban que podían hacer que el tiempo diera marcha atrás. Antes de 1914, el «patrón oro» —los tipos de cambio fijos relacionados con el precio del oro acordado internacionalmente en un mercado cuyo centro era el Banco de Inglaterra— había constituido la marca de reconocimiento de la estabilidad económica. El patrón oro había sido suspendido durante la primera guerra mundial y, cuando fue restablecido poco a poco a lo largo de los años veinte, la vuelta se produjo en un ambiente económico y político muy distinto.

Las condiciones eran por entonces sumamente inestables: Estados Unidos ostentaba ahora la primacía económica, y la antigua supremacía financiera de Londres era desafiada por Nueva York y París. Pero en 1925 Gran Bretaña dio el gran paso hacia la vuelta al patrón oro. Francia siguió su ejemplo tres años después, momento en el que todas las economías más importantes de Europa habían vuelto ya al patrón oro. Por motivos de prestigio, Gran Bretaña (acompañada de otros países) insistió en mantener la paridad frente al dólar vigente antes de la guerra. Se pensó que se trataba de una «vuelta a la normalidad», a la seguridad económica de época anterior a la guerra. Pero el mundo había cambiado. Los tipos de cambio fijos, en los que la posición de Gran Bretaña, país con problemas económicos graves, era central, eran ahora una fuente de debilidad, no de fuerza. Lo que hacían era ir acumulando problemas para el futuro.

Esos problemas no fueron previstos a mediados de los años veinte, cuando la economía europea empezó a recuperarse con fuerza. La producción industrial subió más de un 20 % entre 1925 y 1929. El crecimiento estuvo por encima de la media en Alemania, Bélgica, Francia, Suecia, Finlandia, Holanda, Luxemburgo y Checoslovaquia; también (aunque partiendo de una base mucho más modesta) en Hungría, Rumanía, Polonia y Letonia. El crecimiento en Francia y Bélgica se vio facilitado por la depreciación de la moneda. La expansión de Francia se basó en la recuperación económica extraordinariamente rápida que experimentó a comienzos de los años veinte. La producción industrial aumentó más de un 25 % entre 1925 y 1929, mientras que la renta per cápita subió casi un 20 %. Justo antes de la Gran Depresión las exportaciones francesas eran cerca de un 50 % más altas que antes de la guerra. También Bélgica conoció un aumento impresionante de casi un 33 % en su producción industrial y un gran incremento de las exportaciones. El crecimiento más notable, tras las calamidades de la guerra civil, tuvo lugar en la Unión Soviética, aunque naturalmente allí no actuaran las fuerzas del mercado de la economía internacional.

En el Reino Unido, Italia, España, Dinamarca, Noruega, Grecia, y Austria, en cambio, el crecimiento económico siguió siendo lento. La Italia fascista experimentó una significativa sobrevaloración de la lira, fomentada por Mussolini por motivos de prestigio. Como consecuencia vinieron el desempleo y los recortes salariales, sólo en parte compensados por las obras públicas y los subsidios a la agricultura. A la dictadura de Primo de Rivera en España también se le acumularon los problemas. La elevada protección arancelaria, que en gran medida aisló a España de los mercados internacionales, y una peseta sobrevalorada agravaron las dificultades de la economía española en 1929. Dinamarca y Noruega también sufrieron las consecuencias de una moneda sobrevalorada. La economía británica mostró un repunte del crecimiento en 1928-1929. Sin embargo, aunque se produjera cierta expansión en industrias nuevas como la del automóvil, los productos químicos y los aparatos eléctricos, el núcleo de la industria tradicional, el carbón, el acero, el sector textil y la construcción naval, siguió deprimido durante todos los años veinte. En Europa en general, sin

embargo, en 1929 se había conseguido la recuperación de la ruina de la inmediata posguerra. Movido especialmente por el *boom* de Estados Unidos, el comercio internacional había aumentado más de un 20 %.

El ritmo del cambio fue mayor en las zonas más industrializadas y urbanizadas de la Europa del noroeste. En las zonas rurales más pobres y menos desarrolladas —lo habitual en el este y el sur de Europa— ese cambio fue mucho más lento y más limitado. La fabricación de automóviles fue un agente importante, tanto de estímulo económico como de cambio social. Los coches, producidos en masa primero en Estados Unidos por Henry Ford, habían sido un artículo de lujo antes de la guerra. Comprar uno seguía estando fuera del alcance de la mayoría de la gente. A comienzos de los años treinta todavía había sólo unos siete coches particulares por cada mil personas en Europa, a diferencia de los 183 que había en Estados Unidos. Pero también en Europa la producción automovilística empezaba a convertirse en objetivo del mercado de masas. El Austin 7 de fabricación británica, cuya producción comenzó en 1922, encabezó la marcha. Fiat en Italia, y Citroën y luego Renault y Peugeot en Francia, no tardaron en empezar también a producir coches más pequeños y más baratos. Opel (comprada por el gigante americano General Motors en 1929) comenzó a hacer lo mismo en Alemania, aunque en ningún país de Europa se hicieron durante el *boom* de los años veinte demasiados avances para producir un coche que pudiera permitirse la gente menos acaudalada.

Aun así, coches y motocicletas dejaron de ser un espectáculo insólito en las ciudades de Europa. A mediados de la década, había cerca de un millón de automóviles en las carreteras de Inglaterra, medio millón en Francia y un cuarto de millón en Alemania. Italia construyó la primera autopista a mediados de los años veinte y al cabo de unos años contaba ya con una red de cerca de 5.000 kilómetros. En otros lugares las carreteras estaban mucho menos desarrolladas, pero la mayor parte de la Europa occidental y central estaba adaptada para dar cabida a vehículos a motor a finales de los años veinte. En las ciudades y pueblos de Europa, los vehículos de transporte, los autobuses y los taxis, ya no eran tirados por caballos. El escenario callejero estaba cambiando rápidamente. La motorización de Europa estaba en marcha.

También la iluminación eléctrica había empezado a cambiar el paisaje urbano. Barrios enteros podían iluminarse simplemente accionando una palanca en una central eléctrica. Las farolas de gas y los empleos de los hombres que recorrían las calles encendiéndolas y apagándolas empezaron a quedar obsoletos. Con la electricidad llegaron los aparatos domésticos modernos, que ya eran habituales en Estados Unidos. Las aspiradoras empezaron poco a poco a hacer su aparición en los hogares de clase media de Europa, aunque la lavadora, el frigorífico o el horno eléctrico siguieran siendo una rareza, y en las familias de clase trabajadora las tareas domésticas continuaron siendo un auténtico suplicio. El trabajo de oficina también fue cambiando con la difusión del teléfono. Se decía que se producían un millón y cuarto de conversaciones al día en las 500.000 líneas telefónicas existentes en Berlín. De momento, sin embargo, pocos domicilios particulares disponían de teléfono. Suecia se puso a la cabeza de Europa a finales de los años veinte con sus ochenta y tres teléfonos por cada mil habitantes, frente a los cincuenta de Alemania o los apenas siete de Italia. La electricidad permitió también el comienzo de la primera revolución de las comunicaciones, con la aparición de redes nacionales de radiodifusión. Apenas al cabo de dos años de que dieran comienzo los programas de radio, la BBC tenía registrados en 1924 un millón de oyentes. A corta distancia de Gran Bretaña en la rapidez de la expansión de la radio venía Alemania, donde el número de oyentes pasó de los 10.000 de 1924 a los 4 millones de 1932, lo que significa que un hogar de cada cuatro tenía radio.

A muchos les daba la sensación de que Europa iba camino de una prosperidad prolongada. A muchos probablemente tampoco les diera la sensación de que estaban viviendo un *boom*. Para la mayoría, como antes, lo fundamental era salir adelante, no gozar de prosperidad. Aunque la pobreza no era tan absoluta como había sido unos años antes, seguía viéndose casi por doquier. Grandes sectores de la población continuaban viviendo en condiciones primitivas en las zonas rurales o en alojamientos espantosos en las grandes ciudades y en las zonas industriales, donde el hacinamiento era crónico. A menudo una familia entera tenía que compartir una sola habitación en un tugurio con unas condiciones higiénicas

primitivas. La creación de alojamientos nuevos y mejores se había convertido en un requisito urgente. Desde luego que se produjeron mejoras, a veces de dimensiones impresionantes, especialmente cuando se daba la intervención del estado. A finales de los años veinte, el estado democrático alemán estaba construyendo más de 300.000 nuevos hogares al año, muchos de ellos financiados por el estado. En Berlín y en Frankfurt surgieron grandes nuevas urbanizaciones destinadas a la clase trabajadora. El gasto público en materia de vivienda durante la monarquía con anterioridad a la guerra había sido prácticamente nulo. En 1929 la construcción de casas era el sector que había experimentado el mayor aumento en el gasto público comparado con 1913. Entre 1924 y 1930 se construyeron en Alemania unos 2,5 millones de viviendas, una de cada siete viviendas era nueva, y sus beneficiarios eran más de 7 millones de personas. El gobierno municipal de la Viena «roja», controlado por los socialdemócratas, realizó también unos avances impresionantes, realojando a 180.000 personas en nuevos pisos. El logro más espectacular fue el gigantesco Karl-Marx-Hof, concluido en 1930, que contenía 1.382 pisos destinados a la población pobre de la ciudad.

Pero desarrollos como éste eran excepcionales. Y distaban mucho de ser suficientes. Un millón de familias alemanas seguían sin tener casa propia en 1927 en medio de la escasez de vivienda crónica. El incremento de la construcción de casas en Suecia durante los años veinte no hizo demasiado por solucionar el grave problema del hacinamiento en las zonas urbanas. La ampliación de las urbanizaciones no planificadas con edificios con alta densidad de población carentes de instalaciones sanitarias en los suburbios de París y otras ciudades francesas permitió acoger a los emigrantes provenientes de las zonas rurales o de fuera de las fronteras de Francia, atraídos por la necesidad de encontrar trabajo en los distintos sectores de la industria en expansión. También en Gran Bretaña la miseria de los alojamientos, especialmente en las áreas industriales, siguió siendo un problema social enorme. Se había calculado que la necesidad inmediata de alojamientos después de la guerra ascendería a 800.000 hogares. Pero el programa de vivienda de posguerra, que produjo 213.000 nuevas casas, quedó en nada cuando el coste de los préstamos aumentó vertiginosamente

en 1920-1921. El gobierno conservador de 1923 favoreció la subvención de la construcción privada, pero las 362.000 casas edificadas por la empresa privada durante los seis años siguientes estaban en su mayoría fuera del alcance de las familias pobres de clase trabajadora y fueron a parar principalmente a manos de compradores de clase media baja. La nueva administración laborista de 1924 introdujo el primer programa de vivienda social a través de la subvención de alquileres controlados para viviendas construidas por iniciativa municipal. La gran expansión de las llamadas «casas municipales» vio la construcción de 521.000 hogares edificados en 1933 principalmente para gente de clase trabajadora. Fue un comienzo, pero poco más. Millones de personas seguían viviendo en circunstancias penosísimas. En las ciudades del sur y del este de Europa, lo normal eran las espantosas condiciones de la vivienda, exacerbadas por la constante afluencia de gente proveniente de las áreas rurales pobres, donde las casas de la mayoría de los campesinos seguían siendo de lo más primitivo.

Los sindicatos —cuyas dimensiones habían aumentado mucho aprovechando el nuevo poder negociador de los trabajadores durante la guerra— habían presionado con éxito (frente a la resistencia de la patronal) a favor del régimen de cuarenta horas semanales que, empezando por Francia, Alemania e Italia, estaba convirtiéndose en norma en muchos países. Con ello se reducían las largas jornadas laborales de los trabajadores, aunque en la práctica las horas extra suponían que en realidad se dedicaban más de cuarenta horas a la semana a trabajar. Especialmente los obreros especializados vieron aumentar sus salarios, aunque a un nivel que quedaba muy por detrás en la mayoría de los casos del crecimiento de los beneficios de las empresas. Había, sin embargo, diferencias notables. Los trabajadores de las nuevas industrias en expansión podían vivir muy bien. Los salarios reales en las enormes fábricas de Renault en Francia, que daban empleo a miles de obreros para satisfacer la producción de un número cada vez mayor de vehículos a motor, subieron un 40 % a lo largo de los años veinte. Pero aunque subieran los sueldos, el trabajo propiamente dicho era en su mayor parte una pura monotonía, consistente en la producción repetitiva en la cadena de montaje, reforzada por una disciplina férrea. Buena parte del trabajo era realizado por inmigrantes —en 1931

cerca de 3 millones de personas (el 7 % de la población de Francia)—, obligados a soportar altos niveles de discriminación y de malos tratos. Francia acogió a 400.000 refugiados rusos durante los años veinte, más de cuatro veces más que cualquier otro país. Muchos otros inmigrantes provenían de Polonia, Italia, Armenia y Argelia.

En las viejas industrias los niveles salariales eran una historia completamente distinta. El conflicto laboral más grande con mucho de todos los años veinte, la huelga general llevada a cabo en Gran Bretaña entre el 3 y el 13 de mayo de 1926, se produjo como consecuencia del intento por parte de la patronal —que a la hora de la verdad logró salirse con la suya— de reducir los salarios en la industria del carbón, que sufría ya un exceso importante de mano de obra. Más de 1,5 millones de obreros de los distintos ramos del transporte y la industria fueron a la huelga en apoyo de los cerca de 800.000 mineros afectados por el cierre patronal. Los intentos de acabar con la huelga se intensificaron y al cabo de diez días el Congreso de Sindicatos (TUC, por sus siglas en inglés) desconvocó el paro, aceptando las condiciones del gobierno que eran poco menos que humillantes. Los mineros siguieron adelante con su desafío, pero al final no tuvieron más remedio que volver al trabajo después de seis meses de huelga, empobrecidos, completamente derrotados y obligados a aceptar las condiciones impuesta por los propietarios de las minas: prolongación de la jornada laboral y bajada de los salarios. La patronal alemana adoptó una postura igualmente agresiva en noviembre de 1928, cuando decidió efectuar un cierre que afectó a toda la mano de obra de la industria siderúrgica y del acero de la región del Ruhr —cerca de 220.000 trabajadores— para imponer unos nuevos niveles salariales en contra del laudo arbitral dictado a nivel nacional. Estos grandes conflictos fueron el indicio más claro del debilitamiento de la posición de los trabajadores de la industria (especialmente los de la vieja industria pesada) y de sus sindicatos, y del correspondiente aumento de la fuerza negociadora y de la combatividad de los empresarios en medio de unos niveles altísimos de desempleo; y todo ello antes incluso de que llegara la Gran Depresión.

Como Alemania, Francia fue uno de los países más avanzados a la hora de aplicar a gran escala en la industria los modernos métodos de gestión iniciados en Estados Unidos por Frederick Winslow Taylor poco después de que comenzara el nuevo siglo, y las técnicas de producción masivas introducidas en la fabricación de automóviles por Henry Ford en 1913. En Alemania una consecuencia de la racionalización a gran escala de la producción industrial fue que el desempleo, que había permanecido a niveles muy bajos durante los primeros años veinte, se triplicara con creces en 1925-1926, llegando a los más de dos millones de desocupados (el 10 % de la población laboral). En otros países de Europa eran habituales unos niveles de desempleo parecidos. En los países en los que el crecimiento había sido lento, como Dinamarca o Noruega, la desocupación ascendía al 17-18 %. También era muy alto en los viejos sectores de la industria pesada y del textil, que tuvieron que enfrentarse a una competencia cada vez más fuerte en los mercados mundiales y cuya rápida expansión había dado lugar a un exceso de capacidad. En Gran Bretaña el desempleo nunca bajó del millón de desocupados antes incluso del crack.

El seguro de desempleo, introducido por primera vez en 1911 en virtud de la Ley de Seguridad Nacional, fue ampliado al término de la guerra para dar cobertura a más de 12 millones de trabajadores británicos (aunque en la práctica afectara sólo a un 60 % aproximadamente de la mano de obra del país). La mujeres estaban incluidas en él, pero las prestaciones que cobraban semanalmente eran inferiores a las de los hombres. El servicio doméstico, la mano de obra agrícola y el funcionariado estaban excluidos. El sistema evitaba lo peor, pero se había creado para dar cobertura a un desempleo transitorio, no a una desocupación estructural a largo plazo. La caja del seguro resultó insuficiente y tuvo que ser subvencionada por el estado a través de los impuestos. En Alemania el problema era similar, pero peor. La red de seguridad que suponía el seguro de desempleo, introducido en 1927 (y una importante ampliación del plan de seguro de enfermedad, accidente y vejez introducido en tiempos de Bismarck, en la penúltima década del siglo XIX), estaba ya al máximo de su capacidad cuando la Gran Depresión quebrantó la economía del país, y se vio superada después. En cualquier caso, menos de la mitad de la población trabajadora tenía derecho

a cobrar el subsidio de desempleo. Aunque otros países de Europa habían seguido el ejemplo de Inglaterra y habían introducido subsidios de paro, la proporción de trabajadores que se veían beneficiados por ellos era todavía más pequeña.

Si los efectos del *boom* del desarrollo fueron limitados y desiguales en las partes industrializadas de Europa, en las zonas rurales, donde seguía viviendo la mayoría de la población del continente, muchos campesinos que poseían pequeñas explotaciones y apenas obtenían de su trabajo lo necesario para sobrevivir prácticamente no experimentaron *boom* alguno. Muchos agricultores habían sacado beneficios de la guerra, y la inflación de posguerra a menudo les había permitido cancelar sus deudas. Los bajos precios de la tierra al término del conflicto consintieron a los que pudieron permitírselo añadir terreno a sus explotaciones. Pero la agricultura no tardó en tener que hacer frente a tiempos más duros. El incremento de la producción en Europa, cuando la recuperación de posguerra fue ganando terreno, chocó con unos mercados saturados ya por los productos procedentes de los países no europeos, cuya producción durante la guerra se había extendido hasta llenar las lagunas y cubrir las carencias existentes. A finales de los años veinte la decisión soviética de exportar grano con el fin de importar el equipamiento industrial que necesitaba con urgencia contribuyó a agravar esa saturación. El resultado fue la vertiginosa caída de los precios. Los precios internacionales de los productos agrícolas habían caído en picado en 1929 y se situaban por debajo de un tercio de lo que eran en 1923-1925. Los países del este y del sur de Europa, que dependían en grandísima medida de la producción agrícola, se vieron particularmente afectados.

La agricultura seguía en buena parte sin estar mecanizada. Las reformas agrarias de posguerra trajeron consigo la parcelación de muchas grandes fincas, pero crearon gran cantidad de pequeñas explotaciones menos productivas y de parcelas fragmentadas. Las subvenciones a la agricultura introducidas en Checoslovaquia y otros países ayudaron a promover las mejoras, mientras que el cambio a la producción lechera y pecuaria en general permitió a las repúblicas bálticas incrementar sus exportaciones. Pero para la mayoría de la gente que se ganaba la vida con la

tierra los problemas fueron acumulándose mucho antes de que se produjera el crack. El endeudamiento en la agricultura creció de forma alarmante. Muchos productores se hallaban ya al borde del abismo antes de que la Depresión los condenara a la insolvencia. Se intensificó la huida del campo a las miserables condiciones de vida de las ciudades superpobladas, al tiempo que se ampliaba el abismo existente entre las rentas urbanas y rurales y que los jóvenes iban convenciéndose de que el campo no tenía futuro para ellos. Ya no podían emigrar en masa a Estados Unidos, una vez que este país introdujera a comienzos de los años veinte controles más estrictos para la inmigración. Pero fueron moviéndose de un sitio a otro dentro del propio país. Sólo en Francia, 600.000 familias abandonaron sus pequeñas explotaciones agrícolas entre 1921 y 1931 para probar suerte en los talleres y fábricas de las ciudades.

Para los que vivían en el campo, los últimos años veinte no fueron precisamente los años del *boom*. La Depresión se cebó en algunas regiones ya desoladas de buena parte de Europa. Ya antes de que se produjera el crack, la «crisis antes de la crisis» dejó tras de sí una población rural susceptible de convertirse en presa fácil de la radicalización política. Muchos labradores sin tierras sintieron la atracción del comunismo. Los campesinos que poseían tierras, por otra parte, encontraron por lo general un aliciente en las fuerzas en constante aumento de la derecha autoritaria.

Aunque en la mayor parte de Europa la economía había experimentado una fuerte recuperación durante la segunda mitad de los años veinte, los problemas subyacentes dejaron al continente expuesto a graves dificultades en caso de que se produjera cualquier deterioro de la situación. Poca gente era consciente de ello. Había habido mejoras modestas de los niveles de vida de mucha gente, desde luego si se comparaban con los de la década anterior. Muchos, quizá la mayoría, pensaban que podían abrigar esperanzas de tiempos todavía mejores en el futuro. Las voces optimistas, unas cautas, otras entusiasmadas, se impusieron a las de los profetas de la ruina. Pero el optimismo se disipó prácticamente de la noche a la mañana en cuanto los drásticos efectos del hundimiento de la bolsa de Nueva York, acontecido entre el 24 y el 29 de octubre de 1929, envolvieron Europa.

El modelo alternativo

Antes incluso de que diera comienzo la crisis económica, los que profetizaban el fin del capitalismo, seguro e inminente, volvieron sus ojos llenos de admiración hacia un solo país, la Unión Soviética, buscando la inspiración en él. Protegido de las veleidades de la economía internacional, el modelo de la Unión Soviética —un sistema de socialismo de estado cuyo objetivo era preparar el terreno para llegar a la meta final del comunismo, una sociedad sin propiedad privada y libre de las divisiones de clase y de las desigualdades— era en opinión de muchos la esperanza utópica que debía traer el futuro. La Unión Soviética parecía demostrar que había una alternativa atrayente a la economía de mercado, un modelo mejor para la sociedad que el sistema capitalista burdamente injusto y económicamente anticuado e inferior. La planificación estatal, basada en la propiedad de los medios de producción, y la autarquía —la autosuficiencia económica— parecían indicar la vía a seguir. Ambas ideas fueron ganando cada vez más adeptos en toda Europa.

En la Unión Soviética el crecimiento económico había sido de hecho impresionante, aunque eso sí, partiendo de una base muy baja, consecuencia de los trastornos de la primera guerra mundial y de la revolución, a los que habían seguido los estragos de la guerra civil. La recuperación había sido notablemente rápida. En 1927-1928 tanto la industria como la agricultura habían alcanzado unos niveles de producción comparables a los de 1913. La Nueva Política Económica, la línea política seguida entre 1921 y 1928 por la URSS, que permitía a los campesinos ver un interés personal en el cultivo de la tierra y que les ofrecía ciertas oportunidades, aunque limitadas, de obtener beneficios de su producción, había sido un éxito. Pero en 1927 esa política había empezado a crear sus propios problemas. Y desde el punto de vista industrial la Unión Soviética seguía estando muy rezagada, muy por detrás de los países avanzados de Europa occidental.

Entre las autoridades del país seguía siendo materia de acalorado debate cómo había que abordar el problema del atraso económico. Superar esa debilidad tan enorme se consideraba fundamentalmente un paso crucial para soslayar la amenaza de rapacidad de las potencias imperialistas, pero

también para mejorar los niveles de vida como base para asegurar el futuro del socialismo en la Unión Soviética. Se aceptaba como un axioma que en un momento dado esta cuestión acabaría por enzarzar al país en una guerra. «O lo conseguimos o seremos aplastados», dijo Stalin ante el comité central del partido en noviembre de 1928 en un punto de inflexión vital para la Unión Soviética desde el punto de vista económico y político. Pero la senda hacia ese momento decisivo distaba mucho de ser fácil. Tras la muerte de Lenin en enero de 1924, la política económica se había convertido cada vez más en el asunto central de la enconada lucha política interna que acabaría con la dominación total de Stalin y un cambio de dirección de la economía soviética tan gigantesco como desastroso.

La Nueva Política Económica había sido puesta en entredicho desde el primer momento ya en 1921. Algunos destacados bolcheviques, y más que cualquier otro Trotski, habían visto en ella un recurso meramente transitorio a la espera de que pasara lo peor y no tardaron en presionar a favor del incremento de la planificación económica estatal y de la aceleración de la industrialización a expensas del campesinado. Trotski siguió insistiendo en la necesidad de exportar el bolchevismo y promover la revolución mundial. Stalin, por su parte, había anunciado en 1924 que el objetivo del partido debía ser el «socialismo en un solo país». Pero ahora la influencia de Trotski había empezado a disminuir a pasos agigantados. Independientemente de la fuerza de sus argumentos y de su asombrosa personalidad, se había creado demasiados enemigos. Además, el control que tenía de algunas de las palancas más cruciales del poder dentro del partido era escaso. Stalin, apoyado por otras personalidades destacadas —Grigory Zinóviev, Lev Kámenev, y «el niño bonito del partido» (como lo llamaba Lenin), Nikolái Bukharin—, consiguió dejarlo tácticamente fuera de combate. En 1925 Trotski dimitió de su puesto de Comisario de Guerra y a finales de ese mismo año fue expulsado del Politburó. En 1927, junto con sus seguidores, fue expulsado del partido por sus opiniones «heréticas», y al año siguiente fue condenado al destierro y confinado a 3.000 kilómetros de Moscú. En su lecho de muerte Lenin había advertido que Stalin no era la personalidad apropiada para seguir como secretario general del partido, cargo que venía ostentando desde 1922. Pero Stalin se las arregló para que

dicha advertencia no circulara por ahí y utilizó la posición central que ocupaba en el corazón de la maquinaria organizativa del partido para montar su propia supremacía. Zinóviev y Kámenev le facilitaron las cosas. Pero en 1926 habían cambiado de postura y se habían unido a Trotski en su oposición a la que consideraban una política económica demasiado favorable al campesinado.

En realidad ya se habían dado algunos pasos hacia la planificación industrial completa, aunque sin que se proclamara oficialmente la desautorización de la Nueva Política Económica. Stalin, respaldado firmemente en esta fase por Bukharin, el principal defensor de dicha política, logró socavar las posiciones de poder que ocupaban Zinóviev y Kámenev para inmediatamente desalojarlos de ellas. Los dos fueron además expulsados del partido en 1927 (aunque, tras condenar a Trotski y retractarse de su postura crítica, al año siguiente fueron readmitidos en él, contritos y humillados). Ahora el único que se interponía en el camino de Stalin era Bukharin.

Presionando a favor de llevar a cabo incautaciones masivas de víveres y de adoptar una línea más dura frente al campesinado, Stalin estaba cada vez más enfrentado con su anterior aliado, Bukharin, que se mostraba enérgicamente a favor de mantener la Nueva Política Económica. Pero a mediados de 1928 los dos se habían convertido en enemigos políticos irreconciliables. Stalin afirmaba de manera inflexible que la producción a pequeña escala suponía un obstáculo insalvable para el crecimiento económico. Era esencial garantizar el suministro de los alimentos destinados a una población industrial en expansión. Y eso sólo podía conseguirse mediante una producción a gran escala administrada por el estado. Se movió con habilidad para obtener apoyos dentro del partido para un ambicioso plan destinado a maximizar un crecimiento industrial rápido, a expensas de los habitantes de las zonas rurales. Una vez controlado el aparato del partido, se dedicó a denigrar a Bukharin tachándolo de «desviacionista». En 1929 Bukharin era ya una figura del pasado. Stalin era el vencedor de las luchas de poder, el líder supremo de la Unión Soviética, sin que finalmente hubiera nadie que lo desafiara y reclamara para sí el manto de Lenin.

Para entonces la Nueva Política Económica, aunque no había sido públicamente desautorizada, estaba ya obsoleta. En el invierno de 1927-1928 los campesinos decidieron guardarse el grano en vez de venderlo a los bajísimos precios oficiales. Empezó a cundir la escasez de alimentos, justo en el momento en el que se habían puesto en marcha proyectos industriales de capital importancia. Los intermediarios —mafiosos sin escrúpulos capaces de aprovecharse de la penuria reinante— compraban al por mayor la producción agrícola y luego la vendían a precio de mercado negro. Stalin, el autoproclamado «hombre de acero» —su verdadero nombre era Iósiv Dzhugashvili—, hizo honor a su apodo y respondió de la manera habitual en él: empleando unas medidas coercitivas brutales. Viajó a los Urales y a Siberia en enero de 1928 y ordenó imperiosamente la incautación de todas las reservas de grano, más o menos siguiendo los métodos usados durante la guerra civil. Cualquier oposición a lo que pasó a denominarse el «método uralo-siberiano» fue tratada sin miramientos. Bukharin intentó en vano evitar que las incautaciones fueran a más y atajar el control del poder detentado por Stalin.

A mediados de 1928 Stalin había ganado el conflicto suscitado en torno a la futura política económica. Ese mismo año se presentó un borrador de programa de industrialización acelerada, que fue aprobado en el congreso del partido de abril de 1929 y al que se bautizó como «Primer Plan Quinquenal». La verdad es que la aplicación del plan en cuestión fue en buena parte un auténtico caos, y los extraordinarios aumentos de la producción perseguidos fueron alcanzados sólo en las cifras oficiales de producción, que eran un mero invento. Aun así, los progresos fueron impresionantes, tanto más cuanto que el resto de la Europa industrializada empezaba a ser víctima de una severa depresión. Surgieron gigantescos complejos industriales. En el bajo Dniéper se creó una central hidroeléctrica enorme, se construyeron grandísimas fábricas metalúrgicas en Magnitogorsk en los Urales) y en Kuznetsk (en Siberia) y la fabricación a gran escala de tractores se expandió por Stalingrado y Kharkov. Los campesinos abandonaron las zonas rurales en tropel para sumarse al número cada vez mayor de trabajadores de la industria, cuya cifra se dobló en el

plazo de cuatro años. La producción industrial aumentó, incluso, según los cálculos más escépticos, más de un 10 % al año, llegándose casi a doblar en 1932 la de carbón, petróleo, mineral de hierro y hierro en lingotes.

El precio humano, sin embargo, fue tremendo, un precio que ningún otro país de Europa ni siquiera habría contemplado ni por un segundo. Las condiciones de trabajo, los salarios y los niveles de vida de los trabajadores de la industria eran espantosos. La disciplina dentro de las fábricas era draconiana, infligiéndose severos castigos a los «gandules». Pero el Plan Quinquenal tuvo unas consecuencias todavía peores para los habitantes de las zonas rurales. El régimen se había dado cuenta desde el primer momento de que el programa industrial debía abrirse camino a expensas de los campesinos. Como en 1929 no se logró conseguir de los labradores suficiente grano para evitar la escasez y el racionamiento del pan en las ciudades, ese mismo año se adoptó un programa de colectivización forzosa de la agricultura. La intención era que en el plazo de dos años una cuarta parte de las zonas sembradas estuvieran en manos de las cooperativas agrarias, grandes granjas industriales, trabajadas por un proletariado rural de campesinos que habían sido privados de sus propias tierras. De hecho, la colectivización agraria se llevó a cabo antes incluso de lo previsto. Casi el 60 % de los 25 millones de explotaciones agrícolas domésticas estaba ya colectivizado en marzo de 1930.

Pero los campesinos no obedecieron fácilmente la orden. Casi tres cuartos de millón de labradores participaron en revueltas que estallaron en varios rincones de la Unión Soviética. «Habíamos sufrido confiscaciones de grano y de patatas, y nos lo quitaron todo a la fuerza, tanto a los labradores pobres como a los medianos. Hablando simple y llanamente, fue un robo», se lamentaba el dueño de una pequeña explotación, solicitando la revocación de la colectivización y «libertad, y luego estaremos encantados de ayudar al estado». El régimen reconoció de momento el problema. Stalin culpó de los excesos a los funcionarios locales «embriagados por el éxito». La proporción de campesinos adscritos a las cooperativas retrocedió notablemente, bajando hasta el 23 %. Fue una breve tregua. No tardaron en reactivarse las presiones. Cuando llegó la cosecha de 1931 más de la mitad de las explotaciones domésticas habían sido obligadas a sumarse a las

cooperativas agrarias, que producían casi todo el grano de la Unión Soviética. Al cabo de tres años, la colectivización se había impuesto casi en todas partes.

Su ejecución forzosa fue llevada a cabo despiadadamente por brigadas de zelotes del partido enviados desde las ciudades. Se anunció una política de «deskulakización» —«liquidación de los *kulakí* como clase»— con el fin de fomentar los ataques contra los supuestos campesinos acomodados, acusados de ser capitalistas rurales. Por *kulak*, sin embargo, se entendía lo que los activistas del partido quisieron que se entendiera. Cualquiera que se resistiera a la colectivización podía ser tachado de *kulak* y encarcelado, deportado a algún remoto campo de trabajo, o simplemente fusilado. Sólo de Ucrania fueron deportados a la fuerza 113.637 *kulakí* durante los primeros meses de 1930. El que manifestaba en voz alta alguna objeción a la colectivización forzosa, aunque sencillamente fuera demasiado pobre para ser un *kulak* era llamado *sub-kulak* y recibía el mismo castigo. Muchos *kulakí* huían, después de vender sus propiedades, si podían, o simplemente las abandonaban. Hubo algunos que mataron a sus esposas y a sus hijos y después se quitaron la vida.

Se había esperado que la producción de grano se doblara. En realidad disminuyó, aunque no de manera drástica, pero como la adquisición de cereal por el estado se multiplicó por dos o más, la población rural sufrió una desesperada escasez de comida. Y como los campesinos eran obligados a ingresar en las cooperativas, preferían matar a sus animales o dejarlos morir de hambre antes que entregárselos al estado. El número de reses de ganado vacuno y porcino cayó a la mitad, y el de ovejas y cabras disminuyó en dos tercios. Como consecuencia, la carne y la leche empezaron a escasear. Las cooperativas que no cumplían con los objetivos requeridos eran privadas de los productos procedentes de cualquier otro punto de la Unión Soviética y se les ordenaba que entregaran el grano dejado para simiente, con lo que se aseguraba que la cosecha del verano siguiente fuera un nuevo fracaso.

Durante el terrible año 1932-1933 se extendió por doquier la hambruna, peor que la de 1921-1923 y consecuencia directa de la política agrícola soviética. Kazajstán y el norte del Cáucaso fueron algunas de las

zonas que se vieron más afectadas. El impacto más terrible en absoluto lo sufrió en cualquier caso Ucrania, que habría debido ser una zona fértil y de buenas cosechas. Al entrar en una aldea, un funcionario del partido oyó que le decían: «Nos hemos comido todo aquello a lo que pudimos echar mano: gatos, perros, ratones de campo, pájaros»; incluso la corteza de los árboles. En 1932-1933 más de 2.000 personas fueron castigadas por delitos de canibalismo. No puede saberse con exactitud el número de víctimas que se cobró la hambruna en Ucrania. Los mejores cálculos se sitúan en torno a los 3,3 millones de muertos por inanición o enfermedades relacionadas con el hambre. Para toda la Unión Soviética, es posible que esa cifra fuera casi el doble.

Llegaron a filtrarse algunas noticias de aquel horror. Pero los gestores de la Unión Soviética restaron importancia a las anécdotas que se contaban o las rechazaron tachándolas de propaganda anticomunista. En la mayor parte de la Europa occidental la gente no llegó a saber nada de la hambruna. Pocos observadores extranjeros fueron testigos del desastre. Uno de ellos, el periodista inglés Malcolm Muggeridge, lo describió como «uno de los crímenes más monstruosos de la historia, tan terrible que en el futuro la gente no podrá casi creer que sucedió». Tenía razón. Los habitantes de los confines orientales del continente europeo eran los que peor lo habían pasado antes incluso de la primera guerra mundial, luego durante los tumultos de posguerra y durante la guerra civil rusa, y ahora eran los que peor lo estaban pasando bajo el régimen soviético. El valle de lágrimas era ya muy profundo. Pero la verdadera hondura del abismo estaba todavía por alcanzarse.

El espejo cultural

¿Qué sentido daban los habitantes de Europa al mundo en el que vivían, a las fuerzas que inexorablemente estaban determinando su existencia? Naturalmente es imposible dar una respuesta generalizada. Los modelos de vida y las reflexiones que provocaban dependían de muchas variables. Entre ellos estaban los accidentes geográficos y los antecedentes familiares, además de la clase social, la cultura política y los caprichos del desarrollo

histórico. Las ideas reflexivas de mayor alcance en cualquier caso se limitarían irremediablemente en general a la elite culta, una elite con acceso a los niveles superiores de educación, negados a la inmensa mayoría de la población. Los talentos más innovadores de las artes creativas reflejarían y determinarían a un tiempo lo que, en sentido lato, cabría denominar el *Zeitgeist* o «espíritu de la época». Principalmente entre las personas de clase alta o de la clase media culta, que estaban acostumbradas a absorber los productos de esa «alta cultura», algunos rasgos importantes del pensamiento social y de la creatividad artística llegarían a ser, aunque sólo de manera indirecta, enormemente influyentes. Para la mayoría de la población, en cambio, esa «alta cultura» era inaccesible; estaba definitivamente fuera de los parámetros de la vida normal.

Lo que a la mayor parte de la gente le quedaba al finalizar su jornada de trabajo o al acabar la semana eran las distintas vías de expresión de la cultura popular: las películas de entretenimiento, las salas de baile, y por supuesto (para los hombres, en cualquier caso), las visitas a la taberna o al bar; ninguna de esas vías ofrecía reflexiones acerca del mundo circundante, sino escapismo y emoción momentánea, liberación transitoria de la realidad gris, a menudo deprimente, de la vida cotidiana. El cine ofrecía la mayor oportunidad de evasión. En las ciudades y las grandes urbes de Europa surgieron de repente innumerables «palacios de la imagen». En Alemania era donde había más locales de este tipo, llegando a superar en 1930 la cifra de 5.000 (el doble que diez años antes), con un aforo de 2 millones de butacas en total. La afluencia al cine aumentó más todavía cuando hacia finales de los años veinte las películas mudas empezaron a ser sustituidas por las «habladas». Las salas de cine ofrecían al público lo que quería. Las películas eran en su mayoría comedias, dramas, historias de aventuras o de amor. El deporte profesional —el fútbol especialmente— ofrecía la otra gran vía de escape de los trabajadores, aunque no tanto desde luego de las trabajadoras. La popularidad del fútbol había sido contagiada desde Gran Bretaña a los demás países europeos mucho antes de la primera guerra mundial. Se habían establecido ligas importantes en Alemania, Italia, España y en muchos otros sitios. Lo habitual era la asistencia al campo de numerosísimo público. En Inglaterra, la final de la FA Cup de 1923, la

primera disputada en Wembley, en la que los Bolton Wanderers derrotaron al West Ham United por 2-0, había atraído a una multitud que oficialmente se cifró en 126.000 personas, aunque lo habitual es pensar que doblara ese número.[1]

La «alta cultura» y la «cultura popular» rara vez coincidían. Pero cada una a su manera, las dos fueron fundamentales para el *Zeitgeist* de la Europa de entreguerras. No era sólo una cuestión de formas alternativas de cultura. Era inevitable que los extremos de la creatividad cultural y de la innovación artística alcanzados durante la primera década de la posguerra fueran sólo del gusto de una pequeña minoría. No sólo eran formas culturales vanguardistas —demasiado variadas para ser resumidas con facilidad—, alejadas de las vidas de la mayoría de la población, sino que además, cuando se veía que desafiaban especialmente la cultura y los valores «tradicionales», chocaban con un rechazo hostil.

Pertenecer a la vanguardia significaba sentir apego por los ideales artísticos, por las formas y expresiones del modernismo cultural. Desde aproximadamente comienzos del siglo XX —aunque las ideas propiamente dichas se remontaran más o menos a un par de décadas antes— prácticamente todas las ramas de la creatividad cultural se apartaron de las formas de expresión anteriores, clásicas, realistas y románticas, y abrazaron conscientemente el «modernismo». El concepto estético, por lo demás bastante vago, de «modernismo» abarcaba una gran variedad de modos distintos de expresión artística. Lo que los unía a todos era la rebelión frente a las formas anteriores de representación, a las cuales consideraban pasadas de moda, superficiales, o carentes de significado interno. El manifiesto presentado en 1906 por el grupo de pintores expresionistas de Dresde que se llamaban a sí mismos «Die Brücke» —se pretendía con ese nombre, «el puente», significar que eran la vía de enlace con una nueva era artística— proclamaba que «como jóvenes que llevamos el futuro dentro de nosotros, queremos liberar nuestras acciones y nuestras vidas de las fuerzas viejas cómodamente establecidas». Todo lo que era convencional o «burgués» era rechazado. La experimentación estética sin límites lo sustituía por lo nuevo, lo «moderno». Eso equivalía a la destrucción revolucionaria de lo viejo con el fin de reconstruirlo de maneras completamente nuevas según la

imaginación y la creatividad artística. Los anteriores ideales de belleza, armonía y razón quedaban descartados radicalmente en el modernismo. La fragmentación, la desunión y el caos eran los nuevos *Leitmotive*, una curiosa anticipación a través de las formas culturales de la ruptura política y económica legada por la primera guerra mundial.

Después de la guerra, como sucediera antes de 1914, París fue un imán para la energía y la creatividad cultural, un centro de vitalidad modernista. Pablo Picasso, famoso ya como la fuerza creativa que se ocultaba detrás del cubismo —las nuevas formas de representación tridimensional abstractas —, que había establecido allí su hogar antes de la guerra, era la estrella más rutilante del firmamento. Artistas de todos los rincones del continente y aun de fuera de él se vieron atraídos hacia la vitalidad de la capital francesa. Y lo mismo sucedería con los escritores modernistas, incluidos James Joyce, Ernest Hemingway y Ezra Pound. La innovación artística florecía en la *Rive Gauche*. El dadaísmo (creado en Zúrich en 1916) y el surrealismo (surgido en Francia al año siguiente), las dos formas artísticas, por lo demás estrechamente emparentadas, más novedosas y revolucionarias, prosperaron en París durante los años veinte. Habían surgido principalmente como reacción frente a la sociedad burguesa que había producido el horror de la primera guerra mundial y se extendieron de las artes plásticas a la literatura, el teatro, el cine y la música. Rechazando la razón y la lógica, ambas corrientes hacían hincapié en lo ilógico y lo irracional, describiendo los extraños saltos que da la imaginación. Directa o indirectamente recibieron el estímulo de las ideas relacionadas con el psicoanálisis y con las necesidades primigenias del inconsciente formuladas por Sigmund Freud y Carl Jung. El arte experimental pretendía demostrar que por detrás del orden superficial del mundo había un caos inexplicable. Por detrás de la coherencia aparente estaba el absurdo, los extraños vuelos de fantasía de la psique escondida. La intención era sobresaltar las sensibilidades, estimular la búsqueda de unas posibilidades de significado desconocidas.

Las diversas formas de «modernismo» cultural fueron muy variadas y durante los años veinte cruzaron el continente de punta a punta por vías diferentes que, sin embargo, a menudo se solapaban entre sí. El «Constructivismo» ruso y el movimiento holandés *De Stijl* enfatizaban la

abstracción geométrica en el diseño. El «Futurismo» italiano, pasados ya sus tiempos de gloria de antes de la guerra, utilizaba la pintura abstracta para representar la rapidez, el dinamismo y el triunfo de la tecnología. En literatura, hay un «modernismo» consciente que subyace al *Ulises* de Joyce, la poesía de T. S. Eliot (particularmente en su composición épica de 1922 *La tierra baldía*) y las novelas de Virginia Woolf, figura central del «Grupo de Bloomsbury» surgido en Londres. La «Segunda Escuela de Viena» dio su nombre a la música experimental «atonal» de Arnold Schoenberg, Alban Berg y Anton Webern, que utilizaba variedades distintas de construcciones dodecafónicas para apartarse de la armonía clásica.

Fuera cual fuese la forma que adoptara el modernismo, se caracterizaba por el rechazo al realismo artístico convencional. La fragmentación, la irracionalidad, la fragilidad y la disonancia eran sus principales rasgos y estaban en consonancia con un mundo de posguerra en el que las certezas se habían esfumado. Incluso la física había perdido sus certezas a raíz del desarrollo revolucionario de la Teoría de la Relatividad de Albert Einstein en 1905, mientras que el «principio de incertidumbre» de Werner Heisenberg, introducido en la mecánica cuántica en 1927 y que demostraba que la posición y la velocidad de las partículas alrededor de un núcleo no pueden conocerse con exactitud, parecía cimentar la teoría de que la racionalidad no podía explicar el mundo.

Todos los rasgos del modernismo estaban presentes en la cultura de vanguardia de antes de la guerra, pero los horrores de 1914-1918 acentuaron enormemente la ofensiva artística contra la racionalidad. Y de ser un movimiento marginal antes de la guerra, el modernismo pasó a situarse en la corriente cultural principal de Europa, aunque otra cuestión muy distinta fuera su aceptación popular.

Ningún sitio, ni siquiera París, pudo eclipsar con su brillo «modernista» las innovaciones lingüísticas y culturales alemanas. Debido a la importancia que tuvo y a lo duradera que fue, sería muy fácil exagerar cuán representativa fue en su tiempo la «cultura de Weimar» (como ha dado en llamarse la notable vanguardia cultural alemana de esta época). La expresión cultural, incluso en la Alemania de Weimar, siguió mayoritariamente siendo conservadora y convencional. (La denominación

«República de Weimar» fue tomada de la ciudad de Turingia, centro tradicional de la cultura alemana, estrechamente asociada con Goethe y Schiller, en la que se reunió la asamblea constituyente en 1919.) Sólo el 5 % de las casi 3.000 obras exhibidas en la exposición artística de Múnich de 1930, por ejemplo, eran «modernas». No obstante, la Alemania de Weimar, independientemente de cuáles fueran sus dificultades políticas, y muy especialmente Berlín como punto focal, fueron testigos durante unos pocos años de un florecimiento extraordinario de la creatividad cultural e intelectual de vanguardia que casi no tiene parangón en la historia. Y en Alemania, quizá más que en cualquier otro sitio, el arte y el pensamiento social se adecuaron estrechamente al carácter cambiante de la época cuando la explosión de creatividad de los años veinte dio paso a su rechazo violento una década más tarde.

La guerra no provocó ninguna ruptura en el seno de la vanguardia cultural alemana. El expresionismo, que distorsionaba deliberadamente las formas y desplegaba combinaciones insólitas de colores chillones para trascender la apariencia superficial y exponer los sentimientos y las angustias que se encontraban ocultas en su interior, había sido el estilo artístico más vibrante y significativo durante la década anterior al estallido del conflicto. Algunos de sus exponentes más notables, que abrigaban sueños utópicos, habían acogido incluso la guerra con los brazos abiertos como una experiencia catártica que habría destruido el viejo orden burgués. Las primeras experiencias en combate no hicieron más que subrayar el entusiasmo. «Ojalá pudiera pintar este ruido», había escrito Max Beckmann en 1914. La euforia fue efímera. Al término de la guerra, Beckmann, Ernst Ludwig Kirchner y Oskar Kokoschka, que se habían presentado voluntarios a prestar servicio militar, habían sido licenciados del ejército por agotamiento físico o psicológico. August Macke y Franz Marc habían resultado muertos. El expresionismo había sobrevivido a la guerra, aunque había empezado ya a ser rebasado por el dadaísmo, como forma más evidente de protesta social y cultural, y por un nuevo surrealismo que representaba gráficamente la «veracidad» del horror de la guerra y de la violencia revolucionaria.

La exuberancia idealista del expresionismo de antes de la guerra fue tornándose en un lúgubre pesimismo en lo tocante a la naturaleza humana. En marzo de 1919 Beckmann acabó su gran cuadro *Die Nacht* («La noche»), una representación aterradora de la violencia callejera y del caos político invadiendo el hogar. Otto Dix, que, lleno de entusiasmo, se había presentado voluntario en 1914, realizó una serie de dibujos de víctimas y mutilados de la guerra y, bajo la influencia del dadaísmo, los rodeó de collages a base de recortes de periódico y billetes de banco a modo de fragmentos dispersos de realidad. El sentimiento antibelicista halló su expresión más claramente politizada en las composiciones grotescas de George Grosz, en las que aparecen representados soldados muertos desfigurados e inválidos de guerra, mendigos hambrientos y prostitutas ofreciendo sus servicios en las esquinas de las calles de unas ciudades sórdidas, o especuladores ufanos de las ganancias obtenidas mediante la guerra, industriales ricos y orondos y militaristas satisfechos.

A mediados de los años veinte la tendencia cultural predominante parecía reflejar las condiciones más estables que habían logrado cuajar en Alemania. La preocupación por la psique íntima, las emociones y el idealismo que había caracterizado al expresionismo y las manifestaciones relacionadas con él, había dado paso a un afán de claridad y orden en la forma estética, a una «nueva objetividad» o «nueva facticidad» (*Neue Sachlichkeit*), que tomó su nombre de una exposición de pintura organizada en 1925 en Mannheim. El modernismo había sido adoptado ya en el diseño práctico, la arquitectura, la pintura, la fotografía, la música y el teatro. En Weimar, y luego en Dessau, la Bauhaus, fundada por Walter Gropius en 1919, reunió a pintores, escultores, arquitectos y diseñadores gráficos para crear un nuevo estilo marcado por la racionalidad y el funcionalismo. Entre los pintores más destacados asociados con la Bauhaus estaba Wassily Kandinsky, que antes de la guerra había sido la figura dominante del grupo de expresionistas *Der Blaue Reiter* («El Caballero Azul»), con base en Múnich. Ahora, de regreso de Rusia, se había dedicado a crear composiciones brillantemente llamativas, más angulares, abstractas y geométricas. La Bauhaus tenía una finalidad práctica, además de artística e idealista. Gropius creía en el dominio de la tecnología para crear nuevas

formas de viviendas planificadas racionalmente que superaran la miseria social y las diferencias de clase. La limpieza, la comodidad y la eficacia en el uso del espacio eran su sello de distinción. La sencillez del estilo y la belleza eran inseparables en esta visión utópica. Debía ser una «nueva objetividad» en su expresión más práctica y socialmente valiosa.

Uno de los productos más destacados de la innovación arquitectónica fue la Weissenhofsiedlung («Urbanización de Weissenhof»), construida para una exposición celebrada en Stuttgart en 1927. Los sesenta edificios, construidos por un equipo de destacados arquitectos (entre ellos Le Corbusier) bajo la dirección de Mies van der Rohe, resumían un nuevo estilo modernista dominado por líneas geométricas, fachadas sin adornos, tejados planos e interiores sin tabiques. La edad de las máquinas, la tecnología moderna y la producción en masa encontraron su aprovechamiento artístico en el uso del acero, el vidrio y el cemento. La máxima era «Forma sin Ornamentación». El movimiento no fue ni mucho menos acogido con los brazos abiertos por todo el mundo. Sus adversarios más vehementes lo tacharon de «bolchevismo cultural». De hecho, la arquitectura y la planificación urbanística de vanguardia tuvieron una repercusión directa muy escasa sobre el estado de la vivienda en las ciudades alemanas durante los años veinte, aunque algunos arquitectos fueron invitados a diseñar bloques de pisos en Berlín, Frankfurt y otros lugares. No obstante, buena parte del diseño moderno (como el Art Déco, emparentado con él, creado en primer lugar en Francia durante los años veinte) iría encontrando su camino en una gran variedad de usos más tópicos, en Alemania y en muchos otros países.

La riqueza de la literatura y del pensamiento social en la esfera cultural alemana no cabe en su totalidad ni con absoluta claridad dentro de las categorías de neoexpresionismo y de «nueva objetividad», por muy amplia que sea la definición que se dé de estos términos. Posiblemente la novela más influyente de los años de entreguerras fuera una de las obras más hermosas de uno de los autores más famosos de Alemania, Thomas Mann, cuyo conservadurismo lo había llevado gradualmente a un compromiso racional, ya que no instintivo o emocional, con la nueva democracia alemana. *Der Zauberberg* (*La montaña mágica*), que en realidad Mann

había empezado a escribir antes de la guerra, apareció en 1924 y tuvo una acogida extraordinaria. Mann había interrumpido su composición durante la guerra antes de acabarla más de una década después de haberla empezado, bajo la influencia de la capacidad de autodestrucción de la humanidad durante la gran conflagración, y en una forma que se parecía muy poco a su concepción inicial. La obra, sumamente compleja, es muy rica en simbolismos, y se centra principalmente en la enfermedad de la sociedad burguesa. El escenario rarificado de un sanatorio para enfermos de tuberculosis en los Alpes suizos constituye una metáfora de un mundo enfermo y decadente. Dos de los personajes principales (Settembrini y Naphta) representan el conflicto entre la razón y una irracionalidad aterradora. El tercer personaje (Castorp), dividido entre los otros dos, parece decantarse finalmente por los valores de la Ilustración, para declararse, sólo cuando la novela llega a su fin, en una nota ambigua, sometido «al principio de lo irracional, al principio genial de la enfermedad, al cual, en verdad, estaba sujeto con mucha anterioridad, si no desde siempre».

Lo irracional, en este caso el carácter inexplicable, claustrofóbico y amenazador, de unas fuerzas determinantes que mantienen al individuo encerrado en una jaula de hierro, y con las cuales éste es incapaz de combatir, estaba en el corazón mismo de las obras misteriosas, aparentemente proféticas, de Franz Kafka; obras mucho menos conocidas en los años veinte de lo que lo serían mucho después de su muerte, acontecida en 1924. La sorprendente originalidad de Kafka, con su aspecto demacrado, sus ojos hundidos y su carácter psicológicamente atormentado, resulta tanto más extraordinaria si tenemos en cuenta su relativo distanciamiento de los principales representantes literarios de la vanguardia alemana (aunque estaba muy familiarizado con muchas de sus producciones). Kafka no tenía más capacidad de predecir el futuro que cualquier otro. Pero su forma de escribir —literatura moderna en su estado más sombrío— parecía singularmente capaz de captar la desolación y la absoluta alienación desconcertada del individuo frente a los modernos mecanismos sociales y burocráticos del poder y la represión. El brillante sociólogo alemán Max Weber había visto en el poder de la burocracia la

esencia misma de la modernidad, y había hablado del «desencanto del mundo» en una sociedad racionalizada, aunque, eso sí, una sociedad en la que la razón disciplinada se encargaría de defender la libertad. En manos de Kafka no cabía semejante optimismo implícito.

Al enfrentarse a una realidad más allá de la fachada aparentemente ordenada de la rutina cotidiana, Kafka describe un mundo insondable de normas burocráticas, órdenes, leyes y persecución, en el que todos los intentos de encontrar una senda a través del laberinto chocan con puertas cerradas y nunca conducen fuera del caos hasta una meta distante de redención ansiada.

En *El proceso*, novela publicada en 1925, después de la muerte de Kafka, Josef K. es detenido acusado de unos cargos que nunca se explican, y tiene que enfrentarse a un tribunal amenazador, aparentemente omnipresente, inevitable, aunque invisible. Cuando intenta protestar y declararse inocente, le dicen que «así es como hablan los culpables». Su prolongado «proceso», aunque no existen actas formales, lo lleva irremediablemente a la aceptación gradual de su culpabilidad, en último término a la sumisión, y finalmente a la conformidad con su bárbara ejecución a manos de dos verdugos silenciosos en una cantera solitaria y desolada. En *El castillo*, publicada en 1926, un agrimensor que llega a una aldea perdida, presumiblemente por orden del propietario del castillo, al que nunca se ve, topa con la continua hostilidad de una comunidad cerrada, sometida a la autoridad por lo demás indefinida (aunque real en la mente de todos) del nebuloso castillo. El forastero, obsesionado cada vez más y de forma destructiva con la autoridad del castillo, tropieza con una densa red de control social. Dicha red excluye incluso el acceso a un funcionario superior, quizá puramente imaginario, para saber por qué el agrimensor ha sido llamado al castillo, que permanece siempre fuera de su alcance. En la obra de Kafka el sometimiento voluntario a una normativa incomprensible ofrece lo que parece —aunque el carácter extraordinariamente complejo de su escritura es susceptible de interpretaciones muy variadas— un avance de lo que serían las sociedades totalitarias de décadas posteriores.

Por asombrosa que fuera la producción de «alta cultura» en unos campos tan numerosos y diversos y en tantos países distintos de Europa durante los años veinte, lo cierto, sin embargo, es que apenas afectó de manera directa a las vidas de la gente corriente. El teatro alemán constituye un buen ejemplo en este sentido. El florecimiento del teatro durante los años veinte, incluso en pequeñas ciudades (gracias en gran medida a la generosa financiación pública, posible en buena parte gracias a los préstamos a corto plazo procedentes de Estados Unidos), fue un elemento central de la extraordinaria cultura de la República de Weimar. El caso más conocido es el de Bertolt Brecht, que experimentó con nuevas formas de representación teatral, en parte mediante el uso del montaje, decorados escasos y escenas inconexas, para producir un distanciamiento de la acción y no la identificación con ella, y estimular así la crítica de la sociedad capitalista. Pero la mayoría de los alemanes que iban al teatro evitaba las obras experimentales de Brecht y otras creaciones de vanguardia. El teatro experimental equivaldría apenas al 5 % del repertorio habitual durante los años veinte. El teatro era mayoritariamente de carácter conservador. Además, casi todo el público quería ver musicales, comedias, farsas y otros entretenimientos ligeros. En cualquier caso, la gente que habitualmente iba al teatro ya era de por sí una pequeña minoría de la población y en su mayoría, debido a su coste, pertenecía a la clase media. Como señalaba un estudio de 1934, la mayoría de los trabajadores alemanes no iba nunca al teatro.

Otros medios ponen de manifiesto una división similar entre la «alta» cultura y la cultura «popular». La difusión del gramófono y todavía más la de la radio supusieron que la gente no necesitara ni siquiera salir de casa para disfrutar del mundo del espectáculo, que, la mayor parte de las veces, tenía en cualquier caso un carácter ligero. Lo más probable era que en especial los jóvenes escucharan ragtime, música de jazz, bailables o canciones populares, llegadas del otro lado del Atlántico, y no Beethoven o Wagner, por no hablar de Schoenberg o Webern.

También los patrones de lectura a menudo pasaban por alto los clásicos literarios modernos. Los libros seguían siendo lo bastante caros como para ser comprados sólo por la gente acaudalada. La red de bibliotecas públicas

estaba expandiéndose, aunque no está claro hasta qué punto benefició este hecho directamente a la clase obrera. La «burguesía culta», sector relativamente amplio de la población alemana, quizá se lanzara rápidamente a leer *Der Zauberberg* de Thomas Mann (o al menos a hablar con conocimiento de causa de ella), pero la mayoría de los trabajadores alemanes parece que leían poco más que periódicos y revistas. Los lectores británicos es probable que devoraran las novelas policíacas de Edgar Wallace y Agatha Christie o que disfrutaran más con las peleas de Jeeves y Wooster de P. G. Wodehouse que no con las complejidades de la escritura «modernista» de Virginia Woolf. La *intelligentsia* parisina quizá se entusiasmara con el *Manifeste du surréalisme* (*Manifiesto del surrealismo*) de André Breton, aparecido en 1924, con las obras más recientes de Marc Chagall o Picasso, o con la extraordinaria novela épica en siete volúmenes (extraordinaria entre otras cosas por lo larga que es) de Marcel Proust *À la recherche du temps perdu* (*En busca del tiempo perdido*), pero es harto improbable que compartieran esa pasión los campesinos de la Francia provinciana profunda o los obreros que trabajaban duramente en las grandes fábricas del norte del país. Incluso un crítico compasivo de la visión distópica de la humanidad esclavizada por las máquinas que ofrece Fritz Lang en su brillante película muda futurista de 1927 *Metrópolis*, la consideraba un fracaso «porque sencillamente no es como la vida real, ni como la vida de ayer ni como la de mañana». El público cinematográfico en rápido aumento deseaba en su mayoría reírse con las antiguallas mudas de Charlie Chaplin y no reflexionar acerca del sentido de la vida con las obras maestras de la vanguardia artística que lo inducían a pensar.

Las dos esferas de la «alta» cultura y la cultura «popular», del arte y el entretenimiento, raramente coincidían o se solapaban. La cultura modernista de vanguardia quizá fuera considerada irrelevante por la mayoría de los europeos, algo que no los afectaba y que no tenía repercusión alguna sobre su vida cotidiana. Pero a pesar de todo tuvo una significación enorme: sólo unos años más tarde, en 1933, la quema de libros llevada a cabo por los nazis como consecuencia de la ideología cultural y

racial del régimen, que los declaró ilegales, y el ataque frontal lanzado contra el «arte degenerado» vendrían a demostrarlo de la forma más brutal posible.

La Gran Depresión de comienzos de los años treinta había marcado un hito cultural decisivo. Cuando la crítica de todo lo que resultaba nuevo, amenazador o «moderno» se intensificó debido al impacto de la crisis, la ofensiva contra las formas culturales «degeneradas» se convirtió en un elemento muy poderoso del armamento del fascismo. Estas reacciones fueron particularmente extremas en Alemania, entre otras cosas por lo radical que había sido en este país la experimentación artística durante los años veinte. Sin embargo, el atractivo de la derecha fascista, no sólo en Alemania, se basaba culturalmente en el intento no ya de dar marcha atrás en el tiempo y de volver a no sé qué época tradicional mítica, sino de ligar una imagen de valores culturales «tradicionales» —en la práctica muy distorsionada la mayor parte de las veces— con la visión de un futuro alternativo utópico. Esa visión era de por sí «moderna» a su manera, desde luego por la explotación que hacía del progreso tecnológico con fines políticos. Pero su versión de la «modernidad» rechazaba abiertamente las ideas de pluralismo liberal, individualismo, democracia y libertad que se habían propagado por toda Europa a partir de la Revolución Francesa de 1789. Fundamental en la visión utópica del fascismo era el renacimiento nacional a través de la redención de las formas «decadentes» o «enfermizas» de la modernidad. Eso significaba la supresión despiadada de la creatividad artística de vanguardia propia de una sociedad pluralista.

La disyunción entre cultura de vanguardia y cultura popular es habitual en la mayoría de las sociedades. Más ominoso sería el pesimismo cultural —más pronunciado en la numerosa burguesía culta de Alemania que en cualquier otro sitio, aunque desde luego no se limitara sólo a ese país— que condenaba ambas corrientes por considerarlas expresiones de una modernidad corrosiva y decadente y síntomas del hundimiento nacional. Las formas artísticas modernas ofrecían muchos objetivos contra los que los conservadores podían dirigir sus tiros, mientras que el hedonismo de la sociedad de Berlín constituía un blanco fácil para la denuncia agresiva en las charlas de los hogares de la clase media seria, en las conversaciones de

los cafés de las ciudades de provincia, o en las mesas de cualquier taberna rural. Esa «decadencia» podía verse como una amenaza para la robustez moral y cultural de la nación.

El rechazo del «americanismo» se convirtió en la síntesis de todos los males de la modernidad a los que, a su juicio, se enfrentaba la clase media alemana. El jazz era tachado de «música de negros», producto de una civilización inferior a la que había generado a Bach y a Beethoven, mientras que los ritmos eróticos del baile «americano» eran considerados una amenaza a la moral sexual de las jóvenes. El corte «americano» a lo *garçon* que lucían, afirmaba un clérigo, estaba «verdaderamente desprovisto de metafísica». El envilecimiento de la cultura parecía resumirse en Josephine Baker, una cantante y bailarina afroamericana originaria de St. Louis, Missouri, que conquistó Berlín (como había hecho con París) con su baile exótico (y erótico), cubierta con poco más que un manojo de plátanos. Las películas de Hollywood, que atraían a millones de espectadores a finales de los años veinte, se decía que «engullían no sólo la personalidad de los individuos, sino de pueblos enteros» en su mediocridad. Los productos industriales fabricados en masa, considerados una amenaza para la artesanía alemana tradicional, y el consumismo, simbolizado por los grandes almacenes que minaban la existencia de las pequeñas tiendas, eran otras tantas manifestaciones del «americanismo», que, según se creía, constituía un verdadero ataque a la esencia cultural de la nación.

Los ataques contra la decadencia cultural fueron en Alemania más allá del ataque contra el «americanismo». El socialismo, el marxismo, el bolchevismo, el liberalismo y la democracia podían aspirar a ser objeto de las críticas de la sociedad moderna. Y en todo ello había una inequívoca dimensión racial. Resultaba fácil presentar a los judíos, que desempeñaban un papel destacado en la vida cultural y en los medios de comunicación, como los principales proveedores de la moderna «cultura del asfalto» de la gran ciudad, como antítesis de la «verdadera» cultura alemana encarnada en la «sangre y la tierra» de las zonas rurales.

En medio del pesimismo cultural podrían también cobrar nueva fuerza las esperanzas de crear una nueva elite, que proporcionara un terreno fértil para el cultivo de ideas de regeneración nacional a través de la eugenesia y

la «higiene racial». La primera guerra mundial y los espectaculares cambios que había desencadenado habían intensificado enormemente la sensación de pérdida de los valores y de decadencia cultural. Las pérdidas sufridas en la guerra agudizaron en particular la preocupación por la caída de los índices de natalidad, muy comentada y considerada en general una amenaza para la familia, los valores que ésta representaba y la virilidad de la nación. Los inválidos de guerra a los que faltaba algún miembro y el espectáculo de viudas jóvenes llorando por sus maridos muertos en el frente parecían simbolizar los peligros demográficos a los que se enfrentaba el futuro de la nación. No sólo la disminución del índice de natalidad, sino también la calidad de la población llegó a preocupar a algunas figuras influyentes de la profesión médica y fomentó las ideas de la eugenesia.

No se trataba de una peculiaridad de Alemania. La Sociedad Eugenésica de Gran Bretaña, fundada en 1926, no tardó en contar con 800 miembros, pertenecientes principalmente a las elites de la ciencia, la cultura y la política, obsesionados con la mejora biológica de la población, y cuya influencia era mayor que su número. Existieron sociedades eugenésicas también en los países escandinavos, en España, en la Unión Soviética y en otros lugares. La esterilización de los enfermos mentales con el fin de mejorar la calidad de la población —y al mismo tiempo de ahorrar dinero— fue abordada más allá de las fronteras de Alemania. Por ejemplo, en 1922 se había fundado un Instituto Sueco de Biología Racial en Uppsala. Pero la obsesión por la calidad racial, en cualquier caso, fue particularmente notable en Alemania. Ya en 1920, un jurista especializado en derecho penal, Karl Binding, y un psiquiatra, Alfred Hoche, habían planteado lo que por entonces era todavía la opinión extremada de una pequeña minoría, a saber la idea de que debía autorizarse «la destrucción de la vida indigna de ser vivida». «El hincapié en la calidad de la composición de la nación, y no en la cantidad, se asocia psicológicamente con la reducción de nuestras áreas de producción de alimentos», se afirmaba en un discurso pronunciado ante la Asociación Alemana de Psiquiatría en 1925, vinculando la política demográfica con la falta de «espacio vital» (*Lebensraum*, término asociado posteriormente con la ideología nazi). Dos años después la disminución del índice de natalidad en Alemania era calificado como «el más temible entre

los múltiples símbolos de la decadencia de nuestra cultura», provocado por «la victoria de la ciudad sobre el campesinado» y por la emancipación de la mujer, y destinado a conducir finalmente «al hundimiento de la raza blanca».

Sumamente influyente para el fomento del pesimismo cultural fue la obra de Oswald Spengler *Der Untergang des Abendlandes* (*La decadencia de Occidente*), cuyo primer volumen apareció en 1918, justo antes de que acabara la guerra (el segundo aparecería cuatro años después). La comparación laboriosamente desarrollada por Spengler de las culturas históricas utilizaba una analogía biológica con los ciclos vitales para sostener, en términos un tanto místicos, que la cultura occidental estaba condenada a sucumbir debido al impacto del materialismo, que sólo podía ser combatido por el poder de un estado fuerte y unido en manos de una elite. En 1926 la clase media alemana había llegado a comprar más de 100.000 ejemplares de esta enrevesada obra. Una lectura más fácil que la obra de Spengler, pero que también fomentaba el espíritu de pesimismo cultural y que fue explotada por la derecha política, fue la novela de Hans Grimm *Volk ohne Raum* (*Pueblo sin espacio*), publicada en 1926, que daba a entender que la superpoblación era la raíz de los males económicos de Alemania, cuya superación sólo podía lograrse a través de una «lucha por la existencia» para conquistar nuevas tierras (tierras que, a su juicio, sumándose a la nostalgia del imperio, se encontraban en África). La novela llegó a vender más de 200.000 ejemplares entre 1926 y 1933, muchos de ellos destinados, sin duda, a partidarios del movimiento nazi en expansión.

Sólo una minoría relativamente pequeña de la población de 60 millones de alemanes eran ávidos lectores de las obras de Spengler o Grimm. Sin embargo, no debería infravalorarse la influencia de escritores como ellos, y de otros autores que tuvieron oportunidad de exponer sus teorías en los periódicos o en otras publicaciones, o de individuos, como los clérigos y los profesores, que hacían de «multiplicadores» de opinión. Ni tampoco debería infravalorarse su potencial para configurar actitudes que pudieran ser popularizadas más tarde por el fascismo.

La mayoría de la población de Alemania era lo suficientemente mayor como para recordar —aunque a veces de manera distorsionada y caprichosa — lo que, con el paso del tiempo, se parecía cada vez más a una época maravillosa de paz, prosperidad y civilización que había sido destruida por la guerra, dejando tras de sí un legado desastroso y caótico. A ojos de los exponentes del pesimismo cultural, sólo quedaba la sombra de la gloria pretérita. Y en su opinión lo que quedaba de la civilización europea y de los valores del «Occidente» (*Abendland*) cristiano estaba en peligro no sólo debido a la decadencia interna, sino también a la importación de la «enfermedad» moral y política externa. No cabe duda acerca de la naturaleza de su principal angustia: la amenaza existencial procedente de la potencial propagación del bolchevismo por Europa y, sobre todo, de sus efectos corrosivos en la propia Alemania.

El pesimismo cultural estaba más generalizado y era más agudo en Alemania que en cualquier otro lugar de Europa. Ningún otro estado se hallaba tan desgarrado por la angustia suscitada por su decadencia nacional (aunque Francia no le iba demasiado a la zaga, y pocos países, si es que hubo alguno, se libraron del pesimismo cultural). Las manifestaciones de pesimismo cultural en Alemania indican que en el país más importante y avanzado de Europa central, incluso durante los «felices veinte» empezaron a articularse ideas que se convertirían en una fuerza muy poderosa en un clima político e ideológico drásticamente distinto. Ese momento todavía no había llegado. El pesimismo cultural y sus corrientes ancilares seguían siendo un gusto minoritario. Pero todo cambiaría con la llegada de la Gran Depresión.

¿Perspectivas luminosas?

La aceptación del Plan Dawes en 1924 abrió la puerta a una potencial nueva base de las relaciones entre Francia y Alemania. Este punto representaba el problema más grave para las esperanzas de una seguridad duradera en Europa. El nuevo secretario del Foreign Office británico, Austen Chamberlain, cuya figura altanera y sobria, siempre vestido de chaqué y tocado con chistera, con su clavel y su monóculo, hacía que pareciera,

aunque de forma indebida, una mera caricatura de la clase alta inglesa, expresó en enero de 1925 su esperanza de que pudiera «construirse ... una nueva Europa ... sobre unos cimientos que den paz y seguridad a las naciones del viejo mundo». Tales esperanzas parecían bastante realistas. La clave para la estabilización de Europa era la superación de la barrera fundamental planteada por la incompatibilidad de las demandas de revisión del Tratado de Versalles presentadas por Alemania y la insistencia francesa en la seguridad impenetrable contra cualquier ulterior agresión proveniente de su vecino del este del Rin.

Chamberlain se convertiría en un intermediario importante a la hora de crear un nuevo ambiente en las relaciones franco-alemanas en 1925-1926. Los intereses globales de Inglaterra, que comportaban unos enormes gastos en materia de defensa (especialmente los destinados a la armada) para proteger sus posesiones ultramarinas, requerían la desactivación de las tensiones en Europa, lo que significaba establecer un equilibrio de algún tipo entre Francia y Alemania. Pero los dos actores principales en el reordenamiento de las relaciones fueron los homólogos de Chamberlain en estos dos países, sus ministros de Asuntos Exteriores, Aristide Briand y Gustav Stresemann.

Briand —elocuente, encantador, siempre con un cigarrillo en los labios, debajo de su poblado mostacho— era el arquetipo del diplomático francés y un estadista de grandes visiones, que incluso en una coyuntura tan temprana contemplaba la posibilidad de una futura unión federal europea independiente del poderío americano. Briand reconocía que los intereses de Francia consistían en compaginar la necesidad indispensable de seguridad con un acercamiento a Alemania que pudiera constituir la base de una paz y una prosperidad duraderas para los dos países. La dificultad radicaba en convencer a la opinión pública francesa de que cualquier acercamiento a su viejo enemigo no tenía por qué socavar su seguridad.

El ministro de Asuntos Exteriores alemán, Gustav Stresemann —figura de aspecto sólido, con una cara ligeramente porcina, bigote fino y completamente calvo, y una personalidad enérgica, ambiciosa e imponente— era un hombre también con amplitud de miras en su afán por asegurar los cimientos de una paz duradera en Europa. En un momento dado había

sido monárquico ferviente y, durante la guerra, un destacado anexionista. Pero la contienda, la experiencia alemana de la posguerra y del traumático año 1923 (durante parte del cual había sido canciller del Reich) lo habían convencido de la necesidad de cambiar las relaciones con Francia si quería que se hiciera realidad el objetivo que había declarado de situar a «una Alemania en paz en el centro de una Europa en paz». «¿Pero cómo va a ser posible esa paz», se preguntaba Stresemann, «si no se basa en un entendimiento entre Alemania y Francia?».

Stresemann era a la vez un pragmatista astuto y un nacionalista impenitente. Ello no suponía contradicción alguna. Para él era fundamental la necesidad de restablecer el predominio de Alemania en Europa. Pero Alemania estaba aislada diplomáticamente y era muy débil desde el punto de vista militar. Para hacer posible la recuperación de la hegemonía alemana, el requisito absoluto era la recuperación del rango de «gran potencia» en pie de igualdad plena con Gran Bretaña y Francia, que condujera a la revisión del Tratado de Versalles y a la solución de la cuestión de las indemnizaciones y reparaciones de guerra. En su opinión eso sólo podía alcanzarse por medio de una negociación pacífica, lo que significaba el acercamiento a Francia. Como Briand en su país, Stresemann en Alemania se las vio y se las deseó en su afán de mantener a raya a los sectores de la derecha nacional, por lo demás bastante numerosos y agresivamente críticos, que exigían una política exterior más firme. Y durante cinco años consiguió su propósito.

El paso decisivo para el establecimiento de una distensión franco-alemana fue el Tratado de Locarno, firmado el 16 de octubre de 1925. Sus términos habían sido firmados por Stresemann, Briand y Chamberlain a bordo del *Orange Blossom* en el curso de cinco horas de paseo en barco por el lago Maggiore. Alemania, Francia y Bélgica se comprometían a no atacarse unas a otras. Gran Bretaña e Italia avalaban el compromiso. El elemento central del tratado era la garantía por parte de las cinco potencias de las fronteras occidentales de Alemania y de la zona desmilitarizada de Renania. El acuerdo allanaba el camino para el rápido ingreso de Alemania en la Sociedad de Naciones en 1926, mientras que la mejora de las relaciones diplomáticas creada por el «espíritu de Locarno» ofrecía

esperanzas de una paz duradera a los habitantes de Europa occidental. Los franceses estaban muy contentos de que Gran Bretaña garantizara por fin formalmente su seguridad. Para Briand aquello suponía una ganancia trascendental. Gran Bretaña acogía con los brazos abiertos la distensión y el hecho de que sus responsabilidades futuras en Europa quedaran confinadas a la frontera del Rin. Para Stresemann, Locarno era un paso necesario para el objetivo a largo plazo del resurgimiento de Alemania. Una vez eliminado el aislamiento diplomático, las perspectivas de conseguir una pronta retirada de las tropas aliadas de la zona desmilitarizada de Renania (prevista para 1935) eran más luminosas. Aparte de eso, quizá ahora fuera posible recuperar la franja Eupen-Malmédy de Bélgica, obtener de nuevo el Sarre, facilitar el pago de las indemnizaciones y reparaciones de guerra y poner fin al control militar de los Aliados en Alemania. Bien es verdad que había que admitir la pérdida de Alsacia-Lorena, pero Stresemann señalaba que se trataba de un corolario inevitable de la debilidad militar alemana. Y no había tenido que hacer concesión alguna en lo tocante a la cuestión de las fronteras orientales de Alemania.

Con el resultado del Tratado de Locarno todas las potencias occidentales tenían motivos de satisfacción. En la Europa del este la respuesta fue muy distinta. Polonia en particular se sintió defraudada por las potencias occidentales, especialmente por su gran aliada, Francia. La posición de Polonia se veía significativamente debilitada, el país quedaba más aislado de lo que había estado, embutido de manera precaria entre la Unión Soviética y Alemania. No hubo ningún «Locarno del este». Alemania había descartado explícitamente la inclusión de cualquier garantía para las fronteras de Polonia. Ni Gran Bretaña, que no deseaba verse envuelta de ninguna manera en la Europa del este, ni Francia, a pesar de sus alianzas con Polonia y con la «Pequeña Entente» de Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia, que databan de 1921, tenían motivos suficientemente fuertes para insistir en semejante garantía. Los dos países tenían mayor interés en ligar a Alemania más estrechamente a Occidente y eliminar cualquier probabilidad de que reforzara sus lazos con la Unión Soviética, defendida por algunas voces en Alemania, recordando los beneficios del Tratado de Rapallo de 1922, que había establecido unas

prósperas relaciones comerciales (así como una cooperación militar secreta) significativamente beneficiosas para los dos países. Como era de prever, los nacionalistas más escandalosos de Alemania se sintieron decepcionados con Locarno. El propio Stresemann intentó suavizar la actitud de sus críticos de derechas dejando abierta la cuestión de la posible «corrección» de las fronteras del este, con la perspectiva de que Dánzig, el Corredor Polaco y Alta Silesia volvieran en un momento dado a Alemania. Dio todo tipo de seguridades de que no se contemplaría el uso de la fuerza. Su postulado era que sólo una diplomacia paciente habría acabado consiguiéndolo con el tiempo.

El 10 de septiembre de 1926 Alemania fue admitida en la Sociedad de Naciones como miembro permanente del consejo. Stresemann habló del lugar de Alemania al lado de sus antiguos enemigos, refiriéndose al potencial de un nuevo rumbo para la humanidad. Chamberlain veía en todo aquello el fin del capítulo de la guerra y un nuevo comienzo para Europa. Briand fue el encargado de poner la nota de la retórica exaltada. «¡Fuera los fusiles, las ametralladoras, los cañones! ¡Paso a la conciliación, al arbitraje, y a la paz!», declaró. (Dos años después Briand, cuyo idealismo no se dejaba amilanar en ningún momento, sería el instigador, junto con el secretario de estado americano Frank B. Kellogg, del Pacto Briand-Kellogg, singularmente vacuo, que renunciaba a la guerra como instrumento de política nacional y medio de resolver las disputas internacionales, y que se vería condenado a quedar en letra muerta desde el momento mismo de su firma.)

La embriaguez del «espíritu de Locarno» no tardó en disiparse. Una vez calmada la euforia, el abismo que separaba los intereses de franceses y alemanes seguía siendo enorme. Los temores franceses por su seguridad no eran fáciles de superar. Análogamente, las esperanzas alemanas de un pronto final de la ocupación extranjera de toda Renania se evaporaron rápidamente (aunque las tropas aliadas dejaron la zona de Colonia en 1926). La propuesta presentada en 1926 de lograr la consecución de los objetivos alemanes poniendo a la venta bonos de la red de ferrocarriles depositados en la Comisión de Indemnizaciones y Reparaciones de Guerra por un valor de 1,5 millones de marcos de oro, quedó en nada. Alemania había insistido

en la evacuación de Renania (donde había acantonados en suelo alemán 60.000 soldados aliados), la devolución del Sarre y de los cantones de Eupen-Malmédy a Alemania, y la supresión de la Comisión Interaliada de Control Militar. Pero los franceses vieron pocos o nulos beneficios en aceptar un mayor riesgo para su seguridad (aunque la supervisión aliada del desarme alemán fue traspasada de hecho a la Sociedad de Naciones en 1927). Además, los banqueros americanos se opusieron a la comercialización de obligaciones en virtud del Plan Dawes. En una asamblea de la Sociedad de Naciones celebrada dos años después, en 1928, Alemania exigió formalmente la evacuación de Renania, esta vez sin ofrecer nada a cambio. Francia e Inglaterra, que como era de prever no se dejaron impresionar, insistieron en que la cuestión de Renania fuera dejada entre paréntesis junto con la resolución final de la cuestión de las indemnizaciones y reparaciones de guerra.

Por entonces, las indemnizaciones y reparaciones de guerra empezaban a convertirse de nuevo en una preocupación destacada, pues, según el Plan Dawes, estaba previsto que en 1928-1929 subiera el importe de los plazos de amortización de la deuda, lo que supondría un incremento de la carga para la economía alemana. En enero de 1929 un nuevo comité de indemnizaciones y reparaciones presidido por el empresario americano Owen D. Young empezó a trabajar en una revisión del marco de regulación. Sus recomendaciones, presentadas cinco meses después, fueron aceptadas por los gobiernos implicados en agosto de ese mismo año. Según el Plan Young, Alemania tendría que pagar una cifra significativamente menor, especialmente durante los primeros años, de la prevista por el Plan Dawes. Pero la carga se prolongaría en el tiempo. Estaba previsto que el último plazo venciera en 1988. Indignada, la derecha nacionalista alemana organizó una petición de rechazo del Plan Young y forzó la celebración de un referéndum sobre el asunto. Pero cuando éste tuvo lugar, en diciembre de 1929, seis de cada siete electores votaron a favor de la aceptación. Aunque no vivió para ver el resultado del referéndum, Stresemann se había mostrado favorable al Plan Young porque significaba la consecución de uno de sus objetivos inmediatos: si Alemania lo aceptaba, los Aliados se

comprometían a evacuar Renania. El parlamento alemán ratificó el Plan en marzo de 1930. Y el 30 de junio de ese mismo año los Aliados retiraron sus tropas, cinco años antes de lo estipulado en el Tratado de Versalles.

Para entonces Stresemann, el arquitecto del revisionismo pacífico, ya había muerto. Era mucho lo que había conseguido en poco tiempo, aunque no viviera para ver los frutos de todos sus esfuerzos: el término de la ocupación del Ruhr, el fin de la supervisión de la Comisión de Control Militar Interaliada, la estabilización de la economía y el adelanto de la evacuación de Renania, además, por supuesto, del Tratado de Locarno y el ingreso de Alemania en la Sociedad de Naciones. Pero llevaba largo tiempo sufriendo graves problemas de salud, exacerbados por sus agotadores esfuerzos diplomáticos. Con las nubes adensándose sobre los cielos de Alemania y la crisis económica a punto de barrer la totalidad del continente europeo, la muerte de Stresemann supuso un duro golpe para las posibilidades de continuar por la senda que él mismo había trazado, la senda del compromiso, la prudencia y la restauración negociada del poderío alemán. A ello se sumó la pérdida de influencia de Briand, como consecuencia de lo que la mayoría de los franceses consideraban su debilidad en las negociaciones sobre la aceleración de la evacuación de Renania y su inadecuada defensa, según muchos, de los intereses de la seguridad de Francia. Briand había ocupado el cargo de primer ministro la cifra récord de once veces. Durante este último gobierno suyo (además de ejercer como ministro de Asuntos Exteriores había sido nombrado presidente del gabinete desde el mes de julio), dejó el cargo al cabo de un mes de la muerte de Stresemann.

La Conferencia de La Haya de agosto de 1929, que había sido convocada con el fin de alcanzar un acuerdo sobre la cuestión de las indemnizaciones y reparaciones de guerra y la evacuación de Renania, llevaría el siguiente título: «Conferencia sobre Liquidación de la Guerra». En él resonaban los ecos del comienzo de un nuevo futuro luminoso. En realidad, 1929 sería exactamente el punto intermedio entre las dos grandes conflagraciones que marcarían la historia moderna de Europa.

Democracias vacilantes

El apaciguamiento de las relaciones internacionales iniciado a partir de los años veinte había sido llevado a cabo por gobiernos democráticos. Mientras pudieran sobrevivir, las perspectivas de paz en Europa eran bastante grandes. Pero el período de recuperación económica de mediados y finales de los años veinte no trajo consigo el reforzamiento general de la democracia en el continente. Algunas democracias estaban ya cediendo el paso a regímenes autoritarios. Lo más probable era que este proceso se produjera en las sociedades agrarias más atrasadas, cuyas raíces democráticas eran superficiales, en las que tenían profundas fisuras ideológicas o se enfrentaban a graves problemas de integración nacional. Sólo en el noroeste de Europa la democracia siguió siendo fuerte. El resto del continente ofrecía una imagen muy desigual.

En la Europa central la democracia era una simple fachada en Hungría y se vio obligada a hacer frente a graves dificultades internas en Austria, pero sobrevivió bastante bien en Checoslovaquia. En Hungría siguió habiendo formalmente partidos políticos, elecciones (aunque con un derecho de sufragio muy restringido y sin voto secreto fuera de las áreas urbanas) y un sistema parlamentario. Pero dicho sistema era pluralista sólo en apariencia, no en esencia. Estaba controlado desde arriba por un ejecutivo fuerte, apoyado por un partido gubernamental que nadie ponía en discusión, y que en buena medida representaba los intereses de la elite, situación que se vio favorecida por la enorme apatía popular y por una clase obrera políticamente emasculada.

La democracia en Austria permaneció intacta, aunque sus cimientos eran inseguros y sus problemas abrumadores. Había muy poco terreno común entre los socialdemócratas y el partido socialcristiano dominante que, respaldado habitualmente por los pangermanistas de derechas, controló el parlamento nacional (aunque no la capital, Viena) durante toda la década de 1920. El insalvable abismo ideológico no disminuyó, sino que aumentó durante los años de la estabilización. En 1927 se llegó a un punto crítico. Una multitud de individuos de clase trabajadora incendió el edificio del Palacio de Justicia de Viena después de que dos miembros del

Republikanischer Schutzbund («Liga de Defensa Republicana»), organización controlada por los socialdemócratas, fueran tiroteados por miembros de la Heimwehr («Defensa Nacional»), de tendencia derechista, y los autores del asesinato fueran absueltos por los tribunales. La policía disparó contra los manifestantes que habían empezado a lanzar piedras, matando a ochenta y cinco personas y sufriendo la pérdida de cuatro agentes. Hubo además centenares de heridos. Se restauró una calma incómoda, pero las que sacaron mayor partido de la situación fueron las organizaciones derechistas de defensa nacional, que ganaron nuevos adeptos y vieron incrementarse el respaldo financiero de los empresarios con el que ya contaban. Los frentes políticos estaban cada vez más radicalizados. Cuando estalló la crisis económica en 1930 golpeó a una democracia construida sobre arenas movedizas.

Checoslovaquia, en cambio, superó las divisiones étnicas y la fragmentación de su estructura de partidos para desafiar la tendencia y mantener el régimen democrático sin tener que hacer frente a ninguna amenaza grave. Los territorios checos (aunque no Eslovaquia) estaban bien desarrollados desde el punto de vista industrial. Había una numerosa burguesía culta y una administración civil experimentada. La amenaza del comunismo —el partido comunista obtuvo casi el 14 % de los votos en las elecciones de 1925 (a las que concurrieron veintisiete partidos) y más escaños que cualquier otra formación— fue el factor unificador entre los demás integrantes del espectro político. Al margen de cuáles fueran las divisiones que los separaban, los principales partidos (a excepción de los comunistas) apoyaban la democracia. Fue así posible formar coaliciones eficaces, cuyo interés personal en conseguir que el gobierno democrático funcionase se vio favorecido por el poderoso crecimiento económico experimentado a partir de 1923 y la fuerte caída del desempleo. La unidad nacional de Checoslovaquia, que tanto había costado conseguir y que seguía siendo frágil, dependía de la estabilidad interna, que a su vez beneficiaba a la predisposición de los partidos políticos a sostener el sistema democrático, mientras que las voces conciliadoras a favor de la concesión de una mayor autonomía a la numerosa minoría alemana y a los eslovacos contribuyeron a desactivar la potencial oposición de estos sectores de la población.

Checoslovaquia supuso un éxito singular. Pero ya antes de que diera comienzo la Gran Depresión, en buena parte de la Europa del este, en los Balcanes y en toda la cuenca mediterránea, hasta las riberas mismas del Atlántico, la democracia se había venido abajo, estaba a punto de venirse abajo, o luchaba por no hacerlo.

En Polonia el héroe de la independencia polaca, el mariscal Piłsudski, perdida la paciencia ante la incapacidad de las sucesivas administraciones de dar estabilidad a un país obligado a hacer frente a gravísimos problemas, dio un golpe de Estado el 12-14 de mayo de 1926 y a lo largo de los años siguientes condujo a Polonia cada vez más hacia la senda del autoritarismo. La integración en un corto período de tiempo de un país que había llegado a tener seis monedas, tres códigos de leyes, dos anchos de vía distintos, una multitud de partidos políticos e importantes minorías étnicas (cada una de ellas obligada a hacer frente a una fuerte discriminación), era prácticamente imposible. La economía había empezado a recuperarse después de la hiperinflación de 1922-1923 —la introducción de una sola moneda, el złoty, en 1924 constituyó un gran paso adelante—, pero el país todavía tenía que hacer frente a graves problemas (exacerbados por una guerra arancelaria con Alemania), cuya superación resultaba tanto más difícil como consecuencia de la crisis política permanente. La redistribución de la tierra, más que cualquier otro asunto, agudizaba las divisiones políticas y los gobiernos habían ido entrando y saliendo en rápida sucesión.

En 1926, sin mejoras económicas ni políticas a la vista y ante el callejón sin salida en el que se hallaba de hecho el gobierno debido a las diferencias parlamentarias insalvables, Piłsudski se hartó. Tras reunir el apoyo de los sectores del ejército que habían seguido siéndole leales y después de breves combates militares en Varsovia, obligó al gobierno a presentar la dimisión. Las costumbres del gobierno constitucional siguieron vigentes. Pero las restricciones a las libertades democráticas aumentaron y el autoritarismo se intensificó, incluido el incremento de la represión de la oposición política.

Condiciones estructurales parecidas a las que condujeron a Polonia por la senda del autoritarismo —los graves problemas inherentes a una economía predominantemente agraria, las tensiones por la cuestión de la

tierra, las divisiones insalvables entre los partidos políticos, la existencia de importantes minorías étnicas, una integración nacional inalcanzable y un ejército fuerte— dificultaron las posibilidades de establecer una democracia segura en la mayor parte de la Europa el este. En Lituania el derrumbamiento hacia el autoritarismo no tardó en materializarse. Los militares lituanos, derrotados por el ejército de Piłsudski en 1920, pero inspirándose ahora en el golpe de Estado que este mismo había dado en la vecina Polonia, propiciaron un golpe en su propio país en diciembre de 1926, que dio lugar a la suspensión del parlamento durante toda una década y a la concentración del poder en las manos del presidente. En otros países del Báltico, en Letonia y Estonia, y en Finlandia, el sistema parlamentario logró resistir frente a las presiones autoritarias provenientes de la derecha y de la izquierda a pesar de la inestabilidad interna, aunque sólo la democracia finlandesa demostró ser capaz de sobrevivir mucho tiempo.

En los Balcanes, tras la apariencia de un gobierno representativo fueron siempre de la mano la política clientelista y la pura violencia. La corrupción estaba a la orden del día. Las rivalidades políticas a menudo reflejaban odios de clanes en unos países extraordinariamente pobres, mayoritariamente agrícolas, con altos niveles de analfabetismo. Las cuestiones fronterizas y las diferencias de nacionalidad contribuyeron a perpetuar una inestabilidad crónica. Los militares desempeñarían habitualmente un papel determinante.

Grecia fue dando bandazos de la monarquía a la república hasta la instauración de una breve dictadura militar, para volver de nuevo a la república entre 1923 y 1927, cuando se introdujo la tercera constitución en tres años. Después vinieron cuatro años de relativa estabilidad hasta que el dracma perdió tres cuartas partes de su valor cuando comenzó la crisis económica y Grecia se sumió en una nueva espiral de desastrosa incapacidad gubernamental antes de que la fachada de democracia se viniera abajo definitivamente y se impusiera de nuevo el autoritarismo en 1936.

Albania, país sin ley en el que hacía estragos la violencia, casi no había tenido derecho ni siquiera a llamarse estado. Ahmed Zogu, paranoico y brutal, vencedor de numerosas vendettas y peleas sangrientas, se adueñó del

poder en diciembre de 1924 al frente de un golpe militar. Cuatro años después se proclamó rey con el nombre de Zog I, utilizando para gobernar métodos clientelistas con el respaldo de las fuerzas armadas, e inició así casi tres lustros de dictadura personal.

También en Bulgaria la violencia política era extrema y constituía un mal endémico. Cuando el primer ministro, Alexander Stamboliiski, fue asesinado en 1923 por un grupo de oficiales respaldados por el rey Boris III, su cadáver fue descuartizado y su cabeza enviada a Sofía en una lata. A continuación, el intento de alzamiento por parte de los comunistas sufrió una represión sangrienta, contándose sus víctimas por millares. Se produjo otra oleada de espantoso «terror blanco» a raíz de la explosión de una bomba en la catedral de Sofía en 1925, atentado que dejó tras de sí 160 muertos y centenares de heridos graves (aunque el rey y sus ministros salieron ilesos). Apoyándose en una represión semejante, logró estabilizarse una forma superficial de régimen parlamentario dominado por el partido del gobierno, que se las apañó para sobrevivir hasta los años de la Depresión.

En Rumanía hubo grandes tensiones, todas ellas relacionadas con los problemas de la tierra —el grueso de la población, en su inmensa mayoría agrícola, estaba constituido por pequeños propietarios y colonos rurales— y la cuestión de la identidad nacional. La nación se sentía amenazada por las esperanzas que abrigaban los húngaros de recuperar el territorio que les había sido arrebatado en virtud del Tratado de Versalles, por el bolchevismo (aunque el diminuto partido comunista rumano, declarado ilegal en 1924, representaba sólo una vaga amenaza), y por las minorías étnicas, sobre todo los judíos. Durante los años veinte las tensiones pudieron ser controladas. La nueva constitución de 1923 vino a reforzar el poder ejecutivo del gobierno. La manipulación electoral permitió a la influyente familia Bratianu ejercer casi una especie de monopolio del poder, basado en el dominio parlamentario del Partido Liberal Nacional que estaba en sus manos. Sin embargo, la muerte del rey Fernando I en 1927, tras catorce años de reinado, socavó el monopolio del poder que ostentaba la familia Bratianu y dio paso a la inestabilidad política. Al año siguiente, como consecuencia de las crecientes dificultades de la economía agraria, el Partido Nacional Liberal fue derrotado en las elecciones por el Partido

Nacional Campesino. Pero incapaz de superar los problemas económicos, este último no tardó en perder apoyos. A raíz de un golpe de Estado incruento, en 1930 Carlos II, que en 1925 se había visto obligado a renunciar a sus derechos sucesorios debido a la relación mantenida con una amante de sangre en parte judía, retiró su renuncia y fue proclamado rey. Los años sucesivos serían testigos de una prolongada crisis política en medio de la aparición de un movimiento fascista violento, marcadamente antisemita, con un trasfondo de gravísimas dificultades económicas que finalmente dieron paso a una dictadura.

En el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, construcción frágil desde el primer momento, la expropiación de las fincas de los grandes terratenientes (previo pago de la correspondiente compensación) y la redistribución de tierras entre los campesinos siguieron siendo una constante fuente de fricciones. El país tuvo que abordar también cuestiones fronterizas en todos los frentes, con Italia, con Grecia, con Hungría y con Albania. Pero el problema estructural insoluble que comportaba intentar conciliar los intereses encontrados de los croatas católicos y de la mayoría ortodoxa serbia fue el que arrojó a la democracia en los brazos del autoritarismo. El asesinato en el parlamento de tres diputados croatas por un parlamentario radical serbio en 1928 propició las medidas que llevaron al rey Alejandro I a disolver el parlamento y a suspender la constitución en enero del año siguiente. La libertad de prensa fue abolida, los partidos políticos prohibidos y se instauró un estado más centralizado. (En octubre de 1929 fue bautizado con el nombre supuestamente unificador de «Yugoslavia» o País de los Eslavos del Sur.) Esos pasos quedaron consolidados en la nueva constitución autoritaria de septiembre de 1931.

En el Mediterráneo, el gobierno parlamentario pluralista llevaba largo tiempo a la defensiva o había sucumbido por completo. Con los Pactos Lateranenses de 1929, que reconocían la soberanía del Vaticano, regulaban las relaciones con el papado y reafirmaban el catolicismo como religión estatal de Italia, Mussolini consolidó su poder sobre el estado italiano eliminando cualquier oposición proveniente de la Iglesia católica que pudiera encontrar su régimen. El último ámbito de poder relativamente autónomo que quedaba en el estado fascista había sido al fin neutralizado.

En España, Primo de Rivera continuó con la dictadura relativamente benigna que había establecido en 1923, aunque tendría que hacer frente a dificultades cada vez mayores para mantener cohesionado su frágil régimen cuando la Depresión lo golpeara de lleno.

En 1926 Portugal siguió a los demás países mediterráneos por la senda que conducía a la instauración de un régimen autoritario. La primera guerra mundial había desestabilizado la vieja estructura de poder oligárquico existente en el país. La inestabilidad gubernamental crónica dio lugar a cuarenta y cinco cambios de gobierno de distinto signo entre 1910 y 1926. En 1915 asumió el poder durante unos meses un gobierno militar. Vino luego en 1917-1918 otra breve dictadura militar, con ciertos rasgos proto-fascistas. La violencia política, nunca demasiado lejos de la superficie de la política portuguesa, se hizo endémica a comienzos de los años veinte. Aunque desunidos, los militares constituían una fuerza potencialmente insurreccional que de mala gana iba a tolerar un sistema pluralista disfuncional. En 1925 fue desbaratado un golpe de Estado mal organizado. Al año siguiente las facciones existentes en el ejército superaron sus diferencias y el gobierno civil, carente de cualquier ferviente apoyo del pueblo apático, no ofreció resistencia alguna al golpe encabezado por el general Gomes da Costa. La elite conservadora y la Iglesia católica recibieron a los golpistas con los brazos abiertos. La izquierda era demasiado poco numerosa y demasiado débil para plantear reto alguno. Costa cedió el paso enseguida al general António Carmona, cuyo régimen se basaba en el respaldo suministrado por los militares. Fue nombrado presidente en 1928 y permaneció en el cargo hasta su muerte en 1951. Pero no tardaría en erigirse como figura clave del régimen António de Oliveira Salazar, catedrático de economía en la Universidad de Coímbra, nombrado en abril de 1928 ministro de Finanzas y dos años más tarde primer ministro. La suya sería la voz decisiva del régimen autoritario portugués durante cuarenta años.

La democracia sólo estuvo segura a finales de los años veinte en el noroeste de Europa, la zona económicamente más avanzada del continente. Allí no se daban las condiciones que llegaron a socavar la democracia en el sur y en el este. Durante los años de fuerte crecimiento económico que

precedieron a la Depresión, la democracia o bien estaba ya asentada o bien estaba en camino de conseguir una consolidación firme. El estado se basaba en un amplio consenso tanto en los ámbitos elitistas como en los más populares, y los partidos de extrema izquierda y de extrema derecha habían quedado marginados. Independientemente de cuáles fueran sus variantes, hubo diversos factores que intervinieron en el sostenimiento de la legitimidad democrática: la continuidad de las instituciones políticas y sociales a pesar de las turbulencias de la guerra y de los años posteriores; formas de gobierno capaces de incorporar los intereses de amplios sectores de la sociedad y de efectuar ajustes pragmáticos en la política; integridad territorial y homogeneidad cultural; y la debilidad del comunismo, que dejó a una socialdemocracia relativamente fuerte como principal representante de la clase trabajadora. En estos países la integración nacional había sido en su mayor parte un proceso gradual bastante largo. Tal era el caso de Gran Bretaña, Francia, las monarquías escandinavas, los Países Bajos y Suiza. El nuevo Estado Libre Irlandés, que comprendía la parte meridional y también la más grande de Irlanda, era una excepción por cuanto había surgido únicamente después de seis turbulentos años de lucha por la independencia de la dominación británica. Pero también en Irlanda del sur sería posible enseguida consolidar el estado nación recién creado y una democracia bipartidista capaz de funcionar, basada en buena medida en una cultura homogénea, sustentada por un catolicismo profundamente arraigado y por la animadversión generalizada hacia Gran Bretaña.

El fracaso de la democracia en buena parte de Europa tuvo consecuencias para la población de los países concernidos, y a veces también para sus vecinos más próximos. Pero no era probable que amenazara la paz de Europa. Esa amenaza sólo podría producirse si la democracia sucumbía en una o varias de las grandes potencias —Gran Bretaña, Francia y Alemania—, cuya estabilidad era esencial para la continuidad del frágil equilibrio de posguerra.

La economía británica estuvo en la cuerda floja durante gran parte de los años veinte, pero, comparada con cualquier otro país de Europa, Inglaterra resultaba un modelo de estabilidad política. Y eso a pesar de que su sistema electoral mayoritario, que iba en contra de la fragmentación de

partidos y de la formación de coaliciones, no había impedido que hubiera tres cambios de gobierno entre 1922 y 1924. Ramsay MacDonald, hijo de un jornalero escocés y de una criada, había desafiado la desventaja social de ser hijo ilegítimo y había llegado a convertirse en líder del partido laborista. En el primero de sus dos mandatos como primer ministro, MacDonald formó un gobierno efímero que duró sólo de enero a noviembre de 1924. La administración pasó entonces a estar otros cinco años en manos de los conservadores. El nuevo primer ministro, Stanley Baldwin, perteneciente a una familia acaudalada de fabricantes de acero, ofrecía una figura sólida y tranquilizadora. Su gobierno tuvo que superar las divisiones sociales y las turbulencias políticas que acompañaron a la huelga general de 1926, y al año siguiente entró en decadencia. Pero la crisis sufrida por Gran Bretaña se manejó mediante ajustes dentro del sistema. El comunismo, apoyado por menos de un 1 % del electorado, y las minúsculas facciones fascistas nacientes, respaldadas en aquellos momentos principalmente por elementos excéntricos y extravagantes, no llegaron a tener demasiado impacto en la corriente general de la política. Los problemas socioeconómicos de Gran Bretaña durante los años veinte fueron muy grandes, pero no socavaron la legitimidad democrática. Cuando la Depresión sumió en la crisis al gobierno laborista minoritario de Ramsay MacDonald en 1930-1931, no provocó también la crisis del estado.

La estabilidad estaba menos segura en Francia, aunque la democracia no tuvo que hacer frente a ningún problema grave hasta los años de la Depresión. El rápido cambio de gabinetes —seis gobiernos distintos en medio de la crisis monetaria entre abril de 1925 y julio de 1926— no puso en entredicho la legitimidad de la Tercera República. La estabilidad volvió con el gobierno de Raymond Poincaré, que ejerció el cargo de primer ministro entre 1926 y 1929, y dio la sensación de consolidarse con el cambio de gobierno, que pasó a la derecha conservadora en las elecciones de 1928. En la superficie, daba la impresión de que todo iba bien.

A diferencia de Gran Bretaña, sin embargo, el sistema político no dejó de ser puesto en entredicho. Un sector de la sociedad francesa, más influyente de lo que pudiera parecer por sus reducidas dimensiones, no había aceptado nunca la república, o simplemente la toleraba a

regañadientes. Cuando los comunistas, que habían perdido buena parte de su apoyo, participaron, junto con los socialistas, en un enorme desfile por las calles de París el 23 de noviembre de 1924 para acompañar el traslado de las cenizas del héroe socialista Jean Jaurès (asesinado en 1914) al Panthéon —en un momento en el que Francia tenía un gobierno de izquierdas y sufría las penalidades de la crisis económica—, el «bosque de banderas rojas» evocó en algunos al espectro de la revolución bolchevique. El acto fue calificado por la derecha de «funeral de la burguesía», «cuando la amenaza revolucionaria quedó clara para todo el mundo». Al cabo de unos días surgieron diversos «movimientos patrióticos», llamados «Ligas» de distintos tipos —una de ellas, Le Faisceau, ponía de manifiesto sus tendencias en su propio nombre, adoptado a imitación del Fascismo italiano —, que casi de la noche a la mañana reclutaron decenas de millares de miembros, principalmente hombres jóvenes.

No todas las Ligas eran fascistas; algunas en realidad rechazaban sin ambages cualquier asociación con ese movimiento. Y no toda la extrema derecha francesa se sintió atraída por las Ligas. Como en otros países, los límites entre la extrema derecha y la derecha conservadora eran muy fluidos. El momento pasó sin más. La mano estabilizadora de Poincaré y la sensación de que se había restaurado la seguridad de los que tenían propiedades desactivaron la crisis. Las Ligas perdieron apoyo; de momento. Con el predominio del conservadurismo disminuyó la sensación de la necesidad de una extrema derecha. Pero no desapareció del todo. Si se producía una nueva crisis —más larga, más desestabilizadora, más peligrosa—, el desafío de la extrema derecha podía volver a amenazar, con más fuerza, a la República francesa.

Si bien Gran Bretaña permaneció sólidamente estable y Francia más o menos también lo consiguió, el caso de Alemania era más enigmático. No encajaba del todo ni en el modelo de democracias relativamente bien establecidas de la Europa económicamente más avanzada del noroeste, ni en el modelo de las democracias recién creadas y frágiles de la Europa del este. En muchos sentidos Alemania era un caso híbrido. Miraba a un tiempo hacia el oeste y hacia el este. Tenía un grandísimo proletariado industrial, como Inglaterra y Francia, pero también un numeroso campesinado,

especialmente en sus regiones orientales, cuyos valores estaban muy apegados a la tierra. Alemania tenía una larga tradición de idealismo democrático y de política pluralista de partidos, una burocracia enormemente desarrollada, una economía industrial moderna y una población ilustrada y culturalmente avanzada.

Pero su sistema democrático era nuevo. Había surgido del trauma de la derrota en la guerra y de la revolución, y fue puesto vehementemente en entredicho desde el primer momento. La unidad política de Alemania seguía siendo pequeña después de más de medio siglo de existencia, y por encima de ella predominaba un sentido mucho más antiguo de identidad cultural que se extendía más allá de los límites del estado nación. A diferencia de Gran Bretaña, Francia y los demás países de la Europa noroccidental, la nacionalidad alemana se definía por la etnicidad, no por el territorio. Y las elites intelectuales de Alemania, por variadas que fueran sus opiniones, principalmente rechazaban los valores de lo que ellas llamaban la democracia «occidental», tanto las tradiciones francesas que se remontaban a la Revolución Francesa de 1789 como el capitalismo de libre comercio y el liberalismo que habían conformado el desarrollo británico. El estado alemán, como encarnación de los valores culturales alemanes, era, a su juicio, no sólo diferente a los productos de la civilización occidental, sino también superior a ellos. La humillación nacional de Alemania al término de la primera guerra mundial, su debilidad económica y militar de posguerra, la pérdida de su estatus de gran potencia y las disensiones que acarreaba su sistema parlamentario eran, a sus ojos, un desastre transitorio, no un estado de cosas permanente.

La estabilidad política de Alemania no era sólo motivo de preocupación para sus propios ciudadanos; era además trascendental para el futuro pacífico de todo el continente europeo. La posición geográfica de Alemania, a caballo entre la Europa del este y la del oeste, su potencial económico y militar, y sus expectativas revisionistas en la Europa oriental, hacían que la supervivencia de la democracia, y con ella la continuación de la política de cooperación internacional de Stresemann, fueran esenciales si se quería mantener el difícil equilibrio de poder en el continente europeo.

Durante los «años dorados» de finales de la década de 1920, no dio la sensación de que hubiera demasiados motivos de preocupación en Alemania. Se había conseguido un crecimiento económico fuerte. Los niveles de vida iban mejorando. Alemania formaba parte desde hacía poco de la Sociedad de Naciones. Las fronteras occidentales habían sido aseguradas en Locarno. Los cuatro cambios de gobierno habidos entre 1925 y 1927 no afectaron a la sensación de que, tras los enormes trastornos de comienzos de los años veinte, la democracia estaba asentándose. Los extremos políticos habían perdido apoyo. El respaldo de los comunistas había bajado hasta el 9 % en 1924, con el correspondiente incremento de los votos obtenidos por los socialdemócratas moderados. La extrema derecha se había fragmentado tras el intento de golpe de Estado de noviembre de 1923. Aunque al salir de la cárcel al año siguiente Hitler había refundado su partido nazi, éste seguía estando en los márgenes exteriores de la política. En 1927, a juicio de un observador, no era más que «un grupo disidente incapaz de ejercer una influencia apreciable sobre la gran masa de la población y sobre el curso de los acontecimientos políticos».

Las elecciones generales de 1928 reflejaron unos tiempos más aposentados. La derecha conservadora, buena parte de ella democrática a regañadientes en el mejor de los casos, sufrió una clamorosa derrota. Que los nazis estaban acabados como fuerza política parecían demostrarlo los bajísimos resultados obtenidos —sólo un 2,6 % de los votos populares—, que les otorgaron sólo doce escaños en el parlamento. Los principales vencedores fueron los socialdemócratas, que sacaron poco menos del 30 % de los votos y se convirtieron en el partido más numeroso con diferencia de una «gran coalición» formada con los dos partidos católicos y los dos partidos liberales. Bajo la égida de Hermann Müller, los socialdemócratas volverían a presidir el gobierno por primera vez desde 1920. La democracia en Alemania parecía tener muy buenas perspectivas por delante.

Por debajo de la superficie, la situación era menos risueña. La coalición de Müller fue frágil desde el primer momento, y no tardaron en asomar a la superficie las profundas disensiones existentes entre los socialdemócratas y sus extraños socios de coalición, el Partido del Pueblo

Alemán de Stresemann, que representaba a la gran empresa. El primer asunto que enfrentó a los partidos del gobierno fue la construcción de un gran buque de guerra. Durante la campaña electoral los socialdemócratas habían utilizado como bandera el eslogan «No cruceros acorazados, sino comida para los niños». De modo que, cuando los ministros de centro y de derechas de la coalición impusieron la decisión de construir un crucero, los socialdemócratas se enfurecieron de mala manera. El cierre empresarial de los industriales del Ruhr, que echaron a la calle a casi un cuarto de millón de obreros de la industria del hierro y del acero, causó luego otro gran altercado entre los miembros de la coalición. Y la incompatibilidad de los socios quedó plenamente patente en la prolongada e irreconciliable disputa suscitada por la propuesta de introducción de un pequeño aumento de la contribución de la patronal al seguro de desempleo, asunto que finalmente acabó con aquella alianza imposible de manejar en marzo de 1930.

Para entonces las dificultades económicas habían empezado a multiplicarse. El desempleo en Alemania había alcanzado la cifra de tres millones de parados en enero de 1929, aumentando en más de un millón respecto a los que había un año antes, lo que equivalía a un 14 % de la población trabajadora. Los comunistas, que habían incrementado su apoyo en las elecciones de 1928 hasta alcanzar el 10 % de los votos, no tardaron en encontrar un apoyo inmediato en muchos de los parados y, tras la nueva línea estalinista adoptada por la Comintern, empezaron a lanzar sus dardos contra los socialdemócratas, absurdamente escarnecidos con el nombre de «socialfascistas». En el campo, la crisis de la economía agraria estaba provocando una grandísima desafección política.

Para su propia sorpresa y sin que fuera necesaria demasiada agitación por su parte, los nazis se vieron de pronto obteniendo un apoyo considerable en las zonas rurales del norte y del este de Alemania. El número de afiliados del partido había ido aumentando, en realidad, incluso durante los años pasados en el desierto político, y en estos momentos se situaba en más de 100.000, una buena base de activistas para sacar provecho del creciente malestar. La publicidad favorable que recibió en la prensa conservadora su estridente campaña en contra de la revisión del pago de las indemnizaciones y reparaciones de guerra presentada en el Plan

Young también ayudó a su causa. Aunque seguían estando lejos de ser un partido mayoritario, los nazis incrementaron el número de sus votantes en varias elecciones regionales a lo largo de 1929. En junio del año siguiente, con la Depresión haciendo estragos, el partido de Hitler sacó más del 14 % de los votos en las elecciones al parlamento regional de Sajonia, casi seis veces más que el número de votos obtenido en las elecciones al Reichstag de 1928.

Poco después, el sucesor de Müller como canciller, el representante del Partido del Centro Heinrich Brüning, disolvió el Reichstag tras ver rechazadas sus propuestas de efectuar recortes drásticos del gasto público. No se llevó a cabo ningún intento de encontrar una solución democrática a las dificultades financieras. Antes bien, Brüning buscó el modo de imponer sus medidas deflacionistas por medio del decreto presidencial de emergencia. El cargo absolutamente trascendental de presidente del Reich había venido siendo ostentado desde 1925 por el héroe de la guerra, el mariscal Von Hindenburg. Aunque había jurado defender la república democrática, Hindenburg, auténtico pilar del viejo régimen monárquico, no tenía nada de demócrata y se veía a sí mismo más bien como una especie de sucedáneo del káiser. En realidad la sustitución del canciller socialdemócrata, Müller, por Brüning, del que se sabía por los sondeos realizados que estaba dispuesto favorablemente a gobernar con el respaldo del decreto presidencial de emergencia, había sido planeada varios meses antes como parte de la estrategia ideada para socavar la socialdemocracia e introducir un gobierno sin pluralismo parlamentario. Ni Hindenburg, ni Brüning ni las elites conservadoras que respaldaban aquella jugada contemplaban de momento un gobierno presidido por los nazis, considerados unos populistas primitivos, vulgares, bocazas, no aptos para administrar el estado alemán. Lo que querían fundamentalmente era dar marcha atrás en el tiempo y volver, con o sin monarquía, al tipo de sistema constitucional bismarckiano en el que el gobierno estuviera fuera del control del parlamento, y sobre todo fuera del control de los odiados socialdemócratas. El objetivo de Hindenburg, Brüning y las elites conservadoras era una especie de semi-autoritarismo antidemocrático manejado por esas mismas elites.

Con la ascensión de Brüning a la cancillería y la predisposición de Hindenburg a saltarse el parlamento a la torera, se infligió un gravísimo golpe al estado democrático en Alemania antes ya de que el país se precipitara a la Depresión. Otro gravísimo golpe llegó con las elecciones al Reichstag del 14 de septiembre de 1930. La decisión de Brüning de llamar al país a las urnas fue un rotundo fracaso. El partido de Hitler consiguió un avance electoral asombroso, ganando el 18,3 % de los votos y 107 escaños en el nuevo Reichstag. De repente los nazis habían pasado a ocupar un sitio en el mapa y constituían ahora el segundo partido más numeroso del parlamento alemán. El voto a favor de los nazis había dejado de ser una papeleta desperdiciada en beneficio de un partido marginal de poca monta. El apoyo masivo, que acarreó una sustanciosa entrada de fondos con los que llevar a cabo nuevos actos de agitación radical, creció con toda rapidez. El tren se había puesto en marcha. La ascensión de Hitler a la Cancillería todavía parecía una posibilidad remota. Pero con la fatídica decisión de pasar a gobernar por decreto presidencial y con el éxito electoral de los nazis en 1930, empezaron a doblar las campanas por la democracia alemana. Y de paso no podía sino magnificarse la incertidumbre en Europa en general. El difícil equilibrio de los años anteriores se pondría en peligro.

Por supuesto el futuro está siempre abierto, nunca es una senda clara y predeterminada por una calle de una sola dirección cuesta abajo. De no ser por la Gran Depresión importada de Estados Unidos, Europa tal vez habría podido progresar por la vía del crecimiento económico ininterrumpido, de la libertad liberal y del régimen democrático hacia las elevadas planicies soleadas de la paz y la armonía internacionales. Pero un jugador no habría apostado nunca demasiado por ella. Aunque la crisis cada vez más profunda de los años sucesivos no fuera un suceso inevitable ni predestinado, no surgió de la nada. Los «felices veinte» de Europa fueron, por debajo del brillo superficial, unos años deslucidos y agitados.

Las graves debilidades económicas existentes en una economía global inestable y desequilibrada, magnificadas por el proteccionismo nacionalista y el interés personal glorificado, no ofrecían, ni mucho menos, una base sólida desde la que evitar las ondas de choque procedentes del otro lado del Atlántico. Las diferencias culturales fomentaban la formación de altos

niveles de prejuicio y de hostilidad que podían ser explotados fácilmente en caso de que se produjera un deterioro del clima social e intelectual. Las ideas democráticas liberales se hallaban en todas partes a la defensiva. Y en el momento de la Depresión buena parte de Europa había sucumbido ya al autoritarismo o estaba a punto de hacerlo.

Un país era más crucial que cualquier otro para el destino de Europa. Las esperanzas de un futuro más luminoso para el continente estaban depositadas sobe todo en Alemania. Y en Alemania especialmente, antes incluso del crack de Wall Street, había importantes motivos de preocupación. El crecimiento económico ocultaba la existencia de problemas cada vez más graves. La división cultural era más profunda que en cualquier otro país. Y los signos de peligro político potencial eran ya visibles antes de que se produjera la caída directa en la crisis a gran escala. La supervivencia de la democracia alemana era la mejor salvaguardia de la futura paz y de la estabilidad de Europa. ¿Qué pasaría si se venía abajo la democracia en el país que era el verdadero pivote de Europa? Las consecuencias de la Depresión a lo largo de los años siguientes serían trascendentales no sólo para Alemania, sino para todo el continente.

Europa había bailado sobre el volcán durante los años aparentemente despreocupados del charlestón. Y el volcán estaba ahora a punto de entrar en erupción.

5
Las sombras se adensan

Cuesta abajo por la pendiente escurridiza, hundido sin rastro, completamente destruido. Orden y limpieza, ¡fuera! Trabajo, seguridad material, ¡fuera! Progresos y esperanzas, ¡fuera!

Hans Fallada, Pequeño hombre,
¿y ahora qué? *(1932)*

La Gran Depresión, que empezó a dejarse sentir con más fuerza a partir de 1930, fue ni más ni menos que una catástrofe para Europa. No golpeó a todo el continente por igual. Algunos países, dependientes de sus propias estructuras económicas y políticas, se libraron bastante bien de sus consecuencias. Y dentro de algunos países en concreto, no todas las regiones se vieron afectadas por igual. Hubo algunas zonas de crecimiento incluso en economías gravemente deprimidas. Aun así, no puede decirse que sea una exageración hablar del daño ocasionado por el crack. El daño fue algo generalizado y masivo. Ningún país se libró completamente de las consecuencias.

Las mayores grietas políticas en Europa se abrieron durante la Depresión. El continente se dividió en buena parte en dos. Aparte de Finlandia, Checoslovaquia y España (y en estos dos últimos países no por demasiado tiempo), la democracia sobrevivió sólo en el noroeste de Europa. En todas las demás naciones, triunfó el autoritarismo de un signo u otro. Estaban adensándose las sombras sobre un continente económica y políticamente roto.

La crisis

El enorme *boom* experimentado por Estados Unidos, que había traído consigo inversiones cada vez más arriesgadas en bienes de consumos duraderos, coches, producción de la industria siderúrgica y construcción de edificios, se vino abajo a partir del 24 de octubre de 1929, cuando estalló la burbuja especulativa. «El mercado parecía una cosa absurda e insensata que se vengaba de una manera brutal y despiadada de los que habían pensado que lo dominaban», comentaba un observador. Presa del pánico, los inversores de Wall Street se lanzaron a vender acciones. Los precios de éstas cayeron en picado. Miles de especuladores se arruinaron. La confianza en la empresa se hundió. La producción industrial y las importaciones experimentaron una pronunciada caída. Los precios de las materias primas se vinieron abajo. El desempleo se disparó. Los préstamos al exterior ya habían disminuido antes de que se produjera el crack. Los créditos a corto plazo existentes hasta ese momento, de los que se habían beneficiado los países europeos, y en especial Alemania, fueron retirados.

En una economía internacional desequilibrada, que había tenido que enfrentarse ya a fuertes tendencias deflacionistas, Europa se vio irremediablemente absorbida y lanzada a un desastre económico en rápido aumento. El contagio se propagó. En 1930 la actividad industrial en Europa se había desplomado. A uno y otro lado del Atlántico el desempleo era masivo. A comienzos del verano de 1930 había ya 1,9 millones de parados sólo en Alemania, y el sistema de seguro de desempleo no daba abasto. Los ingresos medios por persona en todo el país ya se habían hundido y en 1932 serían sólo alrededor de dos terceras partes de lo que habían sido en 1929. El ciclo deflacionista se propagó por todo el continente. Con la caída de la demanda los precios se desplomaron. La gente compraba menos. Incluso el gasto en productos de primerísima necesidad se redujo al mínimo. Los sueldos y los salarios fueron recortados, aunque, al caer los precios, los salarios —para aquellos que seguían trabajando— permitían comprar más cosas; de ese modo los «salarios reales» a menudo aumentaron. La presión a la que se vieron sometidos los ingresos del estado se intensificó debido a la caída de las recaudaciones fiscales.

Los intentos de equilibrar los presupuestos mediante el recorte del gasto público no hicieron más que empeorar una situación de por sí desalentadora. El único esfuerzo por intentar dar una respuesta internacional coordinada, la cacareada Conferencia Económica Mundial de Londres de 1933, fracasó estrepitosamente. Los gobiernos reaccionaron con medidas individuales que lo único que buscaban era proteger sus propias economías. En el verano de 1930, Estados Unidos ya había girado claramente hacia el proteccionismo. Como represalia, otros países adoptaron sus propias medidas arancelarias. Las barreras arancelarias a las mercancías importadas aumentaron por término medio en Francia, por ejemplo, un 38 % en 1931, y en Checoslovaquia un 50 %. Inglaterra rompió con su tradición de librecambio imponiendo unos aranceles generales del 10 % en marzo de 1932 y cuatro meses más tarde llegó a un acuerdo con sus dominios para asegurar que los productos británicos tuvieran preferencia. El comercio internacional, ya en apuros, se vio todavía más perjudicado debido a la pronunciada caída de las exportaciones.

Y lo peor estaba por venir. El sistema bancario se hallaba bajo una presión cada vez mayor en varios países de Europa. El hundimiento en mayo de 1931 del principal banco de Austria, la Creditanstalt de Viena, cuando sus impositores empezaron a temer por la pérdida de sus ahorros y retiraron sus fondos, supuso una conmoción total para el sistema financiero de Europa. La Darmstädter und Nationalbank, el segundo instituto de crédito alemán en importancia, se vio arrastrada por el torbellino y tras las retiradas masivas de fondos de los impositores, presas del pánico, se declaró en bancarrota dos meses después. Cuando los bancos europeos decidieron vender sus libras esterlinas para reforzar sus reservas de oro, se produjo una demanda enorme de la divisa inglesa. Gran Bretaña intentó en vano mantener el tipo de cambio, pero la segunda semana de julio estaba perdiendo ya 2,5 millones de libras al día. Las retiradas de divisas de Londres entre mediados de julio y mediados de septiembre superaron los 200 millones de libras, las reservas del Banco de Inglaterra disminuyeron hasta unos niveles peligrosamente bajos, y el 21 de septiembre Gran Bretaña se vio obligada a abandonar el patrón oro. Inmediatamente después la libra perdió una cuarta parte de su valor en el mercado de divisas.

En 1932, la depresión en toda Europa estaba en su peor momento, con un hundimiento sin precedentes de la economía capitalista. El producto nacional bruto cayó prácticamente en todas partes. No obstante, los índices de disminución —en Gran Bretaña, Suecia e Italia de menos del 7 %, en Bélgica de poco más del 10 %, pero en Alemania y Yugoslavia de más del 17 % y en Polonia de casi el 25 %— variaron según las diferentes estructuras económicas de los países, así como de su nivel de dependencia respecto de los mercados financieros norteamericanos. Una de las mayores economías de Europa, la francesa, se vio al principio muy poco afectada, debido en parte a que el franco estaba ya infravalorado antes de 1931. La existencia de un gran sector agrícola, con un nivel relativamente alto de agricultura de subsistencia en pequeñas explotaciones campesinas, y de una buena proporción de actividad y producción artesanal a pequeña escala ligada a la economía local y regional, contribuyó al principio a conjurar los efectos más dramáticos del crack de Wall Street. Las medidas tomadas en 1929 para proteger los precios agrícolas manteniendo a flote los mercados nacionales contribuyeron también a que Francia aguantara el chaparrón en un primer momento. El gobierno afirmó orgullosamente que su «política de prosperidad» continuaría mientras que otros países se veían obligados a hacer frente al fracaso económico. «Sea cual sea la causa de la depresión mundial, Francia puede hacerle frente con relativa serenidad», proclamaba un destacado periódico francés. «El feliz equilibrio de la economía y las virtudes del pueblo francés han hecho de Francia un pilar de la economía mundial.»

La *némesis* no tardaría en venir en persecución de tanta *hýbris*. Todavía en 1931, la cifra de desempleados en Francia seguía siendo de sólo 55.000 personas. Pero para entonces el país ya no pudo impedir verse arrastrado por el crack internacional. Y cuando diera comienzo la Depresión, a partir de 1931, duraría más que en cualquiera de la mayoría de las grandes economías. La producción tardaría una década en recuperar sus niveles de 1929. En 1936 las exportaciones francesas eran sólo la mitad de lo que habían sido en 1928. El número de quiebras empresariales se disparó en 1932 y continuó aumentando. Oficialmente el desempleo llegó a su punto culminante en 1935 con cerca de un millón de parados.

Extraoficialmente la cifra era mucho mayor. La lenta recuperación se vio exacerbada por la renuencia de Francia, por motivos de prestigio, a devaluar el franco. Una vez devaluados el dólar y la libra, las exportaciones de Francia dejaban de resultar competitivas.

Aunque la imagen más duradera de la Gran Depresión es la del desempleo masivo en las ciudades y grandes metrópolis industriales, los que se ganaban el pan trabajando la tierra —agricultores, campesinos y jornaleros de explotaciones agropecuarias— sufrieron también dolorosamente las consecuencias de la tormenta económica. La Europa del este, que tenía un elevado nivel de dependencia de la agricultura, se vio afectada con especial dureza. La extrema pobreza y la profunda miseria social se generalizaron. En ninguna parte fueron más graves esos efectos que en Polonia, cuya economía era fundamentalmente agrícola, con un sector industrial pequeño, y cuyo gobierno complicó todavía más los graves problemas del país con los tremendos recortes del gasto público llevados a cabo y el mantenimiento de una divisa sobrevalorada. El resumen del impacto de la Depresión sobre las zonas rurales de Polonia que hacía un hombre de la época decía así: «En verano las cosas son más fáciles, pero en invierno se encuentra uno a niños acurrucados en las cabañas, envueltos hasta el cuello en bolsas llenas de paja, porque sin esa vestimenta se congelarían en las viviendas heladas y sin calefacción ... Tan miserable se ha vuelto la vida para todos».

Al tiempo que los precios de los productos agrícolas se desplomaban, los créditos se agotaban, los tipos de interés seguían altos y el endeudamiento reducía a muchos a la indigencia. Las granjas se vendían a precio de saldo o se subastaban. La venta forzosa de explotaciones agrícolas en Baviera entre 1931 y 1932, por ejemplo, subió más de un 50 %. Los jornaleros a menudo se las veían y se las deseaban para encontrar trabajo. Los pequeños propietarios salían adelante practicando una agricultura de subsistencia, sobreviviendo a veces a duras penas. Las familias de un pueblo pobre del sur de Francia se vieron obligadas a hacer una sola comida al día, consistente sólo en castañas, aceitunas, rábanos y las pocas verduras del huerto que eran incapaces de vender. Los agricultores dirigían su cólera contra cualquiera al que consideraran que debían echar la culpa de su

situación —el estado, los burócratas, la gente de la ciudad, los explotadores financieros, los extranjeros, los judíos— y, como cabría esperar, el malestar aumentó en la Francia rural y en muchos otros lugares de Europa, alimentando el radicalismo de la extrema derecha.

En las regiones industriales la destrucción de la economía era incluso más evidente. La producción de Austria disminuyó un 39 % entre 1929 y 1932, mientras que el nivel de desempleo casi se dobló. En Polonia la producción industrial había caído en 1932 un 30 % respecto a la de 1929, mientras que el desempleo se había doblado. La economía más grande de la Europa continental, esto es la alemana, vio reducirse su producción casi a la mitad entre 1929 y 1932. Al tiempo que las fábricas y los talleres cerraban sus puertas, millones de personas eran echadas del trabajo. Los niveles de desempleo se dispararon como un cohete. A finales de 1932 más de una quinta parte de los empleados de Gran Bretaña, Suecia y Bélgica estaban sin trabajo. En Alemania casi una tercera parte de la mano de obra estaba sin empleo (6 millones de personas según cifras oficiales). Si a eso le añadimos los trabajadores a tiempo parcial y el desempleo oculto, la cifra aumenta a los más de 8 millones de personas, lo que significa que cerca de la mitad de la población trabajadora del país estaba total o parcialmente desempleada. Las cifras, por inequívocamente espantosas que sean, enmascaran la realidad de la miseria y el sufrimiento humano.

Los parados se veían obligados a vivir del subsidio de desempleo, por pequeño que fuera, que recibieran de unos sistemas públicos abrumados por la magnitud de las cifras. El gobierno británico recortó las ayudas al desempleo un 10 % en 1931. En cualquier caso, muchos de los parados de larga duración no tenían derecho a subsidio alguno y tenían que vivir de la beneficencia, que se cobraba sólo después de superar una «Prueba de Haberes», tan estricta como odiosa, para valorar los ingresos de la persona. Como se decía por entonces, la Prueba de Ingresos sólo podía tener como consecuencia hacer a los pobres más pobres, pues reducía el subsidio de desempleo concedido a un solo miembro de la familia, si los demás miembros estaban trabajando. Como consecuencia, el padre sin trabajo de una familia de cuatro personas de Wigan vio su ayuda de beneficencia por desempleo reducida de 23 a 10 chelines a la semana porque sus dos hijos

ganaban entre los dos 31 chelines. Una familia de Blackburn, en la zona textil terriblemente deprimida de Lancashire, donde las fábricas de algodón habían despedido temporalmente a la mayor parte de sus empleados, subsistía en 1932 sólo con el subsidio de desempleo de uno solo de sus miembros. Cuando rechazó un empleo en Cornualles, a más de 400 kilómetros de distancia, el individuo en cuestión fue privado categóricamente del subsidio de paro, y de paso toda la familia se quedó sin la única fuente de ingresos de la que disponía. No es de extrañar que los recuerdos de la odiosa Prueba de Haberes arrojaran una ominosa sombra sobre la política social en Gran Bretaña durante todo el resto del siglo XX y aun después.

Se trataba de una pobreza desgarradora, que destrozaba la vida familiar, dejando tras de sí la más absoluta desesperación. A comienzos de 1936 George Orwell, uno de los escritores ingleses y comentaristas sociales más influyentes de la época, pasó una temporada en Wigan, en el noroeste de Inglaterra, para conocer de primera mano las condiciones de vida en un área industrial deprimida.[1]

Cuando abandonó Wigan unas semanas después «a través del monstruoso escenario de montones de escoria, chimeneas, chatarra acumulada, canales enlodados, senderos de barro mezclado con carbonilla surcados por huellas de chanclos», divisó «el típico rostro exhausto de la chica de suburbio que tiene veinticinco años y representa cuarenta como consecuencia de los abortos y el trabajo pesado; en él se retrataba, durante los pocos segundos que pude verla, la expresión más desolada y desamparada que he visto en mi vida». Un año o dos antes Orwell había decidido dar testimonio de la extrema pobreza de París. «Descubre uno lo que es pasar hambre. Con un poco de pan y margarina en el estómago, puede uno salir y mirar los escaparates de las tiendas ... Descubre uno el aburrimiento que es inseparable de la pobreza; los momentos en los que al no tener nada que hacer y estando mal alimentado, no puede uno interesarse por nada».

En 1932, de los desempleados alemanes sólo el 15 % percibía el subsidio completo, a pesar de ser escaso. Otro 25 % cobraba ayudas de emergencia, un 40 % dependía de la beneficencia y el 20 % restante no

cobraba nada. «Toda la nación está sumida en la miseria; la intervención oficial es inútil; la gente vive en un verdadero infierno de mezquindad, opresión y enfermedad.» Así es como describía la situación un observador, que viajó por algunas zonas marcadas por su extrema pobreza. En Berlín y en otras ciudades grandes y pequeñas millares de gentes sin techo se encaminaban cada día durante los meses de invierno a los grandes albergues improvisados, creados para proporcionar calor, alimentos básicos y un refugio en el que pasar la noche. Los efectos eran desoladores para familias enteras. «Mi padre lleva parado más de tres años», escribía en diciembre de 1932 una muchacha alemana de catorce años. «Solíamos creer que algún día volvería a encontrar trabajo, pero ahora hasta los pequeños hemos perdido las esperanzas.»

La apatía, la resignación y una profunda sensación de desesperación causada por el largo tiempo sin encontrar empleo quedaban patentes en un estudio sociológico clásico llevado a cabo en la localidad austríaca de Marienthal, a unos 40 kilómetros al sur de Viena, donde tres cuartas partes de la población sufría las consecuencias del cierre de la fábrica textil, la única gran empresa existente en el pueblo. «Se ha quedado sin esperanzas y vive exclusivamente el día a día, sin saber por qué», era la evaluación que hacían los autores del estudio de un trabajador sin empleo sumido en la pobreza, de treinta y tantos años, con esposa y dos hijos mal alimentados a su cargo. «La gente ha perdido la voluntad de resistir.»

Los efectos sobre la vida familiar eran a menudo desastrosos, como ponía de manifiesto un informe sobre las condiciones reinantes en Polonia. «El hacinamiento de varias personas en una sola habitación en la que pronto no quedan muebles suficientes para que puedan sentarse o acostarse, y en la que cada vez hay menos comida que repartir, y el ambiente se vuelve más y más desesperado y deprimente ... todo esto no puede más que conducir a constantes peleas ... la disolución de la vida familiar se ve acelerada y queda abierto el camino a una vida de vagabundeo y prostitución.» Un indicador extremo de la miseria reinante en Polonia fue el notable aumento de los suicidios provocado por el desempleo.

Los que sufrieron las peores consecuencias fueron los trabajadores de la industria pesada: minas de carbón, siderurgia y los sectores relacionados con ella, como, por ejemplo, la construcción naval. Las zonas dedicadas al textil (como Marienthal), donde la industria principal llevaba largo tiempo en decadencia, se vieron también devastadas. Pero el impacto de la Depresión fue muy variado. En Alemania el desempleo se cuadruplicó entre 1928 y 1932. En la región predominantemente agrícola de Prusia Oriental se duplicó (aunque la situación de la economía rural significara en cualquier caso miseria generalizada). En la zona industrial de Sajonia, en cambio, el desempleo se multiplicó por siete o más. En Gran Bretaña el desempleo era en 1932 dos veces superior por término medio en el norte que en Londres. Pero esos promedios ocultaban en sí grandes divergencias. En Bishop Auckland y en Jarrow, en el nordeste del país, más de uno de cada dos trabajadores estaba en el paro. «Fuéramos donde fuéramos había hombres yendo de un lado a otro; no decenas, sino centenares y millares de ellos», observaba asombrado J. B. Priestley en su *Viaje inglés* en el otoño de 1933. En Merthyr Tydfil, en la región industrial de Gales del Sur, más de dos tercios de los trabajadores estaban sin empleo. Pero en St Albans, al norte de Londres, el desempleo afectaba sólo al 3,9 % de la población trabajadora.

No obstante, hubo también zonas en las que se produjo un notable crecimiento en medio de una depresión tan profunda. La relativa prosperidad de la mitad sur del Reino Unido atrajo a un lento movimiento de población procedente de las partes más deprimidas del país en busca de trabajo, con un incremento de la demanda que repercutiría en un mayor crecimiento. La industria de la construcción floreció para satisfacer la demanda de nuevas casas, escuelas, tiendas, cines y otras instalaciones. La construcción generó otras áreas de crecimiento. La industria eléctrica, centrada principalmente en el sur de Inglaterra, continuó creciendo al tiempo que se generalizaba el uso de los electrodomésticos. El aumento del consumo de electricidad, que se multiplicó casi por diez, entre las dos guerras creó la demanda de aparatos eléctricos incluso durante la Depresión. Aumentó también el número de personas, sobre todo de clase alta y de clase media, que podían permitirse un coche. El mercado de los

vehículos de motor continuó expandiéndose a pesar de la crisis, y la zona de los Midlands, donde estaba situada buena parte de las fábricas de automóviles británicos, se libró de lo peor de la desolación económica que afectó al norte de Inglaterra, a Gales y a Escocia, sedes de las antiguas industrias. En consecuencia, se ensanchó todavía más el abismo económico entre el norte y el sur. Lo mismo sucedió con la división entre empleados y desempleados. El desempleo masivo de las regiones más afectadas les parecía un problema muy distante a las numerosas familias de clase media de las regiones más prósperas del sur. Los que trabajaban en las industrias en expansión, y los consumidores con ingresos suficientes para sacar provecho de sus productos fueron naturalmente los más afortunados.

La crisis económica agudizó muchísimo los motivos de cólera y de resentimiento ya existentes, y profundizó asimismo la preocupación y la angustia por el futuro. Hizo a las sociedades más mezquinas y menos tolerantes. Un indicador, en medio del desempleo masivo, fue el aumento de los prejuicios contra las mujeres con trabajo que ocupaban «empleos de hombre». Las parejas «con doble sueldo» (*Doppelverdiener*), en las que trabajaban el marido y la mujer, se hicieron acreedoras de una gran infamia en Alemania cuando el desempleo se hizo más doloroso. También en Francia la Depresión intensificó los prejuicios contra la mujer. Se consideraba que el sitio que les correspondía era el hogar, permanecer en la granja, haciendo de esposas y madres, a lo sumo realizando «trabajos de mujer», en el campo de la asistencia social o la sanidad. Cuando la Depresión se agudizó, la mujeres fueron obligadas a abandonar muchos puestos de trabajo, vieron cómo se les cerraban las perspectivas de hacer carrera, empezaron a no ser bien vistas en la universidad, y tuvieron que hacer frente a la discriminación prácticamente a todos los niveles (empezando por la política francesa, que les negó el derecho al voto hasta 1944). En los sectores en los que las mujeres podían encontrar empleo —por ejemplo como dependientas de comercio, como secretarias o en otros trabajos de oficina— era natural que sus salarios fueran automáticamente inferiores a los de sus colegas de sexo masculino de su misma categoría. Sólo los países escandinavos dejaron de seguir la tendencia general habitual

en Europa hacia una mayor discriminación del empleo femenino: Suecia llegó incluso de hecho (en 1939) a decretar por ley que el matrimonio no fuera en adelante un obstáculo para el trabajo.

La senda tomada de modo excepcional por los países escandinavos en lo concerniente al trabajo de la mujer tenía que ver con su mayor amplitud de miras en materia de política de bienestar y demográfica. Pero también allí la preocupación por la disminución de la población y por lo que se consideraba la consecuencia irremediable del deterioro de la calidad de la población, encajaría con otras corrientes de pensamiento más generales existentes en Europa, que se vieron favorecidas por el clima de crisis económica. La preocupación por la decadencia de la población —auténtico lugar común en la mayoría de los países europeos después de la guerra, y particularmente aguda en Francia y en Alemania— provocó una reacción en contra de los anticonceptivos, que habían sido promovidos cada vez más durante los años veinte. La tendencia reaccionaria se generalizó, encontró un gran apoyo popular y fue respaldada con especial fuerza en los países católicos debido a la incesante y vehemente oposición de la Iglesia al control de natalidad. El aborto había sido ya ilegalizado en casi toda Europa, pero también en este campo las actitudes se endurecieron. Gran Bretaña, por ejemplo, convirtió el aborto en delito en 1929. Cualquier persona condenada por «intento de acabar con la vida de una criatura capaz de nacer viva» (entendiendo como tal un embarazo de veintiocho semanas o más) debía ser condenada a trabajos forzados de por vida. Aun así, cientos de miles de mujeres en Gran Bretaña y en todos los demás países de Europa, tanto casadas como solteras, siguieron abortando, arriesgándose no sólo a ser castigadas por la ley, sino a sufrir lesiones graves e incluso la muerte sometiéndose a operaciones ilegales.

Durante los años veinte, cuando la botánica inglesa Marie Stopes había promovido el control de natalidad, lo había hecho en el contexto de las medidas que debían adoptarse para mejorar la calidad de la población. Las cuestiones relacionadas con la herencia, la genética, la decadencia de la estirpe racial y la necesidad acuciante de producir especies superiores, se habían convertido en una obsesión entre los intelectuales europeos desde que acabó la guerra. La eugenesia y su equivalente de resonancias más

ominosas, la «higiene racial» —la esterilización de los «defectuosos» y la mejora de la «eficacia nacional» mediante la mejora racial— ganaron adeptos cuando la crisis acarreada por la Depresión intensificó las dudas en torno a la «salud de la nación». El coste de la búsqueda de miembros «improductivos» de la sociedad se había agudizado cuando los gobiernos tuvieron que apretarse el cinturón durante la crisis. En Gran Bretaña, entre los partidarios del movimiento eugenésico no sólo hubo científicos eminentes, psicólogos y médicos, sino también intelectuales destacados, como el economista John Maynard Keynes o el dramaturgo George Bernard Shaw. Poco antes de la publicación en 1932 de su novela *Un mundo feliz* (distopía que describe una sociedad cuya estabilidad se basa en la manipulación biológica y el condicionamiento mental para obtener la máxima utilidad social y económica), Aldous Huxley hablaba de la eugenesia como medio de control político, indicando su propia aprobación de las medidas encaminadas a impedir «el rápido deterioro ... de toda la raza europea occidental». Algunos de los partidarios más extremos de la eugenesia, convencidos de que la «raza» británica tenía que hacer frente a una degeneración inevitable y a la extinción final de su calidad biológica si no se introducían medidas drásticas de limpieza étnica, contemplaban incluso el exterminio indoloro de los «indeseables» o, a falta de eso, su esterilización obligatoria. Aunque tales ideas quedaran confinadas a una minoría de cultivadores de la eugenesia y no pasaran de ahí en Gran Bretaña, ponen de manifiesto en qué dirección soplaban los vientos durante la Depresión incluso en una democracia.

En Alemania se presentaron en 1932 borradores de propuestas de esterilización *voluntaria* de aquellos que padecieran defectos hereditarios con el apoyo de algunos médicos eminentes, antes incluso de que los nazis se hicieran con el poder. El gobierno de Hitler no tardó en ir mucho más allá. Pero podía tener la seguridad de contar con un gran apoyo popular para su ley de 14 de julio de 1933, por la que se introducía la esterilización *forzosa* para una gran variedad de enfermedades hereditarias, deformaciones físicas graves y alcoholismo crónico, y que a lo largo de los años siguientes produciría alrededor de 400.000 víctimas. (Las «cámaras letales» para exterminar a los enfermos mentales tendrían que esperar en

Alemania otros seis años.) La esterilización forzosa, sin embargo, no se confinó a la acción de una dictadura inhumana. Todos los países democráticos de Escandinavia aprobaron en 1934 leyes que contaron con un respaldo público generalizado y que provocaron decenas de millares de víctimas. La esterilización legal tampoco quedó confinada al «continente negro» de Europa. Poco antes de que comenzara la segunda guerra mundial, unos 42.000 ciudadanos de treinta estados norteamericanos habían sido esterilizados, en su mayoría de manera forzosa, por motivos de «debilidad mental» o «locura». En toda Europa (y en el mundo occidental en general) la intervención del estado en las vidas de los ciudadanos empezó a resultar aceptable en formas que habrían resultado inconcebibles antes de 1914.

El desastroso empeoramiento de la situación económica radicalizó en toda Europa no sólo el pensamiento social, sino también la actividad política. A medida que fueron agudizándose las tensiones de clase, la política se polarizó. La izquierda, dividida en la mayor parte de los países en dos grupos mutuamente antagónicos —los partidos socialistas más moderados y los comunistas, alineados con Moscú—, intentó, habitualmente en vano, eludir los recortes drásticos en los niveles de vida de la clase obrera. La combatividad de la izquierda fue también en no pequeña medida una respuesta a los peligros de la creciente oleada de movimientos antisocialistas extremos de derechas. Prácticamente en todos los países fuera de la Unión Soviética, la Depresión trajo consigo una marea de apoyo hacia movimientos fascistas que tenían por objetivo acabar con las izquierdas y llevar a cabo un reordenamiento de la sociedad por medio de una unidad nacional prefabricada y forzosa. Cuanto más general fuera la crisis, más probable era que la extrema derecha pudiera movilizar a grandes sectores de la población. Donde más generalizada fue la crisis fue en Alemania; y, como cabría imaginar, la reacción allí fue más extrema que en cualquier otro lugar de Europa.

La economía más desastrosamente afectada de Europa fue la más importante del continente. Alemania era un país con una democracia frágil, que sentía que su cultura se hallaba amenazada, que estaba a todas luces dividido ideológica y políticamente, y que seguía teniendo las profundas cicatrices dejadas por la guerra. Cuando la economía se hundió, la miseria

social se intensificó y el gobierno democrático implosionó en medio de una violencia y una polarización política cada vez mayores, la democracia, ya acorralada en el momento de hacer frente a la crisis, era demasiado débil para sobrevivir. Se hizo así inevitable el giro hacia un régimen autoritario. Algunas democracias europeas ya habían sucumbido. Otras no tardarían en hacerlo. Pero el caso de Alemania fue con diferencia el más trascendental entre todas ellas. No sólo sus dimensiones, su poderosa base industrial (aunque severamente dañada por la crisis) y su posición geográfica central dentro de Europa, sino también sus grandes ambiciones de revisar los acuerdos territoriales del Tratado de Versalles, hacían de Alemania un caso excepcional, y la convertían en una amenaza potencial para la paz europea si un gobierno autoritario adoptaba una política exterior de firmeza.

Cuando la Gran Depresión se agudizó, el edificio social se resquebrajó y el abismo ideológico se convirtió en una verdadera sima. Se intensificó enormemente la sensación de que una nación otrora grande se hallaba ahora sumida en la crisis, de que su propia existencia estaba en peligro, de que había sido humillada, desamparada y totalmente dividida. Sometidas a semejantes presiones, las estructuras de la democracia parlamentaria cedieron. El espacio político reventó. Y al hacerlo, a juicio de un número cada vez mayor de alemanes, una sola fuerza política ofrecía una esperanza de salvación nacional: el partido nazi de Hitler.

El resultado sería la toma del poder por Hitler el 30 de enero de 1933, fecha que se convertiría en un desastroso punto de inflexión en la historia de Europa. De todas las formas en las que la Depresión vino a remodelar la política y la sociedad europeas, el caso de Alemania fue el más funesto; y no sólo para el pueblo alemán, sino para todo el continente europeo y, en último término, para gran parte del mundo.

El peor resultado posible

La crisis de Alemania no fue sólo económica, ni siquiera fue principalmente económica, sino que supuso una crisis total del estado y de la sociedad. La grave calamidad económica que se abatió sobre Estados Unidos no dio lugar en Norteamérica a una crisis del estado. Un deterioro económico

menos grave, pero igualmente severo en grado sumo, produjo en Gran Bretaña un notable fortalecimiento de la minoría dirigente conservadora. Tanto en Norteamérica como en Inglaterra las elites dominantes veían sus intereses satisfechos por el sistema político vigente, mientras que la inmensa mayoría de la población apoyaba las estructuras de gobierno existentes y los valores que las sustentaban. En Francia, donde el consenso era menos firme, el estado experimentó más bien una especie de sacudida, pero supo capear el temporal. La crisis económica de Suecia reforzó de hecho la base socialdemócrata del estado.

En Alemania, en cambio, la Depresión abrió por completo las enconadas heridas que habían sido vendadas y curadas sólo superficialmente después de 1918. El somero nivel de aceptación de la democracia entre la elite política, económica y militar quedó ahora expuesto a la vista de todos. Y entre las masas la fe en una democracia que, a ojos de una mayoría cada vez mayor, era la responsable de la penosa situación en la que se encontraba el país fue marchitándose más y más a medida que la Depresión se agravaba. Socavada por las elites y enfrentada a un apoyo popular en rápido retroceso, la democracia alemana llevaba en realidad sometida a respiración asistida desde 1930. Cuando la política se polarizó y los extremos empezaron a sacar provecho de ello, Hitler resultó en último término el gran beneficiado.

Heinrich Brüning, canciller del Reich durante los peores momentos de la crisis económica, había cifrado toda su estrategia política en la eliminación de las indemnizaciones y reparaciones de guerra mediante la demostración de que Alemania, arruinada por una Depresión en constante agravamiento, era incapaz de pagarlas. La intensificación de la miseria social en el ámbito interior era, a su juicio, el precio que había que pagar para liberar a Alemania de la carga del pago de las indemnizaciones. En junio de 1931 había tenido su objetivo al alcance de la mano cuando el presidente norteamericano, Herbert Hoover, frente a la fuerte oposición de Francia, logró aprobar una moratoria de un año al pago de las indemnizaciones de guerra de Alemania. A finales de año una comisión creada según los términos del Plan Young para determinar la capacidad que tenía Alemania de hacer efectivos los pagos, llegó a la conclusión de que no

sería capaz de cumplir sus compromisos una vez que expirara la moratoria. La comisión propuso la cancelación de los pagos de las indemnizaciones y reparaciones alemanas, así como la supresión de las deudas de guerra interaliadas. En una conferencia celebrada en Lausana el verano siguiente, la propuesta fue aprobada. Alemania se avino a pagar un pequeño último plazo (que a la hora de la verdad no fue abonado nunca). Con eso, las indemnizaciones y reparaciones de guerra, que desde 1919 habían constituido una especie de rueda de molino más política que verdaderamente económica atada al cuello de Alemania, fueron canceladas. Brüning, sin embargo, ya no estaba en condiciones de aprovechar la oportunidad y su crédito se había agotado. Había perdido la confianza del presidente del Reich, Hindenburg, que lo había destituido como canciller justo antes de que diera comienzo la conferencia de Lausana. Brüning había venido muy bien a Hindenburg para sus planes, y ahora ya no era necesario.

Con el fin de las indemnizaciones y reparaciones de guerra, los revisionistas podrían empezar a pensar de manera más realista en quitarse los grilletes de Versalles, el ejército en reconstruir su fuerza, y las elites antidemocráticas en un régimen autoritario más firme. Hindenburg se quitó la careta y empezó a mostrar su verdadero carácter. El gobierno alemán giró más a la derecha cuando en rápida sucesión ocuparon la cancillería primero Franz von Papen (junio-noviembre de 1932) y luego el general Kurt von Schleicher (diciembre de 1932-enero de 1933). Pero al carecer del apoyo de las masas, ni uno ni otro lograron llegar ni de lejos a resolver la crisis en rápido deterioro no sólo de la economía, sino también del estado alemán en general. Su problema era que cualquier solución necesitaba a Hitler.

La fragmentación cada vez mayor del sistema político alemán entre 1930 y 1933 creó un vacío enorme que vinieron a llenar los nazis. Cuando el sistema de estado vigente perdió casi todo el apoyo popular, una ola gigantesca de desafección arrojó a los votantes a los brazos del movimiento de Hitler. El propio Hitler se convirtió cada vez más en el imán que atraía la cólera y los temores de las masas. La maquinaria propagandística que se ocultaba tras él logró fabricar una imagen que personificaba no sólo la furia popular por la situación en que se hallaba el país en aquellos momentos,

sino también las esperanzas y los sueños de un futuro mejor. La gente proyectó en Hitler sus propias creencias, sus deseos y aspiraciones. Y las incorporó a una visión de renacimiento nacional completo.

No todos ni mucho menos se sentían atraídos por él. La izquierda siguió obteniendo más del 30 % de los votos hasta 1933. Otro 15 % fiel de electores se decantó por los dos partidos católicos. Pero el profundo rencor que separaba al partido socialdemócrata y al comunista (este último una organización casi en su totalidad de parados) impedía la formación de cualquier frente unido que se opusiera a los nazis. Esta funesta división contribuyó a que se produjera la inminente catástrofe que se cernía sobre la izquierda alemana. Pero no fue la división la que la causó. Los partidos de izquierdas no tuvieron acceso al poder. El principal problema radicaba no en la izquierda, sino en la derecha. La autoridad del gobierno se desmoronaba a ojos vistas y los desórdenes públicos se generalizaron. Los choques violentos entre las organizaciones paramilitares nazis y comunistas se multiplicaron. El pánico por el creciente apoyo del partido comunista (en gran medida a expensas de los socialdemócratas) y las perspectivas de todo punto exageradas de una revolución bolchevique se apoderó de la clase media. Los partidos «burgueses» de centro y de derechas se hundieron, como cabía esperar, junto con más de treinta pequeños partidos regionales o de intereses delimitados (cuya proliferación se veía facilitada por el sistema electoral de representación proporcional sin restricciones existente). Y los nazis absorbieron el grueso de los apoyos en franco retroceso con los que habían contado esas formaciones.

La agitación nazi atizó el fuego de la cólera y el odio más primitivos, basados en resentimientos y prejuicios absurdos. Los llamamientos que hacía, sin embargo, no eran sólo en sentido negativo. La propaganda nazi supo conjugar la demonización de los enemigos políticos y raciales con un llamamiento emocional vagamente expresado, pero extraordinariamente poderoso, a la regeneración y la unidad nacionales. Invocaba la unidad nacional que había existido (aunque por un breve momento) en 1914, y la «comunidad de trinchera» de los soldados del frente durante la guerra, con

la finalidad, decía, de crear una «comunidad popular» de la gente de etnia alemana que trascendiera todas las divisiones internas. Se trataba de un simbolismo eficaz.

Un oficinista de dieciocho años, que ingresó en el partido nazi en 1929 después de asistir a los mítines de otras formaciones, expresaba a su manera la atracción sentida tras ser enardecido por las emocionantes alocuciones de un orador nazi:

> Me vi arrastrado no sólo por su apasionado discurso, sino también por su sincero compromiso con el pueblo alemán en su conjunto, cuya mayor desgracia era estar dividido en tantos partidos y clases. ¡Por fin una propuesta práctica de renovación del pueblo! ¡Acabemos con los partidos! ¡Fuera las clases! ¡La comunidad del verdadero pueblo! Ésos eran los objetivos a los que podía entregarme sin reservas. Esa misma noche me quedó claro dónde estaba mi puesto: en el nuevo movimiento. Sólo él ofrecía una esperanza de salvar a la patria alemana.

Cientos de miles de individuos como él, independientemente de cuáles fueran sus motivos personales, entraron en tropel en el movimiento nazi entre 1930 y 1933. Antes de que Hitler ascendiera al poder, los militantes del partido eran casi 850.000, y más de cuatro quintas partes de ellos habían ingresado después del inicio de la Depresión. Sólo la sección de tropas de asalto (la Sturmabteilung o SA) contaba con alrededor de 400.000 miembros, muchos de los cuales no militaban en realidad en el partido nazi.

Los votantes no buscaban en su mayoría un programa coherente, ni una serie de reformas limitadas del gobierno. El partido de Hitler les resultaba atractivo porque prometía un comienzo radicalmente nuevo mediante la eliminación total del viejo sistema. Los nazis no pretendían corregir lo que presentaban como un sistema moribundo o podrido; afirmaban que iban a erradicarlo y a construir una Alemania nueva a partir de sus ruinas. No proponían derrotar a sus adversarios; amenazaban con destruirlos por completo. El mensaje resultaba atractivo precisamente por su radicalismo. Los alemanes respetables de clase media, que habían mamado las expectativas de «paz y orden» con la leche de su madre, estaban ahora dispuestos a tolerar la violencia nazi siempre y cuando fuera dirigida contra los odiados socialistas y comunistas, o contra los judíos (considerados en general, y no sólo por los nazis más fervorosos, demasiado poderosos y una fuerza maléfica dentro de Alemania). La clase media veía

en la violencia una consecuencia colateral de un objetivo absolutamente positivo: la causa de la renovación nacional. El hecho de que el llamamiento a una idea de unidad nacional para superar las divisiones internas comportara intolerancia y violencia no constituía un elemento disuasorio. Cuando Hitler hizo de la intolerancia una virtud, afirmando en un discurso de 1932: «*Somos* intolerantes, sí. Tengo un solo objetivo: acabar con los treinta partidos que hay en Alemania», se desató un clamor de aprobación entre la gigantesca multitud de 40.000 asistentes al mitin.

La vaga amalgama de fobias y abuso de eslóganes nacionalistas que se escondía tras aquella retórica violenta permitió a muchos críticos repudiar el nazismo por considerarlo un mero movimiento de protesta incoherente que se vendría abajo en cuanto mejorara la situación o si se veía obligado a asumir un papel de responsabilidad en el gobierno. Los nazis *eran efectivamente* un enorme movimiento de protesta difícil de manejar y que estaba fragmentado en múltiples facciones, desde luego. Pero en ellos había bastante más que simple protesta y propaganda. Sus líderes y, por encima de todos los demás, Hitler no eran sólo demagogos y propagandistas de talento, sino también ideólogos resueltos, comprometidos e inequívocamente despiadados.

Hitler no había ocultado ni mucho menos sus objetivos. Su libro, *Mein Kampf*, escrito entre 1924 y 1926 (compuso la primera parte mientras estaba preso en la cárcel de Landsberg), había revelado públicamente en los términos más claros imaginables su paranoia antisemita y su teoría de que el futuro de Alemania sólo podía garantizarse mediante la obtención de tierras a expensas de la Unión Soviética. Pocos, fuera de los adeptos del nazismo, se habían fijado demasiado en lo que parecía la disparatada distopía de un golpista frustrado situado en los márgenes de la política.

Tampoco su ideología personal desempeñó un papel demasiado grande a la hora de ganar a las masas para el nazismo a comienzos de los años treinta. El antisemitismo, tan fundamental en el pensamiento de Hitler, ocupó en realidad un lugar menos destacado en la propaganda nazi a comienzos de los años treinta, cuando los votantes siguieron en manada la bandera del nazismo, del que ocupara a comienzos de los veinte, cuando eran relativamente pocos los que se habían pasado a él. Los judíos sirvieron

desde luego como chivo expiatorio de todos los males de Alemania en general. Pero lo que atrajo a los votantes en el momento de la Gran Depresión fue la promesa del fin de la miseria que, a su juicio, había creado la democracia de Weimar, la destrucción de los responsables de la lamentable situación de Alemania y la creación de un nuevo orden social basado en una «comunidad popular» nacional que construyera el poder, el orgullo y la prosperidad de la Alemania del futuro. La propaganda engalanó la imagen de Hitler como el único hombre capaz de lograr este objetivo, como «la esperanza de millones de personas», según decía el eslogan de las elecciones de 1932. Era la encarnación de la ideología del partido y de los anhelos populares de salvación nacional.

El excepcional talento demagógico de Hitler, unido a su certidumbre ideológica (aunque también a su flexibilidad táctica), le había permitido consolidar su poder supremo dentro del movimiento nazi. Su visión ideológica era lo suficientemente amplia como para dar cabida a las diversas corrientes de pensamiento derechista o de interés potencialmente disgregadoras que cualquiera de los líderes subordinados a él, cada uno de ellos ligado a un fetiche en concreto, pudiera proponer apasionadamente (aunque no fueran factibles). Por ejemplo, los que querían hacer hincapié en ganarse a los trabajadores a través del la rama «nacional» del socialismo, o los que pretendían subrayar el concepto de *Blut und Boden* («sangre y suelo») para conseguir el apoyo del campesinado, vieron sus objetivos pragmáticos específicos incorporados en un llamamiento nebuloso, pero sumamente potente a la unidad nacional, mientras que determinados motivos de queja social podían ser desplazados a la retórica antijudía. De este modo el caudillo, el Führer, se convirtió en la encarnación de la «idea». Y el culto al líder erigido en torno a Hitler constituía una barrera frente a cualquier tendencia intrínseca —habitual en todos los movimientos fascistas— a la fragmentación en facciones enfrentadas, como había sido a todas luces el caso en el primitivo partido nazi.

Durante los años de la Depresión, el partido nazi consiguió socavar cada vez más los restos vacilantes de la democracia de Weimar. En 1932, sólo más o menos la quinta parte del electorado que seguía apoyando a los socialdemócratas, junto con los pocos liberales que quedaban y algunos

adeptos del Partido del Centro católico, deseaban mantener el sistema democrático. La democracia estaba muerta. Respecto a qué era lo que debía sustituirla, las opiniones diferían unas de otras considerablemente. Unas tres cuartas partes de los alemanes querían algún tipo de gobierno autoritario, pero había diversas posibilidades. Algunas de esas variantes eran la dictadura del proletariado, una dictadura militar, o la dictadura de Hitler. A pesar de su incesante clamor y su incansable labor de agitación, en el verano de 1932 los nazis habían alcanzado el límite de sus posibilidades de éxito en unas elecciones libres: poco más de un tercio del apoyo de los votantes. Y cuando en agosto de 1932 Hitler exigió ser nombrado jefe del gobierno (justo cuando su partido nazi se había convertido fácilmente en el partido más numeroso del Reichstag con el 37,4 % del electorado a sus espaldas), su reclamación fue rechazada firmemente por el presidente del Reich, Hindenburg. La modalidad de autoritarismo que éste quería —una especie de vuelta al sistema de la Alemania imperial— no contemplaba a Hitler en la cancillería. Al cabo de cinco meses, sin embargo, Hindenburg había cambiado de opinión: justo en el momento en el que el voto nazi empezaba a decaer, no a subir.

Cuando finalmente Hitler fue nombrado canciller el 30 de enero de 1933, fue después de sufrir una derrota electoral. En las elecciones de noviembre de 1932 los nazis perdieron en realidad votos por primera vez desde que comenzara su ascensión en 1929. Daba la impresión de que su burbuja había estallado en medio de una crisis interna de liderazgo del partido. Aquellos comicios —las segundas elecciones al Reichstag de 1932, tras unas elecciones presidenciales a dos vueltas y varias elecciones regionales— habían venido motivados por la continuidad y el agravamiento de la crisis del estado. El incremento de la violencia en las ciudades alemanas, expresada en choques entre los nazis y los comunistas, dio paso a un temor muy real a que el país acabara deslizándose hacia la guerra civil. El ejército temía verse envuelto en todo aquello. Los sucesivos gobiernos de la derecha conservadora habían sido demasiado débiles como para ofrecer una solución. Se había llegado a un callejón sin salida. Las elites conservadoras nacionales eran incapaces de gobernar sin conseguir el apoyo de las masas que controlaban los nazis. Pero éstos no estaban dispuestos a

entrar en el gobierno a menos que Hitler fuera nombrado canciller. Las maquinaciones entre bastidores llevadas a cabo por aquellos a los que prestaba oído el presidente del Reich desbloquearon la situación, convenciendo a Hindenburg de que la única salida era entregar a Hitler la cancillería, pero mantenerlo a raya con un gabinete formado predominantemente por ministros conservadores. Ése fue el trato que finalmente dio a Hitler el poder que quería.

Y supo cómo utilizarlo. Mussolini había necesitado tres años para establecer un control absoluto sobre el estado italiano. Hitler estableció su dominio total sobre Alemania en el plazo de seis meses. El método principal fue el empleo del terror sin paliativos contra sus adversarios, junto con fuertes presiones para hacerlos acatar el nuevo régimen. Decenas de millares de comunistas y socialistas —sólo en Prusia 25.000— fueron detenidos durante las primeras semanas del gobierno de Hitler, metidos en cárceles y campos de internamiento improvisados y maltratados de forma ignominiosa. Los decretos de emergencia legitimaron un poder policial sin restricciones. El 23 de marzo, en medio de un ambiente amenazador, el Reichstag aprobó una Ley de Autorización en virtud de la cual se liberaba al gobierno de cualquier posible restricción parlamentaria. La sociedad alemana, en parte atemorizada e intimidada, y en parte llena de entusiasmo, se mostró de acuerdo con la medida. Nuevos militantes corrieron en tropel a inscribirse en el partido nazi y los millares y millares de organizaciones, clubs y asociaciones sociales y culturales que existían a escala nacional, regional y local se nazificaron rápidamente. Aparte del 30 % aproximadamente de alemanes que habían prestado apoyo a las izquierdas (y por supuesto la pequeña minoría judía, un mero 0,76 % de la población, que ya había empezado a ser perseguida), había muchos que no habían votado al partido nazi, pero que podían encontrar cierto atractivo al menos en lo que pretendía ofrecer en el curso de lo que el partido llamaba el «alzamiento nacional». Los que no encontraban nada atractivo en el partido tuvieron la prudencia de guardarse sus opiniones para sí mismos. La intimidación fue el acompañamiento constante de aquella embriagadora atmósfera de renovación nacional.

La oposición potencial al régimen nazi que estaba organizada fue eliminada sistemáticamente. El desafío comunista fue aplastado sin piedad y el partido socialdemócrata —el movimiento de clase obrera más antiguo y numeroso de Europa— fue prohibido. Con su desaparición y con la liquidación forzosa del gigantesco movimiento sindical a comienzos de mayo, la democracia de Alemania —que había tenido una duración de apenas catorce años, aunque se basara en la dilatada existencia de los ideales democráticos— quedó prácticamente extinguida. Todo lo que quedó fueron los restos vacilantes que pervivieron en la temeraria oposición clandestina. Los partidos políticos «burgueses» y católicos fueron igualmente prohibidos o disueltos. El 14 de julio el partido nazi fue declarado oficialmente el único partido permisible según la ley.

Durante la primera parte de su régimen, Hitler tuvo que tener en cuenta no sólo a su gigantesco ejército de seguidores, sino también a los grandes pilares del *establishment* conservador, representado por la venerable figura de Hindenburg, el presidente del Reich. En una manifestación de unidad escenificada de modo espectacular el 21 de marzo (el «Día de Potsdam»), Hitler consiguió su apoyo ofreciendo una renovación nacional basada en los vínculos existentes entre la antigua y la nueva Alemania, enlazando simbólicamente el militarismo prusiano, que databa de los días de gloria de Federico el Grande, con una visión de futura grandeza nacional. Muchos de los que seguían abrigando dudas quedaron impresionados. Hitler daba ahora la sensación de ser un estadista, mucho más que en sus días de agitación demagógica. Iba camino de modificar su imagen de líder de partido para convertirla en la de un líder nacional de talla.

A comienzos de 1934 se suscitó una grave crisis en torno a las ambiciones de Ernst Röhm, el líder de las tropas de asalto (la SA), que pretendía radicalizar todavía más la revolución nazi y someter al ejército poniéndolo bajo el control del ala paramilitar del partido. La amenaza a la posición de las elites bien asentadas del estado era evidente. Hitler se vio obligado a actuar, y así lo hizo el 30 de junio de un modo brutal, autorizando la matanza de los líderes de las tropas de asalto en la «Noche de los Cuchillos Largos». Röhm y otros jefes de la SA fueron muertos a balazos. Otros individuos que en algún momento se hubieran cruzado en el

camino de Hitler, incluido Gregor Strasser (considerado traidor por la oposición presentada en el otoño de 1932) y el anterior canciller del Reich, el general Kurt von Schleicher (del que se pensaba que seguía intrigando contra el régimen), también fueron asesinados. Se calcula que el número total de muertos fue de unas 120-150 personas.

De forma harto curiosa, la posición de Hitler se vio extraordinariamente reforzada por apadrinar aquel asesinato masivo «en defensa del estado». La gente corriente lo vio como a Hércules limpiando los establos de Augías de una presencia despótica y corrupta, una auténtica «úlcera» abierta en el propio estado. El ejército se sintió agradecido por aquella «acción de limpieza» que había eliminado una importante amenaza a su poder y había consolidado de paso su carácter indispensable para el estado. Y a los que hubieran podido pensar en plantear cualquier tipo de desafío a la dictadura de Hitler se les hizo una advertencia de lo más contundente, avisándoles de que el régimen estaba dispuesto a golpear incluso a sus súbditos más poderosos con una fuerza brutal. Hitler no tenía ya quien le tosiera. Cuando Hindenburg murió a primeros de agosto de 1934, el propio Hitler asumió la jefatura del estado. Con esta medida, quedó consolidado su poder absoluto en Alemania. El poder del estado y el poder del Führer eran uno y lo mismo.

La consolidación de la dictadura vino acompañada por una revitalización de la economía, y por los rápidos pasos dados hacia la reconstrucción de la fortaleza militar, en el preciso instante en el que las democracias occidentales, azotadas por la Gran Depresión, ponían de manifiesto sus propias debilidades y divisiones. Mientras que los países europeos luchaban por superar la crisis económica, la democracia se veía obligada en casi todas partes a ponerse a la defensiva, al tiempo que avanzaba el autoritarismo de un signo o de otro. Todo aquello creaba una situación muy preocupante para la paz en Europa.

Vías hacia la recuperación económica

En 1933 la Gran Depresión había tocado fondo en buena parte de Europa y podían atisbarse tímidamente los primeros leves indicios de recuperación, aunque eso sí de forma muy desigual. Para muchas de las zonas industriales más afectadas, aquella incipiente mejora —si es que la había— era apenas perceptible a simple vista. Y Francia se deslizaba hacia la Depresión justo cuando otras grandes economías de Europa habían empezado a remontar el vuelo. El verano de ese mismo año, el recién elegido presidente de los Estados Unidos de América, Franklin Delano Roosevelt, desactivó la Conferencia Económica Mundial que había pretendido estabilizar las divisas y poner fin a las guerras arancelarias. Aquél había sido el único intento de alcanzar un acuerdo internacional sobre medidas que contribuyeran a la recuperación. Como no podía ser de otra forma, Roosevelt dio absoluta prioridad a los intereses nacionales de Norteamérica estimulando la economía estadounidense. Inmediatamente devaluó el dólar frente a la libra esterlina. Este gesto marcó el modelo ya existente sobre la forma de abordar la crisis. Cada país tenía que encontrar su propio camino para salir de la Depresión. Y así lo hicieron todos, cada uno de una manera distinta y a un ritmo muy desigual. La incapacidad de llegar a un acuerdo sobre un sistema internacional de comercio contribuyó indudablemente a prolongarla. Las democracias, por su parte, se encaminaron hacia la recuperación a trompicones. John Maynard Keynes reconoció que la economía era «un desbarajuste terrible» incluso para los economistas profesionales. No es de extrañar que pocos líderes gubernamentales tuvieran una idea clara de hacia dónde iban.

En 1933, la economía de Gran Bretaña —la economía mundial más grande, fuera de la norteamericana— empezaba a salir de la Gran Depresión. Al año siguiente Inglaterra sería el primer país que sobrepasara sus niveles de producción industrial de 1929, aunque en gran medida semejante hazaña no fuera más que un reflejo de los bajos niveles de crecimiento de los años veinte. La caída del desempleo fue otro indicador de que lo peor ya había pasado. El desempleo cayó de los 3 a los 2,5 millones de personas durante 1933. Sin embargo, seguía situado a unos niveles obstinadamente altos, bajando lentamente sólo del 17,6 % de la población trabajadora registrado en 1932 al 12-13 % de 1935. En las

regiones más deprimidas seguía estando por encima del 50 %. Las «Marchas del Hambre» de miles de trabajadores desempleados procedentes de Escocia, Gales y el norte de Inglaterra, organizadas en 1932 con el respaldo del partido comunista, habían topado con la hostilidad del Gobierno de Concentración (*National Government*) de Ramsay MacDonald, y habían dado lugar a importantes disturbios y choques violentos con las fuerzas del orden. La policía había confiscado una solicitud bien fundamentada de abolición de la Prueba de Haberes para impedir que llegara al parlamento. En 1936 la marcha de unos 200 trabajadores desempleados agobiados por la pobreza, procedentes de los astilleros de Jarrow, en el nordeste de Inglaterra, hasta Londres, a casi 500 kilómetros de distancia, provocó mayores simpatías en la opinión pública. Pero el gobierno se negó a aceptar su petición, firmada por 11.000 habitantes de aquella localidad arruinada por la crisis, en la que solicitaban ayuda gubernamental.

El gobierno continuaba aferrado a la ortodoxia financiera, y lo único que perseguía eran unos presupuestos equilibrados. Las teorías que preconizaban combatir la Depresión con métodos heterodoxos de financiación del déficit todavía estaban en pañales. Keynes, que poco después del crack de Wall Street había pronosticado de manera bochornosa que la crisis no tendría consecuencias graves para Londres y había declarado que «vemos el panorama que se nos presenta en el futuro decididamente prometedor», todavía no había acabado su teoría económica contracíclica. Cuando dio comienzo la Depresión, el proyecto más ambicioso de economía planificada regalvanizada mediante la firma de créditos destinados a financiar el crecimiento provendría de Oswald Mosley, cuya indudable capacidad era tan grande como su ambición política, su impaciencia y su desarraigo. Mosley, que tenía antecedentes aristocráticos, había sido en otro tiempo conservador. Desengañado de los *tories*, había abandonado el partido a comienzos de los años veinte para convertirse en diputado independiente antes de unirse al partido laborista. Su postura en materia de política social y económica era claramente de izquierdas. Cuando sus ideas a favor de estimular la economía mediante la financiación del déficit fueron rechazadas de plano, encabezó una secesión

del partido laborista y creó el Partido Nuevo. Y cuando su Partido Nuevo no consiguió ningún apoyo que valiera la pena en las elecciones generales de 1931, se pasó a la extrema derecha, expresó abiertamente su admiración por Mussolini, fundó la Unión Británica de Fascistas en 1932 y emprendió la senda que lo conduciría hacia el olvido político.

El Gobierno de Concentración, que había entrado en funciones durante la crisis financiera en el verano de 1931, incluía ministros de los tres grandes partidos, el laborista, el conservador y el liberal, en un gabinete reducido de sólo diez miembros. Muy pronto las figuras dominantes en él serían el anterior primer ministro conservador, Stanley Baldwin, y Neville Chamberlain, hijo del otrora destacado político liberal Joseph Chamberlain, y hermanastro de Austen Chamberlain, el secretario del Foreign Office que había contribuido a forjar el Tratado de Locarno en 1925. Pero Ramsay MacDonald, primer ministro del gobierno laborista entre 1929 y 1931, permaneció en el cargo, y Philip Snowden siguió inicialmente como Canciller del Exchequer. Al pasar a formar parte del Gobierno de Concentración, MacDonald y Snowden provocaron la escisión del partido laborista, que, en medio de una gran acritud y rumores de traición, los expulsó y los obligó a formar un nuevo partido, al que llamaron Partido Laborista Nacional.

Los presupuestos de emergencia de Snowden, motivados por las directrices de saneamiento de las finanzas, chocaron, como era de prever, con la furibunda reacción de su antiguo partido. Pero el Gobierno de Concentración, respaldado por una enorme mayoría en la Cámara de los Comunes, pudo imponer por fin los recortes del gasto público, subir el impuesto sobre la renta y reducir la paga de los trabajadores de los servicios públicos y el subsidio de desempleo, medidas que, cuando las propusieron por primera vez (pues muchos de los recortes afectaban de manera desproporcionada a los sectores más débiles de la sociedad), habían provocado la caída del gobierno laborista. El restablecimiento de la confianza en la libra esterlina, a punto de hundirse en aquellos momentos, había sido una de las motivaciones más destacadas. Pero consecuencia de todo ello fue la reducción de la demanda y la invitación a la deflación. Lo que sacó poco a poco a Gran Bretaña de la Depresión fue sobre todo la

bajada del precio del dinero, que provocó la reducción de los costes de los créditos a corto plazo. Una consecuencia de ello fue el fomento de la gran expansión experimentada por la construcción, que espoleó la demanda de materiales de construcción, muebles, electrodomésticos y otros productos derivados complementarios. Incluso en 1930, el peor año de la crisis, llegaron a construirse 200.000 casas nuevas. Entre 1934 y 1938 la media fue de 360.000 al año.

Junto con la demolición de los suburbios, que supuso la eliminación de un cuarto de millón de casas no aptas para ser habitadas entre 1934 y 1939, el gobierno subvencionó la construcción de viviendas sociales (llamadas en Gran Bretaña casas del ayuntamiento). En Escocia la labor de demolición y reconstrucción de las casas fue emprendida en su mayoría por las autoridades municipales. Durante las décadas de entreguerras llegaron a edificarse en toda Escocia más de 300.000 casas destinadas a la clase obrera, aunque en 1939 todavía había 66.000 casas consideradas no aptas para ser habitadas y se necesitaban otras 200.000 para aliviar los problemas de hacinamiento. También en Inglaterra y Gales algunas autoridades municipales progresistas introdujeron importantes programas de construcción de vivienda. Pero durante los años treinta se edificaron muchas más casas todavía —alrededor de 2 millones del total de 2,7 millones de viviendas construidas— sin subvención de las autoridades, tres cuartas partes de ellas financiadas por constructoras que ofrecían hipotecas y cuyo capital se había ampliado muchísimo desde que acabara la guerra. La construcción de casas de iniciativa privada prosperó muchísimo, especialmente en los ensanches suburbanos del sur de Inglaterra. Los terrenos eran relativamente abundantes, los costes de la construcción eran bajos, las casas eran asequibles y los créditos ofrecidos a los compradores para las hipotecas estaban baratos. La economía fue promovida también por el crecimiento de la demanda interna y de las exportaciones de las nuevas industrias electro-química y automovilística. La expansión del tráfico motorizado trajo consigo valiosos ingresos para el gobierno. Los impuestos que debían pagar los vehículos a motor producían al gobierno en 1939 cinco veces más ingresos que los que le proporcionaban en 1921.

Como Inglaterra, también Francia intentó curar su maltrecha economía mediante métodos ortodoxos de retracción financiera. El gasto público sufrió graves recortes. Se hicieron importantes reducciones en la construcción de escuelas, de viviendas para los trabajadores y otras obras públicas. La burocracia excesivamente hinchada constituía también un blanco fácil y popular. Pero cuando los recortes, impuestos por decreto por el gobierno saltándose al parlamento, afectaron a los salarios, las pensiones y los beneficios de los empleados públicos, haciendo subir el desempleo e incidiendo por primera vez en los veteranos de guerra y otros sectores importantes de la opinión pública, no tardó en intensificarse los resentimientos, con el consiguiente incremento de las turbulencias políticas. Consideraciones políticas excluían la posibilidad de recurrir a la devaluación que otros países habían utilizado para promover las exportaciones. Cuando Bélgica, que había continuado al lado de Francia en el reducido grupos de países que seguían aferrados al patrón oro, finalmente lo abandonó en marzo de 1935 y devaluó su moneda un 28 %, la producción y las exportaciones empezaron a recuperarse enseguida, al tiempo que se acentuaba la reducción del desempleo. Francia siguió negándose a devaluar su moneda. En septiembre de 1936, como era inevitable, llegó finalmente la devaluación, impuesta por las circunstancias al gobierno del Frente Popular de izquierdas, que había prometido defender el franco, pero que se vio forzado a efectuar altísimos gastos en rearme. Se produjo una nueva devaluación en junio de 1937 y una tercera en 1938. Para entonces el franco había perdido una tercera parte de su valor en menos de tres años. Sólo en ese momento empezó a crecer otra vez la economía de modo significativo.

Mientras que prácticamente toda Europa pensaba que fuera de la ortodoxia financiera liberal clásica no había forma alguna de manejar las crisis económicas hasta que los mercados se adaptaran y empezara a producirse un nuevo crecimiento, los países escandinavos tomaron una senda distinta. Dinamarca, Suecia y Noruega se habían visto golpeadas de mala manera por la Depresión. El desempleo era alto: más del 30 % en Dinamarca y Noruega, y más del 20 % en Suecia. Dinamarca se había visto además especialmente afectada por la caída de los precios de los productos

agrícolas y la disminución de las exportaciones. Desde el final de la guerra los gobiernos habían sido por lo general inestables. Lo más probable era que fuera a producirse una mayor fragmentación política y un avance hacia las posiciones extremas. En cambio, a partir de 1933 en Dinamarca y poco después en Suecia y Noruega, se alcanzó una alianza política entre los partidos que proporcionó la plataforma necesaria para un alto grado de consenso de cara a la adopción de políticas económicas y que contribuyó en gran medida a consolidar la incipiente recuperación.

Dinamarca allanó el camino en enero de 1933 cuando la necesidad de consenso para devaluar la corona dio lugar a un acuerdo en virtud del cual los socialdemócratas respaldaron las medidas proteccionistas destinadas a ayudas a los agricultores a cambio de la disposición del Partido Agrario a apoyar medidas que aliviaran el desempleo y políticas de ayuda social. No tardaron en alcanzarse acuerdos parecidos en Suecia y Noruega. Especialmente en Suecia se utilizó la nueva base pragmática del consenso para introducir una política económica contracíclica destinada a combatir el desempleo a través del uso de parte del presupuesto a la realización de obras públicas. No está del todo claro cuánta importancia tuvieron de hecho esos programas de cara a la recuperación económica. Los niveles de financiación del déficit durante los primeros años de la recuperación fueron bajos, y la recuperación propiamente dicha había empezado ya antes de que se iniciaran esos programas, favorecida por la devaluación de la moneda y el alza de las exportaciones, además de que su ritmo fue gradual. Aun así, los acuerdos alcanzados como medio para salir de la crisis tuvieron una significación duradera para poner los cimientos de unas políticas de bienestar basadas en la estabilidad política y la aceptación popular. La similitud de las políticas adoptadas por los países escandinavos reflejaba nuevos niveles de cooperación favorecidos no sólo por la necesidad de desactivar las tensiones internas, sino también por las crecientes preocupaciones internacionales, especialmente por la evolución seguida por Alemania.

Las dictaduras tuvieron sus propias vías de recuperación. La existencia de un régimen fascista en Italia no había significado en sí ningún baluarte frente a los efectos de la Depresión. De hecho, la política deflacionista

introducida en 1927 había debilitado la economía antes incluso de que se notara el impacto del crack de Wall Street. No tardaron en ser tomadas medidas deflacionistas como consecuencia de la revaluación de la divisa, fijada ahora en un tipo de cambio sobrevalorado de 90 liras por libra, pues Mussolini consideraba que la lira infravalorada existente hasta ese momento (a un cambio de 150 liras por libra) constituía una ofensa al prestigio nacional de Italia. La revaluación fue concebida como una demostración de fuerza y de voluntad política. Pero en términos económicos tuvo unas consecuencias nefastas. La producción industrial descendió casi un 20 % entre 1929 y 1932, mientras que el desempleo se triplicó. Las ganancias de los que tenían trabajo se redujeron, aunque entre 1932 y 1934 esa caída se vio más que compensada por la fuerte caída de los precios y por la introducción de subsidios a la familia. La semana laboral fue reducida en 1934 a cuarenta horas, principalmente para frenar el desempleo, aunque no hubo ajuste alguno de la paga por horas para compensar la disminución de las ganancias. El salario real volvió a bajar a partir de 1935 y poco antes de que diera comienzo la segunda guerra mundial todavía no había alcanzado los niveles de 1923.

El gobierno de Mussolini respondió a la Depresión incrementando la intervención del estado en la economía. El gasto en obras públicas aumentó de forma masiva. La dedicación de parte del presupuesto a la recuperación de tierras pantanosas no era en realidad nada nuevo en Italia. Pero mientras que durante el medio siglo transcurrido desde 1870 dicho gasto había supuesto 307 millones de liras de oro (en precios de 1927), entre 1921 y 1936 se disparó hasta alcanzar los 8.697 millones de liras de oro. La medida contribuyó a reducir el desempleo, aunque no ayudó en nada a mantener bajos los precios, a mejorar la productividad ni a facilitar el progreso tecnológico. Se dio también la máxima prioridad a la campaña en pro de la autosuficiencia en el campo de los productos alimenticios. La «batalla del grano», acompañada de la imposición de elevados aranceles proteccionistas a la importación de productos agrícolas, incrementó la producción de trigo, mejoró las cosechas, y en 1937 obligó a reducir las compras de trigo en el exterior a una cuarta parte de lo que habían sido a finales de los años veinte.

Una consecuencia de todo ello, sin embargo, fue el alza del precio de la cesta de la compra y la caída del consumo medio de la mayoría de productos alimenticios.

También durante la Depresión el régimen fascista de Italia pasó, aunque con retraso, a dar forma práctica a las ideas de un estado corporativo, campaña que culminó con el establecimiento en 1934 de veintidós corporaciones, cada una de ellas en representación de un sector específico de la producción económica, y que en conjunto pretendían proporcionar una economía planificada integral. Los objetivos y la realidad, sin embargo, siguieron muy alejados entre sí. El estado corporativo resultó ser una estructura super-burocratizada, difícil de manejar, que, en vez de promover la empresa, la sofocaba. Detrás del barniz superficial, el poder económico real seguía en manos de la gran empresa. Los sindicatos habían perdido su independencia ya en 1926, dejando las relaciones sociales en manos de los patronos, organizados en la Confederación General de la Industria Italiana. La existencia de carteles en los principales sectores de la industria aseguraba que se defendieran los intereses de la empresa. Las medidas económicas tomadas por el régimen durante la Depresión beneficiaron también a la gran empresa, pese a la apariencia de colocar la economía bajo un riguroso control del estado. El régimen estableció en 1931 una corporación estatal para acaparar las acciones de los bancos en quiebra, lo que dio lugar a un control cada vez mayor del sector bancario y a la nacionalización del Banco de Italia en 1936. En 1933 se creó otra corporación estatal (el Instituto para la Reconstrucción Industrial) con el fin de estimular a las industrias en quiebra. Paulatinamente el estado extendió su participación directa en importantes sectores de la industria como la navegación, la maquinaria y la producción de armamento.

Los pasos dados hacia la autarquía, reforzados a finales de los años treinta, incrementaron el grado de intervención del estado y alejaron todavía más a Italia de la senda de las economías liberales. Las regulaciones estatales imponían límites a la libertad de acción de los líderes empresariales, que se veían cada vez más subordinados a controles burocráticos. Sin embargo, los temores iniciales de la industria a perder el control de sus actividades en beneficio del estado nunca llegaron a hacerse

realidad plenamente. Aunque las relaciones entre el estado fascista y la gran empresa nunca estuvieron libres de fricciones, había intereses comunes más que suficientes —por no hablar de los pingües beneficios para la industria derivados de la producción de armamento— para asegurar su estrecha colaboración hasta mucho después de que diera comienzo la segunda guerra mundial.

Pero sobre todo durante la década posterior al comienzo de la Depresión, la economía italiana siguió en gran medida estancada, con un crecimiento económico muy inferior al alcanzado durante el período 1901-1925 y con la empresa sofocada por las restricciones del estado, por las preocupaciones de las personas por la pérdida de su trabajo y por las posibles represalias contra toda manifestación de inconformismo político. El nivel de vida de gran parte de la población cayó y sólo se vio ligeramente mejorado por el advenimiento de la guerra. Lo mismo cabe decir de la producción agrícola. La vía seguida por Italia para salir de la Depresión, pese a la mano dura propia de un estado represivo, resultó más engorrosa y menos eficaz a un tiempo que la seguida por las democracias de Europa. Y además era mucho más peligrosa. En 1935 se vio ensombrecida por las pretensiones de gloria imperialista de Mussolini, que lanzó la invasión de Etiopía en octubre de ese mismo año. Aunque las raíces de la conquista colonial eran ideológicas, indudablemente los fascistas más prominentes eran de la opinión de que en un momento de grave dificultad económica la expansión colonial por África podía revitalizar el régimen. Para el fascismo la recuperación económica formaba parte de un proyecto más vasto.

Tal sería el caso todavía con más claridad de Alemania. Allí la recuperación económica más acelerada tuvo lugar precisamente en los sectores en los que la Depresión había sido más profunda. La rapidez de la recuperación asombró e impresionó a sus contemporáneos, dentro y fuera de Alemania, contribuyó a consolidar el apoyo a la dictadura de Hitler y dio paso a la idea del «milagro económico» nazi. Los nazis habían llegado al poder sin ningún proyecto claramente formulado de recuperación económica. En su primer discurso tras ser nombrado canciller del Reich, el 1 de febrero de 1933, Hitler había prometido dos grandes «planes cuatrienales» para socorrer a los agricultores alemanes y eliminar el

desempleo. Lo que no reveló fue cómo pensaba lograr esos objetivos, y tampoco lo sabía. Para él la economía no era una cuestión de finura técnica, sino —como cualquier otra cosa— de voluntad. En su mentalidad burdamente determinista, lo decisivo era el poder político, no la economía.

Lo que Hitler y su régimen hicieron durante los primeros meses del régimen nazi, tal como había prometido a los líderes de la gran patronal antes de asumir el poder, fue remodelar las condiciones políticas en las que pudiera funcionar la economía. La eliminación de los partidos de izquierdas y de los sindicatos dio a los patronos de la industria lo que querían. Las relaciones laborales fueron reestructuradas, concediendo a los patronos una posición de predominio en los centros de trabajo. La represión del estado sustentaba la nueva libertad otorgada a la iniciativa económica empresarial. Los salarios podían ser mantenidos bajos y los beneficios podían ser maximizados. A cambio, sin embargo, a los industriales no les quedaba duda alguna de que eran los intereses del estado, no la economía de libre mercado, los que debían determinar el marco de la actividad económica empresarial. Hitler se contentaba con que los expertos financieros de la burocracia estatal y los líderes económicos idearan planes para conseguir que la economía se pusiera de nuevo en marcha. Para él, la *imagen* de nuevo dinamismo, de revitalización, era el factor clave. Y el hecho de inspirar confianza y aparentar que estaba produciéndose una recuperación fue su mayor aportación personal a que en efecto se produjera.

Los nazis tuvieron la suerte de que su ascensión al poder coincidiera con el punto más bajo alcanzado por la Depresión, de modo que siempre se habría producido una recuperación cíclica, independientemente de cuál fuera el gobierno que estuviese en el poder. Sin embargo, la rapidez y la magnitud de la recuperación alemana —que resurgió más deprisa que la economía mundial en general— fueron más allá de lo que habría supuesto cualquier rebote normal a partir de una recesión. La recuperación inicial debió mucho a algunas ideas que ya habían sido desarrolladas con anterioridad (y que estaban ya en alguna fase de ejecución antes de que los nazis ascendieran al poder), y que luego fueron recogidas y ampliamente desarrolladas. Ya en 1932 habían sido introducidos algunos planes de creación de trabajo. Pero eran insignificantes, sin que hubiera esperanza de

que tuvieran repercusión sobre la enorme magnitud del desempleo. Mientras que en 1932 el gobierno de Von Papen había asignado 167 millones de marcos del Reich a la creación de puestos de trabajo, en 1935 el régimen nazi puso 5.000 millones a disposición de este proyecto. En realidad esa cantidad equivalía sólo al 1 % del producto nacional bruto, una cantidad demasiado pequeña por sí sola para reactivar la economía. Pero el impacto propagandístico fue mucho mayor de lo que implicaba una cifra tan limitada como ésa. Alemania parecía volver a trabajar y a funcionar.

Los planes de creación de empleo —construcción de carreteras locales, abertura de zanjas, recuperación de tierras pantanosas, etcétera, etcétera— eran muy visibles, al margen de cuál fuera realmente su valor económico. Las columnas de voluntarios del Servicio de Trabajo del Reich (el *Reichsarbeitsdienst*, obligatorio a partir de 1935) reforzaban la impresión de un país que empezaba a remontar el vuelo. La paga era de miseria, pero los que no estaban dispuestos a deslomarse trabajando por una recompensa mínima se veían confinados en campos de concentración y brutalmente obligados a reconsiderar su actitud ante el trabajo. Los que participaban en cualquiera de los diversos planes de emergencia eran eliminados de los registros del paro. La rápida caída de los niveles de desempleo —la caída era auténtica, pero menor de lo que las estadísticas parecían demostrar— inspiró de nuevo confianza en un país que estaba revitalizando su economía con dinamismo y energía.

La creación de puestos de trabajo, junto con el significativo gasto en proyectos de construcción, los beneficios fiscales concedidos a la industria del motor, y otras medidas destinadas a reforzar la protección de la agricultura frente a la caída de precios y a beneficiar así a los agricultores (cuyas ganancias superaron tres veces el nivel de los salarios semanales a lo largo de los cinco años siguientes), contribuyeron todos a que el régimen nazi diera un paso importantísimo hacia la estimulación económica. Todo ello tuvo lugar antes de que los elevados niveles de gasto en materia de rearme alcanzados a mediados de los años treinta empezaran a llevar la recuperación a un nuevo nivel, acabando por completo con el desempleo y provocando incluso la escasez de mano de obra. La industria del automóvil recibió un gran impulso debido al talento de Hitler para la eficacia

propagandística. Al principio de su mandato prometió desgravaciones fiscales para la fabricación de automóviles, un gran programa de construcción de carreteras y la producción de un «coche del pueblo» barato (aunque en realidad los *Volkswagen* nunca llegaron a ser asequibles para la población civil hasta después de la guerra). La producción automovilística era un 50 % más alta en 1934 de lo que lo era en 1929, el año en el que se registró la cota máxima antes de que diera comienzo la Depresión. La construcción de carreteras —incluido el inicio de las autopistas, que supuso un gran éxito propagandístico— aumentó de manera espectacular. El gasto en carreteras era en 1934 un 100 % superior al de cualquier otro año de la década de los veinte. La inversión pública en la industria de la construcción espoleó también la construcción privada de casas, creando posibilidades de negocio para innumerables empresas pequeñas que producían los bienes y servicios necesarios para las constructoras y para los consumidores a la hora de amueblar y equipar sus casas.

Las políticas adoptadas para estimular la economía alemana tuvieron repercusiones obvias para el comercio exterior. La demanda no podía ser satisfecha únicamente por los recursos alemanes. Pero la negativa a contemplar cualquier devaluación del marco del Reich, no sólo por razones de prestigio, sino también debido a los amargos recuerdos de la gran inflación de 1923, cuando el dinero perdió todo su valor, supuso que las importaciones fueran caras y que el balance comercial fuera en detrimento de Alemania. El resultado de todo ello fue que se posibilitara el alejamiento del reingreso en la economía mundial de mercado y se propiciaran los acuerdos comerciales bilaterales, con una tendencia cada vez mayor a la autarquía. Bajo el mandato de Hjalmar Schacht, presidente de la Reichsbank y a partir de 1934 ministro de Economía, las primeras medidas tomadas inicialmente a raíz del crack de la banca de 1931 para controlar las divisas extranjeras y regular la amortización de la deuda experimentaron una ampliación muy grande. En 1934, la escasez crítica de divisas extranjeras y la preocupante caída de las reservas de dinero propiciaron la concentración en los tratados comerciales bilaterales, especialmente con países del sur y del este de Europa, que proporcionaban materias primas a crédito a cambio del suministro (que invariablemente llegaba con retraso)

de productos acabados por parte de Alemania. Esta estrategia surgió de manera pragmática como consecuencia de la debilidad económica de Alemania, no de cualquier cálculo preconcebido de establecer un dominio de la Europa central, del sur y del este. Contribuyó además a la recuperación de estas zonas del continente. Pero con el tiempo, cuando la economía alemana se fortaleciera, aumentaría la dependencia económica de esas regiones, que se vieron absorbidas hacia la órbita de Alemania.

La recuperación económica de Alemania no era un fin en sí mismo, sino que estaba subordinada a un programa político orientado a un rearme rápido y en último término a la expansión a través del poderío militar. En 1936, el gasto público estaba a punto de duplicar el existente durante los años previos a la ascensión de los nazis, y fue camino de duplicarse de nuevo durante los dos años siguientes. Y la mayor proporción de ese gasto —más de un tercio en 1936, casi la mitad en 1938— iba destinado al rearme, sector que se había convertido en el principal motor de la economía. Al principio, el ejército había sido incapaz de gastar todo lo que Hitler había querido darle. Pero desde el primer momento, la primacía del rearme había quedado clara. A partir de 1934, con el respaldo de los cuantiosísimos fondos camuflados que Schacht proporcionaba por medio de una «contabilidad creativa» al margen de los presupuestos del estado, se aceleró enseguida la creación de unas fuerzas armadas grandes y poderosas. El gasto en materias primas y bienes de equipo absorbidos ávidamente por las industrias de armamento en rápida expansión superó con mucho el crecimiento del gasto en bienes de consumo.

Pero en 1935 acechaba ya ominosamente un problema evidente. Pagar productos alimenticios de importación en cantidad suficiente y satisfacer al mismo tiempo las crecientes demandas de la política de rearme resultaba imposible cuando había escasez de divisas y las reservas de dinero iban disminuyendo a pasos agigantados. La mala cosecha de 1934 y la ineficacia del super-burocratizado Estamento Alimenticio del Reich (el *Reichsnährstand*, creado en 1933 para revitalizar la producción agrícola y fomentar el estatus de los agricultores) dieron lugar a una grave escasez de comida en el otoño de 1935. El aumento de los disturbios causó tal desazón en el régimen que Hitler se vio obligado a intervenir para garantizar la

asignación de divisas extranjeras para la compra de productos alimenticios de importación y no para la adquisición de las materias primas que las empresas del sector armamentístico reclamaban desesperadamente.

A comienzos de 1936 se había llegado a un callejón sin salida económico, consecuencia inexorable de la vía seguida por Alemania para salir de la represión bajo el régimen nazi. Había dos maneras de salir de ese callejón sin salida: o Alemania reducía sus planes de rearme y daba pasos hacia su reingreso en la economía internacional, o seguía adelante con su remilitarización rápida, lo que significaba una deriva hacia la autarquía que, sin expansión territorial, sólo podría conseguirse parcialmente. Y la expansión territorial sería imposible sin que en un momento u otro se produjera una guerra. En 1936 Hitler tuvo que tomar una decisión. Era evidente en qué sentido iba a decantarse su elección. El giro, implícito desde el comienzo mismo del régimen nazi, confirmó las sospechas: la primacía de la economía dio paso a la primacía de la ideología. A partir de 1936 empezó a correr el reloj hacia una nueva guerra europea.

La política gira bruscamente a la derecha

Durante los años de la Depresión la política europea se desplazó netamente hacia la derecha. Curiosamente, mientras el capitalismo sufría lo que muchos contemporáneos pensaron que era su crisis terminal, en un período de desempleo masivo y miseria social generalizada, la izquierda perdió terreno prácticamente en todas partes. Incluso en España, donde los socialistas habían sido la fuerza motriz del establecimiento de la Segunda República en abril de 1931, el socialismo pasó a partir de 1933 a estar cada vez más a la defensiva; mientras que en Francia, el gobierno del Frente Popular, encabezado por los socialistas, que había llegado al poder en 1936, fue de corta duración. El éxito de la socialdemocracia en Escandinavia fue la excepción. En el resto de Europa, la derecha se puso en marcha, a menudo literalmente. ¿A qué se debió? ¿Qué determinó si la democracia iba a sobrevivir o sucumbía? ¿Cuán amplio era el atractivo del fascismo? ¿Por qué Europa giró mayoritariamente hacia la derecha política y no hacia la izquierda? ¿Y en qué medida la propia crisis económica fue responsable de

ese funesto desarrollo? A veces el giro a la derecha reforzó el conservadurismo, ya fuera en la forma relativamente benigna que podríamos encontrar en las democracias de la Europa occidental, o bien en los regímenes autoritarios reaccionarios, dominados por elites políticas antidemocráticas, del este y del sudeste de Europa. Pero la Depresión trajo consigo también las condiciones en las que los movimientos populistas de la derecha radical lograron captar apoyos y en ciertos casos desestabilizar más aún unos sistemas de gobierno ya frágiles.

El gancho del fascismo

Algunos movimientos de la extrema derecha radical copiaron explícitamente los métodos, los símbolos y el lenguaje usados por los seguidores de Mussolini y Hitler, y se llamaron orgullosamente a sí mismos «fascistas» o «nacionalsocialistas». Otros compartieron algunas, o incluso la mayoría, de las ideas de los movimientos abiertamente fascistas, al tiempo que rechazaban que se les aplicara esa etiqueta. El problema es en buena parte cuestión de definición, e intentar definir el «fascismo» es como intentar clavar gelatina en la pared. Cada uno de los infinitos movimientos de extrema derecha tenía sus rasgos distintivos y hacía hincapié en un punto específico. Y como todos ellos pretendían representar de forma «auténtica», «real» o «esencial» a una nación concreta y basaba gran parte de su atractivo hiper-nacionalista en la supuesta unicidad de esa nación, no podía haber ninguna organización internacional genuina que representara a la derecha radical, equivalente a la Comintern por la izquierda. Cuando se llevó a cabo un intento parecido, en un congreso de representantes de la extrema derecha de trece países (Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Francia, Grecia, Holanda, Irlanda, Lituania, Noruega, Portugal, Rumanía y Suiza) en diciembre de 1934 a orillas del lago de Ginebra, con el fin de establecer un marco de acción común, el país más importante, la Alemania nazi, boicoteó la reunión, que se vio incapaz de ponerse de acuerdo incluso sobre la base de una doctrina común.

Sí que existían, sin embargo, algunos rasgos ideológicos comunes de las organizaciones de extrema derecha, tanto si el movimiento en cuestión se llamaba a sí mismo fascista como si no: el énfasis hipernacionalista en la unidad de una nación integral, que alcanzaba su propia identidad mediante la «limpieza» de todos aquellos a los que se considerara que no pertenecían a ella (extranjeros, minorías étnicas, e «indeseables» en general); el exclusivismo racial (aunque no necesariamente racismo biológico, como la variedad representada por el nazismo) expresado por medio de la insistencia en el carácter «especial», «único» y «superior» de la nación; el compromiso radical, extremo y violento con la destrucción total de los enemigos políticos (muy especialmente los marxistas, pero también los liberales, los demócratas y los «reaccionarios»); el hincapié en la disciplina, la «virilidad» y el militarismo (que implicaba habitualmente la existencia de organizaciones paramilitares); y la creencia en el liderazgo autoritario. Había otros rasgos que podían ser importantes, a veces incluso fundamentales, para la ideología de un determinado movimiento, pero no omnipresentes. Algunos movimientos dirigieron su nacionalismo a objetivos irredentistas o imperialistas, con efectos catastróficos, pero no todos eran intrínsecamente expansionistas. Algunos, aunque no todos, tenían una fuerte tendencia anticapitalista. A menudo, aunque no siempre, estaban a favor de la reorganización de la economía según líneas «corporativas», y de la abolición de los sindicatos independientes y de la regulación de la política económica por «corporaciones» de intereses dirigidas por el estado.

Esta amalgama de ideas, que hacían hincapié en aspectos diversos, se compaginaba generalmente con el objetivo de establecer un apoyo masivo a un régimen autoritario de carácter esencialmente reaccionario, no revolucionario. Algunos movimientos de la derecha radical, y en concreto los que eran declaradamente fascistas, iban más lejos. Querían algo más que simplemente derribar o desmantelar el estado existente y sustituirlo por un gobierno nacionalista autoritario. Pretendían un compromiso total con la voluntad colectiva de una nación unida. Aspiraban a crear un «hombre nuevo» (el lenguaje era invariablemente machista), una sociedad nueva, una utopía nacional. Era esta pretensión totalitaria, más que otra cosa, lo que en

último término hacía revolucionario al fascismo y lo que lo distinguía de otros sectores afines de la derecha, que también eran autoritarios y nacionalistas, pero pretendían esencialmente conservar el orden social existente. El fascismo aspiraba a una revolución no en términos de clase social, como preconizaban los marxistas, pero una revolución al fin y al cabo: una revolución de mentalidades, de valores y de la voluntad.

La exactitud erudita de la terminología produciría la más absoluta indiferencia a los que sufrieron a manos de la extrema derecha, y a los izquierdistas que organizaron una oposición decidida a aquellos movimientos que no vacilaban en ningún momento en calificarse de «fascistas». Y de hecho los puntos más refinados de claridad definitoria no deberían oscurecer la cuestión más general del giro a la derecha —en cualquiera de sus manifestaciones— que tuvo lugar durante la época de la Depresión.

Tanto si iba hacia la derecha conservadora como si iba hacia la derecha radical, ese giro se publicitaba como un movimiento esencial para proteger y regenerar la nación. Cuando los conflictos de clase —ahora no ya fundamentalmente económicos, sino declaradamente políticos e ideológicos — se intensificaban, la unidad nacional se presentaba como el baluarte esencial frente a la amenaza del socialismo. Allí donde esa amenaza se consideraba baja, suave o se veía como algo distante, como en Gran Bretaña, prevaleció el conservadurismo —comprometido con el mantenimiento del orden político y social existente— y apenas hubo espacio para el avance de la derecha radical. En el polo opuesto, como en Alemania, donde esa amenaza era considerada alta, el conservadurismo —que también pretendía derribar el orden político y social existente— se hizo añicos y sus adeptos fueron en buena parte absorbidos por la derecha fascista. Otros países se situarían más o menos a medio camino entre estos dos polos opuestos.

El gancho del fascismo no fue nunca mayor que en esta época. El mensaje de renovación nacional que proclamaba el fascismo, ligando estrechamente temor y esperanza, era lo suficientemente diverso como para poder saltarse las fronteras sociales. Ese mensaje entrañaba un fuerte atractivo para los intereses materiales de grupos sociales muy heterogéneos

en una atmósfera deletérea de retórica emotiva acerca del futuro de la nación. Afectaba a los intereses de los que se sentían amenazados por las fuerzas del cambio social modernizador. Logró movilizar a todos los que creían que tenían algo que perder a través de la presunta amenaza de los enemigos internos, y especialmente a través del progreso del socialismo y de sus promesas revolucionarias de revolución social. Sin embargo, vinculaba estrechamente esos intereses con la visión de una nueva sociedad que recompensaría a los fuertes, a los aptos y, en definitiva, a quienes lo merecieran (en su opinión).

Teniendo en cuenta ese atractivo que conscientemente pretendía trascender los límites sectoriales convencionales de la política de intereses (que se agudizó cuando las condiciones críticas intensificaron la fragmentación política), no es de extrañar que la base social de los movimientos fascistas fuera muy heterogénea. Bien es verdad que algunos sectores de la sociedad fueron más propensos que otros a sucumbir al gancho del fascismo. El lado emocional, romántico e idealista del fascismo, su activismo violento y aventurero, tuvo un atractivo desproporcionado para los varones jóvenes que se habían visto expuestos a ese tipo de valores en los movimientos juveniles de clase media, si es que no estaban ya vinculados a organizaciones juveniles de izquierdas o católicas. La «sublevación generacional» en contra de la minoría dirigente podía ser canalizada fácilmente hacia el hiper-nacionalismo fascista y la violencia paramilitar racista y antizquierdista. La militancia de los partidos fascistas era predominantemente masculina, aunque en Alemania, donde puede ser comprobado, las mujeres pasaron cada vez más a votar a favor del partido nazi a medida que éste fue acercándose al umbral del poder, y probablemente por los mismos motivos por los que lo apoyaron los hombres.

Las clases medias descontentas se vieron en general atraídas hacia el fascismo de manera desproporcionada respecto a su número dentro de la sociedad. Los asalariados de traje y corbata, los empresarios, las profesiones liberales, los antiguos oficiales y suboficiales de las fuerzas armadas, los funcionarios, tenderos, artesanos, propietarios de pequeños talleres, agricultores y estudiantes (habitualmente de familias pertenecientes

a la clase media) normalmente estaban excesivamente representados en las bases que daban apoyo al fascismo. Pero aunque los militantes de clase media solieran dominar entre los burócratas del partido y en los puestos de liderazgo, el fascismo no puede definirse (como ha venido haciéndose) simplemente como un movimiento de clase media, y tampoco, de hecho, ni mucho menos en términos inequívocos de clase. Hubo obreros, cualificados y no cualificados, que apoyaron el fascismo en una cantidad muyo mayor de lo que otrora se pensaba. Cerca del 40 % de los nuevos afiliados al partido nazi entre 1925 y 1932 procedía de la clase trabajadora. Más de una cuarta parte de los votantes del nazismo eran obreros —posiblemente incluso un 30-40 %, si se tienen en consideración las familias de clase trabajadora en su conjunto— y en 1932 probablemente votaran más obreros por los nazis que por los socialistas o los comunistas. Entre los integrantes de las tropas de asalto paramilitares, las SA, organización machista dedicada a la lucha callejera, la mayoría eran jóvenes de clase trabajadora, que formaban más de la mitad de sus miembros entre 1925 y 1932, e incluso una proporción mayor una vez que el partido nazi llegó al poder.

No muchos de esos obreros habían sido ganados para la causa en detrimento de los partidos socialistas o comunistas. Algunos, efectivamente, cambiaron de chaqueta, pero la inmensa mayoría de ellos no había pertenecido previamente a los medios institucionalizados de clase obrera de los partidos de izquierdas. El partido nazi, entre otras cosas por sus gigantescas dimensiones (incluso a comienzos de 1933 era más de tres veces mayor de lo que había sido el partido fascista italiano antes de la «Marcha sobre Roma» de Mussolini once años antes), fue en muchos sentidos un caso atípico dentro del conjunto de la derecha radical. Pero la estructura de apoyo en la que se basaban los movimientos fascistas menores —con un núcleo de clase media, pero con un componente importante de trabajadores no vinculados anteriormente a los partidos de izquierdas— era a menudo similar a grandes rasgos. Tal era el caso, por ejemplo, de Francia, España, Austria, Suiza y Gran Bretaña (así como en Italia antes de la «toma del poder» por Mussolini).

No existió una correlación directa entre la Depresión y las posibilidades de éxito de la derecha radical. Bien es cierto que la crisis provocada por la Gran Depresión condujo al triunfo de Hitler. Pero Mussolini había llegado al poder en Italia casi una década antes de la crisis, mientras que en algunos países el fascismo surgió sólo cuando la Depresión había empezado a remitir. Además, otros países (en particular Gran Bretaña y, fuera de Europa, Estados Unidos), pese a sufrir gravemente la Depresión, no produjeron ningún movimiento fascista significativo. Sólo donde las tensiones sociales y políticas creadas por la Depresión interactuaron con otros factores destacados —el resentimiento por la pérdida de territorio nacional, el miedo paranoico a la izquierda, el rechazo visceral a los judíos y otros grupos «marginales», y la falta de fe en la capacidad de la política partidista fragmentada de empezar a «poner las cosas en su sitio»— se produjo efectivamente un colapso del sistema, que allanó el paso al advenimiento del fascismo.

Italia y Alemania fueron de hecho los únicos países en los que unos movimientos fascistas autóctonos llegaron a ser tan fuertes que —ayudados a acceder a las más altas instancias por unas elites conservadoras débiles— lograron remodelar el estado a su imagen y semejanza. Lo más habitual (como sucedió en la Europa del este) es que los movimientos fascistas fueran mantenidos a raya por regímenes autoritarios represivos o (como ocurrió en la Europa del norte y del oeste) supusieran una perturbación violenta del orden público sin llegar nunca a tener capacidad efectiva de amenazar la autoridad del estado.

El triunfo del fascismo dependió del absoluto descrédito de la autoridad del estado, de unas elites políticas débiles que ya no podían garantizar un sistema que operara según sus intereses, de la fragmentación de la política de partidos y de la libertad de construir un movimiento que prometía una alternativa radical. Esos requisitos estuvieron presentes en la Italia de posguerra entre 1919 y 1922 y en la Alemania azotada por la Depresión entre 1930 y 1933. Apenas se dieron en otros países fuera de España, donde la confrontación cada vez más violenta de la izquierda y la derecha (ambas divididas en múltiples facciones) condujo finalmente a la guerra civil en 1936-1939, seguida de una dictadura militar, no a una «toma

del poder» por los fascistas. En cambio, allí donde hubo un estado democrático que siguió contando con una amplia adhesión por parte de las elites dominantes y de la mayoría de la población, como ocurrió en la Europa del norte y del oeste, o donde las elites autoritarias lograron controlar rigurosamente un sistema estatal que operaba según sus intereses, recortando las libertades civiles y la libertad de organización, como fue el caso de muchos países del este y del sur de Europa, los movimientos fascistas no fueron nunca lo bastante fuertes como para alcanzar el poder.

La derecha en la Europa occidental: La democracia con capacidad de aguante

Gran Bretaña constituye el ejemplo más claro de estado cuyo sistema político no dejó espacio para el avance de la derecha radical. Los valores sociales y políticos dominantes —basados en la monarquía, la nación, el imperio, el gobierno parlamentario y el imperio de la ley— tenían una amplia aceptación. El sistema estatal de la monarquía constitucional, basado en la democracia parlamentaria, no había tenido que hacer frente prácticamente a ningún desafío cuando se produjo la caída en la Depresión. No existía ningún gran partido marxista que planteara una amenaza, real o imaginaria, para el orden político. El partido laborista (que durante los años veinte había sustituido al partido liberal como principal oposición a los conservadores) era reformista, no revolucionario, lo mismo que los sindicatos que formaban su columna vertebral. El partido conservador, a diferencia de los conservadores de otros países de Europa, tenía un interés personal en mantener el ordenamiento existente. Cuando la crisis bancaria dio lugar a la caída del gobierno laborista en 1931, las siguientes elecciones generales, celebradas el 27 de octubre, vio el triunfo de los conservadores con la victoria más aplastante de la historia parlamentaria de Gran Bretaña. El Gobierno de Concentración obtuvo más del 60 % de los votos. Hasta 470 de esos escaños fueron ganados por los conservadores. Por mucho que en su nombre resuenen ecos de unidad, el «Gobierno de Concentración» era en la práctica una administración conservadora. En lo más profundo de la crisis económica el sistema parlamentario británico no sólo había aguantado con

firmeza, sino que, si cabe, se había consolidado incluso. No se produjo crisis del estado. No vino peligro alguno de la izquierda. El partido laborista estaba en la oposición, pero apoyaba al estado. Los extremismos políticos quedaron marginados. Durante toda la Gran Depresión no hubo ni un solo comunista ni un solo fascista en el parlamento.

La fuerza del conservadurismo cortó el paso a cualquier apertura a la extrema derecha. La Unión Británica de Fascistas (BUF, por sus siglas en inglés) de Oswald Mosley, fundada en 1932, nunca tuvo la menor oportunidad de hacer progresos. En su momento de mayor apogeo la BUF llegó a tener unos 50.000 afiliados, una variopinta clientela de profesionales de clase media, excombatientes, pequeños empresarios, tenderos, oficinistas y obreros no cualificados de algunas de las zonas deprimidas de Gran Bretaña o del mísero East End de Londres (zona tradicionalmente de inmigrantes, que acogía a una tercera parte de la población judía del país). El estilo de la BUF siempre recordó a una burda imitación importada. Las camisas negras de los uniformes fascistas y los desfiles, el estilo y la imaginería política, por no hablar de la repugnante violencia pública ejercida contra los judíos y los adversarios políticos, no encajaban en la cultura política británica. Los choques con la izquierda antifascista provocaron cada vez más tumultos y alteraciones del orden público. Sus apoyos —incluido el de lord Rothermere, propietario de un periódico muy leído, *The Daily Mail*— se vinieron abajo tras la concentración celebrada en Londres en junio de 1934, que fue acompañada de repulsivos actos de vandalismo contra los adversarios de Mosley, cientos de los cuales lograron infiltrarse entre una multitud de cerca de 15.000 personas. Mosley estaba tan seguro de la humillación electoral que iba a sufrir su partido, que la BUF ni siquiera se presentó a las elecciones generales de 1935. En octubre de 1935, la militancia se había desplomado y había quedado reducida apenas a 5.000 miembros, y poco a poco fue recuperándose hasta alcanzar los casi 22.500 antes de que diera comienzo la segunda guerra mundial. Cuando estalló el conflicto, Mosley y otros líderes de la BUF fueron internados y el partido fue disuelto. La Unión Británica de Fascistas constituía una amenaza para aquellos a los que consideraba sus enemigos

raciales o políticos, además de ser una considerable molestia para el mantenimiento del orden público. Pero su impacto en la política británica en general fue mínimo.

También en otros países del noroeste de Europa, que habían salido victoriosos de la primera guerra mundial o que se habían mantenido neutrales en ella, y donde apenas existían sentimientos de humillación nacional o ambiciones irredentistas, la derecha radical pudo comprobar cómo la capacidad de aguante de las estructuras políticas existentes le cortaba el camino hacia el poder. Los movimientos fascistas obtuvieron un respaldo popular irrisorio en Dinamarca, Islandia, Suecia y Noruega. Más apoyo encontraron en Finlandia, pero el 8,3 % de los votos que obtuvieron en 1936 marcó el nivel más alto de éxito electoral alcanzado por los fascistas en el país. En algunos cantones suizos de lengua alemana, el Frente Nacional fascista llegó a sacar hasta un 27 % de los votos entre 1933 y 1936, aunque luego sufrió una caída importante, mientras que en otros puntos de Suiza el fascismo encontró sólo unos niveles de apoyo mínimos y topó con una fuerte oposición.

Los Camisas Azules irlandeses —oficialmente la Asociación de Camaradas del Ejército, rebautizada en 1933 como Guardia Nacional— tuvieron una existencia efímera. Se formaron en 1932 y se pusieron al mando de Eoin O'Duffy, antiguo jefe de estado mayor del Ira, hombre de temperamento errático y tendencias políticas extremistas, tras su expulsión como Comisionado de la Policía Irlandesa. En 1934 llegaron a jactarse de tener cerca de 50.000 militantes, principalmente en la zona del sudoeste del país, económicamente deprimida. Pero sus apoyos no tardaron en desintegrarse cuando la organización fue prohibida por el gobierno y acabó la disputa comercial con Gran Bretaña, que había afectado gravemente a la agricultura irlandesa. Los Camisas Azules abandonaron su radicalismo fascista y se fusionaron con un nuevo partido político convencional, el Fine Gael. En 1935 habían dejado de existir. Mientras tanto O'Duffy había dimitido del Fine Gael —su presencia causaba cada vez más desazón al partido— y posteriormente encabezó una Brigada Irlandesa que combatió durante un breve tiempo por el general Franco en la guerra civil española.

En Holanda, pese a que el desempleo llegó a alcanzar un 35 % en 1936, la derecha radical apenas pudo hacer unas cuantas incursiones en unas estructuras políticas que habían permanecido fielmente ligadas a las subculturas protestante, católica y socialdemócrata. Los gobiernos fueron cambiando, pero en realidad la continuidad del personal fue más que notable, y los partidos del gobierno consiguieron un importante grado de adaptación pragmática y de compromiso. El temor cada vez mayor a la Alemania nazi contribuyó también a reforzar cierta idea de unidad nacional que facilitó la cohesión del sistema parlamentario existente. El fascismo era algo «extranjero» y al mismo tiempo era visto como un peligro nacional. El principal movimiento fascista holandés, la Nationaal-Socialistische Beweging, alcanzó su punto culminante en 1935, cuando obtuvo casi el 8 % de los votos en las elecciones. Al cabo de dos años, sin embargo, esos votos habían quedado reducidos a un mero 4 % y el apoyo a la extrema derecha siguió bajo durante el resto de los años inmediatamente anteriores al estallido de la guerra.

Bélgica conoció una breve oleada de apoyo a un movimiento católico, autoritario y corporativista, rayano casi con el fascismo. En 1936 el partido rexista (cuyo nombre derivaba de una famosa editorial católica, Christus Rex, así bautizada a raíz de la reciente introducción de la festividad de Cristo Rey) sacó en las elecciones el 11,5 % de los votos, fruto en gran medida del descontento de la clase media francófona de las zonas industrializadas del sudeste de Bélgica por la corrupción percibida de los partidos mayoritarios. Sin embargo, ese voto no tardó en disminuir y quedó reducido a un apoyo mínimo. Como en Holanda, la fuerza de los ambientes sociales y políticos existentes —católicos, socialistas y liberales— cerró el espacio político que hubieran podido ocupar los nuevos movimientos de extrema derecha. Además la falta en Bélgica de un verdadero nacionalismo *belga* constituía un estorbo; el partido rexista tuvo un apoyo relativamente bajo en Flandes, donde ya existían movimientos nacionalistas y proto-fascistas distintos (aunque sin apoyo de los partidos convencionales).

En Francia la Tercera República pareció durante algún tiempo más seriamente amenazada por la extrema derecha. El sistema político francés daba lugar no sólo a frecuentes cambios de gobierno (a menudo

equivalentes a un simple juego de las sillas, en el que las mismas personas iban cambiando de asiento alrededor de la mesa del gabinete, quedándose de vez en cuando alguien sin sitio), sino también a cambios de alianzas pragmáticas entre los partidos. En esas alianzas participaban con mucha frecuencia los radicales, que formaban el partido fundamental de la república. Los radicales eran anticlericales, estaban vinculados a los principios económicos liberales, contaban con un importante apoyo de la clase media, y estaban dispuestos a llegar a acuerdos con la derecha o la izquierda moderada con tal de permanecer en el poder (cosa que en general conseguían). Las elecciones de 1932, cuando la Depresión acababa de empezar, produjeron importantes ganancias para el partido socialista y para los radicales, que formaron una alianza inestable de la izquierda moderada. La derrota del bloque derechista de los partidos conservadores desencadenó una reacción exagerada de las derechas en un ambiente de creciente xenofobia, nacionalismo chillón, antisemitismo, antifeminismo y miedo a la «amenaza roja» (aunque los comunistas no lograron sacar más que 12 de los 605 escaños de la Cámara de los Diputados). Aquella atmósfera febril se vio realzada por el dramatismo de los acontecimientos sucedidos al otro lado del Rin. Las ligas paramilitares extraparlamentarias de la derecha nacionalista, a las que se habían incorporado numerosas asociaciones de veteranos, algunas de ellas con rasgos cuando menos parcialmente fascistas, recibieron un nuevo soplo de vida tras la pérdida de apoyos sufrida durante la estabilización financiera traída por el gobierno de Poincaré.

En medio de una tensión cada vez mayor, la prensa parisina, mayoritariamente de derechas, no perdió la ocasión de maltratar al gobierno con una virulencia sin límites. Los ambientes políticos franceses eran notoriamente venales y corruptos, pero la prensa aprovechó con especial agrado un escándalo que salió a la luz a finales de 1935 y que contenía ingredientes susceptibles de ser cocinados y manipulados para que supusieran una amenaza no sólo para el gobierno, sino también para la propia república. Este escándalo de corrupción vino a raíz de un fraude a la hacienda pública perpetrado por Alexandre Stavisky, personaje por lo demás desagradable y malversador, que además daba la casualidad de que era originario de la Europa del este y judío por más señas, es decir el blanco

ideal de los prejuicios de derechas. En el escándalo se vieron involucradas personalidades de posición elevada, en su mayoría del partido radical; incluso corrieron rumores de que en la nómina de Stavisky había ni más ni menos que 132 políticos. Cuando se dijo que el estafador se había suicidado, la fábrica de rumores se puso a trabajar a toda máquina. Empezó a decirse que los judíos y los masones habían participado en una trama para silenciar a Stavisky, cuya muerte provocó una creciente oleada de desórdenes en las calles de París. El 6 de febrero de 1934 grandes bandas de partidarios de las ligas extraparlamentarias de carácter nacionalista y racista —algunos cálculos hablan incluso de 30.000 individuos— desfilaron por las calles de la capital de Francia. La culminación de todo aquello fue una noche de violencia, con choques entre la policía y miles de manifestantes que acabaron con 15 muertos y más de 1.400 heridos.

La magnitud de la violencia organizada —la peor que había conocido París desde los tiempos de la Comuna de 1871— supuso una gran conmoción para la minoría dirigente de la política francesa. El gobierno —que apenas tenía unos días de vida— fue derribado, en realidad por la violencia callejera y la fuerza de los paramilitares. Los disturbios políticos resultantes intensificaron la confrontación entre izquierdas y derechas que caracterizaría la política francesa durante el resto de los años treinta. Pero cualquier amenaza grave que pudieran representar para la existencia del estado era un mero espejismo. La existencia de la República francesa no estaba gravemente en peligro, aunque no fuera ésa la sensación que diera en su momento. Pese a caracterizarse todas desde el punto de vista ideológico por su nacionalismo extremo, su anticomunismo exacerbado y su autoritarismo (llegando incluso a veces a favorecer una forma de estado corporativo), las ligas estaban divididas entre sí por sus líderes y por los objetivos que perseguían. La más numerosa de ellas, la Croix de Feu (la «Cruz de Fuego»), que quizá contara con 40.000 militantes a comienzos de 1934, mantuvo en general la disciplina durante los disturbios del mes de febrero, comparada con la violencia de los miembros de Action Française y de otras organizaciones de derechas, actitud que permitió a la Croix de Feu

recibir el aplauso de la prensa conservadora. Su líder, el coronel François de la Rocque, se distanciaría después del antisemitismo de algunos de sus seguidores.

Además, una de las consecuencias directas de los acontecimientos del 6 de febrero de 1934 había sido unir a la izquierda francesa dividida en su lucha contra el fascismo. De no haber sido así, la amenaza para la república habría podido ser mucho más grave. A la hora de la verdad, la izquierda respondió con rapidez y contundencia. El 9 de febrero los comunistas ya habían movilizado a sus partidarios. Los choques con los paramilitares de derechas dejaron nueve muertos y cientos de heridos. Tres días después más de un millón de sindicalistas paralizaron París con una jornada de huelga general. Durante los dos días siguientes hubo más de mil manifestaciones de un signo u otro, principalmente de la izquierda contra la amenaza del fascismo. Precisamente en el momento en el que el triunfo de Hitler en Alemania había convencido por fin a Stalin en 1934 de que debía abandonar el absurdo de los ataques «socialfascistas» de la Comintern contra los partidos socialdemócratas y hacer un llamamiento en pro de un frente común de la clase obrera contra el fascismo, la confrontación violenta concentró las mentes de los franceses y allanó el camino para la formación del gobierno del Frente Popular, instituido en 1936. Tras los acontecimientos de 1934, la derecha dividida se encontró por primera vez con una izquierda unida.

Las ligas, prohibidas en junio de 1936 por el gobierno del Frente Popular, en algunos casos se reconstruyeron como partidos parlamentarios convencionales. La Croix de Feu se metamorfoseó para dar lugar al Parti Social Français y amplió mucho sus apoyos. En 1937 tenía cerca de 750.000 militantes, más que los socialistas y que los comunistas juntos. A lo largo de este proceso, sin embargo, se alejó todavía más de la movilización de corte fascista para aproximarse al autoritarismo conservador. Organización genuinamente fascista, el Parti Populaire Français, dirigido por un comunista renegado, Jacques Doriot, surgió en junio de 1936. La creciente amenaza de la Alemania nazi, el hundimiento del gobierno del Frente Popular en 1938, y con él la eliminación de cualquier amenaza interna proveniente de la izquierda, y el énfasis cada vez

mayor en la solidaridad nacional a medida que iba aproximándose la guerra, fueron socavando el partido de Doriot, que para entonces se hallaba ya en franca decadencia. Aun así, a través de una multitud de formas distintas —unas abiertamente fascistas, otras rayanas casi en el fascismo—, la derecha francesa había logrado establecer una amplia base de apoyo popular. Sin ella habría sido inimaginable el fácil apoyo al régimen de Vichy a partir de 1940.

A pesar de tantas dificultades, el republicanismo en Francia contaba con una amplia base de apoyo popular establecido desde hacía largo tiempo. La situación en España era muy diferente, y las fuerzas opuestas a una república democrática eran mucho más poderosas. Al principio, sin embargo, dio la impresión de que las perspectivas de la derecha autoritaria, lejos de incrementarse, habían disminuido, cuando los problemas económicos cada vez más graves empezaron a acosar a un país cuyas fisuras sociales y políticas profundamente arraigadas hacían que nunca se viera libre de crisis.

La dictadura militar de Primo de Rivera, creada en 1923, había perdido a comienzos de 1930 todo el crédito que hubiera podido tener. En medio de un descontento creciente y con su autoridad en descenso, Primo de Rivera, una vez acabado el *boom* económico que había sustentado su primitivo éxito, se vio obligado a dimitir, abandonó el país para exiliarse en París, y murió al poco tiempo. Al cabo de unos meses, fue seguido al destierro por el rey Alfonso XIII, y las elecciones de abril de 1931 dieron paso a una nueva república democrática. En una coyuntura en la que en buena parte de Europa la democracia giraba a la derecha, España tomó la dirección contraria, al menos de momento. La arrolladora victoria de la izquierda en las elecciones de 1931, sin embargo, fue engañosa. Aunque muchos españoles, desencantados de Primo de Rivera y de la monarquía, estaban dispuestos a dar una oportunidad a la república, el apoyo que le prestaron fue a menudo tibio, transitorio y condicional. La república carecía de una base verdaderamente masiva de apoyo fiable fuera de la clase obrera industrial, sector relativamente pequeño de la población, concentrado en varias grandes ciudades y en algunas regiones concretas, particularmente en Cataluña, el País Vasco y Asturias. Y además había divisiones muy serias

dentro de los partidos republicanos. La izquierda a su vez estaba irremisiblemente escindida entre los socialistas, el principal bastión de la república, y los anarcosindicalistas (con especial fuerza en las zonas rurales, particularmente en el sur de España), que veían en la república simplemente una primera fase de la lucha violenta continua, capitaneada por los sindicatos, contra la autoridad del estado. Las fuertes identidades regionales y el antagonismo hacia Madrid especialmente de Cataluña y el País Vasco impedían también la creación de una izquierda unida. La derecha, mientras tanto, había sido derrotada, estaba desorganizada y sumida en el más absoluto desorden tras las elecciones de 1931. Pero la derrota parlamentaria ocultaba la fuerza subyacente y la capacidad de aguante de las fuerzas antirepublicanas, profundamente conservadoras. El establecimiento de la república atizó de nuevo en realidad los fuegos ideológicos que sólo se habían apagado de manera transitoria y parcial durante la dictadura de Primo de Rivera.

La nueva democracia fue un sistema abocado desde el principio a una contestación violenta. Al cabo de dos años, la legislación favorable a la reforma agraria, a la protección de los trabajadores y a una significativa reducción de los poderes de la Iglesia católica emprendida por el gobierno de coalición de socialistas y liberales provocó una reacción cada vez más estridente de una derecha autoritaria muy amplia, aunque fragmentada, combativamente antisocialista y ruidosamente católica. Los terratenientes, los empresarios, la Iglesia católica y el ejército se mostraron implacables en su oposición a la república, mientras que el avance lento, parcial y limitado de la reforma social decepcionó a muchos seguidores de la república y los malquistó con ella. En las nuevas elecciones de noviembre de 1933, la izquierda sufrió una sonora derrota, triunfaron los partidos de derechas y durante los dos años siguientes las reformas iniciales de la república fueron revocadas o bloqueadas, al tiempo que el poder volvía a los terratenientes y a los empresarios. Estaba formándose el embrión de la guerra civil.

La derecha española distaba mucho de estar unida en sus objetivos. Algunos sectores eran francamente reaccionarios: pretendían la restauración de la monarquía y el establecimiento de un estado corporativo de carácter autoritario respaldado por el ejército. Una parte mucho mayor de la derecha

—de hecho el partido más grande de España, con 735.000 afiliados, según decía— se unió en 1933 para formar la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), un enorme conglomerado de conservadurismo católico populista. La CEDA afirmaba defender el cristianismo frente al marxismo, aclamaba al presidente del partido, Gil Robles, con el título de «jefe», y adoptó otras formas externas de fascismo como, por ejemplo, las concentraciones, los uniformes, una especie de saludo fascista, el estilo de movilización y la organización de un movimiento juvenil de talante cada vez más fascista. Se diferenciaba del fascismo radical por el rechazo del paramilitarismo y por su adhesión al menos formal a las instituciones del estado existente y a los métodos parlamentarios legales y no violentos. En la práctica, sin embargo, la CEDA pasó a apoyar cada vez más la violencia antirepublicana y tendió a la adopción de un estado corporativo autoritario. Sus credenciales democráticas eran en el mejor de los casos ambiguas. «Cuando llegue el momento, o el parlamento se somete o lo hacemos desaparecer», declaró Gil Robles.

En medio de este conglomerado de apoyos numerosísimos, aunque fragmentados, que tenía la derecha autoritaria, en buena parte basados en un autoritarismo conservador de tonos fascistas, el fascismo auténticamente radical tenía pocos seguidores. El movimiento fascista más importante, la Falange Española, creado en 1933 por José Antonio Primo de Rivera, hijo del exdictador, atacaba tanto a la derecha burguesa como a la izquierda marxista. Como era de prever, José Antonio no hizo demasiados progresos. Falange tenía unos 10.000 militantes en un país de 25 millones de habitantes, y consiguió sólo 44.000 votos (el 0,7 % de los emitidos) en las elecciones de 1936. Ese mismo año la organización fue prohibida y sus líderes fueron encarcelados. El propio José Antonio fue condenado a muerte y ejecutado en el mes de noviembre. Para entonces ya había dado comienzo la sublevación contra la República española lanzada desde Marruecos y capitaneada por el general Francisco Franco. Sólo cuando Franco tomó el mando de la Falange en abril de 1937 y la convirtió, al menos nominalmente, en piedra angular del conglomerado de fuerzas nacionalistas

de derechas que apoyó su rebelión, el fascismo se convirtió en España en un movimiento de masas y finalmente, al término de la guerra civil, en partido estatal de una dictadura militar a la que servía, pero que no controlaba.

Antes de la guerra civil, Falange tuvo que competir en un territorio plagado de rivales. Además, su mensaje social revolucionario estaba condenado a atraerse la hostilidad de buena parte de la clase media y de la minoría dirigente católica. En las condiciones de democracia pluralista reinantes antes de la guerra civil, los intentos de construir en España un movimiento de masas plenamente fascista fracasaron. ¿Importaba mucho? A juicio de sus encarnizados adversarios de los distintos sectores de la izquierda, no tenía mucho sentido diferenciar el pequeño partido de Falange del apoyo masivo con el que contaban las derechas. Al margen de las sutilezas de las diferencias de definición, la CEDA era, en su opinión, tan fascista como la Falange. ¿Estaban acaso equivocados? Desde la perspectiva de los que sufrieron de manera espantosa a manos de la derecha antes, durante y después de la guerra civil, el fascismo en España tuvo un respaldo enorme y no se limitó al pequeño número de los militantes de la Falange.

Mientras que en Italia y Alemania el espacio político se abrió cuando se hundieron los partidos sólidamente establecidos de la derecha conservadora y liberal, dejando que los grandes partidos populistas y fascistas de masas llenaran el vacío dejado y unieran a la nueva derecha alrededor de un programa de renovación nacional encargado de destruir la amenaza proveniente de la izquierda, en España no se dio ese vacío. Allí, ese espacio lo llenaron diversos movimientos de carácter conservador-autoritario de fuerza desigual, algunos de ellos con rasgos inequívocamente fascistas, y en particular la CEDA. La derecha española antidemocrática era muy numerosa, pero la propia fuerza de la reacción conservadora bloqueó las posibilidades del fascismo radical. En el momento del alzamiento de Franco en julio de 1936, la crisis de la democracia española se había agudizado. Pero la izquierda estaba dispuesta a combatir. Se necesitaron tres largos años de guerra civil para derribar la democracia.

Terreno fértil para la derecha: La Europa central y del este

El de España fue un caso excepcional en la Europa occidental. En el centro y el este del continente, el giro hacia la extrema derecha fue lo habitual. Los movimientos fascistas más importantes surgieron en Austria, Rumanía y Hungría. En el caso de Austria, la ascensión al poder de Hitler en el país vecino, Alemania, supuso un elemento determinante muy especial. En Rumanía y Hungría, los incesantes trastornos provocados por el ordenamiento territorial de Europa constituyeron un requisito previo definitivo.

En Austria buena parte de los que no eran seguidores del socialismo eran ya proto-fascistas en tiempos de la Depresión. El hundimiento de la banca de 1931 y el creciente aumento del desempleo dañaron gravemente la economía del país y las condiciones de vida de gran parte de la población. Bajo el impacto de la Depresión, la triple división de la política austríaca se agudizó y se radicalizó aún más. Dos importantes movimientos fascistas, la Heimwehr («Defensa Nacional») y el partido nazi austríaco, inspirado por los acontecimientos que habían tenido lugar al otro lado de la frontera con Alemania, se enfrentaron a un numeroso partido socialista que conservaba un respaldo sólido en la clase obrera industrial. En 1930 la Heimwehr seguía teniendo el doble de apoyos que el partido nazi austríaco, al que muchos veían como un producto extranjero de importación. Pero los nazis fueron ganando terreno muy deprisa. En las elecciones regionales y locales celebradas en Austria en 1932 los nazis lograron obtener más del 16 % de los votos.

Una vez que Hitler accedió al poder en Alemania en enero de 1933, la amenaza nazi en Austria se hizo evidente. En respuesta, el canciller austríaco, Engelbert Dollfuss, de treinta y nueve años, hombre de corta estatura pero sumamente enérgico, abolió el régimen parlamentario y estableció lo que él llamaba el «estado social-cristiano alemán de “Austria”, basado en diversos estamentos [corporativos] y un liderazgo autoritario fuerte». Su régimen, respaldado por la mayoría de los partidos no socialistas, la Heimwehr y el *establishment* católico, restringió las libertades y eliminó a la oposición. En febrero de 1934 aplastó de forma sangrienta el

alzamiento armado de los socialistas que el propio régimen había provocado, y declaró ilegal el socialismo. Las fuerzas de izquierdas habían demostrado que no tenían nada que hacer frente a las de derechas, aunque a diferencia de lo que sucediera en Alemania y en varios otros países, la izquierda austríaca no se había escindido en dos partidos rivales, el socialdemócrata y el comunista. Una nueva constitución abolió el parlamento en beneficio de un estado corporativo, basado en la selección desde lo alto de una elaborada serie de «corporaciones» y consejos asesores respaldados por una única organización política, el Frente Patriótico (la Vaterländische Front). En el estado autoritario el poder real estaba en manos del canciller. Dollfuss fue asesinado por los nazis en julio de 1934. Pero el régimen autoritario —más conservador-reaccionario represivo que fascista; o, cuando menos, abrazó una forma de fascismo parcial relativamente suave, comparada con lo que estaba por venir— pervivió con su sucesor, Kurt von Schuschnigg, a pesar de la presión cada vez mayor de los nazis. Von Schuschnigg intentó reafirmar la independencia austríaca en un plebiscito que debía celebrarse el 13 de marzo de 1938, pero fue quitado de en medio por la invasión alemana y la anexión de Austria (el *Anschluss*) el 12-13 de marzo.

Como Rumanía había salido tan bien parada de la guerra, doblando con creces su territorio (especialmente a expensas de Hungría, aunque obteniendo ganancias también de Rusia, Bulgaria y Austria), a primera vista no resulta evidente por qué el fascismo iba a resultar atractivo en ella. El telón de fondo lo suministró la dilatada y paralizante crisis sufrida por la agricultura, que trajo consigo un descenso de los ingresos de los campesinos de casi el 60 %. A medida que se agravaban las dificultades económicas en el campo, se agudizaba el resentimiento hacia las minorías étnicas —magiares y alemanes, pero sobre todo judíos—, que dominaban la industria, el comercio y las finanzas. Con la expansión del territorio, los no rumanos constituían alrededor del 30 % del total de la población. Y Rumanía, donde los judíos habían estado privados de los derechos de ciudadanía hasta 1918, había sido durante largo tiempo uno de los lugares más antisemitas de Europa. En las condiciones reinantes, no costó ningún trabajo ligar las dificultades económicas a los prejuicios y el odio a las

minorías, ni construir una imaginería nacionalista en la que el «verdadero» pueblo rumano era presentado como víctima de las amenazas de los extranjeros.

El movimiento fascista rumano, súper-violento (según incluso los parámetros fascistas) y súper-antisemita, la «Legión de San Miguel Arcángel» —también llamada la «Guardia de Hierro»—, bajo el liderazgo del carismático Corneliu Zelea Codreanu, antiguo estudiante de derecho, llegó a atraer a 272.000 afiliados en 1937 y a obtener un 15,8 % de los votos en las elecciones celebradas ese mismo año, convirtiéndose en el tercer partido más grande de Rumanía. Codreanu consiguió su apoyo mediante un cóctel embriagador de nacionalismo étnico-racista extremo teñido de romanticismo. A eso se sumó una doctrina de violencia purificadora cuya finalidad era limpiar la nación de todos los elementos extraños (especialmente los judíos, que eran asociados con la supuesta amenaza para las fronteras de Rumanía proveniente de la Rusia bolchevique y al mismo tiempo con un capitalismo rapaz). Para remover la mezcla se utilizó la evocación de los valores morales «verdaderamente» rumanos enraizados en la pureza cristiana y la tierra de los campesinos, la «revolución espiritual» del «Socialismo Nacional Cristiano» que había de producir el «hombre nuevo». La columna vertebral de los apoyos del partido estaba formada por profesores, funcionarios, abogados, miembros del clero ortodoxo, exoficiales, periodistas, estudiantes, intelectuales, y por supuesto campesinos. Estos últimos no fueron atraídos simplemente por la idealización irracional y romántica del campo como una «vuelta al suelo patrio», sino también por la forma en que este reclamo emocional fue vinculado a sus resentimientos económicos, profundizados a lo largo de la dilatada crisis de la agricultura, y por la promesa de las tierras que iban a obtenerse mediante la confiscación de los bienes de los judíos.

Pese al atractivo cada vez mayor que tuvo el fascismo en Rumanía durante los años treinta, no dejó de ser un movimiento de oposición, incapaz de alcanzar el poder del estado. El éxito del movimiento de Codreanu en las elecciones de 1937 alarmó al rey y a la clase dirigente. Respaldado por el ejército, la burocracia y buena parte de los dirigentes del Partido Nacional Liberal, y dispuesto a sacar provecho de las divisiones

existentes entre los demás partidos, el rey Carlos II disolvió el parlamento a comienzos de 1938 y estableció una dictadura real. La Legión de San Miguel Arcángel fue prohibida, mientras que Codreanu fue detenido y luego asesinado en prisión. Buena parte de lo que ofrecía el fascismo —incluido su antisemitismo extremo— fue incorporado al régimen monárquico. Aquélla fue una victoria pírrica. La organización fascista se vio obligada a pasar a la clandestinidad y, pese a la ejecución de cientos de sus seguidores, emergió de nuevo durante la segunda guerra mundial para participar en el gobierno durante un breve período, aunque en unas circunstancias muy distintas.

En Hungría, donde los serios motivos de queja irredentista causados por la pérdida de tantos territorios a raíz de los acuerdos de posguerra seguían siendo una herida abierta, la Depresión, que trajo consigo una crisis de la producción agrícola y el desempleo para una tercera parte de la mano de obra industrial, exacerbó enormemente las tensiones sociales y políticas. Sin embargo, especialmente de 1932 a 1936, durante el mandato como primer ministro de Gyula Gömbös, cuyas tendencias de extrema derecha dividieron a las pequeñas fuerzas fascistas y por un tiempo lograron desarmarlas, las elites dominantes, que habían vuelto a cobrar fuerzas a raíz de la restauración conservadora de los años veinte, lograron hacerse con el dominio de un parlamento aborregado y adaptar el manejo de la crisis de tal modo que no apareció ningún partido fascista importante hasta 1937. La debilidad de la izquierda socialista, que no se había recuperado nunca tras ser aplastada a raíz de la caída del régimen de Béla Kun en 1919, y los subsiguientes años de limitada participación masiva en la democracia aparente del régimen autoritario de Miklós Horthy, tuvieron también mucho que ver con las escasas posibilidades de movilización fascista. Hasta 1937 no surgió un gran movimiento fascista, influido por los acontecimientos de Alemania y por la configuración en rapidísimo cambio de la política internacional. El Partido Nacionalsocialista Húngaro —una amalgama de ocho grupos nacionalistas extremos— nació del Partido de la Voluntad Nacional, fundado por un antiguo oficial del estado mayor, Ferenc Szálasi, en 1935, y finalmente en 1939 acabó convirtiéndose en el Partido de la Cruz Flechada. La organización empezó a reclutar numerosos militantes

entre los profesionales del sector público, los oficiales del ejército, y también entre los obreros de los barrios industriales de Budapest, llegando a tener 250.000 afiliados en 1939-1940. El breve momento de éxito de la Cruz Flechada —aunque para sus víctimas fue una época espantosa— llegaría más tarde, en plena guerra, cuando Hungría se hallara bajo la dominación de Alemania y estuviera a punto de ser derrotada.

En otros países de la Europa del este y del sudeste, el control del estado ejercido por elites autoritarias de carácter conservador-reaccionario, entre ellas los militares, que veían en la movilización populista una amenaza para su poder, constituyó el mayor obstáculo para el avance de los movimientos fascistas. A veces incluso estos movimientos fueron de hecho eliminados, aunque sus objetivos y sus ideas les fueran habitualmente arrebatados por los regímenes autoritarios existentes, caracterizados por un fortísimo nacionalismo y a menudo también por un virulento racismo. Cuando los gobiernos giraron hacia el autoritarismo (como en Estonia y Letonia en 1934, en Bulgaria también en 1934, o en Grecia en 1936), o en los países en los que el arraigo de las elites que sustentaban el estado reforzaron los regímenes autoritarios ya existentes, el espacio que le quedó al fascismo para organizarse y movilizarse, e incluso la propia necesidad de un movimiento fascista, se vieron severamente restringidos.

Poco antes de que diera comienzo la segunda guerra mundial, la democracia había quedado confinada a once países de la Europa noroccidental (Gran Bretaña, Irlanda, Francia, Suiza, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega, Suecia, Finlandia y la pequeña Islandia). Todos habían formado parte de los vencedores de la primera guerra mundial o habían permanecido neutrales durante la contienda. Unas tres quintas partes de los europeos (dejando a un lado de momento a los habitantes de la Unión Soviética) vivían en dieciséis estados que tenían algún tipo de régimen autoritario represivo y en los que los derechos civiles se hallaban fuertemente recortados o había minorías obligadas a hacer frente a la discriminación y la persecución: Italia, Alemania (que en estos momentos había incorporado a Austria), España, Portugal, Hungría, Eslovaquia, los antiguos territorios checos (actualmente

el Protectorado de Bohemia y Moravia, bajo dominación alemana), Rumanía, Bulgaria, Albania, Grecia, Yugoslavia, Polonia, Lituania, Letonia y Estonia. De las democracias creadas a raíz de la primera guerra mundial para suceder al Imperio Austrohúngaro, sólo había sobrevivido Checoslovaquia, hasta que fue destruida por la invasión alemana de marzo de 1939. El fracaso de la democracia en los estados sucesores del Imperio Austrohúngaro era el indicador más claro de la bancarrota del ordenamiento pactado de posguerra.

Los dos países que produjeron partidos fascistas lo suficientemente poderosos como para asumir el poder del estado y formar unos regímenes dictatoriales, Italia y Alemania, eran una excepción, incluso entre los demás regímenes autoritarios de Europa, no sólo por su carácter y el alcance omnímodo de su control interno, sino por sus objetivos expansionistas. Sin embargo, existía un importante desequilibrio en la amenaza que suponían para la paz en Europa. Italia pretendía controlar el Mediterráneo y hacerse, fuera ya de hora, con un imperio colonial en África. Esta amenaza habría podido ser contenida y, en cualquier caso, es sumamente improbable que por sí misma hubiera causado una guerra generalizada en Europa. El mayor, el más dinámico, más brutal y más radical desde el punto de vista ideológico de ambos regímenes, la Alemania de Hitler, era otra cosa muy distinta. Buscaba su expansión en el corazón de Europa. Y eso planteaba una amenaza para todo el continente. El precario equilibrio de poder se vio de pronto en peligro de muerte debido a la amenaza de hegemonía de Alemania. En adelante la paz en Europa viviría de prestado.

6
Zona de peligro

«La experiencia enseña», dijo Gletkin, «que, para todos los procesos complicados, a las masas hay que darles una explicación simple y que les resulte fácilmente asequible. Por lo que conozco de historia, me doy cuenta de que la especie humana no ha prescindido nunca de la víctima propiciatoria.»

Arthur Koestler,
El cero y el infinito *(1940)*

En el momento en el que lo peor de la crisis económica había pasado, en torno a 1934, Europa había cambiado, y lo había hecho de una forma muy inquietante. El ordenamiento pactado de posguerra estaba viniéndose abajo. El triple conflicto ideológico entre fascismo, bolchevismo y democracia liberal estaba intensificándose. Los regímenes fascistas afirmaban su fuerza, las democracias revelaban su debilidad. Los dictadores iban ganando y eran los que configuraban el programa a seguir. De las ruinas de una crisis económica global empezaba a surgir una conflagración mundial.

El orden internacional se desmorona

El orden internacional de posguerra establecido en Europa había sido desde el primer momento un edificio extremadamente endeble, asentado sobre unos cimientos sumamente frágiles. Los intereses nacionales, las tensiones étnicas y los resentimientos nacionalistas fomentados por los acuerdos de posguerra habían amenazado siempre con provocar su hundimiento. Donde estos factores asumieron un carácter más grave fue en la mitad oriental del

continente. En la mitad occidental, el «espíritu de Locarno» había ofrecido durante un breve lapso de tiempo a finales de los años veinte cierta esperanza de estabilidad y reconciliación. Pero esas esperanzas se habían evaporado por completo en el posterior clima de depresión económica. La consolidación de la conquista del estado por el fascismo en Italia y, más recientemente, la ascensión al poder de Hitler en Alemania, representaban el desafío más inquietante. Tras una década de régimen fascista, Italia no era ya el país débil y dividido que había sido antes de la Gran Guerra, y especulaba ya con las posibilidades que tenía de adquirir un imperio y dominar el Mediterráneo y el norte de África. Sin embargo, la nueva entidad más perturbadora que había surgido durante la Depresión, con un potencial enorme para poner patas arriba el orden internacional, era un Reich alemán revitalizado, seguro de sí mismo y firmemente enérgico, bajo la égida de los nazis.

Estas nuevas fuerzas no tardarían en remodelar una configuración de «grandes potencias» que habían cambiado mucho desde la guerra: la desaparición del Imperio Austrohúngaro había dado paso a toda una franja de estados inestables en la Europa central y del este; las democracias occidentales, Gran Bretaña y Francia, habían quedado debilitadas significativamente; y mientras tanto la Unión Soviética seguía frenéticamente ocupada en su violenta reconstrucción interna. La arena internacional empezaba a verse dominada casi en su totalidad por el equilibrio cambiante de relaciones entre los países grandes y poderosos, mientras que las naciones más pequeñas eran atraídas progresivamente hacia la estela dejada por ellos. La enérgica reafirmación nacional de los países fascistas, Italia y especialmente Alemania, era el nuevo factor dinámico que ponía en peligro el orden internacional. Las otras potencias, incluida la Unión Soviética, cuya prioridad absoluta era reforzar sus defensas frente a la que consideraba la amenaza proveniente de la agresión imperialista de los capitalistas de Occidente, se vieron obligadas en buena medida a reaccionar ante unas fuerzas que no acababan de comprender del todo. Dados los intereses contrapuestos y las sospechas mutuas que despertaban unas en otras, estas potencias estaban por lo demás demasiado divididas entre sí como para enfrentarse a aquellas fuerzas.

La Sociedad de Naciones, el único organismo importante que había sido ideado para superar los intereses nacionales, ofrecía un parapeto muy débil frente a los poderosos elementos centrífugos del orden internacional de Europa. Sin la participación de los americanos, la eficacia de la Sociedad de Naciones había quedado dañada desde el principio. No obstante, durante los años veinte la organización había desempeñado cierto papel proporcionando ayuda a las decenas de millares de refugiados que cruzaban la Europa del este. Había contribuido además decisivamente a evitar la bancarrota nacional en Austria y en Hungría proporcionando grandes préstamos que ayudaran a estabilizar unas divisas arruinadas por la hiperinflación. Incluso durante los años de la Depresión y posteriormente, la Sociedad de Naciones continuó llevando a cabo su trabajo en diversas áreas, como por ejemplo combatiendo enfermedades epidémicas, impidiendo el tráfico de seres humanos y mejorando las condiciones del comercio mundial, actividades todas ellas que trascendían necesariamente las fronteras nacionales y que, de maneras muy diversas, desembocarían en desarrollos positivos después de la segunda guerra mundial. Pero por lo que respecta a su principal objetivo, mantener la paz y, cuando fuera necesario, imponerla (aunque sin disponer para ello de medios militares internacionales de ningún tipo), la Sociedad de Naciones resultaría un fracaso total. No tenía nada que hacer frente la autoafirmación nacional predatoria y rapaz de Italia y Alemania, y demostró que era incapaz de superar las políticas de egocentrismo nacional, generadoras de división y autodestructivas, de las democracias occidentales.

La primera perturbación del orden internacional se produjo en realidad lejos de Europa, con la ocupación de Manchuria por Japón en septiembre de 1931. Después de que China apelara al respaldo internacional para condenar semejante atropello, la Sociedad creó cuando ya era demasiado tarde una comisión encargada de explorar el trasfondo general del conflicto y de hacer propuestas de negociación. La comisión tardó casi un año en elaborar su informe, denunciando finalmente la acción llevada a cabo por Japón, aunque presionando al mismo tiempo a China para que reconociera lo que la comisión consideraba los intereses legítimos de Japón en Manchuria. A pesar de su cautela, el dictamen llegó en cualquier caso a deshora. En 1932

había sido ya establecido un estado títere de Japón en Manchuria, vastísima región de importancia vital desde el punto de vista económico, que fue rebautizada como Manchukuo. La Sociedad de Naciones no tenía fuerza coercitiva alguna para obligar a Japón a devolver el territorio conquistado, y China era demasiado débil y estaba demasiado dividida como para intentar llevar a cabo una reconquista armada. La agresión de Japón fue denunciada y denigrada por la opinión pública mundial. Pero de nada sirvió, salvo para que Japón, irritado por la condena internacional, se retirara de la Sociedad de Naciones en febrero de 1933. El aislamiento diplomático nipón fomentó la aparición de un nacionalismo desaforado, al tiempo que el país se decantaba por un régimen sustentado por una oligarquía militar y empeñado en la expansión. Manchuria había dejado al descubierto la impotencia de la Sociedad de Naciones. Y de paso había dado a conocer al mundo la debilidad de Gran Bretaña y Francia, los dos países dominantes de la organización. Mantener la fuerza naval británica en el Extremo Oriente significaba someter a más presión todavía los recursos defensivos de Inglaterra, ya de por sí sobrecargados. El episodio supuso un incentivo para la política de apaciguamiento, tanto en el Extremo Oriente como en Europa.

En aquellos momentos había quedado patente que la finalidad principal de la Sociedad de Naciones, esto es reducir las perspectivas de conflicto internacional mediante un sistema de seguridad colectivo basado en un pacto de desarme, era un fracaso sin paliativos. Las grandes esperanzas y los ideales expresados en el momento de la creación de la Sociedad en enero de 1920 habían dado lugar a pocos o nulos resultados durante esa década. No era ya que el desarme fuera impopular en buena parte de la opinión pública (allí donde ésta podía expresarse y ser registrada libremente). Diez años después de la firma del Armisticio que había puesto fin a la primera guerra mundial, el renovado interés por la catástrofe y la evocación de los recuerdos de los horrores del conflicto se combinaron, intensificando de paso los temores del desastre apocalíptico que habría traído consigo una nueva guerra. Los movimientos pacifistas, que invariablemente atraían a una pequeña proporción de la población, fueron ganando cada vez más apoyos en países de la Europa occidental como Gran Bretaña, Francia y Dinamarca. Muchos más numerosos eran los que, sin

abrazar el pacifismo, hacían campaña activamente en pro de la paz y el desarme. Entre ellos destacaban los socialistas, los sindicalistas, los intelectuales, los liberales y los clérigos; y también las mujeres tenían entre ellos una representación desproporcionada. El sentimiento antibélico había sido también muy fuerte en Alemania a finales de los años veinte entre la izquierda política. La novela antibelicista de Erich Maria Remarque *Im Westen nichts Neues* (*Sin novedad en el frente*) se había convertido inmediatamente en un superventas tras su aparición en 1929, llegándose a vender más de un millón de ejemplares en Alemania.

Los sentimientos antibelicistas en la izquierda alemana contrastaban con el militarismo incondicional y la glorificación de la guerra de la extrema derecha. El atractivo que había tenido en la Alemania de los años veinte el libro de memorias de Ernst Jünger, *In Stahlgewittern* (*Tempestades de acero*), con la alabanza que en él se hacía de la guerra, ya había sido un claro indicio de lo dividida que estaba la población alemana en su opinión sobre la primera guerra mundial. No es de extrañar, pues, que la publicación de *Im Westen nichts Neues* suscitara la indignación de la derecha, especialmente entre los militantes de su nuevo portaestandarte, el partido nazi. Cuando en diciembre de 1930 se estrenó en Alemania la película americana basada en la novela, provocó tal oleada de protestas por parte de la derecha, capitaneada por los nazis, que vio en ella un insulto al honor del país, que se prohibió su exhibición pública por «poner en peligro la reputación internacional de Alemania» y suponer el «menosprecio del ejército alemán».

Sin embargo, hasta la ascensión al poder del nazismo no llegó a imponerse sobre los sentimientos antibelicistas la visión militarista de la guerra, presentada como una lucha gloriosa en la que a los alemanes les había sido negada la victoria por la «puñalada en la espalda» que, dentro de su propio país, les habían infligido los revolucionarios marxistas. La organización militarista de veteranos de guerra más numerosa, el Stahlhelm («Casco de acero»), que glorificaba la experiencia vivida en el frente, había sido durante los años veinte mucho más pequeña que la asociación de veteranos contrarios a la guerra de los socialdemócratas, la Reichsbanner («Bandera del Reich»). Todavía en 1932, apenas un año antes de que Hitler

tomara el poder, los socialistas alemanes organizaron concentraciones por la paz a las que asistieron más de 600.000 personas. E incluso después de que Hitler se convirtiera en canciller, buena parte de la población de Alemania, especialmente los que habían vivido la primera guerra mundial, seguía teniendo un miedo patológico de que se produjera una nueva conflagración. Lo que supuso una jugada maestra por parte de Hitler fue convencer a la gente durante años de que lo que él buscaba era la paz, no la guerra, de que el rearme era la mejor forma de garantizar la defensa de Alemania, y de que lo único que quería era la «igualdad de derechos» en términos de fuerza militar respecto a las potencias occidentales. Si éstas no se desarmaban, sostenía, el concepto más elemental de equidad y el orgullo y el prestigio de toda gran nación exigían que se permitiera a Alemania reconstruir sus fuerzas armadas, reducidas a unos niveles ridículos por el Tratado de Versalles de 1919, hasta alcanzar unos niveles similares a los de las demás. Aquél era para muchos, y no sólo para los militantes del partido nazi, un argumento absolutamente convincente.

Éste acabó siendo el asunto decisivo que vició todos los intentos de la Conferencia sobre Desarme, reunida por primera vez en Ginebra el 2 de febrero de 1932 (tras varios años de preparativos), de alcanzar un acuerdo internacional. Naturalmente eran muchos y enojosos los problemas técnicos que comportaba el mero hecho de intentar regular un mercado mundial de armas, restringir el gasto en armamento de los distintos gobiernos nacionales y persuadir a los países de que depositaran su fe en la seguridad a través del desarme. Pero un obstáculo mucho mayor, con diferencia, era el que planteaba el hecho de que algunos grandes países —Japón, la Rusia soviética, Italia y Alemania entre ellos— simplemente no tenían la menor voluntad de aceptar el desarme. El problema se complicó todavía más debido a una grave dificultad que preocupaba a Francia e Inglaterra especialmente: ¿Cuál era el nivel permisible de armamento para Alemania? Como por lo demás era comprensible después de haber sido invadida dos veces en lo que aún era la memoria viva de la gente desde la otra orilla del Rin, el interés primordial de Francia era su seguridad. No era aceptable ningún desarme que pusiera mínimamente en riesgo este principio. Gran Bretaña, por su parte, la principal impulsora de las propuestas de desarme,

adoptó la postura más idealista de que un desarme generalizado habría creado realmente un estado de seguridad. Los franceses no estaban nada convencidos, y no era muy probable que cambiaran de postura dada la renuencia de Gran Bretaña a garantizar su disposición a poner a su ejército en pie de guerra para ayudar a Francia en caso de un ataque alemán.

Esta división fundamental entre las dos grandes potencias occidentales en lo tocante a la política de desarme le vino muy bien a Hitler. Le brindaba una oportunidad excepcional de aprovechar lo que podía presentar como la desigualdad básica de principio oculta tras la retórica grandilocuente de la Conferencia sobre Desarme: las democracias occidentales no estaban dispuestas a reducir sus propios niveles de armamento y ponerlos a la altura de los que se habían impuesto a Alemania, ni tampoco a permitir a ésta rearmarse hasta alcanzar los niveles que ellas mismas exigían como requisito para su propia seguridad. El más puro interés nacional (también por parte de los países más pequeños) hacía que todos los países se aferraran a unas garantías de seguridad que era imposible darles, y de paso truncaba toda esperanza de alcanzar un acuerdo general.

La Conferencia ya había empezado a dar motivos más que suficientes para pasar al olvido cuando Hitler, perfectamente en línea con los deseos de los altos mandos del ejército alemán y del Ministerio de Asuntos Exteriores, aprovechó la ocasión para retirar a Alemania de la Conferencia y de la propia Sociedad de Naciones el 14 de octubre de 1933. Con su vista infalible para todo lo que supusiera un golpe propagandístico, no desaprovechó la oportunidad para, inmediatamente después de esa retirada, convocar un plebiscito que le reportó oficialmente un 95 % de los votos a favor de su acción, reforzando enormemente su posición entre el pueblo alemán. Tras la retirada de Alemania, el desarme era letra muerta, a pesar incluso de que la Conferencia siguió penosamente adelante hasta que finalmente fue rematada en junio de 1934. Hitler había salido triunfador. La Sociedad de Naciones había sufrido un golpe gravísimo. Las posibilidades de llegar al desarme eran nulas. Europa se disponía a emprender una nueva carrera armamentística.

En marzo de 1935 Hitler se sintió lo bastante seguro como para anunciar la creación de una nueva Wehrmacht, mucho más numerosa, formada por treinta y seis divisiones (unos 550.000 hombres), y la reintroducción del servicio militar generalizado. También se hizo pública la existencia de una fuerza aérea alemana, tan numerosa ya —aseguraba Hitler con notable exageración— como la británica. Ambos anuncios suponían un claro desafío al Tratado de Versalles. Las democracias occidentales protestaron; pero eso fue todo. En cualquier caso, el paso dado por Hitler las había puesto nerviosas. De modo que incrementaron de manera notable su propio gasto en armamento.

Alarmados por el rearme de Alemania, los líderes de Gran Bretaña, Francia e Italia, reunidos en abril de 1935 en Stresa, en el norte de Italia, habían acordado confirmar el Tratado de Locarno de 1925. Pero apenas dos meses después, Inglaterra rompió incluso esa mínima hoja de parra de solidaridad internacional firmando el tratado naval bilateral propuesto por Alemania, por el que se limitaban las dimensiones relativas de sus respectivas armadas. Los ingleses esperaban que el acuerdo naval significara un paso adelante hacia una regulación más general y una restricción del rearme de Alemania. La esperanza era vana. De hecho, el acuerdo naval no fue más que otro clavo en la tapa del ataúd del Tratado de Versalles, esta vez con la connivencia directa de una de las grandes potencias que habían participado en el ordenamiento pactado de posguerra. Alemania no cabía en sí de gozo. Francia en particular no pudo ocultar una mueca de disgusto al ver que Gran Bretaña, de manera independiente e innecesaria, regalaba a Hitler un estímulo más a su prestigio.

Al tiempo que Alemania salía nuevamente fortalecida de su aislamiento internacional y que el ordenamiento europeo de posguerra iba desmoronándose a ojos vistas, los distintos países se peleaban por establecer nuevas alianzas que les permitieran reforzar su seguridad. Polonia fue el primer estado (después del Vaticano, que había firmado un concordato con Alemania poco después de la ascensión de Hitler al poder) en buscar una nueva base de entendimiento con el gigante que empezaba a despertar en la Europa central. Hitler se lo había agradecido dando su beneplácito a la conclusión de un pacto de no agresión de diez años de

duración con su vecino del este en enero de 1934. Convenía a los intereses tanto alemanes como polacos estabilizar las relaciones entre los dos países. Polonia conseguía seguridad por el oeste. Y Alemania cortaba el paso a cualquier turbulencia potencial proveniente del este en un momento en el que, como consecuencia del vehemente antibolchevismo del movimiento nazi, sus relaciones con la Unión Soviética estaban deteriorándose considerablemente.

La Unión Soviética había estado ocupada en buena parte en sus propias convulsiones internas durante los primeros años treinta. Pero una vez que Hitler asumió el poder en Alemania, los líderes soviéticos, conscientes del nuevo peligro al que potencialmente se enfrentaban, vieron la necesidad de colaborar con las democracias occidentales en la construcción de un sistema de seguridad colectiva en Europa. En 1933 se establecieron relaciones diplomáticas con el Reino Unido, Francia y Estados Unidos. En septiembre de 1934 la Unión Soviética ingresó en la Sociedad de Naciones, a la que anteriormente había calificado de mera «conspiración imperialista». Era preciso forjar nuevas alianzas. Al año siguiente, la Unión Soviética firmó un pacto de ayuda mutua con Francia formando una alianza de defensa. Lejos de asustar a Hitler, los nuevos pactos lo hicieron resolverse todavía más a romper cualquier atadura.

En realidad, unos acontecimientos desarrollados no en la Europa central, sino mucho más al sur, socavarían todavía más el orden internacional, hiriendo de muerte a la Sociedad de Naciones y allanando el camino a un mayor estrechamiento de lazos entre Italia y Alemania. El 3 de octubre de 1935 Italia invadió Abisinia (habitualmente llamada después Etiopía). Se trataba de un gesto de imperialismo anticuado con métodos modernos. Mussolini era el defensor decisivo de la guerra, en no poca medida con la finalidad de incrementar su prestigio. La victoria supondría la venganza de la humillante derrota de las fuerzas italianas a manos de los abisinios en Adua en 1896. Demostraría a las potencias occidentales que Italia ya no era el país débil que en 1919, pese a encontrarse en el bando de los vencedores, había sido privado de lo que muchos italianos consideraban que era la porción de colonias africanas que «justamente» les correspondía. Pondría de manifiesto además, a través de la conquista militar, la posición

de Italia como potencia imperial dinámica en un momento en el que el poderío colonial de Inglaterra y Francia parecía ir de capa caída. Y lo que no era menos importante, Abisinia sería un trampolín hacia la construcción de un nuevo imperio romano basado en la dominación por parte de Italia del Mediterráneo, el Adriático y Dalmacia, Grecia y el Egeo, y la parte norte y este de África.

La guerra fue brutal. Los bombarderos italianos hicieron un uso generalizado de gases tóxicos para aterrorizar a la población. Pero los abisinios resistieron durante meses frente a unas fuerzas muy superiores. La guerra concluyó de hecho con la huida del emperador de Abisinia, Hailé Selassié, y la entrada de las tropas italianas en Addis Abeba en mayo de 1936, aunque tuvieran que pasar otros siete meses antes de que los italianos, pagando un precio altísimo, pudieran declarar «pacificada» Etiopía. El rey de Italia fue proclamado emperador. Mussolini pudo disfrutar de los elogios del público italiano. Su popularidad no había alcanzado nunca unas cotas tan altas, pero tampoco volvería a alcanzarlas. En cualquier caso, su prestigio en el interior era de momento enorme.

Internacionalmente, la guerra de Abisinia anunció la defunción de la Sociedad de Naciones como vehículo internacional de promoción de la paz y la seguridad en Europa. La organización impuso una serie de sanciones económicas a Italia. En realidad dichas sanciones fueron muy limitadas. Por ejemplo, se prohibió la exportación de *foie gras* a Italia, pero no se prohibió la de hierro, acero, carbón o petróleo. Cuando se filtró la noticia de una propuesta de tratado en virtud del cual los ministros de Exteriores de Gran Bretaña y Francia, Samuel Hoare y Pierre Laval, acordaban recompensar la agresión de Mussolini concediendo a Italia casi dos terceras partes de Abisinia, el escándalo, especialmente en Inglaterra, fue enorme. Los dos miembros más importantes de la Sociedad de Naciones se mostraban de acuerdo en el reparto de otro estado miembro de la organización que había sido invadido por otro estado miembro en un acto de guerra sin que mediara provocación alguna.

Las relaciones entre Inglaterra y Francia se tensaron temporalmente. Pero el daño infligido a la reputación de la Sociedad de Naciones fue mucho mayor. Las naciones pequeñas de Europa pudieron ver la impotencia

de la organización. Reconsideraron sus obligaciones para con ella y buscaron vías alternativas para la seguridad. Suiza confirmó su neutralidad, aunque de hecho buscó en Italia un contrapeso a la influencia de Francia y Alemania. Polonia, Rumanía y Yugoslavia perdieron la confianza en la formalidad de Francia. Los países escandinavos, junto con España, Suiza y Holanda, dejaron ver la utilidad de comprometerse a aplicar un régimen de sanciones cuando los principales actores de la Sociedad de Naciones pretendían recompensar la agresión con ganancias territoriales. Después de lo de Abisinia, la organización quedó reducida a una mera irrelevancia idealista. Como instrumento destinado a mantener y asegurar la paz en Europa, estaba muerta, aunque, curiosamente, su última publicación bajo el epígrafe «desarme» no aparecería hasta junio de 1940 en el momento preciso en que las fuerzas armadas alemanas estaban empeñadas en destruir Francia.

La principal beneficiaria de la guerra de Abisinia fue Alemania. Hasta ese momento Mussolini se había mostrado notoriamente frío hacia Hitler. El líder italiano tenía tantos recelos como las potencias occidentales ante los objetivos expansionistas de Alemania, especialmente con respecto a Austria. En 1934, tras el asesinato del canciller austríaco Engelbert Dollfuss, había trasladado incluso tropas italianas al paso del Brennero, en los Alpes, como advertencia a Hitler. Todavía en abril de 1935, Italia se había alineado al lado de las potencias occidentales en el «Frente de Stresa», cuya finalidad era frenar cualquier expansión alemana por Occidente y en particular cualquier paso que pudiera dar hacia la dominación de Austria. Pero durante la guerra de Abisinia, Italia se encontró prácticamente sin amigos, teniendo que hacer frente a sanciones, y haciendo unos progresos militares muy inestables. Hitler mantuvo a Alemania neutral durante esta guerra. Pero no ofreció su respaldo a la Sociedad de Naciones. Mussolini necesitaba amigos; y Hitler podía utilizar esa necesidad. En enero de 1936 Mussolini cambió de postura. Hizo saber que, en su opinión, el Frente de Stresa estaba muerto, que no se opondría a que Austria cayera en poder de Alemania, y que no prestaría apoyo a Francia ni a Inglaterra en caso de que Hitler decidiera reaccionar ante la ratificación del pacto de ayuda mutua con la Unión Soviética, que iba a

tener lugar próximamente en París. Hitler se dio por enterado. Eso significa que podía contemplar la posibilidad de una acción inmediata de cara a la remilitarización de Renania, paso esencial para la defensa de Alemania por el oeste y de gran importancia para el rearme, aunque también suponía un ataque flagrante al Tratado de Locarno de 1925, que había garantizado el ordenamiento pactado de posguerra en Europa occidental.

Tarde o temprano cualquier gobierno nacionalista alemán habría intentado eliminar la cláusula de los pactos de posguerra, ratificados en Locarno, según la cual debía permanecer desmilitarizada una franja de 50 kilómetros de territorio alemán en la margen derecha del Rin. Para la mayoría de los alemanes, no sólo para los nacionalistas extremos, aquello equivalía a una limitación intolerable de la soberanía de su país y un recordatorio perpetuo de las imposiciones de los vencedores de 1919. Lo más probable es que una diplomacia paciente hubiera conseguido negociar el fin de la desmilitarización en el plazo de unos años. El propio Hitler pensaba en 1937. Pero la diplomacia paciente no era el camino propio del dictador. Vio las grandes ventajas que un golpe de efecto podría tener tanto para su crédito en el interior como para su prestigio internacional. La ratificación del pacto franco-soviético le proporcionó el pretexto que buscaba. La caótica actitud de las democracias occidentales respecto a lo de Abisinia, la pérdida de credibilidad de la Sociedad de Naciones y la luz verde que le dio Mussolini proporcionaron la ocasión propicia. Había que aprovechar la oportunidad. Se produjeron ciertas vacilaciones y cierto nerviosismo de última hora. Pero Hitler no titubeó mucho. El 7 de marzo de 1936 penetró en la zona desmilitarizada una fuerza compuesta por 22.000 soldados alemanes. Sólo 3.000 integrantes de la fuerza reunida de 30.000 hombres habían recibido la orden de adentrarse en Renania, respaldados por unidades de la policía. No hubo confrontación militar. Como Hitler había supuesto, las democracias occidentales protestaron por lo ocurrido, pero fuera de eso no hicieron nada. Se había salido con la suya y había conseguido su mayor éxito hasta la fecha.

Aquélla habría sido la última oportunidad, aparte de la guerra, que habrían tenido las democracias occidentales de parar los pies a Hitler. ¿Por qué no lo hicieron? Al fin y al cabo, sólo había avanzado hasta Renania una

pequeña fuerza alemana, y además con órdenes de retirarse si era desafiada por el mayor ejército de Europa occidental. Si los franceses hubieran detenido el avance de las tropas alemanas con una demostración de fuerza militar, el golpe a la reputación de Hitler lo habría debilitado significativamente ante los ojos de los militares y de la opinión pública de su país. No podemos saber qué consecuencias habría tenido. Es perfectamente factible que Hitler se hubiera mostrado incapaz de seguir adelante con las jugadas subsiguientes, consideradas descabelladas y peligrosas por las figuras más poderosas entre los mandos militares, si hubiera fracasado ignominiosamente en su intento de remilitarizar Renania en 1936. Sin embargo, como el Führer sabía por la información que había logrado recoger de los servicios de inteligencia franceses, había muy pocas probabilidades de que Francia tomara medidas de carácter militar para detener la acción de Alemania. Antes de que Hitler diera el paso, los políticos franceses habían excluido prácticamente el uso de la fuerza para expulsar de Renania a las tropas alemanas. La movilización habría sido desastrosa financiera y políticamente, con un coste de 30 millones de francos al día. Aun así, apenas pudo impedirse que el pánico financiero se adueñara de París. Además, el ejército de Francia no era capaz de llevar a cabo una acción inmediata. Necesitaba un período de dieciséis días para llevar a cabo su movilización. Y eso sólo para defender las fronteras del país, no para combatir en el Rin. La opinión pública francesa se oponía además a las represalias militares. Incluso los que deseaban ver el castigo de Hitler no pensaban que valiera la pena combatir por Renania.

En cualquier caso, los franceses no estaban dispuestos a actuar sin el apoyo de los británicos. Pero no había la más mínima posibilidad de que los ingleses respaldaran cualquier tipo de acción militar en Renania. Las autoridades británicas eran muy conscientes —y así se lo hicieron saber a los franceses— de que Inglaterra no estaba en condiciones de llevar a cabo ninguna acción militar contra Alemania en caso de que se violara el Tratado de Locarno. Era indudable que la opinión pública británica no habría estado a favor de una acción semejante. Los ánimos en Gran Bretaña después de la crisis de Abisinia eran, si acaso, más contrarios a Francia que a Alemania. Nadie tenía las menores ganas de arremeter contra Hitler cuando, al fin y al

cabo, a juicio de muchos, lo único que había hecho era entrar «en su propio patio trasero». A diferencia de la reacción popular de los británicos ante la invasión de Abisinia por los italianos, no hubo desfiles de protesta, manifestaciones ni reclamaciones de sanciones contra Alemania.

De modo que ni Inglaterra ni Francia hicieron nada aparte de intentar disimular sus discrepancias en torno a la manera de proceder, retorcerse las manos, apelar al Consejo de la Sociedad de Naciones —gesto que indudablemente no habría quitado ni mucho menos el sueño a Hitler— y finalmente presentar de mala gana unas cuantas propuestas diplomáticas en torno a la cuestión de Renania que Hitler, una vez resueltas las cosas a su manera, no habría tenido la menor dificultad en rechazar. Anthony Eden, a la sazón secretario del Foreign Office británico, dijo en la Cámara de los Comunes que su objetivo había sido encontrar una solución pacífica y negociada. «Es el apaciguamiento de Europa en su conjunto lo que tenemos en todo momento ante nuestros ojos», afirmó. «Apaciguamiento» era un término que no tardaría en reaparecer hasta obsesionar al gobierno británico.

A finales de marzo de 1936 Hitler montó un plebiscito para ratificar la acción de Renania. Le reportó un 99 % de votos favorables, la cifra más querida de los dictadores. Naturalmente eran unos resultados falsificados. Pero no cabe duda de que efectivamente una abrumadora proporción de la población alemana acogió con entusiasmo la acción de Hitler; por supuesto una vez que quedó claro que no iba a provocar ninguna guerra. La popularidad del dictador en el interior volvió a alzarse hasta alcanzar de nuevo cotas insospechadas. Aquello incrementó el ascendiente sobre las elites dominantes tradicionales de Alemania. Su osadía había valido la pena. Se había demostrado que sus dudas estaban equivocadas. El ejército, en particular, quedó todavía más agradecido si cabe a Hitler. La egolatría del dictador no conocía límites. Se consideraba prácticamente infalible, mientras que los que habían vacilado durante los días de tensión previos a la marcha sobre Renania no le inspiraban más que desprecio.

En aquellos momentos la fortaleza militar de Alemania constituía de manera incuestionable el factor fundamental de la configuración europea de poder. Aquello suponía un asombroso giro respecto a la situación reinante

apenas cuatro años antes cuando, con el país obligado a hincarse de rodillas, las potencias occidentales habían acordado la conclusión efectiva del pago de indemnizaciones y reparaciones de guerra. La remilitarización de Renania venía a dar el golpe de gracia a los tratados de Versalles y Locarno, y por fin derribaba por completo las esperanzas que aún pudieran quedar de una base duradera de seguridad en las fronteras franco-alemanas. Parecía incluso más probable si cabe que en cualquier momento se produjera la confrontación de las democracias occidentales con la Alemania de Hitler. Durante los últimos tres años Hitler había tomado una y otra vez la iniciativa, mientras que las potencias occidentales se habían mostrado indecisas, demostrando únicamente debilidad y falta de determinación.

Mientras Gran Bretaña y Francia seguían intentando luchar con unos socios diplomáticos que no jugaban según las reglas establecidas, los dictadores de Alemania e Italia se acercaban cada vez más uno a otro. A comienzos de 1936 las relaciones entre los dos todavía habían sido menos que cordiales. En otoño, se forjó la creación de lo que el 1 de noviembre Mussolini denominó el Eje Roma-Berlín. Aunque todavía no se diera cuenta de ello, Mussolini estaba pasando de dictador mayor a socio menor. Las dos potencias expansionistas, ambas regidas por unos líderes imprevisibles que detentaban un poder casi absoluto en sus respectivos países, representaban una doble amenaza, cada vez más peligrosa, para la paz en Europa. Privada ahora del apoyo de Italia, Austria había aceptado en el mes de julio unas condiciones que incrementaban tremendamente la influencia de Alemania en el país. E incluso antes de que se constituyera formalmente, el Eje había empezado a funcionar ya en España. Tanto Hitler como Mussolini habían decidido suministrar apoyo militar a la rebelión de los nacionales capitaneada por el general Francisco Franco.

Un factor significativo para el acercamiento y la unión de los dictadores fue su antibolchevismo. Hitler fue en este sentido la fuerza motriz. Para Mussolini, el antibolchevismo había sido principalmente un arma propagandística en el interior. Rusia tenía poca importancia estratégica para él. El antibolchevismo de Hitler era más radical. Los lazos intrínsecos que en su mente unían a los judíos y al bolchevismo habían constituido una obsesión personal para él desde los años veinte. Pero la

Unión Soviética había desempeñado en el mejor de los casos un papel secundario en la elaboración de sus movimientos en materia de política exterior desde que ascendió al poder. La cosa cambiaría en 1936. Ese año la idea de un próximo enfrentamiento con el enemigo ideológico fundamental, algo que no había abandonado en ningún momento la mente de Hitler, empezó a consolidarse. Al Führer le preocupaba cada vez más la amenaza bolchevique. Hitler veía un peligro muy real para Alemania proveniente de la dominación comunista de Francia y España. Era perfectamente consciente de los grandes avances llevados a cabo en materia de industrialización por la Unión Soviética y de sus amplísimos planes de rearme. A su juicio, el tiempo no corría a favor de Alemania. Veía a Europa dividida en dos bandos irreconciliables. En algún momento habría que hacer frente a ese peligro en los próximos años, antes de que fuera demasiado tarde.

A finales de agosto de 1936, Hitler había terminado un extenso memorándum en el que se fijaba la dirección que debía seguir la economía alemana durante los cuatro años siguientes, y se diseñaba un programa cuyo objetivo era maximizar la producción interna con el fin de lograr una rápida aceleración del rearme. Sus antecedentes eran la presión económica cada vez mayor experimentada en Alemania durante los últimos meses. Las importaciones de productos alimenticios habían asumido temporalmente la primacía sobre la compra de las materias primas necesarias para el rearme. Se habían oído destacadas voces que reclamaban a las autoridades que redujeran el gasto en rearme y reorientaran la economía. Había que tomar una decisión.

Y Hitler la tomó. Prefirió los cañones antes que la mantequilla. Su razonamiento era político, no económico. Su memorándum sobre el «Plan Cuatrienal» empezaba afirmando que el bolchevismo iba a estar en el centro de un nuevo conflicto mundial. Aunque no podía saberse cuándo iba a tener lugar, el enfrentamiento con la Unión Soviética, decía, era inevitable. El memorándum acababa estableciendo dos tareas: «I. El ejército alemán debe estar preparado para luchar en el plazo de cuatro años. II. En cuatro años, la economía alemana debe estar en condiciones de sostener una guerra». No era un calendario para la guerra. Pero a partir de ese momento, Alemania no

podría liberarse de la senda que había empezado a seguir. A menos que se quitara el poder a Hitler, no cabía dar marcha atrás y volver a una economía de tiempos de paz basada en el comercio internacional. Se había optado por un programa intensivo de autarquía económica con el fin de construir unas fuerzas armadas listas para intervenir en un conflicto. Los puntos quedaron fijados. La senda conducía a la guerra. Los dictadores empezaban a configurar el destino de Europa.

La dictadura

Regímenes reaccionarios

Los años treinta fueron la década de los dictadores. Algunas dictaduras se habían formado durante los años veinte. No tardarían en venir otras durante los cuarenta en forma de regímenes de ocupación. Pero sobre todo los treinta fue la época en la que prosperaron los dictadores. En 1939 había más europeos viviendo en dictaduras que en democracias.

Todas las dictaduras tenían diversos rasgos en común: eliminación (o severa restricción) de las formas pluralistas de representación política, limitación (o abolición) de las libertades personales, control de los medios de comunicación de masas, supresión (o limitación estricta) de toda independencia judicial y represión severa de los disidentes políticos mediante la ampliación de los poderes policiales. Además todas las dictaduras recurrieron a diversas formas de pseudorepresentación. Aparte de la Unión Soviética, donde la «dictadura del proletariado» justificaba sus pretensiones de legitimidad en el concepto de clase, los regímenes dictatoriales afirmaban invariablemente que representaban a «la nación» o al «pueblo», que encarnaban la soberanía popular y actuaban en nombre del interés nacional. Normalmente se mantuvo siempre alguna modalidad de asamblea nacional o parlamento, por amañado, controlado o manipulado que estuviese. En cualquier caso, el verdadero poder residía invariablemente en la jefatura de un «hombre fuerte», cuya autoridad se basaba en el respaldo del estamento militar y de las fuerzas de seguridad. En todas las dictaduras el papel de los militares fue decisivo. Y aparte de la

Unión Soviética, el ejército era sin excepción nacional-conservador desde el punto de vista ideológico y de carácter vehementemente antisocialista. A la mayor parte de las dictaduras les bastaban unos objetivos de carácter esencialmente negativo: sofocar la descomposición interna, restaurar el «orden» y mantener el poder de las elites. No planteaban ningún peligro exterior.

Por ejemplo, el régimen autoritario establecido en Estonia en 1934 por el primer ministro y antiguo líder de la Unión de los Campesinos, Konstantin Päts, tenía el objetivo declarado, en medio del profundo desorden político reinante y de una enorme inestabilidad parlamentaria, de defender la seguridad interna. La Unión de Veteranos (Vapsen) —movimiento populista de derecha radical, de carácter cuasi-fascista— fue considerada responsable del incremento de los disturbios políticos y consiguientemente prohibida. La elección de sus diputados fue anulada, algunos de sus miembros más destacados fueron detenidos y las manifestaciones políticas fueron prohibidas. Algunas publicaciones fueron amordazadas. A continuación Päts disolvió el parlamento. Luego, la actividad de la oposición fue declarada ilegal y se promovió la unidad nacional por medio de la propaganda estatal. Pero no se produjo ninguna persecución política a gran escala, ni se crearon campos de concentración, las artes y la literatura no fueron restringidas (mientras no fueran «sediciosas»), e incluso se dio muy poca interferencia con la judicatura. Päts llamaba a su régimen «democracia dirigida». Era indudablemente menos que democrático. Pero a lo sumo fue una dictadura débil e incluso, tras una primera fase de represión, comparada con la mayoría de los regímenes autoritarios de la época, relativamente liberal.

También en Polonia se dio una forma relativamente suave de autoritarismo (al menos durante sus primeros años). El golpe de Estado del mariscal Piłsudski de mayo de 1926 había mantenido algunas formas externas de democracia. Siguió habiendo un parlamento (el Sejm), y pluralidad de partidos y sindicatos. La prensa continuó siendo relativamente libre. Sin embargo, el poder ejecutivo del estado fue reforzado muchísimo. El «hombre fuerte», Piłsudski, controlaba el gobierno desde su posición formal de ministro de la Guerra. En 1930 más de 5.000 adversarios

políticos fueron detenidos y algunos de los más importantes duramente maltratados en la cárcel. Salvo esta notable excepción, durante esta fase la represión no fue excesiva. En marzo de 1933, con Polonia agobiada por la crisis económica, el Sejm concedió al ejecutivo poderes para gobernar por decreto. El verdadero poder, por detrás de Piłsudski, estaba en manos del ejército. Los principales puestos gubernamentales fueron ocupados por el grupo de los llamados «coroneles», todos ellos leales partidarios probados de Piłsudski. La represión se intensificó. En 1934 se construyó por decreto presidencial un campo de concentración en Berza Kartuska. Para ser internado en él durante tres meses (con posibilidad de ser prorrogados otros tres) no hacía falta la condena de un tribunal de justicia. Los primeros prisioneros encerrados en él, en julio de 1934, fueron unos cuantos fascistas polacos. Sin embargo antes de 1939 la mayoría de los internos eran comunistas. En total, durante los años previos al estallido de la guerra fueron enviados al campo de concentración cerca de 3.000 individuos. Más de una decena murieron en él; una pena, sí, pero comparada con las víctimas de muchos regímenes autoritarios, la cifra es muy pequeña. El carácter autoritario del estado fue confirmado por la nueva constitución de abril de 1935, que concedía amplios poderes al presidente como jefe del estado y reducía muchísimo cualquier base de independencia parlamentaria.

La muerte de Piłsudski apenas un mes después, en mayo de 1935, no supuso ningún cambio fundamental. En medio de la constante lucha de facciones, la desunión política y la conciencia de la creciente amenaza proveniente de la Alemania nazi, en 1937 se creó una gran organización estatal, denominada Campo de la Unificación Nacional, que prestaba apoyo a la personalidad dominante en Polonia a finales de los años treinta, el general Edward Śmigły-Rydz, denominado «Caudillo de la Nación». Polonia se volvió más ruidosamente nacionalista, más violentamente antisemita y menos tolerante hacia las minorías étnicas. Pero la ideología permaneció confinada a poco más que un vago objetivo de unidad nacional. Y no llegó a existir ningún movimiento fascista significativo. No había nada enérgico en esta forma de autoritarismo. No se realizó ningún intento de movilizar a la población. El régimen se contentó con controlar a la sociedad. No abrigaba grandes ambiciones de cambiarla. Le bastaba con el

mantenimiento del orden y fundamentalmente con ponerse al servicio de los intereses de las elites conservadoras que tradicionalmente habían dominado la sociedad polaca.

La movilización de las masas siguió siendo un vehículo limitado en la mayor parte de las dictaduras autoritarias. En Grecia el general Ioannis Metaxás, carente a todas luces de carisma, no tuvo nunca una organización de masas a su disposición. Antes de hacerse con el poder en 1936 había contado con el apoyo de apenas el 4 % de los griegos. Sin embargo, respaldado por el rey Jorge II —la monarquía había sido restaurada en 1935 — y por el ejército, y en medio de graves convulsiones políticas, enconadas luchas de poder y un callejón sin salida parlamentario, logró establecer una dictadura en agosto de 1936. Su objetivo declarado era crear un gobierno libre de partidos y facciones que salvara a Grecia del comunismo. El parlamento fue disuelto, la constitución abolida, se proclamó la ley marcial, los partidos y organizaciones de la oposición fueron eliminados y se recortaron las libertades políticas. El ejército y la policía fueron reforzados. Varios centenares de presos fueron encarcelados en campos de internamiento brutales. Metaxás intentó imitar los métodos fascistas, creando una Organización Juvenil Nacional de corte fascista y montando grandes desfiles para glorificar al caudillo. Pero la influencia fascista antes de que Metaxás asumiera el poder había sido escasa y sus intentos de movilizar una base de apoyo masiva en la línea del fascismo italiano —con el fin a todas luces de construir una auténtica base de poder personalizado — fueron un fracaso. Tampoco existía nada mínimamente parecido a una ideología coherente. Metaxás siguió en el poder hasta su muerte en 1941. Pero dependía por completo del rey y del ejército. Su dictadura fue una variante más de autoritarismo represivo que constreñía y controlaba a la sociedad, pero no la movilizaba y carecía de cualquier motor ideológico.

La mayoría de las demás dictaduras de entreguerras compartían rasgos similares, determinados en cada caso por los condicionamientos nacionales. En Hungría, el autoritarismo de Miklós Horthy, que durante los años treinta cayó cada vez más bajo la influencia alemana, conservó los arreos externos de un sistema pluralista, pero en la práctica dependía más que nunca del ejército y de los grandes terratenientes, no de la movilización de las masas.

El partido fascista de masas era considerado una amenaza para el régimen, no una base de apoyo. Su líder, Ferenc Szálasi, fue encarcelado y su movimiento (el Partido de la Voluntad Nacional, posteriormente rebautizado Partido Nacionalsocialista Húngaro) fue prohibido hasta que se le permitió actuar de nuevo, reconstituido en marzo de 1939 como Partido de la Cruz Flechada, y como tal obtuvo una cuarta parte de los votos emitidos en las elecciones de mayo de ese mismo año. Aun así, pese al aumento de la influencia fascista y de sus tintes nacionalistas y antijudíos cada vez más extremos, el régimen de Horthy siguió siendo esencialmente débil, reaccionario y no revolucionario.

En el otro extremo de Europa, el Portugal de António de Oliveira Salazar probablemente fuera la menos enérgica de todas las dictaduras de Europa. Su Estado Novo, fundado en 1933, se basaba en una constitución corporativa que encarnaba los valores del catolicismo reaccionario. Estos principios y el mantenimiento de las posesiones coloniales portuguesas de ultramar eran más o menos toda la vaga ideología unificadora que tenía el régimen. El derecho de voto estaba restringido, había censura de prensa, las huelgas y el cierre patronal estaban prohibidos e imperaba el aparato represivo habitual: policía política y tribunales especiales, denuncias generalizadas y red de delatores. Un partido organizado a nivel estatal, la Unión Nacional, un movimiento juvenil y una organización paramilitar (que utilizaba el saludo fascista) constituían el apoyo de masas del régimen. Sin embargo, Salazar no tenía el más mínimo deseo de depender de un movimiento fascista de masas y de hecho suprimió el Movimiento Nacional-Sindicalista, los Camisas Azuis («Camisas Azules») fascistas. Salazar, el más gris de todos los dictadores, no quería culto al líder y dio también la espalda al militarismo asertivo y al expansionismo imperialista. Su modalidad de autoritarismo conservador contrastaba netamente con las dictaduras más enérgicas de Europa.

La dictadura dinámica: Ideología y movilización de masas

Incluso para sus contemporáneos estaba suficientemente claro que había tres dictaduras —la de la Unión Soviética, la de Italia y la de Alemania— que sobresalían entre todas las demás. A mediados de los años treinta su confrontación ideológica —la que contraponía el bolchevismo soviético con al fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán— fue intensificándose visiblemente. Por aquel entonces, como reconocían los líderes de las democracias occidentales, esa confrontación fue conduciendo a Europa hacia una zona de peligro. Las luces ámbar que avisaban de la probabilidad cada vez mayor de una guerra europea empezaron a encenderse y a verse con toda claridad. Ninguno de los regímenes autoritarios convencionales planteaba una amenaza para la paz en Europa. Pero cada una de las tres dictaduras dinámicas excepcionales, especialmente la Rusia de Stalin y la Alemania de Hitler, eran vistas con creciente aprensión por las democracias occidentales. En la derecha conservadora eran muchos los que temían al comunismo más que al fascismo o al nazismo, y a partir de los años veinte empezaron a agrupar a los tres regímenes en un mismo bloque, poniéndoles la etiqueta de «totalitarios», para distinguirlos de las formas de gobierno meramente «autoritarias». Para la mayoría de la izquierda, no sólo para los comunistas, era un craso error clasificar al comunismo soviético junto con los regímenes de Italia y Alemania, que debían ser considerados sendas variantes de un mismo mal: el fascismo.

Es innegable que, a pesar de sus diferencias ideológicas, había unas similitudes notables en los métodos de gobierno de las tres dictaduras dinámicas: su total reglamentación y uniformización de la sociedad, su tendencia a aterrorizar a sus adversarios y a las minorías, su adulación del líder y su incansable movilización de las masas a través de un partido monopolista. Eran formas distintas de un tipo moderno, completamente nuevo, de dictadura: la antítesis total de la democracia liberal. Eran todas revolucionarias, si por ese término entendemos un gran vuelco político movido por el objetivo utópico de cambiar radicalmente la sociedad. Análogamente, todas ellas pretendían en principio (la práctica podía variar) tener un «derecho total» sobre el individuo. No se contentaban simplemente con utilizar la represión como medio de control, sino que detrás de una ideología exclusiva intentaban movilizar a las personas para educarlas y

convertirlas en creyentes comprometidos, para reclamar no sólo su cuerpo, sino también su alma. Por consiguiente, cada uno de los tres regímenes era dinámico en formas en las que el autoritarismo «convencional» no lo era. Pero ¿cuánto se parecían en la práctica estas dictaduras?

Estalinismo: Idealismo, terror y miedo

A mediados de los años treinta, el sistema de gobierno bolchevique se había convertido en estalinismo. El liderazgo colectivo, no del todo ficticio durante los primeros años del sistema soviético, se había evaporado por completo desde la muerte de Lenin en 1924. Las luchas de facciones que habían acompañado la última fase de la Nueva Política Económica y la introducción del Primer Plan Quinquenal en 1928 habían dejado un claro vencedor. La autodenominada «dictadura del proletariado» estaba convirtiéndose en la dictadura de Iósif Stalin.

En 1936 se promulgó una nueva constitución soviética (en sustitución de la primera de 1924). Stalin la declaró «la más democrática de todas las constituciones del mundo». Ofrecía derecho de voto universal, derechos civiles, libertad de pensamiento, de prensa, de religión, de asociación y de reunión, y garantías de empleo: todo «de acuerdo con los intereses de la gente trabajadora y con el fin de fortalecer el sistema socialista». Rara vez una constitución ha sido una sarta de mentiras tan monumental. En realidad, la Unión Soviética era en aquellos momentos una dictadura a todas luces despiadada basada fundamentalmente en el miedo, el servilismo y la ambición de los que deseaban hacer carrera. La libertad —ni siquiera en la forma restringida en que había existido bajo la Nueva Política Económica de Lenin— no existía. Tampoco existía protección alguna bajo el amparo de la ley. Los ciudadanos soviéticos se hallaban en la práctica completamente expuestos al poder ilimitado y arbitrario del estado. Aquella situación era principalmente fruto del proceso fundamentalmente forzoso de industrialización vertiginosa impuesto a las zonas rurales atrasadas, unido al creciente temor a la guerra y, en no menor medida, a las tendencias autocráticas, despiadadamente brutales y a todas luces paranoicas del propio dictador, Stalin.

Lo que sucedió durante el Primer Plan Quinquenal entre 1928 y 1932, básicamente la colectivización forzosa del campesinado, fue calificado por Stalin de revolución desde arriba. A finales de 1932, se declaró que el plan había sido terminado y que había constituido un éxito rotundo. Efectivamente era mucho lo que se había conseguido, aunque las estadísticas fueran a menudo falseadas. Pero el plan había sido llevado a cabo de forma compulsiva por medio de una coacción extrema. Y se había hecho enormemente impopular, sobre todo entre el campesinado. Las regiones agrícolas —la mayoría de aquel vastísimo país— se habían empobrecido. Pero también en las ciudades reinaba un gran descontento. Había escasez de alimentos, una severa falta de vivienda y los precios subían vertiginosamente. La desafección era tangible a todos los niveles, incluso y no en menor medida dentro del partido bolchevique y entre los estratos dirigentes del partido y del estado. No todos los líderes bolcheviques, muchos de los cuales eran veteranos de los viejos tiempos leninistas, aprobaban lo que estaba haciendo Stalin, o la forma en que lo hacía. Y muchos de ellos recordaban al Stalin de la época de Lenin, viéndolo nada más que como un simple acólito del gran hombre y muy lejos de ser su subalterno más querido o más capacitado. Conocían al hombre de antes de que fuera elevado a algo próximo al estatus de un semidiós. Y el conocimiento de aquello a Stalin distaba mucho de resultarle cómodo.

Sin embargo, no sólo había disconformidad y oposición a lo que estaba sucediendo. Había también mucho idealismo y compromiso. El programa de enorme y rápida industrialización movilizó a millones de individuos en toda la Unión Soviética. Innumerables militantes del partido y jóvenes comunistas educados para desarrollar el activismo del partido dentro del movimiento juvenil, el Komsomol (en contraste con los movimientos juveniles de Italia y Alemania, que en esta época eran todavía entidades elitistas y no las organizaciones de masas en las que se convertirían a finales de los años treinta), trabajaron incesantemente para difundir la visión de una futura utopía socialista. Naturalmente la imagen de un pueblo unido esforzándose por alcanzar un paraíso futuro semejante era falsa, difícilmente podía ofrecer demasiadas compensaciones o consuelo a la inmensa mayoría de la población que se afanaba bajo el yugo de las

angustias cotidianas, las privaciones materiales y la opresión. Aun así, no faltaron entusiastas. Era particularmente probable que los obreros jóvenes de las zonas urbanas, los intelectuales y los judíos (desproporcionadamente atraídos en toda Europa hacia el socialismo como senda hacia la liberación de la discriminación y la persecución) se vieran arrastrados hacia la visión del estupendo mundo nuevo en proceso de edificación. Los gigantescos proyectos de construcción —presas, centrales eléctricas, el metro de Moscú, o incluso nuevas ciudades como Magnitogorsk, en los Urales— eran considerados un signo visible y enormemente positivo de la asombrosa transformación que estaba llevándose a cabo, un indicio tangible de progreso, de lo que la sociedad soviética podía producir. El idealismo que producía la participación en la construcción de la nueva utopía no era ningún fantasma.

La sensación de integración en la construcción de una nueva sociedad iba unida a expectativas reales, materiales, para el aquí y el ahora, no sólo a las lejanas ventajas utópicas que pudiera acarrear el compromiso con el régimen. La inmensa movilización que llevó consigo el programa de industrialización exigía un número gigantesco de activistas que podían hacer carrera, mejorar sus niveles de vida, y, por si fuera poco, ejercer un poder considerable al tiempo que intentaban conseguir que funcionara el sistema. Entre 1934 y 1939 fueron reclutados medio millón de militantes del partido. En su mayoría eran gente con escasa educación y experiencia. Un elevado número de aquellos recién llegados pasó a ocupar los puestos inferiores de la autoridad administrativa; y el gusto del poder fue muy de su agrado, lo mismo que el estatus y los privilegios que les reportaba. En las fábricas se necesitaban supervisores, capataces y directores, no sólo obreros. (A lo largo de los años treinta casi 30 millones de campesinos se trasladaron a las ciudades procedentes de las zonas rurales, atraídos por las oportunidades de aumentar sus ingresos, pero inconscientes de la subordinación a una autoridad brutal que los aguardaba.) Las ambiciones a menudo desenfrenadas de los rangos inferiores de la administración podían verse satisfechas si ellos a su vez resultaban satisfactorios para el régimen. La crueldad que derrochaban al servicio de la causa reflejaba simplemente lo que sucedía por encima de ellos. Los directivos despóticos podían tratar a

los que tenían a su cargo como si fueran mera basura, y a menudo lo hacían, sabiendo que no recibirían por ello sanción alguna, antes bien serían felicitados, siempre y cuando cubrieran sus objetivos. Y sus carreras dependían de que esos objetivos fueran cubiertos. La posibilidad de fracaso, por arbitraria que fuera su definición, era demasiado sombría para ser contemplada. Aquellos individuos constituían el núcleo de un sistema basado en millones de «pequeños Stalins», que hacían funcionar el régimen a nivel de base. La autoridad local, sin embargo, funcionaba sólo en una dirección: a través de las órdenes recibidas de lo alto y de la responsabilidad exigida en los niveles inferiores.

El control del aparato del partido ejercido por Stalin como secretario general garantizaba una rígida centralización del mando. Todas las palancas fundamentales del poder estaban en sus manos. Un aparato burocrático formidable —cada vez más supeditado al capricho arbitrario del creciente despotismo de Stalin, pero cuyas dimensiones aumentaban constantemente a pesar de las incursiones no burocráticas en su funcionamiento— podía llevar a cabo una microgestión desde su propio centro. Los telegramas enviados por Stalin trataban incluso a veces de asuntos absolutamente triviales; por ejemplo, el dictador podía ordenar a cualquier miembro de un organismo del partido o del estado situado en el otro extremo de su vastísimo país que proporcionara los clavos que se necesitaban desesperadamente en unas obras. En la Unión Soviética el partido dominaba al estado; y Stalin dominaba al partido. De hecho, su autocracia socavó por completo el marco institucional de dirección colectiva al más alto nivel que tenía el partido.

El congreso del partido se reunió sólo dos veces durante los años treinta: en 1934 primero y luego en 1939. El comité central del partido, que en teoría era su órgano soberano, se había convertido a mediados de los años treinta meramente en un instrumento dócil de la voluntad de Stalin. El Politburó, el órgano clave encargado de la toma de decisiones del partido, que en tiempos de Lenin se había reunido cada semana, fue celebrando cada vez menos reuniones a lo largo de los años treinta. El número de sus integrantes, en otro tiempo quince, quedó reducido a un puñado de los amigotes más íntimos de Stalin, el más importante de los cuales era su fiel

perrito faldero, Viacheslav Mólotov (que era además presidente del consejo de comisarios del pueblo y a todos los efectos primer ministro). Ese grupito de leales lugartenientes —cuyo servilismo al dictador estaba garantizado por la sensación de su propia inseguridad y por los incentivos y recompensas del poder— desempeñaba un importante papel a la hora de transmitir y hacer cumplir las órdenes en diversas esferas del régimen estalinista. Sus reuniones a menudo eran informales, a veces simples cenas en la dacha de Stalin o visitas a su residencia de vacaciones en el mar Negro. Las decisiones eran aprobadas sistemáticamente; no había votación alguna. A menudo una decisión venía directamente de una propuesta hecha por Mólotov a Stalin, que era a continuación devuelta con alguna enmienda y después enviada en forma de orden a las oficinas del partido o incluso al organismo estatal teóricamente soberano, el consejo de comisarios del pueblo (Sovnarkom).

En los niveles más bajos, la autocracia de Stalin dio lugar a un gigantesco vuelco en la militancia del partido. Un ejército de nuevos oficiales sustituyó a los viejos cuadros de la organización. Todos ellos debían su posición a las oportunidades que les habían brindado los drásticos cambios acarreados por la «revolución desde arriba» de Stalin. Esta situación a su vez propiciaba la aceptación servil de su autoridad ilimitada, que desde comienzos de los años treinta se vio reforzada por la elaboración de un culto a la personalidad «heroica» en torno al líder.

Había que construir cuidadosamente el culto a Stalin. Y no sólo porque el personaje propiamente dicho era muy poco atractivo desde el punto de vista físico —de pequeña estatura y achaparrado, con el rostro dominado por un gran bigote de foca y totalmente picado de viruela— o porque era un individuo reservado, profundamente dado a la privacidad, que hablaba con voz queda y poco expresiva, en un ruso teñido de un fuerte acento georgiano, que nunca lo abandonó. El verdadero problema era la gigantesca sombra de Lenin. Stalin no podía ser visto como el usurpador de la legendaria imagen del gran héroe bolchevique y líder de la revolución. Por consiguiente los primeros pasos de Stalin fueron cautos. Las celebraciones de su quincuagésimo cumpleaños en diciembre de 1929 atrajeron grandes elogios públicos. Pero el culto a su persona estaba todavía en estado

embrionario. Stalin pretendía ser un hombre modesto, que repudiaba públicamente los intentos de colocarlo en un pedestal al lado de Lenin, y que rechazaba las expresiones de devoción personalizada. Todo aquello no era más que fachada. Tácitamente, permitió ser elevado —en medio de una absoluta falsificación del papel desempeñado durante la revolución, que en realidad fue bastante secundario— a un rango igual al de Lenin en una especie de culto dual, y luego a la más absoluta supremacía.

Un número incalculable de paniaguados, oportunistas y sicofantas se precipitaron a adornar de formas muy diversas la imagen heroica del «caudillo del pueblo». En 1933 podía verse en el centro de Moscú el doble de bustos e imágenes de Stalin que de Lenin. Y por aquel entonces Stalin, que no era en modo alguno un destacado filósofo del marxismo, había sido elevado al rango de su teórico más señalado, y sus obras eran publicadas en un número de ejemplares muy superior al de las de Marx y Engels, mayor incluso que el de las de Lenin. Cuando Stalin hizo una aparición pública (por lo demás relativamente rara), vestido con la habitual guerrera gris del partido, en un congreso celebrado en Moscú en 1935, el enardecido aplauso de los más de 2.000 delegados presentes en la sala duró quince minutos. Cuando por fin cesó, una mujer gritó: «¡Gloria a Stalin!», y los aplausos se reanudaron.

Naturalmente, buena parte de ese culto era pura invención. Pero tenía también resonancias populares muy ciertas. Un número incontable de rusos, personas por lo demás corrientes y molientes, lo veneraba. «El pueblo ruso necesita un zar», se cuenta que exclamó Stalin en cierta ocasión en 1934. Para muchos ciudadanos soviéticos, especialmente para los campesinos de las zonas rurales, todavía enraizadas en la fe y en los ritos, un «padrecito zar» populista evocaba la imagen de un severo patriarca familiar, que garantizaba el orden y el bienestar derivados de su figura. Esa imagen fue indudablemente un componente importante del culto cada vez más omnipresente de Stalin. La imagen del líder fuerte y resuelto se ajustaba a las cualidades que millones de ciudadanos soviéticos añoraban tras años y años de intensas turbulencias. Y aunque la Unión Soviética era oficialmente una sociedad atea, las tradiciones profundamente enraizadas de la religión popular —el 57 % de los ciudadanos soviéticos seguían afirmando poseer

una fe religiosa en un censo de 1937, posteriormente eliminado—fomentaron ciertos elementos cuasi-sacros del culto a Stalin, y la creencia en él como profeta, salvador o redentor.

Ese culto estableció indudablemente para Stalin una base de auténtica popularidad, aunque no pueda ser cuantificada. Y tuvo una importancia incuestionable para la consolidación de su dominio. Pero mucho más importante fue otro factor: el miedo. El dominio personal de Stalin se basaba, sobre todo, en la precariedad de toda autoridad subordinada, cada vez más sometida a sus decisiones arbitrarias sobre la vida y la muerte. El régimen se apoyaba de manera primordial en la inseguridad generalizada que dominaba a toda la sociedad soviética. Esa inseguridad alcanzó unos niveles absolutamente desconocidos durante el «gran terror» que acompañó a las purgas de 1937-1938.

Ya durante el Primer Plan Quinquenal se habían dado unos niveles gigantescos de violencia de estado y unas cantidades elevadísimas de detenciones. Incluso en 1933 más de un millón de «elementos antisoviéticos» se encontraron de pronto internados en campos de concentración y de cárceles. El desagrado extremo que sentía Stalin por lo que, a su juicio, era la oposición expresada en el ámbito local al drástico ritmo seguido por el cambio económico dio lugar, en 1933, a la expulsión del partido de más de 850.000 militantes. También se produjeron tensiones en las altas esferas. Algunos líderes del partido quisieron reducir las presiones a las que era sometida la economía. Había ciertos indicios de que Stalin no podía seguir dependiendo del respaldo sin restricciones de los niveles más altos del partido. Algunos cifraron sus esperanzas en Sergéi Kírov, el popular jefe del partido en Leningrado y miembro del Politburó. Pero en diciembre de 1934 Kírov fue asesinado a tiros en su despacho de Leningrado.

Su joven asesino, Leonid Nikoláev, había sido asociado en otro tiempo con Grigori Zinóviev, cuya anterior oposición a la persona de Stalin y apoyo a Trotski, en aquellos momentos demonizado como archienemigo del régimen, no había olvidado el dictador. Puede que los motivos de Nikoláev fueran en realidad de carácter personal, no políticos; Kírov había estado flirteando con su esposa. Pero Stalin estaba en la búsqueda de conjuras

políticas. El asesino fue interrogado inmediatamente y fusilado. Por persistentes que fueran las sospechas, nunca logró probarse la intervención de Stalin en el asesinato. Pero no tardaría en utilizar la muerte de Kírov en su propio beneficio. Concedió a la policía estatal (el NKVD) autoridad para detener, juzgar y ejecutar a quien quisiera. Zinóviev y Lev Kámenev, que también había apoyado anteriormente a Trotski, fueron condenados a largas penas de cárcel. En Leningrado más de 30.000 adversarios, reales o supuestos, fueron deportados a Siberia o a otros destinos remotos. Casi 300.000 militantes del partido fueron expulsados de él durante los cinco meses siguientes. La paranoia cada vez más aguda de Stalin no se habría mitigado ni mucho menos de haber leído los informes policiales elaborados tras el asesinato de Kírov. «Mataron a Kírov. Y matarán a Stalin», era el estribillo que circulaba por las calles, junto con otras expresiones de lo deseable que sería quitar de en medio a Stalin.

Las sospechas del dictador por aquel entonces no conocían límites. El NKVD le dijo en 1936 que Trotski mantenía relaciones desde el extranjero con los partidarios de Zinóviev, Kámenev y otro antiguo adversario, Nikolái Bukharin. Stalin había sacado de la cárcel a Zinóviev y Kámenev, los había vuelto a juzgar en público —en la primera de sus farsas judiciales— por supuestas «actividades terroristas», incluida una conjura para cometer asesinatos, en una lista en la que el nombre de Stalin iba detrás del de Kírov. Zinóviev y Kámenev fueron condenados a muerte y fusilados en agosto de 1936. Fueron los primeros de los primitivos líderes bolcheviques, miembros en otro tiempo del comité central del partido, en ser purgados; pero no serían los últimos, ni mucho menos. No tardaría en producirse en 1938 la farsa judicial de Bukharin e irremediablemente su fusilamiento. Los propios miembros del comité central vivían en aquellos momentos aterrorizados, y no les faltaban motivos; de sus 139 miembros, 110, considerados «indignos de confianza», fueron detenidos, paso que habitualmente precedía a la ejecución o a un destino nada envidiable en el Gulag. También fueron detenidos líderes del partido y del estado prácticamente en todas las repúblicas de la Unión Soviética. De los 1.966 delegados asistentes al congreso del partido de 1934, fueron arrestados 1.108. Stalin destruyó el propio partido comunista como base independiente

de poder. Gerentes, científicos e ingenieros cayeron también víctimas de las purgas en gran número, y ésa fue una de las causas de que el crecimiento económico llegara a su fin a partir de 1937.

Una vez desencadenadas, las purgas cobraron su propio impulso. En 1937 el NKVD presentó al Politburó un objetivo de un cuarto de millón de individuos que debían ser detenidos. Más de 70.000 debían ser fusilados y el resto condenados a largas penas de cárcel o de internamiento en campos de trabajo. A finales de 1938, cuando las purgas disminuyeron (posiblemente debido a que la enorme convulsión causada estaba dañando la producción industrial), el objetivo había sido superado con creces. Las detenciones habían ascendido casi al millón y medio de individuos y casi 700.000 habían sido fusilados. Incluso el principal promotor de las purgas, el jefe de la policía de Stalin desde 1936, Nikolái Yezhov, apodado «Erizo de hierro», fue detenido en 1939 y ejecutado al año siguiente. En 1939 el número total de presos encarcelados o internados en campos y colonias de trabajo, donde las condiciones reinantes eran más parecidas a la muerte que a la vida, era casi de tres millones. El índice de muertes por hambre, exceso de trabajo y ejecuciones arbitrarias alcanzó unas proporciones colosales.

Stalin era un individuo profundamente vengativo y de una crueldad glacial. (Llegó incluso a «purgar» a su loro, dándole un golpe en la cabeza con su pipa cuando la imitación de sus groseros salivazos finalmente acabó con su paciencia.) Era también muy dado a fantasías paranoicas. Pero esa paranoia fue alimentada por desarrollos que en realidad dieron a Stalin motivos racionales para poner en duda su propia seguridad. Por otro lado la extraordinaria orgía de terror que envolvió a la Unión Soviética durante los años treinta tampoco era la expresión última de la paranoia de Stalin. Millones de *apparatchiks* ambiciosos y de ciudadanos serviles hicieron del terror algo efectivo a todos los niveles de la sociedad. Por cada víctima del terror había vencedores, que eran los que se beneficiaban de servir al régimen. Es incuestionable también que había la opinión generalizada, fomentada por el propio régimen, de que la Unión Soviética estaba infestada de «saboteadores», «elementos destructivos», «nacionalistas», *kulakí*, espías y agentes enemigos. Por consiguiente el terror con el fin de erradicar a los «opositores» fue acogido de muy buena gana por muchos,

pues reforzaba su sentimiento de identificación con la tarea épica de construcción de una sociedad socialista y robustecía su fe en Stalin. Incluso muchas víctimas de la persecución y de la discriminación intentaban desesperadamente pertenecer al régimen, asociándose a los valores soviéticos.

Se fomentó a todos los niveles la delación. El más mínimo comentario «desviacionista» podía acarrear los temidos golpes en la puerta en plena noche. «Me desperté por la mañana e inmediatamente pensé: "¡Gracias a Dios no me han detenido esta noche!"», registró en su diario una mujer de Leningrado en noviembre de 1937. «No detienen a la gente de día, pero nadie sabe lo que sucederá esta noche.» Otro habitante de Leningrado, un obrero de una fábrica, se pasó toda la noche despierto, temeroso de escuchar el ruido de un motor de coche. «¡Vienen a por mí!», recodaba oírle decir su hijo, cada vez que sentía acercarse un coche en plena noche. «Estaba convencido de que iba a ser detenido por algo que había dicho. A veces, en casa, solía maldecir a los bolcheviques.» La llegada de la policía era aterradora. «De repente, varios coches entraron en el patio», recordaba el hijo de Ósip Piatnisky, veterano bolchevique y otrora camarada leal de Lenin, contando la detención de su padre. «Unos hombres de uniforme y otros de paisano saltaron de los coches y se encaminaron a las entradas de acceso a la escalera ... Por aquellos días muchos esperaban que vinieran a detenerlos, pero nadie sabía cuándo iba a tocarles.» El miedo a la delación dio lugar a una sociedad taciturna. «La gente sólo habla en secreto, entre bastidores y en privado. Los únicos que expresan sus opiniones en público son los borrachos», anotó en su diario un hombre en 1937.

Las delaciones no eran necesariamente de carácter político. Podían acarrear ascensos en la carrera o recompensas materiales directas. Constituían también un auténtico don del cielo para saldar cuentas personales: tal vez un conflicto entre vecinos, una discusión en el puesto de trabajo, o la ruptura de una relación íntima. Un ejército de delatores —unos pagados o sobornados, otros chantajeados para obligarlos a colaborar, a menudo simples cooperantes voluntarios— informaba a la policía de sus conciudadanos. Invariablemente después venía la cárcel, el destierro, el campo de trabajo o el pelotón de ejecución. En la población reclusa —

buena parte de ella ignorante de su «delito»— estaban representados todos los sectores de la sociedad. En 1937-1938 no había nadie seguro en la sociedad soviética, desde el campesino más humilde hasta los propios miembros del comité central. La elite de los militantes del partido estaba en realidad desproporcionadamente insegura. Ni siquiera los partidarios más entusiastas de Stalin podían estar nunca seguros de que en un determinado momento no les tocara a ellos oír los golpes en la puerta en plena noche.

La angustia cada vez mayor de Stalin por el peligro que se cernía sobre la Unión Soviética quizá fuera lo que se ocultara tras la rotunda explosión de terror que se produjo durante las grandes purgas. Pensando que había «espías fascistas y enemigos» por todas partes, como si se tratara de una inmensa «quinta columna» infiltrada en el interior del país, Stalin no dejó piedra sin remover en su intento de erradicar cualquier oposición interna antes de que la guerra lo golpeara de lleno. Las minorías étnicas próximas a la frontera soviética fueron sometidas a deportaciones y ejecuciones en masa. Los polacos (junto con numerosos bielorrusos y ucranianos, considerados sospechosos) de las regiones occidentales de la Unión Soviética estaban particularmente en peligro. Temeroso de que Polonia se uniera a la Alemania de Hitler para atacar a la Unión Soviética, Stalin ordenó en agosto de 1937 efectuar una redada de 140.000 polacos soviéticos que a lo largo de los meses sucesivos fueron fusilados o enviados a campos de trabajo.

Tampoco se libró de él el Ejército Rojo. Consciente cada vez más de la amenaza procedente del oeste y del este —la Alemania de Hitler y Japón se habían unido para firmar un Pacto Anti-Comintern en noviembre de 1936 —, lo último que necesitaba (quizá pensara alguno) era cualquier cosa que perjudicara el fortalecimiento del Ejército Rojo. Lo asombroso, sin embargo, es que en 1937-1938 Stalin prácticamente arrasó el alto mando de sus ejércitos. El estratega ruso más destacado, Mikhail Tukhachevsky, que en más de una ocasión había contrariado a Stalin, fue detenido, obligado a confesar que había participado en una conjura para derribar la Unión Soviética y ejecutado. En total fueron purgados más de 30.000 oficiales, y al menos 20.000 de ellos fueron ejecutados. Cuanto más alto fuera su rango, más probable era que fuera detenido un militar. La «decapitación» del

Ejército Rojo dejó las fuerzas armadas gravemente debilitadas, al mando del favorito de Stalin, el incompetente Kliment Voroshílov, y en una situación que no le permitía contemplar la posibilidad de una guerra de envergadura.

En vista del alarmante abismo que había que salvar, el gasto soviético en materia de defensa aumentó a un ritmo frenético a finales de los años treinta, pasando del 9,7 % (poco menos de 5.400 millones de rublos) al 25,6 % (39.200 millones de rublos) de los presupuestos generales del estado entre 1934 y 1939. De paso, las condiciones materiales de vida de la ciudadanía soviética, que habían mejorado un poco durante el Segundo Plan Quinquenal de 1933-1937, volvieron a empeorar notablemente. Las medidas destinadas a obtener cuotas más altas de suministros de productos agrícolas, incrementar los impuestos e intensificar el trabajo en las granjas colectivas se hicieron enormemente impopulares en las zonas rurales. Los trabajadores de las ciudades se mostraron indignados ante las leyes laborales restrictivas introducidas en 1938.

Aquélla no fue una dictadura popular. Había muchos individuos comprometidos con el régimen, idealistas y zelotas ideológicos, sí. Pero la población en general, más allá de los adoradores reales o fingidos de la figura de Stalin y de los entusiastas del régimen, fue intimidada y obligada a adoptar una actitud de truculenta calma. No se produjeron grandes turbulencias ni manifestaciones de descontento. Y, por lo que se sabe, nunca se dio ningún intento de asesinar a Stalin. El dictador era querido por muchos, pero temido por muchos más. El terror había cumplido con su cometido. El terror fue el rasgo definitorio del régimen de Stalin. Nunca antes había habido un gobierno que aterrorizara a tantos de sus propios ciudadanos de una forma tan depravada y cruel.

La Italia de Mussolini: El sueño «totalitario»

En junio de 1925 Mussolini había alabado «la feroz voluntad totalitaria» del movimiento fascista. Como tantas otras de sus proclamas, no eran más que palabras altisonantes. Sabía perfectamente que la «voluntad», por «feroz» y «totalitaria» que fuera, no podía constituir por sí sola una base sólida de

gobierno. El activismo y el matonismo, que constituían buena parte de lo que era en la práctica esa «voluntad», quizá lograran desarmar a sus adversarios, pero por sí solos no podían construir nada. Pese a sus instintos radicales, Mussolini era lo bastante astuto como para darse cuenta de que necesitaba el apoyo, como sucediera con la «toma del poder», de otras fuerzas además de sus indisciplinados artistas de la lucha callejera. Y lo que necesitaba era el respaldo de las elites bien aposentadas del país. Además reconocía que una plataforma sólida para el poder debía basarse no en el partido, sino en el estado.

Había sido lo suficientemente listo o quizá simplemente había tenido suerte cuando, en febrero de 1925, mostrándose todavía complaciente con los elementos más extremistas de su movimiento, había dado con una solución al problema de los jerarcas más revoltosos y radicales del partido. Había nombrado a Roberto Farinacci, el más radical de todos los jerarcas provinciales del partido (los Ras), secretario general del partido fascista. Farinacci era un individuo cruel, francamente despiadado, pero como político poseía unas antenas muy escasas. Purgó a algunos de los radicales más perturbadores, y con ello hizo el juego a Mussolini. Sin embargo, la violencia pública que perdonó, o que incluso fomentó directamente, provocó una reacción en su contra, que permitió a Mussolini destituirlo en 1926 y de paso distanciarse de las acciones impopulares del partido. Durante los años siguientes, bajo el mandato de unas secretarías generales menos radicales y más competentes desde el punto de vista administrativo, el partido fascista experimentó una gran expansión (en 1933 contaba casi con un millón y medio de militantes en un país con una población de unos 42 millones de habitantes), pero había perdido todo parecido con una «feroz voluntad totalitaria». Se había convertido en un partido gobernante convencional, despojándose de paso de todo su ímpetu revolucionario.

Desde luego en el partido había muchos, y en particular el propio Mussolini y también algunos jerarcas locales, que seguían abrigando ambiciones revolucionarias. Aseguraban que no iba a producirse una retirada a un autoritarismo meramente convencional. En esencia, sin embargo, el partido se había convertido en poco más que un instrumento propagandístico, un vehículo para orquestar la adulación de Mussolini, un

aparato de control social y una organización para sustentar el poder del estado. Pues en la Italia de Mussolini, en neto contraste con el régimen soviético, el partido que ejercía el monopolio —a partir de 1928 no estaban permitidos más partidos— era el servidor, no el amo del estado.

«Todo dentro del estado, nada fuera del estado, nada contra el estado.» Ésas habían sido las palabras de Mussolini en octubre de 1925. El alcance de los controles sociales y económicos del estado que habían sido introducidos por todos los países beligerantes durante la primera guerra mundial había fomentado una fe cada vez mayor no sólo en Italia, sino en que la fuerza nacional sólo podía sostenerse mediante un control total de la sociedad por parte del estado. La subsiguiente debilidad demostrable de los sistemas políticos liberales a la hora de abordar los enormes problemas que habían constituido el legado de la gran conflagración había reforzado esa creencia. El teórico más destacado de Mussolini, Giovanni Gentile, catedrático de filosofía en Roma y desde 1923 ministro de Educación del régimen, hablaba no ya de la «voluntad totalitaria» del movimiento fascista, sino del «estado totalitario». Para Gentile, nada tenía significación alguna fuera del estado. Éste abarcaba todas las facetas de la sociedad. Era la encarnación de la voluntad nacional. La esencia «totalitaria» del fascismo italiano tenía que ver «no sólo con la organización política y la tendencia política, sino también con todo el conjunto de la voluntad, el pensamiento y los sentimientos de la nación». Por vaga e irrealizable que fuera en la práctica, esta idea era una novedad en su tiempo.

La construcción de este «estado totalitario» había venido tomando forma gradualmente, no de la noche a la mañana, a finales de los años veinte. Se basaba, como era inevitable, en la supresión de la oposición. La oposición política había sido aplastada a comienzos de 1925. Por aquel entonces, con los opositores ya acobardados, no se tardó mucho en conseguir el objetivo. Sólo fueron detenidos unos cien individuos. La mayoría de los líderes de la oposición huyó del país. Ese mismo año la prensa fue puesta rápidamente bajo el control del gobierno y se impuso una estricta censura. Nada de todo esto provocó demasiadas protestas, aunque el senado, que seguía conservando cierta independencia, retrasó durante algún tiempo la aprobación de la ley de prensa. En 1926, tras cuatro intentos

fallidos de asesinato contra Mussolini, que fueron aprovechados para crear un clamoroso fervor a favor del orden impuesto, todos los partidos de la oposición fueron prohibidos. Y lo mismo ocurrió con las huelgas y los cierres patronales. Los comunistas mantuvieron en funcionamiento durante algunos años su organización clandestina, aunque en 1934 ésta no constaba más que de un par de centenares de militantes. En 1929 la Iglesia católica fue apaciguada por medio de los Pactos Lateranenses. No cabía esperar ningún problema por ese lado. Como señal del nuevo acuerdo, el papa Pío XI ensalzó a Mussolini calificándolo de hombre enviado por la «providencia» para liberar a su país de la falsa doctrina del liberalismo.

Aunque el estado fascista italiano había sido posibilitado por la violencia de las unidades paramilitares armadas, los *squadristi*, la represión sistemática necesaria para contener a la potencial oposición corrió a cargo de la policía y de la judicatura, ninguna de las cuales estaba en manos de fascistas radicales o de activistas del partido. Las primitivas formas de represión estatal fueron generalizadas e intensificadas, no revolucionadas. La policía política —en la práctica fuera del control judicial— fue centralizada, y se creó una gran red de agentes y delatores (muchos de ellos voluntarios). Se introdujo la estrecha vigilancia de los disidentes. La denuncia, generalmente anónima, se convirtió en un tópico. Regularmente se producían millares de acciones policiales, a menudo provocadas por la denuncia de «faltas» menores, cuando no imaginarias. Los «subversivos» podían ser castigados con largos períodos de cárcel o con el destierro a remotas provincias del sur de Italia o a las pequeñas islas del litoral. Los comunistas fueron las víctimas más frecuentes. (El antiguo líder comunista, Antonio Gramsci, escribió sus *Cuadernos de la cárcel*, que contienen algunas de las reflexiones teóricas más importantes sobre el marxismo, mientras cumplía una condena de veinte años de reclusión, durante la cual murió.) Se decretó la pena de muerte para los ataques contra Mussolini o contra los miembros de la familia real. En 1927 se estableció un «Tribunal Especial para la Defensa del Estado», encargado de aplicar leyes militares, al margen de las restricciones legales habituales, que durante los años siguientes juzgó más de 5.000 casos.

Todas estas medidas eran lo suficientemente regresivas como para acabar con cualquier perspectiva real de oposición seria al régimen desde el interior. No obstante, comparada con la de otros regímenes autoritarios —no sólo la Alemania nazi o la Unión Soviética estalinista—, la represión en el ámbito interno fue bastante suave. La España de Franco, por ejemplo, no tardaría en revelarse mucho más sanguinaria. Menos del 20 % de los casos llevados ante el Tribunal Especial italiano acabaron en condena. La mayoría de los condenados fueron comunistas. Otro objetivo importante fueron los masones. Antes de la guerra se produjeron sólo nueve condenas a la pena capital; en otros ocho casos la pena de muerte fue conmutada. Cerca de 14.000 antifascistas fueron castigados —a menudo simplemente por orden de la policía— con el destierro (*confino*), a veces por largos períodos de tiempo, aunque en la práctica recibían la amnistía tras un período más breve.

Para buena parte de la población, todo era cuestión de conformidad coaccionada, más que de entusiasmo por el régimen. La conformidad era necesaria para obtener empleo o para conseguir beneficios sociales. La corrupción y el soborno de los funcionarios era el complemento inevitable. A los que tenían una actitud crítica más les valía guardarse sus opiniones para ellos solos. No obstante, los italianos que se pasaban de la raya no tenían que vivir atemorizados con los golpes en la puerta de la policía política en plena noche. Lejos de ser arbitraria e ilimitada, la represión fue dirigida principalmente contra los opositores antifascistas. Con eso hubo de sobra. La disidencia fue contenida y la oposición neutralizada. Hubo mucha apatía y una sorda aceptación de lo que no había posibilidad alguna de cambiar. Pero aquélla no era una sociedad aterrorizada, como la de la Unión Soviética de Stalin. La peor parte del terror fue exportada, y fue desplegada no contra la mayoría de la población italiana, sino contra los habitantes de las colonias africanas, que presuntamente eran inferiores a ella desde el punto de vista racial.

Los fascistas cooptaron el ingreso en su movimiento de los puntales tradicionales del poder del estado italiano. Mussolini había prometido reducir la burocracia estatal, pero lo cierto es que la incrementó. El dictador había asumido ocho ministerios en 1929. Pero necesitaba funcionarios de

carrera que los gestionaran por él. Y naturalmente ingresaron en el partido. No obstante, la mayoría de ellos eran primero funcionarios, y en segundo lugar fascistas. También en las provincias eran los prefectos los que mandaban, no los jerarcas regionales fascistas, y se encargaban de mantener bajo vigilancia a los activistas fascistas locales, no sólo a los potenciales «subversivos». Con bastante frecuencia, y de manera muy especial en el sur, los próceres pertenecientes a la clase dirigente ya establecida, la mayoría de ellos una vez más fascistas sobre el papel, siguieron al frente de la administración local.

Asimismo hubo que dejar subir a bordo al ejército. Los planes de 1925 acerca de la reducción de sus dimensiones fueron abandonados, y el ministro de la Guerra que los había propuesto fue destituido. El propio Mussolini se hizo cargo del ministerio (y poco después asumiría también el de Marina y el del Aire). En la práctica, eso supuso que las fuerzas armadas se gestionaran ellas solas, con un mínimo de coordinación y eficiencia. Era poco lo que podía hacer Mussolini para mejorar las cosas. El cuerpo de oficiales siguió siendo mayoritariamente conservador, pero no guardaba una verdadera lealtad al fascismo. La monarquía constituía en sí un vínculo de lealtad para los oficiales conservadores que en su fuero interno no eran excesivamente entusiastas de Mussolini. Los generales y los almirantes, marcados por un conservadurismo nacionalista incluso más acendrado, se mostraron, en cualquier caso, más que felices de aceptar la imposición del «orden» fascista, la represión de la izquierda y la fabricación de la unidad nacional, siempre y cuando nada de aquello interfiriera con las fuerzas armadas.

Durante los años treinta, el régimen fascista ya había consolidado plenamente su poder. No quedaba ninguna oposición digna de ese nombre. El apoyo de las elites próximas al poder —la monarquía, los militares, la Iglesia, los magnates de la industria, los grandes terratenientes— estaba asegurado. En la práctica, la idea de totalidad del estado y de la sociedad nunca llegó a realizarse, ni de lejos. El fascismo se mostró incapaz de ganarse a grandes sectores de la sociedad, por no hablar de los viejos ambientes socialistas de las grandes ciudades y de amplias franjas de las provincias rurales del sur. Pero aunque faltara un compromiso íntimo, al

menos había una aquiescencia tácita. La gente se acomodó al régimen. En sus primeros momentos, el fascismo había encontrado su principal apoyo en la clase media. La base de apoyo al régimen suministrada por ésta se hizo todavía más pronunciada durante los años treinta, cuando los temores a la izquierda remitieron, el orden interno quedó asegurado, se suscitaron expectativas de mejora del estatus y de las condiciones materiales de vida, y se magnificaron las perspectivas de grandeza nacional. El carácter de clase media que tenía el propio partido fascista se intensificó además por el reclutamiento de grandes cantidades de oficinistas, trabajadores de camisa y corbata y personal de supervisión. Para esta gente y para muchas otras personas que ejercieran cualquier tipo de empleo público la pertenencia al partido se hizo obligatoria en 1933.

Independientemente de lo que la gente pensara del régimen en su fuero interno, las cualidades que sitúan al fascismo italiano al margen de los otros regímenes autoritarios más convencionales de la época y que atrajo hacia él a muchos admiradores, incluso en las democracias occidentales, fueron menos su represión y sus métodos de coacción —comunes hasta cierto punto a todas las dictaduras— que su incesante movilización de la población, su manifiesta vitalidad y su dinamismo. Todo ello quedó representado en una nueva estética del poder que intentaba ligar el arte, la literatura y particularmente la arquitectura monumental, para ponerlos a su servicio. A muchos observadores externos, el fascismo les recordaba la cara moderna del gobierno, les parecía una organización racional de la sociedad. Aparentemente combinaba el orden y el bienestar social organizado por el estado.

La idea fascista de «estado totalitario» pretendía abarcar todas las facetas de la vida, desde la cuna hasta la tumba. Pretendía crear un «hombre nuevo» que encarnara el espíritu del fascismo italiano, respaldado por «la nueva mujer italiana», comprometida con su deber para con la nación, en buena parte concebido como la obligación de procurar la felicidad doméstica y traer hijos al mundo. «Los pensamientos y deseos del Duce deben convertirse en los pensamientos y deseos de las masas», decía Gentile. El propio partido fascista extendía sus tentáculos hasta casi todas las manifestaciones de la vida cotidiana. Pero la movilización iba mucho

más allá de las actividades del propio partido. En 1939 casi la mitad de toda la población de Italia era miembro de algún tipo de asociación fascista. Se crearon organizaciones benéficas de carácter social encargadas de velar por las embarazadas y los recién nacidos, y también de proporcionar comida, vestido y albergues de emergencia a los necesitados. Una organización juvenil con numerosas subfiliales, fundada en 1926 y que en 1936 contaba con más de cinco millones de miembros, adoctrinaba a los jóvenes italianos en los valores marciales imprescindibles. Aparte de ofrecer adiestramiento pre-militar, gestionaba círculos juveniles populares que ofrecían otras oportunidades y unas instalaciones para la práctica del deporte mejores que las que existían anteriormente. Se construyeron albergues juveniles. En 1935 fueron enviados a campamentos de verano medio millón de niños, muchos pertenecientes a familias pobres. Las escuelas y las universidades reforzaron el adoctrinamiento en el nuevo sistema de valores. Lo que causó más impresión, a ojos de muchos italianos (y también de muchos observadores extranjeros), fue la nueva creación en 1925 de una gran organización de ocio, la *Opera Nazionale Dopolavoro* (Obra Nacional de Tiempo Libre), que en 1939 contaba con 4,5 millones de socios (cerca del 40 % de los trabajadores de la industria). Ofrecía a empleados de las fábricas, tanto a los trabajadores de mono como a los de camisa y corbata, oportunidades para la práctica del deporte, para el entretenimiento y los viajes de las que nunca hasta entonces habían gozado. Muchos de estos elementos se hicieron populares, aunque eso no significara que su popularidad se tradujera inmediatamente en popularidad para el propio régimen, y mucho menos para el partido fascista.

El deporte en particular era muy popular. El régimen hizo de él un motivo de orgullo y prestigio nacional. El ciclismo y el esquí se convirtieron en deportes de masa muy populares, fuertemente fomentados por el régimen. Uno de los líderes fascistas más destacados, Italo Balbo, hizo alarde de su valor y su habilidad como aviador cruzando el Atlántico en aeroplano. Primo Carnera fue campeón mundial de boxeo de los pesos pesados de 1933 a 1935. Las carreras de coches, fomentadas por nombres famosos como Maserati, Bugatti y Alfa Romeo, apasionaban a las masas, atraídas por la velocidad y la fuerza. Pero sobre todo el fútbol estaba

camino de convertirse en la pasión deportiva dominante de Italia y en una ventana para la propaganda del régimen cuando Italia ganara la copa del mundo en 1934 y de nuevo en 1938. Las proezas deportivas de Italia eran anunciadas publicitariamente a toda la nación en los noticiarios a través de la forma más popular entre los entretenimientos populares, el cinematógrafo, que, de forma muy sutil —y a veces descarada— transmitía los valores del fascismo al gran público. También la difusión de la radio resultó de gran ayuda para el fascismo. Para los que no tenían radio —todavía en 1939 la mayoría de las familias italianas— se instalaban en las plazas de los pueblos y ciudades miles de altavoces para asegurarse de que los vecinos, obligados por el partido a ir a escucharlos, no se perdieran ni uno de de los discursos del Duce.

El propio Mussolini era el mayor y principal activo del régimen. Los extranjeros lo admiraban entre otras cosas como auténtico baluarte frente al comunismo. El propio Winston Churchill lo elogió describiéndolo en 1933 como la personificación del genio romano. El culto del Duce fue una creación cuidadosamente elaborada. Sólo desde mediados de los años veinte, una vez eliminada la oposición y movilizados los medios de comunicación al servicio del régimen, pudo la propaganda dar plenamente expresión a la construcción de una imagen casi sobrehumana de un nuevo César. Entre los italianos, la popularidad de Mussolini a mediados de los años treinta superaba con mucho la de su régimen en general y la del partido fascista en particular.

El Duce era idolatrado en todas partes por muchos que eran silenciosamente críticos con muchas cosas del fascismo y detestaban a los jerarcas locales y funcionarios del partido, arrogantes y a menudo corruptos, aunque ni él se libró de la creciente apatía política y de la desilusión con el fascismo de finales de los años treinta. Lo que en la práctica equivalía a una divinización de Mussolini en amplios sectores de la población podía parecer la transmutación de una forma ingenua de fe religiosa popular. «Cuando miras a tu alrededor y no sabes ya a quién recurrir, recuerdas que Él está ahí. ¿Quién, si no Él, puede ayudarte?», salmodiaba el principal periódico del país, *Il Corriere della Sera*, en 1936, hablando no de Dios, sino de Mussolini. El artículo preguntaba cuándo

debía escribir la gente al Duce, y respondía: «Prácticamente en cualquier ocasión, en algún momento difícil de vuestra vida». «El Duce sabe que cuando le escribís, lo hacéis movidos por un dolor verdadero o por una necesidad real. Es el confidente de todos y, en la medida en que pueda, ayudará a todos.» Muchos italianos se lo creían. Cada día le mandaban cartas cerca de 1.500 ciudadanos: «Me dirijo a usted que lo hace todo y todo lo puede». «Para nosotros, los italianos, es usted nuestro Dios en la tierra, así que recurrimos a usted con fe y seguros de ser escuchados.» «Duce, le venero como se venera a los santos.» He aquí algunos de los efusivos desahogos de los campesinos de una provincia que en otro tiempo había sido feudo de los socialistas.

La búsqueda de gloria imperial había sido la marca de reconocimiento del régimen desde el primer momento. La fanfarria propagandística había saludado la invasión de Abisinia en 1935, y la presentación de Italia como un país tratado injustamente por la Sociedad de Naciones intensificó el fervor patriótico en toda la nación. No es de extrañar, por tanto, que la victoria en Abisinia en 1936 elevara por las nubes la popularidad de Mussolini. Le llovieron homenajes por todas partes que lo presentaban como «divino», «infalible», un «genio», un «César», y «fundador de una religión» cuyo nombre era Italia. Ése fue, sin embargo, el punto culminante de su popularidad. Los informes internos de la policía revelaban que esa popularidad había empezado a decrecer durante los últimos años previos al estallido de la guerra, antes de que se ensanchara el abismo entre la propaganda y la experiencia de la realidad. Acosados por los problemas materiales de la vida cotidiana, preocupados por la perspectiva de una guerra en la que dudaban que el país estuviera en condiciones de participar, y disgustados por la dependencia cada vez mayor de Alemania, muchos para entonces habían perdido la fe en el fascismo.

Con el fin de reavivar el dinamismo que a todas luces empezaba a ir de capa caída, y de demostrar que el fascismo no le iba a la zaga al nazismo en empuje radical, el régimen intensificó su celo ideológico a finales de los años treinta. El saludo fascista con el brazo extendido se hizo obligatorio en todas las modalidades de salutación; los funcionarios en adelante tendrían que llevar uniforme; y se ordenó al ejército que adoptara el paso de la oca.

El signo más visible del nuevo radicalismo fue la introducción en 1938 de una despiadada legislación antijudía. Las leyes raciales no se debieron a las presiones de Alemania, pero, aun así, tomaron como modelo a este país. En un momento determinado los nazis habían buscado a Italia como ejemplo a seguir. Ahora era al revés. Mussolini no deseaba ser visto como un acólito de Hitler. Quería demostrar que simplemente era tan radical como el dictador alemán. Más aún, pensó que, como sucediera en Alemania, singularizar a los judíos como el «enemigo en el interior» podría contribuir a cimentar la unidad nacional. El racismo en Italia había ido dirigido tradicionalmente en su mayor parte hacia los negros africanos, no hacia la exigua población judía, que apenas ascendía a 50.000 personas (escasamente el 0,1 % del total de la población del país). Pero, pese a no ser un rasgo fundamental, el antisemitismo había estado siempre presente en el movimiento fascista italiano. Y desde el momento en que Italia se unió a Alemania en el Eje, alcanzó cada vez más prominencia, culminando en las leyes raciales de 1938, basadas en la premisa de que «los judíos no pertenecen a la raza italiana». No se produjo ninguna protesta digna de mención. Aunque el fervor antijudío no era compartido por la mayor parte de la población, a pocos, sin embargo, les pareció algo importante y algunos desde luego se dejaron convencer por la propaganda antijudía. En este sentido, como en otras facetas del gobierno fascista, el régimen caló muy poco en la población, pero pudo contar con la pasividad y la conformidad de las masas.

Los asuntos internos de los dictadores, por desagradables que fueran, fueron considerados por las democracias occidentales cosa exclusivamente suya. Internacionalmente, sin embargo, Mussolini y Hitler eran vistos en aquellos momentos por esas democracias como «perros rabiosos» que amenazaban la paz de Europa. Antes de la invasión de Abisinia, nadie había visto en el fascismo italiano un peligro grave. A partir de 1936, tras aliarse con la Alemania nazi como parte del Eje, la cosa cambió. Aun así, la verdadera amenaza era a todas luces el Reich alemán revitalizado, unificado y fortalecido.

La Alemania de Hitler: La comunidad racial

La ascensión al poder del fascismo en Italia, y sobre todo la figura de Mussolini como encarnación del líder fuerte y autoritario que había aplastado al marxismo y unido a su país por medio de la fuerza de voluntad, habían fascinado a los nacionalistas alemanes mucho antes de la «toma del poder» por Hitler en 1933. Mussolini era uno de los pocos individuos que suscitaba la admiración del propio Hitler. Se establecieron relaciones personales entre algunos nazis destacados y las autoridades fascistas italianas. El «saludo alemán» con el brazo extendido, obligatorio en el partido nazi a partir de 1926, fue tomado «en préstamo» del saludo fascista. El «trato» entre los líderes nazis y las elites dirigentes nacional-conservadoras que llevó a Hitler al poder recordaba al que había sellado la asunción del poder por Mussolini en Italia once años antes. Y mucho antes de que Mussolini y Hitler unieran los destinos de sus respectivos países en el Eje, las afinidades del fascismo italiano y del nacionalsocialismo alemán eran evidentes.

La gran organización de ocio del régimen nazi, Kraft durch Freude («Fuerza a través de la Alegría»), creada como subsección de la Deutsche Arbeitsfront («Frente Alemán del Trabajo»), sustituta estatal de los sindicatos abolidos, para ofrecer diversas actividades culturales y de ocio a los trabajadores, pretendía emular la *Opera Nazionale Dopolavoro*, creada en Italia en 1925. La autopista (*Autobahn*), considerada enseguida emblema de la recuperación económica y la modernización de Alemania, encontró también su inspiración en la primera autopista (*autostrada*) construida en Italia entre 1924 y 1926. El culto alemán a los caídos de la primera guerra mundial, la inculcación en la población de un *ethos* militarista, la escenificación de grandes concentraciones y desfiles como parte del intento de construir una nueva estética de la movilización de masas, el establecimiento de un movimiento juvenil con el fin de crear una generación imbuida de los valores nazis desde los primeros años, toda una panoplia de organizaciones benéficas sociales y, como no podía ser de otro modo, el predominio de un gigantesco partido único cohesionado por la lealtad incuestionable al líder: todo ello tenía analogías con la Italia fascista.

La supresión de la izquierda y, por supuesto, el antibolchevismo eran también un rasgo que ambos regímenes tenían en común. Lo mismo cabe decir (en contraposición con el socialismo radical de estado propio de la Unión Soviética) del desarrollo y la protección de la gran empresa, siempre que conviniera a los intereses del régimen. Ambas dictaduras eran además no sólo ruidosamente nacionalistas y militaristas, sino sustancialmente imperialistas. A pesar de todos estos paralelismos, sin embargo, los dos regímenes eran intrínsecamente más distintos que similares. El hecho de que el régimen nazi fuera más radical, más dinámico, más agresivo, más movido por la ideología en todo aquello que emprendía, reflejaba unas estructuras trascendentales de la dictadura alemana que sólo tenía una semejanza superficial con el fascismo italiano.

La excepcionalidad del régimen nazi dependía en no poca medida de las esperanzas, expectativas y oportunidades ideológicas encarnadas en la posición suprema e incontestable de Hitler como caudillo alemán. El culto que rodeaba las cualidades «heroicas», casi sobrehumanas, de Hitler, que convirtió el que fuera en otro tiempo un mero demagogo de cervecería en objeto de veneración casi divinizado, fue naturalmente prefabricado, lo mismo que el del Duce en Italia, el de Stalin en la Unión Soviética, y los cultos a los líderes de cualquier otro país. Sin embargo, Hitler no tuvo que trascender una fuente anterior de legitimidad ideológica, como tuvo que hacer Stalin en su lealtad nominal al legado de Lenin y a los dogmas del marxismo. Ni tampoco tuvo que construir el culto a su liderazgo al cabo de varios años de tomar el poder, como hizo Mussolini. Las raíces del culto al Führer eran menos superficiales, venían de mucho más atrás y tendrían mayor trascendencia para el dinamismo ideológico de la dictadura.

Ya a mediados de los años veinte Hitler había establecido su total preeminencia dentro del movimiento nazi. Cuando fue nombrado canciller del Reich en 1933, llevaba ya mucho tiempo encarnando la visión utópica de renovación nacional y de grandeza futura que se había ganado el apoyo de millones de individuos a su partido. No en vano el nacionalsocialismo era conocido como «el movimiento de Hitler». En 1933 su predominio dentro del partido fue trasladado al funcionamiento de un estado moderno y avanzado. Y a partir de 1934 disfrutaría del poder absoluto y total en ese

estado, a diferencia de Mussolini que siguió estando, nominalmente al menos, subordinado al rey. Los puntos fijos de la visión de Hitler, por mucho que fueran objetivos futuros, distantes e imprecisos, podían penetrar en todos los rincones del estado, movidos como estaban por la lealtad inquebrantable de la miríada de ramificaciones del partido único, de la eficaz maquinaria represiva de la policía y la organización de vigilancia, y contando a grandes rasgos con el apoyo de las elites nacional-conservadoras y millones de alemanes corrientes y molientes. La visión personalizada de Hitler —una visión basada en la guerra con el fin de alcanzar la salvación nacional mediante la anulación de la vergüenza de la capitulación de 1918 y la destrucción de los que él consideraba responsables de ella, los judíos— ofrecía unas «líneas de acción» que ahora podían convertirse en política estatal.

Estos dos aspectos, la «eliminación de los judíos» (idea que significaba cosas distintas para distintas personas en distintos momentos) y el «espacio vital» (*Lebensraum*), que comportaba la preparación para un conflicto militar en un momento dado del futuro previsible con el fin de asegurar la futura base económica de Alemania y su supremacía en Europa (idea capaz de abarcar diversos conceptos de expansión alemana), sirvieron para sustentar una incesante dinámica ideológica. Ese impulso ideológico no tenía ni remotamente comparación con la Italia de Mussolini y era completamente distinto en su esencia del que respaldaba las frenéticas convulsiones de la Unión Soviética. No seguía ningún plan coherente ni ningún calendario programado. Pero tanto la dirección como el inexorable ímpetu hacia la radicalización eran intrínsecos al sistema nazi.

Fundamental para esa radicalización era la limpieza étnica. El racismo del fascismo italiano, incluso después de la introducción de la legislación antijudía de 1938, no puede compararse ni por su centralidad ni por su intensidad con el impulso movilizador destinado a imponer una pureza racial que recorrió todo el régimen nazi. El racismo iba mucho más allá del antisemitismo. En el meollo del mismo, sin embargo, estaba el odio a los judíos. Los judíos ocupaban un puesto singular en la multiplicidad de fobias nazis. Para Hitler y muchos de sus ardientes seguidores los judíos equivalían a un peligro omnipresente que amenazaba la propia existencia de

Alemania. Interiormente se pensaba que envenenaban su cultura, socavaban sus valores y corrompían su pureza racial. Exteriormente, eran vistos como una fuerza internacional maléfica a través del dominio que presuntamente ejercían sobre el capitalismo plutocrático y sobre el bolchevismo. La supresión de todo supuesto poder y supuesta influencia de los judíos, por tanto, era el eje central de la visión utópica de una renovación nacional basada en la pureza racial.

Esas quimeras patológicas pudieron convertirse a partir de 1933 en una política estatal práctica. El boicot a escala nacional de todas las empresas y negocios judíos del 1 de abril de 1933, seguido de un primer tramo de leyes destinadas a excluir a los judíos del funcionariado público y a discriminarlos y apartarlos del ejercicio de la profesión médica y de la práctica de la abogacía y el derecho, anunciaron a muchos judíos desde el comienzo mismo del nuevo régimen que no había futuro para ellos en Alemania. Una segunda gran oleada de persecución en 1935 culminó en las Leyes de Núremberg de septiembre de 1935, que declaraban ilegales los matrimonios mixtos entre judíos y personas «de sangre alemana», y que excluía a los judíos de la ciudadanía del Reich, base para una nueva vuelta de tuerca y de una mayor discriminación durante los años sucesivos. Una nueva oleada —la peor sin duda— habría de venir en 1938 y explotaría en los pogromos a escala nacional del 9-10 de noviembre (sarcásticamente llamados *Reichskristallnacht* o Noche de los Cristales Rotos, por los fragmentos de vidrio de los escaparates de las tiendas y las ventanas de las casas destrozadas de los judíos). Todo ello dio lugar a la huida del país de decenas de millares de personas. Con anterioridad, los judíos se habían visto obligados a abandonar progresivamente la economía, les habían sido arrebatados sus medios de vida, y habían sido lanzados como parias a los márgenes de una autoproclamada «comunidad del pueblo» construida sobre la base de la discriminación y la persecución raciales, y cuya propia identidad venía de la exclusión de los que no eran considerados aptos para pertenecer a ella.

Además de los judíos, quedaron excluidos de la comunidad «aria» mayoritaria una gran diversidad de las consideradas minorías sociales «extrañas» o marginales: gitanos, homosexuales, enfermos mentales,

alcohólicos, mendigos, «vagos», «delincuentes habituales», y «antisociales» de un tipo u otro. La profesión médica, expertos en beneficencia y bienestar social y organismos encargados de la aplicación de la ley no necesitaron demasiadas presiones por parte del partido nazi para poner su granito de arena en la ejecución de los planes de exclusión. Las medidas de bienestar social y de fomento de la natalidad dirigidas a la población mayoritaria —como los préstamos por boda, las ayudas a la maternidad, la subvención por hijos, e incluso esterilización de los «degenerados» (que comenzó ya en 1933)— tuvieron sus equivalentes en otros países de Europa. Pero en ningún otro sitio esas medidas fueron guiadas de una forma tan radical y exhaustiva por unos principios de «higiene racial» destinados a crear una sociedad racialmente pura y genéticamente fortalecida: una sociedad preparada para la guerra (aunque no es que esto se dijera en voz alta).

Dentro del gigantesco movimiento nazi, semejante a una hidra, el *ethos* racial de la «comunidad del pueblo» era indiscutible. El propio partido nazi, que no estaba subordinado al estado, como en Italia, ni era superior a él, como en la Unión Soviética, sino que existía al lado del estado y se intersecaba con él en un dualismo incómodo, se encargó de que las presiones para excluir de la «comunidad del pueblo» a los «inferiores» y especialmente la dinámica antijudía no disminuyeran durante demasiado tiempo. La fuerza impulsora más trascendental de la política racial, sin embargo, no tenía analogías directas ni en Italia ni en la Unión Soviética. Se trataba de la SS, la Schutzstaffel (literalmente «Escuadra de Defensa»), la sección más escogida del movimiento nazi, y su sector ideológicamente más dinámico, empeñada en llevar a cabo la «limpieza racial» con el fin de mejorar «la salud política de la nación» y de crear la base para la futura dominación alemana de Europa.

Desde 1936 la SS, que ya gestionaba los campos de concentración (situados completamente fuera de cualquier restricción legal), asumió la jefatura de la seguridad y de la policía criminal, construyendo una gigantesca red de vigilancia y desarrollando por fin también un ala militar (la Waffen-SS). A mediados de los años treinta, debido a su ferocidad, la represión con el fin de acabar con cualquier auténtica oposición al régimen había conseguido su objetivo. A comienzos de 1935, la población de los

campos de concentración, compuesta todavía principalmente por seguidores de los antiguos partidos de izquierdas, había quedado reducida a unas 3.000 personas, la cifra más baja en toda la historia del régimen. Una vez cumplido su propósito inicial, los campos habrían podido ser cerrados en ese momento. Pero eso no habría convenido a Hitler ni a los jefes de la SS. Un claro indicio de que la misión del aparato conjunto de la policía y de la SS comportaba una espiral ascendente infinita de control, de erradicación de los «enemigos internos de la nación», y de purificación racial de la «comunidad del pueblo», fue que precisamente en ese momento fue cuando se elaboraron los planes de expansión de los campos. La exclusión de la «comunidad del pueblo» de todos aquellos que estuvieran en los márgenes de la sociedad y fueran considerados «dañinos para el pueblo» (*volksschädigend*) vio multiplicarse por siete en el plazo de cuatro años el número de las personas internadas en los campos de concentración, hasta alcanzar la cifra de 21.000 poco antes de que diera comienzo la segunda guerra mundial.

Además de la política racial, el afán de construir unas fuerzas armadas poderosas, de militarizar a la «comunidad del pueblo» y de dirigir la economía hacia un rearme rápido, aseguraba continuar con un ritmo implacable, que en ningún momento se permitió que disminuyera. A partir de 1936 esa dinámica se aceleró notoriamente. Como su memorándum sobre el lanzamiento del Plan Cuatrienal había demostrado, Hitler no se había echado atrás y seguía planteando la visión de imperialismo racial expuesta en *Mein Kampf* diez años antes, a saber la premisa de que en un momento dado iba a ser necesario un conflicto con el fin de adquirir un «espacio vital». Y el imperio no debía conseguirse en el África colonial ni en ningún otro escenario ultramarino, sino en la propia Europa.

La idea de momento seguía siendo ésa: una noción vaga en la mente de Hitler y de algunos otros líderes nazis. Había diferentes interpretaciones de lo que podía significar «espacio vital», y diferentes hipótesis sobre el carácter de cualquier expansión propuesta. Algunos pensaban en términos de un ejército fuerte, a modo de elemento disuasorio, para garantizar la defensa de Alemania. Otros contemplaban la posibilidad de un conflicto en un momento determinado del futuro para establecer la hegemonía de

Alemania en la Europa central y del este. Pocos eran, si es que había alguno, los que imaginaban una guerra contra Francia e Inglaterra o una invasión de la Unión Soviética en un futuro próximo. Pero aunque no se dedicaron muchos pensamientos en concreto a perspectivas de conflicto futuro, no iba a construirse un gran ejército para que permaneciera inactivo indefinidamente en sus cuarteles. Y, a diferencia de la falta de dinamismo del ejército italiano, capaz en último término de vencer en una campaña imperialista en Abisinia, pero no mucho más, las autoridades militares alemanas eran eficaces y experimentadas, estaban cualificadas y tenían una fuerte determinación.

Estaban imbuidas de una cultura en la que la existencia de un ejército fuerte, el engrandecimiento nacional y el imperio se daban por descontados como atributos propios de una gran potencia. Habían experimentado lo que era la guerra, la conquista y la ocupación de un territorio en Europa entre 1914 y 1918, antes de verse obligadas a tragarse la amarga píldora de una terrible derrota, de la humillación nacional y de la pérdida demoledora del estatus de gran potencia. Habían contemplado la posibilidad de una guerra, habían previsto toda la moderna maquinaria de muerte y destrucción incluso a mediados de los años veinte, cuando pudo construirse otra vez un nuevo ejército fuerte. Los objetivos y los logros de Hitler de cara al restablecimiento de la fortaleza de Alemania, al derrumbamiento del Tratado de Versalles, y a la inversión de una cantidad incontable de millones en rearme era indudable que habrían tenido una calurosa acogida entre las autoridades militares. Una vez que las democracias occidentales pusieron de manifiesto su debilidad y sus divisiones en 1935 y en 1936 tras la violación de los tratados de Versalles y Locarno, la expansión alemana resultaba cada vez más probable. La segunda faceta de la ideología de Hitler, la expansión para la obtención de un «espacio vital», al igual que la primera, la «eliminación» de los judíos, empezaba a focalizarse cada vez más.

Según todos los indicios, el régimen nazi pudo contar con un amplio apoyo popular a mediados de los años treinta. Resulta imposible cuantificar hasta dónde llegaba ese apoyo, como sucedería en otras dictaduras que suprimieran de manera brutal cualquier opinión hostil y monopolizaran los

medios de comunicación con la propaganda del régimen. Pero sin duda la recuperación económica, la eliminación del desempleo, la restauración del «orden» político, el restablecimiento de la unidad y de la fortaleza de la nación, y sobre todo los triunfos patrióticos (especialmente el desafío de las potencias occidentales con la remilitarización de Renania) eran muy populares. La popularidad del propio Hitler era inmensa, incluso entre muchos a los que no les gustaban ni el partido ni sus representantes locales, o que se habían malquistado con él debido a los ataques de los miembros más radicales del partido contra la observancia, las instituciones y el clero de las principales Iglesias cristianas, la católica y la protestante. Incluso los adversarios más enconados del régimen tuvieron que resignarse y admitir de mala gana la adulación generalizada de la figura de Hitler. La entrada en Renania elevó su virtual divinización a nuevas cotas. «¡Qué tío, este Hitler! ¡Ha tenido el valor de arriesgarse!», era un comentario que se escuchaba habitualmente incluso entre la clase obrera de las zonas industriales, cuyos miembros por lo demás no tenían nada bueno que decir del régimen, pero que aprobaban sus acciones encaminadas a violar el odiado Tratado de Versalles. Había una confianza «sencillamente maravillosa» en que «lograría que todo acabara bien para Alemania».

La propaganda podía apoyarse en un sentimiento pseudo-religioso y en la piedad popular ingenua, así como en la creencia en los valores patriarcales que garantizaban la disciplina y el orden. Cada año más de 12.000 alemanes de todas las clases sociales enviaban a Hitler cartas de elogio y de veneración servil, rayana en la adoración. Cantidades desproporcionadas de jóvenes alemanes de uno y otro sexo, incluso muchos que habían crecido en antiguos ambientes comunistas o socialistas, cambiaron de bando y se pusieron a favor del régimen, absorbiendo los valores nazificados en el movimiento de las Juventudes Hitlerianas (la pertenencia a las cuales, como movimiento juvenil estatal, se hizo casi obligatoria en 1936). Muchos encontraban una emoción, una sensación de aventura y una impresión de colectividad que trascendía todo tipo de diferencia de clase. Todos se sentían fascinados por el mundo de oportunidades y experiencias nuevas y tentadoras que los aguardaba, un mundo al que creían tener derecho como miembros de un pueblo especial y

superior. «Creo que fueron unos buenos tiempos. Me gustaron», reconocería una señora mayor muchos años después, echando la vista atrás y contemplando su época de adolescente. No era la única. Muchos alemanes que tras la guerra de 1914-1918 habían experimentado una inflación galopante, luego el desempleo masivo y la profunda división política de los años de la República de Weimar, recordarían después la década de los treinta como «una época buena».

Por lo demás, la represión terrorista había cumplido su cometido. En 1935 los últimos rescoldos de oposición izquierdista que quedaban habían sido extinguidos por completo. Los integrantes de la oposición socialista, aquellos que no habían marchado al exilio, hacían cuanto podían por mantener contacto clandestinamente unos con otros, pero fuera de eso no llevaban a cabo ninguna o prácticamente ninguna actividad que molestara al régimen. Siguieron reconstruyéndose células comunistas, rápidamente localizadas y aplastadas, en un ciclo de resistencia valerosa e inútil que siguió repitiéndose hasta el mismísimo final del Tercer Reich. Pero fuera de esas minúsculas minorías que seguían comprometidas con el peligroso mundo de la oposición clandestina, la mayoría de los alemanes no tuvieron más remedio que encontrar formas de adaptarse a la dictadura, acatando con diversos grados de entusiasmo las exigencias del régimen. La vigilancia, el espionaje, la delación: todos los arreos de una sociedad estrechamente controlada estaban presentes a todas horas y en cualquier parte. Era una imprudencia distinguirse de los demás negándose, por ejemplo, a responder al saludo: «Heil Hitler!». La gente estaba siempre en guardia. La presión a favor de las demostraciones de conformidad era constante. Pero era harto improbable que los que demostraban esa conformidad se metieran en líos con la Gestapo. Fuera de la minoría de los que eran considerados «enemigos del pueblo» —los judíos, la banda cada vez más amplia de los marginados sociales (los «ajenos a la comunidad», como empezaron a ser llamados), y los opositores políticos—, el terror tuvo durante los años treinta un papel mucho más limitado que el que desempeñó en la Unión Soviética con Stalin.

A la mayoría les encantaba que les recordaran que formaban parte de una «comunidad del pueblo» unida, con perspectivas de un futuro glorioso basado en su exclusivismo y su superioridad racial. La mayoría no derramaba ni una lágrima por los «extraños» excluidos de la «comunidad», y menos aún si eran judíos. La constante denigración y demonización de los judíos por parte de una propaganda tenaz no dejaron de hacer efecto. «Los nacionalsocialistas realmente han abierto un profundo abismo entre la gente y los judíos», opinaba un agente clandestino de los dirigentes socialdemócratas en el exilio, en un informe enviado desde Berlín en enero de 1936. «La sensación de que los judíos son otra raza está hoy día generalizada.» Estaba ampliamente aceptada la idea de que los judíos no tenían cabida en la «comunidad del pueblo» alemán y de que o bien se iban de Alemania o bien eran obligados a marcharse. No faltaban los «compatriotas» [*Volksgenossen* o «camaradas del pueblo»], como eran llamados los alemanes corrientes y molientes, dispuestos a adquirir una empresa o un negocio judío a precio de saldo, a quedarse con los bienes de los judíos o a mudarse a los pisos que dejaban libres.

La idea de que la población de etnia alemana de otros lugares de Europa se uniera a la «comunidad del pueblo» fue muy bien acogida. Pero pocos estaban dispuestos a arriesgarse a una guerra para hacerla realidad. De momento, acallaron sus temores y escondieron la cabeza debajo del ala. No tardarían en darse cuenta de que se habían metido en una zona de altísimo peligro.

Las dictaduras dinámicas comparadas entre sí

Las tres dictaduras dinámicas —la Unión Soviética de Stalin, la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler— eran en la práctica unas formas muy distintas de régimen, aunque tuvieran numerosos rasgos estructurales en común. El régimen de Stalin se destaca de los otros dos, que comparten más características similares (y algunos «préstamos» tomados por la Alemania nazi de la Italia fascista), aunque también mostraran diferencias fundamentales. Todas pretendían tener un «derecho total» sobre sus ciudadanos. Semejante pretensión no logró realizarse en la práctica y se

llevó a cabo con más fragilidad en la Italia fascista, paradójicamente el único de los tres regímenes que declaró explícitamente que estaba construyendo un «estado totalitario». Sin embargo, ese «derecho total» tuvo indudablemente unas consecuencias tremendas para el comportamiento de los ciudadanos de unas sociedades tan duramente orquestadas y controladas como aquéllas. El «espacio político» y las formas de actividad social organizada, comparados incluso con los de otras dictaduras de la época, y no digamos con las democracias liberales, dejaron completamente de existir fuera de lo que estaba permitido y gestionado por el propio régimen. En cada uno de ellos se llevaron a cabo incesantemente intentos de moldear las actitudes y los comportamientos con arreglo a sus dogmas ideológicos exclusivos. La identificación con el régimen era sustentada y reforzada mediante el hincapié hecho en el «enemigo interior», los «extraños» cuya propia existencia determinó la creación de una comunidad de «normales», de los que «pertenecían» a ella.

La penetración de los valores del régimen en la sociedad fue menor en Italia, y mayor con toda probabilidad en Alemania. El éxito del adoctrinamiento fue variable, aunque donde parece que fue mayor en los tres regímenes fue entre los jóvenes. En cada caso, el régimen tuvo un éxito considerable a la hora de movilizar a grandes cantidades de idealistas y de ganarse un amplísimo apoyo popular. Resulta imposible cuantificar ese apoyo, teniendo en cuenta la represión de cualquier tipo de oposición en la que se basaban los tres regímenes y la falta de libertad de expresión. Por los indicadores imprecisos de los que disponemos, la Alemania nazi fue la que tuvo un mayor nivel de apoyo popular, Italia se quedaría un poco a la zaga, mientras que en la Unión Soviética era donde la población estaba más coaccionada, lo que sugiere que era donde el apoyo era menos auténtico.

Cada uno de los tres recurrió a la mano dura y a la represión terrorista. Para los que sufrieron el terror de la policía estatal, las diferencias ideológicas o estructurales entre los tres regímenes eran cuestión de la más absoluta indiferencia. Aun así, eran importantes. La Unión Soviética ejerció un grado extraordinario de terror, dirigido contra sus propios ciudadanos, mucho mayor que los otros dos, con unos métodos de disuasión arbitrarios e imprevisibles que no se vieron reproducidos en ninguna otra parte. El terror

nazi se concentró en aplastar cualquier tipo de oposición política organizada, y luego, progresivamente, en las minorías más débiles y menos numerosas, especialmente los judíos y otros grupos raciales o sociales marginales, «extraños». Lo peor del terror del fascismo se reservó para las colonias italianas en África. En la madre patria, una vez que disminuyó la violencia callejera de los primeros tiempos, el aceite de ricino y las porras, la aplicación del terror fue suave en comparación con los otros dos regímenes, concentrándose en la eliminación de los opositores conocidos, pero por lo demás se contentó en gran medida con una estrategia de contención.

Donde Italia mostró también mayor debilidad fue en su dinamismo ideológico y en su militarización. Buena parte de la movilización de la sociedad fue poco más que superficial. Tras más de una década de gobierno fascista, el abismo entre la retórica y la realidad era considerable. El objetivo de la consecución de una totalidad de estado y sociedad había sido ilusorio. Detrás del régimen se ocultaba una finalidad impulsora muy escasa. Incluso la guerra colonial y la victoria en Abisinia, por mucho que supusieran un triunfo popular, cuajaron sólo de manera superficial en la mentalidad de los italianos y sólo lograron movilizar a la población durante poco tiempo. Independientemente del grado de beligerancia de Mussolini y de las autoridades fascistas, en el pueblo italiano no se dio una fijación excesiva con las perspectivas de guerra y de gloria militar, y desde luego había muy poca disposición a soportar las privaciones y los sufrimientos de una guerra. Las fuerzas armadas italianas eran capaces en el mejor de los casos de llevar a cabo campañas breves contra adversarios inferiores, pero no estaban en absoluto equipadas para intervenir en una guerra de mayor envergadura. Y una industria armamentística tecnológicamente atrasada no sería capaz de mantener el ritmo de rearme seguido por otros países.

A diferencia de Italia, la fuerza motriz ideológica de la Unión Soviética era extremadamente potente. Se habían hecho enormes avances, con unos costes humanos colosales, con el fin de movilizar una economía dirigida por el estado, reestructurar la producción agrícola e industrializar el país a una velocidad vertiginosa. Tras la extraordinaria celeridad de estos procesos se ocultaba la hipótesis de guerra en un momento dado, que no

tardaría mucho en llegar. Sin embargo, a diferencia de Alemania e incluso de Italia, el objetivo central era preparar la economía y la sociedad para la defensa de la Unión Soviética, no para llevar a cabo una agresión externa (aunque hay que reconocer que se contempló la posibilidad de ocupar las repúblicas bálticas y quizá Polonia occidental como un elemento más del plan de acordonamiento defensivo previsto). Como Stalin sabía perfectamente, el rearme estaba sólo en su primera fase. La Unión Soviética no estaba preparada ni mucho menos para un conflicto de gran envergadura en ninguna parte, mientras que él infligió con sus grandes purgas un daño gravísimo a la dirección de Ejército Rojo.

El dinamismo ideológico del régimen de Hitler destaca frente a los otros dos por su neta focalización en la intensificación de la persecución de los «enemigos» internos, especialmente los judíos, y por sus impetuosos preparativos para hacer frente a un conflicto militar en un futuro previsible, preparativos de carácter a todas luces agresivos, no defensivos. Alemania poseía la economía más avanzada del continente europeo, creada progresiva y aceleradamente a la medida de la guerra. Y tenía los mandos militares más eficientes.

Aunque las tres dictaduras juntas desempeñarían un papel desproporcionadamente importante en la configuración del futuro del continente europeo durante los años por venir, no es de extrañar, sino todo lo contrario, resulta muy comprensible que los líderes de las democracias occidentales vieran a Alemania como la principal amenaza. Stalin era considerado en aquel momento sobre todo un peligro para su propio pueblo. Mussolini era un peligro para los pueblos sometidos de los territorios coloniales de Italia en África y una fuente de imprevisibilidad en el Mediterráneo. Hitler era un peligro para los judíos de Alemania, pero desde la perspectiva internacional era sobre todo un peligro tremendo, y cada vez mayor, para la paz en Europa.

El gobierno de Gran Bretaña sobre todo desconfiaba de la Unión Soviética y se oponía completamente a ella, detestaba su sistema social y se hallaba desconcertado por las purgas de Stalin. Italia era considerada un problema manejable en el Mediterráneo, cada vez más hostil a los intereses occidentales, sí, pero no una gran amenaza en sí misma. La principal

preocupación, y cada vez en mayor grado, era Alemania, un pueblo unido dirigido por un dictador resuelto y despiadado, que estaba rearmándose a toda velocidad, y con una potencia de sus fuerzas armadas a punto ya de superar el vigor militar que habían tenido durante la primera guerra mundial. En 1914 Gran Bretaña había ido a la guerra fundamentalmente para evitar que Alemania dominara Europa y para proteger su imperio de las pretensiones alemanas de convertirse en potencia mundial. Cada vez parecía más probable que fuera a producirse una repetición de la jugada dentro de poco.

Mientras tanto en 1936 se presentó la oportunidad de que se produjera un primer choque entre las dictaduras más poderosas en un conflicto que muchos no tardarían en ver como un presagio del enfrentamiento mucho mayor que estaba por venir. En julio de 1936 el general Franco emprendió su sublevación contra la República española. Al cabo de poco tiempo había obtenido el apoyo militar de Hitler y de Mussolini, mientras que Stalin respaldaba militarmente a las fuerzas republicanas. Enfrentándose en bandos opuestos en la guerra civil española, los dictadores flexionaban sus músculos. Una vez más las democracias occidentales pondrían de manifiesto su debilidad. La intervención de las grandes potencias en la guerra civil española fue el signo más evidente, aparte de la tragedia nacional que supuso para el pueblo español, de que el orden internacional de Europa estaba viniéndose abajo. El peligro de que el continente se viera envuelto en una nueva conflagración era cada vez más grave.

7
Hacia el abismo

No debe prevalecer el principio de que puede uno acomodarse a las circunstancias y soslayar así la solución de los problemas. Las circunstancias deben más bien adaptarse a las demandas. Ello no es posible sin colarse en otros países «forzando la entrada» o sin atacar las posesiones de otros pueblos.

Adolf Hitler, alocución a los mandos militares,
23 de mayo de 1939

Otra guerra, sólo una generación después de que millones de soldados murieran desangrados en los campos de la muerte del gran conflicto de 1914-1918, era una perspectiva terrible para la mayor parte de los europeos. Sin embargo, pocos contemporáneos permanecieron ciegos a finales de los años treinta ante el ímpetu inexorable, cada vez mayor, que conducía hacia una nueva guerra. Esta vez no sería cuestión de «resbalar desde el borde» en el caldero hirviente ni de unos líderes políticos y militares encaminándose como «sonámbulos» hacia una catástrofe que apenas podían prever. Esta vez hubo una potencia agresiva evidente cuyas acciones fueron excluyendo progresivamente todas las opciones que no fueran la guerra o la aceptación de la dominación del continente europeo por el poderío tiránico de la Alemania nazi. Como dice el refrán, «El camino al infierno está empedrado de buenas intenciones». Es el mejor comentario que se puede hacer a la forma en que las democracias occidentales intentaron lidiar con Hitler. Sus vanos intentos de acomodarse al afán expansionista alemán permitieron a Hitler imponer los acontecimientos ante los que ellas sólo pudieron reaccionar con debilidad. La respuesta del chantajista a sus concesiones fue pedirles cada vez más. El resto de Europa contemplaba el

panorama, cada vez con más angustia. En todas partes fueron haciéndose preparativos para una guerra que era muy temida, pero cada vez más esperada.

La derrota de la izquierda

La derrota de la izquierda en Alemania durante los años de la Depresión y su destrucción en 1933 tras la toma del poder por Hitler pudo verse en aquellos momentos en toda su dimensión. Los dos partidos alemanes de izquierdas, el socialdemócrata y el comunista, se habían opuesto claramente desde posiciones ideológicas muy distintas al militarismo de la derecha que, como habían previsto correctamente, sólo podía conducir en último término a la guerra. Si la izquierda no hubiera sido destruida tras la toma del poder por Hitler y si la democracia —cuyo principal sostén había sido el partido socialdemócrata— hubiera sobrevivido en Alemania, las probabilidades de una nueva guerra en Europa habrían disminuido netamente. En vez de eso, quedó abierto el camino hacia una política exterior asertiva, favorecida por las elites del poder nacional-conservadoras, respaldada por un nacionalismo populista estridente, y sometida a las jugadas cada vez más arriesgadas de Hitler.

La trágica desaparición de la izquierda en Alemania fue sólo un capítulo más de su derrota mucho más general en la mayor parte de Europa. Fuera de la Unión Soviética, en 1935 la izquierda carecía de poder casi en todas partes. La socialdemocracia se había aferrado al poder en los países escandinavos, aunque éstos pesaran poco en la forma de la configuración internacional del poder. En otros lugares, las fuerzas de la derecha, invariablemente respaldadas por los militares, la policía y los servicios de seguridad, se revelaron demasiado poderosas. A mediados de los años treinta casi toda Europa estaba sometida a algún tipo de régimen nacionalista represivo, ya fuera reaccionario o abiertamente fascista, quedando la izquierda inerme y expuesta a una feroz persecución. En las democracias occidentales más poderosas, Gran Bretaña y Francia habían

dominado los gobiernos de tendencias conservadoras durante los años de la Depresión. Por consiguiente, también en ellas la influencia política de la izquierda se había visto en buena parte disminuida.

La derrota de la izquierda tuvo lugar a escala continental, aunque las estructuras nacionales condicionaran la naturaleza específica de cada caso. Era en parte reflejo de las gravísimas divisiones existentes en ella, la más fundamental de las cuales era la que separaba el ala socialdemócrata de la comunista (aunque tampoco la unidad de la izquierda impidiera su derrota en Austria). La izquierda comunista también estaba desunida, a veces rota en facciones rivales, y su principal representación se hallaba dominada por completo por los intereses de la Unión Soviética. La derrota de la izquierda reflejaba además el visceral rechazo de la ideología socialista y el intenso temor por el comunismo que sentían la clase alta y la clase media, el campesinado y algunos sectores de la propia clase obrera. Mientras que los nacionalistas en cualquiera de sus variedades seguían resultando atractivos a todos los sectores de la sociedad, la izquierda, tanto socialista como comunista, parecía en primera instancia favorecer los intereses de un grupo social específico, la clase obrera industrial. Pero la política de clase del socialismo, por no hablar del objetivo comunista de la «dictadura del proletariado», tenía un atractivo evidentemente limitado para todos aquellos que se veían a sí mismos como perdedores seguros en caso de que triunfara la izquierda, esto es la mayoría de la población.

El miedo a la izquierda, y en particular al bolchevismo, era en la mayor parte de Europa enormemente desproporcionado respecto del poder real que tenía la izquierda, o incluso de su potencial de poder. Pero, teniendo en cuenta los eslóganes de odio clasista proclamados por la extrema izquierda en los rincones de Europa en los que podía hacer oír su voz, las historias de horror que lograban filtrarse desde la Unión Soviética, y el predominio casi en todas partes de la prensa de derechas y antisocialista, tampoco es de extrañar que tantos europeos estuvieran dispuestos a depositar su confianza en los que suponían que iban a mantener el «orden» y a defender los intereses nacionales y no el interés de una clase en concreto.

Falso amanecer en Francia

En medio de la oscuridad en que iba sumiéndose la izquierda en Europa, unas elecciones en particular ofrecieron ciertos destellos de esperanza. Las elecciones generales francesas de 1936 dieron unos resultados que parecieron un claro triunfo del antifascismo y un retroceso al fin de lo que durante años había sido una tendencia hacia la extrema derecha militante en toda Europa. Cuando se contaron los votos de la segunda vuelta de las elecciones el 3 de mayo de 1936 (la primera vuelta había tenido lugar una semana antes, el 26 de abril), el Frente Popular de socialistas, comunistas y radicales había obtenido una sorprendente victoria logrando 376 escaños, muy por encima de los 222 del frente nacional de la derecha. La euforia entre los partidarios de la izquierda —obreros, pero también la mayoría de intelectuales, escritores y artistas— fue enorme. Manès Sperber era un escritor judío nacido en 1905 en Polonia, pero exiliado en París a partir de la breve experiencia que tuvo de las cárceles alemanas en 1933, militante cada vez más crítico del partido comunista (del que acabaría saliéndose en 1937). Más tarde escribiría acerca de su euforia por los resultados de las elecciones. Para él y para muchos otros, recordaría, fueron algo más que una victoria electoral. Era como si un viento fresco hubiera disipado de repente una atmósfera opresiva y asfixiante. Por fin se había obtenido un objetivo considerado inalcanzable durante mucho tiempo. «Nunca la fraternidad había parecido tan cerca como en aquellos días de mayo de 1936», escribió. «Procedentes de todas las avenidas desembocaban en la Place de la Bastille y la Place de la Nation hombres, mujeres y niños» cuyos cantos y gritos de alegría llegaban hasta las calles adyacentes, invitando a todo el mundo a unirse en la búsqueda de la justicia y la libertad; y todo había sido posible sin violencia revolucionaria. Las esperanzas humanitarias de Sperber no tardarían en revelarse un sueño vanamente optimista.

Francia siguió siendo un país completamente dividido. El odio de la derecha nacionalista por el Frente Popular iba más allá de la oposición política convencional. Su líder, Léon Blum, un intelectual judío que había sido uno de los primeros partidarios de Dreyfus, fue objeto de ataques particularmente virulentos. Blum había sufrido la agresión física de una

muchedumbre nacionalista en febrero de 1936. La primavera anterior, el líder del partido de extrema derecha Action Française, Charles Maurras, había lanzado una espantosa denuncia contra Blum diciendo que había que «pegarle un tiro; por la espalda». El triunfo electoral de la izquierda no mitigó la polarización ideológica de Francia. En realidad, la victoria había sido mucho menos arrolladora de lo que parecía a primera vista. La proporción de votos de la izquierda, el 37,3 %, era sólo ligeramente superior al 35,9 % obtenido por la derecha. El mayor cambio había tenido lugar en la propia izquierda, aunque eso no hizo más que incrementar el antagonismo de la derecha. Los radicales, el principal sostén centrista de la República, habían perdido terreno, bajando de los 157 escaños de 1932 a sólo 106 en 1936. Los socialistas, el principal partido del Frente Popular, habían subido de los 131 a los 147 escaños. Diversos partidos pequeños de izquierdas habían sacado 51 escaños, con un aumento de 14 respecto a 1932. Pero lo más preocupante para la derecha era que los comunistas habían sido los grandes beneficiados, con un aumento de 10 a 72 escaños.

La victoria había sido posible una vez que en junio de 1934, con un repentino «como si dijéramos cambio de escena en el teatro» (en palabras de Blum), Stalin había abandonado la denigración de los socialdemócratas en la Comintern, a los que venía calificando de «social-fascistas». La creciente fuerza de la Alemania de Hitler requería un giro total de la anterior estrategia comunista en Europa. La nueva estrategia revisada comportaba cooperar por la seguridad colectiva con los países tachados anteriormente de «burgueses». A nivel nacional, Stalin fomentaba ahora activamente la colaboración de los comunistas con los socialistas e incluso con los partidos «burgueses» para construir «frentes populares» de izquierdas con el fin de combatir la amenaza cada vez mayor del fascismo. La jugada fue confirmada en el VII Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en el verano de 1935.

En Francia, la presión a favor de un «frente popular» contra el fascismo había venido de abajo, de las bases, articulada primero por los sindicatos, y adoptada después por el partido comunista francés. Esa

presión se había intensificado a lo largo de 1935. En otoño, cuando los radicales se unieron a los socialistas y a los comunistas, el Frente Popular se hizo realidad.

Sus promesas electorales incluían un programa de obras públicas (que pusiera fin a la política económica deflacionista), la reducción del horario de trabajo semanal, pensiones de jubilación y el establecimiento de un fondo para el desempleo. Como reflejo de los vientos antifascistas que corrían, las bandas paramilitares debían ser prohibidas. Pero se evitaron otras medidas radicales que hubieran podido asustar a la clase media. La revolución social tendría que esperar. Los socialistas se desdijeron de la defensa que habían venido haciendo de la nacionalización de la economía; y los comunistas dejaron de hablar de soviets y granjas colectivas. La administración del Banco de Francia debía ser ampliada para eliminar el control de una estricta oligarquía de accionistas. Pero la banca no sería nacionalizada. El valor del franco se mantendría —una garantía para las personas de clase media que habían perdido sus ahorros con el anterior gobierno de coalición de izquierdas—, aunque semejante promesa no tardaría en revelarse un compromiso precipitado. Se garantizaba el derecho de la mujer al trabajo, aunque, con tal de no abrir el debate en torno a un posible cambio de la constitución (defendido por buena parte de la extrema derecha), nadie habló de su derecho a ejercer el voto.

Blum, el primer presidente de gobierno socialista de Francia y también el primer judío en ostentar el cargo, dirigió un gabinete —en el que había tres ministras— integrado por partidos socialistas y radicales. Los comunistas (y varios otros partidos minoritarios) lo apoyaban, aunque prefirieron no formar parte de él. Antes incluso de que el nuevo gobierno tomara posesión, el país se vio azotado por la mayor oleada de huelgas que había conocido nunca Francia, a menudo espontáneas, realizadas alegremente, en un ambiente festivo, como de carnaval. Casi dos millones de trabajadores, muchos no sindicados, y entre los que había gran cantidad de mujeres que percibían salarios bajísimos, participaron en millares de huelgas, ocupaciones de fábricas y sentadas, mayoritariamente en el sector privado. Restaurantes y cafés cerraron sus puertas, los huéspedes de los hoteles tuvieron que arreglárselas sin servicio de habitaciones, en los

principales grandes almacenes de París no había dependientes que atendieran a los clientes, y el cierre de las estaciones de servicio hizo que los automovilistas no pudieran llenar sus depósitos. La alegría de los huelguistas y de sus partidarios era un elemento más del cuadro. Otro sería la condena generalizada del desorden social por parte de la clase media simpatizante de las derechas, que temían que aquello fuera el anuncio del advenimiento del comunismo. La polarización política se acentuó.

La gigantesca oleada de huelgas indujo a los empresarios a concentrar sus mentes. En una sola tarde, el 7 de junio, en una reunión en la residencia del primer ministro en el Hôtel Matignon, accedieron a las primeras exigencias de los sindicatos. Las relaciones laborales se transformaron de la noche a la mañana. Se accedió al derecho de los trabajadores a sindicarse, a la negociación colectiva, al reconocimiento de los enlaces sindicales, a la prohibición de medidas punitivas contra los huelguistas y a aumentos salariales de alrededor del 15 %. La semana laboral de cuarenta horas y dos semanas de vacaciones pagadas al año (que, unidas a la rebaja de las tarifas ferroviarias, dieron comienzo al éxodo estival de París y otras grandes ciudades que se convertiría en un rasgo permanente de la sociedad francesa) se convirtieron en ley en cuestión de días. La oleada de huelgas remitió gradualmente. La avalancha de leyes continuó con la prohibición de las ligas paramilitares el 18 de junio, lo que calmó los desórdenes políticos y la violencia callejera (aunque obligara a algunos sectores de la extrema derecha a pasar a la clandestinidad). Se aprobaron otras leyes que introdujeron la reforma del Banco de Francia, subieron la obligatoriedad de la escuela a los catorce años, nacionalizaron la industria armamentística y apaciguaron a los labradores fijando grandes aumentos a los precios del grano. Se creó un nuevo Ministerio de Deportes y Ocio con el fin de democratizar el acceso a las actividades al aire libre (y contrarrestar de paso la militarización del ocio en las organizaciones fascistas), que ofrecía formas atractivas de entretenimiento a la clase obrera, y comportaba la mejora de la sanidad pública. En consecuencia, el ciclismo, el excursionismo, los albergues juveniles y el turismo popular recibieron un gran estímulo, las instalaciones deportivas mejoraron y se promovió el

interés general por el deporte y la participación en él. En general, el nivel de la intervención emprendida por el gobierno del Frente Popular en tan poco tiempo fue notable.

Tal era la euforia que reinaba en la izquierda francesa. Eric Hobsbawm, que más tarde se convertiría en uno de los historiadores más eminentes de Europa y que por entonces era un joven revolucionario de diecinueve años, vivió la extraordinaria atmósfera reinante en París el 14 de julio de 1936, aniversario de la toma de la Bastilla en 1789. Recordaba cómo «las banderas rojas y tricolores, los líderes, los contingentes de obreros ... pasaban ante las masas aglomeradas en la calzada, las ventanas atestadas de gente, los propietarios de los cafés, los camareros y los clientes saludando amablemente, y el entusiasmo aún más amable del personal de los burdeles aplaudiendo».

La euforia estival no tardó en evaporarse, el ambiente de carnaval se disipó y volvieron a aflorar las preocupaciones y angustias de la vida cotidiana. El gobierno se encontró muy pronto con dificultades. El experimento socialista limitado de Blum se encontró rápidamente con vientos contrarios procedentes de los mercados internacionales. La negativa a devaluar el franco no tardó en revelarse un error que dificultaba aún más el margen de maniobra del gobierno. Las grandes empresas retiraron sus inversiones del país. La subida de los costes de la semana laboral de cuarenta horas se tradujo en una subida de los precios, estimulando la inflación creciente a la que no respondió un aumento de la productividad. Las presiones sobre el franco y las reservas de oro se incrementaron. En septiembre de 1936 el gobierno se vio obligado a reconocer su primer error y devaluó el franco alrededor de un tercio. Ni siquiera esta medida acabó con las presiones sobre la divisa. La inflación se comió las ganancias de los trabajadores y los ahorros de la clase media. El apoyo al gobierno fue disminuyendo. Cuando el senado, dominado por los conservadores, se negó a conceder los poderes de emergencia solicitados por el gobierno en junio de 1937 con el fin de combatir las dificultades financieras del país, Blum presentó su dimisión y fue sustituido por Camille Chautemps, del Partido Radical. Los ministros socialistas (incluido Blum) permanecieron en el

gobierno. Pero el ímpetu socialista había desaparecido. El gobierno estaba dominado ahora por los radicales, cuyas inclinaciones políticas estaban trasladándose hacia la derecha, hacia un conservadurismo mayor.

Chautemps, autorizado por el parlamento para gobernar por decreto (en virtud de unos poderes que le habían sido negados a Blum), subió los impuestos y puso fin a las reformas sociales. Pero muchas de las medidas que habían provocado la caída del gobierno de Blum siguieron vigentes. Los precios continuaron subiendo. La deuda pública siguió creciendo. El franco siguió perdiendo valor (obligando por fin a una nueva devaluación). La productividad siguió estancada. Siguieron fomentándose los desórdenes. El Frente Popular siguió languideciendo, abrumado por unos problemas económicos inabordables, obligado a hacer frente a la oposición implacable de la derecha conservadora y fascista, y abocado a un peligro cada vez mayor en el ámbito internacional.

Blum volvió a la jefatura del gobierno en marzo de 1938, pero en medio de un clima internacional completamente distinto tras la incorporación de Austria al Reich alemán. De momento, acosada por las preocupaciones en materia de política exterior, Francia perdió la paciencia con los experimentos sociales y económicos. Blum se desengañó rápidamente y perdió toda esperanza de hacer progresos con nuevos intentos de inversiones estatales, controles de cambios e impuestos sobre el capital. El aumento del gasto en rearme impuso sus propias limitaciones al gasto del gobierno en asuntos sociales, mientras que la fuga de capitales y la disminución de las reservas de oro exigieron nuevos recortes del gasto público y finalmente una tercera devaluación del franco. La primera administración de Blum había durado 382 días; la segunda acabó a los 26. Con su salida de la presidencia del gobierno por segunda vez, la política giró hacia la derecha conservadora bajo el liderazgo del nuevo primer ministro, Édouard Daladier, del Partido Radical. Daladier era considerado un hombre competente, la mismísima encarnación de la pequeña ciudad de provincias, respaldado a un tiempo por el pequeño y el gran capital y elogiado por la derecha por haber echado por tierra buena parte de la legislación social de Blum, poniendo fin así a «la revolución de junio de 1936».

La construcción del Frente Popular, que unió a socialistas, comunistas y al centro político representado por el Partido Radical en un intento de hacer frente y derrotar al fascismo en Francia, fue una estrategia racional y sensata. Como mínimo frenó la amenaza que para la República significaba la derecha paramilitar. Pero por mucho que el Frente Popular fuera necesario, es igualmente obvio que su fracaso y su incapacidad de asentarse con firmeza estaban garantizados casi desde el primer momento. No había posibilidad alguna de que se adoptara un programa social revolucionario, como el que habrían favorecido los comunistas. Con el respaldo sólo de un 15 % de la población habría sido imposible aprobarlo. La clientela de clase media del Partido Radical se habría sentido horrorizada ante cualquier amenaza para sus propiedades. Y los socialistas se habrían visto obligados a traspasar una línea cuidadosamente trazada que habría acabado con todos sus apoyos, ya fueran los de la izquierda o bien los de la derecha. Pero las reformas sociales con cuentagotas introducidas frente a buena parte de la sociedad, arrancadas a la fuerza a los representantes de la gran empresa, y rechazadas por los mercados internacionales, hicieron que sus probabilidades de éxito fueran poquísimas.

La creación del Frente Popular fue sólo posible debido a un compromiso semejante a un matrimonio a punta de pistola alcanzado entre unos socios ideológicamente incompatibles. Ese compromiso disimuló de forma transitoria y superficial ante el enemigo común las profundas divisiones existentes. Pero era un edificio frágil cuyos cimientos se vieron socavados por los abrumadores problemas a los que hubo de enfrentarse el gobierno. Las relaciones entre los dos partidos de izquierdas fueron puestas gravemente a prueba. La antipatía de los socialistas por los comunistas se intensificó como consecuencia de la enorme publicidad concedida a los relatos negativos acerca de las condiciones reinantes en la Unión Soviética y las informaciones sobre las farsas judiciales de Stalin. Los comunistas, por su parte, consideraron a Blum un «asesino de los trabajadores» después de que la policía abriera fuego contra unos manifestantes comunistas en el curso de un acto de protesta organizado en Clichy, un barrio de clase obrera de París, en marzo de 1937, en el que se produjeron 6 muertos y 200 heridos.

La caldera española

El fracaso de la izquierda en Francia no tardaría en desaparecer a la sombra de la tragedia mucho mayor para la izquierda que tuvo lugar en España, cuando los penosos esfuerzos del gobierno del Frente Popular francés cedieron el puesto en la conciencia pública a los acontecimientos que estaban desarrollándose al otro lado de la frontera española. La izquierda española, con un amplio respaldo popular y los recursos del estado a su disposición, estaba dispuesta a luchar para defender la República. No obstante, se hallaba gravemente debilitada por las enconadas divisiones de facciones, los conflictos internos y las fisuras ideológicas, dificultades a las que habría que sumar los sentimientos separatistas regionales más fuertes de toda la Europa occidental (especialmente en las regiones relativamente avanzadas de Cataluña y el País Vasco). Más dañina aún para la izquierda era la profunda polarización de la sociedad española, que databa de mucho tiempo atrás. En contraste incluso con Francia, en España había un abismo que separaba a los grupos de derechas e izquierdas. Además las lealtades republicanas no estaban tan arraigadas como en Francia. Y tampoco estaban asociadas a ningún acontecimiento simbólico, trascendental para la historia de la nación y capaz de marcar toda una época, equivalente a la Revolución Francesa.

En España la Segunda República era de creación reciente, pues databa sólo de abril de 1931. Había sido traída por la izquierda, y era fundamentalmente rechazada por toda la derecha, cada vez más extrema, cuyo antisocialismo era muy hondo, visceral y generalizado. El rechazo al socialismo se integró fácilmente en el tejido de los inmarcesibles valores católicos que envolvían gran parte de las provincias españolas y que la derecha había incorporado a su imaginería de lo que era la nación española. Esta hostilidad contaba por supuesto con el apoyo de las elites de poder tradicionales, que eran las que más tenían que perder con el temido régimen socialista: los terratenientes, los grandes magnates de la industria, la Iglesia católica y, lo que era más significativo, importantes sectores del cuerpo de oficiales del ejército. Su poder estaba en retroceso, pero todavía intacto. Acabar con la República por la fuerza era para ellos una opción siempre

abierta. Al fin y al cabo, la dictadura de Primo de Rivera había llegado a su fin hacía pocos años, en enero de 1930, y los pronunciamientos (o golpes de estado militares) hacía tiempo que ocupaban un lugar destacado en la política española. En marzo de 1936 los generales españoles estaban conspirando para lanzar un nuevo intento de derrocar a un gobierno electo.

El triunfo de la izquierda socialista y republicana en las elecciones de 1931, como señalamos en el capítulo 5, había sido efímero. En noviembre de 1933, cuando tuvieron lugar las nuevas elecciones, la derecha había vuelto a cobrar fuerza. La izquierda sufrió una contundente derrota a manos de una coalición derechista formada por la CEDA y el Partido Radical, bajo el liderazgo de Alejandro Lerroux, que pasó a ocupar el cargo de primer ministro. Los dos años siguientes pusieron fin a los modestos avances sociales hechos desde la fundación de la República y a menudo trajeron consigo incluso su derogación. Para la izquierda aquellos años fueron el «bienio negro», marcados por el aumento de la amenaza fascista y una dura represión. La huelga de dos semanas de duración de los mineros de Asturias, en el norte del país, en octubre de 1934, que echaron mano a todas las armas que pudieron encontrar para atacar a la policía, acabó cuando fue sofocada de manera sangrienta por la brutal actuación de las tropas traídas especialmente de Marruecos, al mando ni más ni menos que del futuro dictador, el general Francisco Franco. La represión fue feroz, a veces bárbara. Perdieron la vida 2.000 civiles, 4.000 resultaron heridos y 30.000 fueron encarcelados, siendo muchos de ellos torturados en prisión. España estaba ya al borde de la guerra civil.

Cuando la coalición de gobierno se rompió, acosada por los escándalos financieros y las disputas políticas, fueron convocadas nuevas elecciones para febrero de 1936. Mientras tanto la izquierda había formado el Frente Popular, un pacto electoral de republicanos (cuyo respaldo estaba formado principalmente por la clase media) y socialistas —las dos fuerzas principales—, apoyado con mayor o menor grado de entusiasmo por los comunistas, los separatistas catalanes y los sindicatos socialistas y anarquistas. Frente a ellos se presentó a las elecciones un bloque nacional de grupos de derechas. El país estaba partido por la mitad y más radicalizado que nunca. Las elecciones fueron presentadas como una

competición por el futuro de España. Para la derecha se trataba de elegir entre el bien y el mal, el catolicismo y el comunismo, «la España de las viejas tradiciones» y «la anti-España de la destrucción, la quema de iglesias y ... la revolución». Las voces de la izquierda amenazaban con «hacer en España lo que se ha hecho en Rusia». Cuando llegó el recuento de votos, resultó que el Frente Popular había obtenido una victoria histórica, estrecha por el número de votos emitidos (4.654.111 frente a 4.503.524), pero arrolladora en el reparto de escaños (278 frente a los 124 de la derecha).

La unidad del Frente Popular no duró más que lo que duraron las elecciones. El gobierno, compuesto sólo por los republicanos, fue débil desde el principio. Los socialistas, a su vez desunidos, se negaron a participar en él. El partido estaba dividido entre un ala reformista, encabezada por el moderado Indalecio Prieto, y la UGT (Unión General de Trabajadores), cada vez más revolucionaria, capitaneada por Francisco Largo Caballero, encantado de lucir el mote de «Lenin español» que le había concedido la prensa soviética. Las Juventudes Socialistas, como la organización sindical, también veían el futuro como una revolución a gran escala, no en términos de un reformismo asistemático. El atractivo del partido comunista, todavía pequeño, pero en rápido crecimiento, era evidente.

El gobierno empezó por restablecer los cambios sociales y económicos de 1931-1933, liberó a los presos políticos, expropió tierras de las grandes haciendas y devolvió la autonomía a Cataluña (prometiéndosela también a los vascos). Pero el control del gobierno era débil. Los campesinos pobres y los jornaleros del campo ocuparon algunas grandes haciendas en el sur de España. Las huelgas se multiplicaron en los centros urbanos. La quema de iglesias —símbolos del poder opresivo del catolicismo— se extendió más de lo que lo hiciera en 1931 y supuso un regalo propagandístico para la derecha. Se perpetraron numerosos asesinatos, tanto por activistas de izquierdas como de derechas. Unos y otros se decantaban cada vez más hacia los extremos. La Falange, que hasta entonces había sido una pequeña facción de derechas, de repente se vio incrementando sus militantes, muchos de ellos antiguos miembros del movimiento juvenil de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), que apoyaban

una postura antirepublicana más agresiva que la de muchos seguidores de más edad del partido. Y mientras tanto, sin que el gobierno se enterara, iba tramándose la conspiración.

Algunos líderes del ejército, incluido Franco, habían contemplado la posibilidad de dar un golpe de Estado directamente después de las elecciones. Pero la ocasión no estaba madura. Antes bien, los generales prefirieron observar y esperar. El gobierno había intentado neutralizar posibles turbulencias por parte de los militares destituyendo a Franco del puesto de jefe del estado mayor y enviándolo a las islas Canarias. El general Emilio Mola, conocido por su fuerte hostilidad a la República (y de hecho el principal motor del golpe de Estado proyectado), también fue destituido. Curiosamente, sin embargo, Mola fue trasladado del puesto de mando que ocupaba en el Marruecos español y colocado al frente de una guarnición en Pamplona, en el norte de España, un destino clave desde el que pudo establecer estrechos vínculos con los partidarios clandestinos del alzamiento. Aunque fueron detenidos algunos falangistas, todavía fueron capaces de organizarse desde el interior de la cárcel. Pero aquel gobierno débil no tomó muchas más medidas para evitar problemas.

El 17 de julio de 1936 dio comienzo la sublevación en el Marruecos español y las Canarias, propagándose por la España peninsular durante los dos días siguientes. Los conspiradores esperaban que fuera un golpe rápido y que los militares se hicieran enseguida con el poder. Pero pronto quedó claro que las cosas no iban a suceder así. En algunas zonas de la península las guarniciones militares y buena parte de la población apoyaron a los rebeldes. La sucesión de tres primeros ministros en dos días fue un claro indicio del pánico que se apoderó del gobierno. Mola se sintió lo bastante seguro como para rechazar una solicitud de tregua que hubiera supuesto una solución de compromiso. En otros lugares, sin embargo, aunque a menudo se las vieran y se las desearan para no sucumbir, el ejército y la policía se mantuvieron leales a la República. Los trabajadores tomaron las armas en Madrid, Barcelona, San Sebastián y muchos lugares del País Vasco, y en algunas otras zonas. En cuestión de días España estaba completamente dividida, igual que lo había estado en las elecciones del mes de febrero.

El este y el sur seguían en su mayor parte al lado de la República. Los rebeldes, sin embargo, habían obtenido rápidamente ganancias en el sudoeste, el oeste y buena parte del centro de España. Desde el punto de vista militar, las fuerzas de la República y las de los rebeldes estaban bastante igualadas; económicamente, las regiones más importantes desde el punto de vista industrial seguían en manos del gobierno. La gente, incluso a nivel de pueblos y aldeas, tomó partido: por la derecha o por la izquierda, por la República o el fascismo. La violencia se incrementó vertiginosamente. Incluso durante los primeros días se cometieron tremendas atrocidades por ambos lados. En las zonas que lograron conquistar, los rebeldes asesinaron y ejecutaron sumariamente a gran número de personas. Es imposible determinar la cifra exacta de muertos, aunque indudablemente ascendió a millares. También en el bando republicano se multiplicaron los actos de venganza contra los partidarios del alzamiento o los enemigos de clase. Se aprovechó la ocasión para saldar muchas cuentas. La «justicia revolucionaria» dictada por tribunales improvisados produjo numerosas ejecuciones. El clero fue objeto de una violencia horrorosa. Más de seis mil clérigos —curas, frailes y monjas— fueron asesinados, se quemaron iglesias y se destruyeron imágenes religiosas. La cosa estaba adquiriendo las proporciones de una guerra civil en toda regla. Pero no se divisaba ningún vencedor claro.

Empezó a notarse un importante giro en el equilibrio del poderío militar a finales de julio y comienzos de agosto, cuando Hitler y Mussolini —en su afán por impedir que el comunismo lograra afianzarse en la península Ibérica— proporcionaron los aviones para trasladar desde Marruecos hasta la Península a la flor y nata del ejército de África, al mando de Franco, formado por más de 30.000 combatientes recios y experimentados. Fue el comienzo de la progresiva ayuda prestada a las tropas de Franco por Alemania e Italia. Tanto Hitler como Mussolini esperaban finalmente obtener el respaldo de la España nacional y mientras tanto veían encantados la oportunidad de ensayar su potencia de fuego lejos de sus fronteras. El Portugal de Salazar, temeroso del triunfo del bolchevismo en el país vecino, también suministró hombres y pertrechos a los rebeldes.

Como consecuencia, las fuerzas nacionales rebeldes consiguieron una notable ventaja. Ésta habría podido ser contrarrestada si las democracias occidentales hubieran proporcionado armas a otra democracia como la suya. Sin embargo, en agosto, Inglaterra, seguida de cerca por Francia (donde Blum estaba destrozado mentalmente y lleno de remordimientos por privar de ayuda a los socialistas españoles), fue la primera en intentar alcanzar un acuerdo internacional para no suministrar armas a la España republicana. Los británicos estaban ansiosos por impedir que la intensificación del conflicto español se convirtiera en una guerra en toda regla en Europa. Pero como consecuencia de todo ello la lucha en España se decantó hacia la perspectiva de una victoria de los nacionales. Stalin respondió en otoño a la petición de ayuda militar enviada por el gobierno republicano, pero la desigualdad en el aprovisionamiento de armas continuó. Por fin, veinticuatro países firmaron un Pacto de No Intervención. Alemania, Italia y la Unión Soviética también lo firmaron, mostrándose de boquilla a favor de la no intervención, al tiempo que suministraban grandes cantidades de armamento a los contendientes.

A pesar de la política oficial de no intervención, al menos 30.000 voluntarios (buen número de ellos judíos) de diversos países europeos —en su mayoría socialistas, comunistas y sindicalistas organizados por la Comintern en las Brigadas Internacionales— se trasladaron a España a partir del otoño de 1936 con el fin de salvar a la República. La mayoría de ellos, de un modo u otro, eran idealistas, que combatían, según creían, en una guerra de clases y en la lucha que pretendía traer la derrota del fascismo. Miles de ellos perdieron la vida en el intento. Su contribución militar fue exagerada por la propaganda soviética de la época, y a menudo también después. Pero es indudable que las Brigadas Internacionales desempeñaron un papel destacado en algunas grandes batallas, empezando por los combates para salvar a Madrid de las fuerzas rebeldes. A juicio de un periodista británico, Henry Buckley, que vio a las Brigadas Internacionales en acción, sus integrantes «fueron en gran medida héroes por la forma en que combatían. Sus armas eran malas, resultaba difícil imponer entre ellos la disciplina, hablaban una decena de lenguas distintas y eran pocos los que sabían una palabra de español. Obraron milagros por

puro heroísmo». Para la izquierda europea, el comienzo de la guerra civil española fue una fuente de inspiración. Poco a poco, sin embargo, fue convirtiéndose en una fuente de desmoralización.

Una vez que las tropas de Franco, en su avance hacia el norte en dirección a Madrid, fracasaron en su intento de tomar la capital de España tras un largo asedio en noviembre de 1936, la guerra civil se convirtió en una larga lucha de desgaste librada con una ferocidad sin límites. Se desarrolló un patrón de lento, pero incansable, avance de los nacionales, mientras los republicanos, aunque capaces de llevar a cabo efímeras contraofensivas, se vieron obligados sobre todo a adoptar una postura de defensa tenaz, pero cada vez más desesperada. La primavera y el verano de 1937 fueron testigos de grandes avances de las fuerzas nacionales en el norte. En otoño, tras asegurarse la costa del Cantábrico, incluido el País Vasco (lo que permitió a Franco tener acceso a materias primas de vital importancia y hacerse con el dominio de una región industrial importantísima), el control del gobierno republicano se limitaba a una amplia zona de territorio que se extendía desde Madrid por el sudeste en dirección a la costa y que por el norte se limitaba prácticamente a Cataluña.

La guerra civil proporcionó a los alemanes la oportunidad de llevar a cabo bombardeos experimentales «sin responsabilidad por nuestra parte» (como dijo el barón Wolfram von Richthofen, al mando de la Legión Cóndor, la flota de bombarderos alemana). Al bombardeo de varias ciudades del sur siguieron los ataques aéreos sobre Madrid. Richthofen consideró los resultados «muy buenos». También los italianos bombardearon algunas ciudades y pueblos de España en la primavera de 1938 durante la ofensiva de los nacionales por el norte, mientras que los alemanes intensificaron sus ataques de apoyo a la ofensiva lanzando 600 toneladas de bombas sobre Bilbao. El terrible ataque contra la localidad vizcaína de Guernica a manos de unos treinta bombarderos alemanes y tres italianos el 26 de abril de 1937, que causó asombro y espanto al mundo entero, no fue un caso aislado. Esa misma mañana unos bombarderos alemanes no dejaron «ni una casa intacta» en un ataque contra Guerricaiz, a 8 kilómetros de distancia. El propio ataque sobre Guernica, de tres horas de duración, que pretendía desmoralizar a los vascos y fue, a juicio de los

alemanes, «un éxito técnico completo», dejó la población convertida en un montón de ruinas y mató a casi 300 de sus habitantes. Un cura que llegó a tiempo de contemplar la desolación producida describió vivamente los gritos de la gente que huía aterrorizada de la plaza del mercado mientras el pueblo era pasto de las llamas. El famoso cuadro de Picasso, expuesto en el pabellón español en la Exposición Universal de París de 1937, inmortalizó la destrucción de Guernica en una plasmación gráfica de la barbarie de la guerra moderna. A pesar de la condena del mundo entero, los bombardeos pesados de las fuerzas alemanas en España continuaron. Ese mismo otoño, al final de las luchas en Asturias, los mandos de la Legión Cóndor tomaron la decisión de «desplegar despiadadamente las escuadrillas contra todos los lugares y medios de transporte existentes en el reducido espacio vital de los Rojos».

La guerra distaba mucho de estar acabada en el otoño de 1937. Pero había tomado un rumbo inexorable. La conquista de España por los nacionales era lenta, pero incesante. Esa lentitud se debió en parte a la fuerte defensa de los republicanos. Pero se debió mucho también a la propia manera de hacer la guerra que tenía Franco. La guerra era para él una cruzada destinada a restaurar la grandeza de la España católica. Ello exigía no sólo la derrota, sino la erradicación de aquellos que, a su juicio, eran los enemigos internos de España. Por consiguiente, Franco no llevaba ninguna prisa por conseguir una victoria rápida, pero superficial.

Francisco Franco, nacido en 1892, había pasado todos sus años de formación en el ejército. Una combinación de extraordinarias cualidades militares, de ambición ardiente y de determinación inquebrantable, le había permitido llegar a la cúspide de los mandos del ejército. Aunque tardó en unirse a la conspiración contra la República, el puesto que ocupaba al frente del ejército de África fue trascendental para el éxito del alzamiento. A finales de septiembre de 1936 fue aceptado por los nacionales como comandante supremo del ejército y jefe del estado. En abril del año siguiente unificó las diversas facciones de la derecha en un único partido de nombre larguísimo —Falange Española Tradicionalista y de las JONS [Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista]—, que prácticamente no se usaba nunca entero y que invariablemente era abreviado con las siglas FET.

Franco no tenía el carisma de Hitler ni el de Mussolini. Era un producto militar en toda la extensión de la palabra. No había llegado a esa posición de predominio por sus discursos demagógicos ni por sus maniobras políticas, sino a través del escalafón del ejército y por su indudable talento militar. Su apariencia personal era muy poco atractiva, pues era bajito y tenía una voz chillona, como de pito. Sin embargo tenía una frialdad glacial en su crueldad para con sus enemigos, que, a su juicio, eran muchos. Consideraba que la masonería, el comunismo y el separatismo eran los males que habían traído la decadencia, la corrupción y el retroceso de España desde su época dorada del siglo XVI. Su cautela como comandante militar era inseparable de su determinación de consolidar la conquista de España por los nacionales a través de la destrucción total y permanente de cualquier enemigo que le saliera al paso. Antes de firmarlas, leía personalmente de cabo a rabo las condenas de muerte dictadas en los juicios masivos a los que fueron sometidos sus oponentes. Sus tropas llevaron a cabo alrededor de 200.000 ejecuciones. Un millón de presos fueron hacinados en cárceles y campos de trabajo. Pretendía que aquello fuera una lección inolvidable para la izquierda y para el resto de sus enemigos.

El hecho de que la República lograra resistir a las fuerzas de Franco con tanta tenacidad y durante tanto tiempo es de por sí notable teniendo en cuenta las divisiones, las luchas internas, el rencor y la incompatibilidad ideológica que acosaban al bando progubernamental. Socialistas (ferozmente divididos ellos también), anarquistas, sindicatos socialistas y anarquistas, comunistas seguidores de la línea de Stalin, facciones del comunismo que rechazaban la línea de Stalin, y la izquierda catalana, que tenía sus propios planes, todos estaban unidos en su determinación primordial de derrotar al fascismo. (Las diferencias puristas de definición sobre si las fuerzas nacionales eran auténticamente fascistas o no son irrelevantes. Para los republicanos *eran* fascistas. ¿Quién puede decir que estaban equivocados?) El antifascismo era la fuerza más unificadora. Detrás de eso no había más que divisiones y facciones.

Durante los primeros meses de la guerra había dado la sensación de que la República estaba a punto de desintegrarse. Al verse acorralado, el propio gobierno había abandonado Madrid en noviembre de 1936 y se había trasladado a Valencia (y en octubre del año siguiente se retiró más todavía, hasta Barcelona, en Cataluña). Para entonces la autoridad del estado a menudo había sido sustituida por comités antifascistas que habían surgido a raíz del alzamiento nacional y se habían hecho con el poder en sus localidades. Los nacionalistas vascos proclamaron una república vasca autónoma. También Cataluña iba por su cuenta, lo mismo que Aragón. Los sindicatos socialistas y comunistas impusieron lo que podría llamarse una revolución social espontánea. Las fincas, las industrias y las empresas fueron colectivizadas, se crearon milicias locales, y el gobierno fue asumido por consejos revolucionarios locales. Toda aquella situación era en gran medida caótica, aunque funcionara en cierto modo; al menos a corto plazo.

George Orwell describió las condiciones reinantes en Barcelona, donde se integró en la milicia de una pequeña organización comunista no alineada con Moscú, el Partido Obrero de Unificación Marxista, habitualmente abreviado POUM: «Prácticamente todos los edificios de cierto tamaño habían sido incautados por los obreros y habían sido engalanados con banderas rojas o con la bandera roja y negra de los anarquistas; en todas las paredes había pintadas con la hoz y el martillo y con las iniciales de los partidos revolucionarios; casi todas las iglesias habían sido destruidas y no quedaban de ellas más que las paredes, y sus imágenes habían sido quemadas ... Todos los comercios y todos los cafés tenían una inscripción que decía que habían sido colectivizados ... Casi todo el mundo llevaba las ropas bastas de la clase trabajadora, o monos azules o alguna variante del uniforme de miliciano». No era muy probable que la revolución social se ganara las simpatías de nadie, aparte de los marxistas convencidos, aunque no hubiera más remedio que acatar el nuevo orden.

Las propias milicias estaban armadas de forma muy precaria y muy mal organizadas: «Una auténtica chusma según todos los criterios habituales», a juicio de Orwell. Era harto improbable que semejantes fuerzas pudieran ganar una guerra contra las tropas bien armadas y disciplinadas de Franco. El gobierno central no tuvo más remedio que

adaptarse, y además hacerlo a toda prisa. En el mes de septiembre los socialistas y los comunistas formaron un gobierno auténticamente de Frente Popular presidido por Largo Caballero, considerado en aquellos momentos (aunque temporalmente) una figura unificadora, no ya causante de mayor división. El gobierno se mostró de acuerdo en que la revolución social tendría que esperar a que llegaran mejores tiempos. Mientras tanto era urgente sustituir las milicias por un ejército organizado como era debido. Poco a poco se reafirmó la autoridad central. Fue tomando forma un ejército unificado, respaldado por una economía centralizada, el servicio militar obligatorio, el racionamiento y una defensa civil organizada.

Todo esto se llevó a cabo en buena parte gracias a la influencia cada vez mayor de los soviéticos. Con la llegada de las armas estalinistas la influencia de los comunistas dentro del gobierno se incrementó, pero en el fondo los comunistas no estaban interesados en una república «burguesa», sino sólo en salvarla del fascismo con el fin de ponerse posteriormente al frente de una «auténtica» revolución, y mientras tanto pretendían eliminar a todos sus rivales de la izquierda radical, como por ejemplo trotskistas y anarquistas. En mayo de 1937 Largo Caballero se vio obligado a dejar el cargo y fue sustituido por Juan Negrín, un político astuto y un administrador competente (anteriormente había sido ministro de Hacienda), a cuyo juicio el papel más dominante de los comunistas constituía un precio aceptable y la mejor oportunidad de derrotar a Franco. En Cataluña y Aragón se puso fin a la revolución social y el POUM fue aplastado en el curso de una purga despiadada. La República fue capaz de seguir luchando, aunque la influencia cada vez mayor de los comunistas distaba mucho de ser bien vista por muchos en la zona republicana y contribuyó a la desmoralización generalizada.

En 1938 la agonía final de la República estaba a la vuelta de la esquina. Una última ofensiva republicana en la cuenca baja del Ebro, al este del país, fracasó estrepitosamente. La moral iba deteriorándose a pasos agigantados, y el cansancio de la guerra era generalizado. El suministro de alimentos fue agotándose. Cataluña cayó por fin a comienzos de 1939. Fueron hechas grandes cantidades de prisioneros, que quedaron a merced de los nacionales. Medio millón de refugiados huyeron a Francia en busca de

un futuro incierto, a menudo de miseria. Lo que quedaba del control republicano sucumbió en el mes de marzo. El 26 de marzo los nacionales entraron por fin en Madrid. A finales de mes, el resto del territorio de la República estaba en sus manos. El 1 de abril Franco declaró acabada la guerra. Más de 200.000 hombres habían perdido la vida en el campo de batalla. Más de un millón (de una población de 25 millones) habían sido muertos, torturados o encarcelados. Y muchos más huyeron al exilio.

Franco y sus seguidores no mostraron piedad tras la victoria. Encarnación del espíritu de purga redentora que pretendía purificar a España era el hombre nombrado para presidir el Tribunal de Responsabilidades Políticas, Enrique Suñer Ordóñez. Antiguo catedrático de pediatría en la Universidad de Madrid, en 1938 había calificado a los republicanos de «monstruos ... diabólicos ... sádicos y locos». Detrás de ellos veía a los masones, a los socialistas, a los anarquistas y a los judíos apoyados por los soviéticos, que estaban haciendo realidad los planes de sus *Protocolos de los sabios de Sión*. Según su mente calenturienta, la finalidad de la guerra era «fortalecer la raza» y «llevar a cabo la total extirpación de nuestros enemigos». Semejantes actitudes caracterizaban el enfoque vindicativo que se daba a una izquierda demonizada. Unos 20.000 republicanos fueron ejecutados después de acabada la guerra. Varios millares más murieron en las cárceles, los campos de concentración y en los batallones de trabajos forzados. Las muertes continuaron hasta bien entrados los años cuarenta.

El silencio se abatió entonces sobre la mitad de España que había defendido a la República frente a los rebeldes nacionales de Franco. Lo único que quedaba era la discriminación, la miseria y el sufrimiento, junto con un triste acomodo a la nueva dictadura represiva. Ese silencio duraría más de treinta y cinco años hasta que la muerte de Franco en 1975 trajera un nuevo comienzo para España.

¿Habría podido evitarse la guerra civil? No parece muy probable. Las posibilidades de evitarla eran escasas en 1936. El país estaba completamente dividido y el gobierno, durante los primeros meses tras las elecciones de febrero, fue perdiendo el control de la situación a pasos agigantados. Cuando el mes de mayo Indalecio Prieto recibió el encargo de

formar gobierno y se encontró con el bloqueo de su rival por la izquierda, Largo Caballero, probablemente se esfumara la última oportunidad de evitar una guerra civil. En ese momento un gobierno socialista fuerte, pero moderado, tal vez habría impedido que diera su apoyo a los nacionales al menos parte de la clase media que había sido asustada por la izquierda y había girado hacia la derecha. De hecho, lo que consiguió Largo Caballero fue que el gobierno siguiera siendo débil y que la izquierda continuara dividida, mientras que la mayoría de la clase media cifraba sus esperanzas en los rebeldes y no en la República. Tampoco pudieron ponerse en práctica los planes de Prieto de limitar los poderes de la policía, desarmar las escuadras del terror fascista y nombrar un jefe de los servicios de seguridad del estado de confianza. Resulta, sin embargo, harto dudoso que Prieto hubiera podido introducir unas reformas capaces de desactivar la situación, dada la escasa fe que en aquellos momentos tenía la izquierda en una solución «moderada» y lo decidida que estaba la derecha a acabar con la República. Resulta igualmente dudoso que él o cualquier otro líder republicano hubiera podido reunir suficiente poder para detener a los líderes de derechas y quitar de en medio a los mandos militares más significativos cuya lealtad a la República, como era de todos sabido, era dudosa. En cualquier caso, ni siquiera se hizo el intento. A los que deseaban causar el mayor daño posible a la República se les permitió seguir libres para tramar la sublevación militar que pretendía acabar con ella.

¿Habría podido ganar la guerra la República? Una vez que se produjo el alzamiento, que Mola se negó a aceptar los términos de una tregua, que Franco trasladó al ejército de África de Marruecos a la Península y que los nacionales consolidaron sus primeras ganancias territoriales importantes, la victoria de la República resultaría cada vez más improbable y a mediados de 1937 era prácticamente imposible. Las divisiones y conflictos de la izquierda no beneficiaron en nada a la República. Sin embargo, no causaron su derrota. Aunque nunca con absoluta eficacia, las fuerzas gubernamentales fueron capaces gradualmente de combatir en una guerra defensiva larga. Pero en ningún momento dio la impresión de que pudieran conseguir una victoria definitiva. Quizá hubieran podido conseguirla si el carácter desigual de la intervención internacional en un conflicto que

rápidamente adquiriría los perfiles de un sucedáneo de confrontación ideológica entre las fuerzas internacionales del fascismo y el comunismo, no hubiera dado una clara ventaja a los nacionales. En realidad, mientras que la ayuda soviética permitió a las fuerzas republicanas prolongar la lucha, pero poco más, las armas proporcionadas a las fuerzas nacionales rebeldes por la Italia fascista y la Alemania nazi fueron trascendentales para asegurar su éxito militar. Decisiva fue la política de no intervención de las democracias occidentales —y la determinación por parte de Estados Unidos de observar la más estricta neutralidad—, que significó que, aparte de la ayuda soviética, los republicanos tuvieran que alimentarse de migajas, mientras que los nacionales recibían regularmente suministros de armas procedentes de las potencias fascistas. Semejante desequilibrio excluiría en la práctica la victoria de los republicanos y aseguraría prácticamente el triunfo final de Franco.

La guerra dejó a España llorando sus propios muertos (aunque muchas de sus heridas más dolorosas permanecieran latentes durante generaciones), a su sociedad todavía claramente partida por la mitad, aunque las profundas divisiones quedaran ocultas bajo una delgada capa de supuesta unidad nacional, a su economía en ruinas, y sus perspectivas de modernización, tan necesaria como era, quedarían diferidas a los años venideros. Para la izquierda española la guerra fue un desastre que duraría décadas, una derrota catastrófica cuyas dimensiones resulta difícil ponderar. Pero ¿tuvo la tragedia humana vivida en España consecuencias políticas más amplias para el resto de Europa? ¿Cómo afectó la derrota de la izquierda al curso general de la historia europea, si es que llegó a afectarle? ¿Una victoria de la izquierda en la guerra civil española, por improbable que fuera, habría hecho algo para impedir el estallido de otra guerra generalizada en Europa?

Parece harto improbable. Resulta imposible conjeturar cómo habría quedado España bajo un gobierno republicano tras una derrota de las fuerzas nacionales de Franco. Cabe suponer que en último término los beneficiarios hubieran sido los comunistas, que habrían llevado a España por la senda de una dictadura de izquierdas. Si hubiera triunfado una izquierda más moderada, resultado por lo demás bastante menos probable, habría supuesto un estímulo para los socialistas en la Europa occidental y

habría ofrecido a Occidente un aliado potencial en un conflicto futuro. Otra posibilidad habría sido mejorar las perspectivas de la «gran coalición» de fuerzas internacionales, incluida la Unión Soviética, propuesta para amedrentar y disuadir a Hitler. Es como mínimo igualmente posible, sin embargo, que un triunfo de la izquierda en España (y en Francia) hubiera supuesto para Hitler —el principal peligro para la paz en Europa— una provocación, más que un amedrentamiento. España habría podido incluso convertirse posteriormente en objetivo de una invasión alemana. Son todos en cualquier caso escenarios que no podemos conocer. Lo cierto es que los acontecimientos de España dejaron a los socialistas desmoralizados: decenas de millares de individuos, procedentes de más de cincuenta países, la mayoría de ellos comunistas, que, movidos por el idealismo, habían corrido a unirse a las Brigadas Internacionales para luchar por la República, quedaron abatidos por lo que consideraron la traición a la causa perpetrada por las democracias occidentales. La guerra de España, sin embargo, contribuyó al reconocimiento cada vez mayor por parte de la izquierda de que no cabía mantener la fe en el pacifismo y el desarme. Sólo la fuerza de las armas podía derrotar al fascismo.

La guerra civil que muchos temían que fuera la precursora del enfrentamiento final del fascismo y el bolchevismo en una nueva guerra europea no acabó siendo eso. Por mucho que Alemania, Italia y la Unión Soviética se enzarzaran en un sucedáneo de conflicto directo en España, ninguna de las tres estaba preparada para una guerra europea en toda regla (aunque desde luego Alemania estaba dando pasos necesarios para que el estallido de una conflagración fuera inevitable). Los alemanes en particular habían aprendido importantes lecciones tácticas acerca de los ataques aéreos en apoyo de las tropas terrestres y sobre la necesidad de mejorar sus tanques. Tanto ellos como los italianos habían visto lo que podían hacer sus bombarderos a la población civil de ciudades y pueblos; y los soviéticos habían comprobado que no podían basarse en las potencias occidentales «burguesas» para defenderse de la creciente amenaza del fascismo. Las democracias occidentales, por su parte, se sentían satisfechas de no haberse visto arrastradas al conflicto. Aunque el resultado fuera una España

nacional capaz de desarrollar lazos todavía más estrechos con las dictaduras fascistas, eso era a sus ojos siempre mejor que un triunfo del bolchevismo cerca de ellas.

La guerra civil duró tres años terribles, que arruinarían a España durante las décadas por venir. Fue, sin embargo, un acontecimiento en buena medida separable de los principales desarrollos que estaban configurando todo el conjunto del continente. España se había situado en los márgenes de Europa antes de la guerra civil. Durante un breve período, realmente traumático, los catastróficos sucesos de España atrajeron sobre ella en gran medida la atención de Europa. Después de 1939, sin embargo, España una vez más se hundió y se convirtió en un rincón atrasado de Europa, que se volvería importante desde el punto de vista estratégico cuando una guerra mucho mayor acabara estallando, pero fuera de eso dejaría de despertar el interés general hasta que las circunstancias completamente distintas que se impusieron durante la Guerra Fría convirtieran a Franco en un valor apreciado para Occidente

Para el resto de Europa, los acontecimientos que conducirían directamente a otra gran conflagración continental tendrían muy poco que ver con España. Se producirían en la zona de peligro más importante, correspondiente a Europa central. Y vinieron determinados por una fuerza a la que la terrible guerra civil de España no afectó de forma significativa: el persistente afán de expansión de Alemania.

La carrera armamentística

En Berlín, a la luz sombría y gris de última hora de la tarde del 5 de noviembre de 1937, los comandantes en jefe del ejército, la fuerza aérea y la armada de Alemania —el general Werner von Fritsch, el general Hermann Göring (director también del Plan Cuatrienal) y el almirante Erich Raeder— se dirigieron a la Cancillería del Reich para que Hitler les comunicara la adjudicación de los contingentes de acero para cada una de las tres armas. Al menos eso era lo que ellos creían que se les iba a comunicar.

Hitler estuvo tres horas hablándoles, aunque no precisamente acerca de la adjudicación de los contingentes de acero. Al principio no hubo sorpresas. Anteriormente muchas veces le habían oído decir que la futura seguridad económica de Alemania no podía garantizarse debido a la dependencia de los caprichos de los mercados internacionales, sino sólo mediante la adquisición de un «espacio vital» (*Lebensraum*). La propia idea, una variante de la ideología imperialista reforzada por la exposición de Alemania al bloqueo económico durante la primera guerra mundial y una de las obsesiones de Hitler desde mediados de los años veinte, implicaba naturalmente expansión y el riesgo, cuando no la certeza, de un conflicto armado en un determinado momento. La idea en sí no preocupaba ni a los líderes militares ni a ninguno de los demás presentes, el ministro de la Guerra, Werner von Blomberg, el ministro de Asuntos Exteriores, el barón Konstantin von Neurath, y el ayudante de campo de la Wehrmacht de Hitler, el coronel Friedrich Hossbach. La cuestión de lo que significaba en la práctica eso de «espacio vital» siempre había quedado abierta. Designaba diversas nociones de expansión futura, pero ninguna de ellas significaba necesariamente una guerra en un futuro próximo. Lo que pasó a decir Hitler a continuación, sin embargo, era que contemplaba precisamente esa posibilidad. Alemania no tenía el tiempo de su lado. La actual ventaja en materia de armamento no duraría mucho. Estaba decidido a actuar en 1943-1944 como muy tarde, pero en determinadas circunstancias incluso mucho antes.

Planteó la posibilidad de atacar Austria y Checoslovaquia incluso al año siguiente, 1938. Aquella noticia alarmó mucho a parte de su pequeño público. No era que les preocupara el hecho de afirmar la supremacía de Alemania en Europa central ni tampoco su dominación económica de la región del Danubio (favorecida especialmente por Göring). Era la perspectiva de guerra entre Alemania y las potencias occidentales lo que despertaba su inquietud. Alemania no estaba preparada en modo alguno para una guerra de envergadura, y lo sabían. Lo que oyeron hizo que Blomberg, Neurath y sobre todo Fritsch se sintieran muy nerviosos. Tres meses después los escépticos habían sido quitados de en medio. Hitler los había destituido a todos de sus puestos.

A medida que 1937 se aproximaba a su fin, la carrera armamentística entre la mayoría de los países poderosos de Europa constituiría un factor determinante fundamental de las acciones de gobierno de cada uno de ellos. La reunión de Hitler con sus líderes militares había sido aparentemente para hablar de la asignación de los contingentes de acero. Y de hecho la escasez de acero estaba creando dificultades muy graves para el programa de rearme de Alemania. La producción de acero era demasiado pequeña para satisfacer las demandas del ejército, imponía drásticas restricciones a la producción de aviones, y dejaba la construcción de buques de guerra muy por detrás de lo que eran los objetivos previstos de la armada. La crisis cada vez mayor del acero había dado lugar en los últimos meses de 1937 a la destitución del ministro de Economía, Hjalmar Schacht, que había dirigido la recuperación económica después de 1933, pero que más recientemente había planteado serias objeciones al programa de gasto militar, que empezaba a quedar fuera de control. Göring, el director del Plan Cuatrienal —el programa de armamento elaborado en el otoño de 1936—, estaba de hecho en aquellos momentos al mando de la economía y lo único que le interesaba de la gestión económica era maximizar la producción de armamento y hacer que Alemania estuviera lista para la guerra en el tiempo más breve posible, independientemente de los costes que ello pudiera conllevar. Cuando los barones de la industria de la cuenca del Ruhr se mostraron reacios a asumir los costes acarreados por la fundición del metal de hierro de calidad inferior para satisfacer sus objetivos de producción nacional, encargó esa misma labor a tres acererías de titularidad pública.

Los líderes de la gran empresa alemana, en su mayoría no demasiado entusiastas de Hitler antes de que se hiciera con el poder, habían cambiado de actitud posteriormente, contemplando con avidez los enormes beneficios que podían sacarse de una economía revitalizada, del *boom* de la producción armamentística, y del dominio previsto de la Europa del este y del sudeste. Por reacios que se mostraran los barones de la industria del acero del Ruhr a invertir en mineral de hierro de baja calidad, eran en cualquier caso los principales beneficiarios del enorme gasto destinado por el estado al rearme. Un conglomerado empresarial tan grande como el gigante de la industria química IG Farben ya había visto multiplicarse sus

ganancias debido a las demandas del Plan Cuatrienal, y todavía le aguardaban unas posibilidades muy apetecibles en el botín de las conquistas alemanas. A sus magnates no les cabía la menor duda de favorecer la expansión hacia Austria y Checoslovaquia, países ambos que ofrecían la perspectiva de grandes beneficios económicos en un futuro próximo, entre otras cosas la adquisición de materias primas y de potencial industrial, necesarios ambos con tanta más urgencia para mantener el esfuerzo armamentístico en una economía sometida a una presión enorme.

Las dificultades en materia de aprovisionamiento y la grave escasez de mano de obra estaban ya intensificándose. Durante los meses sucesivos los problemas se agudizarían cada vez más. Finalmente llegarían a presagiar un inminente colapso de las finanzas del Reich. Cualquier gobierno «normal» se habría sentido obligado a hacer frente a las dificultades frenando el gasto con el fin de evitar el desastre económico. Pero el régimen nazi no era en absoluto «normal». La opinión firme de Hitler, que no tardaría en ser compartida por importantes sectores del complejo militar-industrial, era que sólo la guerra —y la adquisición de nuevos recursos económicos— podía resolver los problemas de Alemania. Lejos de actuar a modo de freno de la deriva de Hitler hacia la guerra, el agravamiento de los problemas económicos de Alemania vino a reforzar su convicción de que la guerra era una necesidad urgente.

El otro país de Europa que se rearmaba con el fin de llevar a cabo una agresión externa era Italia, el socio de Alemania en el Eje. El ritmo de su rearme, sin embargo, era totalmente distinto del de Alemania. La producción de acero, como en Alemania, imponía severas restricciones a la magnitud del rearme. Y lo mismo ocurría con las reservas de divisas en constante disminución. Los magnates de la industria italiana estaban encantados de maximizar sus beneficios con la producción de armas, pero no estaban dispuestos a arriesgar una inversión a largo plazo por unos beneficios a corto plazo. La mala gestión y los graves errores en los encargos de armas dieron lugar a importantes deficiencias en materia de tecnología y de ejecución. Y muchos de los escasos recursos de Italia fueron malgastados en la intervención en la guerra civil española, que duró mucho más de lo que Mussolini había previsto cuando se mostró tan

dispuesto a suministrar ayuda a Franco. A finales de 1937, la combinación de problemas en la economía italiana estaba empezando a imponer restricciones muy significativas al proceso de rearme. El estado carecía de capacidad industrial y de fuerza financiera para sacar adelante un rápido incremento del rearme. De hecho, mientras que otros países intensificaban sus programas armamentísticos, Italia llevó a cabo una reducción del 20 % del gasto en materia militar en 1937-1938 respecto al año anterior. Mussolini pensaba que le harían falta incluso cinco años antes de que Italia estuviera preparada para la guerra. Y aun esos cálculos eran optimistas.

A partir de 1936 las autoridades soviéticas habían reaccionado incluso de forma más contundente ante el creciente peligro que representaba para su país Alemania, aliada con toda probabilidad, se suponía, a otras potencias «fascistas» e «imperialistas». Con todos los sectores de la producción industrial en manos del estado en una economía cerrada y bajo una dictadura brutal, la campaña de rearme a toda costa no conocería límites. La productividad se vería, no obstante, dificultada por la ineficacia, las disputas en torno a las respectivas áreas de competencia entre la industria y el ejército, y los problemas estructurales que comportaba convertir la producción civil en producción militar. A todo eso se sumaron las desastrosas purgas, reflejo a su vez (en parte al menos) de la paranoia de Stalin por los «enemigos internos» que supuestamente amenazaban las defensas soviéticas. Como no habría sido de extrañar, los observadores externos del Kremlin tenían la completa seguridad de que la Unión Soviética había quedado gravemente debilitada y de que, desde luego para un futuro previsible, no constituía una fuerza con la que hubiera que contar. Pese a los avances masivos experimentados en materia de rearme, según las informaciones recibidas, los líderes soviéticos consideraban que el abismo que separaba a su país de Alemania, especialmente en el ámbito trascendental de la calidad del armamento aéreo, lejos de estrecharse, estaba ensanchándose. Y semejante idea resultaba muy inquietante.

Para las democracias occidentales, el rearme constituía un mal necesario, una reacción ante la amenaza cada vez mayor proveniente de Italia y especialmente de Alemania (y también, en el Extremo Oriente, de Japón). Sus finanzas internacionales, el comercio y los negocios no podían

más que verse perjudicados por la guerra y por un gran trastorno continental, cuando no global. Su interés radicaba en mantener la paz. Esta prioridad se vio reforzada, a ojos de los británicos, por las crecientes y costosas dificultades a las que se enfrentaban a la hora de mantener el control de algunas de sus posesiones ultramarinas. La India, donde tenían que luchar con una presión constante en pro de la independencia, seguía siendo un problema de primera magnitud. Aparte de eso, a partir de 1936 (y durante cuatro años enteros) se enzarzaron en la brutal supresión de una gran insurrección árabe contra la dominación colonial y el asentamiento de los judíos en el mandato del territorio de Palestina.

No era que los recursos necesarios para la defensa del Reino Unido fueran desviados en una proporción gigantesca hacia el imperio; los recursos franceses para la defensa de sus propias colonias se hallaban todavía más sometidos a la necesidad urgente de acumular defensas nacionales frente al peligro a todas luces en aumento proveniente del otro lado del Rin. No obstante, la defensa imperial significaba que era preciso suministrarle hombres y recursos. Los líderes políticos y militares de Gran Bretaña se dieron perfectamente cuenta de que los compromisos globales de defensa del país se hallaban excesivamente forzados. Una guerra simultánea en tres teatros de operaciones distintos contra Italia, Alemania y Japón habría supuesto un escenario de pesadilla. Estas negras perspectivas dictaron la política de apaciguamiento —esto es de sosegar a los enemigos potenciales— a la cabeza de la cual se puso Inglaterra, seguida poco después por Francia.

La necesidad de mantenerse a la altura del acelerado programa de rearme de Alemania constituía una poderosa fuente de ansiedad. El estado de las defensas aéreas en particular era poderosamente preocupante. Stanley Baldwin, la figura dominante del Gobierno de Concentración británico y, desde 1935, primer ministro por tercera vez, no había contribuido en nada tres años antes a reducir el miedo del público a los ataques desde el aire en caso de que se produjera otra guerra cuando había afirmado que «los bombarderos siempre se nos colarán». Por aquel entonces, en 1932, esas palabras habían sido una expresión de la vana esperanza de que Gran Bretaña tomara la iniciativa en la ilegalización de los bombardeos como un

elemento más de la campaña en pro del desarme internacional. Cuando esas esperanzas se esfumaron y hubo que reconocer que el rearme alemán a gran escala constituía una realidad ominosa, en el otoño de 1934 volvieron a expresarse los temores de que las defensas de Inglaterra habían sido descuidadas y de que no serían capaces de hacer frente a la disparidad creciente en materia de fuerzas armadas, especialmente de potencia aérea. Por aquel entonces, en una reunión celebrada en Berlín en marzo de 1935, Hitler (más preocupado por el efecto que pudieran tener sus palabras que por su exactitud) había dicho al secretario del Foreign Office, sir John Simon, y al Lord del Sello Privado (ministro sin cartera), Anthony Eden, que Alemania ya había igualado en potencia aérea a Gran Bretaña. El resultado fue una mayor alarma en Londres. A partir de ese momento, los que continuaban estando a favor del desarme —incluida la mayor parte de los partidarios de los liberales y los laboristas— fueron batiéndose progresivamente en retirada. En junio de 1935 Baldwin sustituyó al ineficaz ministro del Aire, lord Londonderry, por sir Philip Cunliffe-Lister, personaje más enérgico y vigoroso. La expansión y modernización de la fuerza aérea adquirieron una mayor urgencia como un capítulo más de la ampliación general (y cada vez más sustancial) del rearme británico.

En su valoración de la ventaja alemana en materia de armamento, los responsables de la planificación militar británica veían el año 1939 como el momento de mayor peligro, en el que Inglaterra debía estar preparada desde el punto de vista militar para hacer frente a Alemania. Algunos pensaban que ese calendario era ilusorio. Había habido algunos avisos siniestros desde dentro del propio ejército —siempre propenso, naturalmente, a presionar a favor de un incremento masivo del gasto en materia de rearme — y desde dentro de las altas esferas del Foreign Office en el sentido de que en aquellos momentos Gran Bretaña no estaba en condiciones de contener la amenaza alemana. Tales rumores hablaban no ya de una disminución, sino de un aumento de la disparidad armamentística entre un país y otro, especialmente en lo tocante a aviación. También se expresaron preocupaciones en el sentido de que un vuelco demasiado rápido de la economía hacia el rearme habría requerido una subida de impuestos y un incremento del coste de la vida. Esta circunstancia a su vez habría

amenazado la estabilidad social, posiblemente abriendo incluso la puerta a una economía militarizada dirigida por el estado de corte socialista. Las opiniones entre los líderes políticos y militares en torno a la gravedad de la amenaza de Alemania, el momento de mayor peligro, y la intensidad con la que debía llevarse a cabo el esfuerzo para superar el abismo que separaba a ambos países en materia de expansión militar, eran muy dispares. La opinión dominante, sin embargo, era que era trascendental ganar tiempo, evitar una guerra prematura y, con suerte, evitar la guerra en absoluto por medio de una diplomacia inteligente, concepto que implícitamente significaba, sin duda alguna, llegar a un acomodo con Alemania. Los argumentos económicos y militares predominantes que se sostuvieron apuntaban en la misma dirección, esto es hacia el apaciguamiento.

La defensa del apaciguamiento por motivos económicos interesaba todavía más a los ministros franceses tras la caída del gobierno del Frente Popular de Blum en 1937. Las políticas de austeridad introducidas con el fin de estabilizar las finanzas del estado eran incompatibles con una ampliación del programa armamentístico. El ministro de Hacienda, Georges Bonnet, señaló que era imposible suministrar a un tiempo cañones y mantequilla. Habría que recortar los grandes programas de rearme. La economía liberal de Francia, afirmaba, sencillamente no podía competir con el gasto sin límites de Alemania en materia de armamento. En consecuencia el presupuesto de defensa para 1938 se vio de hecho recortado. Los jefes de las fuerzas armadas se lamentaron en vano.

La amenaza proveniente del aire, considerada tanto en Francia como en los demás países el mayor peligro en cualquier guerra futura, resultaba particularmente preocupante. La reestructuración de la industria aeronáutica francesa recientemente nacionalizada creó una serie de problemas de producción que se sumarían a las restricciones financieras. En 1937 sólo se construyeron 370 aviones, frente a los 5.606 fabricados por Alemania. El ministro del Aire, Pierre Cot, considerado mayoritariamente un radical de izquierdas y bastante impopular por su defensa del establecimiento de una estrecha alianza con la Unión Soviética, dijo que necesitaba un incremento del 60 % de su presupuesto para galvanizar la producción aeronáutica. En vista de las limitaciones financieras, semejante medida estaba totalmente

fuera de lugar. No es de extrañar que la fuerza aérea francesa viera sus perspectivas muy negras en una guerra futura. Su comandante en jefe predijo a comienzos de 1938 que si ese año estallaba la guerra, «la fuerza aérea francesa sería aniquilada en unos cuantos días». Perfectamente conscientes de su debilidad económica y militar, los líderes de Francia se sentían por temperamento en perfecta sintonía con la política elaborada en Londres de intentar ganar tiempo mientras se procuraba encontrar un modo de llegar a un arreglo con la Alemania de Hitler.

A finales de 1937 la carrera armamentística desencadenada por Alemania empezaba a cobrar su propio impulso y a limitar las opciones políticas entre todas las grandes potencias. Los perfiles del extraordinario drama que iba a desarrollarse durante los años venideros empezaban a tomar forma. Y en ese drama, a medida que el campo de maniobra se restringía objetivamente, el papel desempeñado por un pequeño número de personajes clave resultaría decisivo.

Halcones y palomas

En noviembre, más o menos en el mismo momento en que tenía lugar la reunión en la Cancillería del Reich, en Londres lord Halifax, líder de la Cámara de los Lores, que a punto estaba de convertirse en secretario del Foreign Office, se preparaba para visitar a Hitler. Esperaba llegar a un arreglo con el dictador alemán en lo tocante a Europa central. Ése era el primer paso previsto por una política más activa de apaciguamiento que reflejaba la iniciativa del nuevo primer ministro británico, Neville Chamberlain, que había sustituido a Baldwin el 28 de mayo.

Baldwin quizá pensara que se había retirado del cargo de primer ministro en un buen momento. El mes de diciembre anterior había manejado con destreza la crisis de la abdicación, cuando el rey Eduardo VIII había renunciado al trono a favor de su hermano, Jorge VI, para casarse con una americana divorciada, la señora Wallis Simpson. Dos semanas antes de que Baldwin presentara su dimisión, la coronación del nuevo rey había permitido ver un despliegue momentáneo de unidad patriótica en el país, que empezaba a recuperarse de la depresión económica

y había evitado los extremismos políticos que habían asolado a buena parte de Europa. Y Baldwin, cada vez más preocupado por la perspectiva de una guerra, dimitió antes de tener que bregar con la grave y prolongada crisis internacional que estaba a punto de apoderarse de Europa.

Cuando se reunió con Hitler el 19 de noviembre, el propio Halifax sugirió que el gobierno británico estaba dispuesto a aceptar un cambio en el actual estatus de Austria, Checoslovaquia y Dánzig siempre y cuando se produjera a través de una «evolución pacífica», aunque tenía sumo interés en evitar «trastornos de excesiva envergadura». Aquello le sonó a Hitler a música celestial. Dijo a Halifax que no tenía intención de anexionarse Austria ni de someterla a una dependencia política, cuando por detrás trabajaba precisamente en la consecución de ese objetivo. Halifax anotó en su diario que había encontrado a Hitler «muy sincero» y deseoso de entablar relaciones amistosas con Gran Bretaña. El cultivado aristócrata inglés evidentemente estaba perdido ante un líder político cuya solución a los problemas con los que Gran Bretaña estaba encontrándose en la India, según propia declaración, era pegar un tiro a Gandhi y a varios centenares de miembros del Partido del Congreso hasta que se restableciera el orden. Cuando informó al gabinete británico de su entrevista, Halifax aseguró a los demás ministros que Hitler no tenía en mente meterse en ninguna «aventura inmediata» y propuso darle algunos territorios coloniales para tenerlo más dócil en Europa.

Chamberlain pensó que la visita de Halifax había sido «un gran éxito». En una carta privada dijo a su hermana que, aunque los alemanes querían dominar el este de Europa, él no veía por qué no iba a poderse llegar a un acuerdo, siempre y cuando Alemania rechazara el uso de la fuerza para tratar la cuestión de Austria y Checoslovaquia, y Gran Bretaña diera garantías de que no actuaría para impedir un cambio por medios pacíficos. El ministro que más se oponía a esta nueva forma más activa de apaciguamiento —la búsqueda de un acomodo con Alemania a través de las relaciones bilaterales y de concesiones de cambios territoriales en Europa central—, el secretario del Foreign Office, Anthony Eden, se encontraba enfermo desde enero de 1938 y estaba pasando la convalecencia en el sur de Francia. En su ausencia, la dirección de los asuntos exteriores se hallaba en

manos del propio Chamberlain. Agotado y en constante conflicto con Chamberlain, Eden dimitió el 20 de febrero de 1938. Su sucesor sería el más acrisolado representante del apaciguamiento, lord Halifax.

En aquellos momentos el principal obstáculo a la expansión alemana en Europa era un gobierno británico demasiado consciente de sus debilidades defensivas y de la sobrecarga de sus compromisos globales. No era una idea muy alentadora. Por la época en que Chautemps, el presidente del gobierno francés, y su ministro de Asuntos Exteriores, Yvon Delbos, viajaron a Londres en noviembre de 1937 para escuchar el relato de la entrevista de Halifax con Hitler, en París se reconocía que la política exterior francesa se hallaba gravemente supeditada a la de Inglaterra. Cuando los franceses preguntaron si su aliada, Checoslovaquia, podía contar con el apoyo de Inglaterra, además del de Francia, en caso de que el país fuera víctima de una agresión, Chamberlain evitó cualquier compromiso, afirmando que Checoslovaquia quedaba «muy lejos» y que era un país «con el que no tenemos mucho en común». De hecho Chautemps reconocería en privado lo irremediable que era la ampliación de la influencia alemana en la Europa central a expensas de Austria y Checoslovaquia, y no le importaría dejar a Gran Bretaña tomar la iniciativa del apaciguamiento.

En Roma, Benito Mussolini tuvo ocasión en noviembre de 1937 de reflexionar sobre cuán deslumbrado había quedado durante su visita de estado a Alemania, realizada unas semanas antes, cuando Hitler no había dejado piedra sin remover en su afán de impresionar a su socio del Eje; y lo había logrado. A primeros de mes Italia había estampado su firma en el Pacto Anti-Comintern, uniéndose al acuerdo firmado el otoño anterior entre Alemania y Japón. Sin embargo, en los tratos mantenidos con los italianos antes de que éstos se sumaran al Pacto, el emisario de Hitler en materia de exteriores y actual embajador alemán en Londres, Joachim von Ribbentrop, había indicado qué era lo que realmente había detrás de la jugada. Los ingleses, dijo, habían rechazado las propuestas de llevar a cabo un acercamiento anglo-alemán (la esperanza que se ocultaba tras el envío de Ribbentrop a Londres como embajador de Hitler). El Pacto, dio a entender a Mussolini y a su ministro de Asuntos Exteriores, el conde Galeazzo Ciano,

era «en realidad claramente antibritánico», y debía ser la base preliminar de unos lazos militares más estrechos entre Alemania, Italia y Japón. Italia se hallaba atrapada cada vez con más fuerza en el férreo abrazo de Alemania. En enero de 1938 el ejército italiano recibió una orden en la que por primera vez se contemplaba un alineamiento de Alemania e Italia contra Inglaterra y Francia. Lo único que podían esperar las fuerzas amadas italianas, conscientes de las deficiencias de su programa de rearme, era que la guerra no llegara demasiado pronto.

En Moscú, Stalin había pasado buena parte de 1937 destruyendo los mandos del Ejército Rojo con sus grandes purgas. A cualquier observador externo todo aquello le habría parecido una auténtica locura. Eso era lo que pensaba Hitler. «Debe ser exterminado», comentó ominosamente a su ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, en el mes de diciembre. Sin embargo, la Unión Soviética todavía no entraba en sus planes más inmediatos, y no había figurado en los escenarios que había presentado un mes antes a sus líderes militares. Entre las autoridades soviéticas, la guerra con las potencias capitalistas —entre las que incluían a Alemania e Italia (calificando al fascismo como la forma más extrema y agresiva de capitalismo)— era considerada inevitable. Cada vez era más profunda la convicción de que las democracias occidentales animaban a Hitler a volver la vista hacia el este y a enzarzarse en una guerra contra el comunismo por ellas. En sus propias fronteras por el este, Stalin también tenía motivos de preocupación. El militarismo japonés a lo largo de la intranquila frontera entre Manchukuo y la URSS empezaba a plantear una amenaza significativa. La única cuestión era saber cuándo iba a tener lugar la guerra. Cuanto más pudiera posponerse, mejor sería para la Unión Soviética. Faltaba todavía mucho para que la maquinaria militar soviética estuviera lista.

Mientras tanto, las opciones de Stalin se reducían cada vez más. La seguridad colectiva, la política defendida por su ministro de Exteriores, Maxim Litvínov, resultaba cada vez menos atractiva en vista de la evidente debilidad de las democracias occidentales y de su disposición a contemplar la posibilidad de un acomodo con Hitler. Una alternativa que iría ganando peso progresivamente era intentar volver a algún tipo de acercamiento a

Alemania. El acuerdo alcanzado durante los años veinte, a raíz de la firma del Tratado de Rapallo de 1922 y del empleo de las ventajas económicas mutuas a modo de palanca, ofrecía en cierto modo un precedente. Pero el antibolchevismo visceral de Hitler, que una vez más había demostrado recientemente durante la concentración del partido nazi celebrada en septiembre de 1937, constituía un obstáculo incluso para hacer cualquier tipo de insinuación indirecta. La tercera posibilidad de Stalin era aceptar el aislamiento soviético y acelerar todavía más el ritmo del rearme, con la esperanza de que no se llegara demasiado pronto a la guerra. De momento, ésta era la única vía.

En las capitales de los países de la Europa central y del este los líderes políticos eran perfectamente conscientes a finales del otoño de 1937 del drástico cambio del equilibrio de poder que estaba produciéndose y de las opciones limitadísimas que ellos tenían. Su dependencia de las acciones de las grandes potencias europeas, que ellos no podían controlar, era evidente. La seguridad colectiva a través de la Sociedad de Naciones, como había demostrado lo de Abisinia, hacía tiempo que estaba muerta. Francia, otrora garantía de protección a través de su red de alianzas, se hallaba gravemente debilitada, y sus divisiones internas y sus problemas económicos eran evidentes. Estaba bien claro que Inglaterra no tenía demasiado interés en preservar el *statu quo* en Europa central. La influencia política y económica de Alemania llenaba ese vacío. El interés nacional y la desconfianza mutua o las enemistades ponían toda clase de barreras a la cooperación militar. Y mientras tanto la fortaleza de Alemania aumentaba a ojos vistas, y Europa central era el objetivo evidente de cualquier movimiento expansionista. El nerviosismo y el temor eran tangibles. En Viena y Praga había particulares motivos de ansiedad. Tanto Austria como Checoslovaquia tenían escasez de amigos; los franceses, cuya política exterior empezaba a vincularse progresivamente a la de Gran Bretaña, eran unos aliados menos fiables de los checos de lo que habían sido en otro tiempo. Austria, ya sin la protección de Italia, era lo más probable que fuera el primer objetivo de Hitler. Era indudable que no tardaría en darse el paso.

También lejos de Europa se produjeron novedades de gran trascendencia que acabarían teniendo un impacto muy profundo en el continente. Desde julio de 1937, Japón, cada vez más militarista y agresivo, había venido luchando en una guerra feroz en China. Las atrocidades perpetradas, entre otras la horrorosa matanza de civiles chinos a manos de las tropas japonesas enfervorizadas en Nanking en el mes de diciembre, escandalizaron al mundo. Contribuyeron al gradual pero lento declive de los sentimientos aislacionistas en Estados Unidos, donde el presidente Roosevelt ya había anunciado, tres meses antes, la necesidad de «poner en cuarentena» a las potencias agresivas que amenazaban la paz mundial. De momento, para mayor frustración de los británicos (cuyos intereses en el Extremo Oriente serían los que más directamente en peligro se verían como consecuencia de la agresión japonesa), no se produjo ninguna acción por parte de Estados Unidos. Aun así, 1937 fue testigo de los inicios de la creciente confrontación entre Japón y Norteamérica en el Pacífico, que acabaría arrastrando a ambos países a un conflicto global. Y fue testigo también de los inicios de la comprensión por parte de Roosevelt de la necesidad de persuadir a la opinión pública americana de que cualquier agresión alemana en Europa no dejaría de tener consecuencias para Estados Unidos.

El 4 de febrero de 1938 se anunciaron repentinamente en Berlín profundos cambios entre los líderes políticos y militares del Reich alemán. Blomberg, el ministro de la Guerra, y Fritsch, el comandante en jefe del ejército de tierra, habían sido destituidos. El propio Hitler se había puesto al frente de un alto mando reestructurado de la Wehrmacht. En consecuencia, su supremacía se veía todavía más reforzada. La posición de los líderes militares quedaba, pues, significativamente debilitada. Los que manifestaban su temor de verse arrastrados a una guerra contra las potencias occidentales eran mucho menos en número que los leales de Hitler, ganados para su causa por el gigantesco gasto en rearme, el restablecimiento del prestigio y la mejora de la reputación internacional de Alemania. Otras poderosas elites de la economía y de los niveles más altos de la burocracia estatal, cuyas esperanzas en el resurgir del predominio alemán nunca se habían esfumado, se habían alineado mayoritariamente

con el régimen de Hitler. La política exterior asertiva, que había explotado la debilidad y las divisiones existentes entre las democracias occidentales, había hecho de Hitler un dictador enormemente popular. Las masas le dieron el respaldo plebiscitario que propulsaron extraordinariamente su reputación en el propio país y en el extranjero. El gigantesco movimiento nazi, con sus múltiples estratos, proporcionaba el fundamento organizativo de su régimen y el aparato que le permitía asegurar la movilización constante de su apoyo entre las masas. La dictadura era fuerte, estaba segura y libre de la amenaza de cualquier oposición significativa. La posibilidad de que surgiera algún tipo de resistencia organizada había sido eliminada hacía tiempo. Sólo un golpe de Estado militar habría podido desafiar con eficacia el predominio de Hitler. Y de eso ya no quedaba el menor rastro.

En la gran reestructuración de las autoridades del régimen de comienzos de febrero de 1938, la otra gran desaparición, junto con la de las grandes personalidades militares, Blomberg y Fritsch, fue la del conservador Neurath, sustituido como ministro de Asuntos Exteriores en aquella coyuntura crítica por un partidario de la línea dura, Von Ribbentrop. Tenía fama de limitarse a repetir las opiniones del propio Hitler y, a raíz de su fracaso como embajador en Londres, era ferozmente antibritánico. Se efectuaron otros cambios generalizados en las jerarquías más altas del cuerpo de oficiales y de la diplomacia. Hitler disponía ahora en los puestos clave de personas que estaban en perfecta sintonía con su política exterior de alto riesgo. Las posibles limitaciones a cualquier decisión que pudiera tomar se habían reducido a la más absoluta insignificancia. La probabilidad de que muy pronto se produjera algún movimiento audaz era conjeturada por cuantos rodeaban a Hitler. El canciller austríaco, Kurt von Schuschnigg, debía de estar «temblando», anotó privadamente en su diario un oficial de alta graduación del entorno del Führer.

Poco más de un mes después el gobierno austríaco capituló ante las intensas presiones de Berlín, tropas alemanas cruzaron la frontera austríaca, y se redactó precipitadamente una legislación que permitiera incorporar a Austria en una Gran Alemania. El 15 de marzo, ante una enorme multitud eufórica congregada en la Heldenplatz de Viena, Hitler proclamó «la

entrada de mi tierra natal en el Reich alemán». Como había previsto, las democracias occidentales protestaron sin demasiada convicción, pero no hicieron nada más. Tampoco la consiguiente persecución de los judíos austríacos y de los adversarios políticos de los nazis, marcada por una ferocidad brutal, provocó reacción alguna de París y Londres, ni aminoró las esperanzas de Neville Chamberlain de que «algún día» fuera posible «para nosotros entablar conversaciones de paz con los alemanes».

Checoslovaquia, cuyas fronteras habían quedado desprotegidas, estaba segura de que iba ser el próximo objetivo de Hitler. Inglaterra y Francia habían dado por amortizada Austria mucho antes de que cayera en manos de Alemania. Checoslovaquia era un caso distinto. Su posición geográfica hacía de ella un país de capital importancia. Tenía un tratado de alianza con Francia, y otro con la Unión Soviética. Y Francia era aliada de Gran Bretaña. Un ataque contra Checoslovaquia habría podido desencadenar una guerra europea generalizada. Desde la perspectiva alemana, los lazos que unían a Checoslovaquia con el este y con el oeste desde una posición clave dentro de la Europa central planteaban un problema estratégico potencialmente grave. Sus materias primas y su armamento resultarían sin duda extraordinariamente valiosos para los preparativos bélicos de Alemania. Pero atacar Checoslovaquia constituía una empresa de alto riesgo. Podía lanzar a Alemania a una guerra contra las democracias occidentales, una guerra que algunos de sus máximos líderes militares, empezando por el jefe del estado mayor general del ejército, el general Ludwig Beck, estaban seguros de que no podía ganar.

Checoslovaquia, sin embargo, carecía de amigos poderosos. Incluso cuando Alemania se disponía a devorar a Austria, el gobierno francés oyó decir a su ministro de Defensa, Édouard Daladier, que Francia no podía ofrecer asistencia militar alguna a sus aliados checos. Los líderes militares franceses rechazaban al mismo tiempo cualquier perspectiva de que el Ejército Rojo acudiera en ayuda de Checoslovaquia. Pocas semanas después las autoridades francesas se enteraban de que Inglaterra no daba ninguna garantía de llevar a cabo acciones militares en caso de que los alemanes atacaran Checoslovaquia. La postura de las potencias occidentales a lo largo de todo el verano de 1938 quedó fijada. Por mucho ruido que se

hiciera acerca de su postura al lado de sus aliados checos, Francia no actuaría sin Gran Bretaña. Y Gran Bretaña no iba a ofrecer perspectiva alguna de intervención militar. Los checos estaban solos.

Su posición, por lo demás nada envidiable, empeoró, de modo no muy distinto de lo que había sucedido anteriormente con Austria, debido a los disturbios surgidos en la propia Checoslovaquia. Konrad Henlein, el líder de la minoría alemana cada vez más nazificada de los Sudetes (muy mal tratada por la mayoría checa, aunque ni mucho menos tan mal como pretendía la propaganda alemana), fue aleccionado por Hitler para que planteara unas exigencias de autonomía que nunca habrían podido ser satisfechas por Praga. A las potencias occidentales algunas, cuando menos, de esas demandas les parecían razonables. Y cuando Hitler dijo que lo único que pretendía era «devolver al Reich» a unos alemanes perseguidos, dio la impresión de nuevo de que era sólo un político nacionalista, aunque eso sí extremista y muy exigente, que perseguía el objetivo limitado de incorporar al Reich un bloque étnico alemán más. La falta de comprensión de las motivaciones de Hitler fue en elemento trascendental de la tragedia en constante aumento de Checoslovaquia. La despiadada severidad de Alemania, la impotencia de los checos y la debilidad anglo-francesa contribuyeron, cada uno a su manera, al drama que condujo a Europa al borde de una nueva guerra.

Aquel verano de engaños, políticas arriesgadas e insoportable ascenso de las tensiones, Hitler estaba dispuesto a correr el riesgo de una guerra contra las potencias occidentales con el fin de acabar con Checoslovaquia por la fuerza. Los preparativos para llevar a cabo el ataque pusieron la fecha del 1 de octubre como muy tarde. Para consumo público el Führer subió el tono de sus agresiones verbales más feroces contra el gobierno checo y afirmó abiertamente que no tenía más reclamaciones territoriales en Europa, aparte de la solución del problema de los Sudetes.

Creyendo que Hitler quería la incorporación de los Sudetes a Alemania y nada más, Neville Chamberlain voló en dos ocasiones a Alemania a mediados de septiembre para entablar conversaciones con Hitler. Chamberlain regresó de su primera visita el 15 de septiembre lleno de optimismo, convencido de que podía haber un arreglo. Dicho arreglo

consistía en que los checos cedieran los Sudetes a Alemania y Hitler renunciara al uso de la fuerza. En privado Chamberlain manifestó la opinión de que Hitler, a pesar de su dureza y su intransigencia, «era un hombre del que cabía fiarse cuando daba su palabra». El primer ministro británico no tardaría en verse defraudado en su presunción de la buena fe de Hitler. Inglaterra y Francia mientras tanto habían ejercido unas presiones enormes sobre los desventurados checos, haciéndoles saber que no podrían contar con el apoyo británico ni el francés en caso de guerra, y obligándolos a aceptar diversas concesiones territoriales. Finalmente el 21 de septiembre los checos capitularon ante las imposiciones anglo-francesas, con profunda reluctancia y con la clara sensación de haber sido traicionados. Pero para Hitler aquello no era suficiente. En su segunda reunión con Chamberlain, el 22 de septiembre, se desdijo de lo que el primer ministro inglés había considerado el acuerdo alcanzado una semana antes. Ahora exigía que se aceptara la ocupación alemana de los Sudetes para el 1 de octubre, de lo contrario tomaría la región por la fuerza. Afirmó que le traían sin cuidado las advertencias de Gran Bretaña en el sentido de que aquello podía conducir a una guerra con las potencias occidentales.

En privado, sin embargo, Hitler dio marcha atrás en su intención de utilizar la fuerza militar para destruir la totalidad de Checoslovaquia. Al fin y al cabo los británicos y los franceses estaban forzando a los checos a darle lo que públicamente había dicho que quería. Con los checos intimidados y obligados a aceptar la mutilación de su país, las áreas de desacuerdo con las potencias occidentales eran ahora relativamente menores. «No se puede hacer una guerra mundial por unas formalidades», como dijo sucintamente el ministro de Propaganda de Hitler, Joseph Goebbels.

A pesar de todo se estuvo a punto de llegar a la guerra. Hitler había obligado a algunos miembros del gabinete de Chamberlain, incluido el secretario del Foreign Office, lord Halifax, a ir demasiado lejos. El 25 de septiembre se opusieron a aceptar el ultimátum del Führer. Los franceses y los británicos acordaron enviar un emisario a Berlín a advertir a Hitler que, si atacaba Checoslovaquia, significaría la guerra. Los franceses empezaron la movilización. Los ingleses movilizaron su flota. También los soviéticos empezaron a movilizarse. La guerra parecía más probable que nunca. Se

hicieron esfuerzos sobrehumanos para convocar una conferencia con el fin de elaborar un acuerdo. El gran avance se produjo cuando Mussolini intervino para mediar proponiendo una conferencia a cuatro de Alemania, Italia, Francia e Inglaterra. (La Unión Soviética, que suscitaba desconfianza en todos, quedó fuera.) De ese modo, la vía quedó expedita para que el drama llegara a su punto culminante en los Acuerdos de Múnich, firmados el 30 de septiembre de 1938. Los checos no estuvieron representados en la reunión de las grandes potencias en la que se procedió a la disolución de su país. Las dos democracias occidentales habían obligado a otra democracia a someterse a los abusos de un dictador.

«El gobierno de la República Checoslovaca», decía la declaración oficial de capitulación hecha pública en Praga, protestaba «ante el mundo entero contra las decisiones de Múnich, que habían sido tomadas de forma unilateral y sin la participación de Checoslovaquia». El humanista, escritor y publicista alemán Frederic W. Nielsen, que había abandonado su país en octubre de 1933 para exiliarse en Praga por su rechazo a un régimen inhumano, al que ya veía con propensión a la guerra (más tarde se vería obligado a trasladarse a Inglaterra y luego a Estados Unidos), expresó indudablemente la tristeza de toda la población checa de su país de adopción en la carta abierta que envió a Chamberlain y Daladier. «¡No se engañen ustedes!», escribía al primer ministro británico, «las mismas voces que alaban su nombre hoy lo maldecirán a usted en un futuro no muy lejano, cuando quede claro que el veneno procede de la semilla de este "acto de paz"». Su condena de Daladier no era menos punzante: «La grandeza de Francia, cimentada en la toma de la Bastilla, se ha convertido ahora a través de su firma en el hazmerreír del mundo».

Hitler había obtenido lo que, en la superficie al menos, era lo que quería. La ocupación de los Sudetes debía llevarse a cabo de inmediato; del resto de Checoslovaquia, no le cabía la menor duda, podría adueñarse con posterioridad. La paz había sido mantenida. Pero ¿a qué precio?

Chamberlain y Daladier regresaron a sus respectivos países donde tuvieron una recepción enloquecida. Sólo poco a poco sería reconocida por todos la vergüenza de la capitulación ante los abusos de Alemania a expensas de los checos. ¿Había acaso alguna alternativa? Las opiniones al

respecto fueron muy diversas en su época y han seguido siéndolo durante décadas. Hitler era el que tenía los ases en aquella partida en la que era tanto lo que había en juego. Y Chamberlain tenía muy malas cartas. Sobre este punto no hay mucha discusión. Pero ¿hasta qué punto jugó mal sus malas cartas?

La peor carta que tenía Chamberlain era el grado de rearme de Gran Bretaña. Para Daladier, al otro lado del Canal de la Mancha, la posición era todavía peor. En ambos casos, las autoridades militares habían dejado bien claro que las fuerzas armadas no estaban equipadas para combatir en una guerra contra Alemania. En realidad, tanto franceses como británicos exageraban la fuerza de las armas de Alemania. Pero su sensación de ridícula inferioridad en materia de armamento, especialmente en aviación, se basaba en los servicios de inteligencia de que se disponía por entonces, no en el beneficio de la visión retrospectiva. (Una campaña de bombardeos estratégicos como la que tanto se temía estaba completamente fuera del alcance de Alemania por aquel entonces.) Otros informes de los servicios de inteligencia, que hacían hincapié en la falta de materias primas que sufría Alemania y en lo inadecuado de sus preparativos para una guerra de gran envergadura, fueron ignorados o no se les dio la importancia debida. Los altos mandos militares vieron que la prioridad absoluta era ganar tiempo para rearmarse.

Aun así, en el punto culminante de la crisis, el 26 de septiembre, el comandante en jefe de las fuerzas armadas de Francia, el general Maurice Gamelin, informó a las autoridades francesas y británicas de que, unidas, sus fuerzas militares, junto con las de los checos, eran más que las de los alemanes. En la frontera francesa con Alemania, en caso de ser precisa una ofensiva para atraer a los alemanes y alejarlos de Checoslovaquia, Francia contaba con veintitrés divisiones, frente a las ocho que tenía Alemania. Si entraba en liza Italia, Gamelin tenía idea de atacar hacia el sur, lanzar una ofensiva al otro lado de la frontera alpina por el valle del Po, marchar luego hacia el norte en dirección a Viena y continuar para prestar ayuda a los checos. Menos tranquilizadora era la insinuación de Gamelin, en el sentido de que, cuando se enfrentaran a las alemanas, las tropas francesas avanzarían hasta que encontraran una oposición seria, y luego regresarían a

las posiciones defensivas de la línea Maginot. Los militares franceses, pero también los ingleses, padecían un complejo de inferioridad equivocado respecto a los alemanes. El problema de fondo en todo esto, sin embargo, había sido esencialmente político, no militar.

Había dado comienzo mucho antes de 1938. Los británicos y los franceses habían revelado públicamente su debilidad y sus dificultades tanto a la hora de entender los objetivos de Hitler como en la forma de tratar con él en numerosas ocasiones a lo largo de los cinco años anteriores, y más concretamente durante la remilitarización de Renania en 1936. No habían hecho nada para impedir que la Alemania de Hitler se convirtiera en un país fuerte desde el punto de vista militar. Contra eso era con lo que Chamberlain había tenido que luchar cuando había sido nombrado primer ministro de su país en mayo de 1937; eso y el legado de muchos años durante los cuales Gran Bretaña había intentado desarmarse, en lugar de rearmarse, junto con los malabarismos que había tenido que hacer, a lo largo de años de severas restricciones económicas, para dispersar sus fuerzas armadas con el fin de cumplir con su cometido en el Extremo Oriente y en el Mediterráneo, además de hacerlo en aguas nacionales. Chamberlain era seguramente el personaje dominante en las democracias occidentales debido a las turbulencias internas y a los problemas económicos que padecían los franceses. Además, tenía no sólo una forma más proactiva de procurar acomodarse a las exigencias expansionistas de Alemania, sino también una seguridad en sí mismo absolutamente equivocada al creer que sabía lo que quería Hitler, que era capaz de manejarlo y que podía engatusarlo para que consintiera una solución pacífica de los problemas de Europa.

La impronta personal de Chamberlain en la política exterior británica, a veces en contra de los consejos de personalidades experimentadas dentro del Foreign Office, reflejaba esa convicción. Un signo de esa autoconfianza fue que en su primera visita a Alemania, a mediados de septiembre, negoció a solas con Hitler, frente a frente. Su secretario de Asuntos Exteriores, lord Halifax, ni siquiera lo acompañó en el viaje. En una época posterior, seguramente se habría desplegado una amplísima diplomacia internacional con el fin de desactivar una situación crítica. Pero aquello sucedía mucho

antes del desarrollo de la diplomacia itinerante transcontinental. Y con la Sociedad de Naciones más o menos difunta, no había organismo internacional alguno capaz de intervenir. Los dominios del Imperio Británico, que se habían desangrado en una guerra europea, no tenían ningunas ganas de meterse en otra y apoyaban el apaciguamiento. Estados Unidos, que todavía debía salir de su aislacionismo, se contentaba con mirar los toros desde la barrera. Roosevelt había hecho un llamamiento por la paz durante el verano de 1938, pero nada más. Chamberlain, cuyos sentimientos antinorteamericanos nunca estaban demasiado lejos de aflorar, se mostró desdeñoso ante la perspectiva de cualquier ayuda venida de Estados Unidos. En cualquier caso, la debilidad militar de los norteamericanos hacía que Estados Unidos no estuviera en condiciones de intervenir, por muy dispuesto que hubiera estado a hacerlo. A la hora de la verdad, Roosevelt telegrafió a Chamberlain diciendo: «¡Bien hecho!» cuando se enteró de que iba a acudir a la Conferencia de Múnich. De modo harto incongruente, sin embargo, el presidente comparó luego su resultado, que por lo demás habría sido perfectamente previsible, con la traición de Jesús por Judas.

El centro del drama se focalizó, por tanto, en gran medida en el duelo personal de Hitler y Chamberlain, encuentro desigual histórico como no ha habido otro. La convicción de Chamberlain de que podía negociar con Hitler un resultado pacífico del encuentro sólo se tambaleó cuando el primer ministro chocó con la oposición de su leal Halifax y de otros miembros de su gabinete a su regreso de su segunda visita a Alemania. Esa confianza había vuelto ya en el momento de la Conferencia de Múnich, hasta el punto de que Chamberlain pensó que al conseguir poner la firma de Hitler en un papel carente de valor, del que se pavoneó a su regreso a Londres, había obtenido «la paz en nuestros tiempos». Más tarde lamentaría su exuberancia, expresada bajo la influencia de la muchedumbre entusiasmada de Londres, y se mostraría lo bastante realista como para imaginar que en vez de impedir la guerra lo único que había hecho era retrasarla. Hasta su muerte, acaecida en 1940, insistiría en que haberse lanzado a la lucha en 1938 habría sido mucho peor que posponer la guerra, ya que no evitarla. Inglaterra no estaba preparada, diría una y otra vez; tenía que ganar tiempo.

Se ha debatido hasta la saciedad si, pese a las advertencias de las autoridades militares, a Inglaterra y Francia les habría convenido o no lanzarse al combate en 1938, en vez de esperar un año más. En realidad fue sólo en 1939 cuando el gasto militar de británicos y franceses se acercó a igualar el de Alemania, y sólo ese año las dos democracias iniciaron una planificación seria de la guerra. Pero también Alemania había fortalecido muchísimo ese año su armamento, después de cuatro años más de intenso rearme, y estaba también mucho mejor equipada para el combate de lo que lo había estado en 1938. Esta mejoría vino reforzada por la destrucción del poderío militar checo y por la adquisición de nuevas fuentes de materias primas y de armas, procedentes todas de la antigua Checoslovaquia. En realidad, si acaso, el equilibrio de fuerzas en 1939 se había decantado en algunos aspectos del lado de Alemania.

También se ha debatido desde los propios días de su conclusión si la catástrofe de la Conferencia de Múnich habría podido evitarse o no. Winston Churchill, la figura, en gran medida aislada, que llevaba largo tiempo oponiéndose al apaciguamiento, había sido la voz que en 1938 se había manifestado con más claridad a favor de una «gran alianza» con la Unión Soviética y los países del este de Europa como medio de amedrentar y disuadir a Hitler. Luego sostendría enérgicamente que la guerra no habría sido necesaria si la estrategia seguida hubiera sido la del amedrentamiento y la disuasión, no la del apaciguamiento. El partido laborista y muchos otros grupos de izquierdas apoyaban la idea de la «gran alianza». La profunda desconfianza y el inveterado aborrecimiento de la Unión Soviética, a los que se sumarían los espeluznantes informes acerca de las purgas de Stalin, hicieron, sin embargo, que semejante estrategia no tuviera nunca la más mínima probabilidad de obtener el apoyo del gobierno británico ni del francés.

La perspectiva de una «gran alianza» habría sido en realidad la mejor opción para amedrentar y disuadir a Hitler. Otra cuestión es que hubiera podido traducirse en acción. La postura de la Unión Soviética consistía en que cumpliría las obligaciones de su tratado con los checos una vez que Francia actuara para cumplir las suyas, algo que era improbable que sucediera. Aunque la Unión Soviética hubiera actuado, ni rumanos ni

polacos hubieran permitido a las tropas soviéticas cruzar su territorio. No obstante, los rumanos habían hecho saber que habrían permitido a los aviones rusos sobrevolar su territorio. La fuerza aérea soviética estaba posicionada para prestar ayuda a Checoslovaquia si los franceses hubieran intervenido en defensa del país, y de hecho se produjo una movilización parcial de las tropas del Ejército Rojo. Pero Stalin se mantuvo cauto durante toda la crisis, esperando el desarrollo de los acontecimientos, temeroso de verse envuelto en un choque entre las «potencias imperialistas». La amenaza potencial para Alemania tanto por el este como por el oeste que habría supuesto una «gran alianza» nunca se materializó.

El amedrentamiento por medio de una «gran alianza» también habría podido fomentar la incipiente oposición surgida dentro de Alemania. A lo largo del verano había venido tomando forma una conjura para detener a Hitler en caso de llevar a cabo un ataque contra Checoslovaquia, centrada en los líderes militares y en algunos altos cargos del Ministerio de Asuntos Exteriores. Los Acuerdos de Múnich hicieron que se esfumara cualquier perspectiva de que los conjurados actuaran. La mejor conjetura es que, en cualquier caso, la conspiración habría quedado en agua de borrajas o que, en el caso incluso de que se hubiera llevado a cabo, habría fracasado. Pero existe al menos la posibilidad de que si Hitler —frente a los consejos de algunos militares de peso— hubiera atacado Checoslovaquia, dando lugar a la temida guerra en dos frentes, habría salido significativamente debilitado, si es que no era derrocado.

Resulta imposible afirmar si eso habría impedido o no una guerra generalizada a largo plazo. Lo más probable es que en un momento dado la guerra hubiera acabado siendo inevitable. No obstante, si en 1938 le hubieran parado los pies a Hitler, o incluso si hubiera sido derrocado, habría sido un conflicto distinto en unas circunstancias también distintas. Lo cierto es que, tras lo de Múnich, el camino hacia la guerra que al final se produjo sería muy corto.

Últimos ritos de paz

En vez de sentirse encantado, Hitler se irritó mucho con los dividendos que le reportó en Múnich su agresión. Se había visto obligado a dar marcha atrás y a alejarse de lo que quería, a ceder a la presión de un acuerdo negociado sobre los Sudetes cuando lo que pretendía era acabar con Checoslovaquia por la fuerza de las armas. «Ese tío [Chamberlain] ha estropeado mi entrada en Praga», se cuenta que exclamó al regresar de Múnich. En Alemania las multitudes exultantes de alegría aclamaban menos un triunfo territorial obtenido con un riesgo elevadísimo de guerra, que el mantenimiento de la paz (que muchos atribuían a Chamberlain). Unas semanas después de la firma de los Acuerdos de Múnich, el 10 de noviembre, Hitler admitiría en un discurso (no destinado a su publicación) ante un grupo de periodistas y editores alemanes que el hecho de haber tenido que disimular durante tantos años hablando de los objetivos pacíficos de Alemania no había preparado adecuadamente al pueblo alemán para el uso de la fuerza.

El día antes de que realizara esta admisión tan cándida, Alemania se había visto convulsionada por una terrible noche de violencia (la *Reichskristallnacht*, la Noche de los Cristales Rotos). Los espantosos pogromos llevados a cabo vieron cómo eran asesinados casi cien judíos (según incluso las cifras dadas por el gobierno, probablemente en un cálculo a la baja) y cómo muchísimos más eran objeto de violentos abusos por parte de las turbas nazis desmandadas, que quemaron sinagogas y destrozaron los bienes de los judíos a lo largo y ancho del país. Fue la culminación de una espantosa espiral de violencia antijudía —superior a las oleadas que ya se habían producido en 1933 y 1935— que tuvo lugar a raíz de la anexión de Austria en el mes de marzo y que se recrudeció durante las tensiones crecientes del verano. Hitler, despreciando la debilidad de sus adversarios extranjeros después de lo de Múnich, dio su aprobación a que se diera rienda suelta a las hordas nazis a instancias de su ministro de Propaganda, Joseph Goebbels.

El objetivo de los pogromos era acelerar la emigración de los judíos. Y se consiguió. Medio millón de hebreos, en su mayoría completamente asimilados antes de que los nazis se hicieran con el poder, se habían quedado en Alemania, pese al tremendo clima de persecución creciente.

Ahora decenas de millares de ellos se precipitaron a las fronteras de los países vecinos buscado refugio en Europa occidental; muchos de ellos cruzaron el Canal de la Mancha para instalarse en Inglaterra o incluso el Atlántico, en busca de la seguridad de Estados Unidos. Pese a que las políticas de inmigración seguían siendo restrictivas, alrededor de 7.000 judíos pasaron a Holanda, 40.000 acabaron instalándose en el Reino Unido y unos 85.000 en Norteamérica. Unos 10.000 niños fueron llevados a Gran Bretaña en el curso de la campaña de acogida de refugiados llamada *Kindertransport*, que el gobierno inglés organizó días después de que comenzaran los pogromos.

Durante las décadas subsiguientes los inmigrantes judíos harían una contribución muy significativa a la vida científica y cultural de sus países de adopción. Para Alemania la pérdida que se autoinfligió fue inmensa. Decenas de millares de judíos más, sin embargo, a los que se negó la entrada en los países europeos, en Estados Unidos y en Palestina (todavía bajo el Mandato Británico) tuvieron menos suerte. Y muchos más permanecieron en manos de los alemanes, siendo lo más probable que gran cantidad de ellos cayeran en sus garras en caso de guerra. Menos de tres meses después de que dieran comienzo los pogromos, Hitler lanzó una advertencia siniestra —una «profecía» la llamó— al mundo exterior: una nueva guerra traería consigo la destrucción de los judíos de Europa.

Alemania no fue la única beneficiada del desmembramiento de Checoslovaquia. Polonia no podía ver a su vecina ni en pintura, y los polacos, presumiendo que pudieran obtener ganancias territoriales de la ruptura de Checoslovaquia, habían permanecido neutrales durante la crisis del verano de 1938. Como no estaban dispuestos a perder el tiempo, se anexionaron Teschen, una franja del sudeste de Silesia de población mixta, reclamada al término de la primera guerra mundial tanto por Polonia como por Checoslovaquia, pero concedida en 1920 a los checos. Los polacos no tardarían en comprobar, sin embargo, que el pacto de no agresión de diez años de duración firmado con Alemania en enero de 1934, no significaba nada si se interponían en el camino de Hitler.

El primer indicio de dificultades se produjo en el otoño de 1938 cuando Polonia se negó a acceder a las propuestas hechas por el gobierno alemán para que le devolvieran Dánzig (ciudad libre bajo la égida de la Sociedad de Naciones desde 1920, aunque de etnia casi completamente alemana por la composición de su población) y le concedieran una ruta de transporte a través del «Corredor» que separaba Prusia Oriental del resto del Reich. La obstinación de los polacos en estos temas continuó hasta comienzos de 1939. Hitler contuvo de momento su irritación. Podía esperar. Sólo en la primavera de ese mismo año empezó a centrar su atención en Polonia.

Eso sucedió después de que las tropas alemanas concluyeran lo que Hitler había querido hacer el verano anterior: la invasión del resto de Checoslovaquia el día 15 de marzo. Se estableció un «Protectorado de Bohemia y Moravia». Los eslovacos crearon su propio estado autónomo. Checoslovaquia, el país que más éxito había tenido como tal entre las nuevas democracias surgidas del desmembramiento del Imperio Austrohúngaro, desapareció del mapa. A partir de la entrada de las tropas alemanas en Praga no cabía seguir haciéndose ilusiones y pensar que Hitler era un simple político nacionalista que pretendía incorporar a la población de etnia alemana a un Reich ampliado. Se trataba lisa y llanamente de una conquista imperialista. Las democracias occidentales vieron por fin a Hitler con sus verdaderos tintes. El apaciguamiento había muerto. Era evidente para todo el mundo, excepto para quien quisiera cerrar los ojos, que Hitler no iba a detenerse ante nada. Y estaba igualmente claro que cuando llegara otra ocasión, como sin duda llegaría, tendría que hacer frente a una resistencia armada. Habría guerra.

De rebote de la ocupación por los alemanes de lo que quedaba de Checoslovaquia y percatándose en el fondo de haber sido engañado, el 31 de marzo de 1939 Chamberlain ofreció a Polonia apoyo militar en caso de ser atacada. Los franceses, que en realidad no tenían una política exterior propia, siguieron los pasos de los británicos. Los soviéticos no eran considerados todavía aliados adecuados en caso de que se produjera cualquier intento de enfrentar a Hitler con la posibilidad de una guerra en dos frentes. Enterados de las garantías dadas por los ingleses a Polonia sólo

unas horas antes de que fuera anunciado el acuerdo, los líderes soviéticos pusieron el grito en el cielo, convencidos más que nunca de que Chamberlain estaba jugando una partida larga que en último término acabaría por dar lugar a lo que en realidad andaba buscando: una guerra entre Alemania y la Unión Soviética.

El amedrentamiento era la intención fundamental del acuerdo de garantías. Finalmente Chamberlain había cambiado de actitud y ahora pretendía intimidar a Hitler y disuadirle de que siguiera cometiendo actos de agresión. Su esperanza era que, aunque sólo fuera en ese momento, Hitler recobrara el sentido y solucionara sus demandas territoriales sin recurrir a la fuerza. Pero Chamberlain había escogido partir de una base muy frágil y al mismo tiempo había hecho que Inglaterra perdiera la iniciativa. Sabía que Gran Bretaña no podría hacer nada desde el punto de vista militar para impedir que los alemanes conquistaran Polonia, labor que, según le dijeron sus asesores, habría quedado concluida a los tres meses de que fuera invadido el país. Pero después de negarse el verano anterior a prestar unas garantías similares a una democracia que se había mostrado dispuesta a combatir y que era aliada de Francia y de la Unión Soviética, Chamberlain iba ahora a vincular la suerte de Inglaterra a la de Polonia. Y eso que ésta (como dijo Churchill), «con un apetito de hiena se había sumado apenas seis meses antes al pillaje y la destrucción del estado checoslovaco», y era un país geográficamente desprotegido y militarmente mal equipado para resistir una ofensiva alemana. Si Gran Bretaña emprendía o no una nueva guerra quedaría a partir de ese momento en manos de Alemania y Polonia.

Las garantías franco-británicas no llegarían nunca a amedrentar a Hitler. El efecto que tuvieron fue, en realidad, provocarlo. Enfurecido con los ingleses, prometió «guisarles un estofado que se les atragante». A comienzos de abril había autorizado ya el envío de una directiva militar relativa a la destrucción de Polonia en cualquier momento a partir del 1 de septiembre de 1939. La terquedad de Polonia en la cuestión de Dánzig y del Corredor Polaco hizo el resto. Los contornos de la crisis que llegaría a su punto culminante a mediados del verano de 1939 ya estaban trazados.

Mientras tanto, Mussolini, sintiéndose eclipsado por el golpe perpetrado por Hitler en Praga y para no quedarse sin tierras de las que apoderarse, hizo una demostración de lo que era el poderío de las armas italianas anexionándose Albania en el mes de abril. Gran Bretaña y Francia respondieron extendiendo sus garantías a Rumanía y Grecia. A pesar de lo mal ejecutado que había sido, el ataque italiano contra Albania fue presentado como un gran triunfo que, como dijo Dino Grandi, destacado político fascista, «abriría las antiguas vías de las conquistas romanas en Oriente a la Italia de Mussolini». Las carreteras que los italianos empezaron a construir en el pequeño y paupérrimo país conducían a Grecia. Si se declaraba la guerra, la intención de Italia era expulsar a los ingleses del Mediterráneo. También empezaban a fomentarse las tensiones en el sur de Europa.

En el continente, la gente corriente no podía más que contemplar llena de angustia lo que estaba pasando, mientras los líderes de los países más poderosos, como si fueran jugadores de ajedrez moviendo las piezas en un tablero, determinaban cuál iba a ser su destino. El estado de ánimo general en el verano de 1939 era muy distinto del que había reinado el verano anterior. En plena crisis de los Sudetes, el temor de que Europa se dirigía vertiginosamente al borde del abismo, a punto de sumirse en la guerra, había sido generalizado y palpable. La euforia con la que fueron recibidos Chamberlain, Daladier, Mussolini y Hitler a su regreso de la Conferencia de Múnich expresaba simplemente el alivio por el hecho de que se hubiera evitado la guerra. Las implicaciones morales de lo que se había hecho para preservar la paz no se asimilarían hasta más tarde; y eso cuando fueron asimiladas. Durante la crisis de Polonia de 1939 el estado de ánimo era de mayor resignación, y curiosamente de menos miedo.

En Alemania la «psicosis de guerra» que los informes internos habían verificado el año anterior ahora estaba en gran medida ausente. Reinaba la sensación de que si las potencias occidentales no habían estado dispuestas a luchar por Checoslovaquia, tampoco iban a estar dispuestas a hacerlo por Dánzig (el objetivo declarado de los alemanes en la crisis de Polonia). «La gente de la calle sigue confiando en que Hitler se salga con la suya otra vez sin guerra.» Tal era a finales de agosto la opinión de William Shirer,

periodista y locutor radiofónico americano establecido en Berlín. «Saldrá todo bien una vez más.» Tal era la idea que, a juicio de Viktor Klemperer, académico judío que vivía en peligroso retiro en Dresde y observador perspicaz del ambiente hostil que lo rodeaba, constituía la opinión general. A medida que la crisis fue agravándose, seguía predominando la esperanza de que una vez más pudiera evitarse el conflicto armado, y de paso la disposición resignada a combatir si Inglaterra y Francia obligaban a Alemania a ir a la guerra (tal era el mensaje que la propaganda remachaba una y otra vez). El deseo era que el problema de Dánzig y del Corredor Polaco se resolviera en interés de Alemania, aunque mucha gente, posiblemente la mayoría, pensaba que no valía la pena enzarzarse en una guerra por eso. Los contemporáneos de los hechos comentaban lo diferente que era el estado de ánimo reinante entonces del que había habido en 1914. Esta vez no se veía entusiasmo por ningún lado.

También en Francia los ánimos habían cambiado. El temor de lo que podía traer la guerra y sobre todo el miedo a los bombardeos eran constantes. Pero desde la marcha de Hitler sobre Praga se impuso una mayor capacidad de aguante, una determinación más profunda de hacer frente a una nueva agresión alemana, una sensación de que ya era suficiente. Tres cuartas partes de los que respondieron a una encuesta francesa a escala nacional efectuada en julio de 1939 se manifestaron dispuestos a utilizar la fuerza en defensa de Dánzig. Reinaba una especie de falsa normalidad. Los cines, los cafés y los restaurantes prosperaban mientras la gente «aprovechaba el día» y cerraba los ojos ante la idea de lo que podía venírsele encima. En los círculos intelectuales era donde podían encontrarse más agoreros. Al mes siguiente las grandes ciudades se quedaron vacías cuando sus habitantes salieron en masa en busca de los centros de veraneo de la costa y del campo, a menudo absortos en el último superventas de la temporada, la traducción de la novela de Margaret Mitchell *Lo que el viento se llevó*, para disfrutar de sus vacaciones pagadas y del buen tiempo: tal vez fuera la última ocasión de hacerlo que tuvieran en algún tiempo, así que no había que dejarla escapar.

Lo mismo más o menos ocurría en Gran Bretaña. La ocupación del resto de Checoslovaquia por parte de Alemania había modificado las actitudes de la gente. «Se produjo un cambio radical en la actitud del país hacia el pacifismo y la obligatoriedad del servicio militar», recordaría más tarde William Woodruff. Por entonces era un joven del norte de Inglaterra, de familia de clase obrera, que había conseguido una plaza para estudiar en la Universidad de Oxford. Los estudiantes discutían «si tendrían que ir a luchar ese año o el siguiente. Rearme ya no era una palabra malsonante». En una encuesta de opinión llevada a cabo en Gran Bretaña en el mes de julio, una proporción casi idéntica a la que había salido en la encuesta francesa —cerca de tres cuartas partes— pensaba que Inglaterra debía cumplir su promesa de combatir al lado de Polonia si el conflicto de Dánzig conducía a la guerra. Como en Francia, la gente se aferraba a meras ilusiones de normalidad, cerrando sus oídos y sus mentes al ominoso retumbo de los tambores de guerra. Las salas de baile y los cines estaban llenos, los seguidores del deporte estaban pendientes de las eliminatorias de cricket entre Inglaterra y el equipo de la India Occidental, que estaba de *tournée* (la tercera eliminatoria acabó en el estadio The Oval de Londres poco más de una semana antes de que diera comienzo la guerra), mientras que el éxodo hacia la costa desde las ciudades industriales del norte durante las «semanas de permiso» se llevó a cabo como de costumbre. En la campiña inglesa, llena de paz y hermosura aquel verano encantador, los horrores de la guerra parecían muy lejanos. En cualquier caso, muchos creían que Hitler estaba echándose un farol con lo de Dánzig, que al final se echaría atrás y no atacaría Polonia si eso suponía entrar en guerra con Gran Bretaña.

En la propia Polonia, las garantías franco-británicas habían modificado las actitudes de la gente. Los sentimientos se habían vuelto de repente favorables a los ingleses y a los franceses. La hostilidad hacia Alemania era patente. La certeza cada vez mayor de que iba a haber guerra estaba en el ambiente, ensombreciéndolo todo. La atmósfera reinante era de creciente nerviosismo. La novelista Maria Dąbrowska, famosa desde que su saga familiar *Noches y días* ganara el premio literario más prestigioso de Polonia en 1935, se recuperaba durante el mes de julio de una operación y

disfrutaba de la belleza de su lugar de retiro en el sur de Polonia, ponderando si debía volver o no de una vez a Varsovia, aunque era reacia a hacerlo. «El tiempo es tan estupendo, la perspectiva de la guerra es tan próxima, quizá éste sea el último idilio de la vida», pensaba. Daba la sensación de que el tiempo era un tesoro. Cuando regresó a Varsovia, un colega la convenció a primeros de agosto de que se trasladara a un balneario en el noroeste de Polonia. «No lo pienses mucho», le aconsejó. «Es la última posibilidad, la última oportunidad. ¿De qué tienes que hablar? A lo sumo en unas cuantas semanas habrá estallado la guerra.» Durante los últimos días del mes se produjo una movilización precipitada de hombres, carretas y caballos. Las familias se apresuraron a acaparar provisiones. Se produjo una verdadera cacería de máscaras antigás, que las autoridades no habían suministrado en cantidad suficiente. Se realizaron intentos de clausurar habitaciones a prueba de gases, y las ventanas se aislaron con tiras de papel. Todos sabían que las posibilidades de que triunfara la paz pendían de un hilo. «Polonia se enfrentaba a una catástrofe horrible.»

La bomba estalló a última hora de la tarde del 21 de agosto. Alemania y la Unión Soviética, en último término los archienemigos, estaban a punto de llegar a un acuerdo extraordinario. Después de que durante años y años les dijeran que el fascismo era su peor enemigo, los ciudadanos soviéticos se quedaron de piedra al ver que Hitler se convertía ahora en su amigo. Como diría después una mujer que por entonces vivía en Moscú, era «el mundo al revés». Después de años y años siendo advertidos del carácter diabólico del bolchevismo, los ciudadanos alemanes se quedaron igualmente de piedra ante aquel giro que resultaba casi increíble. Pero la mayoría se sintieron aliviados. Significaba «que la temida pesadilla del envolvimiento» había sido eliminada.

Varios meses antes Alemania había sondeado primero la posibilidad de llevar a cabo aquel asombroso acercamiento a la Unión Soviética. La destitución de Maxim Litvínov, el principal propulsor de la seguridad colectiva, el 3 de mayo por orden de Stalin, y su sustitución como Comisario del Pueblo de Asuntos Exteriores por Viacheslav Mólotov, había anunciado un cambio de pensamiento en el Kremlin. Ribbentrop vio una posible ocasión para un nuevo entendimiento que excluyera cualquier

alianza antialemana imaginable de la Unión Soviética con las democracias occidentales (propuesta una vez, aunque sin demasiado entusiasmo, en Londres y en París) y que de un solo golpe dejara aislada por completo a Polonia. Durante semanas, no se dieron más que algunos pasos vacilantes hacia la firma de un acuerdo comercial. Luego ciertos indicios indirectos provenientes de Moscú dieron a Ribbentrop los ánimos que había estado esperando recibir para insistir en un entendimiento político que tuviera que ver con los intereses territoriales mutuos.

El calendario que Hitler tenía en perspectiva para un ataque contra Polonia —finales de agosto, antes de que comenzaran las lluvias otoñales— impuso su propia presión. El 19 de agosto Stalin finalmente comunicó que estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con Alemania. Hitler llevó a cabo los arreglos necesarios para enviar sin demora a Ribbentrop a Moscú. Cuatro días después Mólotov y Ribbentrop estampaban sus firmas en un pacto de no agresión entre la Unión Soviética y Alemania. Un protocolo secreto delineaba las esferas de interés de cada uno en el Báltico, Rumanía y Polonia con vistas a «una transformación territorial y política» de estas regiones. Era el acuerdo más cínico imaginable. Resultaba, sin embargo, enormemente positivo para las dos partes. Alemania había sellado su frente oriental. Y la Unión Soviética había ganado un tiempo precioso para consolidar sus defensas.

Con eso, ningún obstáculo se interponía a la inminente invasión de Polonia por parte de los alemanes. Hitler abrigaba todavía leves esperanzas de que Inglaterra y Francia se echaran atrás y abandonaran el compromiso adquirido con los polacos. Pero estaba dispuesto a seguir adelante en cualquier caso, aunque ello supusiera una guerra con las democracias occidentales. El desprecio que sentía por ellas se había visto confirmado el verano anterior. «Nuestros enemigos son pequeños gusanos», dijo a sus generales. «Los vi en Múnich.» Su principal preocupación era evitar cualquier intervención de última hora que diera lugar a un segundo «Múnich» e impidiera su demolición de Polonia.

Cuando la política de alto riesgo de Hitler había amenazado con una guerra con las potencias occidentales durante los años anteriores, había surgido una oposición en estado embrionario entre las elites del ejército y

del Ministerio de Asuntos Exteriores. Luego, la Conferencia de Múnich había socavado cualquier oportunidad de éxito que hubiera podido tener esa oposición. Un año después, los que continuaban oponiéndose en secreto a la marcha precipitada de Hitler hacia la guerra y, según profetizaban, el desastre definitivo, no tenían la más mínima perspectiva de desafiarlo. Los altos mandos del ejército, divididos en 1938 en su opinión respecto a la guerra, ahora no dijeron ni hicieron nada, si es que tenían alguna duda en absoluto. Con actitud fatalista, cuando no con entusiasmo, apoyaron a Hitler. Aquello fue trascendental. En el interior, nada se oponía a la determinación de Hitler de ir a la guerra.

Desde el 22 de agosto el embajador británico en Berlín, sir Nevile Henderson, había tenido que aguantar una serie de entrevistas extremadamente tensas en la Cancillería del Reich durante las cuales Hitler había seguido dando esperanzas de llegar a una solución pacífica de la crisis, mientras que en secreto se preparaba para invadir Polonia. Göring había enviado además a Londres en tres ocasiones a un emisario personal, Birger Dahlerus, un industrial sueco, con ofertas de buenas intenciones por parte de Alemania. Pero por el lado alemán, las negociaciones no eran más que una pura farsa. Las autoridades no tenían la más mínima intención de detener el plan de atacar Polonia que tenían previsto. De hecho, el ataque habría debido tener lugar el 26 de agosto. Hitler había dado la orden de movilización del ejército la tarde anterior, pero se vio obligado a cancelar el ataque unas horas después, cuando Mussolini informó a su socio del Eje de que en el estado actual Italia no estaba en condiciones de entrar en guerra al lado de Alemania. Aunque embarazosa para Mussolini, aquella confesión no fue más que un revés pasajero para Hitler. No tardó en fijar una nueva fecha para el ataque. A primera hora de la mañana del 1 de septiembre de 1939 las tropas alemanas cruzaron la frontera polaca.

Los ingleses habían esperado hasta el último momento que Hitler negociara, así que el ataque los pilló por sorpresa. Siguieron dos días de vacilaciones, durante los cuales Gran Bretaña y Francia no actuaron al unísono, mientras que las tropas de Hitler empezaban a devorar Polonia. Mussolini se ofreció a hacer de intermediario ante Hitler, para que acudiera a una conferencia a celebrar el 5 de septiembre. Los franceses estaban más

dispuestos que los británicos a aceptar la propuesta. Sin embargo, como por lo demás era previsible, la iniciativa no surtió efecto alguno sobre Hitler. El ministro de Asuntos Exteriores francés, Georges Bonnet, considerado por Churchill y muchos otros en Londres como la «quintaesencia del derrotismo», envió algunos comunicados diplomáticos confusos intentando ganar tiempo, y se mostró reacio a comprometer a Francia a dar el temido paso final. Hasta el 2 de septiembre por la tarde, también Chamberlain y Halifax siguieron dispuestos a contemplar la posibilidad de celebrar una conferencia si las tropas alemanas se retiraban de Polonia. Aquella tarde, sin embargo, en el parlamento a Chamberlain no le quedó la menor duda de que la perspectiva de entablar nuevas negociaciones con Hitler habría supuesto la caída de su gobierno. Obligado a hacer frente a una rebelión dentro de su gabinete, se comprometió a enviar un ultimátum, que debía ser presentado a Berlín a las 9 de la mañana del día siguiente, diciendo a Alemania que retirara sus tropas de Polonia inmediatamente. Hitler tenía dos horas para responder.

Al día siguiente, 3 de septiembre de 1939, a las 11:15 h de la mañana, la población de toda Gran Bretaña se congregó en torno a los aparatos de radio para escuchar a Chamberlain decir, en un tono monótono de duelo, que no se había recibido respuesta al ultimátum «y que en consecuencia este país está en guerra con Alemania». Inmediatamente después las sirenas que avisaban de un ataque aéreo resultaron ser una falsa alarma, pero supusieron un presagio de lo que estaba por venir. Debido en buena medida a la actitud remolona de Bonnet, la declaración de guerra no se produjo de forma sincronizada. Por el contrario, hubo un retraso de casi seis horas antes de que a las 5 en punto de la tarde, los franceses acabaran haciendo lo mismo.

El camino al infierno de una nueva guerra había sido muy retorcido. De hecho había estado «empedrado de buenas intenciones» debido a la acción de los apaciguadores. Chamberlain dijo en la Cámara de los Comunes británica el 3 de septiembre: «Todo aquello por lo que he trabajado, todo aquello en lo que he cifrado mis esperanzas, todo aquello en lo que he creído durante mi vida pública, ha caído hecho pedazos». Aunque guiado por los mejores motivos imaginables, el apaciguamiento había sido,

como dijo Churchill, un «cuento triste de juicios equivocados formados por gente bienintencionada y capaz» que había supuesto «una sucesión de hitos hacia el desastre». Los apaciguadores, en Inglaterra y Francia, habían sido indudablemente gente «bienintencionada». Pero su educación, su experiencia y la escuela política a la que pertenecían habían hecho que no estuvieran en absoluto preparados para enfrentarse a un gánster en la escena internacional. Simplemente no estaban a la altura de Hitler. *Ellos* pensaban que podían negociar un acuerdo de paz, incluso a expensas de arrojar a otro país a las fieras. *El otro* quería la guerra a toda costa. Según la visión del mundo que había venido elaborando durante la mayor parte de dos décadas, sólo la conquista podía satisfacer las necesidades de Alemania. De modo que el final de camino era siempre el más probable: otra vez una guerra en Europa.

«En cierto modo, es un alivio; se han resuelto las dudas», fue la reacción lapidaria de sir Alexander Cadogan, subsecretario permanente del Foreign Office británico. William Woodruff, el chico inglés de clase obrera que estudiaba en Oxford, abandonó aquel día sus convicciones pacifistas: «Luchar era el menor de dos males. Arreglaría mis asuntos en Oxford y me alistaría». Muchísimos otros jóvenes correrían a presentarse voluntarios para el servicio militar. Woodruff encarnaba, probablemente de manera acertada, la opinión de la mayoría de la población de Gran Bretaña, a saber que la guerra era inevitable y que había que parar los pies a Hitler: «Estaban encantados de que el engaño hubiera acabado y de que hubiera empezado la lucha a vida o muerte». El escritor judío Manès Sperber estuvo en las largas colas de voluntarios que se formaron en París, temeroso de lo que pudiera aguardarlo, pero aliviado de que sus padres y sus hermanos estuvieran a salvo en Inglaterra. «Nada de entusiasmo enloquecido. Es un trabajo que hay que hacer; eso es todo», anotó en su diario Pierre Lazareff, el editor de *France Soir*. Conscientes de la carnicería que se había producido en su propio país una generación antes, los soldados franceses llamados a filas —muy pronto 4,5 millones procedentes de Francia y sus colonias— estaban, como decían los informes llegados de las prefecturas, resignados a luchar, pero no se veía el menor rastro del entusiasmo atestiguado en 1914.

La cosa fue un poco distinta en Alemania. William Shirer registró el ambiente reinante en Berlín el 3 de septiembre: «En las caras de la gente, asombro, depresión ... En 1914, creo, la emoción reinante en Berlín el primer día de la Guerra Mundial era tremenda. Hoy, nada de emoción, ni gritos de hurra, ni vítores, ni de lanzamiento de flores, nada de fiebre de guerra ni de histeria de guerra». Por el contrario, en Varsovia, recordaba Marcel Reich-Ranicki, posteriormente afamado crítico literario en Alemania, el estado de ánimo al escucharse que Gran Bretaña y Francia habían declarado la guerra a Alemania fue de felicidad casi incontenible. Una multitud delirante se congregó fuera de la embajada británica gritando: «¡Viva Inglaterra!» y «¡Viva la lucha por la libertad!». Más tarde, ese mismo día la gente se puso a cantar «La Marsellesa» ante la embajada de Francia. Pensaban que la ayuda estaba de camino. No tardarían en darse cuenta, cuando las bombas alemanas llovieran sobre las ciudades polacas y comenzara su martirio, de que no iba a llegar ninguna ayuda.

Fueran cuales fueran los incontables sentimientos que abrigaba la gente de todo el continente el 3 de septiembre, prácticamente todos reconocían que sus vidas estaban a punto de cambiar radicalmente. Nadie sabía qué era exactamente lo que iba a traer la guerra. Había motivos suficientes para mirar los años por venir con la mayor angustia. Muchos presentían que tendrían que soportar una vez más las penas del infierno. Pocos tal vez, sin embargo, sintieran la profundidad del presagio anotado en su diario (escrito en un inglés imperfecto) por el escritor judío de origen austríaco Stefan Zweig, a la sazón exiliado en Inglaterra. La nueva guerra, escribió el 3 de septiembre de 1939, sería «mil veces peor que la de 1914 ... No tenemos ni idea de qué *nuevos* horrores de enveninamiento [*sic*] y enconamiento traerá esta guerra. Espero cualquier cosa de esos criminales. ¡Qué fracaso de civilización!».

8
El infierno en la tierra

Nos parecía que estábamos asistiendo a una ruptura total en la evolución de la humanidad, al colapso absoluto del hombre como ser racional.

Heda Margolius-Kovály, Bajo una estrella cruel:
Una vida en Praga 1941-1968 *(1986)*

Para millones de europeos la segunda guerra mundial, más aún que la primera, fue lo más cerca que llegaron a estar del infierno en la tierra. Sólo el número de muertes —más de 40 millones únicamente en Europa, cifra más de cuatro veces superior a la de las víctimas de la primera guerra mundial— nos da una idea del horror que supuso. Las pérdidas sufridas constituyen todo un reto para la imaginación. Sólo la Unión Soviética sufrió más de 25 millones de vidas truncadas. Los muertos de Alemania rondaron los 7 millones, y los de Polonia los 6. Las meras cifras no llegan a expresar ni de lejos los extremos de sufrimiento a los que se llegó, ni la desgracia infligida a innumerables familias. Tampoco transmiten la impresión de lo que supone la ponderación geográfica de una cifra de bajas tan enorme.

La Europa occidental salió relativamente bien librada. En Gran Bretaña y Francia murieron muchas menos personas que las que perecieron durante la primera guerra mundial. El total de soldados aliados muertos durante la segunda guerra fueron en conjunto poco más de 14 millones. Gran Bretaña (y sus territorios de ultramar) sufrió alrededor de un 5,5 % de esas pérdidas, Francia (con sus colonias) aproximadamente un 3 %, y la Unión Soviética cerca de un 70 %. Si no tuviéramos en cuenta la guerra con Japón, la proporción de víctimas soviéticas sería incluso más elevada. Las

muertes de civiles en Inglaterra, a causa sobre todo de los bombardeos, fueron unas 70.000. Las muertes de civiles en el epicentro de la carnicería —Polonia, Ucrania, Bielorrusia, los países bálticos y las zonas occidentales de la Unión Soviética— llegaron a sumar cerca de 10 millones.

A diferencia de la primera guerra mundial, las muertes de civiles durante la segunda superaron con mucho las de las tropas en combate. En mucha mayor medida que el anterior gran conflicto, ésta fue una guerra en la que se vieron envueltas sociedades enteras. El elevado índice de víctimas mortales entre la población civil fue consecuencia, entre otras cosas, del carácter genocida del conflicto. Pues, a diferencia de la guerra de 1914-1918, el genocidio constituyó la razón de ser misma de esta segunda gran conflagración. Esta guerra constituyó un ataque contra la humanidad sin precedentes en la historia. Fue una caída en el abismo como no se había conocido nunca, y supuso la destrucción de todos los ideales de civilización surgidos de la Ilustración. Fue una guerra de proporciones apocalípticas, el Armagedón de Europa.

Esta segunda guerra en el plazo de una generación fue el asunto pendiente que había quedado a raíz de la primera. Aparte de millones de personas llorando a sus seres queridos, la anterior guerra había dejado un continente convulso. Unos odios nacionalistas, étnicos y de clases inmensos, entrelazados los unos con los otros, habían creado un clima de violencia política extrema y de posturas polarizadas, un ambiente de tensión del que surgió el régimen de Hitler dispuesto a poner en peligro la paz de Europa. Para Alemania más que para cualquier otro país, la primera guerra había dejado un asunto pendiente. Pero el intento de conseguir una dominación continental y en último término incluso mundial por medio de otra guerra constituía una apuesta tremenda. Dados los recursos de los que disponía Alemania, las probabilidades en contra de que la jugada saliera bien eran enormes. Rearmándose a toda prisa, otros países, por otra parte con más recursos a su disposición una vez que los movilizaran, harían todo cuanto pudieran por impedir la hegemonía alemana. La oportunidad que tendría Alemania de conseguir la victoria antes de que sus enemigos pudieran detenerla sería muy breve.

Para Hitler y para otros líderes nazis, tras una nueva guerra se ocultaba una motivación psicológica subyacente muy poderosa. Tenía que ser una guerra que deshiciera los resultados de la anterior, que borrara la deshonra de la derrota y de la humillación de Versalles, que erradicara el legado de los «criminales de noviembre» (los líderes de la izquierda que, a juicio de Hitler, habían provocado la revolución de 1918). Por si fuera poco, como había «profetizado» Hitler en su discurso de enero de 1939, debía ser una guerra destinada a acabar con lo que él consideraba el poder funesto de los judíos en toda Europa. En resumen: una nueva guerra que supusiera reescribir la historia.

Las democracias occidentales, Inglaterra y Francia, cuya debilidad había sido puesta plenamente de manifiesto por Hitler, se habían mostrado dispuestas a aceptar la extensión de la influencia alemana en Europa central —accediendo de paso a la mutilación de Checoslovaquia— como precio a pagar por la paz. De por sí esto constituía una concesión enorme y la aceptación de un cambio significativo en el equilibrio de poder dentro de Europa. La perspectiva de unas conquistas ilimitadas por parte de los alemanes era una cuestión completamente distinta. Amenazaba no sólo con alterar el equilibrio de poder en Europa y con desestabilizar las posesiones ultramarinas de Inglaterra y Francia, sino con poner en peligro directamente a Francia e incluso a Gran Bretaña, que corrían el riesgo de ser conquistadas por Alemania. Una Europa dominada por Hitler y por su régimen inhumano era un panorama infinitamente peor que lo que hubiera podido ser una Europa en manos del káiser. Por consiguiente, para británicos y franceses había llegado el momento de oponer resistencia a la expansión del poderío alemán. Eran pocos en Inglaterra y Francia los que querían una nueva guerra. El dolor de los acontecimientos de 1914-1918 seguía muy vivo. Las fuerzas armadas no estaban preparadas para un conflicto de gran envergadura. Las economías, que justo habían empezado a recuperarse de la Depresión, no estaban en condiciones de financiarlo. La City de Londres y las grandes empresas, tanto en Francia como en Gran Bretaña, no podían permitirse el lujo de repetir el terremoto económico que había producido la guerra anterior. La gente, al recordar el inmenso derramamiento de sangre que había traído la contienda anterior, desde luego

no quería otra. Pero la cosa estaba clara: esta guerra había que hacerla. Se mezclaban de forma muy conveniente el interés nacional y una causa moral. Si alguna vez hubo una guerra justa, fue ésta. Había que derrotar a Hitler si Europa quería vivir en paz.

Si la primera gran guerra había sido la catástrofe seminal, la segunda sería la culminación de esa catástrofe: el hundimiento total de la civilización europea. Marcaría el choque final de todas las fuerzas ideológicas, políticas, económicas y militares que habían cristalizado durante la primera contienda y provocaría la inestabilidad y las tensiones que sufriría el continente durante los veinte años siguientes. Se convertiría en el episodio definitorio que configurara el siglo XX. Con la segunda guerra mundial llegaría a su fin la Europa que había sido el legado de la primera. El continente casi se destruyó a sí mismo. Pero sobrevivió. Y de ella saldría una Europa cambiada por completo.

Un continente en llamas

La que acabaría siendo una guerra mundial, cuando el conflicto en el Extremo Oriente se sumara al de Europa, se dividió en tres grandes fases y afectó al continente europeo en grados muy distintos y en coyunturas muy diversas. Suecia, Suiza, España, Portugal, Turquía e Irlanda permanecieron oficialmente neutrales. No participaron en los combates, aunque no dejaron de verse implicadas indirectamente en las hostilidades. Todos los demás países europeos estuvieron de un modo u otro envueltos en la guerra.

La primera fase del conflicto vio cómo la guerra se extendía desde Polonia hasta el Báltico, y luego a Escandinavia, Europa occidental, los Balcanes y el norte de África. Siguió la senda de la agresión alemana e italiana, pero también la de la expansión soviética por Polonia y el Báltico, cuyo objetivo era extender el poder de la URSS con el fin de consolidar un cordón defensivo. La parte oriental de Polonia, tal como preveía el acuerdo alcanzado con Alemania, fue ocupada por la Unión Soviética a mediados de septiembre de 1939. Las Repúblicas Bálticas —Estonia, Letonia y Lituania — fueron obligadas a convertirse en repúblicas soviéticas en abril de 1940, y a continuación, en el mes de julio, tuvo lugar la anexión de Besarabia y de

Bucovina del norte, que hasta ese momento formaban parte de Rumanía. Finlandia logró resistir al poderío del Ejército Rojo en una guerra heroica durante los meses de invierno de 1939-1940, pero finalmente se vio obligada a ceder territorios a la Unión Soviética, que pasarían a formar parte de su barrera defensiva en el Báltico.

Polonia fue aplastada rápidamente en el otoño de 1939. En la primavera de 1940 fueron invadidos los estados neutrales de Dinamarca, Noruega, Holanda, Luxemburgo y Bélgica. Luego, de forma casi increíble, la propia Francia (que poseía el ejército más grande de Europa) capituló después de una campaña que duró poco más de cinco semanas. Más de un millón y medio de soldados franceses capturados fueron trasladados a Alemania, donde mayoritariamente permanecieron como prisioneros de guerra durante los cuatro años siguientes. La primavera siguiente Yugoslavia y Grecia sucumbieron también enseguida bajo el poder de las armas alemanas.

En el catálogo de triunfos alemanes destacaría un solo gran fracaso. Inglaterra, respaldada por su imperio mundial, logró librarse de la conquista. Ello se debió en gran medida a la negativa de Winston Churchill, primer ministro desde el 10 de mayo de 1940, en el curso de las tensas discusiones mantenidas hacia finales de ese mismo mes, mientras el ejército británico permanecía atrapado en las playas de Dunkerque, a contemplar ni siquiera la sugerencia de su secretario del Foreign Office, lord Halifax, de que Inglaterra considerara la posibilidad de estudiar los términos de un tratado de paz. (La familia real y muchos miembros del partido conservador habrían preferido que Halifax estuviera al frente del país.) Con Inglaterra decidida a seguir luchando, Alemania tuvo que enfrentarse a la difícil perspectiva de que los británicos se beneficiaran del apoyo económico y quizá militar de Norteamérica. Acabar la guerra en el oeste había sido para Hitler el requisito imprescindible para volverse contra la Unión Soviética en la guerra que llevaba casi veinte años empeñado en hacer. Pero no fue capaz de obligar a Inglaterra a hincarse de rodillas y de alcanzar por tanto la victoria en Europa occidental. En 1940 se consideró durante algún tiempo la posibilidad de una invasión. Sin embargo, las dificultades logísticas eran enormes, y la idea no tardó en ser abandonada. Bombardear Gran Bretaña

hasta lograr someterla se reveló una tarea fuera del alcance de la Luftwaffe, pese a los graves daños infligidos a las ciudades inglesas y a las decenas de millares de vidas perdidas en los ataques aéreos de 1940 y comienzos de 1941.

En la primavera de 1941 la sorprendente serie de ataques relámpago alemanes, combinando de una forma nueva y demoledora su potencial aéreo con unidades de tanques capaces de moverse con rapidez que daban a la Wehrmacht una superioridad militar temible, había conseguido que la dominación alemana se extendiera desde Noruega hasta Creta. A Italia no le habían ido tan bien las cosas. Tras entrar en guerra en el momento en el que se producía la conquista de Francia por los alemanes en junio de 1940, no tardaría en mostrar una embarazosa debilidad militar en Grecia y en el norte de África, haciéndose necesaria la intervención militar alemana para ayudar a su aliado del Eje en apuros.

Obsesionado por el hecho de que el tiempo corría en contra de Alemania y de sus posibilidades de éxito en la gran apuesta que había hecho por la dominación primero de Europa y después del mundo, Hitler cambió por completo la que había sido su idea inicial. La manera de derrotar a Inglaterra, dijo a sus generales, era derrotar primero a la Unión Soviética. La grotesca infravaloración de la capacidad militar de los soviéticos (basada en las dificultades mostradas por el Ejército Rojo a la hora de aplastar las exiguas fuerzas finlandesas en la «guerra de Invierno» de 1939-1940) favoreció la aquiescencia de los generales alemanes, convencidos de que la victoria en una campaña en el Frente Oriental podría lograrse en cuestión de semanas. En diciembre de 1940 se dieron órdenes para llevar a cabo una invasión de la Unión Soviética la próxima primavera. La victoria en dicha campaña proporcionaría a Alemania el «espacio vital» que Hitler había afirmado que necesitaba. Al mismo tiempo supondría la realización del segundo de los objetivos con los que venía soñando desde hacía dos décadas: proporcionaría una «solución final a la cuestión judía» que venía obsesionándoles absurdamente a él y a los líderes nazis desde el primer momento.

La segunda fase de la guerra dio comienzo a primera hora de la mañana del 22 de junio de 1941 cuando, sin previa declaración de guerra, las tropas alemanas invadieron la Unión Soviética. Más de tres millones de soldados alemanes cruzaron las fronteras soviéticas. En las regiones del oeste de la URSS se les enfrentarían casi otros tantos soldados del Ejército Rojo. Comenzó así la lucha armada más gigantesca de la historia; y la que se convertiría también en la más mortífera con diferencia.

El hecho de que se obtuviera con rapidez una victoria total en esta operación titánica comportaba un premio muy grande. Los ricos recursos de la Unión Soviética eran trascendentales si Alemania quería conseguir al dominio total del continente. Y eso a su vez constituía el requisito imprescindible para acabar con la amenaza proveniente del oeste, donde Gran Bretaña estaba a punto de establecer una alianza bélica en toda regla con los Estados Unidos de América. Hitler preveía que los americanos estarían dispuestos a entrar en la guerra al lado de los británicos en 1942. Alemania —y eso no tenía vuelta de hoja— estaba obligada a alcanzar el dominio de todo el continente antes de esa fecha. Esas preocupaciones se agravaron más bien cuando el Congreso de Estados Unidos aprobó en marzo de 1941 la Ley de Préstamo y Arriendo, un mecanismo ideado para facilitar el incremento masivo de la ayuda prestada a Gran Bretaña. El presidente Roosevelt, sin embargo, todavía no se atrevió a presentar al Congreso ninguna propuesta de entrada en la guerra. La política de aislacionismo estaba de capa caída, pero seguía gozando de un gran predicamento. La Ley de Préstamo y Arriendo, sin embargo, confirmaba que Estados Unidos estaba en aquellos momentos comprometido con el plan de sumar su gigantesco potencial económico al intento de derrotar a las potencias del Eje. Para Alemania constituía una verdadera carrera contra reloj derrotar a la Unión Soviética antes de que el poderío económico norteamericano —y con toda probabilidad en un momento dado también directamente su fuerza militar— afectara de manera decisiva la marcha de la guerra.

El ataque por tres flancos que suponía la invasión de la Unión Soviética —la llamada «Operación Barbarroja»— al principio avanzó a un ritmo asombroso en dirección al norte, el centro y el sur del amplísimo

Frente Oriental, que se extendía a lo largo de unos 1.800 kilómetros. Stalin había ignorado de forma lamentable todas las advertencias, muchas de ellas exactas, acerca de la inminencia de una invasión, considerándolas meros ejercicios de desinformación deliberada. Muchas unidades del Ejército Rojo habían sido dejadas en posiciones adelantadas desprotegidas y habían caído fácilmente en poder del enemigo, presa de los ataques en rápido movimiento de los panzer, que efectuaron operaciones de envolvimiento masivas y consiguieron la captura de cientos de miles de prisioneros. Sin embargo, al cabo de dos meses, era evidente que los objetivos extraordinariamente ambiciosos de la «Operación Barbarroja» no estarían realizados antes del invierno, eventualidad para la que se habían tomado muy pocas medidas. El enemigo había sido torpemente subestimado y la logística que comportaba la conquista de un país tan enorme era demasiado grande. Se había ganado el rico territorio agrícola de Ucrania, pero resultó imposible avanzar hasta los pozos de petróleo del Cáucaso o destruir Leningrado, al norte. El avance hacia Moscú empezó con retraso, pues no dio comienzo hasta primeros de octubre. Stalin estaba dispuesto a contemplar la posibilidad de entregar territorio a cambio de un tratado de paz con Hitler. Al dictador alemán eso no le interesaba; pensaba que Alemania estaba a punto de conseguir la victoria. Los habitantes de Moscú empezaron a ser presa del pánico a mediados de octubre, a medida que las fuerzas alemanas se aproximaban a la ciudad.

Stalin pensó en abandonar la capital, pero luego cambió de idea. La moral de los soviéticos, después de tambalearse, empezó a recuperarse. El avance alemán mientras tanto disminuyó y quedó atascado debido a la llegada de las lluvias otoñales, y poco después de la nieve y del hielo de comienzos del invierno, cuando las temperaturas se precipitaron hasta los 30 grados bajo cero. Para entonces dos quintas partes de la población de la URSS y casi la mitad de sus recursos materiales estaban bajo el control de los alemanes. Habían sido hechos prisioneros casi 3 millones de soldados. Pero las pérdidas alemanas habían aumentado de forma alarmante. Cerca de tres cuartos de millón de hombres —casi la cuarta parte del ejército del este — habían sido registrados como muertos, heridos o desaparecidos desde el comienzo de la «Operación Barbarroja». Las reservas de hombres

empezaban ya a escasear. Stalin, en cambio, parecía disponer de una fuente inagotable de aprovisionamiento. La contraofensiva soviética, que dio comienzo el 5 de diciembre de 1941, cuando las tropas avanzadas alemanas se hallaban apenas a 50 kilómetros de Moscú, provocó la primera gran crisis de la guerra para Alemania. Las esperanzas de una victoria rápida fueron sustituidas por el reconocimiento de que iba a tener que enfrentarse a una guerra larga y dolorosa.

El ataque japonés contra Pearl Harbor el 7 de diciembre y la declaración de guerra contra Japón por parte de Estados Unidos al día siguiente transformaron la guerra en un conflicto global. Hitler vio en aquello una oportunidad estratégica. La guerra contra los japoneses tendría maniatados a los americanos en el Pacífico. Los submarinos alemanes, cuyas actividades se habían frenado durante meses mientras Estados Unidos llevaba a cabo una «guerra no declarada» en el Atlántico, fueron soltados finalmente contra la flota norteamericana con el fin de cortar el importantísimo cordón umbilical que la unía a Gran Bretaña y de que Alemania consiguiera así la victoria de la guerra en el mar. Con esa idea optimista en la cabeza, el 11 de diciembre de 1941 Hitler metió a Alemania en una guerra contra Estados Unidos. Fueran cuales fueran los fundamentos de la idea de Hitler, las probabilidades de ganar la guerra en Europa estaban ahora en contra de Alemania.

En realidad, Hitler había sobrevalorado absurdamente el poderío militar de los japoneses. Pearl Harbor supuso una verdadera conmoción para Estados Unidos, pero distó mucho de ser un golpe contundente. La expansión nipona, aunque al principio fue todo un éxito, llegó a su límite durante la primera mitad de 1942. Pero la gran victoria naval de los americanos en Midway en junio de 1942 marcó el punto de inflexión de la guerra en el Pacífico.

La racha cambió en el Atlántico un año más tarde. Pero Hitler había sobrevalorado también la capacidad destructiva de sus submarinos. El éxito que habían tenido en 1942 no pudo mantenerse, en gran medida porque lo servicios de inteligencia británicos lograron finalmente, tras una larga lucha, descifrar las comunicaciones alemanas enviadas a través del mecanismo de codificación Enigma y localizar así la posición de los

submarinos. La mejora de las defensas contra éstos supuso que algunos suministros vitales para los Aliados pudieran cruzar el Atlántico con mayor sigilo. En 1943 Hitler estaba ya perdiendo la batalla del Atlántico.

Mientras tanto Alemania había alcanzado los límites de su expansión. La batalla de El Alamein, que se prolongó durante tres semanas entre los meses de octubre y noviembre, puso fin al avance alemán en el norte de África y allanó el camino para la victoria final de los Aliados en ese mismo teatro de operaciones un año después. En la Unión Soviética la segunda gigantesca ofensiva alemana del verano de 1942 (aunque con un número reducido de hombres, comparada con la de 1941) había tenido por objeto asegurar el acceso al petróleo del Cáucaso, pero acabó en catástrofe en Stalingrado, una batalla de desgaste de cinco meses de duración en lo más crudo del invierno ruso, que acabó en febrero de 1943 con la destrucción absoluta del VI Ejército alemán y la pérdida de más de 200.000 hombres (y unos 300.000 de sus aliados). La suerte de los contendientes había cambiado de forma irreversible en 1942. Había todavía mucho camino por recorrer, pero los líderes de los Aliados estaban ya seguros de la victoria final. Y cuando Roosevelt y Churchill se reunieron en la Conferencia de Casablanca de enero de 1943 acordaron que la victoria sólo podría alcanzarse con la rendición incondicional de las potencias del Eje.

Los desembarcos de los Aliados en el norte de África en noviembre de 1942 habían abierto la senda hacia la capitulación de las fuerzas del Eje en la región. En julio de 1943 los Aliados pasaron a Sicilia, acción que precipitó la destitución de Mussolini por los propios líderes fascistas ese mismo mes. Tras ella se produjo en el mes de septiembre la firma de un armisticio entre Italia y los Aliados que dio lugar a la ocupación por tropas alemanas de buena parte del país. Comenzó para las fuerzas aliadas la lenta lucha hacia el norte. Se había abierto un segundo frente (aunque no el que había venido pidiendo Stalin). Ni tampoco lo fue la campaña de bombardeos contra las ciudades y las instalaciones industriales alemanas que se intensificó a lo largo de 1943. La campaña británica de «bombardeo de zona» (o de saturación), concebida por el mariscal jefe del aire Arthur Harris como el medio de destruir la moral de los alemanes y de ganar la guerra, había dado comienzo el año anterior. Una gigantesca incursión aérea

había destruido gran parte de Colonia en mayo de 1942. Otras ciudades del norte y del oeste de Alemania fueron atacadas después. Pero ninguno de esos ataques se aproximó por su poder destructivo a la devastación sufrida por Hamburgo a finales de 1943, en una serie de incursiones que mataron al menos a 34.000 civiles, cifra equivalente a más de la mitad de todas las víctimas sufridas por los británicos en los bombardeos aéreos a lo largo de toda la guerra. Pero incluso este episodio estaría muy lejos de constituir el punto culminante de la campaña de bombardeos, que se incrementaría vertiginosamente durante el último año de la contienda, cuando la superioridad de los Aliados fuera casi completa.

La última gran ofensiva alemana en el Frente Oriental, en julio de 1943, duró poco más de una semana. La «Operación Ciudadela» fue cancelada tras la colosal batalla de tanques —participaron en ella más de 5.000 blindados— que tuvo lugar en Kursk. Las enormes pérdidas soviéticas fueron mucho mayores que las de los alemanes. Pero las tropas germanas eran necesarias en el sur de Italia para reforzar las defensas del país tras el desembarco de los Aliados en Sicilia. Con la cancelación de la «Operación Ciudadela», la iniciativa pasó de forma irrevocable a los soviéticos. Julio resultó un mes desastroso para Alemania. Su extraordinaria capacidad de aguante significó que no se produjera un derrumbamiento total, pero en aquellos momentos la estrategia alemana consistía simplemente en combatir tenazmente en una acción prolongada en la retaguardia contra unas fuerzas enormemente superiores con la única esperanza de que se deshiciera la «Gran Alianza» establecida entre los capitalistas, Gran Bretaña y Norteamérica, y los comunistas de la Unión Soviética. A medida que el abismo entre los recursos de los que disponían los alemanes y los Aliados se ensanchaba inexorablemente, se hacía más claro lo que se avecinaba. Un indicio de que las tornas habían cambiado por completo fue la toma de Kiev por los soviéticos en el mes de noviembre. Ese mismo mes, en la Conferencia de Teherán, los líderes aliados acordaron que Gran Bretaña y Estados Unidos lanzaran al año siguiente una invasión de la Europa occidental ocupada por los alemanes.

El éxito del desembarco de los Aliados en Normandía el 6 de junio de 1944 (el Día D), y dos semanas más tarde el gigantesco y demoledor avance del Ejército Rojo en el curso de la «Operación Bagration», inauguraron la tercera y última fase de la guerra en Europa, que acabó con la capitulación de Alemania. Fue la fase más sangrienta de las tres. Una cuarta parte de todos los muertos de la guerra, equivalente al total de los soldados que perdieron la vida a lo largo de toda la primera guerra mundial, puede atribuirse a estos últimos meses. La mayor parte de las muertes de soldados ingleses y americanos, una elevada proporción de las muertes de los soviéticos, la mitad de todos los soldados alemanes caídos en toda la contienda y una mayoría de las víctimas civiles se produjeron durante los últimos once meses del conflicto. Muchos de los civiles muertos fueron víctimas de los bombardeos aéreos aliados que arrasaron las ciudades alemanas en un *crescendo* imparable de destrucción durante los últimos meses de la guerra. La aniquilación de Dresde en febrero de 1945, con la pérdida de 25.000 vidas, en su inmensa mayoría de civiles, representa simbólicamente el terror llovido del cielo que se abatió sobre las ciudades grandes y pequeñas de Alemania cuando las defensas aéreas se vinieron abajo. Sólo en el mes de marzo de 1945 los aviones británicos lanzaron más bombas que durante los tres primeros años de la guerra.

Las pérdidas alemanas en el este durante la «Operación Bagration» y al término de la misma dejaron pequeñas las de Stalingrado o las de cualquier otra batalla, y no pudieron ser compensadas. Alemania luchó hasta el final. El miedo a la conquista a manos de la Unión Soviética (unido a la conciencia de los horrores que los soldados alemanes habían perpetrado en territorio soviético), el recrudecimiento de la represión de cualquier disidencia en el interior, los controles generalizados por parte del partido nazi y sus diferentes organismos, la imposibilidad de organizar cualquier tipo de resistencia tras el intento fallido de asesinato de Hitler del 20 de julio de 1944, el reconocimiento por parte de los jerarcas nazis de que resistirían o caerían con Hitler, y la fe constante en el dictador mantenida por las autoridades civiles y militares, todo ello contribuyó a la vana lucha por resistir cuando la razón hablaba rotundamente a favor de la rendición.

Sin embargo, ya sólo era cuestión de tiempo. Con el hundimiento del Frente Oriental, Finlandia, Rumanía y Bulgaria se volvieron contra Alemania en septiembre de 1944. Rumanía y Bulgaria fueron ocupadas por los soviéticos. Polonia —con Varsovia convertida en un montón de ruinas tras la destrucción perpetrada por los alemanes a raíz de la sublevación de agosto de 1944— estaba en manos soviéticas a finales de enero de 1945. Tras largos e intensos combates, Hungría quedó asimismo bajo el control de los soviéticos en el mes de marzo. Para entonces los Aliados occidentales habían logrado abrirse paso al otro lado del Rin, iniciándose así el avance hacia el norte de Alemania, lográndose la toma del importantísimo cinturón industrial del Ruhr, y asegurándose el incesante progreso hacia el sur del país. La apisonadora soviética era igualmente imparable por el este, y fue abriéndose camino hacia la costa del Báltico y la cuenca del Óder, para emprender el asalto final sobre Berlín, que dio comienzo el 16 de abril de 1945. El avance soviético por Alemania y luego su conquista de la capital del Reich fueron acompañados en todo momento de una horrorosa crueldad para con la población alemana, y la violación de innumerables mujeres fue una de las principales marcas de identidad de la brutal venganza por las incalificables atrocidades perpetradas anteriormente por los ocupantes alemanes en territorio soviético.

El 25 de abril las grandes fuerzas llegadas a Alemania procedentes del este y del oeste convergieron en el río Elba. Las tropas soviéticas y americanas se estrecharon la mano. El Reich quedó escindido en dos. Berlín fue rodeada ese mismo día por el Ejército Rojo. El 2 de mayo la batalla de Berlín había terminado. Hitler se había suicidado en su búnker dos días antes. A continuación llegaría un breve, pero sangriento, epílogo hasta que el gran almirante Karl Dönitz, el sucesor escogido por Hitler, se rindió finalmente ante lo inevitable. La capitulación total de Alemania en todos los frentes fue firmada en presencia de los representantes de Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética el 8 de mayo de 1945. La guerra más horrorosa de la historia de Europa había acabado. Sus costes —materiales y en vidas humanas— estaban todavía por computar. Sus consecuencias políticas y morales determinarían las décadas futuras.

El pozo sin fondo de inhumanidad

Todas las guerras son inhumanas, y especialmente lo han sido las modernas. El armamento moderno significa que matar en la guerra se haya convertido en algo impersonal, un acto que se lleva a cabo a una escala gigantesca y en el que los civiles se ven arrastrados progresivamente hacia el matadero. La Gran Guerra de 1914-1918 había demostrado ampliamente esas características. Por terrible que fuera aquella contienda, sin embargo, quedaría ensombrecida por el pozo sin fondo de inhumanidad en el que se hundió el género humano durante la segunda guerra mundial.

Ese desplome sin precedentes había venido esperándose que se produjera en una Europa desgarrada por los odios étnicos y de clase, por un racismo extremo, un antisemitismo paranoico y un nacionalismo fanático. Entrar en una guerra movida por el odio y empeñada en erradicar —no sólo derrotar— al enemigo era la receta infalible para que se produjera el colapso de todos los criterios básicos de humanidad. Eso fue lo que ocurrió en gran medida entre los soldados que combatieron en la guerra en la Europa del este, aunque mucho menos entre los que lo hicieron en la Europa occidental. La guerra total fue el ingrediente necesario para convertir unos antagonismos letales como aquellos en una verdadera matanza masiva a una escala que difícilmente podemos concebir.

En todas las guerras las matanzas en el campo de batalla se intensifican. La segunda guerra mundial no fue una excepción. En las campañas en el Frente Occidental y en el norte de África, sin embargo, los combates fueron en su mayor parte relativamente convencionales. En la Europa del este la cosa fue distinta. Allí la crueldad, la brutalidad y el puro desprecio de la vida humana se escapan por completo a la imaginación. Los combates allí formaron parte de una guerra racial. Ello fue consecuencia directa del objetivo simultáneo de conquista al estilo colonial y de limpieza racial que se habían fijado los líderes nacionalsocialistas de Alemania.

El infierno en la tierra resultante, no sólo para las tropas combatientes, sino también para la población civil, fue fruto fundamentalmente de la ideología. Esto es, quién debía vivir y quién debía morir se convirtió en primera instancia en una cuestión ideológica. El terror y las muertes que se

infligieron a la población civil en Polonia y a lo largo de toda la guerra en el este así lo reflejaron con toda claridad desde el primer momento. La demostración más palmaria de la prioridad ideológica fue la selección de los judíos, entre todas las incontables víctimas de la violencia extrema, como objetivo de lo que pronto se convertiría en un genocidio generalizado.

No obstante, la ideología fue siempre de la mano de los imperativos económicos. Esto era algo que se tenía muy claro dentro de la propia Alemania, en la llamada «acción de eutanasia» que dio comienzo en 1939. La operación iba dirigida fundamentalmente a la eliminación de los «degenerados raciales», principio esencial de la eugenesia. Hitler había dicho con anterioridad que cualquier acción de ese tipo tendría que esperar hasta la guerra. En octubre de 1939 adelantó la fecha de la autorización secreta, firmada de su puño y letra, de la «acción de eutanasia» al 1 de septiembre, signo evidente de que veía el comienzo de la guerra como el momento idóneo para empezar una violación tan fundamental del principio humanitario básico de derecho a la vida. La «acción» fue detenida igualmente en secreto en agosto de 1941, cuando se tuvo conocimiento de que había sido hecha pública y de que había dado lugar a una denuncia del obispo de Münster, el conde Clemens August von Galen. Para entonces habían caído víctimas de ella unos 70.000 pacientes de distintos manicomios. Esa cifra superaba la que habían previsto los médicos, a pesar de ser ellos quienes seleccionaran a los pacientes a los que consideraban aptos para sufrir la «acción de eutanasia». Pero la «orden de detención» de agosto de 1941 no supuso, ni mucho menos, el fin del proceso de exterminio de los enfermos mentales «inútiles». Su asesinato se trasladó a partir de ese momento al secreto de los campos de concentración. Se calcula que las víctimas de los asesinatos por «eutanasia» superaron en total las 200.000. Médicos y enfermeras desempeñaron un importante papel en la matanza de sus pacientes. Aunque el asesinato de las personas aquejadas de enfermedades mentales fuera motivado por consideraciones ideológicas, pretendía también obtener un ahorro económico mediante la eliminación de los individuos considerados como «vidas inútiles». Se hicieron cálculos

exactos del ahorro que se podía conseguir. «Los enfermos mentales son una carga para el estado», decía el manicomio de Hartheim, cerca de Linz, en Austria.

Los pasos dados hacia el genocidio de los judíos también tuvieron un componente económico importante. Cuando quedó claro que la «limpieza» masiva de judíos de los territorios conquistados, dada al principio por descontada, no podía hacerse efectiva con rapidez, los guetos establecidos en Polonia se convirtieron en empresas sumamente rentables para los ocupantes alemanes. En consecuencia, algunos de los que los administraban no quisieron después, cuando se decidió que los judíos fueran deportados para su aniquilación, que se cerraran los guetos. Pero ¿qué pasaba con los judíos que no eran capaces de trabajar? Ya en julio de 1941 el jefe del Servicio de Seguridad del Reich en Posnania, distrito situado dentro de la parte de Polonia occidental anexionada por Alemania, proponía que como «ya no se puede dar de comer a todos los judíos», habría que pensar en «acabar con aquellos judíos que no sean capaces de trabajar mediante algún preparado de efecto rápido». Cinco meses después, Hans Frank, el jerarca nazi de la zona central de Polonia ocupada por los alemanes, lo que se llamaba el Gobierno General, al explicar a grandes rasgos la urgencia de exterminar a los 3,5 millones de judíos de su territorio, decía a sus subordinados que los judíos eran «enormemente perniciosos para nosotros por la cantidad de comida que se tragan». Más tarde, cuando los judíos eran ya asesinados a millones, el más grande de los campos de concentración nazis, el de Auschwitz, en otra zona de Polonia, Alta Silesia, intentó combinar el exterminio con el beneficio industrial. El gigantesco complejo de Auschwitz comprendía veintiocho subcampos, en realidad instalaciones industriales que operaban con la mano de obra esclava suministrada por sus 400.000 prisioneros, que generaron en total para el estado alemán unos 30 millones de marcos de beneficio. Cuando los prisioneros ya no eran aptos para trabajar eran enviados a las cámaras de gas.

La ideología también se mezcló estrechamente con la economía en la forma en que las autoridades nazis concibieron la conquista y la ocupación. Lo primordial era asegurar la alimentación de la población alemana. El «invierno de los nabos» de 1916-1917 había llegado a provocar un fuerte

deterioro de la moral de la población durante la primera guerra mundial. No podía repetirse algo parecido. Era totalmente irrelevante que el resto de Europa se muriera de hambre. Se daba por descontado que entre 20 y 30 millones de eslavos y judíos morirían de inanición como consecuencia de la ocupación de la Unión Soviética por los alemanes. En lo único que había que pensar, dijo Göring a los líderes nazis de los territorios ocupados, era en que no se produjera «un colapso de Alemania por causa del hambre». Se dieron casos de canibalismo entre los prisioneros soviéticos desesperados, a veces hacinados de tal manera que apenas podían moverse, incluso para hacer sus necesidades; el índice de mortandad entre ellos llegó a ser de hasta 6.000 al día. De los 5,7 millones de prisioneros de guerra soviéticos en poder de los alemanes, 3,3 millones sufrieron una muerte espantosa por hambre o por enfermedades relacionadas con la falta de alimento o con las condiciones de frío glacial reinantes. Mientras tanto Alemania sacaba el 20 % de su grano, el 25 % de su grasa y casi el 30 % de su carne de la Europa ocupada.

Al final a los cautivos soviéticos se les daban raciones de comida miserables, pues las autoridades nazis de los campos donde los prisioneros se morían de hambre tardaron en darse cuenta de lo absurdo de la situación cuando más falta hacía esa mano de obra para la producción de guerra. Aun así, la mayor parte de los prisioneros de guerra soviéticos no logró sobrevivir al cautiverio. En el caso de los judíos, había una contradicción evidente en el hecho de obligarles a recorrer media Europa para morir cuando la escasez de mano de obra era tan grande. Pero en este terreno la ideología siguió siendo a todas luces el factor primordial.

Polonia fue desde el primer momento de la ocupación alemana un terreno experimental ideológico. La zona occidental del territorio conquistado —Prusia Oriental, la provincia de Posnania, rebautizada «Reichsgau Wartheland» por el nombre del río que atraviesa la región, el Varta (Warthe en alemán)— fue anexionada al Reich, siendo no sólo recuperados los territorios que habían formado parte de Prusia antes de la primera guerra mundial, sino incluso ampliados considerablemente. Estas zonas, aunque su población era mayoritariamente polaca desde el punto de vista étnico, fueron a partir de ese momento «germanizadas» de manera

despiadada. La zona más densamente poblada del territorio ocupado por los alemanes, correspondiente al centro y al sur de Polonia, fue denominada «Gobierno General» (*Generalgouvernement*) —aunque coloquialmente se utilizaba la expresión «el resto de Polonia» (*Restpolen*) para referirse a ella — y era considerada un vertedero al que eran arrojados los «indeseables raciales» de los territorios anexionados. Como siempre fue Hitler el que marcó la pauta. Aquello iba a ser una «lucha racial muy dura», declaró. No podían caber las limitaciones legales. Todo ello supuso un aumento de la miseria y el sufrimiento increíble de la población polaca sometida y la antecámara del genocidio para el estrato más bajo que había dentro de esa población, a saber los judíos.

El desprecio por los polacos era generalizado en Alemania. El propio Hitler calificaba a los polacos de «más animales que seres humanos». Salvo raras excepciones, los miembros del ejército alemán destinados a Polonia no pusieron objeción alguna a la matanza autorizada, a la persecución despiadada y al saqueo económico a gran escala de que fueron testigos o en los que incluso participaron. Los polacos eran tratados como seres infrahumanos, completamente fuera del amparo de la ley, a los que debía privarse de cualquier forma de educación, a los que había que encarcelar o ejecutar a capricho, una mera reserva de mano de obra esclava. Se impusieron raciones de comida casi de hambre. La cultura polaca debía ser erradicada, y toda idea relacionada con el estado polaco debía ser eliminada por completo. Los integrantes de la *intelligentsia* polaca, como proveedores de la cultura y de la idea de estado, debían ser liquidados o enviados a campos de concentración alemanes. Auschwitz fue el escenario del terror más absoluto para los polacos mucho antes de que se convirtiera en un campo de exterminio para los judíos. En las regiones anexionadas del oeste de Polonia, las iglesias católicas fueron cerradas y numerosos miembros del clero fueron encarcelados o asesinados. Las ejecuciones públicas se convirtieron en un tópico, y las víctimas a menudo eran dejadas en la horca durante días para amedrentar a la población.

Pero la resistencia clandestina nunca fue aplastada del todo. De hecho, su volumen aumentó a pesar de las terribles represalias sufridas hasta formar un movimiento ilegal de proporciones notables, extraordinariamente

valeroso, que, pese al carácter draconiano de la represión, llegó a causar problemas cada vez más graves a los ocupantes. Las medidas de represalia colectiva seguían a menudo a los actos individuales de resistencia. Unos cálculos, basados en una documentación que dista mucho de ser exhaustiva, recogen 769 casos que se cobraron la vida de 20.000 polacos en actos de represalia. Unas 300 aldeas fueron destruidas durante la ocupación alemana. El terror se intensificó incluso a lo largo de la ocupación a medida que fueron cambiando las vicisitudes de la guerra, que el dominio del país por los alemanes se hacía más precario, y que la resistencia se volvía más audaz. «No hubo ni un solo momento en el que no nos sintiéramos amenazados», recordaría una mujer. «Cada vez que salíamos de casa, no sabíamos si volveríamos a verla.» Todo el mundo temía las redadas de individuos para su deportación como mano de obra forzada a Alemania. En 1943 un millón de polacos trabajaban para las empresas de la industria de guerra alemana. Sus parientes a menudo no tenían ni idea de su paradero. Y muchos no volvieron a ver su país nunca más.

Se había supuesto de forma harto precipitada que la eliminación forzosa de judíos de las regiones anexionadas se iba a poder llevar a cabo con rapidez. En último término, la intención había sido eliminar también a los judíos del Gobierno General. Entre 1939 y 1941, sin embargo, lo que se hizo fue deportarlos al Gobierno General, no expulsarlos de él. Durante lo más crudo del invierno de 1939-1940 más de 100.000 polacos, entre cristianos y judíos, recibieron aviso de última hora para que recogieran sus pertenencias y se metieran en manada en vagones de ganado totalmente desprovistos de calefacción para ser deportados al Gobierno General. Varios cientos de miles más siguieron sus pasos durante el resto de 1940. En marzo de 1941 habían sido deportadas más de 400.000 personas y un número similar habían sido enviadas a Alemania como mano de obra forzosa. Lo único que impidió la deportación de otros 831.000 individuos fueron los preparativos de la «Operación Barbarroja».

Las deportaciones tenían por objeto hacer sitio para el asentamiento de gentes de etnia alemana procedentes del Báltico y otros lugares. Los judíos debían ser confinados en una reserva gigantesca en la comarca de Lublin, al sudeste de Polonia. Al menos ése era el objetivo inicial. Pero los alemanes

habían subestimado mucho las dificultades logísticas que todo ello entrañaba. Hans Frank no tardó en negar la entrada de más judíos en sus dominios del Gobierno General. Ante la insistencia de los jerarcas nazis que deseaban deportar a toda costa a los judíos de sus respectivas zonas, pero no tenían dónde mandarlos, y como desde la conquista de Polonia había varios millones más de judíos en poder de los alemanes, se buscaron con mayor urgencia aún alternativas a la gran reserva prevista en el Gobierno General. Tras la victoria alemana sobre Francia en 1940, la colonia francesa de Madagascar fue considerada durante algún tiempo un posible destino para los judíos de Europa. Pero también esa posibilidad resultó enseguida impracticable. Finalmente durante la planificación de la «Operación Barbarroja» se consideró una buena posibilidad deportarlos a las estepas heladas de la Unión Soviética.

Después de apenas veinte años de independencia, Polonia había vuelto a ser repartida en septiembre de 1939. Al este de la línea de demarcación acordada por Alemania y la Unión Soviética para la división, la población polaca fue sometida a un tipo distinto de horror determinado por la ideología. Allí el objetivo era no la germanización, sino la sovietización. No tardó en imponerse una revolución social en el este de Polonia. La tierra fue colectivizada en 1940, y los terratenientes fueron desalojados y despojados de sus propiedades. Los bancos fueron nacionalizados y los ahorros de la gente confiscados. Gran parte de la maquinaria industrial fue desmantelada y enviada a la Unión Soviética. Las escuelas privadas y los colegios religiosos fueron cerrados, la enseñanza de la religión y de la historia fue prohibida y se introdujo el catecismo según Marx y Engels. La erradicación del nacionalismo polaco se convirtió en un axioma, lo mismo que la eliminación de todo lo que se imaginara que pudiera plantear una amenaza para los intereses soviéticos. La elite polaca se vio de pronto particularmente en peligro.

Stalin y los demás miembros del Politburó firmaron personalmente la orden de 5 de marzo de 1940 para que se diera muerte a más de 20.000 integrantes de la elite polaca del este de Polonia. Entre ellos había 15.000 oficiales del ejército, que desaparecieron en el mes de mayo de ese mismo año. Los cadáveres de más de 4.000 de ellos fueron recuperados por los

alemanes en el bosque de Katyn, cerca de Smolensk, en abril de 1943. Se discutió durante mucho tiempo quién los había asesinado. Sin embargo hoy día está fuera de toda duda que fueron fusilados por la policía secreta soviética, el NKVD. Los otros 11.000 sufrieron casi con toda seguridad un destino parecido como parte del total de 21.857 personas ejecutadas por orden de Stalin de las que se tiene constancia.

Tras la ocupación soviética se produjeron diversas oleadas de arrestos. Más de 100.000 ciudadanos polacos fueron detenidos, en su mayoría condenados a varios años de esclavitud penal en el Gulag, y más de 8.500 fueron condenados a muerte. Los polacos establecidos cerca de la antigua frontera soviética corrían especial peligro. En algunos lugares, la población local ucraniana y bielorrusa fue incitada a saquear las propiedades de los polacos e incluso a matar a sus vecinos de esta nacionalidad. Las milicias locales se pusieron al frente de la violencia. Esos polacos, vistos como una amenaza especial para la Unión Soviética, cosa que habitualmente era un mero producto de la imaginación, fueron detenidos para su deportación. Se llevaron a cabo deportaciones gigantescas dominadas por la más absoluta brutalidad. Casi 400.000 polacos —según ciertos cálculos muchos más— fueron enviados a campos de concentración en los páramos de Siberia o de Kazajstán, en vagones cerrados herméticamente, sin ventanas ni calefacción en pleno invierno, en trayectos de casi 10.000 kilómetros de distancia. Cerca de 5.000 perdieron la vida durante el viaje; el verano siguiente habían muerto de hambre o de enfermedad otros 11.000.

Uno de los hombres del NKVD que participaron en las redadas que dieron lugar a esa deportación masiva nos permitiría ver más tarde cuál era la mentalidad de la época: «Yo fui el responsable de la deportación de una o dos aldeas», contó.

> ... Ahora que lo pienso, realmente es muy duro llevarse a los niños cuando la verdad es que son muy pequeños ... Por supuesto sabía que eran nuestros enemigos, los enemigos de la Unión Soviética, y que tenían que ser «reciclados» ... Ahora lo lamento, pero en aquel momento era distinto ... Stalin era como un dios para todos. Y lo que él decía era la última palabra en cualquier asunto. Ni siquiera podía uno pensar que no estuviera bien. No lo dudaba nadie en aquella época. Cualquier decisión que se tomara estaba bien tomada. No sólo era mi opinión; todos pensábamos igual. Estábamos construyendo el comunismo. Obedecíamos órdenes. Estábamos llenos de fe.

Como por lo demás resulta comprensible, dada la intensa persecución de que eran objeto por los nazis, muchos judíos acogieron con los brazos abiertos la ocupación soviética del este de Polonia. Además a menudo habían sabido lo que era la discriminación en la Polonia de antes de la guerra. La llegada del Ejército Rojo les pareció que prometía la liberación. A menudo recibieron a sus presuntos libertadores desplegando banderas rojas. No pocas veces asumieron cargos administrativos al lado de los ocupantes soviéticos, de suerte que su propensión a colaborar con ellos causó mucho resentimiento entre los polacos católicos. Cuando llegaron los alemanes dispuestos a ocupar la región tras la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941 y descubrieron los cadáveres de miles de víctimas de las atrocidades del NKVD en las cárceles del este de Polonia, no tuvieron dificultad en espolear el odio no sólo hacia los bolcheviques, sino también hacia los judíos, de los que muchos pensaban que estaban al servicio de los soviéticos. En realidad, la mayoría de los judíos no tardarían en darse cuenta de lo que significaba la ocupación soviética; y de que su llegada no era ninguna liberación. A muchos les arrebataron sus propiedades, mientras los intelectuales y los profesionales fueron detenidos en grandes cantidades. Una tercera parte de los deportados fueron judíos.

La brutalidad de la sovietización de la Polonia del este tuvo muchas analogías en Estonia, Letonia y Lituania tras su anexión a la URSS en 1940. La barbarie de la ocupación de Polonia por los alemanes, por otro lado, no se pareció ni de lejos al trato que dispensaron los propios alemanes a los habitantes de la Europa occidental ocupada.

En Croacia, estado recién creado (con la incorporación de Bosnia y Herzegovina) tras la invasión de Yugoslavia por los alemanes en abril de 1941, los nazis encontraron a terceros que se encargaron de hacer por ellos el trabajo sucio. El gobierno que instalaron al mando de Ante Pavelić, el líder de los *ústache* fascistas, fomentó un régimen de terror prácticamente indecible. Era un movimiento fanático que probablemente no tuviera más de unos 5.000 partidarios antes de hacerse con el poder, pero que estaba decidido a llevar a cabo la «limpieza» del país de todos los no croatas, casi la mitad de la totalidad de sus habitantes, unos 6,3 millones de personas. El objetivo de Pavelić era resolver el «problema serbio» convirtiendo al

catolicismo a una tercera parte de los casi 2 millones de serbios de Croacia, expulsando a otra tercera parte y matando a la tercera parte restante. Se trataba de una locura letal.

Tal vez pueda discutirse si Pavelić estaba o no completamente en su juicio (se cuenta que guardaba una cesta llena de ojos humanos en un cajón de su escritorio a modo de *souvenir*). No cabe duda, eso sí, de la cordura de la mayoría de sus secuaces. Pero las atrocidades perpetradas por sus escuadrones de la muerte, que a veces llegaron a masacrar a aldeas enteras, y cuyos principales objetivos eran los serbios, los judíos y los gitanos, con el fin de eliminar toda influencia no croata, alcanzarían los abismos más profundos del horror y el sadismo. En cierta ocasión mataron a tiros a 500 hombres, mujeres y niños serbios de una pequeña localidad situada no lejos de Zagreb. Cuando las 250 personas de las aldeas vecinas se reunieron dispuestas a convertirse al catolicismo con tal de evitar ser asesinadas, seis *ústache* las encerraron dentro de la iglesia ortodoxa serbia y las asesinaron una tras otra golpeándolas en la cabeza con mazas erizadas de clavos. Otras orgías de muerte comportaron niveles absolutamente obscenos de humillación y tortura. Incluso en una región en la que la violencia política llevaba largo tiempo siendo endémica, nunca hasta entonces se había vivido ni de lejos una catástrofe humana de tal calibre. En 1943 los *ústache* habían asesinado a cerca de 400.000 personas.

Los *ústache* supieron utilizar desde luego los antagonismos étnicos de la antigua Yugoslavia cuando se hicieron con el poder en Croacia. Pero su brutalidad sembró un odio étnico mucho más hondo que el que hubiera podido existir en cualquier momento antes de la guerra. Además resultó contraproducente para los propios alemanes. Los *ústache* de Croacia contaron para su actuación con el respaldo explícito de los alemanes. (No fue como en Rumanía, donde la orgía de violencia perpetrada por la Guardia de Hierro fascista llevó a los alemanes, deseosos de estabilidad debido a la importancia del petróleo rumano, a apoyar su supresión por el líder rumano, el general Antonescu.) Sus atrocidades alimentaron los sentimientos en contra del Eje y la creciente fuerza del movimiento partisano comunista emergente de Josip Broz Tito.

Cuando buena parte del este y del sur de Europa estaban ya cayendo en los abismos cada vez más profundos de la más absoluta inhumanidad, la invasión alemana de la URSS en el verano de 1941 supuso el comienzo de un capítulo completamente nuevo. La guerra en el este —la guerra de Hitler — fue drásticamente distinta de todas las campañas anteriores, aunque la brutalidad indecible que acompañó a la ocupación de Polonia desde septiembre de 1939 presagiaría la inhumanidad sin límites alcanzada en la Unión Soviética, a juicio de los nazis el verdadero criadero del «bolchevismo judío». Hitler personalmente fue indispensable tanto para la promoción como para la autorización de semejante barbarie. Pero además fue la fuerza que la impulsó y su portavoz más radical, no su causa principal.

Él mismo dijo a los jefes de su ejército que la guerra en la Unión Soviética debía ser una «guerra de aniquilación». Los soldados comunistas no debían ser considerados adversarios honorables. Los altos mandos del ejército alemán fueron cómplices de las órdenes dadas de liquidar a los comisarios políticos soviéticos en el momento mismo de su captura sin juicio previo y de declarar de hecho abierta la temporada de caza de la población civil soviética. Como cabría suponer, dado el fomento de este tipo de actuaciones despiadadas contra un enemigo presentado una y otra vez como «bestial» o «criminal» en lo que los propios líderes del ejército calificarían de lucha de «raza contra raza», la extrema barbarie de la guerra en la URSS se generalizó desde el primer momento. Enseguida pasaría a caracterizar la conducta de las tropas alemanas, invitando a la barbarie vengativa de los defensores soviéticos y a una rápida espiral de inhumanidad sin límites por ambas partes. No había habido nada parecido durante las campañas en la Europa occidental, donde la simple rapidez de la conquista había supuesto que las bajas, incluso entre los vencidos, fueran relativamente escasas y que el trato dispensado a la población de los países ocupados fuera mucho menos duro que en el este. Durante el ataque contra la Unión Soviética la destrucción de la vida humana fue enorme desde el primer momento. Y allí, a diferencia de lo sucedido en el oeste, enormes cantidades de civiles fueron masacrados como una parte más de la ofensiva.

La guerra en el este fue absolutamente genocida. Había sido planificada para que lo fuera. Meses antes del lanzamiento de la «Operación Barbarroja» y con el apoyo explícito de Hitler, el Reichsführer de la SS y jefe de la policía, Heinrich Himmler, y el director de la policía de seguridad, Reinhard Heydrich, habían llegado a la conclusión de que la «solución final de la cuestión judía» era alcanzable mediante la deportación de todos los judíos en poder de los alemanes —cuya cifra se calculaba que ascendía a 5,8 millones de individuos— a las tierras que se conquistaran en la Unión Soviética. Allí habrían muerto de hambre, de agotamiento, de enfermedad o de exposición al frío ártico. Como Alemania no consiguió una conclusión rápida y victoriosa de la guerra, resultó que la política de deportación a la Unión Soviética se reveló impracticable. No obstante la matanza de los judíos soviéticos constituía un elemento implícito de la conquista alemana. A punto ya de que se lanzara la invasión, se ordenó a cuatro grandes «fuerzas operacionales» (Einsatzgruppen) de hombres de la policía de seguridad que acompañaran al ejército con el fin de erradicar a todos los «elementos subversivos», término que significaba fundamentalmente los judíos.

Mientras el ejército alemán fue avanzando hacia los Países Bálticos al comienzo de la «Operación Barbarroja», no tuvo problemas a la hora de encontrar colaboradores bien dispuestos entre los nacionalistas de Lituania, Letonia y Estonia, que veían a los alemanes como libertadores del yugo del régimen soviético. Decenas de millares de ciudadanos de estos países habían sido deportados al Gulag por los soviéticos cuando fueron anexionados a la URSS en 1940. La opresión soviética había dejado sentir su pesadísima mano sobre poblaciones enteras. Y los judíos habían ocupado puestos destacados en la administración y la policía soviética. En los Países Bálticos había mucha gente dispuesta a creer que no había diferencia entre los judíos y los bolcheviques, y que los judíos habían sido los responsables de sus sufrimientos a manos de los soviéticos.

Los alemanes y sus colaboradores fueron capaces enseguida de azuzar el odio antijudío entre los nacionalistas extremos. Poco después de la llegada de los alemanes a Lituania, al cabo de unos días del inicio de la «Operación Barbarroja» el 22 de junio de 1941, la multitud asesinó a unos

2.500 judíos en el curso de varios pogromos. Unidades lituanas ayudaron a las fuerzas operacionales de la policía de seguridad alemana en sus espeluznantes acciones, que, incluso para los parámetros nazis, en el Báltico fueron extraordinariamente sangrientas durante los primeros meses de la ocupación. No fue muy diferente la cosa en Letonia, donde los alemanes, con ayuda de los letones, habían matado a cerca de 70.000 de los 80.000 judíos del país a finales de 1941. En Estonia, donde la población judía era menor, unidades locales actuando por orden de los alemanes asesinaron a los 963 hebreos a los que pudieron echar el guante y a otros 5.000, más o menos, estonios no judíos por presunta colaboración con los soviéticos. Las fuerzas operacionales llevaron una cuenta exacta de sus asesinatos. A finales de año la fuerza operacional que actuaba en la región del Báltico fue capaz de registrar orgullosamente, con precisión burocrática, un total exacto de 229.052 judíos muertos (a los que habría que sumar otras 11.000 víctimas aproximadamente).

Más al sur, en Ucrania, también fueron masacrados una gran cantidad de judíos. Pero, a diferencia de lo sucedido en el Báltico, los ucranianos no judíos, considerados eslavos «inferiores», fueron tratados también de forma despiadada por los conquistadores alemanes. Como sucediera en el Báltico, también los ucranianos habían acogido a los alemanes con los brazos abiertos. «Estábamos todos tan contentos de verlos», recordaba una mujer. «Iban a salvarnos de los comunistas que se lo habían llevado todo y nos estaban matando de hambre.» La terrible hambruna de 1932 seguía siendo un recuerdo muy doloroso. La dureza extrema de la opresión estalinista no había cesado desde entonces. Cuando los alemanes invadieron el país, muchos ucranianos desertaron del Ejército Rojo o desaparecieron para evitar ser movilizados. Cuando los soviéticos emprendieron la retirada en su intento de evitar ser capturados por los alemanes, el NKVD vació las cárceles fusilando a miles de prisioneros ucranianos. Cuando la política de «tierra quemada» soviética destruyó el ganado y la maquinaria industrial del país quedaron para luchar numerosísimos ucranianos. Al cabo de unos días de la llegada de los alemanes a Kiev el 19 de septiembre de 1941, el centro de la ciudad se vio sacudido por las explosiones de las minas que los soviéticos habían colocado en el subsuelo, provocando un incendio

gigantesco que causó muchas muertes y dejó a más de 20.000 personas sin hogar. Había, pues, buenos motivos para el profundo odio generalizado de la población ucraniana hacia los soviéticos, y no es de extrañar que los alemanes fueran acogidos como libertadores. Sólo la más absoluta estupidez habría podido convertir esos sentimientos en un odio aún mayor hacia los alemanes. Pero eso precisamente fue lo que consiguieron los conquistadores nazis.

Incluso algunos ideólogos, ardientes defensores del nazismo, abogaron por convertir a los ucranianos en aliados y a Ucrania en parte de un anillo de países satélites para asegurar un dominio alemán duradero en el este. Pero Hitler veía a los ucranianos como un pueblo «nihilistamente asiático», igual que a los rusos. Apoyó la dominación más despiadada de Ucrania, política que fue puesta en práctica por su representante en la zona, el comisario del Reich Erich Koch, hombre de una brutalidad extraordinaria. La teoría de Himmler era que Ucrania debía ser «limpiada» para convertirse en un futuro asentamiento alemán. El destino de las enormes masas de la población ucraniana debía incluirse en el «Plan General para el Este», que preveía la «eliminación» en el plazo de los veinticinco años siguientes de unos 31 millones de personas, en su inmensa mayoría eslavos, en los territorios conquistados del este.

Este genocidio mucho más vasto no pudo ponerse en práctica porque la guerra se volvió en contra de Alemania. Aun así, la ocupación, en la que los alemanes contaron para su cruel represión con la ayuda de unidades de la policía integradas por ucranianos, letones, lituanos y otros colaboradores, fue tan brutal que generó un miedo generalizado entre la población. Los cadáveres en las calles de gente fusilada de forma arbitraria por los ocupantes constituían un espectáculo frecuente. Como en Polonia, las víctimas de las ejecuciones públicas eran dejadas colgadas a la intemperie en plena calle durante varios días para amedrentamiento del público. Los casos de sabotaje dieron lugar a la ejecución de centenares de individuos en represalia. Aldeas enteras fueron incendiadas y arrasadas por no suministrar los productos alimenticios exigidos para su requisa o por apoyar supuestamente a los partisanos. «En cuanto veíamos algún grupo de alemanes, nos escondíamos de inmediato», recordaba un habitante de Kiev.

Una tremenda fuente de temor a partir de 1942, cuando los alemanes empezaron a necesitar desesperadamente mano de obra para las industrias de guerra, fueron las redadas de gente para su deportación al Reich. Semejante destino era considerado una especie de condena a la pena de muerte. Casi todas las familias se vieron afectadas por la medida, pues en junio de 1943 el número de los deportados había crecido hasta el millón de personas. Las deportaciones y la brutalidad con la que los infortunados eran sacados de sus casas y del país se convirtieron en el mejor sargento reclutador para la actividad partisana. De una población que al principio los recibió con los brazos abiertos, los ocupantes alemanes habían hecho una nación de enemigos. Pero los soviéticos eran también enemigos de los ucranianos. Los partisanos nacionalistas ucranianos se encontraron de pronto inmersos en un violento conflicto con los alemanes, pero también con los partisanos soviéticos. Más tarde un partisano ucraniano recordaría cómo era aquello: «Los alemanes sólo nos mataban, pero con los partisanos rojos las bestialidades eran distintas ... Tenían esa forma asiática», decía, «de torturar a la gente ... cortándole las orejas y la lengua ... Pero por supuesto nosotros éramos bastante crueles ... No hacíamos prisioneros de guerra y ellos tampoco hacían prisioneros, así que nos matábamos unos a otros. Era natural».

Los judíos ucranianos (cuyo número ascendía a unos 1,5 millones de personas, cerca de un 5 % de la población del país, pero cerca de una cuarta parte de la de Kiev), a diferencia de los no judíos de Ucrania, habían temido, como es natural, la conquista alemana. Sin embargo, ni siquiera en sus peores pesadillas habrían podido imaginarse lo que les aguardaría inmediatamente después de que se produjera la ocupación alemana.

El antisemitismo, a menudo virulento, estaba muy generalizado en Ucrania desde mucho antes de que llegaran los alemanes. Una vez dio comienzo la ocupación, los judíos ucranianos se encontraron de pronto dentro de una sociedad hostil teniendo que hacer frente a la ofensiva sanguinaria de los conquistadores. Una pequeña minoría de ucranianos ayudó a sus convecinos judíos. Pero una minoría mucho mayor estaba dispuesta a denunciarlos ante las fuerzas de ocupación alemanas o a participar en las matanzas. No obstante, la mayoría de los ucranianos se

mantuvo al margen y no hizo nada. La envidia de la riqueza, los bienes y la posición social de los judíos desempeñó un papel significativo en el antisemitismo ucraniano. Y lo mismo sucedió, como en otros países del este, con la creencia de que los judíos habían sido agentes de la opresión soviética. Cuando el Ejército Rojo reconquistó Ucrania en 1943 a menudo se oyó a la gente manifestar la siguiente opinión: «Ya están aquí otra vez esos judíos».

Cuando los alemanes entraron en Ucrania, estaban produciéndose ya matanzas de judíos en todo el este, no sólo de hombres, sino también de mujeres y niños. En el barranco de Babi-Yar, a las afueras de Kiev, en una colosal matanza de dos días de duración, el 29 y el 30 de septiembre de 1941, 33.771 judíos, hombres, mujeres y niños, fueron barridos por las ametralladoras. Decenas de millares más fueron asesinados en toda Ucrania, en Bielorrusia y en otros puntos de los antiguos territorios soviéticos durante el otoño y el invierno a medida que la conquista alemana fue ganando terreno. El genocidio era para entonces total en el este de Europa. Muy pronto sería coordinado en un programa de genocidio total en toda la Europa ocupada por los alemanes.

En enero de 1942 el número previsto de judíos que debían ser exterminados en la «solución final» era de 11 millones (aunque los cálculos de la población judía de los distintos países de Europa a veces podían ser sumamente inexactos). Esa cifra total incluía a los judíos de España, Finlandia, Inglaterra, Irlanda, Portugal, Suecia, Suiza y Turquía, zonas que no estaban bajo el control de los alemanes, pero que se presumía que en un futuro serían incorporadas a la «solución final». El objetivo no llegaría a alcanzarse. Aun así, cuando el desarrollo de la guerra puso fin a las matanzas, habían sido asesinados cerca de cinco millones y medio de hebreos.

En medio del inmenso horror de la matanza de población no combatiente que se produjo durante la segunda guerra mundial, no puede haber jerarquías de víctimas. Independientemente de que un individuo, hombre o mujer, fuera condenado a morir de hambre o por exceso de trabajo, de que le pegaran un tiro o lo metieran en la cámara de gas, de que lo mataran los hombres de Hitler o los de Stalin, de que fuera un «kulak»,

un judío, un homosexual o un «gitano» (de estos últimos fueron asesinados por los alemanes cerca de medio millón), era una persona que tenía seres queridos, no una baja desafortunada o un caído en combate, sino una persona a la que mataron deliberadamente. Nadie debería ser colocado más arriba o más abajo que otros por orden de rango. Sin embargo, sí que hubo diferencias en las motivaciones de tanta matanza y en el carácter esencial del programa de asesinatos. Ningún grupo social ni étnico, aparte de los judíos, había sido identificado por una ideología, mucho antes de que diera comienzo la guerra, como enemigo cósmico provisto de un poder diabólico al que había que erradicar. Sólo los judíos fueron cuidadosamente etiquetados para ser destruidos por la maquinaria de una burocracia meticulosa. Ningún otro pueblo —ni siquiera los sinti o los romaníes (despectivamente tachados de «gitanos»)— fueron destruidos de modo tan implacable por medio de un programa sistemático, no sólo en fusilamientos masivos, sino cada vez más en un sistema industrializado de aniquilación en masa.

En todo el catálogo de destrucción, devastación y miseria que supuso la segunda guerra mundial, el asesinato de los judíos de Europa fue el punto más bajo al que llegó el género humano en el abismo de inhumanidad en el que se sumió. Los fuegos de los hornos crematorios de los campos de la muerte fueron casi literalmente la manifestación física del infierno en la tierra.

Durante el otoño de 1941 la matanza de judíos en acciones criminales distintas en diferentes regiones de la Europa del este fue iniciada por los líderes nazis locales actuando bajo un mandato general emanado de Berlín. Fueron inspirados por el afán del propio Hitler de llevar a cabo la «solución» más radical de la «cuestión judía». Las acciones emprendidas en el este de Europa aceleraron el ritmo hasta convertirse en un genocidio total. Ese ritmo fue acelerándose aquel otoño porque el plan de deportar a todos los judíos de Europa a Rusia, donde el genocidio estaba ya en su punto álgido, tuvo que ser abandonado en vista de que no se materializaba la rápida victoria que los alemanes esperaban obtener en la Unión Soviética.

Al aumentar la presión, avivada durante meses por las autoridades nazis, para declarar sus propias provincias «libres de judíos», fue preciso encontrar algún otro destino para la «solución final de la cuestión judía».

A comienzos de 1942 empezó a cobrar fuerza un programa de deportaciones masivas a distintos destinos de muerte localizados en Polonia. Para entonces, en vez de los fusilamientos en masa, se preferían las cámaras de gas móviles o fijas como método para llevar a cabo las matanzas. Los camiones del gas —parecidos a camiones de mudanzas, pero modificados para dejar escapar monóxido de carbono en el compartimento trasero herméticamente cerrado— empezaron a operar en Chełmno, en la parte occidental de Polonia, en diciembre de 1941 y cuando dejaron de hacerlo habían matado a unos 150.000 judíos. En marzo y abril de 1942 los judíos polacos empezaron a ser llevados al matadero en las cámaras de gas fijas de Belzec y Sobibor, en la parte oriental de Polonia. Poco después, en el mes de junio, siguió su ejemplo Treblinka, el tercero del trío de campos de exterminio que aquel verano actuaron en el marco de la Aktion Reinhard («Operación Reinhard»), destinada a acabar con todos los judíos de Polonia.

En estos campos no había ningún elemento de trabajo. En realidad el término «campo» es una designación inadecuada. No había en ellos residentes aparte de los guardianes y de los pocos prisioneros retenidos temporalmente a modo de «destacamentos especiales» (*Sonderkommandos*) para hacer el trabajo sucio de recoger los cadáveres de las cámaras de gas y llevarlos a los crematorios. La existencia de los «campos» de la Aktion Reinhard tenía un único fin: matar a los judíos enviados a ellos. Pocos sobrevivían más de unas cuantas horas después de su llegada. Cuando estos campos cesaron en sus actividades en el otoño de 1943, habían supervisado el asesinato de cerca de 1,75 millones de judíos, en su mayoría polacos. Cerca de 2,7 millones habían sido exterminados en 1942, casi la mitad de la cifra total de los asesinados durante toda la guerra. La mayoría de ellos perdió la vida en los campos «Reinhard».

Sin embargo, el principal centro de muerte durante el período 1943-1944 fue Auschwitz. A diferencia de los campos de la Aktion Reinhard, los judíos eran trasladados a Auschwitz como mano de obra esclava, no sólo

para morir. A diferencia también de los campos «Reinhard», la inmensa mayoría de los judíos enviados a Auschwitz a partir de 1942 procedían de fuera de Polonia. Auschwitz era ya un campo de concentración y de trabajo enorme —inicialmente para prisioneros polacos— cuando en marzo de 1942 empezó la deportación de judíos procedentes de toda Europa, primero procedentes de Eslovaquia y Francia, y a continuación de Bélgica y Holanda, a los que no tardarían en unirse otros países.

Los deportados eran enviados en su mayoría a Birkenau, un campo auxiliar situado a 2 kilómetros de distancia de la sede principal de Auschwitz propiamente dicho, pero mucho más grande. A partir de mayo de 1942 los judíos incapaces de trabajar eran separados de los que estaban en condiciones de servir como mano de obra esclava y enviados directamente a las cámaras de gas, cuya capacidad mortífera aumentó muchísimo cuando se construyeron los nuevos crematorios (que podían quemar cerca de 5.000 cadáveres al día) en 1943. Para entonces, los tentáculos del programa genocida se habían extendido hasta los rincones más apartados de la Europa ocupada por los nazis. Incluso en la avanzadilla más occidental que eran las Islas del Canal, las únicas posesiones de la corona inglesa que cayeron en manos de los alemanes, fueron deportadas tres mujeres judías (dos austríacas y una polaca) primero a Francia y luego a Auschwitz. No se sabe qué fue posteriormente de ellas; pero ninguna sobrevivió a la guerra.

Las mayores deportaciones a Auschwitz fueron las últimas: las de los judíos húngaros en la primavera de 1944, a raíz de la ocupación alemana de Hungría. Los alemanes necesitaban la mano de obra y las riquezas de los judíos húngaros. Pero los motivos económicos se confundieron con los imperativos ideológicos de destrucción. Hitler dijo a sus mandos militares en mayo de 1944 que la totalidad del estado húngaro estaba «socavada y corroída» por los judíos, que constituían una «red sin fisuras de agentes y espías». Su destrucción era fundamental para la victoria de Alemania. Los mandos militares reaccionaron con una salva de aplausos cuando les dijo que había actuado para «resolver el problema», haciendo hincapié en que lo único que importaba era el mantenimiento de la raza alemana.

Consecuencia de todo ello fue la deportación en masa de los judíos húngaros a Auschwitz. En el mes de julio, 437.402 de ellos habían perdido la vida en las cámaras de gas de Auschwitz.

En este campo fueron asesinados cerca de 1,1 millones de individuos —casi un millón de ellos judíos, 70.000 presos políticos polacos, más de 20.000 sinti y romaníes, 10.000 prisioneros de guerra soviéticos, así como cientos de Testigos de Jehová y de homosexuales—. El Ejército Rojo liberó a los prisioneros de Auschwitz a finales de enero de 1945. Hasta los encallecidos soldados soviéticos habían quedado conmocionados en julio del año anterior cuando se encontraron con el campo de Lublin-Majdanek, utilizado en parte como centro de exterminio, donde unos 80.000 judíos formaron parte de las 200.000 víctimas que se calcula que perdieron la vida en él. Lo que descubrieron en Auschwitz fue peor aún. Pero ni siquiera entonces acabó el martirio de los judíos. Cerca de un cuarto de millón de prisioneros del campo, en su inmensa mayoría judíos, perecieron en las marchas de la muerte de los últimos meses de la guerra, cuando los campos que quedaban, primero de Polonia y luego de la propia Alemania, fueron evacuados ante la inminente llegada del enemigo.

Cada una de las personas enviadas a Auschwitz y a los otros campos de la muerte tuvo en otro tiempo un nombre. La burocracia de las matanzas masivas convirtió esos nombres en números. Para sus verdugos, las víctimas eran anónimas. Era una forma muy moderna de matar. Primo Levi, un judío italiano, químico de profesión, capturado por las milicias fascistas, que en febrero de 1944 se vio de pronto enviado a trabajar en régimen de esclavitud al campo de AuschwitzMonowitz, recordaba cómo era ser privado de la propia identidad. Equivalía a «la demolición de un hombre». «Hemos llegado al fondo», seguía diciendo. «Más bajo no se puede llegar; condición humana más mísera no cabe, ni tampoco se puede concebir. No hay nada ya que sea nuestro; nos han quitado la ropa, los zapatos, incluso el cabello ... Nos quitarán incluso el nombre.» Y efectivamente se lo quitaron. No tardó en enterarse de que era el Prisionero Número 173.417, el número que llevaba tatuado en el brazo izquierdo. «Esto es el infierno. Hoy, en nuestros días, el infierno debe de ser así.»

Pero algunos continuaron teniendo una identidad más allá del número asignado en el campo de concentración, y conservaron su dignidad humana incluso cuando se disponían a entrar en la cámara de gas. Chaim Hermann escribió una curiosa última carta a su esposa y a su hija, que fue encontrada en 1945 debajo de unas cenizas humanas junto a uno de los crematorios de Auschwitz, verdadero eco de una voz proveniente de las cámaras de gas. Chaim describía su vida en el campo como «un mundo completamente diferente» de cualquiera que pudiera imaginar su esposa, «sencillamente un infierno; pero el infierno de Dante es incomparablemente ridículo al lado de este infierno real que tenemos aquí». Le aseguraba que estaba abandonando aquel infierno «con toda tranquilidad y quizá heroicamente (eso dependerá de las circunstancias)».

No todos fueron tan estoicos. Un poema escrito en checo que sobrevivió a la muerte de su autor en Auschwitz resume la profunda cólera contra los autores de aquel horror, la rebelión íntima contra la degradación y la muerte, la idea, seguramente compartida por muchas de las víctimas, de que en algún momento llegaría el día en que se ajustarán las cuentas:

> Y hay cada vez más y más como nosotros aquí abajo;
> Crecemos y nos multiplicamos día tras día;
> Vuestros campos están ya henchidos de nosotros
> Y un día vuestra tierra reventará.
> Y entonces saldremos, a montones, en cantidades espantosas,
> Una calavera sobre nuestras calaveras y sobre nuestros huesos;
> Y rugiremos a la cara de todo el mundo:
> «¡Nosotros, los muertos, acusamos!»

Los múltiples significados del infierno en la tierra

Para el poeta checo anónimo y para muchísimos más, resultaba difícil encontrar un significado en la absurda matanza de tantas víctimas inocentes. Muchos judíos se preguntaban dónde estaba Dios mientras tenía lugar ese sufrimiento y esas muertes sin límites. Si había Dios, ¿por qué permitía tanto horror? En muchos lugares de Europa sometidos a una miseria inconcebible, los cristianos a menudo se hicieron la misma pregunta. Otros, en cambio, siguieron aferrados a su fe. A menudo daba la impresión de que

eso era todo lo que les quedaba. Más difícil resulta saber si los cientos de miles de víctimas sinti y romaníes pudieron encontrar consuelo en la fe religiosa, o si no vieron más que desesperanza e insensatez en la persecución y en la matanza de que eran objeto. No había poetas entre ellos. La mayoría eran analfabetos y no dejaron para la posteridad ningún relato escrito de sus sufrimientos: un número incontable de vidas humanas borradas a propósito, y sin dejar casi huella fuera de la memoria y de la tradición oral.

El genocidio y la «limpieza étnica» a una escala gigantesca formaron intrínsecamente parte del significado de la guerra para los líderes alemanes y para la legión de subordinados suyos del ejército, la policía y la burocracia que intentaron hacer cumplir la política racial. Para los millones de personas que fueron sus víctimas a menudo lo único que podía haber era la más absoluta incomprensión. Una respuesta perfectamente natural a lo que tuvieron que soportar habría sido —y de hecho a veces fue— el pesimismo más desolador. Pero sorprendentemente hubo más que nihilismo. Incluso en Auschwitz se cantó el «Himno a la Alegría» de Beethoven. Incluso en aquel infierno fabricado por la mano del hombre siguió habiendo humanidad, siguió habiendo un sentido de trascendencia que, si no la religión propiamente dicha, podía evocar la música.

La gente encontró en todo aquello su propio significado o su falta de significado. ¿Es posible hablar de «significado» de la guerra para los millones de personas que vivieron, lucharon y murieron durante aquel conflicto titánico? ¿Qué hicieron con aquel torbellino de acontecimientos que asoló sus vidas, cambiándolas para siempre, con frecuencia de la manera más traumática? Sencillamente, cada uno vivió la guerra de una forma en cierto modo única. La guerra tuvo múltiples significados, o a menudo ninguno en absoluto. Las circunstancias, por lo demás muy diversas, fueron dictando la experiencia y, a partir de esa experiencia, a veces cierta noción del significado que podía tener la guerra. Las experiencias no fueron puramente individuales. Muchas fueron compartidas, experiencias comunes a menudo determinadas en parte por la

contingencia de la nacionalidad, y otras se extenderían más allá de la nacionalidad, aunque a menudo estarían condicionadas por ella y serían percibidas a través de las lentes nacionales.

Millones de personas prestaron sus servicios en frentes muy distintos, en el mar o por aire, unos en las fuerzas de ocupación, y otros en la oscura guerra de guerrillas de la resistencia nacional. Las mujeres se unieron a las fuerzas armadas en grandísimo número; centenares de millares de ellas ejercieron servicios auxiliares esenciales; otras desempeñaron papeles muy significativos en los movimientos de resistencia, y también combatieron en primera línea en el Ejército Rojo y entre los partisanos yugoslavos. Los civiles, atrapados como nunca hasta entonces en la guerra, sufrieron a diario la angustia y la ansiedad por sus seres queridos, que estaban lejos en la zona de combate. En la mayor parte de Europa tuvieron además que adaptarse a la ocupación del enemigo, sufrir enormes privaciones materiales, y a menudo hacer frente al terror de los bombardeos y a los traumas de la evacuación forzosa. El carácter de la ocupación determinó la experiencia de la guerra en formas muy decisivas. Los niveles absurdos de inhumanidad alcanzados en la Europa del este no tuvieron un paralelismo directo en la Europa occidental. Pero también aquí, aunque de forma distinta de un país a otro, los años de ocupación dejaron una dolorosa huella en la mentalidad de la gente. La propia vida se volvió en todas partes más precaria de lo que había sido hasta entonces. Para millones de personas la guerra fue poco más que intentar sobrevivir. Desde luego eso fue lo que significó en primera instancia para las innumerables tropas de todas las nacionalidades obligadas a combatir.

Las tropas combatientes

Para los soldados, marineros y aviadores, en el momento de mayor peligro la supervivencia solía ser casi siempre el único pensamiento y la única preocupación. En el calor de la batalla no había sitio para la reflexión. El miedo y el temor eran los sentimientos dominantes cuando los cañones empezaban a disparar. Pensar en los seres queridos que estaban en la patria, en la necesidad de protegerlos, y en la necesidad de seguir viviendo para

volver a su lado, era el factor motivador más fuerte. También lo era a menudo la necesidad de vengar lo que el enemigo había hecho a esos seres queridos. Aparte de luchar para sobrevivir, la lealtad a los camaradas más próximos era la motivación que venía inmediatamente después. Cuando la pérdida de vidas humanas se producía a una escala tan gigantesca como la que se dio durante la guerra en el Frente Oriental, y cuando unidades militares enteras eran destruidas y reconstruidas una y otra vez, la «lealtad de grupo» no podía tener el significado que había tenido, por ejemplo, para los «batallones de amigos y paisanos» que habían ido a la primera guerra mundial, procedentes de los pueblos y de las ciudades industriales de Inglaterra. No obstante, la propia supervivencia dependía en gran medida de las acciones realizadas por los compañeros más próximos. Por consiguiente, el propio interés determinaba que la lucha por la propia supervivencia fuera también la lucha por la supervivencia de los que combatían al lado de uno. El miedo a las consecuencias de *no* luchar tenía también su papel. Los soldados alemanes y soviéticos en particular no podían esperar piedad de los suyos en caso de negarse a combatir o de desertar.

Lejos del fragor de la batalla, los integrantes de las fuerzas armadas, aunque no fueran personas muy dadas a la reflexión, a menudo dejaron señales al menos indirectas en las cartas enviadas a la familia o a veces en sus diarios, de qué era aquello por lo que suponían que estaban luchando, más allá de la propia supervivencia. A los motivos personales más inmediatos que tenía cada uno para luchar se superpondría una noción subliminal de significado a través de la instrucción, la educación, los orígenes y los valores culturales compartidos de los que estaba imbuido el individuo.

La creencia de que formaban parte de una cruzada para defender a Alemania de la siniestra amenaza del bolchevismo indudablemente guiaba las acciones de la mayoría de los soldados de la Wehrmacht cuando cruzaron las fronteras de la Unión Soviética en junio de 1941. Aquello les daba una justificación aparente de la posterior forma bárbara de hacer la guerra, no sólo contra el Ejército Rojo, sino también contra la población civil, y la consiguiente matanza de judíos. «Aquí termina Europa», escribió un soldado alemán culto en una carta a un amigo suyo cuando pisó suelo

soviético. En su opinión, los alemanes estaban allí para defender el mundo occidental cristiano culto del vandalismo repugnante y ateo de los bolcheviques. Aunque no fuera ideológicamente antisemita, ese mismo soldado estaba profundamente imbuido de la propaganda nazi acerca del «bolchevismo judío». No ocultaba su repulsión por la población judía de algunas de las localidades por las que pasó su unidad. Un policía alemán en la reserva, tendero en la vida civil, escribió a su esposa en agosto de 1941 y en su carta hablaba del fusilamiento de 150 judíos, hombres, mujeres y niños. «Los judíos están siendo exterminados por completo», comentaba. «Por favor, no pienses en ello, así es como ha de ser.» Muchos soldados contemplaban impasibles las ejecuciones masivas que tenían lugar. Algunos tomaban incluso fotografías. «Asistíamos al espectáculo y a continuación volvíamos al trabajo, como si no hubiera pasado nada», decía uno a su esposa en una carta. Y a continuación incluía rápidamente su justificación: «Los partisanos son enemigos y además unos canallas y deben desaparecer». Este sentimiento tranquilizaba las conciencias, al principio un poco turbadas, aunque no tardaran mucho en adaptarse a lo que se les pedía, cuando centenares de aldeas fueran incendiadas —sólo en Bielorrusia 600 — y sus habitantes degollados (o quemados vivos) como represalia por las actividades partisanas reales o supuestas que habían cometido.

Naturalmente que hubo excepciones a tanta inhumanidad. Los valerosos oficiales que constituyeron la columna vertebral de la resistencia alemana que intentó en varias ocasiones matar a Hitler en 1943 y en 1944, fueron inducidos a participar en su conspiración por el conocimiento de las brutales atrocidades cometidas en el este contra los judíos y otros grupos humanos. La mala suerte más que otra cosa fue lo que frustró sus esfuerzos. Pero los nombres del general Henning von Tresckow y del coronel conde Claus Schenk von Stauffenberg representan a muchos otros que se sintieron asqueados por el conocimiento de la inhumanidad de la Alemania de Hitler.

También algunos soldados rasos se sintieron incómodos desde el primer momento con lo que estaba sucediendo. Algunos se rebelaron interiormente contra la barbarie debido a sus convicciones religiosas, o incluso, aunque en raras ocasiones, ayudaron a los judíos. Wilm Hosenfeld, antiguo militante del partido nazi y miembro de las tropas de asalto que

había admirado sinceramente a Hitler y había manifestado su fe sin reservas en la causa de Alemania en la guerra, quedó tan horrorizado por lo que vio y escuchó como oficial de menor rango destinado en Varsovia, que, movido por sus profundas creencias católicas, asumió la responsabilidad de ayudar a los judíos como pudiera. Entre los que ayudó a salvar estuvo el músico judío polaco Władisław Szpilman, cuya historia se haría luego famosa por la película de Roman Polanski *El pianista*. «¿Acaso ha adoptado el diablo forma humana?», se preguntaba Hosenfeld en una carta a su mujer en julio de 1942, tras mencionar que los judíos eran asesinados a millares. «No me cabe la menor duda», se respondía a sí mismo. La historia no conocía precedente alguno de aquello, comentaba. Describía aquello como «una sed de sangre tan terrible que querría uno que se lo tragara la tierra de vergüenza».

Se ha calculado que el número de los que se comportaron de manera tan noble quizá fueran cien. Puede que los actos de algunos otros no hayan quedado registrados para la posteridad. Pero en cualquier caso su número sería muy pequeño, comparado con los más de 18 millones de hombres que prestaron servicio en la Wehrmacht.

La mayoría de ellos se tragaron hasta cierto punto lo que les dijeron que era la finalidad de la guerra. Según todos los indicios, los juicios simples y sin adornos esbozados por el mariscal Walter von Reichenau, un nazi de tomo y lomo y uno de los generales favoritos de Hitler, llegaron en cierto modo hasta los niveles más bajos del ejército. Reichenau aclaraba cuál era el deber de los soldados alemanes en el este en una orden general de 10 de octubre de 1941:

> El principal objetivo de la campaña contra el sistema judeo-bolchevique es la total destrucción de sus fuerzas y el exterminio de la influencia asiática en la esfera de la cultura europea. En consecuencia, las tropas deben asumir tareas que van más allá de lo convencional y de lo puramente militar. En el ámbito del este el soldado no es sólo un combatiente según las normas de la guerra, sino el seguidor de una ideología racial [*völkisch*] despiadada y el vengador de todas las bestialidades que han sido infligidas a la nación alemana y a los grupos étnicos emparentados con ella. Por este motivo los soldados deben demostrar la plena comprensión de la necesidad de la severa expiación exigida a los seres infrahumanos que son los judíos.

Por qué creían los soldados alemanes que estaban luchando constituía una visión bastante vaga de una utopía futura, de un «orden nuevo» en el que la superioridad racial alemana y su dominación de los enemigos aplastados garantizarían la paz y la prosperidad a sus familias y a sus descendientes. En 1944-1945 esas vagas esperanzas se habían esfumado. Pero la guerra seguía teniendo un significado. En aquellos momentos combatir en ella con tanta tenacidad hasta el final se basaba fundamentalmente en un imperativo ideológico distinto: la «defensa del Reich». Este término encarnaba no sólo una entidad política o geográfica abstracta, sino la defensa de la familia, del hogar, de los propios bienes y de las raíces culturales. Y conociendo los crímenes que ellos mismos y los demás soldados habían cometido, sobre todo en el este, seguir luchando significaba resistir a toda costa frente al Ejército Rojo, cuya victoria vengativa indudablemente traería consigo la destrucción de todo lo que les era más querido. Los significados ideológicos de la guerra contribuyeron, junto con la disciplina, el adiestramiento y la calidad de los mandos, a mantener en la Wehrmacht una moral de combate notablemente alta hasta prácticamente el último momento.

Para los aliados militares de Alemania el significado de la guerra estaba mucho menos claro y la moral fue mucho más difícil de mantener. A la invasión de la Unión Soviética en 1941 se habían unido alrededor de 690.000 tropas no alemanas, principalmente rumanas. En la ofensiva que tendría un final catastrófico en Stalingrado participaron rumanos, húngaros, croatas, eslovacos e italianos. Cerca de 300.000 tropas del Eje no alemanas se vieron atrapadas en la contraofensiva soviética. Hitler no sentía más que un colérico desprecio por su falta de espíritu de combate. A decir verdad, dicho espíritu iba muy por detrás del que mostraron los alemanes, y por razones bien comprensibles. El odio a la Unión Soviética estaba muy extendido, pero no bastaba por sí solo para suministrar un significado motivacional a los aliados de Alemania como el que proporcionaba a las propias tropas alemanas. Los aliados de Alemania no tenían una visión de futuro clara de una sociedad o un régimen por el que pensaran que valía la pena luchar y quizá incluso perder la vida. Las deserciones se convirtieron en un lugar común, la falta de moral fue en aumento y la capacidad de

mando no pudo ser peor. Los oficiales rumanos trataban a los soldados rasos de sus unidades, mal equipadas y carentes de efectivos, casi como a perros. No es de extrañar que muchos de ellos sólo combatieran a la fuerza. «Los rumanos no tenían un verdadero objetivo. ¿Qué era aquello por lo que estaban luchando?», era la pregunta, por lo demás bien pertinente, planteada por un antiguo soldado del Ejército Rojo que se había enfrentado a ellos y había observado su debilidad como fuerza de combate. Las tropas italianas que combatían en la zona del río Don a menudo también se preguntaban qué estaban haciendo allí. Se hallaban lejos de su país, en unas condiciones espantosas y en una guerra que significaba muy poco para ellas. No es de extrañar que carecieran de espíritu de combate. Cuando un intérprete soviético preguntó a un sargento italiano por qué se había rendido su batallón sin disparar ni un solo tiro, éste respondió: «No respondimos al fuego porque pensamos que habría sido un error hacerlo».

La mayoría de los italianos no había querido luchar. Cada vez estaban más convencidos de que Mussolini los había arrastrado a una guerra que a los únicos que convenía era a los odiados alemanes. Sin un significado ideológico claro que llegara a todo el mundo, la guerra carecía para ellos de cualquier objetivo motivador fuerte. Era perfectamente lógico que prefirieran la rendición y la supervivencia, y no seguir luchando por una causa perdida. Pero con su país ocupado por los alemanes en el norte y por los Aliados en el sur, una vez que Italia salió de la guerra en septiembre de 1943, los italianos demostraron que estaban dispuestos a luchar con tenacidad —contra las fuerzas de ocupación y unos contra otros— por una causa ideológica que los afectaba directamente, a ellos, a sus familias y a sus hogares: ¿Qué clase de país de posguerra iba a ser Italia, fascista otra vez o socialista?

Para los soldados del Ejército Rojo, una gigantesca organización de combate multiétnica, la guerra tuvo un significado completamente distinto. La mayoría de ellos tenían unos orígenes absolutamente incultos y habían vivido en unas condiciones muy primitivas. Tres cuartas partes de la infantería estaban formadas por campesinos. Algunos muchachos oriundos de aldeas de las regiones más apartadas ni siquiera habían visto la luz eléctrica antes de ingresar en el ejército. Es harto improbable que a la

mayoría de ellos se les ocurriera reflexionar sobre el significado profundo de la guerra en la que estaban combatiendo. Indudablemente muchos luchaban porque se habían visto obligados a hacerlo, porque no habían tenido más remedio, porque no hacerlo habría significado una muerte segura. Pero sólo el miedo no habría podido mantener una capacidad de lucha tan asombrosa y no habría permitido que la moral del Ejército Rojo pasara de estar casi al borde del colapso en 1941 a alcanzar la victoria total cuatro años después.

En realidad, la moral del Ejército Rojo estuvo a punto de venirse abajo por completo cuando el avance aparentemente imparable de los alemanes fue cosechando un triunfo detrás de otro en el verano de 1941. Los índices de deserción fueron altísimos. Y lo mismo los índices de represalias sanguinarias contra los desertores. Pero el bombardeo incesante de la propaganda, los cuentos interminables acerca de la carnicería que perpetraban los alemanes con aquellos a los que conquistaban, y, al menos, una fábula de heroísmo cuando el Ejército Rojo se alzó con el triunfo ante las mismas puertas de Moscú, finalmente impidieron su descomposición. Los soldados soviéticos, como los de la Wehrmacht, vieron un sentido a la guerra, aunque no fueran capaces de expresarlo. Subestimar el papel de la ideología en sus motivaciones sería un error. No es que fuera necesariamente la ideología oficial del régimen, aunque ésta se adaptó en aquellos momentos a las circunstancias para hacer hincapié en el patriotismo. Cuando Stalin se dirigió a las tropas la primera mañana de la gran ofensiva del Ejército Rojo en el Don de noviembre de 1942 que culminó en la victoria de Stalingrado, efectuó su arenga en términos patrióticos: «Queridos generales y soldados. Me dirijo a vosotros, que sois mis hermanos. Hoy comenzáis una ofensiva y vuestras acciones decidirán el destino del país. Si sigue siendo un país independiente o si sucumbe». Un testigo recordaba las emociones sentidas aquel día: «Aquellas palabras realmente me llegaron al corazón ... Estuve a punto de echarme a llorar ... Sentí un verdadero estremecimiento, un estremecimiento espiritual».

Pero no era sólo patriotismo. El patriotismo y la ideología marxista-leninista se reforzaron mutuamente. Las tropas habían sido educadas en el bolchevismo. Los que combatían a las puertas de Moscú, en Stalingrado, en

Kursk, no conocían nada más. Desde la infancia se les habían imbuido visiones de una sociedad nueva y mejor para todos. Un veterano del Ejército Rojo que reconocía soñar con Stalin «como si fuera un padre» y que comparaba el hecho de oír su voz con oír «la voz de Dios», decía que, independientemente de la represión, «Stalin encarnaba el futuro, todos lo creíamos». Esa utopía futura de la madre patria comunista se hallaba ahora seriamente amenazada. Todavía podía hacerse realidad. Pero sólo si los fascistas de Hitler que bajaban como hienas a saquear los territorios patrios soviéticos, a matar a sus ciudadanos y a asolar sus ciudades y aldeas, eran destruidos. Era un mensaje muy potente que adquirió todavía más vigor con el ingrediente añadido de la venganza una vez que cambiaron las tornas y el Ejército Rojo tuvo a la vista las fronteras del Reich. Para los soldados del Ejército Rojo la guerra en la que estaban combatiendo era una guerra defensiva, una guerra justa, una guerra en la que había que luchar y que había que ganar, independientemente de sus costes humanos. Era una motivación muy fuerte. La guerra tenía un significado real.

Para las tropas en combate de los Aliados de la Europa occidental la guerra no podría reducirse a un solo significado. A los primeros Aliados occidentales, Gran Bretaña, Francia y Polonia, se unieron inmediatamente después de que estallara la guerra los Dominios Británicos. Las posesiones coloniales de Inglaterra y Francia suministraron grandes contingentes de tropas. Sólo la India proporcionó 2,5 millones de hombres, desplegados principalmente para combatir a los japoneses, mientras que las colonias del norte de África llegaron a proporcionar la base para el restablecimiento del poderío militar francés a partir de 1942. Checos, belgas, holandeses y noruegos fueron algunos de los numerosos europeos que combatieron junto con los polacos y los franceses al lado de los británicos desde las primeras fases de la guerra. Estados Unidos y muchos otros países se unieron después a la guerra en el bando de los Aliados. En 1942 la alianza contra las potencias del Eje estaba formada por veintiséis países, que se llamaban a sí mismos las «Naciones Unidas». La guerra tenía irremediablemente distintos significados para los hombres y mujeres de una fuerza de combate tan heterogénea, enzarzada en la lucha no sólo en Europa, sino también, a raíz de la entrada de los japoneses en la conflagración, en el Extremo Oriente, y

además por tierra, mar y aire. Las tropas aliadas tampoco supieron expresar mejor que cualesquiera otros soldados qué era aquello por lo que creían que luchaban. Las cartas enviadas a amigos y familiares normalmente trataban de aspectos más mundanos de la vida en las fuerzas armadas, intentando la mayoría de ellas ahorrar a los seres queridos los peores detalles de las miserias, el dolor, el miedo y los traumas que tenían que soportar sus remitentes. La camaradería era fundamental, el deseo de regresar a casa y de volver a ver a la familia casi universal; en último término, la supervivencia personal era lo que importaba. No obstante, aunque en la mayoría de los casos no fueran formulados, había valores culturales y creencias motivadoras subliminales que contribuían a mantener la moral y que hacían que valiera la pena luchar en esta guerra.

Para los polacos en el exilio y para los seguidores de la Francia Libre, establecidos en Inglaterra, así como para los ciudadanos de otros países europeos que se unieron a las fuerzas aliadas, la causa era evidente: la liberación de sus patrias respectivas de la ocupación alemana. Pero el general De Gaulle, líder de la Francia Libre, durante mucho tiempo no habló por la mayoría de los ciudadanos franceses. Para el pueblo francés, tanto en Francia como en el extranjero, la guerra no tuvo un solo significado. También para los polacos en el exilio la guerra tenía más de un significado. La causa no era sólo la liberación del yugo alemán, sino también, punto que iría adquiriendo cada vez más importancia a medida que fuera progresando la guerra, intentar asegurarse de que la Polonia de posguerra no fuera a cambiar una forma de servidumbre por otra y no cayera bajo la dominación de la Unión Soviética.

Al mando del general Władisław Sikorski, comandante en jefe de las fuerzas armadas polacas y primer ministro del gobierno de Polonia en el exilio, unos 19.000 soldados y aviadores polacos habían sido evacuados de Francia a Gran Bretaña en 1940, aunque tres cuartas partes de los soldados polacos que combatían en suelo francés habían muerto o habían sido capturados. Por consiguiente, la contribución de los pilotos polacos a la batalla de Inglaterra fue desproporcionada. Menos conocido es el hecho de que la colaboración de los criptógrafos polacos, junto con los franceses y los ingleses, fue también decisiva para descifrar el código Enigma —en los

años treinta ya habían descifrado un modelo anterior de este sistema de codificación—, logro que permitió a los Aliados leer las comunicaciones alemanas, factor crucial para ganar finalmente la batalla del Atlántico.

A partir de 1942, después de que Stalin liberara del Gulag a decenas de millares de prisioneros polacos y restableciera las relaciones diplomáticas polaco-soviéticas, unos 40.000 soldados polacos al mando del general Władisław Anders combatieron al lado de los británicos en el norte de África, y luego junto con los Aliados en Italia. Anders había sido hecho prisionero por los soviéticos y había sufrido terribles torturas a manos de sus captores mientras estuvo preso. Como es comprensible, tras su liberación siguió siendo vehementemente antisoviético. Los siniestros descubrimientos de Katyn en abril de 1943 supusieron para los polacos del exilio el recordatorio más evidente de los horrores no sólo de la ocupación alemana, sino también de la de los soviéticos. El aplastamiento de la sublevación de Varsovia en agosto de 1944 vio cómo se disipaban las esperanzas de establecer una Polonia independiente. La aquiescencia de los británicos y los americanos en la Conferencia de Yalta, celebrada el mes de febrero del año siguiente, a que Polonia, con unas fronteras reordenadas, fuera asignada a la esfera de influencia soviética durante la posguerra, vino a confirmar la sensación reinante entre los polacos de que habían sido traicionados. Para los polacos no comunistas, esto es la inmensa mayoría de la población de Polonia tanto dentro del país como en el exilio, la guerra comenzó y acabó con un desastre nacional.

Antes de 1940 Charles de Gaulle era un oficial joven poco conocido del ejército francés. Elevado al generalato durante la invasión alemana de Bélgica y nombrado poco después subsecretario de defensa del gobierno francés, en el verano de 1940 se había instalado con el respaldo de los ingleses como líder de la Francia Libre en el exilio, una pequeñísima fuerza de sólo unos 2.000 hombres y 140 oficiales. En una serie de grandilocuentes alocuciones radiofónicas al pueblo francés desde Londres, De Gaulle afirmó que la Francia Libre representaba a la verdadera Francia. Pretendía personificar el desafío no sólo a los alemanes, sino también al régimen de Vichy (el gobierno de la zona no ocupada de Francia a partir de

la derrota de 1940), al que negaba cualquier legitimidad. Pero no tuvo demasiado éxito hasta mediada ya la guerra. En Francia mucha gente, influenciada por la prensa de Vichy, lo veía como un traidor.

El hundimiento de la armada francesa en Mers el-Kébir, en Argelia, el 3 de julio de 1940, por orden de Churchill (para impedir que quedara a disposición de los alemanes), con la pérdida de la vida de 1.297 marineros franceses, no contribuyó precisamente a que la causa de los Aliados consiguiera demasiado apoyo ni en Francia ni en sus colonias. Al igual que las autoridades coloniales, las tropas francesas de las colonias, mucho más numerosas que las existentes en la propia Francia, al principio permanecieron leales al régimen de Vichy, rechazando el desembarco fallido del contingente de la Francia Libre en Dakar en septiembre de 1940. Sólo gradualmente, cuando las vicisitudes de la guerra fueron volviéndose en contra de Alemania y el gobierno de Vichy fue perdiendo popularidad, el apoyo de las colonias cambió para ponerse de parte de la Francia Libre. Las difíciles relaciones del puntilloso De Gaulle con Churchill y Roosevelt y las peleas internas entre los líderes de la Francia Libre constituyeron un grave impedimento para lograr una oposición consolidada al régimen de Vichy hasta bastante después de los desembarcos aliados en el norte de África en noviembre de 1942. Hasta ese momento las fuerzas de la Francia Libre seguían siendo sólo de 50.000 hombres, frente a los 230.000 que hasta entonces habían permanecido leales a Vichy, al menos nominalmente. Sólo en el verano de 1943, una vez que su cuartel general fue trasladado a Argel y que mejoró su reputación debido al apoyo prestado al movimiento de resistencia existente en la propia Francia, cada vez más numeroso, De Gaulle fue reconocido efectivamente como el jefe incontestado del gobierno *in pectore*. En ese momento empezó a representar un rival, con un poder y un apoyo cada vez mayores, para el régimen de Vichy que, desde noviembre de 1942, cuando los alemanes invadieron lo que hasta entonces había sido la zona no ocupada, se convirtió más que nunca en un títere en manos de los opresores alemanes, cada vez más odiados.

Las tropas británicas eran las únicas entre los aliados europeos que no combatían por liberar su país de una ocupación extranjera. La causa por la que luchaban, el significado de su guerra, era en este sentido más abstracto,

menos obvio. En su inmensa mayoría respaldaban a Churchill como líder de guerra. Pero fuera de las elites, representadas en el cuerpo de oficiales, no muchos compartían la fe del propio Churchill en el significado de la guerra, en el sentido de que, más allá de combatir por la libertad y la democracia, tenía por objeto preservar la grandeza del Imperio Británico. Muchas tropas coloniales que luchaban al lado de los ingleses esperaban en realidad justamente lo contrario, esto es la independencia de sus patrias de la dominación colonial. Incluso las tropas originarias de la propia Gran Bretaña, obligadas a combatir a miles de kilómetros de su país en el Extremo Oriente contra un enemigo brutal y despiadado, los japoneses, no tenían la impresión de estar allí para apoyar el imperialismo inglés. Para la mayoría lo que importaba era sobrevivir al infierno de la selva y a la ofensiva de los nipones y también, con demasiada frecuencia, a los horrores indescriptibles del bárbaro trato recibido en su cautiverio. Pocos soldados hablaban en las cartas enviadas a su familia de otro significado de la guerra que no fuera su propia supervivencia. Uno que sí lo hizo, un oficial británico, escribió a sus padres poco antes de perder la vida en el norte de África expresando unos ideales muy vagos que, casi con toda seguridad, tenían una aceptación bastante amplia. Estaba dispuesto a morir, decía, por lo que calificaba como «el deseo más anhelado de toda la “gente mediana” de algo mejor: un mundo más digno para sus hijos».

Esta idea de que el significado de la guerra era allanar el camino hacia un futuro mejor estaba muy extendida entre las tropas británicas, aunque a menudo no llegara a ser formulada. Tuvo un eco mayor en el país con la publicación en noviembre de 1942 del informe del político liberal William Beveridge, en el que se diseñaba el marco para la creación de un sistema de seguridad social que ofreciera a todos los ciudadanos británicos diversas formas de asistencia social pública desde la cuna hasta la tumba. El Informe Beveridge fue ampliamente discutido entre las tropas de ultramar, lo que constituye en sí mismo un indicio de que la guerra era vista como la puerta hacia una nueva sociedad. La sensación generalizada de que la guerra no era cuestión sólo de derrotar al nazismo y acabar con su amenaza —aunque ése fuera el objetivo primordial y más evidente—, sino también de romper con el viejo mundo en su propio país, una vez que la tarea principal

estuviera acabada, proporcionó a las tropas británicas una finalidad y las ayudó a mantener la moral. La idea hallaría su expresión en las elecciones generales británicas de 1945, celebradas cuando la guerra contra Alemania ya había sido ganada, aunque la de Japón seguía en plena efervescencia; y con todo, el héroe de la guerra, Churchill, fue rechazado por los votos de millones de excombatientes por representar el viejo orden clasista basado en los privilegios, la riqueza y la posición, que debía ser sustituido finalmente por una sociedad más justa. Aparte de la lucha contra la Alemania de Hitler, las esperanzas utópicas dieron significado al esfuerzo de guerra británico.

Para algunos hombres que habían prestado servicio en las fuerzas armadas, sin embargo, y que habían empezado teniendo grandes esperanzas, la guerra trajo sólo desengaño: desengaño de la política, de las ideas de un futuro mejor, de la fe en la propia humanidad. William Woodruff había pasado durante la depresión de su Lancashire natal de clase obrera a la Universidad de Oxford, y de socialista partidario del pacifismo se había convencido de la necesidad de combatir al nazismo para cambiar la sociedad y tener otra mejor, distinta. Pero el que volvió de la guerra cambiado en su interior fue él; su optimismo se había disipado en el campo de batalla. «Antes de la guerra había hablado de construir una civilización nueva», escribiría después. «Al final sabía lo frágil que es la civilización ... Tardó mucho en desvanecerse el recuerdo de las muertes de otros hombres.» Es indudable que muchos de los soldados que regresaban a casa tenían esa misma sensación.

Los frentes internos

El abismo existente entre los frentes de combate y los frentes internos fue menor en la segunda guerra mundial que en cualquier otro conflicto anterior. A menudo ni siquiera hubo abismo alguno; unos y otros más o menos se confundieron. En muchos lugares de la Europa del este los frenéticos vaivenes de los ejércitos de Hitler y Stalin y la progresiva actividad de los partisanos borraron en gran medida cualquier diferencia que pudiera haber entre frente de combate y frente interno. En otros lugares

de Europa la diferencia fue mayor. De manera diversa, la gente de todos los países beligerantes soportó el infierno en la tierra, sobre todo bajo las botas de la ocupación alemana.

Sólo los seis países neutrales —Suiza, Suecia, España, Portugal, Turquía y Éire (llamada hasta 1937 Estado Libre Irlandés), así como los mini-estados de Liechtenstein, Andorra y la Ciudad del Vaticano— lograron salir relativamente ilesos. Pero ni siquiera ellos dejaron de verse afectados por la guerra. La población de todos ellos sufrió grandes privaciones debido a los trastornos económicos y en algunos casos como consecuencia del bloqueo directo, además de verse sometida a ataques aéreos ocasionales (por ejemplo, las ciudades suizas de Schaffhausen, Basilea y Zúrich) debido a los errores de los bombarderos aliados, que causaron numerosos muertos y heridos entre los civiles. No obstante, todos los países neutrales se libraron de lo peor. La senda seguida por su neutralidad fue distinta en cada caso. Sólo en parte vino determinada por las inclinaciones ideológicas. En mucha mayor medida fue consecuencia de la necesidad estratégica y de las ventajas económicas.

Suiza, tres cuartas partes de cuya población era de lengua alemana, preocupada por la perspectiva de ser invadida por los alemanes y finalmente expuesta en todas sus fronteras a las potencias del Eje, no tuvo más remedio que verse atraída indirectamente al conflicto. Tanto los alemanes como luego los Aliados violaron repetidamente el espacio aéreo helvético. Y los dos bandos hicieron uso de la banca suiza. La necesidad de productos alimenticios y de importaciones de combustible hizo que para Suiza fuera fundamental mantener sus lazos comerciales con Alemania. La exportación de instrumentos de precisión benefició al esfuerzo bélico de Alemania. Los bancos suizos guardaron grandes cantidades de oro alemán, buena parte de él obtenido a costa del saqueo de los países ocupados y utilizado para adquirir materias primas, vitales para el esfuerzo de guerra, procedentes de los otros países neutrales. Y pese a la presión de los Aliados, los suministros de carbón, hierro, materiales de construcción y, durante las primeras fases del conflicto, armas y equipamiento militar, cruzaron Suiza procedente de Alemania con destino a Italia. Por otro lado, la proximidad de Suiza a Alemania significó que fuera una meta fácil para los refugiados y

para los prisioneros de guerra fugados. El país acogió, aunque no siempre de buena gana, a varios centenares de millares de refugiados civiles y militares. Sin embargo, rechazó a muchos otros, incluida más de una tercera parte de los refugiados judíos que llegaron huyendo de la persecución nazi.

La neutralidad sueca, como la de Suiza, se vio gravemente comprometida. El comercio sufrió un duro golpe como consecuencia del bloqueo británico. Ello contribuyó al sustancial incremento del comercio de Suecia con Alemania —que era ya el principal socio comercial del país— durante la primera fase de la guerra. Fundamentales para la producción alemana de acero eran las importaciones de hierro en bruto de alta calidad procedentes de Suecia. Los rodamientos suecos fueron también muy importantes para el esfuerzo de guerra alemán (aunque, saltándose el bloqueo, resultaran casi igualmente vitales para la economía de guerra británica). El carbón, que se necesitaba con desesperación en Suecia, era importado de Alemania en grandes cantidades. La neutralidad fue burlada para permitir el paso de tropas y armamento. Tropas alemanas fueron trasladadas a Finlandia a través de Suecia antes de que se produjera el ataque contra la Unión Soviética en 1941. En total más de dos millones de soldados alemanes fueron y vinieron de Noruega a Alemania y viceversa pasando por Suecia. Y miles de trenes mercancías que contenían armamento y equipos militares fueron trasladados a Finlandia y a Noruega a través de Suecia. Sin embargo, especialmente en los estadios posteriores de la guerra Suecia acogió a millares de refugiados (incluidos los judíos que llegaban huyendo de Dinamarca y Noruega). Al igual que Suiza, Suecia suministró a los Aliados importantes informaciones para los servicios de inteligencia.

En la península Ibérica, España y Portugal, aunque oficialmente neutrales las dos, se diferenciaron en su postura hacia las potencias beligerantes. Portugal, vieja aliado de Inglaterra, favorecía en su neutralidad a los Aliados frente a Alemania, especialmente una vez que la guerra se volvió inexorablemente en contra de los alemanes. En particular, el permiso para utilizar las bases aéreas de las Azores, concedido a regañadientes en 1943, supuso una mayor protección para los convoyes aliados que cruzaban el Atlántico. En cambio, Franco, pese a las afirmaciones que haría más

tarde en el sentido de que su astucia le había permitido mantener a España fuera del conflicto, había estado en realidad muy interesado en unirse al Eje. Pero el precio solicitado para ello había sido demasiado alto. No sólo tenía esperanzas de ganancias territoriales en el norte de África a expensas de Francia, sino que además planteó unas exigencias tan enormes de productos alimenticios y de armamento que Alemania no pudo ni siquiera contemplar la posibilidad de satisfacerlas. Franco no modificó su preferencia ideológica por el Eje. Se enviaron con destino a Alemania importantes exportaciones de materias primas, se permitió a los submarinos repostar en España, y casi 20.000 españoles se presentaron voluntarios para luchar al lado de los alemanes en el Frente Oriental. Pero cuando la derrota final de Alemania se convirtió en una certeza, y cuando el bloqueo aliado de los alimentos y otros productos de importación necesitados con desesperación obligó a concentrar las ideas, Franco cambió paulatinamente de postura y permitió que su neutralidad se pusiera al servicio de los intereses de los Aliados.

La ansiedad de Turquía por no verse arrastrada a otra guerra ruinosa y la exposición geográfica del país a una extensión del conflicto por el Mediterráneo, sustentaron su neutralidad. Al comienzo de la guerra, animada por los préstamos y los créditos de más de 40 millones de libras recibidos para comprar equipamiento militar, Turquía favoreció a los Aliados, aunque se resistió a todas las presiones para que entrara en la conflagración. Y, como sucediera con la neutralidad española, la postura de Turquía ayudó indirectamente al esfuerzo de guerra aliado en el Mediterráneo y en el norte de África. Sin embargo, cuando la expansión alemana llegó prácticamente hasta sus fronteras en 1941, Turquía aprobó un tratado de amistad con Alemania. Fue una apuesta de seguridad necesaria por si Alemania ganaba la guerra. En 1943 los alemanes ejercieron fuertes presiones para que Turquía les suministrara grandes cantidades de cromita, necesaria para la economía de guerra. Pero Turquía mantuvo, a pesar de todo, su neutralidad. Reafirmó esta postura ante las renovadas presiones de los Aliados una vez que la guerra se había vuelto en contra de Alemania. De

manera puramente simbólica, pues siguió negándose a intervenir en cualquier tipo de combate, Turquía declaró finalmente la guerra a Alemania el 23 de febrero de 1945.

Pese a los sentimientos antibritánicos generalizados entre los nacionalistas irlandeses, la neutralidad de Éire se decantó claramente hacia el apoyo a los Aliados. Inglaterra se vio privada, bien es cierto, del uso de sus puertos —finalmente cedidos a Irlanda en 1938—, facilidad que habría acortado la línea de navegación hasta Estados Unidos. Pero los barcos ingleses pudieron ser reparados en los astilleros irlandeses. El espacio aéreo irlandés fue utilizado para patrullar la costa. Los tripulantes de los aviones aliados detenidos fueron devueltos, mientras que los de los alemanes fueron detenidos en campos de internamiento. Y hubo bastante cooperación entre el gobierno irlandés y el británico en lo relativo a los intereses conjuntos en la defensa de la isla de Irlanda. Además, independientemente de cuál fuera la postura oficial, muchas familias irlandesas tenían estrechos vínculos con sus parientes de Inglaterra. Pese a la neutralidad, se calcula que 42.000 ciudadanos de Éire se presentaron voluntarios para prestar servicio en la guerra (varios miles de ellos perdieron la vida vistiendo el uniforme británico), mientras que cerca de 200.000 cruzaron el mar de Irlanda para trabajar en la economía de guerra británica. La neutralidad de Éire tuvo una extraña coda: el primer ministro irlandés (el *Tsaioseach*) y veterano de la lucha por la independencia, Éamon de Valera, apenas quince días después de presentar sus condolencias por la muerte del presidente Roosevelt, se unió al pequeñísimo club de los que comunicaron su pésame formal a Alemania por la noticia de la muerte de Hitler en 1945.

La población civil británica fue la más afortunada de todos los países beligerantes de Europa. No se lo habría parecido a los vecinos del East End londinense ni a los habitantes de otras ciudades británicas (entre ellas Coventry, Southampton, Bristol, Cardiff, Manchester, Liverpool, Sheffield, Hull, Glasgow y, en Irlanda del Norte, Belfast), que sufrieron la granizada de bombas alemanas en 1940 y 1941, y luego de nuevo en 1944-1945, cuando fueron objeto de los ataques con las bombas voladoras (las V1) y con los cohetes V2. La población civil de Inglaterra, como la de otros países, dispuso de menos comida, se vio obligada a trabajar más horas, tuvo

que soportar muchas estrecheces y vivir con la preocupación y la angustia por sus seres queridos, obligados a combatir lejos de casa, y quedarse incluso sin hogar en las zonas que fueron bombardeadas. Tuvo que soportar la profunda sensación de pérdida cada vez que sonaba el timbre de la puerta para traer el temido telegrama con la noticia de que el esposo, el hijo, el padre o el hermano habían muerto o habían desaparecido en combate. Las mujeres en particular tuvieron que aguantar lo peor de las nuevas privaciones materiales. Fue a ellas a las que les tocó bregar con el severo racionamiento de los productos alimenticios que habían formado parte de la dieta diaria, con la ingrata tarea de atender a los niños mientras los maridos estaban lejos, y a menudo de compaginar las obligaciones familiares con largas horas de trabajo. Mujeres que hasta entonces no habían tenido empleo o habían sido amas de casa, constituyeron el 80 % del refuerzo de la mano de obra —que aumentó en medio millón de personas— entre los años 1939 y 1943.

La presión sobre la vida civil en Gran Bretaña, pese a ser considerable, no pudo compararse ni de lejos con la que se experimentó en prácticamente todos los demás países de Europa. Sobre todo, Inglaterra no fue nunca un país ocupado. No sufrió la despiadada dilapidación de su economía a manos de los ocupantes alemanes. No supo lo que era el trabajo forzoso ni la deportación camino de un futuro incierto para trabajar al servicio de la industria alemana. Fuera de las grandes ciudades, la guerra causó poca destrucción física, e incluso en ellas los daños causados por las bombas, aunque graves, quedaron confinados a zonas relativamente limitadas. Miles de personas quedaron sin hogar, aunque no fuera nada comparable con la marea de refugiados y evacuados que se abatió sobre buena parte del continente. El racionamiento de la comida tuvo un impacto significativo sobre el nivel de vida, pero no se acercó ni remotamente a las condiciones de hambruna que la ocupación alemana (agravada por el bloqueo de los Aliados) provocó en Grecia o que el bloqueo alemán a las líneas de abastecimiento de los productos alimenticios acarreó en Holanda casi al final de la contienda, por no hablar de la horrorosa hambre sufrida por la población de Leningrado. El mercado negro prosperó, aunque menos que en otros países, donde la escasez de materiales y las privaciones fueron

mayores. Además, el hecho de que Gran Bretaña no fuera ocupada supuso algo tan trascendental como que no hubiera presiones para acatar las exigencias de los conquistadores, que no se creara ningún abismo entre los que colaboraban (a niveles muy distintos) y los que preferían resistir (de diversas maneras).

Gran Bretaña fue muy posiblemente una sociedad más unida durante la guerra de lo que lo había sido antes del conflicto o de lo que volvería a serlo después. Los integrantes de la minoría en constante retroceso de los que querían hacer la paz con la Alemania de Hitler —más numerosa entre los dirigentes de la clase alta— no tardaron en guardarse sus opiniones, o fueron internados, como les sucedió a sir Oswald Mosley y a otros destacados fascistas. Pero las voces mayoritarias no fueron coaccionadas ni falseadas, como en los sistemas autoritarios represivos. En realidad detrás del esfuerzo bélico hubo un amplio consenso. La moral de la población fluctuó, naturalmente, subiendo y bajando con las alternativas de la guerra, y se vio afectada por las preocupaciones materiales, como, por ejemplo, la disponibilidad de productos alimenticios. También los bombardeos sacudieron la moral de la gente (contrariamente a lo que contaría la leyenda posterior), aunque no acabaron con ella. Alrededor de 300.000 personas resultaron heridas por los bombardeos a lo largo de toda la guerra (principalmente en 1940-1941 y en 1944-1945), y una quinta parte más o menos de esa cantidad, esto es unas 60.000, perdieron la vida: unas cifras horrorosamente altas, desde luego, pero muchísimas menos de lo previsto y no las suficientes para minar la moral de la población en general.

Hubo las quejas y los refunfuños habituales de la vida cotidiana, aumentó incluso el número de los conflictos colectivos y las huelgas, con más de 2.000 paros y más de tres millones de jornadas de trabajo perdidas para la producción en 1944. Pero, por mucho que el gobierno no las viera con agrado, las huelgas fueron en general breves y en su mayor parte estuvieron relacionadas con los salarios y las condiciones de trabajo. No fueron en protesta por la guerra. Al margen de los altibajos sufridos por la moral, en la población civil de Gran Bretaña, lo mismo que entre los combatientes en armas, reinó en el fondo la sensación de la justicia y la necesidad que suponía participar en la guerra. Naturalmente la propaganda

tuvo algo que ver con el fomento de esa sensación de causa justa. El éxito de la propaganda estuvo, sin embargo, en el hecho de que pudiera basarse en un consenso existente de antemano. Churchill, personaje sumamente capaz de causar división como el político reaccionario que había sido antes de la guerra, encarnó ese consenso, disfrutando de unos niveles de aprobación superiores a veces al 90 %. Sus enérgicos discursos quizá no desempeñaran el papel decisivo a la hora de encender los ánimos que a menudo se ha presumido; pero en momentos cruciales (como, por ejemplo, la retirada de Dunkerque en mayo y junio de 1940), indudablemente ayudaron a subir la moral de los ciudadanos, reforzando el sentido del significado dado a la guerra, tan fundamental para la supervivencia de la libertad y la democracia. La significación de Churchill puede medirse en términos muy sencillos imaginando lo que habría sido de Inglaterra si su líder en la guerra hubiera sido lord Halifax, como había estado a punto de suceder.

La guerra tuvo también un efecto unificador en el inmenso *hinterland* de la Unión Soviética que permaneció sin ocupar, lejos del alcance de la Wehrmacht. El giro dado a la propaganda del régimen estalinista, que pasó a hacer hincapié en la defensa patriótica, apelando esencialmente a los sentimientos nacionales de Rusia y promulgando incluso un concordato con la Iglesia ortodoxa rusa, no dejó de tener efectos y contribuyó a estimular la predisposición a sufrir unas privaciones inmensas con tal de rechazar a un enemigo tan cruel y despiadado. La movilización de la población civil durante la guerra fue acompañada irremediablemente de un altísimo grado de coerción y de represión (aunque el número de los internados en los campos de trabajo disminuyó). Cuando había alguna duda respecto a la lealtad de la población, se tomaban medidas draconianas. Siempre que alguna minoría dentro de alguna de las múltiples minorías nacionales —los alemanes del Volga, los tártaros de Crimea, los calmucos, los chechenos— se mostró favorable a los invasores, Stalin no dudó en deportar a toda la comunidad étnica, en medio de unos sufrimientos espantosos y una enorme pérdida de vidas, a los inhóspitos páramos de las partes más remotas del imperio soviético. No obstante, el terror y la represión no pueden explicar por sí solos el extraordinario esfuerzo bélico de la población civil soviética.

Las privaciones aguantadas y la magnitud de las dificultades a las que los ciudadanos soviéticos tuvieron que hacer frente son casi indescriptibles. Unos 25 millones de ciudadanos quedaron sin hogar a raíz de la invasión alemana de 1941. La comida, con excepción de las patatas, fue drásticamente racionada, y casi todos los civiles tuvieron que lidiar con una severa escasez de alimentos. Alrededor de un millón de personas murieron literalmente de hambre en Leningrado. Incluso en el resto de la Unión Soviética la población urbana sobrevivió a costa de permanecer apenas por encima del nivel de la inanición. El mercado negro de los excedentes extraoficiales que los campesinos se quedaban soslayando las drásticas incautaciones ordenadas por el estado fue, a pesar de las penas draconianas impuestas, fundamental para la supervivencia. A pesar del hambre casi constante, la moral de la gente no se vino abajo. Las jornadas de trabajo se alargaron, con duros castigos para cualquier falta laboral. Pero enormes cantidades de nuevos trabajadores —amas de casa, estudiantes, jubilados— se presentaron voluntarios para echar una mano. Especialmente las mujeres fueron incorporadas al trabajo como no había sucedido nunca, llegando a integrar el 57 % de la mano de obra industrial en 1943 y hasta el 80 % de la fuerza de trabajo empleada en las granjas colectivas.

Se acordaron nuevas normas de productividad, a veces del doble o el triple de las que existían hasta entonces. La producción soviética tardó casi dos años en recuperarse de la catástrofe de 1941. Pero cuando lo hizo, proporcionó la plataforma sobre la que pudo construirse la victoria militar. La población aceptó las terribles privaciones a las que se vio sometida porque vio que sus maridos, sus padres y sus hijos estaban luchando por la propia supervivencia del país. Incluso allí donde la muerte a gran escala llevaba largo tiempo formando parte de la cultura, la guerra trajo nuevos niveles de pérdidas nunca vistos. Prácticamente no hubo ni una sola familia que se librara. El sacrificio, material y humano, habría podido socavar la moral de una sociedad menos acostumbrada a los rigores y a la muerte. De hecho, el peligro al que se enfrentaban todos si se perdía la guerra creó una nueva sensación de comunidad capaz de desarrollar un aguante y una fuerza de voluntad que ningún poder de coerción, por fuerte que fuera, habría conseguido producir por sí solo.

La experticia de la ocupación alemana varió mucho de un país a otro. Los territorios checos —el «Protectorado de Bohemia y Moravia», como fueron etiquetados— habían estado bajo dominio alemán desde marzo de 1939, y no hubo combates en suelo checo hasta casi el final de la guerra. La importancia económica del Protectorado y la dependencia de los trabajadores checos eran tan grandes que los alemanes se sintieron obligados a evitar las soluciones raciales draconianas —la expulsión o incluso el exterminio de la población eslava— deseadas por los «expertos raciales» de la SS, y a abstenerse de imponer al principio un régimen demasiado riguroso a la población sometida. Pero las cosas empeoraron cuando en el otoño de 1941 el jefe de la policía de seguridad, Reinhard Heydrich, fue nombrado Protector del Reich con el cometido de sofocar los signos crecientes de disturbios y de oposición. La represión se incrementó entonces de manera notable. Llegó a su punto culminante cuando unos patriotas checos lanzados en paracaídas por la Dirección de Operaciones Especiales británica (SOE, por sus siglas en inglés) lograron herir mortalmente a Heydrich en el curso del atentado llevado a cabo en Praga el 27 de mayo de 1942. La muerte de Heydrich el 4 de junio dio lugar a unas represalias terribles. Los autores del atentado evitaron lo peor suicidándose. Pero 1.300 ciudadanos checos, entre ellos 200 mujeres, fueron ejecutados como represalia por el asesinato. Toda la localidad de Lidice —su nombre había sido encontrado en poder de un agente checo— fue aniquilada. Hitler amenazó con deportar a una cantidad ingente de checos al este si volvía a haber más disturbios. El Protectorado permaneció a partir de ese momento relativamente tranquilo casi hasta el final de la guerra, cuando estalló en rebeldía en el momento en que el Ejército Rojo se hallaba ya casi a las puertas de Praga.

A diferencia de la temprana ocupación del Protectorado, Hungría no fue ocupada hasta marzo de 1944. Cuando en octubre de ese mismo año, mientras el Ejército Rojo avanzaba ya hacia las fronteras húngaras, el jefe del estado (aunque desde el mes de marzo sólo con permiso de los alemanes), el almirante Horthy, anunció que el país daba por finalizada su alianza con Alemania y concluía una paz por separado con la Unión Soviética, Hitler mandó destituirlo inmediatamente y puso en su lugar a

otro títere, Ferencz Szálasi, el fanático líder de los fascistas de la Cruz Flechada. El régimen de Szálasi duró sólo hasta que, tras unas semanas de feroz lucha callejera en Budapest, Hungría se rindió al Ejército Rojo en febrero de 1945. Pero aquel período fue mortal para los judíos húngaros, pues los integrantes de la feroz Cruz Flechada de Szálasi los sometieron a un reinado de terror que significó una espantosa coda al martirio que habían sufrido ya a manos de los alemanes.

En algunos rincones de la Europa ocupada, lejos de fomentar la unidad entre la población sometida, la guerra fue motivo de enconadas divisiones. Tan exacerbadas fueron éstas en el sur de Europa que dieron lugar a una situación de verdadera guerra civil, que se solaparía al conflicto que se mantenía con los ocupantes.

La brutalidad de la ocupación alemana en Yugoslavia, las matanzas y los tremendos actos de represalia perpetrados, junto con las nauseabundas atrocidades de los incalificables *ústaše*, fomentaron el desarrollo de dos grandes movimientos partisanos distintos: los *chetnik*, capitaneados por oficiales nacionalistas del ejército que deseaban el restablecimiento de la Gran Serbia bajo una monarquía yugoslava restaurada, y los comunistas, capitaneados por el croata Josip Broz Tito. Los partisanos, sin embargo, además de combatir contra los alemanes, combatían entre ellos, y también con los *ústaše*, los musulmanes bosnios, y los separatistas montenegrinos y albaneses. Sólo cuando la guerra entró en su última fase los partisanos comunistas de Tito, apoyados mientras tanto con armas y municiones suministradas por los británicos, lograron dominar el movimiento de resistencia y establecer la base de su autoridad en un nuevo estado yugoslavo de posguerra, el único país de Europa en el que los partisanos (ayudados por el Ejército Rojo) lograron finalmente hacerse con el control y formar gobierno.

Para los griegos, el mero saqueo a que fueron sometidos, la quiebra de su divisa y el volumen del tributo material cobrado por los ocupantes alemanes e italianos acarrearon directamente la hambruna. La feroz escasez de comida se vio exacerbada enormemente por la prohibición de exportar productos alimenticios de Macedonia oriental y Tracia, regiones que habían quedado bajo el control de Bulgaria desde la invasión alemana, y en las que

hasta entonces se había producido casi una tercera parte del grano de Grecia. Las terribles privaciones sufridas, junto con la crueldad de las represalias alemanas por los actos de sabotaje, alimentaron, como en Yugoslavia, las actividades guerrilleras de los movimientos partisanos, que, pese a su rápida expansión, estaban tremendamente divididos. En 1943 el movimiento de la resistencia comunista, el más grande de Europa, chocó con la oposición de los republicanos nacionalistas no comunistas, que acabarían consiguiendo el respaldo de los británicos. Las raíces de la devastadora guerra civil de posguerra quedaron así firme y profundamente soterradas.

También en Italia, la caída del régimen de Mussolini en julio de 1943, seguida de la ocupación del norte del país por los alemanes y de la ocupación mucho más benigna del sur por los Aliados, creó unas condiciones próximas a las de una guerra civil dentro de la propia contienda. El régimen fascista se había limitado a disimular las profundas fisuras existentes en la sociedad italiana. La guerra, que desde el primer momento no había llegado nunca a ser demasiado popular, acarreó una desafección interna cada vez mayor y provocó el hundimiento de la moral. Todo ello se acentuó debido a la aguda escasez de alimentos (acompañada de una vertiginosa alza de los precios y de la pujanza del mercado negro), y luego como consecuencia de los bombardeos de los Aliados, que, lejos de unir a la población en torno a su gobierno, contribuyeron a atizar una enorme cólera popular contra las autoridades fascistas que habían expuesto al pueblo a los ataques aéreos.

Cuando los alemanes restablecieron a Mussolini al frente de un régimen títere cuyo cuartel general estaba en Salò, a orillas del lago de Garda, en septiembre de 1943, las divisiones que habían permanecido soterradas adoptaron una forma sumamente radicalizada. Los seguidores de Mussolini, cada vez más desesperados, muchos de ellos fanáticos radicales e idealistas que perseguían la posibilidad de llevar a cabo la revolución fascista, formaron violentos escuadrones de la muerte, ahorcando o fusilando a los partisanos o a cualquiera que se cruzara en su camino. Mientras tanto, las diversas organizaciones partisanas, a menudo deseosas de saldar viejas cuentas, asesinaron a centenares de fascistas cada mes allí

donde los pillaban, además de emprender en la guerra actos de sabotaje contra los ocupantes alemanes. La combinación de la guerra y de lo que de hecho era una guerra civil hizo de los meses que duró la llamada República de Salò de Mussolini el conflicto más enconado y violento de todo el conflicto para los habitantes del norte de Italia. Se calcula que hasta 40.000 partisanos perdieron la vida en los combates, otros 10.000 antifascistas cayeron víctimas de las represalias y alrededor de 12.000 fascistas o de colaboradores suyos fueron eliminados en diversas acciones de «limpieza». La resistencia antifascista, dominada por los comunistas, pero integrada también por combatientes de distintos credos políticos, podía contar con el apoyo de más de un cuarto de millón de activistas en abril de 1945.

Sin embargo, a diferencia de Yugoslavia y de Grecia, los integrantes de la resistencia italiana fueron capaces de unirse contra un enemigo común en lo que veían que era una guerra de liberación nacional, organizando una insurrección creciente de tal magnitud contra las fuerzas alemanas en retirada que lograron controlar muchas ciudades grandes y pequeñas del norte antes de que llegaran los Aliados. Durante los últimos días del mes de abril, consiguieron capturar y fusilar al propio Mussolini, dejando su cadáver expuesto en el centro de Milán colgado boca abajo en una gasolinera. En el sur del país, mientras tanto, la ocupación aliada desde septiembre de 1943 supuso que pudiera evitarse la guerra civil que asoló el norte. Por el contrario, bajo la capa del primer renacer de la política pluralista a raíz de la entrada de los Aliados en Roma en junio de 1944, se produjo una rápida vuelta al viejo clientelismo típico de la sociedad de la Italia meridional. Al acabar, la guerra había dejado en Italia una división norte-sur tan grande como la que había al empezar.

En la Europa occidental y septentrional, la ocupación alemana no provocó nada parecido a las condiciones de guerra civil que se produjeron en el sur. Comparada con el este y el sur de Europa, la ocupación de esta parte del continente fue, al menos en las primeras fases de la guerra, relativamente benigna. No obstante, la guerra supuso ante todo tener que asumir las realidades de la vida en un país conquistado. Invariablemente, los alemanes contaron con la colaboración de las burocracias estatales existentes y de una minoría deseosa de cooperar con ellos por convicción

política. Otra minoría, cuyo volumen fue aumentando a medida que iba quedando claro que la ocupación alemana tenía los días contados, entró en el peligroso mundo de la resistencia activa. Pero a la mayoría de la gente no deberíamos incluirla ni entre los colaboracionistas declarados ni entre los combatientes de la resistencia. Deseaban ver a su país liberado, pero, como no se sabía cuánto tiempo iba a durar la ocupación, era inevitable que buscaran algún tipo de adaptación al nuevo régimen fuera como fuese. La forma en la que los habitantes de los países de la Europa noroccidental se adaptaran a la situación determinó no sólo lo que la guerra significó para ellos, sino que además tuvo un legado duradero. El carácter de la ocupación, la cultura política predominante en el país ocupado (que condicionaría en buena medida el comportamiento de las elites y de las masas), y el paso de una primera administración relativamente benigna a una severidad cada vez mayor y a la imposición de intensas privaciones materiales a la población, fueron fundamentales a la hora de determinar las diversas respuestas a la dominación nazi.

Holanda, Bélgica, Noruega y Dinamarca tuvieron experiencias muy distintas durante la guerra, aunque la trayectoria de la ocupación fue a menudo hasta cierto punto similar. Al principio los alemanes se mostraron deseosos de mantener a la Europa occidental tranquila. Lo que querían era cooperación, no rebeldía. La conquista militar no perseguía convertir a los pueblos conquistados en ilotas, como en la Europa del este, especialmente porque se tenía la vaga idea de incorporar a los pueblos germánicos de los Países Bajos y de Escandinavia al Reich en un futuro lejano. En todos los países había una minoría de fascistas o de nacionalsocialistas de cosecha propia que acogieron positivamente la dominación alemana. El primer ministro del gobierno títere de Noruega, Vidkun Quisling, prestó su nombre incluso al término general *quisling*, dado por los Aliados occidentales a los colaboracionistas. Cada uno de estos cuatro países suministró pequeños contingentes de fanáticos que se sumaron a la legión extranjera de la Waffen-SS. Cerca de 50.000 holandeses y 40.000 belgas (tanto flamencos como valones francófonos), 6.000 daneses y 4.000 noruegos prestaron sus servicios en ella. Como los verdaderos colaboracionistas ideológicamente comprometidos eran por lo general odiados y considerados traidores por la

mayoría de la población, a menudo las propias fuerzas de ocupación los encontraron contraproducentes. La cooperación voluntaria de la burocracia y de la policía, por otra parte, fue esencial para la eficacia de la ocupación.

A partir de 1942, cuando quedó más claro que nunca que la ocupación no iba a durar indefinidamente, y cuando por otra parte se intensificaron las exigencias alemanas de alimentos, de otras provisiones materiales y de mano de obra, la oposición popular aumentó notablemente en formas muy numerosas y variadas. No obstante, hubo importantes diferencias en la presión que supuso la ocupación incluso en Europa occidental.

La dominación alemana en Dinamarca, por ejemplo, fue durante casi toda la guerra mucho menos represiva que en otras zonas ocupadas del norte y del oeste de Europa. Esta circunstancia se reflejó en el número relativamente bajo de vidas perdidas —el número total de civiles daneses muertos fue de unos 1.100— durante la ocupación. Dinamarca se había rendido casi inmediatamente tras la invasión de abril de 1940, el rey Cristián X permaneció en el país, y el gobierno siguió administrando el estado a las órdenes de un gobernador alemán. La colaboración funcionó al principio. Las raciones de comida fueron mejores que en otros sitios (a pesar de que los daneses entregaron a Alemania grandes cantidades de productos alimenticios), el trabajo forzoso no llegó a introducirse nunca, no hubo un saqueo directo del país y los costes de la ocupación ascendieron sólo al 22 % de la renta nacional anual, si se compara con el 67 % de Noruega y el 52 % de Bélgica. Sin embargo, desde agosto de 1943 la política seguida en Dinamarca cambió. Fue consecuencia de una rebelión contra la colaboración que forzó la dimisión del gobierno danés. A partir de ese momento la ocupación fue más dura, el papel de la policía alemana se volvió mucho más agresivo, el nivel de las represalias subió de forma significativa y se hicieron evidentes tanto la no cooperación como la resistencia directa. La cooperación dio paso a la hostilidad, que a su vez fomentó un movimiento de resistencia que alcanzó sus cotas de actividad más elevadas en 1944-1945.

Tras el acatamiento generalizado de los primeros momentos, el carácter de la dominación alemana en los países del noroeste de Europa condujo en último término a una desafección implacable. En Holanda, por

ejemplo, ya en 1940 el racionamiento drástico de los alimentos acarreó una severa escasez de comida, especialmente para los habitantes de las ciudades, acompañada de una subida vertiginosa de los precios y de la pujanza del mercado negro, mientras que la imposición del toque de queda y las restricciones del transporte redujeron la vida pública al mínimo. Las personas respetuosas de la ley se vieron de hecho obligadas a transgredir las normas para poder comer y mantener calientes sus hogares. Las redadas de individuos para obligarlos a marchar a Alemania y trabajar allí en las industrias de guerra, cuando la escasez de mano de obra alemana fue agudizándose, no tardaron en convertirse en una fuente más de descontento masivo.

En Holanda, como en tantos otros lugares, sólo poca gente se integró en el movimiento clandestino de resistencia. La resistencia era una actividad sumamente peligrosa, sujeta en todo momento a la traición y a la delación, que creaba riesgos terribles para las familias y comportaba torturas horrendas e incluso la muerte para los que eran capturados. Lo más probable es que el número de personas involucradas directamente en ella fuera en Holanda alrededor de 25.000 antes del otoño de 1944, más quizá otras 10.000 o así que se sumaran después. Más de una tercera parte de los resistentes holandeses fueron detenidos, y cerca de una cuarte parte no sobrevivió a la guerra.

Una proporción ligeramente más alta de la población noruega de unos 3 millones de personas participó activamente en la resistencia. Los combatientes de la resistencia en este país, a menudo adiestrados en el exilio en Inglaterra, se dedicaron a sabotear la navegación alemana, los suministros de carburante y las instalaciones industriales, así como, posteriormente, los ferrocarriles con el fin de impedir los movimientos de tropas. Establecieron estrechos lazos con la SOE británica, apoyando sus actividades en parte a través del «Shetland Bus», un grupo de barcos que hacían labores de lanzadera entre Bergen y las islas Shetland. Al final de la guerra había unos 40.000 noruegos participando activamente en la resistencia. Comunidades enteras llegaron a tener que hacer frente a feroces represalias de los alemanes por los actos de sabotaje cometidos o los ataques a miembros de las fuerzas de ocupación. Esas represalias podían ser

efectivamente terribles. El pequeño pueblo de pescadores de Telavåg, por ejemplo, fue completamente destruido y sus habitantes varones fueron enviados al campo de concentración de Sachsenhausen, cerca de Berlín (donde treinta y uno de ellos perdieron la vida), por proteger a unos combatientes de la resistencia que habían matado a dos agentes de la Gestapo.

Lo único que unía a las personas involucradas en la resistencia activa en los países sometidos a la ocupación alemana era el deseo de ver su final, pero por lo demás a menudo estaban netamente divididas desde el punto de vista ideológico entre nacionalistas conservadores, socialistas y comunistas. A pesar de todos los peligros, es innegable que la resistencia llegó a tener unas redes cada vez más amplias de apoyo a medida que la guerra se acercaba a su fin. Cuanto más rigurosa se volvía la ocupación, más servía la fuerza de los sentimientos antialemanes para cimentar la idea de unidad nacional y el deseo de liberación. El sufrimiento de la población por causa de las medidas punitivas de los alemanes fue, sin embargo, a menudo extremo. Cuando la resistencia holandesa logró parar la red ferroviaria para prestar ayuda a los lanzamientos en paracaídas de los Aliados en Arnhem en septiembre de 1944, las represalias alemanas, consistentes en el bloqueo de los suministros de comida, condenaron a toda la población del país al hambre y a una escasez extrema de materiales de calefacción en el gélido «invierno del hambre» de 1944-1945. El único socorro llegó a través de los lanzamientos en paracaídas efectuados por los Aliados durante los últimos días de la guerra. Para los holandeses, la guerra significó sobre todo el trauma de esos sufrimientos durante los últimos meses del conflicto.

Independientemente de la solidaridad de cualquier tipo que generara la ocupación entre los pueblos conquistados de los países de la Europa noroccidental, esa solidaridad rara vez se extendió a las comunidades judías, pequeñas, por lo general, comparadas con las de la Europa del este. No fue preciso que el antisemitismo virulento se generalizara. Aun así, los judíos solían ser vistos como «extraños», y más cuando se les obligó a llevar la «estrella amarilla». La firme determinación de las autoridades alemanas de efectuar redadas y practicar detenciones entre ellos para su deportación, unida a los temores de que cualquier ayuda que se prestara a

los judíos podía acarrear severas represalias, supuso que el sector de la sociedad obligado a afrontar el peligro más grave fuera también el menos protegido y el más expuesto.

La población no judía, sin embargo, no permaneció totalmente pasiva ni hostil. Los primeros intentos de detener a los judíos de Amsterdam para su detención en febrero de 1941 provocaron incluso una efímera huelga generalizada, aunque es posible que semejante iniciativa resultara contraproducente e indujera a una mayor disposición por parte de la burocracia y de la policía holandesa a cooperar con los ocupantes. Esa cooperación, adelantándose a veces incluso a los presuntos deseos de los alemanes, contribuyó a que en Holanda se llevara a cabo un número proporcionalmente más elevado de deportaciones de judíos, destinados en su mayoría a perecer —unos 107.000 de los 140.000 designados por los nazis como «plenamente judíos»—, que en cualquier otro país de la Europa occidental.

Hubo, sin embargo, personas, movidas por sus principios cristianos o por otros muchos motivos, que se mostraron dispuestas a asumir personalmente riesgos con tal de ayudar a los judíos. Unos 25.000 judíos holandeses, entre ellos muchos medio judíos y otros que habían contraído matrimonios mixtos y que por tanto gozaban de cierto grado de protección frente a la deportación sumaria, se beneficiaron de la ayuda de esas personas o de redes de socorro para librarse de la captura y de tener que desaparecer en una vida precaria de clandestinidad ilegal (aunque 8.000 de ellos fueron localizados en su escondite). Las redes belgas montadas para ayudar a los judíos a escapar de las garras de las fuerzas de ocupación fueron más amplias, especialmente las organizaciones ilegales de los propios hebreos. Cerca de 24.000 judíos fueron deportados de Bélgica con destino a Auschwitz. Pero otros 30.000, en su inmensa mayoría inmigrantes recién llegados y residentes en Bruselas y Amberes, que habían venido huyendo de la pobreza y los pogromos de la Europa del este durante los años veinte y de Alemania durante los treinta, encontraron algún tipo de subterfugio y lograron sobrevivir a la ocupación. Centenares de judíos, más de la mitad de la pequeña comunidad hebrea de Noruega, encontraron ayuda para escapar a la Suecia neutral, aunque la mayoría de los que se

quedaron acabaron muriendo. En consecuencia, la inmensa mayoría de los judíos destinados a la deportación y a la muerte desaparecieron como por arte de magia cruzando al otro lado del Sund a la seguridad de Suecia. Aunque los judíos tuvieron muchas más oportunidades de sobrevivir en la Europa occidental que en los países del este, una cantidad enorme de ellos cayó víctima del incesante afán de los alemanes por conseguir la «solución final de la cuestión judía».

La población de Francia, con diferencia el más grande de los países conquistados de la Europa noroccidental, compartió algunas de las experiencias de sus vecinos del norte. Hubo, sin embargo, diferencias significativas. Algunas se debieron a la división del país en dos zonas: una zona ocupada que cubría aproximadamente dos terceras partes del territorio nacional (el norte de Francia, incluida París, y una franja que recorría toda la costa atlántica), y una zona no ocupada cuasi autónoma con capital en la localidad balnearia de Vichy, en el centro del país. Lo que significara la guerra para la población francesa variaría mucho a lo largo del conflicto y dependiendo de su situación geográfica —no sólo de que habitara en la zona de Vichy o en la zona ocupada, sino incluso de su región y de su localidad—, y de su predisposición ideológica y de su experiencia personal.

Esta vez no hubo ninguna noción de *union sacrée* como la que con tanto éxito logró evocar el presidente Poincaré en 1914. La catástrofe de la derrota del verano de 1940, que vio cómo tres cuartas partes de la población de las ciudades del norte huía presa del pánico hacia el sur intentando escapar de la inminente invasión alemana, había dejado al pueblo francés dividido y humillado. Sin embargo, además de la conmoción sufrida, la derecha francesa, que al margen de sus divisiones estaba unida al menos en su aborrecimiento de la Tercera República, recibió la derrota como una oportunidad para llevar a cabo un renacimiento nacional.

Hubo colaboracionistas de primera fila movidos por sus convicciones ideológicas, como el antiguo socialista Marcel Déat, que se convirtió en ministro de Trabajo, y que fue responsable del reclutamiento de los trabajadores franceses enviados a prestar servicio en Alemania; y hubo también el líder fascista Jacques Doriot, que más tarde se uniría a otros 4.000 voluntarios franceses para combatir en la «cruzada contra el

bolchevismo» en el Frente Oriental. Uno de los rostros más destacados entre los colaboracionistas fue el de Pierre Laval, vice-primer ministro del régimen de Vichy, hábil pragmatista y manipulador político que declaró públicamente su deseo de una victoria alemana «porque, de lo contrario, el bolchevismo se instalaría en todas partes». Semejante tipo de colaboración abierta no fue lo típico de la inmensa mayoría del pueblo francés. Pero tampoco lo fue la resistencia activa; desde luego no lo fue durante los primeros años de la ocupación. La mayoría de la gente, como la de los demás países ocupados de la Europa occidental, se vería obligada a encontrar formas de adaptarse (aunque raramente con entusiasmo) a la ocupación, colaborando con los nuevos gobernantes cuando no había más remedio, guardando generalmente las distancias con ellos, adoptando una postura de «esperar y ver», y desarrollando un aborrecimiento cada vez mayor cuando la ocupación se hiciera más dura y las perspectivas de liberación aumentaran.

Como en los demás países de la Europa noroccidental, la ocupación alemana fue al principio relativamente benigna, pero adquirió unos tintes progresivamente draconianos a medida que Alemania empezó a tener que hacer frente a la adversidad. Las exigencias económicas a las que se vio sometida Francia fueron duras: el 55 % de los ingresos del estado francés estaba destinado a cubrir los gastos de la ocupación, el 40 % de la totalidad de la producción industrial de Francia debía ir a parar a sufragar el esfuerzo de guerra alemán, el 15 % de la producción agrícola debía dedicarse a mantener abastecidas las mesas de los alemanes, y en 1943 600.000 hombres fueron reclutados para trabajar en Alemania. La mayoría de las familias de las ciudades y pueblos de Francia, como las de los demás países de la Europa del noroeste, experimentaron la guerra como una lucha constante para conseguir comida, a menudo a través del mercado negro.

La experiencia francesa de lo que fueron las grandes privaciones y la miseria material se extendió a las dos zonas en que había quedado dividido el país. Pero la línea de demarcación entre ambas zonas tenía un significado muy claro. En el tercio sur de Francia, el gobierno estaba en manos de franceses, no de los alemanes. Aunque marcados por las cicatrices de la derrota, material y psicológica, los franceses controlaron en gran medida su

destino en las zonas no ocupadas. Para millones de franceses Vichy dio un significado más a la guerra: el rechazo de la República que, a juicio de muchos, se había visto desacreditada por corrupta y decadente mucho antes de la derrota militar de 1940, y la restauración de los valores franceses «tradicionales» de «trabajo, familia y patria». El «estado francés», como se denominaba a sí mismo el régimen autoritario de Vichy presidido por el mariscal Pétain tras la caída de Francia, fue ampliamente popular al principio (aunque su popularidad disminuyó notablemente al cabo de un año más o menos). Cerca de 1,2 millones de veteranos corrieron a unirse a la Légion Française des Combattants —una organización que guardaba cierto parecido con un organismo aclamatorio de corte fascista—, jurando lealtad al mariscal y formando la base del pujante culto a la personalidad construido en torno a la figura de Pétain. Como representante de la autoridad patriarcal y del cristianismo, Pétain gozó también del respaldo de la jerarquía católica.

Sin embargo, el octogenario mariscal difícilmente podía encarnar el símbolo de la juventud, común a todos los movimientos fascistas. Aun así, su régimen tenía algunos rasgos fascistas en su evocación de un pasado mitológico, su glorificación del campo y la «vuelta a la tierra», su idealización de una sociedad orgánica, en su énfasis en la juventud, la maternidad y las políticas de fomento de la natalidad destinadas a «renovar» a la población; y naturalmente en su persecución de los «enemigos internos». Incluso durante los primeros tiempos de Vichy, los alcaldes de izquierdas fueron desalojados, los masones fueron expulsados de los empleos públicos, y las organizaciones sindicales fueron disueltas. Se crearon decenas de campos de internamiento para extranjeros, presos políticos, «indeseables» sociales, romaníes y judíos. Las autoridades de Vichy no dudaron en extender el programa de «arianización» de la zona ocupada para expropiar miles de empresas judías, compradas a precios de saldo por compañías francesas. El régimen introdujo estatutos antijudíos para restringir el empleo de los israelitas. En 1942 y también después los burócratas y la policía de Vichy colaboraron celosamente en la localización, detención y brutal deportación de judíos extranjeros (cerca de la mitad del total de la población judía de Francia, integrada por 300.000 individuos),

que se sumaron a las deportaciones llevadas a cabo en la zona ocupada. De los 75.721 judíos deportados de Francia a los campos de la muerte de Polonia (de los cuales sólo sobrevivieron 2.567) los judíos extranjeros sumaban 56.000.

También los no judíos tuvieron que hacer frente a una represión cada vez mayor. Ya en el otoño de 1941 los primeros asesinatos de personal alemán dieron lugar a la ejecución de cincuenta rehenes como represalia. No tardaron en producirse otros fusilamientos masivos llevados a cabo como venganza. Los actos de represalia se intensificaron drásticamente en cantidad y en magnitud a raíz de los desembarcos aliados de junio de 1944. En la más infame de estas acciones, perpetrada por la Waffen-SS, fue arrasado todo el pueblo de Oradour-sur-Glane, al noroeste de Limoges, donde se suponía erróneamente que se ocultaba un escondite de armas destinadas a la resistencia. Sus 642 habitantes fueron fusilados o quemados vivos. La policía paramilitar francesa, los camisas negras de la Milice, establecida en la zona de Vichy en 1943, era tan temida como la Gestapo como representante del terror represivo. Sin embargo, lo mismo que en otros países, la represión se volvió progresivamente contraproducente una vez que resultó evidente que los días de la dominación alemana estaban contados. Se tardó mucho en crear una unidad donde antes no la había habido: una unidad tras el objetivo de la liberación.

La resistencia activa —dividida entre comunistas (galvanizados de nuevo tras la invasión de la Unión Soviética por los alemanes) y conservadores (que gradualmente fueron aglutinándose bajo el liderazgo del general De Gaulle)— en vez de disminuir, aumentó, pese al temor de las terribles represalias que aguardaban a quien fuera capturado. Mientras que la mayoría de los franceses evitaron la participación activa y siguieron prefiriendo la postura de «esperar y ver», se intensificaron los niveles de apoyo a los que estaban involucrados en la resistencia. Como casi ninguna otra medida, la ley introducida el 16 de febrero de 1943 por el régimen de Vichy y firmada por el primer ministro Laval, con el fin de imponer la realización de trabajos forzosos en Alemania, creó un clima de desobediencia popular que alimentó el desarrollo de la resistencia activa. Gran cantidad de los que habían sido reclutados para ir a trabajar a

Alemania simplemente desaparecieron, a menudo en las montañas o en alguna zona perdida del campo, donde encontraron buena acogida y refugio entre los lugareños, uniéndose a menudo al creciente movimiento de la resistencia a medida que se acercaba la liberación tras los desembarcos aliados de Normandía de junio de 1944.

Al término de la guerra, la resistencia llegó a simbolizar más que cualquier otra cosa lo que el conflicto había significado para los franceses. Se pretendía con ello —y durante mucho tiempo se consiguió— tender un tupido velo sobre el lado menos agradable de la experiencia que habían vivido los franceses tras la derrota durante los «años negros», especialmente en la zona no ocupada, que (al menos al principio) habían controlado ellos mismos. Pasarían muchos años antes de que los franceses estuvieran dispuestos a hacer frente al «síndrome de Vichy».

Para el «frente interno» en Alemania, la guerra llegó a tener unos significados que no compartió ningún otro país. Lo que el periodista americano William Shirer, que vivió una experticia de la guerra de primera mano en Berlín desde su estallido hasta que comenzaron las hostilidades contra Estados Unidos en diciembre de 1941, calificó con cierto grado de cinismo como la reacción básica ante la breve campaña de Polonia, podría aplicarse en general hasta que empezaron a intensificarse las angustias en el otoño de 1941: «Mientras los alemanes tengan éxito y no tengan que apretarse demasiado el cinturón, ésta será una guerra popular». Durante el invierno de 1941-1942, sin embargo, pese al saqueo de buena parte de Europa para obtener alimentos y otros recursos, se incrementaron notablemente las privaciones en el propio país y la población civil se vio obligada a apretarse el cinturón a medida que fueron recortándose de manera importante las raciones de comida. La popularidad de la guerra —y del régimen que había metido a Alemania en ella— bajó de manera espectacular.

El drástico deterioro de la situación militar, simbolizado de forma más palmaria que en cualquier otro momento en febrero de 1943 por la desastrosa derrota de Stalingrado, llevó a la población del país a darse cuenta cada vez con mayor claridad de que la guerra podía perderse. Esto a su vez obligaba a contemplar lo que significaba perder una guerra. La

propaganda explotó el temor no sólo de una derrota militar, sino de la destrucción total de Alemania y del pueblo alemán si la inmunda coalición de enemigos del Reich —los Aliados occidentales y los temidos bolcheviques— se imponía.

La gente sabía a grandes rasgos, aunque consciente o inconscientemente borrara ese conocimiento en una conspiración de silencio, que los alemanes habían perpetrado crímenes espantosos en los territorios ocupados del este, especialmente contra los judíos. Aunque pocos estaban al tanto de los detalles, hay numerosos indicios de que se sabía bastante bien cuál había sido el destino que habían tenido los judíos. Desvelando sin querer el éxito de la propaganda antisemita, muchos expresaban el miedo de la «venganza judía» en caso de derrota. Sabían también que no podían esperar piedad si el Ejército Rojo entraba en Alemania. El miedo a las consecuencias de la derrota contribuyó en gran medida a sostener la disposición de la población a resistir, pese al rápido empeoramiento de la situación militar.

Los dos últimos años de la guerra vieron cómo el horror que los nazis habían infligido a la mayor parte de Europa afectaba de rebote a los propios alemanes de a pie. Para la población civil alemana, la última fase del conflicto fue su infierno en la tierra. Lo que marcó el trauma de millones de personas fue el miedo a las bombas de los Aliados. Goebbels llegó a hablar de «bombardeos terroristas». En este caso la propaganda no mentía. Los bombardeos tenían por objeto aterrorizar a la población, y lo consiguieron cuando la gente vio cómo se quedaba indefensa mientras sus ciudades eran literalmente barridas del mapa. Más de 400.000 personas resultaron muertas y 800.000 heridas por los ataques con bombas lanzados contra ciudades grandes y pequeñas, ataques que por lo demás tenían cada vez menos sentido desde el punto de vista militar. Fueron destruidos cerca de 1,8 millones de hogares y casi 5 millones de personas quedaron sin techo.

La población civil de las provincias del este de Alemania, menos expuestas a los bombardeos, tuvieron que hacer frente a un tipo bien distinto de terror. La gente tuvo que salir huyendo de sus hogares en medio de un frío glacial, con temperaturas de 20 grados bajo cero, para unirse a la marea de refugiados que se dirigían al oeste llenos de espanto a medida que

el Ejército Rojo avanzaba hacia el Reich. Cerca de medio millón de civiles, muchos de ellos mujeres y niños, murieron en su huida de la zona oriental de Alemania, condenada a lo peor. Para muchas mujeres alemanas que vivían por donde pasó el Ejército Rojo, la última fase de la guerra supuso la violencia sufrida en su propio cuerpo: el 20 % de ellas fueron violadas por los soldados soviéticos. Mientras tanto, más de 10.000 soldados alemanes por término medio fueron muertos *a diario* durante los últimos meses de la guerra.

A medida que el número de muertes de civiles y de soldados crecía astronómicamente, la guerra iba adquiriendo un nuevo significado para los alemanes. Empezaron a verse como víctimas del conflicto. Culpaban a Hitler y a los líderes nazis de infligir una verdadera catástrofe a Alemania, a los Aliados de destruir su país, y una vez más —eso sí entre una minoría de antisemitas recalcitrantes— incluso a los judíos de haber provocado la guerra. «Nos sentimos engañados, llevados por el camino equivocado, utilizados de mala manera», decía un antiguo general poco después de la guerra, expresando por lo demás un sentimiento muy corriente. Buscando chivos expiatorios y viéndose a sí mismos como víctimas, muchos alemanes traumatizados a menudo pasaron por alto el hecho de que millones de ellos habían aclamado los éxitos iniciales de Hitler y se habían regocijado con las victorias de la Wehrmacht, incluso cuando una cantidad incalculable de europeos sufrían la más absoluta penuria y la esclavitud, la muerte y la destrucción bajo el yugo nazi. Pero si las verdaderas dimensiones de la catástrofe moral tardarían años en ser reconocidas, al menos esta vez, comparada con 1918, la derrota había sido total, rotunda y definitiva.

Significado permanente

Para los que vivieron aquel infierno en la tierra, la inmediatez de su experiencia, en sus diversas manifestaciones, determinó lo que significó para ellos la guerra. Tal vez las generaciones posteriores puedan ver el significado permanente de la guerra con más claridad, tal vez puedan comprender de forma más evidente que marcó la cesura decisiva en la historia de la Europa del siglo XX.

El fin definitivo del fascismo como gran fuerza política fue una consecuencia obvia. De la primera guerra mundial había surgido una tríada de ideologías enfrentadas y de constelaciones de poder: la democracia liberal, el comunismo y el fascismo. Después de la segunda guerra mundial sólo quedaron las dos primeras como sistemas políticos rivales. La derrota militar absoluta y la progresiva revelación de los crímenes sin precedentes contra la humanidad perpetrados por el fascismo desacreditaban ahora esa ideología por completo, excepto a los ojos de sus admiradores, en constante disminución y en gran medida impotentes políticamente.

Una consecuencia primordial de la segunda guerra mundial fue la remodelación de la estructura geopolítica de Europa. La primera guerra mundial había terminado con Rusia (que no tardaría en convertirse en la Unión Soviética) sumida en las convulsiones de la revolución y luego de la guerra civil, y con Estados Unidos distanciándose de Europa a través de su rechazo a integrarse en la Sociedad de Naciones y su giro hacia el aislacionismo. La segunda guerra mundial acabó con una gran ampliación de las fronteras del área de influencia soviética por toda la Europa del este, incluso en la propia Alemania, en buena medida decidida en la Conferencia de Yalta de febrero de 1945. Apoyada en su victoria militar, la Unión Soviética se encontraba camino de convertirse en una superpotencia. Estados Unidos, que la guerra ya había hecho una superpotencia sobre la base de su poderosísimo complejo militar-industrial (producto a su vez del conflicto), había establecido su propia dominación en toda la Europa occidental y, a diferencia de 1918, estaba destinado a quedarse a largo plazo en el continente europeo. Mientras que la primera guerra mundial había deshecho imperios y los había sustituido por estados nación sumidos en la crisis, la segunda guerra mundial produjo una Europa dividida por la mitad en dos bloques dominados por la URSS y por los Estados Unidos de América, en los que los intereses nacionales pasarían rápidamente a quedar subordinados a los intereses geopolíticos de las superpotencias emergentes.

Para los habitantes de la Europa oriental, los que más habían sufrido durante los seis años de conflagración, la guerra pasó a significar la sustitución de una tiranía por otra. Los países del este, que habían visto al Ejército Rojo como su salvador del terror nazi, pasarían a estar durante

décadas bajo la opresión soviética. Stalin no iba a renunciar a sus ganancias, obtenidas a costa del derramamiento de tanta sangre. Eso era evidente. Los Aliados occidentales accedieron a su nueva división de Europa. Salvo volverse contra su anterior aliado y enzarzarse en otra guerra, cosa que no estaban en condiciones de hacer ni militar, ni económica ni psicológicamente, no tenían muchas más opciones. Para los habitantes de la Europa oriental, semejante consideración no supondría ningún consuelo.

Para la Europa occidental la guerra trajo un nuevo comienzo; un nuevo comienzo que a cualquiera le habría resultado difícil distinguir escudriñando entre las ruinas de 1945. Incluso mientras las bombas llevaban a cabo su labor de destrucción, iban haciéndose planes para reconstruir Europa y evitar los errores que habían asolado el continente después de 1918. Mientras la Europa del este quedaba paralizada bajo la dominación soviética y las economías socialistas estatales, la reconstrucción de la Europa occidental reforzaba la empresa capitalista. En el plano de la economía y en el de la política, la guerra había dividido Europa.

El reordenamiento de Europa vio también el debilitamiento fundamental de las tres «grandes potencias» de otros tiempos, Gran Bretaña, Francia y Alemania, que anteriormente habían dominado el continente. Inglaterra había quedado sumida en la bancarrota por la guerra, y su estatus de gran potencia se había visto enormemente erosionado. Su imperio la había apoyado en la guerra, pero los habitantes de las colonias, percatándose de la debilidad imperial, buscaron progresivamente la independencia. Los cimientos ya inestables de la dominación colonial habían quedado más socavados que nunca. Francia había sufrido un golpe enorme a su orgullo nacional con la derrota de 1940, un golpe que no se vio compensado en absoluto por el tan cacareado valor de la resistencia. También las colonias francesas tenían sus ojos puestos en la independencia y no estaban ya dispuestas a contemplar un futuro indefinido de gobierno desde París.

Alemania, derrotada, pero no destruida en 1918 y cargada de ardientes resentimientos que luego allanarían el camino a la toma del poder por Hitler, esta vez había sido totalmente aplastada. Dividida en las cuatro zonas de ocupación acordadas en Yalta —británica, americana, soviética y,

en un añadido de última hora, francesa—, Alemania era un país completamente en ruinas, económica y políticamente destrozado, y su soberanía como nación había sido eliminada. Esto suponía el fin de la «cuestión alemana» que llevaba preocupando a los políticos europeos desde los tiempos de Bismarck. Tras la derrota, el estado de Prusia, la fuerza dominante del Reich, fue disuelto, las fuerzas armadas alemanas fueron desmanteladas (acabándose así con cualquier amenaza de militarismo alemán), y la base industrial que había proporcionado el marco económico para el predominio de Alemania fue puesta bajo el control de los Aliados. Las grandes haciendas agrícolas de las provincias orientales, cuna de buena parte de la aristocracia alemana que había desempeñado un papel trascendental en el ejército y en la administración del estado durante mucho tiempo, se perdieron a perpetuidad cuando las fronteras del país fueron desplazadas hacia el oeste. Otrora admirada internacionalmente por su cultura y su erudición, Alemania había quedado reducida ahora moralmente al rango de paria, aunque todavía habría que saldar cuentas con los líderes alemanes en los juicios por los crímenes de guerra que los Aliados vencedores no tardarían en escenificar.

Pasarían muchos años antes de que la inmensidad del colapso de la civilización fuera plenamente reconocida, de que se le diera el lugar central que le correspondía a la hora de entender el legado de la segunda guerra mundial. La política genocida de Alemania había modificado en buena parte el modelo étnico de asentamiento, especialmente en la Europa del este. El exterminio de los judíos, en particular, había acabado con varios siglos de rica presencia cultural. Los actos de «limpieza étnica» llevados a cabo por los alemanes y sus aliados tuvieron también un impacto duradero; y a veces, como sucedió en Yugoslavia, dejaron también un legado de quejas que décadas de dominación comunista no lograrían borrar. También la presencia étnica alemana en la Europa del este fue eliminada por la brutalidad estalinista y luego por las salvajes acciones de «limpieza» llevadas a cabo por polacos, checos, húngaros y rumanos durante los años de la inmediata posguerra. Pero sobre todo el colapso de la civilización vino marcado por el intento alemán de destruir físicamente a los judíos de Europa basándose únicamente en criterios raciales. El hecho de que esta

guerra descomunal tuviera un proyecto racial —un programa de destrucción genocida— en su propia razón de ser llegaría con el tiempo a ser considerado su rasgo definitorio.

La cuestión moral de cómo llegó a ser posible esta conflagración, de cómo Europa pudo arrojarse a ese pozo sin fondo de inhumanidad, preocuparía a todo el continente durante generaciones. La guerra había revelado con más claridad que nunca hasta entonces los terribles crímenes de los que son capaces los seres humanos cuando se eliminan todas las barreras legales de la conducta o cuando son manipuladas para ponerse al servicio de unos fines inhumanos. El campo de concentración pasó a simbolizar más que cualquier otra cosa la pesadilla de un mundo en el que la existencia humana no contaba para nada, en el que la voluntad arbitraria determinaba la vida o la muerte de las personas. Cada vez fue quedando más claro que al crear ese infierno en la tierra para tantos de sus habitantes, Europa estuvo a punto de destruirse a sí misma. La comprobación de que el continente había seguido una senda suicida significó que era necesario un comienzo enteramente nuevo.

Aunque la guerra europea acabó con la capitulación de Alemania el 8 de mayo de 1945 (el Día VE, esto es de la Victoria en Europa), las tropas europeas siguieron combatiendo en el Extremo Oriente durante otros tres meses hasta que también los japoneses se rindieron incondicionalmente. La derrota total de los nipones puso fin al conflicto mundial. Este final fue precipitado por el acontecimiento que, más que cualquier otro, determinaría el futuro de Europa y el del resto del mundo durante las siguientes décadas: el lanzamiento de la bomba atómica sobre la ciudad japonesa de Hiroshima el 6 de agosto de 1945, seguido tres días después por un ataque igualmente devastador sobre Nagasaki. Los americanos habían estado cuatro años invirtiendo unos recursos enormes y utilizando las investigaciones pioneras de los científicos nucleares en la producción de la bomba atómica. Los alemanes, afortunadamente, habían quedado muy rezagados en el desarrollo de sus propias investigaciones. El lanzamiento de la bomba atómica cambió de golpe, y de forma espectacular, la base del poderío militar y político, y remodeló las formas en las que podía ser concebido.

En el futuro sería imposible hacer una guerra basada en las matanzas masivas de desgaste, como sucediera en el Somme durante la primera guerra mundial o en Stalingrado durante la segunda. Pero una futura guerra en Europa significaría una destrucción de una magnitud no alcanzada ni de lejos durante la segunda guerra mundial. La bomba atómica ponía ahora en manos de sus poseedores un instrumento terrible, un instrumento que, a medida que el armamento nuclear fuera haciéndose cada vez más destructivo, tendría la capacidad de acabar con un país entero con sólo apretar un botón. En último término el legado de la guerra fue dejar a Europa y al resto del mundo bajo la amenaza permanente de unas armas con una capacidad destructiva sin precedentes. En adelante, los europeos tendrían que aprender a vivir bajo la sombra de la bomba y tendrían que hacer frente a la amenaza de la aniquilación nuclear. La nube en forma de seta de la bomba se convertiría en el símbolo de la nueva era. Aquél fue el punto en el que el mundo dio un giro decisivo.

9
Transiciones silenciosas durante las décadas oscuras

Tan cierto es que la historia se resiste al final como que la naturaleza aborrece el vacío; el relato de nuestros tiempos es una frase encabalgada, y cada hemistiquio una cesura en embrión.

Mark Slouka, Essays from the Nick of Time:
Reflections and Refutations *(2010)*

Los treinta años durante los cuales dio la impresión de que Europa estaba empeñada en autodestruirse fueron tan desastrosos y se caracterizaron por unas rupturas tan enormes que parece casi inconcebible cualquier continuidad de los sistemas de valores socioeconómicos a largo plazo y de las tendencias culturales de desarrollo. Pero por debajo de la superficie de la época oscura de Europa las vidas de las personas siguieron siendo modeladas o remodeladas a través de transiciones silenciosas, sin que el trauma acabara con ellas, aunque no quedaran intactas.

Más allá de los determinantes impersonales a largo plazo del cambio social y económico se encuentran los valores y creencias que guiaban las vidas de la gente, y que fundamentalmente siguieron siendo coto privado de las Iglesias cristianas. Sin embargo, buena parte del pensamiento político y social más importante de la época permaneció fuera de la influencia de las Iglesias, o incluso en oposición a ellas. ¿Cómo respondió la elite intelectual de Europa a lo que veía que era una crisis de la civilización? Aparte del trabajo, la reflexión y (a veces) las oraciones de cada uno, si es que las hubo, todavía quedaba un cuarto ámbito: el ocio y el disfrute que pudiera proporcionar la esfera en rapidísimo cambio del entretenimiento popular. Cada uno de estos cuatro campos —el cambio social y económico, el papel

de las Iglesias cristianas, la reacción de los intelectuales y la «industria cultural»— pone de manifiesto continuidades y transiciones que dejarían una impronta significativa en el mundo de posguerra.

Economía y sociedad: Dinámica de cambio

A lo largo de todos los horrores que afligieron a Europa entre 1914 y 1945, las economías y sociedades de los distintos países europeos fueron creciendo en realidad de modo muy parecido unas a otras. Naturalmente siguió habiendo importantes diferencias, especialmente nacionales, étnicas, regionales y religiosas (a menudo entremezcladas entre sí). Esas diferencias eran más que otra cosa las que determinaban la sensación de identidad, más incluso que la clase social. Las oportunidades de efectuar viajes al extranjero, aparte de la clase alta y dejando a un lado la prestación de servicio militar en las fuerzas armadas, eran extremadamente limitadas, lo que intensificaba la sensación de identidad nacional (y de paso los prejuicios que a menudo la acompañaban). La fragmentación que se produjo al término de la primera guerra mundial y que dio lugar a un continente más dominado incluso que antes por estados nación (a menudo movidos por un nacionalismo extremo), y el establecimiento —particularmente en Rusia, Italia y Alemania— de sistemas de gobierno con modelos económicos muy diferentes (e incompatibles), marcaron una tendencia no ya a unir a los países, sino a separarlos. Ni que decir tiene que las dos guerras mundiales produjeron sus propias distorsiones y divergencias.

No obstante, hubo importantes modelos de desarrollo subyacentes que trascendieron la distintividad y la división política (o que en el mejor de los casos fueron interrumpidos por éstas sólo temporalmente). El impacto a largo plazo de la industrialización, que afectó a las distintas partes de Europa en grados muy distintos y a ritmos muy desiguales, constituyó la fuerza dinámica determinante. Los consiguientes cambios afectaron prácticamente a todo el continente, y no se vieron limitados por las fronteras nacionales. Hasta los países menos desarrollados se vieron afectados en alguna medida, importando, copiando o asimilando cambios

que estaban produciéndose ya en otros lugares. El abismo que separaba a las partes más ricas y económicamente más avanzadas de la Europa del norte y del oeste, de las zonas más pobres del sur y del este apenas disminuyó durante la primera mitad del siglo XX. Aun así, las tendencias del desarrollo —en el ámbito de la demografía, la urbanización, la industrialización, los modelos de empleo, la seguridad social, la alfabetización y la movilidad social— fueron a grandes rasgos similares.

Población

A pesar de las dos guerras mundiales, los numerosos conflictos civiles, las grandes hambrunas provocadas por motivaciones políticas, la depresión económica y la «limpieza étnica» a gran escala, la población de Europa siguió creciendo durante la primera mitad del siglo XX (aunque con menos rapidez que durante el medio siglo anterior). En 1913 vivían en Europa casi 500 millones de personas. En 1950 esta cifra había llegado casi a los 600 millones. Naturalmente el crecimiento no fue uniforme. Es evidente que los factores políticos y militares ejercieron una influencia considerable en algunas zonas del continente. En 1946 la población soviética había disminuido en 26 millones respecto de la que había en 1941. Las estadísticas de población de Alemania demuestran también con toda claridad el impacto dañino de las dos guerras mundiales, y también el de la Gran Depresión de los años treinta. En ambos países, sin embargo, el descenso de la población fue temporal, aunque durante años el número de mujeres fue muy superior al de hombres. El atraso económico también tuvo mucho que ver con los modelos demográficos. La población irlandesa, por ejemplo, disminuyó cuando grandes cantidades de jóvenes abandonaron su país natal para salir en busca de trabajo, principalmente rumbo a Gran Bretaña.

La tendencia demográfica general fue, no obstante, hacia arriba. El principal motivo de que así fuera fue el pronunciado descenso de las tasas de mortalidad, continuando una tendencia iniciada ya en la segunda mitad del siglo XIX, pero que se aceleró notoriamente durante la primera mitad del XX. Los índices de natalidad también disminuyeron, pero a un ritmo mucho

más lento que los de mortalidad. En 1910 la esperanza de vida a la hora de nacer era en la Europa noroccidental de unos cincuenta y cinco años, en Rusia de unos treinta y siete, y en Turquía se situaba por debajo de los treinta y cinco. Cuarenta años después, la mayoría de los habitantes de todo el continente tenía una esperanza de vida de sesenta y cinco años o más. A principios de siglo, los índices más altos de natalidad y de mortalidad se encontraban en la Europa del este y del sur. En 1950 el abismo que separaba a estas regiones de la Europa del norte y del oeste se había estrechado considerablemente. Incluso en Rusia, pese a los horrores que el país se había visto obligado a soportar, la tasa de mortalidad había disminuido de manera notable, pasando de las 28 muertes por cada 1.000 habitantes en la época del zar a las 11 por cada 1.000 en 1948.

La caída de la tasa de mortalidad fue en gran medida resultado de la mayor importancia concedida a la higiene pública, a la mejora de la vivienda, la educación sanitaria y la consiguiente mejora de la salud de las madres (que contribuyó también a la disminución de la mortalidad infantil). En general, aunque a niveles distintos, en buena parte relacionados con los niveles de progreso económico, los países europeos experimentaron una notable mejora de la salud a lo largo de la primera mitad del siglo xx. El gran *boom* de la vivienda de los años veinte (al que hicimos alusión en el capítulo 4), a menudo promocionado por el gobierno, redujo en parte los casos de hacinamiento más miserables y acarreó notables mejoras en el alcantarillado, el suministro de agua y la higiene personal. El incremento modesto de la renta real y la mejora de la dieta (cuando aumentó la proporción de carne consumida respecto a la de cereales) contribuyeron también a que descendiera la tasa de mortalidad. La conciencia de la importancia de la salud pública se propagó desde los países relativamente avanzados de la Europa del noroeste a las regiones del este y del sur del continente. Pero allí donde se hizo poco por superar el atraso de las malas condiciones sanitarias, la higiene personal deficiente y la falta de instalaciones médicas, como en Albania, Macedonia, el sur de Italia y Turquía, las tasas de mortalidad siguieron siendo desproporcionadamente altas.

Los avances en los conocimientos y los cuidados médicos contribuyeron a disminuir los índices de mortalidad reduciendo en buena parte las ocasiones de muerte prematura a causa de enfermedades infecciosas. Los avances médicos se produjeron menos en el campo de las técnicas quirúrgicas (aunque la cirugía reconstructiva había hecho algunos progresos durante la primera guerra mundial) que en el del tratamiento de las heridas y el desarrollo de los medicamentos destinados a combatir las enfermedades mortales como la tuberculosis o la gripe. La epidemia de gripe de finales de la primera guerra mundial había provocado más muertes que la propia carnicería militar. Los niños habían sido particularmente propensos a sufrir enfermedades intestinales y la mortalidad infantil relacionada con el parto había seguido siendo alta. Pero empezaron a utilizarse cada vez más las sulfamidas para controlar las enfermedades infecciosas, lo mismo que las vacunas contra el tétano y la difteria, o los medicamentos contra la malaria. La penicilina, desarrollada en un principio para impedir la infección de las heridas, empezó a ser asequible, aunque sólo para los Aliados occidentales, a finales de la segunda guerra mundial. La vacunación pasó a continuación a ser mucho más utilizada en el mundo de posguerra. En las zonas rurales del sur de Europa, donde los estados habían hecho poco para mejorar las condiciones de vida de la gente y la salud pública, la malaria siguió constituyendo un problema considerable, a veces hasta mucho después que acabara la segunda guerra mundial. Pero incluso allí las enfermedades infecciosas empezaron a quedar bajo control. Por ejemplo, los casos de malaria habían pasado en Italia de 234.000 en 1922 a menos de 50.000 en 1945, y en 1950 la enfermedad había sido eliminada casi por completo.

Las zonas más pobres y menos desarrolladas del continente siguieron también saltándose la tendencia generalizada hacia la disminución de la fecundidad. En Rusia, España y Portugal esa disminución no comenzó hasta los años veinte, y en el sur de Italia y en Turquía no lo hizo hasta después incluso de la segunda guerra mundial. En Turquía durante el período de entreguerras el índice de fecundidad era de más de cinco partos por mujer. Por aquel entonces en la mayor parte de Europa había descendido hasta los dos partos y medio por mujer, y en algunos países se situaba por debajo de

los dos (esto es, menos de la tasa necesaria para reproducir los niveles de población, sin contar con la inmigración). Esta circunstancia provocó una gran angustia por la caída de los índices de natalidad y por la decadencia nacional, especialmente en Francia (donde primero se había producido ese descenso), los Países Escandinavos, y desde luego vino a hacer el juego a la ideología fascista tanto en Italia como en Alemania. La difusión del control de la natalidad y la mayor educación en el ámbito de la planificación familiar (a la que ayudó también el incremento de la alfabetización) desempeñaron un gran papel en la disminución de la fecundidad. En la Europa occidental cerca del 90 % de los nacimientos se producían dentro del matrimonio (la condición de hijo ilegítimo seguía acarreando un estigma social) y las tasas de nupcialidad siguieron siendo bastante estables (aparte del efímero *boom* experimentado a finales de los años treinta), de modo que el factor determinante fue que las parejas decidieron sencillamente tener menos hijos, tendencia fomentada por el ingreso de un número cada vez mayor de mujeres jóvenes en el trabajo remunerado. Los países católicos de Europa y las zonas rurales más pobres de la Europa del este y del sur fueron poco a poco adaptándose al modelo general de descenso de la fecundidad —en la Europa occidental la magnitud relativa de la población rural de Irlanda fue la excepción a la tendencia general—, aunque la dirección fuera la misma y la rapidez de la convergencia soliera aumentar junto con los mayores niveles de modernización de la economía.

Los cambios sociales y económicos significativos que se produjeron en Europa se vieron intensificados por la guerra, cuando no causados directamente por ella. El desplazamiento desde las zonas rurales a las industrializadas, desde las regiones del este y del sur del continente hacia la Europa occidental, fue una característica importante, una tendencia a largo plazo que las presiones provocadas por la guerra se encargaron de intensificar muchísimo. El movimiento masivo de la población causado por la guerra y la «limpieza étnica» fue un resultado más a corto plazo de las convulsiones políticas, aunque a la larga tuviera importantes consecuencias.

Antes de la primera guerra mundial la emigración a Estados Unidos había ofrecido una escapatoria de la miseria absoluta de las regiones más pobres de Europa. Pero cuando Estados Unidos introdujo cuotas estrictas de

inmigración a comienzos de los años veinte, el éxodo quedó limitado a un exiguo goteo. La mayor parte de la gente que buscaba una vida mejor o que se veía obligada a huir de la persecución tuvo que encontrar un nuevo hogar en la propia Europa. Para los emigrantes por motivos económicos eso supuso en general buscar empleo en las zonas industriales más prósperas. El flujo de inmigrantes procedentes de las zonas rurales hacia las ciudades, rasgo importante de la recuperación económica durante los años veinte, disminuyó, pero no cesó durante la Depresión de los años treinta.

En todas partes la población que se dedicaba a trabajar la tierra disminuyó. En 1910 la agricultura había representado en el conjunto de Europa casi el 55 % de la producción. En 1950 esa cifra había caído al 40 %. El cambio más notable que supuso el abandono de la tierra por la industria se produjo en Rusia, donde significó la mitad del descenso general de la cuota correspondiente a la agricultura. Pero en todos los países el volumen de la población rural disminuyó. Las zonas industrializadas de Bohemia atrajeron a los trabajadores de la Eslovaquia rural. Milán y Turín absorbieron a muchos emigrantes procedentes de la Italia meridional. Los polacos se trasladaron desde el sur y el este de su país a las regiones del oeste que estaban experimentando una rápida industrialización. Y grandes cantidades de trabajadores de la Europa del este y del sur encontraron empleo fijo en las florecientes industrias de Alemania, Francia y los Países Bajos. Francia, por ejemplo, debido al estancamiento de sus niveles demográficos (que de hecho acabarían durante la segunda guerra mundial, cuando se produjo un notable ascenso de los mismos), conoció la mayor necesidad de mano de obra extranjera durante el período de entreguerras. En 1931 cerca del 8 % de la población francesa, esto es 3,3 millones de personas, estaba integrado por inmigrantes recién llegados.

Los cambios a largo plazo —de las zonas rurales a las urbanas, de la agricultura a la industria, del sur y el este al norte y al oeste— se incrementaron marcadamente a raíz de la segunda guerra mundial. Alemania, que había alcanzado el pleno empleo, tenía en 1939 cerca de medio millón de trabajadores extranjeros, pese a su ideología estatal xenófoba. Casi el 50 % de ellos —incluidos polacos, italianos, yugoslavos, húngaros, búlgaros y holandeses— trabajaban, a menudo como temporeros,

en el campo (que padecía una agudísima falta de mano de obra), pero también la industria absorbía grandes cantidades de trabajadores extranjeros, especialmente originarios de Checoslovaquia. La demanda cada vez más desesperada de mano de obra que sufrió Alemania durante la guerra provocó un gigantesco aumento del número de extranjeros (casi una tercera parte de ellos mujeres) —en su mayoría reclutados obligatoriamente para llevar a cabo trabajos forzosos de un carácter cada vez más cruel—, especialmente a partir de 1942. A mediados de 1944 los 7.651.970 extranjeros (de los cuales 1.930.087 eran prisioneros de guerra) constituían más de una cuarta parte de la fuerza de trabajo de Alemania.

El Reich llegó a explotar un imperio de dimensiones continentales para satisfacer sus necesidades de mano de obra (y lo hizo de una forma a todas luces despiadada). Pero en todos los países beligerantes la guerra acarreó un incremento masivo de la demanda de trabajadores. La escasez, a medida que los hombres eran llamados a combatir en el frente, fue suplida en gran medida por las mujeres. Ya había sucedido algo parecido durante la primera guerra mundial, pero entonces el cambio de unos por otras había sido efímero. Las mujeres no tardaron en ser expulsadas del mercado de trabajo cuando los hombres regresaron de las actividades militares que los habían mantenido lejos. Durante la segunda guerra mundial, el cambio fue más duradero. El desempleo en Gran Bretaña, que había dado la sensación de ser un mal endémico durante el período de entreguerras, fue eliminado. Las mujeres —amas de casas y otras que hasta entonces habían estado desempleadas (o que habían dejado el servicio doméstico)— constituirían más de tres cuartas partes de la mano de obra añadida. En la Unión Soviética, donde las mujeres ocupaban ya numerosos puestos de trabajo antes de la guerra, más de la mitad de la mano de obra estaba compuesta por mujeres en 1942.

Los cambios internos más repentinos y violentos que sufrió la población de Europa durante la primera mitad del siglo XX fueron naturalmente no sólo consecuencia de las tendencias a largo plazo que se impusieron en el mercado de trabajo, aun cuando vinieran impulsados por las demandas de las economías de guerra. Mucho más drásticas fueron las alteraciones demográficas causadas por las acciones políticas y militares.

Éstas fueron especialmente graves en la Europa del este, aunque la guerra civil española produjo unos 2 millones de refugiados entre 1936 y 1938. Casi 8 millones de personas quedaron desplazadas en la mitad oriental del continente, en su mayoría debido a las pérdidas territoriales, los cambios de fronteras y los «ajustes» étnicos de los nuevos estados emergentes, durante la primera guerra mundial o inmediatamente después de ella. Hasta un millón de armenios fueron arrancados de raíz de su tierra, y la mayoría de ellos moriría posteriormente, en el curso de las terroríficas deportaciones llevadas a cabo por los turcos en 1915. Casi un millón de griegos y turcos fueron desplazados a la fuerza en virtud de los cambios de población de posguerra de 1923. En Rusia, devastada ya por la guerra civil que se desencadenó inmediatamente después de la guerra mundial y de la revolución, se ha calculado que el número de muertos y de personas obligadas a emprender la huida fue superior a los diez millones. Varios millones más murieron o fueron desplazadas durante la etapa de la colectivización y de las purgas estalinistas en los años treinta, y luego otros cuantos millones tuvieron que huir para quitarse de en medio ante el avance del ejército alemán en 1941. Las deportaciones en masa llevadas a cabo por Stalin de todos aquellos que se consideraba que planteaban una amenaza para la seguridad provocaron nuevas migraciones masivas, por ejemplo a través del desplazamiento forzoso de 400.000 alemanes del Volga a los terrenos yermos soviéticos de Asia central y de Siberia en 1941 (y luego a través de las deportaciones masivas de tártaros de Crimea, y de calmucos, ingusetios, karachai, bálcaros y chechenos —cerca de un millón de personas en total— del Cáucaso).

A finales de 1941 el exterminio de los judíos de Europa se había intensificado. Cientos de miles de refugiados procedentes de la Alemania nazi, en su mayoría judíos, habían buscado refugio en otros países antes de la guerra (aunque esos mismos países se habían mostrado reacios a acogerlos). Cerca de la mitad de ellos habían logrado abrirse camino fuera del continente, principalmente rumbo a Estados Unidos y Palestina. Pero la guerra cerró estas vías de escape. Cerca de cinco millones y medio de judíos perecieron como consecuencia de las ulteriores políticas de exterminio alemanas. Los cambios de frontera y las expulsiones que se

produjeron al término de la segunda guerra mundial dieron lugar a más grandes desplazamientos de población. Un tercio de los habitantes de la nueva República Federal de Alemania en 1950, por ejemplo, no había nacido dentro de su territorio. La afluencia de población hacia ella continuaría y llegaría a hacer una contribución decisiva a la recuperación de la Alemania occidental durante la posguerra.

Las meras estadísticas de los desplazamientos demográficos, lo mismo que cualquier otro dato macroeconómico, son totalmente impersonales. No dicen nada de la cantidad de muertes, de la destrucción y de la miseria que comportaron. Aun así, son importantes para indicar el cambio que en múltiples sentidos modificó el carácter de la Europa del siglo XX. Igualmente impersonales son los datos que demuestran que, atendiendo a diversos criterios, los niveles de vida subieron de hecho en toda Europa durante la catastrófica primera mitad del siglo: al menos para la mayoría de aquellos cuyas vidas no se perdieron o no fueron arruinadas en el curso de los combates, los bombardeos, la desolación o las políticas de exterminio deliberado. Además del aumento de la esperanza de vida, la renta per cápita se incrementó en más del 25 %, la mayoría de la gente vio aumentado su poder adquisitivo, la estatura creció por término medio unos 4 centímetros (lo que indica que la gente tenía una dieta mejor y gozaba de una renta superior), y la alfabetización se extendió notablemente. Aunque por supuesto esas tendencias ocultan importantísimas variaciones causadas por la guerra y otras miserias, fueron a grandes rasgos fenómenos generalizados en todo el continente. Las regiones del este y del sur de Europa que menos desarrolladas habían estado antes de la primera guerra mundial mostraban ya claros signos de convergencia con las zonas más avanzadas del oeste del continente antes de que diera comienzo la segunda.

La guerra y la economía: Lecciones aprendidas

Las dos guerras mundiales constituyeron sendas interrupciones, a cuál más catastrófica, aunque relativamente efímeras, del desarrollo económico a largo plazo. Las tasas de crecimiento medio en la mayoría de los estados europeos fueron inferiores durante la desastrosa etapa 1914-1945 que antes

de la primera guerra mundial y que después de la segunda. Y los países vencidos en la primera guerra mundial tardaron alrededor de una década en recuperase. Pero se recuperaron; y el crecimiento, aunque más lento de lo que había sido antes de la contienda, continuó. Se ha calculado que, de haberse mantenido sin menoscabo el crecimiento de la época de pre-guerra anterior a 1914, el nivel alcanzado por la producción mundial en 1929 se habría conseguido en productos alimenticios en 1923, en productos industriales en 1924 y en materias primas en 1927. Por muchos reparos que puedan ponerse a este tipo de extrapolaciones —referidas a la producción mundial, no sólo europea—, indican un freno temporal del crecimiento debido al rompimiento de las hostilidades, no un cambio de rumbo a largo plazo.

Los niveles de globalización alcanzados antes de 1914 se vieron obstaculizados e interrumpidos por la guerra, y luego por el proteccionismo y el nacionalismo económico durante la Gran Depresión de los años treinta. La productividad económica europea volvería a caer de nuevo durante la segunda guerra mundial y buena parte de lo producido se dirigiría al armamento militar. Esta vez, sin embargo, el rebote fue rápido. Al término de la segunda guerra mundial, el crecimiento fue más acelerado, mucho más fuerte que el que se produjo al término de la primera, y sus efectos fueron más duraderos. Se habían aprendido bien las lecciones. Se dio una mayor disposición a acoger con los brazos abiertos la cooperación internacional, cuya falta tanto se notó durante el período de entreguerras, y que ahora se aceptó como un factor vital para la recuperación. Se admitieron nuevos niveles de intervención estatal para restaurar la estabilidad y regular la economía. El factor decisivo fue el absoluto dominio económico de Estados Unidos y su importantísima exportación de ideas, tecnología y capital. La base de ese crecimiento económico sin precedentes durante las tres décadas subsiguientes estuvo, sin embargo, en la propia Europa y en los años más oscuros que vivió el continente. Pues en términos estrictamente económicos la guerra, incluso al nivel de los conflictos de 1914-1918 y de 1939-1945, no se caracterizó sólo por un balance negativo de pérdidas. Tuvo también consecuencias positivas de importancia duradera.

Las condiciones de la guerra proporcionaron un estímulo muy intenso al crecimiento económico y al progreso tecnológico. Incluso los estados democráticos —por no hablar de las dictaduras— se vieron obligados a intervenir en la economía de forma importante con el fin de dirigir la producción, que había experimentado una expansión masiva, hacia el esfuerzo bélico. Éste necesitaría la inversión del estado en construcción, en bienes de equipo y en formación laboral a medida que el conflicto fuera creando nuevas demandas (que a menudo se revelarían permanentes), por ejemplo, para la obtención del aluminio necesario para la producción de aviones durante la segunda guerra mundial. La producción masiva de armamento había requerido, ya durante la primera guerra mundial, unos métodos más eficaces de organización y administración de las fábricas y una mecanización más intensiva.

La agricultura se benefició del incremento de la mecanización para maximizar la producción de la tierra en un momento en el que los campos se veían privados de mano de obra. Alrededor de 3.000 nuevos tractores se pusieron al alcance de los labradores de Gran Bretaña durante los primeros años de la segunda guerra mundial, por ejemplo, y de paso se incrementó la producción de todo tipo de maquinaria agrícola. En Alemania, por su parte, donde la demanda cada vez más apremiante de tanques, cañones y aviones dejaba poca capacidad productiva para la fabricación de tractores, los agricultores tuvieron que conformarse por lo general con los esfuerzos de los distintos miembros de la familia, y con el trabajo forzoso de los extranjeros y de los prisioneros de guerra. Allí, como en otras regiones del continente en las que la modernización de los métodos de explotación agrícola habían hecho pocos progresos durante la propia guerra, la mecanización de la agricultura y la intensificación de la producción tendrían que esperar en gran medida a la época de reconstrucción de posguerra, pues no hubo manera de impedir la implacable disminución a largo plazo de la disponibilidad de mano de obra rural mientras duró el conflicto.

Las innovaciones tecnológicas y científicas fueron asombrosas durante las dos guerras, y muy especialmente en la segunda, y además con unos efectos duraderos. No fue necesariamente que la guerra produjera

descubrimientos completamente nuevos. Aun así, incluso allí donde se habían hecho progresos en tiempos de paz, la urgencia de la producción en tiempos de guerra a menudo trajo consigo avances muy rápidos. La tecnología aeronáutica había mejorado extraordinariamente durante la primera guerra mundial, pues se consideró que la guerra aérea iba a ser decisiva en cualquier conflicto futuro, y las innovaciones favorecieron la expansión de la aviación comercial de mercancías y de pasajeros durante los años veinte y treinta. El motor de reacción, inventado y desarrollado simultáneamente en los años treinta por el ingeniero inglés Frank Whittle, de la Real Fuerza Aérea británica, y por el ingeniero alemán Hans von Ohain, aunque producido por primera vez en masa en Alemania en 1944 para el avión de combate Me262, revolucionaría el transporte aéreo al término de la segunda guerra mundial. Posteriormente, la exploración espacial aprovecharía la tecnología de cohetes que Wernher von Braun y otros científicos alemanes habían desarrollado para lanzar el misil V2.

Los americanos reorganizarían rápidamente las capacidades de Von Braun, miembro del partido nazi y oficial honorario de la SS, que, una vez que se trasladara a un nuevo entorno en Estados Unidos, desempeñaría un papel trascendental en el desarrollo del programa espacial norteamericano. El descubrimiento de la fisión nuclear poco antes del estallido del conflicto, que dio paso ya en tiempos de guerra al programa estadounidense de producción de la bomba atómica, abrió paso al uso pacífico de la energía nuclear durante la posguerra. Muchas otras innovaciones y avances rápidos en tecnologías ya existentes alcanzados durante la guerra —por ejemplo, en el campo de la radiotransmisión, los radares, la producción de materiales sintéticos, o las computadoras electrónicas— tendrían un impacto masivo durante el período de posguerra. Sin la guerra, es indudable que esos avances, muchos de ellos inspirados en trabajos pioneros anteriores al estallido del conflicto, se habrían producido igualmente. Pero lo más probable es que su desarrollo hubiera sido más lento.

La segunda guerra mundial fue en una medida mucho mayor que la primera, una «guerra total» y no sólo para las sociedades sometidas a un régimen dictatorial. Los líderes de los distintos estados aprendieron del conflicto anterior lecciones muy importantes para administrar sus

economías de guerra. Fueron mucho más eficaces que sus predecesores, por ejemplo, a la hora de controlar la inflación, a la que nunca se dejó que adquiriera una intensidad verdaderamente destructiva como sucedió en algunos países beligerantes durante la primera guerra mundial. En Gran Bretaña la presión fiscal subió hasta unos niveles mucho más altos que los alcanzados durante el conflicto anterior, reduciéndose así la necesidad de créditos a corto plazo, y eso permitió al gobierno seguir tomando dinero prestado a largo plazo a unos tipos de interés relativamente bajos. En Alemania, donde la paranoia por cualquier recaída en la hiperinflación no estuvo nunca lejos de aflorar a la superficie, la presión fiscal pudo mantenerse muy por debajo de la de Gran Bretaña porque los enormes costes de la guerra pudieron ser sufragados en gran medida a costa de los territorios ocupados.

Alemania e Inglaterra se situaron en los extremos opuestos del espectro también en el control estatal del suministro de alimentos a sus respectivas poblaciones. La fuerza imparable de la creciente desafección que se apoderó de Alemania durante la primera guerra mundial, cuando el nivel de vida cayó drásticamente y la escasez de comida se agudizó, se hallaba profundamente arraigada en la conciencia política de los líderes nazis. Su despiadada explotación de los recursos alimenticios y de otro tipo de todo el continente impidió que en la segunda guerra mundial se volviera a tropezar con la misma piedra. Los primeros recortes significativos de los productos alimenticios, introducidos tras la crisis del invierno de 1941-1942, fueron muy impopulares, pero no se efectuaron reducciones verdaderamente drásticas hasta la fase final de la contienda. Los países ocupados de buena parte de Europa fueron los que pagaron el pato, sufriendo severas escaseces de comida, cada vez más graves, que llegaron a adquirir proporciones de verdadera hambruna en Ucrania y en Grecia, y de cuasi hambruna en Holanda durante el «invierno del hambre» de 1944-1945. Aunque los precios de los alimentos estaban controlados oficialmente en todas partes y las cuotas se hallaban estrictamente racionadas, el mercado negro experimentó un auge extraordinario en todos los países. En Gran Bretaña se utilizaron las subvenciones estatales y el racionamiento riguroso para garantizar que los precios de los alimentos subieran más

despacio que las rentas de los agricultores. El racionamiento de todos los alimentos de primera necesidad excepto las patatas y el pan dio lugar irremediablemente a refunfuños y disgustos, pero, a pesar de todo, fue aceptado ampliamente por la población y contribuyó a mantener la armonía social. En realidad mejoró de paso la salud de mucha gente, aunque a costa de la monotonía de la dieta.

Durante la segunda guerra mundial se recurrió a destacadas figuras de los negocios y de la industria para que ayudaran a configurar la política gubernamental con mucha más frecuencia que durante la primera. A los magnates de la industria les preocupaba no sólo la producción de guerra, sino también la planificación del mundo de posguerra. Incluso en Alemania, donde el régimen nazi mantenía un estrecho control de la economía (y de todas las demás facetas de la vida) y donde las bombas de los Aliados causaron una destrucción cada vez mayor del país, los grandes industriales combinaron una actitud de intensa colaboración con las autoridades, propia de los tiempos de guerra, con la elaboración de planes secretos de reconstrucción. Ansiosos por no dejarse arrastrar a la inútil autoinmolación del régimen nazi cuando éste estaba ya dando las últimas boqueadas durante los meses finales del conflicto, trabajaron en cooperación con el ministro de Armamento y Producción del Reich, Albert Speer, para impedir la absurda destrucción de las instalaciones industriales como consecuencia de la política de «tierra quemada» planteada en las órdenes de Hitler de 25 de marzo de 1945. De hecho, en Alemania la destrucción de la industria no llegó en ningún sitio a ser tan grande como el nivel general de devastación causado por la guerra, y los magnates de la industria pudieron continuar —en su propio interés— con su concienzuda participación en las medidas tomadas para estimular la recuperación. Y lo mismo cabe decir de otras grandes economías. La movilización en pro de la guerra desencadenó una capacidad económica enorme, que a menudo quedó gravemente dañada, pero no destruida del todo, mientras que había ingentes recursos de mano de obra susceptibles de ser utilizados en la reconstrucción de los días de paz y no en armamento. El potencial de reconstrucción permanecía durmiendo entre las ruinas.

La recuperación, lo mismo que la movilización económica propia de los tiempos de guerra, necesitaba al estado. El mero nivel de destrucción material al que había quedado reducida Europa hacía imposible cualquier retraimiento ante la gestión económica por parte del estado. Cualquier creencia en la capacidad de la economía de repararse sola a través de los mercados había sido socavada por el nacionalismo económico del período de entreguerras. Sólo el estado —y en eso estaban de acuerdo los planificadores británicos y franceses— podía suministrar los niveles de inversión necesarios para los proyectos de infraestructuras masivas destinados a la reconstrucción de la economía. Las autoridades norteamericanas, aunque favorecían el libre mercado, difícilmente podían poner reparos ante semejante coyuntura, mientras que el rígido control estatal llevaba naturalmente mucho tiempo instalado en la Unión Soviética. Había que organizar gigantescos programas de construcción de viviendas. La escasez de alimentos exigía también la continuación de los controles y asignaciones estatales; en Gran Bretaña el racionamiento continuó hasta bien entrados los años cincuenta.

Durante los años inmediatamente posteriores a la segunda guerra mundial la economía de Europa vino determinada, por tanto, por los niveles de gasto público y de control del estado en formas que no habían sido ni siquiera contempladas durante los años veinte y treinta. Por influencia de los americanos, sin embargo, la Alemania occidental no seguiría el modelo de *dirigismo* mucho mayor adoptado en Gran Bretaña y Francia (aunque en la Alemania del este, bajo control soviético, la evolución fue, como es natural, totalmente distinta). La experiencia de férreos controles estatales durante los doce años del nazismo fomentaría la eliminación de limitaciones al mercado libre, la drástica reducción de la burocratización y la abolición de los carteles industriales. De hecho, el nivel inicialmente elevado de intervención y dirección por parte del estado no tardaría en empezar a ser reducido de nuevo en la mayoría de países, aunque para entonces la recuperación estuviera ya en marcha.

El impacto social de la guerra total

Cuando la segunda guerra mundial llegó a su fin, las expectativas de que los gobiernos hicieran más para mejorar las condiciones de vida de sus sociedades forzaron la intervención del estado. Naturalmente esas esperanzas habían sido suscitadas también durante la primera guerra mundial, aunque en su mayoría se vieran luego dolorosamente defraudadas. Había un área de importancia crucial, sin embargo, en la que se habían hecho progresos notables. En el período comprendido entre una y otra contienda, la mayoría de los países más avanzados de Europa, ante las presiones de los partidos obreros, habían ampliado las prestaciones limitadas en materia de seguridad social que algunos de ellos, y en particular Alemania e Inglaterra, habían introducido ya antes de 1914. Seguía habiendo muchas diferencias entre prestaciones y cobertura, mientras que los sistemas propiamente dichos distaban mucho de ser iguales. Pero había una tendencia común entre todos ellos. Ahora, después de una segunda gran guerra, no cabía dar marcha atrás y era impensable no construir un verdadero estado del bienestar. Las expectativas eran ahora incluso mayores y los estados no tuvieron más remedio que atenderlas. Los políticos de todos los colores, tanto liberales y conservadores como los líderes de los movimientos obreros, presionaron, aunque con proyectos distintos, para crear una red de asistencia social más amplia. Incluso bajo la disciplina de los regímenes fascistas, la movilización de las masas había incrementado las expectativas de un futuro mejor, incluida una seguridad social pública. Las promesas de mejora de los niveles de vida, de viviendas nuevas, de una seguridad social plena, de ampliación de las instalaciones de ocio y de un coche para cada familia —el «coche del pueblo» o *Volkswagen* — fueron algunos de los atractivos del nazismo, y lo mismo cabría decir del fascismo de Mussolini en Italia.

Las promesas habían sido incumplidas antes de que el mundo se precipitara a aquella guerra catastrófica. Pero las esperanzas de que el estado proporcionara el marco de esa prosperidad material y de esas mejoras de la asistencia social sobrevivieron a la defunción del fascismo y fueron asumidas por los gobiernos de posguerra. En Gran Bretaña había la sensación generalizada de que los sacrificios que había hecho la gente durante la «guerra total» tenían que ser premiados esta vez por el estado con

la seguridad de que el pleno empleo que había traído consigo el conflicto sería mantenido, de que el bienestar social y la atención sanitaria estarían al alcance de todos, y de que la pobreza y la miseria de los años treinta no volverían nunca. En 1944 el gobierno británico se comprometió a crear un programa de pleno empleo, necesario para el éxito de las medidas de seguridad social propuestas por William Beveridge en el Informe presentado dos años antes. Evidentemente la política social ocuparía un lugar destacado en la agenda del gobierno de posguerra.

Sin embargo, tampoco habría que exagerar el alcance de la seguridad social en Europa durante la primera mitad del siglo XX. La posición de la mujer en la sociedad viene a subrayar este punto. Antes de la primera guerra mundial los movimientos feministas habían sido relativamente fuertes, especialmente en sus presiones a favor de la concesión del voto a la mujer, tanto en Escandinavia como en Gran Bretaña (donde las campañas de las sufragistas habían contribuido mucho a atraer la atención del gran público). Pero los movimientos en pro de los derechos de la mujer habían sido mucho más débiles en las zonas católicas de Europa, en particular en el este y en el sur del continente, donde estaban poco desarrolladas las formas liberales de gobierno constitucional. En la Europa central de lengua alemana los movimientos feministas habían obtenido el apoyo principalmente de las mujeres de clase media. Sin embargo, sus progresos habían sido limitados, pues en gran medida habían quedado atenazados entre los dos grandes reinos masculinos del conservadurismo reaccionario y del socialismo (que consideraba la búsqueda de la emancipación de la mujer un aspecto secundario de la gran lucha por la transformación social y económica).

La primera guerra mundial había traído consigo el gran avance alcanzado en muchos países, al menos en la cuestión del voto femenino. El reconocimiento de la contribución trascendental de las mujeres al esfuerzo bélico había dado lugar a un cambio de actitud ante el sufragio femenino, y al término de la guerra se concedió el voto a las mujeres en casi toda Europa. Pero Francia no generalizó el derecho de sufragio de la mujer hasta 1944, Italia lo hizo sólo en 1946, Rumanía y Yugoslavia ese mismo año, y Bélgica en 1948. Grecia no lo hizo hasta más tarde, ya en 1952, tras la

guerra civil que asoló el país. En la Suiza neutral las mujeres obtuvieron el voto a nivel federal sólo en 1971 (en determinados cantones en fechas diferentes a partir de 1958) y en el diminuto Liechtenstein no lo consiguieron hasta 1984.

Aparte del derecho al voto, el estatus de la mujer en el hogar y en los centros de trabajo había cambiado poco. La sociedad seguía estando dominada por completo por los varones. En Gran Bretaña el Informe Beveridge dejaba a la esposa dependiendo de las contribuciones y beneficios de la seguridad social del marido, mientras que la constitución francesa de 1946 seguiría haciendo hincapié en la plena realización del papel de la mujer como madre. La mujer continuó estando discriminada en gran medida en el mercado de trabajo. Eso sucedía especialmente con las casadas, que siguieron siendo consideradas principalmente como amas de casa y madres de familia. Los altos puestos de las grandes profesiones siguieron cerrados mayoritariamente para ellas. Los empleos remunerados a los que tenían acceso seguían siendo en su mayoría los trabajos considerados propios de la mujer: enfermera, asistente social, maestra elemental, secretaria y dependienta.

También en la educación la mujer continuó en franca desventaja. Desde luego entre 1900 y 1940 se dio en toda Europa una clara tendencia ascendente en el número de mujeres que estudiaban en la universidad. Esa tendencia tuvo que ver en este período con el hecho de que se doblara con creces el número total (todavía pequeño) de estudiantes universitarios. Pero las mujeres tuvieron sólo un papel secundario en ese crecimiento. Antes de la segunda guerra mundial la proporción de mujeres entre la población estudiantil era inferior a una quinta parte en toda la Europa occidental: la cota más alta se alcanzó en Finlandia, donde casi un tercio de los estudiantes eran mujeres; eran más de una cuarta parte en Francia, Gran Bretaña e Irlanda, pero en España y Grecia esa cota bajaba hasta sólo el 7 u 8 %. Al ser tantos los jóvenes llamados a filas, la presencia de las mujeres en las universidades aumentó durante la segunda guerra mundial. Pero el gran cambio en este terreno, lo mismo que en la posición de la mujer en general, no se produciría hasta varias décadas más tarde.

El alcance de la movilidad social fue también mucho menor de lo que cabría imaginar. Es indudable que la enorme destrucción, la colosal alteración de la economía mundial y las convulsiones políticas que tanto abundaron durante todo el período marcado por las dos guerras mundiales, entre las cuales se coló la Gran Depresión, tuvieron inevitablemente graves repercusiones, sobre todo por lo que respecta a la riqueza de la elite terrateniente. La expropiación de los bienes de las personas fue, por supuesto, el rasgo característico de la revolución bolchevique. Pese a la resistencia de los grandes hacendados, también se produjeron importantes redistribuciones de tierra, por ejemplo en Polonia, Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria. Todo el período que va del comienzo de una guerra mundial al final de la otra supuso una interrupción masiva de las tendencias a largo plazo de acumulación de capital y de aumento de la riqueza. No obstante, los que gozaban de riquezas y de buena posición social antes de la guerra mantuvieron ambas cosas una vez acabado el conflicto, excepto en aquellas zonas del este de Europa que cayeron bajo la dominación soviética.

En Gran Bretaña, que no había conocido la ocupación del enemigo, las continuidades institucionales y sociales fueron más evidentes que en la mayor parte de Europa. Las elites sociales sufrieron un menoscabo significativo de su riqueza debido a la subida de los impuestos, la incautación de sus bienes para las fuerzas armadas, o la pérdida de buena parte de sus bienes raíces para pagar los derechos de sucesión. En particular, la riqueza de la aristocracia terrateniente, la pequeña nobleza rural, y otros propietarios carentes de capital a gran escala se redujo a menudo de forma drástica. Y, como era habitual oírles decir en tono de queja, resultaba difícil encontrar servicio doméstico; las mujeres jóvenes ya no se encargaban del duro trabajo que comportaba el servicio en las casas de la gente de clase alta. El estilo de vida patricio de los años de preguerra había desaparecido ya hacía mucho tiempo. Pero no se produjo una excesiva pérdida de estatus, si se tiene en cuenta que en Inglaterra y Gales sólo un 1 % de la población adulta seguía poseyendo en 1946-1947 la mitad del total de los fondos de capital.

En Francia se produjeron algunos cambios en las elites políticas y económicas. Los hombres nuevos —mujeres nuevas sólo, naturalmente, de manera excepcional—, que habían alcanzado prestigio gracias a su papel en la resistencia, sustituyeron a los líderes de antes de la guerra, a menudo desacreditados, tanto los de la Tercera República como los colaboracionistas de Vichy. En el ámbito local sin embargo, una vez purgados los peores colaboracionistas, la continuidad fue grande. También en Italia, una vez que llegaron a su fin las purgas de los fascistas comprometidos de la inmediata posguerra y que los comunistas fueron obligados a salir del nuevo gobierno, la clase política siguió siendo la misma, sin sufrir alteraciones radicales. En el campo de la economía, cuando las aguas volvieron a su cauce, las familias que habían controlado los negocios de Italia antes de la guerra y que en el sur poseían los grandes latifundios siguieron siendo en buena medida las mismas. Como en Francia y en otros países, sin embargo, no tardó en ir ganando terreno en la industria italiana una nueva clase de espíritu más tecnocrático y empresarial, mientras que en las grandes empresas, como Pirelli y Fiat, los poderosos sindicatos se convirtieron en los garantes del nuevo clima que se había creado en los centros de trabajo. Resulta fácil asimismo subestimar el alcance de los cambios que se produjeron tras la caída del fascismo en la burocracia estatal y en el sistema judicial, en el gobierno central y en las provincias, especialmente allí donde el control de las ciudades y los pueblos, como sucedía en buena parte del norte del país, estaba en manos de la izquierda.

Los integrantes de la clase alta alemana habían ocupado un lugar destacado en la conjura para matar a Hitler de julio de 1944. Sin embargo, la clase alta también había desempeñado un papel primordial en algunas atrocidades terribles. Había estado excesivamente representada entre los altos mandos del ejército, y también entre las altas jerarquías de la SS. Muchos líderes empresariales estaban estrechamente involucrados en la expropiación de los bienes y la explotación despiadada de los países ocupados, en el uso de mano de obra esclava y en la economía del genocidio. Algunos de los peores casos acabarían siendo castigados en los juicios de posguerra organizados por los Aliados. Pero los niveles de

continuidad entre las elites de la Alemania occidental siguieron siendo sorprendentemente altos incluso en medio de la devastación de 1945, excepto allí donde habían perdido sus tierras como consecuencia de la guerra y de la ocupación, como les sucedió a los terratenientes de las provincias orientales.

En general, las elites políticas y económicas mantuvieron su estatus a lo largo de toda la primera mitad del siglo XX. Durante la segunda mitad se producirían cambios más significativos. La movilidad ascendente y el ingreso en las elites siguieron siendo poco habituales. Una excepción parcial entre las grandes potencias beligerantes había sido Alemania, donde el partido nazi y sus numerosas organizaciones filiales habían facilitado a algunos trepar en la escala social. Algo similar podría apreciarse en la Italia fascista. Pero resulta fácil exagerar el alcance de este fenómeno. Posteriormente se produciría un mayor nivel de cambio. Incluso la afirmación que a veces se ha hecho en el sentido de que las bombas no conocían diferencias sociales y de que caían sobre ricos y pobres por igual es incierta. Los sectores más pobres de la población, hacinados en las viviendas estrechas y en los suburbios de las ciudades industriales, tenían muchas más probabilidades de sufrir lo peor de los bombardeos. Los barrios residenciales más saludables y las elegantes mansiones de las grandes fincas tenían muchas más posibilidades de salir indemnes.

Lo que en época posterior pasaría a llamarse el «ciclo de privaciones» siguió predominando. Los soldados que volvían a casa al término de la segunda guerra mundial generalmente regresaban al tipo de ocupación que habían dejado cuando fueron llamados a filas. Su clase social seguía siendo la misma. Y lo mismo sucedía con los ambientes que configuraban su vida. La tendencia a largo plazo de cambio del campo por la ciudad supondría una clase trabajadora industrial más numerosa, alojada habitualmente en casas de poca calidad cerca de los centros urbanos, con pocas posibilidades de movilidad ascendente en la escala social y de acceso a la clase media o a la clase media alta de las profesiones liberales. No obstante, las posibilidades de ascender a un trabajo administrativo o de oficina más elevado fueron aumentando a medida que el sector servicios fue expandiéndose por toda Europa, aunque con distintas tasas de crecimiento.

Las oportunidades educativas siguieron siendo mínimas para los que nacían sin ventajas sociales. En las zonas rurales la disminución de la población, la presencia de menos jóvenes en los pueblos y el menor número de trabajadores del campo disponibles serían otros tantos indicadores del cambio a largo plazo que estaba produciéndose, intensificado por las demandas de la economía de guerra. En las explotaciones agrícolas de las zonas más apartadas de Europa que físicamente no habían sido tocadas por la guerra, en las que la mecanización y el transporte moderno apenas habían penetrado, las rutinas cotidianas habrían resultado familiares a una generación cincuenta años anterior. Más o menos lo mismo cabría decir de la vida cotidiana de los obreros de las fábricas, con un trabajo menos agotador, sí, de lo que había sido antes de la primera guerra mundial, y con jornadas laborales menos largas, pero todavía perfectamente reconocibles para cualquier generación anterior de obreros.

En las zonas de Europa más devastadas por la segunda guerra mundial —que se extenderían desde Alemania por todo el este y el sur de Europa hasta las regiones más occidentales de la Unión Soviética— prácticamente no había ninguna o casi ninguna normalidad de antes de la guerra a la que volver. Amplísimos sectores de Ucrania, Bielorrusia y Polonia habían sido arrasados en el curso de los estragos de la lucha y de las matanzas genocidas —en condiciones mucho peores que en cualquier otro lugar de Europa— y como consecuencia de la política de «tierra quemada» seguida por los alemanes en su retirada. En la propia Alemania, donde la negativa a capitular infligió una destrucción colosal al país una vez que la derrota se hizo inevitable, dos terceras partes de la población quedaron desplazadas de una manera u otra al término de la guerra. Millones de soldados continuaban estando en cautividad (la mayoría de los que se habían rendido a los Aliados occidentales, cerca de tres millones, fueron liberados gradualmente en 1948, pero los últimos de los otros tres millones que cayeron en manos de los soviéticos no lo fueron hasta 1955). La población civil, acrecentada por la enorme afluencia de refugiados procedentes de las provincias orientales, metida con calzador en alojamientos atestados de gente —el 50 % de las viviendas de las grandes ciudades habían quedado destruidas— y acobardada por la derrota total, tuvo que hacer frente a un

futuro incierto. Sin embargo, todos se contentaban con lograr que la parte del país en la que se encontraran al terminar la guerra estuviera ocupada por los Aliados occidentales y no por los temidos y odiados soviéticos. Pues lo que importaba, por encima de cualquier otra consideración, era no sólo la inmensa pérdida de vidas y la devastación de la economía, sino el carácter del poder político. Los contornos de sus vidas en la Alemania dividida de los años de la inmediata posguerra vendrían determinados en gran medida por los intereses de las fuerzas de ocupación: en el oeste los americanos, los ingleses y los franceses, y en el este los soviéticos.

Para la población soviética, la sensación de triunfo por la gran victoria obtenida y, sin duda, también de alivio por haber sobrevivido, fue una de las caras de la moneda. La otra fue el dolor por los millones de seres queridos que el que más y el que menos había perdido, o el intento de reconstruir la vida allí donde las ciudades y los pueblos habían sido borrados del mapa por el enemigo. El fin de la guerra vio la continuación de un sistema estalinista que no había cambiado casi nada, fortalecido de hecho en aquellos momentos y legitimado por la gloria de los años de la guerra. Siguió caracterizándose por las expropiaciones e incautaciones de bienes, la imposición de pesadas cuotas de productividad y de entregas, la exposición a la arbitrariedad del estado policial y el trato inhumano de millones y millones de prisioneros de guerra, de los considerados «poco fiables», y de los reclutas desplegados para la reconstrucción de carreteras y vías férreas. Este mismo sistema se impuso ahora a la mayoría de la Europa del este, que había constituido la parte más pobre del continente antes incluso de la primera guerra mundial. Ahora, además de la inmensa desolación y de la devastación sufrida durante la segunda, esos países quedarían aislados del ímpetu económico que no tardaría en insuflar nueva vida a la Europa occidental.

Perspectivas de recuperación económica

En la economía internacional la segunda guerra mundial acentuó la tendencia a largo plazo que ya había sido marcada al término de la primera, esto es hacia la disminución de la parte de la producción y el comercio

mundial que tenía Europa. Marcó también la subordinación definitiva de Gran Bretaña a Estados Unidos como potencia económica dominante en el mundo, evolución de nuevo anunciada ya desde que acabara la primera guerra mundial, pero confirmada ahora en su totalidad por las demandas de financiación de la segunda. A medida que las deudas británicas aumentaban de forma vertiginosa para sufragar el esfuerzo de guerra, la dependencia económica respecto de Norteamérica, que había salido del conflicto convertida en el gigante industrial del mundo, fue haciéndose abrumadora. Al término de la guerra Inglaterra se había visto obligada financieramente a hincar la rodilla, y Estados Unidos había experimentado un *boom* económico, convirtiéndose en el verdadero vencedor de la segunda guerra mundial. La producción industrial en ese país había sido mayor durante la guerra que en cualquier otro momento de su historia. Había aumentado a razón de un 15 % al año (frente a la tasa del 7 % a la que había crecido durante la primera), y la capacidad productiva de la economía se calcula que llegó a crecer en un 50 %. En 1944 ni más ni menos que el 44 % del armamento mundial era producido en Norteamérica. A medida que las exportaciones británicas disminuían, las americanas crecían vertiginosamente: en 1944 eran dos terceras partes más altas de lo que habían sido en 1939.

La fuerza de su economía permitió a Estados Unidos contribuir notablemente a financiar el esfuerzo de guerra de los Aliados mediante el plan de Préstamo y Arriendo, idea luminosa del presidente Roosevelt que el Congreso aceptó apoyar en la primavera de 1941. Este proyecto permitía a Estados Unidos suministrar a sus aliados «préstamos» de equipamientos en vez de exigir por ellos el pago a unos países en una situación económica muy comprometida y qua además estaban enormemente endeudados. Al término de la guerra, el valor total de las exportaciones americanas en virtud del plan de Préstamo y Arriendo habían superado los 32.000 millones de dólares, de los cuales casi 14.000 habían ido a parar a Gran Bretaña y otros inestimables 9.000 millones a la Unión Soviética (a la que se proporcionaron productos alimenticios, máquinas, herramientas, camiones, tanques, aviones, vías de tren y locomotoras). Estados Unidos fue el cajero de la guerra. Y no tardaría en convertirse en el cajero de la paz.

La supremacía económica confirió a Estados Unidos, antes ya de que acabara la guerra, una influencia decisiva a la hora de determinar los planes institucionales para la economía de posguerra de la mitad de Europa que no cayó bajo la dominación de los soviéticos después de 1945, aunque los efectos de esas decisiones no se sentirían plenamente hasta varias décadas después. Durante la mayor parte del mes de julio de 1944, un mes después de que las tropas aliadas desembarcaran en Normandía, más de 700 delegados de los cuarenta y cuatro países aliados que constituían las Naciones Unidas se reunieron en una conferencia en un hotel de la localidad norteamericana de Bretton Woods, New Hampshire (en condiciones de bastante incomodidad, pues el hotel era demasiado pequeño y andaba necesitado de una reparación en profundidad). Intentaron elaborar los principios de un orden económico global para el mundo de posguerra que permitiera superar definitivamente los desastres que habían dado lugar al nacionalismo económico, la Gran Depresión y el triunfo del fascismo durante los años treinta. Las delegaciones más importantes eran la británica y la americana. Pero era evidente quién llevaba ahora la voz cantante. Algunas de las ideas clave que se ocultaban tras el acuerdo alcanzado el último día de la conferencia habían sido propuestas por el jefe de la delegación británica, John Maynard Keynes, que había llegado a percatarse de los peligros de la ortodoxia económica que había prevalecido durante los años de la Depresión y cuyas teorías contracíclicas en defensa de la intervención estatal y del déficit público para superar el desempleo masivo habían llegado a gozar de una influencia significativa durante la guerra. Pero siempre que hubiera alguna discrepancia entre los planteamientos de los ingleses y los de los americanos, se impondrían siempre los intereses de Estados Unidos, expresados por el jefe de la delegación norteamericana, Harry Dexter White.

La Conferencia de Bretton Woods estableció un nuevo ordenamiento monetario (en buena parte inspiración de Keynes) de divisas convertibles libremente, cuyo tipo de cambio estaba vinculado al dólar estadounidense, con el fin de sustituir al primitivo patrón oro, ya desacreditado. (La primera gran prueba a la que se vio sometida la «convertibilidad» fracasaría, sin embargo, en el verano de 1947, cuando Gran Bretaña se vio obligada a

anular la convertibilidad de la libra esterlina en medio de una crisis financiera y de insistentes demandas de cambiar libras por dólares, agotando peligrosamente sus reservas de dólares.) Finalmente dos propuestas de White acabarían tomando forma y se convertirían en sendas instituciones de posguerra sumamente significativas: el Fondo de Estabilización Internacional (que llegaría a ser el Fondo Monetario Internacional), destinado a corregir los problemas presupuestarios de determinados estados manteniendo al mismo tiempo la estabilidad dentro del sistema; y un Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (que acabaría siendo el Banco Mundial), encargado de proveer el capital necesario para la reconstrucción de posguerra, aunque sus primeras provisiones fueron en realidad pequeñas respecto a lo que se necesitaba. Los participantes en la conferencia reconocieron también la necesidad de crear otras instituciones para establecer las normas de un comercio global liberalizado. Este proyecto, sin embargo, no llegó a realizarse nunca, y las relaciones comerciales internacionales quedarían finalmente reguladas en virtud del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés), alcanzado en 1947 y firmado inicialmente por veintitrés países.

Al margen de los obstáculos políticos insuperables que impidieron el éxito inicial de Bretton Woods, la conferencia marcó la decisión de que no podía producirse una vuelta a los desastres del período de entreguerras. Era un indicio de la aceptación de que la base de la propia economía capitalista debía reformarse si se quería evitar la repetición del hundimiento del comercio y las finanzas internacionales que había generado la catástrofe. Era evidente que el dólar americano debía reemplazar a la débil libra esterlina como pivote de las finanzas internacionales. Los americanos quedaron más que satisfechos con eso, lo mismo que con el acuerdo de liberalización del comercio. También los europeos aceptaron esta premisa como principio básico del orden económico de posguerra. Pero había una diferencia de énfasis. Para los ingleses y los franceses, la intervención del estado a una escala inimaginable antes de la guerra se había convertido en algo esencial no sólo para la reconstrucción, sino también para combatir las veleidades de la economía capitalista sin restricciones y para evitar

cualquier vuelta al desempleo masivo. El compromiso resultante —no aplicable al bloque soviético, por supuesto— fue una economía emergente mixta, compuesta de librecambio liberal y de dirección estatal. El capitalismo fue reformado en todas partes hasta cierto punto, aunque no se cambió de forma radical ni nadie planteó un reto fundamental a sus principios, aparte de los seguidores en franco y rápido retroceso de los partidos comunistas (que intentaban seguir teniendo apoyo a toda costa mientras la Guerra Fría iba tomando forma). Aunque resultara difícil de prever en medio de la devastación reinante en 1945, la mezcla de liberalismo económico y de socialdemocracia —lo que los alemanes llamarían la «economía social de mercado» (*soziale Marktwirtschaft*)— acarrearía una prosperidad nunca vista y resultaría muy útil políticamente para la Europa occidental durante los treinta años siguientes.

Un requisito importante del éxito de esa combinación después de 1945 no se había dado al término de la primera guerra mundial. Los Aliados occidentales no hicieron el menor intento de imponer el pago de onerosas indemnizaciones y reparaciones de guerra —otra cosa distinta sería en la zona oriental de Alemania—, como se había hecho en 1919 con unas consecuencias tan funestas para Alemania y para los demás países vencidos. En 1944 se tuvo en consideración durante algún tiempo, aunque breve, el Plan Morgenthau, que proponía reducir a la Alemania de posguerra a la condición de economía preindustrial (poniendo de paso en manos del régimen nazi un valiosísimo regalo propagandístico). Aunque Roosevelt y Churchill se mostraron de acuerdo en poner restricciones notables a los futuros niveles de la producción industrial de Alemania, enseguida se reconoció la inutilidad de empobrecer a perpetuidad a 70 millones de personas y de inutilizar la llave económica de la recuperación europea, y más cuando dio comienzo la Guerra Fría.

El Telón de Acero se convertiría en realidad en una ventaja indirecta para la mitad occidental del continente, al tiempo que condenaba a la mitad oriental a un destino nada envidiable. Fue una tragedia humana enorme para las personas que quedaron atrapadas detrás de él. No puede ponerse precio a la privación de libertad que duraría más de cuatro décadas. Pero la pérdida, a manos de la feroz opresión soviética, de las zonas de Europa que al

término de la primera guerra mundial habían sufrido las continuas sacudidas de los conflictos étnicos, la violencia nacionalista y las disputas fronterizas, benefició a las naciones ya de por sí más ricas de la Europa occidental. Estos países, a diferencia de los del bloque soviético emergente, lograron aprovecharse del apoyo americano a la hora de reconstruir sus economías arruinadas.

Los europeos habían dado la impresión de estar dispuestos a destruir sus propios fundamentos económicos entre 1914 y 1945. La posibilidad de que los treinta años siguientes, en neto y asombroso contraste, trajeran para muchos habitantes de Occidente una prosperidad continuada y nunca vista hasta entonces, resultaba a todas luces inimaginable entre las ruinas de 1945. La prosperidad constante transformaría por completo los niveles de vida de la Europa occidental. Pero incluso en las condiciones totalmente distintas de la Europa del este los niveles de vida también subirían y para la inmensa mayoría de la población dejarían muy atrás a los que había habido durante los convulsos años de entreguerras. Los países de Europa habrían sido incapaces de llevar a cabo esa transformación ellos solos. En las dos mitades del continente todos ellos dependerían de las dos nuevas superpotencias, Estados Unidos y la URSS, para la reconstrucción, de maneras diametralmente opuestas, de sus fundamentos económicos. Económica y políticamente, a partir de 1945 las dos mitades de Europa emprenderían dos caminos distintos.

Las Iglesias cristianas: Desafío y continuidad

La forma en la que la gente modelaba su vida, más allá de la precaria tarea de asegurarse unos medios de vida, siguió estando mayoritariamente influenciada por la moralidad y los valores de las Iglesias cristianas. Durante la primera mitad del siglo XX Europa siguió siendo un continente cristiano, situado al oeste del ateísmo oficial de la Unión Soviética y al noroeste de Turquía (estado laico con población musulmana). Las Iglesias siguieron ejerciendo un poder social e ideológico enorme, especialmente

entre el campesinado y la clase media. Y lo utilizaron en todas partes cuando se vieron arrastradas a participar en las convulsiones políticas que sacudieron Europa al término de la primera guerra mundial.

El filósofo alemán Friedrich Nietzsche se había hecho famoso al proclamar ya en 1882 que «Dios ha muerto». Su afirmación era una nota necrológica prematura. Durante la primera mitad del siglo XX las Iglesias cristianas se dieron cuenta de que en efecto habían tenido que ponerse a la defensiva frente a la amenaza planteada por la sociedad moderna, y sobre todo por el «bolchevismo ateo». En efecto, al tiempo que las personas se volvían hacia el estado, los movimientos políticos o hacia otras instituciones públicas en busca de una respuesta a sus necesidades, las Iglesias, en opinión de una cantidad cada vez mayor de gente, no tenían nada que ofrecer. «El nacionalismo es la nueva religión. La gente no va a la iglesia. Va a los mítines nacionalistas», dice el conde Choinicki, uno de los personajes de la sombría visión de la modernidad que ofrece Joseph Roth en su evocadora novela *La marcha Radetzky*, publicada en 1932. El «desencanto del mundo» de Max Weber significaba que la fe mística en el ritual sacramental, la salvación, la redención y la felicidad eterna del otro mundo estaba perdiendo su atractivo. Y cuando la guerra y el genocidio asolaron Europa, el ataque de Nietzsche contra la fe en la racionalidad y la verdad, su negación de la moralidad enraizada en la fe religiosa, habría podido parecer de todo menos fuera de lugar. Las Iglesias no podían salir de este período totalmente inmaculadas. No obstante, tampoco deberíamos exagerar ni situar antes de tiempo la pérdida de la fe en las principales confesiones religiosas cristianas o la disminución del número de sus seguidores. Después de dos guerras mundiales su influencia siguió siendo muy profunda. A pesar de sus graves dificultades las Iglesias cristianas sobrevivieron a la catastrófica primera mitad del siglo XX y salieron curiosamente intactas. Sus principales problemas vendrían después.

El comienzo de la primera guerra mundial había traído consigo un gran auge del cristianismo. Cuando empezó la contienda dio la impresión de que Dios estaba en el bando de todos, en el de unos y en el de otros. En cualquier caso, las Iglesias cristianas de todas las potencias beligerantes afirmarían contar con el apoyo de Dios a su causa. «Dios [está] con

nosotros» (*Gott mit uns*), decían los alemanes. «Dios está de nuestra parte» (*Dieu est de notre côté*), aseguraban los franceses, al tiempo que proclamaban la «unión sagrada» (*union sacrée*) para defender a su país. Otros países se dieron igualmente prisa en mezclar patriotismo y cristianismo. El clero no dudó en ver la contienda como una cruzada nacional, una «guerra santa» en defensa de la civilización contra la barbarie, del bien contra el mal. Por supuesto hubo en todas partes algunos pacifistas, pero la mayoría del clero respaldó masivamente la guerra de su país. Los curas bendecían a las tropas que marchaban al combate y las armas con las que luchaban. Rezaban por el éxito de las ofensivas inminentes. El nacionalismo se tragó en todas partes como el que no quiere la cosa los principios básicos del cristianismo. Como los supuestos hombres de paz que eran, la beligerancia de los clérigos podría resultar chocante. En un sermón de Adviento pronunciado en 1915, el obispo anglicano de Londres, Arthur Winnington-Ingram, exhortaba a los soldados británicos a «matar a los buenos y a los malos, a matar a los jóvenes y a los viejos», aunque su primer ministro, Herbert Asquith, pensara que sus palabras eran la diatriba de un obispo singularmente tonto. Al menos una autoridad eclesiástica proclamó su neutralidad y exhortó a las naciones beligerantes a concluir una paz justa. En 1917 el papa Benedicto XV (elegido en septiembre de 1914 para ocupar el solio pontificio) propuso un plan de paz que abogaba por un arbitraje internacional, la evacuación de los territorios ocupados, la renuncia a las indemnizaciones de guerra y la reducción del armamento. Sus esfuerzos chocaron con las críticas de los que lo llamaron partidista disfrazado, hipócrita que no estaba dispuesto a reconocer sus preferencias. Los franceses llegaron a llamarlo «el papa alemán» (*le pape boche*) y los alemanes, «el papa francés» (*der französische Papst*).

Para los clérigos la guerra traía nuevas perspectivas de resurgimiento cristiano, confirmadas por lo que los observadores etiquetarían de «regreso a los altares». En Inglaterra no está claro que hubiera mucho más que un fugaz incremento de la asistencia a las iglesias, que en realidad sería en 1916 menor de lo que había sido antes de la guerra (no le favoreció precisamente el hecho de que hubiera tantos hombres ausentes en el frente). No obstante, la fe en la eficacia del espiritualismo —que supuestamente

permitía a los vivos comunicarse con los muertos— se incrementó notablemente cuando el número de los afligidos por la pérdida de seres queridos aumentó en el país. En un momento de angustia tan grande no es de extrañar que la gente recurriera a la oración. Los soldados rezaban a menudo antes de la batalla y los que sobrevivían al combate daban gracias a Dios después por haber salido ilesos. La religión se confundía con la superstición. Muchos llevaron consigo símbolos religiosos al frente. Una cruz, un rosario, o una Biblia de bolsillo servían de talismán. Si sucedía lo peor, había a mano capellanes de campaña dispuestos a recordar a los camaradas de los muertos el simbolismo cristiano de la muerte como sacrificio, reforzado por la difusión de las cruces de madera temporales colocadas junto a las tumbas de los caídos.

Debió de haber también algunos que se preguntaran cómo podía seguir habiendo fe después de batallas como la de Verdún o la del Somme. Resulta imposible saber cuántos soldados perdieron su fe cristiana en medio de la matanza. Un informe pastoral alemán declaraba que «la aparente falta de éxito de las oraciones, la larga duración y la terrible brutalidad de la guerra han hecho que muchos soldados duden de la justicia y de la omnisciencia de Dios, de modo que ya no les importa la religión». La mayoría de los soldados, sin embargo, lo mismo que sus familias en sus respectivas patrias, conservaron al menos una lealtad nominal a una modalidad u otra de cristianismo cuando al término de la guerra volvieron a un mundo que había cambiado inexorablemente. Incluso allí donde la gente no asistía a los oficios religiosos, generalmente seguía volviendo a la iglesia con ocasión de un bautizo, de una boda o de un entierro. Y se produjeron pocas manifestaciones de sentimientos antirreligiosos combativos o radicales (aunque especialmente en algunas zonas del sur de Europa hubo dosis masivas de anticlericalismo vehemente). No obstante, allí donde los vínculos religiosos ya se habían debilitado, y de modo particularmente evidente entre la población urbana, la guerra no contribuyó mucho tiempo a reforzarlos. La tendencia a largo plazo —más notoria entre los hombres que entre las mujeres— hacia el alejamiento de la fe cristiana y hacia la pérdida de adhesión a las distintas Iglesias continuó.

El protestantismo salió peor librado que el catolicismo. En Suiza, los Países Bálticos, Escandinavia y Holanda se dio una tendencia a la disminución de la adhesión a las Iglesias protestantes durante las primeras décadas del siglo XX, que, por otra parte, vino acompañada de la continua vitalidad existente dentro de las propias Iglesias. El número de comulgantes de Pascua en la Iglesia de Inglaterra fue disminuyendo constantemente desde comienzos de los años veinte hasta mediados de los cincuenta. En Alemania el número de los que tomaban la comunión cayó un 11 % entre 1920 y 1930, y las confirmaciones incluso un 45 % en ese mismo período.

La Iglesia católica mostró una mayor habilidad a la hora de retener a sus feligreses. Continuó con la revitalización de la fe católica que había dado comienzo a mediados del siglo XIX. Logró ampliar su atractivo popular al tiempo que se presentaba por su rigidez doctrinal y su centralización organizativa, encarnadas ambas en la persona del papa, como el baluarte frente a las amenazas planteadas por el mundo moderno, particularmente las provenientes del liberalismo y el socialismo. El renacimiento del culto de la Virgen María tras la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción por el papa Pío IX en 1854 había estimulado la piedad popular. A ello contribuyeron también las supuestas apariciones marianas registradas en Lourdes, en los Pirineos, en 1858 (centro que atraía ya a más de un millón de peregrinos al año antes de la primera guerra mundial), en Knock, en la parte occidental de Irlanda en 1879, y en Fátima, en Portugal, en 1917. Se fomentaron nuevos niveles de devoción a algunos santos populares. Menos de dos años después de la finalización de la primera guerra mundial, que había acarreado unos sufrimientos tan grandes al pueblo de Francia, se consideró que había llegado el momento oportuno de canonizar a la heroína nacional, Juana de Arco, aunque en realidad cinco siglos antes la Iglesia la había excomulgado (culpándola de acusaciones inventadas de las que luego sería exonerada) y la había condenado a ser quemada en la hoguera por herejía. Su canonización pretendía estimular la fe en un país cuyo estado promovía los valores laicos y en el que el anticlericalismo era muy fuerte. A continuación se produjeron otras canonizaciones significativas: la de la joven carmelita francesa Teresa de Lisieux (santa Teresita, «la Pequeña Flor»), presentada como modelo de

vida espiritual católica, en 1925, y la de Bernadette Soubirous, personaje de culto en Lourdes, en 1933. Un nuevo impulso a la piedad popular se produjo a raíz de la proclamación de la fiesta de Cristo Rey por el papa Pío XI en 1925, concebida como una respuesta al nacionalismo y al laicismo, que invitaba a los católicos a situar la moralidad cristiana en el centro de la vida política y social.

Las organizaciones sociales y de caridad que incorporaban a católicos seglares contribuyeron también a unir a la población alrededor de la Iglesia. Acción Católica, fundada originalmente a mediados del siglo XIX, intentó con cierto éxito galvanizar la participación de los seglares en la vida católica e inculcar los valores cristianos en los movimientos obreros y campesinos. En algunos rincones de Bretaña los curas llegaron a publicar periódicos locales de carácter popular y organizaron cooperativas agrícolas en las que los campesinos podían comprar fertilizantes. También en la Baja Austria y en algunas zonas rurales del norte de España la participación activa en bancos de crédito y en otras formas de ayuda a los campesinos y a los colonos agrícolas contribuyeron a cimentar el apoyo a la Iglesia y a fortalecer la influencia del clero.

La Iglesia católica prosperó especialmente allí donde pudo combinar la fe con un fuerte sentimiento de identidad nacional o donde representaba a una minoría marginada. Tanto en Polonia como en el Estado Libre Irlandés, los nuevos estados surgidos de la primera guerra mundial, el catolicismo se convirtió de hecho en la expresión de la identidad nacional. A medida que las tensiones políticas y sociales se intensificaron en Polonia a lo largo de los años treinta, la Iglesia se asoció estrechamente con la campaña conservadora en pro de la unidad nacional, y con un nacionalismo que hacía hincapié en la diferencia entre los polacos católicos y las minorías ucranianas, bielorrusas, alemanas y, por supuesto, judías del país. En el norte de Irlanda, en gran medida protestante, los católicos forjaron una identidad a partir de la discriminación de la que eran objeto —en materia de vivienda, de empleo y prácticamente en todos los ámbitos de la vida social y política— y una subcultura distinta ligada a las aspiraciones nacionalistas de unidad con la parte sur de Irlanda, más extensa, católica y ya independiente.

También en Gran Bretaña los inveterados prejuicios existentes fomentaron un sentimiento muy fuerte de identidad católica y de lealtad a la Iglesia, sobre todo entre los inmigrantes irlandeses que se habían trasladado en grandísima cantidad al noroeste de Inglaterra a raíz de la hambruna de 1845. Las comunidades católicas irlandesas estaban muy unidas y tuvieron que hacer frente a la fuerte animosidad y a la discriminación de la mayoría protestante, reflejada incluso en el deporte. No se permitía a ningún católico jugar en el club de fútbol de los Glasgow Rangers, y tampoco ningún protestante podía jugar en el de sus vecinos y rivales, el Celtic. En Holanda una subcultura minoritaria también proporcionó una base de apoyo al pujante catolicismo, mientras que en el País Vasco la Iglesia pasó a identificarse con una comunidad lingüística desaventajada. También en Alemania había surgido una poderosa subcultura a partir de los ataques lanzados por Bismarck contra la Iglesia católica (cuyos fieles representaban casi una tercera parte de la población del Reich) a lo largo de la década de 1870. Las instituciones y creencias católicas florecieron hasta la toma del poder por Hitler. A partir de ese momento los católicos, lo mismo que la Iglesia protestante de Alemania, tuvieron que hacer frente a un reto radicalmente nuevo.

Tanto la Iglesia protestante (en sus diversas modalidades) como la Iglesia católica, más uniforme, consideraban que la lucha especialmente contra el bolchevismo, pero también contra la izquierda política en general, era trascendental para la defensa del cristianismo en el mundo moderno. La «modernidad» en todas sus formas era considerada una amenaza de la que había que guardarse muy mucho. Ambas confesiones se situaron, pues, axiomáticamente del lado de la derecha política, favoreciendo a los bastiones conservadores del estado y el poder social que actuaban como baluartes frente a la izquierda. Fue inevitable por tanto que las Iglesias y sus seguidores se vieran inextricablemente envueltos en los enconados conflictos de la Europa de entreguerras.

Esta circunstancia no las hacía necesariamente antidemocráticas. El Partido del Centro, de confesión católica, había sido una de las grandes fuerzas políticas que habían formado la República de Weimar en Alemania en 1919 y siguió siendo uno de los pilares de la nueva democracia alemana

durante los años veinte. El Partito Popolare Italiano, fundado en 1919, dio una voz política específicamente católica a su clientela, sobre todo rural, en el sistema político pluralista de Italia antes de ser prohibido por Mussolini en 1926. En la Inglaterra democrática, cuyo sistema político no se veía amenazado, la Iglesia anglicana fue uno de los pilares de la minoría dirigente (a menudo se la llamaba «el partido conservador rezando»). En cambio las distintas Iglesias cristianas no conformistas, que seguían teniendo un apoyo significativo en Gran Bretaña, tendieron a adoptar una actitud crítica más radical frente al gobierno, aunque no frente a la democracia. No obstante, allí donde surgía una amenaza significativa procedente de la izquierda, las Iglesias de las dos principales confesiones respaldaron invariablemente la autoridad del estado. Y cuanto más extrema percibieran que era esa amenaza, más extrema sería la reacción que estarían dispuestas a apoyar.

Esa reacción no fue en ningún sitio más extrema que en Alemania. Allí, la Iglesia protestante —de hecho dividida en el terreno doctrinal y regional, aunque en sus distintas modalidades abarcaba teóricamente a más de dos terceras partes de la población del país— se había considerado a sí misma desde los tiempos de Martín Lutero estrechamente alineada con la autoridad del estado. La revolución de 1918, la destitución del káiser y la nueva democracia que sustituyó a la monarquía causaron una consternación generalizada en los círculos eclesiásticos. La sensación de «crisis de fe» (*Glaubenskrise*) fomentó las esperanzas de una restauración de la monarquía o de una nueva forma de autoridad estatal que superara la calamitosa situación no sólo moral, sino también política y económica por la que atravesaba Alemania. Se necesitaba un verdadero caudillo, a juicio de muchos miembros del clero protestante. En palabras de un teólogo protestante que escribía allá por 1932, tenía que ser un «verdadero estadista» (a diferencia de los simples «políticos» de la República de Weimar) que «sujetara la guerra y la paz con sus manos y se comunicara con Dios». En línea con estas ideas, la toma del poder por Hitler en 1933 fue vista por amplios sectores del clero protestante como el comienzo de un nuevo despertar nacional que inspiraría el resurgimiento de la fe. Hubo incluso un ala nazificada de la Iglesia protestante. Los «Cristianos

Alemanes» (*Deutsche Christen*) rechazaban el Antiguo Testamento por ser judío y se enorgullecían de ser «las tropas de asalto de Jesucristo». No obstante, semejantes extremos, coto privado de una minoría del clero (aunque gozara de un apoyo considerable en algunas zonas), eran rechazados por la mayoría de los protestantes, cuyas ideas de resurgimiento de la fe eran principalmente conservadoras desde el punto de vista doctrinal y organizativo.

Al principio dio la impresión de que los «Cristianos Alemanes» iban a triunfar. Pero no tardó en formarse una reacción a sus exigencias. El objetivo inicial nazi de unificar las veintiocho Iglesias regionales autónomas en una sola «Iglesia del Reich» suscitó un resentimiento enorme y finalmente tuvo que ser abandonado. En un congreso celebrado en Barmen en 1934, un sector del clero que rechazaba rotundamente la «herejía» de los «Cristianos Alemanes» y la interferencia política que pretendía forzar la centralización de la Iglesia, se opuso públicamente a cualquier subordinación de la Iglesia al estado por considerarla una «doctrina falsa». Sin embargo, la Declaración de Barmen se limitó a abordar cuestiones de pureza doctrinal (bajo la influencia del teólogo suizo Karl Barth) y se abstuvo de adoptar una oposición política. En cualquier caso, la Iglesia confesante (como se denominaban a sí mismos los que se ocultaban tras la Declaración de Barmen) representaba sólo a una minoría de pastores protestantes. La mayor parte del clero siguió dando su apoyo al régimen de Hitler. Algunos teólogos protestantes aportaron lo que ellos consideraban que eran los motivos doctrinales del antisemitismo, de los ideales raciales y del régimen nazi. La Iglesia protestante no presentó ninguna protesta pública por el trato dispensado a los judíos, los pogromos de noviembre de 1938, o su posterior deportación a los campos de la muerte. Y hubo muy pocos protestantes que pusieran objeciones a una política exterior nacionalista asertiva, a la conquista por medio de la guerra, o al intento de destruir el odiado régimen bolchevique en la Unión Soviética.

La postura política de la Iglesia católica vino determinada en gran parte por su rechazo del socialismo y el anatema lanzado contra su variante más extrema, el comunismo. En su encíclica *Quadragesimo Anno* («En el

cuadragésimo año»), de 1931, el papa Pío XI criticaba las desigualdades del capitalismo y de las finanzas internacionales, pero su condena del comunismo era inequívoca y afirmaba que los principios materialistas del socialismo eran incompatibles con las doctrinas de la Iglesia católica. La defensa de un orden social basado en la solidaridad, no en el conflicto, y de unas relaciones laborales basadas en la colaboración del empresariado, la mano de obra y el gobierno, se prestaba fácilmente a la adopción del «estado corporativo» del fascismo italiano y de los regímenes cuasi fascistas de Austria, Portugal y España. La «solidaridad» era impuesta en estos casos por el estado, favorecía al empresariado y era mantenida por medio de la coacción.

En Italia la Iglesia católica estableció una tregua hasta cierto punto incómoda con Mussolini, que fue sellada en los Pactos Lateranenses de 1929. A cambio de la fundación del Estado de la Ciudad del Vaticano —los Estados Pontificios habían dejado de existir tras la conclusión de la unificación de Italia en 1870— y del reconocimiento del catolicismo como única religión oficial de Italia, la Iglesia se comprometía de hecho a una pasividad política y a la tolerancia, al menos, del régimen fascista en Italia. La Iglesia guardó silencio ante la violencia de los matones fascistas, posteriormente acogió con los brazos abiertos el triunfo en Abisinia y no planteó ninguna objeción a la introducción de las leyes raciales. Por difícil que fuera como compañero de lecho, el fascismo italiano era en cualquier caso, a juicio de la Iglesia, infinitamente preferible al comunismo. En las cuestiones relacionadas con la Iglesia, sin embargo, el papado opuso una obstinada y eficaz resistencia y rechazó vehementemente el presunto «derecho total» del estado sobre todas las esferas de la sociedad. Desde el punto de vista de la Iglesia aquella política fue un éxito. Hubo un moderado resurgimiento de la actividad religiosa. Se produjo un aumento del número de clérigos, de matrimonios eclesiásticos y de niños que asistían a escuelas religiosas. El papa Pío XI dispensó una protección especial a la educación y a Acción Católica. Tuvo que aceptar las limitaciones a las actividades de esta última, pero los intentos del estado por abolir la Acción Católica fueron abandonados.

En Francia la Iglesia católica llevaba largo tiempo mirando a la Tercera República con hostilidad. Al fin y al cabo, había alimentado el anticlericalismo y había promovido los valores de una sociedad moderna, particularmente al acabar con el peso que tenía la Iglesia en la educación. Entre una y otra guerra la Iglesia prestó el considerable apoyo con el que contaba a la derecha reaccionaria (y a veces a la derecha extrema), y luego acogió calurosamente el régimen de Vichy del mariscal Pétain. En España, el profundo antisocialismo que sustentó el apoyo entusiasta de la Iglesia a Franco durante la guerra civil llevaba existiendo largo tiempo. Ya en 1916 el periódico de inspiración religiosa más leído de España había «hecho sonar la alarma contra las osadías del socialismo» y «los contagios del modernismo». España, repetía una y otra vez el periódico, había sido grande cuando había sido verdaderamente católica, y la decadencia nacional había seguido los pasos de la decadencia religiosa. No es extrañar, a la vista de semejantes opiniones, que la Iglesia católica sirviera en la península Ibérica como auténtico baluarte frente a la doctrina «atea» del marxismo, suministrando al término de la guerra civil el pilar ideológico del régimen de Franco en España y del de Salazar en Portugal.

Los obispos católicos alemanes, que habían avisado del contenido anticristiano del movimiento nazi antes de 1933, cambiaron de chaqueta pocas semanas después de que Hitler fuera nombrado canciller y prometiera sostener los derechos y las instituciones de la Iglesia, animando a los católicos a apoyar al nuevo estado. El concordato del Reich con el papado (uno más de los cuarenta que el Vaticano concluyó con diversos estados durante el período de entreguerras) fue ratificado pese a los signos de hostilidad hacia la observancia de la fe católica, y hacia sus organizaciones e instituciones, que desde el principio había mostrado el régimen nazi. Desde el primer momento, el concordato fue letra muerta. Fue un acuerdo desigual que resultó ventajoso para la imagen del régimen de Hitler en el momento de ser establecido. Pero en la práctica no hizo nada por proteger a la Iglesia católica de Alemania.

Los ataques contra las instituciones de la Iglesia comenzaron antes incluso de que el concordato fuera ratificado. El Partido del Centro fue disuelto rápidamente. El amplio movimiento juvenil católico no tardó en ser

prohibido. Las publicaciones eclesiásticas fueron suprimidas. Los curas sufrieron acosos y detenciones. Se impusieron restricciones a las procesiones organizadas por la Iglesia. El uso de triquiñuelas fue constante. El Vaticano protestó en más de setenta ocasiones entre 1933 y 1937 por las violaciones del concordato perpetradas, aunque no le sirvió de nada. El ámbito trascendental de la educación se convirtió en el centro de una guerra de desgaste entre la Iglesia y el estado, que fue ganando paulatinamente el régimen nazi por medio de la presión más severa ante el resentimiento generalizado y alguna que otra protesta rotunda de la jerarquía católica. La postura de ésta frente al nazismo fue al principio de hostilidad. Consideraba que la esencia anticristiana de la ideología del régimen y su pretensión de derecho total sobre sus ciudadanos eran de todo punto incompatibles con la fe católica. En la práctica, sin embargo, la vigorosa defensa frente a los ataques de que era objeto la Iglesia fueron acompañados de una conformidad general en otros aspectos de la política del gobierno para evitar riesgos peores y no tener que afrontar un asalto en toda regla contra la Iglesia. El régimen podía estar seguro del apoyo de los católicos a su antibolchevismo y de la aprobación de su asertividad nacionalista en materia de política exterior.

La Iglesia católica de Alemania no llevó a cabo ninguna condena oficial de la persecución cada vez más feroz de que fueron objeto los judíos, ni siquiera tras los pogromos del 9-10 de noviembre de 1938. Ya en abril de 1933 el arzobispo de Múnich-Freising, el temible cardenal Michael Faulhaber, había explicado al cardenal Eugenio Pacelli, secretario de estado del Vaticano y antiguo nuncio en Alemania (y futuro papa Pío XII), por qué la jerarquía católica «no da un paso al frente en defensa de los judíos. Ello no es posible de momento porque la lucha contra los judíos se convertiría también en una lucha contra los católicos», afirmó. Era una explicación que iba al meollo mismo de la pasividad de la Iglesia católica ante el destino de los judíos en la Alemania nazi.

Bien es verdad que en su encíclica de 1937 *Mit brennender Sorge* («Con viva preocupación») Pío XI condenó abiertamente el racismo. Pero la encíclica, redactada inicialmente por el cardenal Faulhaber, y luego suavizada por Pacelli, era menos clara que una denuncia que el Vaticano

había elaborado anteriormente y que no llegó a ser publicada, evitaba una condena explícita del nazismo, y no hacía referencia directa a la persecución de los judíos. Además, llegó demasiado tarde y, aunque provocó la cólera del nazismo y una intensificación del acoso que sufría el clero católico, tuvo sólo una escasa repercusión dentro de Alemania. Y cuando el Santo Oficio preparó una nueva declaración durante el verano y el otoño de 1937 con el fin de presentar algunos «hechos concretos» para condenar las teorías nazis, incluido el antisemitismo, el cardenal Faulhaber aconsejó que no se publicara por el peligro que habría podido entrañar para la Iglesia en Alemania.

Por consiguiente se allanó así el camino para la continuada inactividad de la jerarquía católica alemana, al tiempo que se intensificaban las presiones sobre la Iglesia. Durante la guerra, la deportación y el exterminio de los judíos no provocaron denuncia alguna por parte de los obispos alemanes, a diferencia de la valerosa postura adoptada frente a la «acción eutanasia» por el obispo Galen de Münster en 1941. Mientras tanto, los soldados alemanes católicos, lo mismo que sus compatriotas protestantes, habían ido a la guerra con el respaldo total de su Iglesia y en la creencia, respaldada por el clero, de que al llevar a cabo la bárbara invasión de la Unión Soviética participaban en una lucha de cruzada contra el bolchevismo ateo y en pro de la defensa de los valores cristianos.

En los estados satélites de Alemania, las Iglesias cristianas siguieron una trayectoria cuando menos controvertida por lo que se refiere al apoyo prestado a los judíos y a otras víctimas de la brutal política racista. En la católica Croacia el repugnante sadismo de los *ústaše* para con los serbios y los romaníes, y por supuesto para con los judíos, no chocó en ningún momento con la condena pública del Vaticano. Ante Pávelić, el incalificable jefe del estado de Croacia, fue recibido incluso en audiencia por el papa. Los franciscanos participaron incluso en algunas de las peores atrocidades de los *ústaše*. Pese a permanecer fiel al estado croata, el primado de Croacia, el arzobispo Alojzije Stépinac, sí que intervino en treinta y cuatro ocasiones en ayuda de los judíos o los serbios, denunció de manera inequívoca el racismo, y apeló con éxito en contra del arresto y la deportación de los cónyuges y los hijos judíos de parejas mixtas.

Casi todos los obispos de Eslovaquia, cuyo presidente, monseñor Jozef Tiso, era un cura católico en activo, respaldaron la política antijudía del gobierno, aunque hubo algunas valerosas excepciones. Curiosamente, el Vaticano prefirió no retirar la condición de clérigo a Tiso, probablemente debido a la popularidad de la que gozaba en su país, ni tampoco a otros dieciséis curas que prestaban servicio en el Consejo de Estado de Bratislava. Incluso monseñor Domenico Tardini, asistente del secretario de estado del Vaticano, puso de manifiesto su total desconcierto cuando comentó en julio de 1942: «Todo el mundo sabe que la Santa Sede no puede meter en cintura a Hitler. Pero ¿quién va a entender que ni siquiera podamos controlar a un cura?».

La jerarquía católica de Hungría apoyó contundentemente al gobierno del almirante Horthy y no puso objeción alguna a su política antijudía hasta 1944. Tanto el nuncio papal como el jefe de la Iglesia húngara intervinieron entonces para intentar evitar la deportación sólo de los judíos bautizados. No obstante, las deportaciones siguieron adelante como si tal cosa. Sólo cuando ya era tarde, después de que casi medio millón de judíos habían sido ya enviados a Auschwitz en 1944, los obispos expresaron una débil protesta por las deportaciones en una pastoral edulcorada. El furibundo antisemitismo de Rumanía, que dio lugar a la muerte de cientos de miles de judíos a manos del líder del país, el mariscal Antonescu, se encontró en el mejor de los casos con la indiferencia, cuando no con la aprobación, de la jerarquía ortodoxa. Posiblemente la petición del nuncio papal en Bucarest contribuyera en 1942 a la progresiva resistencia del régimen a las presiones alemanas para que deportara a otros 300.000 judíos. Sin embargo, en vista del rumbo que estaba tomando la contienda, Antonescu llevaba ya varios meses dando largas al asunto de las deportaciones y, a medida que la posición de las fuerzas del Eje fuera empeorando de modo inexorable, su renuencia a deportar al resto de los judíos de Rumanía tendría que ver en 1944 con su intento de dejar la puerta abierta a las negociaciones con los Aliados.

En Bulgaria, donde los judíos constituían una minoría bastante pequeña de la población y el antisemitismo era relativamente moderado, la postura de la jerarquía ortodoxa fue notablemente distinta de la de

Rumanía. Aquí la Iglesia ortodoxa se opuso abiertamente a los planes de deportación de los judíos. Sin embargo, el cese de las deportaciones del territorio de Bulgaria propiamente dicha (aunque la deportación de los judíos de los territorios recientemente adquiridos de Macedonia y Tracia siguió adelante) no tuvo nada que ver con la protesta de la Iglesia, por la que el rey no sentía ninguna simpatía. Se basó en el oportunismo, y no en ningún tipo de principio; sencillamente venía a reflejar el reconocimiento por parte del gobierno búlgaro de su imprudencia al ordenar las deportaciones cuando parecía ya muy probable que Alemania iba a perder la guerra.

En los países ocupados de Europa, la posición de las Iglesias y su reacción ante la persecución de los judíos variaron mucho. En los Países Bálticos y en Ucrania el clero compartía en gran medida el nacionalismo extremo, el antisemitismo y los sentimientos antisoviéticos de la población, y permaneció callado ante el criminal ataque contra los judíos, cuando no lo apoyó directamente. En Polonia los curas católicos y los miembros de las órdenes religiosas prestaron ayuda, con grave riesgo para sus personas, a miles de judíos, aunque hubo también descaradas manifestaciones de antisemitismo entre el clero, en consonancia con la hostilidad generalizada hacia los hebreos que reinaba entre la población. En Holanda tanto la Iglesia protestante como la católica protestó en julio de 1942 a favor de los judíos y exigió que no fueran deportados. La jerarquía católica había recibido previamente la aprobación del papa. Un contundente telegrama enviado al comisario del Reich, Arthur Seyss-Inquart, protestando por las deportaciones, fue leído en todas las iglesias del país el 26 de julio de 1942. La protesta, sin embargo, fue inútil. En represalia por aquella protesta pública (a diferencia del llamamiento privado hecho por las autoridades de la Iglesia protestante) y la postura inflexible adoptada por el arzobispo de Utrecht, Joachim de Jong, varios centenares de judíos que se habían bautizado en la Iglesia católica fueron deportados en el plazo de quince días para morir en Auschwitz. Aunque el clero de Holanda y la vecina Bélgica intervinieron activamente en las redes de socorro a los judíos, no se produjo ninguna otra denuncia pública de las deportaciones.

Para el episcopado católico francés, que había dispensado una acogida tan calurosa al mariscal Pétain como restaurador de los valores religiosos y heraldo del resurgimiento moral del país, los judíos eran en gran medida algo irrelevante. Los obispos franceses aceptaron sin rechistar la legislación antijudía entre 1940 y 1942. Su postura cambió con el comienzo de las deportaciones en el verano de 1942. Había cierto temor a que una protesta pública provocara represalias contra la Iglesia. No obstante, algunos obispos hablaron en términos claros y contundentes en contra de las deportaciones en declaraciones públicas y cartas pastorales. Al gobierno de Vichy le molestaron esas protestas, que remitieron tan pronto como surgieron. El gobierno aprovechó la lealtad del episcopado a Pétain, y aplacó la inquietud con concesiones fiscales y otras subvenciones a las asociaciones religiosas. Cuando las deportaciones se reanudaron a comienzos de 1943, no se renovaron las protestas del año anterior. Algunos miembros del clero, católicos y protestantes, así como diversos centros religiosos —y también algunos seglares— ayudaron a título personal a ocultarse a cientos de judíos, muchos de ellos niños (uno de ellos sería el especialista en historia del Holocausto Saul Friedländer, que luego se haría famoso). Los altos representantes de la Iglesia católica, sin embargo, se resignaron en gran medida a adoptar una postura fatalista aceptando algo que reconocían que no podían cambiar.

El papa Pío XII, mientras tanto, no realizó ninguna condena abierta, pública e inequívoca de la matanza genocida, cuya realidad, cuando no sus verdaderas dimensiones o sus detalles concretos, era evidente para el Vaticano en 1942 como muy tarde. Los motivos que pudiera tener el más enigmático de los pontífices probablemente no puedan establecerse nunca con claridad, aunque haya libre acceso a los archivos cerrados del Vaticano correspondientes a este período. Las imputaciones de que es objeto y que lo presentan como el «papa de Hitler», un hombre que se mostró despiadado con el destino de los judíos, o que no actuó debido a un antisemitismo profundamente arraigado, sin embargo, están muy lejos de la verdad. Pío XII, que en 1939 había alentado secretamente a la resistencia alemana contraria a Hitler, filtró información a los Aliados occidentales acerca de la fecha de la ofensiva en el oeste del año siguiente, organizó el envío de

víveres a los griegos víctimas de la hambruna, y estableció un organismo de socorro para ayudar a los refugiados, no permaneció inactivo, ni mucho menos, respecto a la persecución de los judíos. Pero su principal preocupación era la protección de la Iglesia católica. Viéndose a sí mismo, como le sucediera al papa Benedicto XV durante la primera guerra mundial, como un pacificador y un defensor del catolicismo, sobre todo frente al comunismo ateo, intentó actuar entre bastidores a través de una diplomacia silenciosa.

Pío XII tenía la opinión fundamentada de que hablar claro no habría hecho nada más que empeorar las cosas; no sólo para la Iglesia católica y para los católicos, de quienes era directamente responsable, sino más en general para las propias víctimas de las atrocidades alemanas. Los obispos alemanes habían tratado de evitar la confrontación abierta con el régimen nazi ya durante los años treinta, temerosos de que ello empeorara todavía más la posición de la Iglesia. En 1940 los obispos polacos aconsejaron al Vaticano que se abstuviera de efectuar cualquier denuncia clara de las atrocidades por miedo a provocar unas represalias espantosas. «El único motivo de que no hablemos», dijo el papa al embajador italiano, «es la conciencia de que haría todavía más dura la suerte de los polacos». Parece que adoptó la misma postura respecto a la suerte de los judíos.

En el otoño de 1942 las intenciones genocidas del régimen de Hitler resultaban inequívocamente claras. Una denuncia pública de la política alemana en aquellos momentos difícilmente habría empeorado la terrible situación de los judíos. Consciente de que era impotente para impedir que el régimen de Hitler siguiera adelante en su implacable marcha hacia la destrucción de los judíos de Europa, Pío XII no quiso, sin embargo, intentar una nueva estrategia. Su preocupación primordial siguió siendo proteger a la Iglesia católica. En septiembre de 1942 el encargado de negocios norteamericano en el Vaticano oyó decir a unos funcionarios de la Santa Sede que el papa no iba a condenar públicamente el exterminio de los judíos porque no quería contribuir a que empeorara la situación de los católicos en Alemania y en los territorios ocupados.

En su mensaje de Navidad, transmitido por radio al mundo entero el 24 de diciembre de 1942, el papa aludió al genocidio, pero sólo de forma breve y elíptica, hablando de los «centenares de millares de personas que, sin tener culpa alguna, tal vez sólo por razón de su nacionalidad o de su raza, son destinadas a la muerte o a un progresivo deterioro». Treinta palabras escasas en un texto de veintiséis páginas. Afirmaba que el mensaje era «breve, pero se entendía bien». Fuera ése o no el caso, lo cierto es que equivalió a la única protesta pública que hizo. En una carta al obispo de Berlín, monseñor Konrad von Preysing, de abril del año siguiente, Pío XII volvía a tratar el tema de su reticencia, comentando que «el peligro de represalias y las presiones ... aconsejan reserva». Expresaba su «inquietud por todos los católicos no arios» —sin mencionar a los «no arios» que no fueran católicos—, pero añadía que «desgraciadamente en el presente estado de cosas, no podemos ofrecerles más ayuda que nuestras oraciones».

El papa intervino personalmente para protestar ante los gobiernos eslovaco y húngaro por las deportaciones, aunque una vez más se abstuvo de efectuar ninguna denuncia pública. En octubre de 1943 tuvo que enfrentarse a las deportaciones ante sus propios ojos. Aproximadamente una semana antes de que se practicaran entre los judíos de Roma las redadas que darían lugar a su detención y posterior deportación, el Vaticano había sido avisado por el embajador alemán ante la Santa Sede, Ernst von Weizsäcker, pero el papa no pasó la información a las autoridades hebreas. Cuando los judíos fueron apresados, el Vaticano protestó oficialmente ante el embajador alemán. Una vez más, no hubo protesta pública alguna, tras recibirse el aviso de que eso «sólo habría provocado que las deportaciones se llevaran a cabo con más rigor». Quizá, se ha especulado también, el papa temiera la destrucción de la Ciudad del Vaticano por medio de un bombardeo o de alguna acción militar si causaba algún enojo a Berlín, reacción por lo demás no del todo improbable. Fuera o no ése el motivo, la Iglesia dio algunos pasos prácticos para ayudar a los judíos de Roma, escondiendo a unos 5.000 fugitivos en diversos conventos y monasterios. No se ha encontrado ninguna orden escrita del papa que dispusiera que se tomaran esas medidas para salvar la vida de las víctimas, pero es muy improbable que tantos esfuerzos simultáneos para esconder a los judíos en

los edificios de la Iglesia surgieran de manera espontánea. Un testigo ocular, el jesuita Robert Leiber, afirmaría después que Pío XII ordenó personalmente a los responsables de las propiedades eclesiásticas que abrieran sus puertas a los judíos. Unos 500 encontraron refugio en la propia residencia de verano del papa en Castel Gandolfo.

El silencio público de Pío XII ha perjudicado irremediablemente su reputación. Su mensaje navideño de 1942 fue una oportunidad perdida, entre otras coas porque sólo una semana antes las potencias aliadas habían condenado públicamente la «política bestial de exterminio a sangre fría» de los judíos. Tras decidir hacer referencia al genocidio, Pío XII habría debido hacer una condena en voz alta que fuera clara e inequívoca. A la hora de la verdad, el lenguaje opaco que utilizó consiguió que su mensaje tuviera poca repercusión. Aun así, para entonces, por inequívoca que hubiera sido, cualquier protesta o condena pública del papa con toda probabilidad no habría hecho nada para detener la obsesión alemana por terminar de una vez «la solución final de la cuestión judía».

¿Cuánto les importaba todo esto a los feligreses corrientes? La respuesta probablemente sea sólo una: no mucho. En la mayor parte de Europa los judíos habían sido una minoría pequeña y habitualmente desdeñada. La guerra se había tragado a millones de personas en una lucha por la supervivencia en la cual el destino de los judíos habría estado con toda probabilidad en la mente de relativamente pocos. Donde no había hostilidad hacia ellos, había una indiferencia generalizada. La gente tenía otras preocupaciones. La actuación insuficiente de las dos grandes confesiones religiosas mientras los judíos de Europa eran exterminados tendría muy poca repercusión en la conducta de los fieles, o en la lealtad de éstos a sus Iglesias una vez acabada la guerra.

De hecho, por controvertida que fuera su respuesta a la persecución de los judíos, los problemas a los que tuvieron que hacer frente las Iglesias durante el período de entreguerras y luego durante la propia segunda guerra mundial, no contribuirían demasiado a dañar su reputación y tampoco afectarían mucho a la conducta de los fieles durante la inmediata posguerra. Naturalmente nada de esto vale para las zonas que cayeron bajo la dominación soviética.

La Iglesia católica experimentó incluso cierto resurgimiento. La asistencia a las iglesias había aumentado en la mayoría de países durante la guerra. Y después continuó siendo bastante grande, probablemente como reflejo de la sensación de seguridad que el catolicismo parecía ofrecer a los creyentes tras los violentos traumas del conflicto. Los partidos políticos, algunos de ellos nuevos, en Alemania occidental, Holanda, Bélgica, Italia, Francia y Austria, fomentaron los principios católicos. En Alemania y Austria la Iglesia supo presentarse a sí misma como víctima del nazismo, al haber sido sometida a sus ataques y a su persecución. Al convertir retrospectivamente a la Iglesia en un vehículo de resistencia frente al nazismo, se tendía un tupido velo sobre los anteriores ámbitos de aprobación y colaboración.

La constitución italiana de posguerra confirmó los Pactos Lateranenses acordados en 1929 entre Mussolini y la Iglesia, que continuó determinando la educación y la moralidad pública. En el Portugal de Salazar y en la España de Franco la identidad nacional estuvo estrechamente vinculada a la Iglesia, que dio legitimidad ideológica al antisocialismo profundamente arraigado de ambas dictaduras. En España la Iglesia consiguió la exención fiscal, libertad ante toda interferencia por parte del estado y derechos de censura a cambio de su inquebrantable apoyo al régimen y del manejo de una memoria unilateral de la guerra civil. En general en la católica Irlanda la Iglesia prosperó también como no lo había hecho nunca antes, gozando de una gran popularidad —era el único país en el que la mayoría de la población iba regularmente a la iglesia— y de una enorme influencia política. En el Vaticano, el pontificado de Pío XII siguió inmutable, aumentó incluso su prestigio, convertido en un auténtico bastión de reacción frente a los presuntos males del mundo moderno, entre los cuales destacaba el comunismo ateo. El apogeo de la monarquía papal llegó a su punto culminante cuando en 1950 el papa utilizó su autoridad *ex cathedra* para proclamar «infalible» el dogma de la asunción a los cielos en cuerpo y alma de la Virgen María. Pero en una época cada vez más secular, escéptica y democrática, este tipo de monarquía absoluta estaba viviendo ya de prestado.

La Iglesia protestante, dividida doctrinal y organizativamente y escindida a nivel nacional, no podía basarse en la fuerza internacional ni en la solidez del catolicismo. En la mayor parte de la Europa del noroeste siguió adelante la erosión a largo plazo del protestantismo. La población de Gran Bretaña y de los Países Escandinavos siguió siendo fundamentalmente cristiana en sentido nominal, pero la disminución de la asistencia a la iglesia fue frenada en el mejor de los casos sólo de manera marginal por la guerra. En la Suecia neutral esa diminución fue continua, más marcada que en cualquier otra parte en las ciudades que en los pueblos. En Noruega y Dinamarca la asociación de las iglesias con la resistencia nacional echó el freno temporalmente a su anterior decadencia. En Holanda, la Iglesia Reformada de los Países Bajos consiguió también apoyarse en su historial de oposición durante la ocupación alemana para revigorizar el protestantismo durante los años de la inmediata posguerra. También en Suiza, tierra natal de Karl Barth, el teólogo más importante de su época, cuartel general de varias organizaciones internacionales protestantes, y donde la Iglesia protestante había desempeñado un destacado papel socorriendo a los refugiados, la religión siguió gozando de una notable vitalidad después de la guerra, desafiando durante algún tiempo la tendencia general hacia el laicismo. El protestantismo británico también resurgió durante la época de posguerra, llegando a alcanzar el punto culminante de número de miembros en los años cincuenta, antes de entrar en un período de acentuado declive.

La Iglesia protestante de Alemania también tuvo que hacer frente, por supuesto, a la postura que había adoptado durante el Tercer Reich. La permanencia del clero de época nazi supuso que esa asunción de responsabilidades siguiera siendo durante una generación o más incompleta o apologética en su tono, al tiempo que se subrayaba el papel desempeñado por la Iglesia en la resistencia al régimen y se minimizaban los elevados niveles de apoyo al nazismo. Al menos, a diferencia de sus homólogos católicos, las autoridades de la Iglesia protestante se mostraron dispuestas, en general, a admitir públicamente los graves fallos cometidos durante la época nazi. Sin embargo, la declaración de culpabilidad de la Iglesia —aunque sin entrar en detalles— hecha pública en Stuttgart en 1945 acabó

teniendo unas consecuencias más de división que de unidad. Consiguió hasta cierto punto aplacar las conciencias de los clérigos, aunque muchos alemanes la consideraron inadecuada, mientras que otros rechazaron las implicaciones de culpabilidad colectiva de los crímenes nazis.

No obstante, poco después de que acabara la guerra la Iglesia hizo mucho por reorganizarse y reforzarse, y desempeñó un papel importante en la atención a los refugiados. En línea con el modelo general seguido en toda la Europa del noroeste, la adhesión nominal a la Iglesia siguió vigente, al tiempo que disminuía la asistencia a los oficios religiosos, particularmente en las ciudades grandes y pequeñas. En la zona de ocupación soviética correspondiente a la Alemania del este, casi en su totalidad protestante, la Iglesia y sus organizaciones fueron sometidas a fuertes presiones por parte del estado. La Iglesia siguió existiendo, pero cada vez más como un nicho institucional, mientras que la población que frecuentaba la iglesia disminuyó progresivamente hasta convertirse en una pequeñísima minoría que intentaba mantener la fe en una sociedad oficialmente atea.

El protestantismo no conoció un Veranillo de San Martín comparable al que vivió el catolicismo. En ambas confesiones, sin embargo, las continuidades predominaron en el mundo de la inmediata posguerra. No se produciría ningún cambio significativo hasta más o menos los años sesenta. Los horrores de la guerra y las revelaciones que se producirían poco después de su terminación acerca de la magnitud de las atrocidades perpetradas durante la gran conflagración llevarían a los menos comprometidos y a los más reflexivos a plantearse no pocas cuestiones en torno a la conducta de las distintas Iglesias y sobre un Dios que era capaz de permitir que prevaleciera tanta maldad. Esas dudas no harían más que aumentar por otra parte a medida que la segunda guerra mundial fuera quedando cada vez más atrás en el tiempo y en la historia.

Los intelectuales y la crisis de Europa

Durante casi toda la primera mitad del siglo XX los intelectuales de Europa —sus principales pensadores y escritores de una gran variedad de disciplinas— estuvieron preocupados por una sociedad en crisis. La

calamidad que supuso la primera guerra mundial intensificó la sensación de vivir en un mundo irracional, noción ya presente en el pensamiento social desde la última década del siglo XIX. Daba la sensación de que la sociedad se había sumido en la locura. La civilización se había revelado enormemente frágil, para muchos achacosa y enferma, en el filo de la navaja y abocada a un nuevo desastre. Esa sensación contribuyó incluso a fomentar la vitalidad cultural de los años veinte. Y durante unos pocos años en esa misma década pareció de hecho que iba a poderse evitar el desastre. Pero con la Depresión, que fue una severa crisis del capitalismo absolutamente sin precedentes y que dio paso al atractivo cada vez mayor del fascismo, se agudizó marcadamente entre los intelectuales la percepción de crisis catastrófica de la civilización.

Los valores burgueses liberales que habían producido aquella civilización deforme estaban abiertos a los ataques que le llegaban por todos lados. Ya durante los años veinte los intelectuales empezaron a darse cuenta de que el distanciamiento altivo en una torre de marfil había dejado de ser una opción posible. El triunfo de Hitler en Alemania lo confirmó. La quema en mayo de 1933 de los libros de los escritores considerados inaceptables por los nuevos dueños y señores de Alemania obligó a emprender el camino de la emigración a muchas de las personalidades más sobresalientes del universo literario y artístico de Alemania, en su mayoría judíos, y supuso una conmoción de primer orden.

La sensación de civilización en crisis era generalizada. La democracia liberal no tuvo nunca tan pocos partidarios entre los intelectuales. La mayoría de ellos dudaban de que el cambio fundamental que se necesitaba para resolver la crisis pudiera venir del sistema que, a su juicio, lo había producido. El enorme desencanto con la sociedad burguesa y la pérdida de fe en el sistema político que la representaba polarizaron la reacción intelectual. Lo más habitual fue el giro hacia la izquierda, hacia alguna de las variedades del marxismo. Una minoría, sin embargo, volvió los ojos hacia la derecha fascista. Común a ambos tipos de reacción, aunque de maneras muy distintas, era la sensación de que había que acabar con la sociedad vieja y sustituirla por otra nueva basada en ideales utópicos de renovación social.

Los intelectuales rara vez volvieron sus ojos hacia la izquierda socialdemócrata, cuya relativa moderación parecía no estar en sintonía con los extremos que estaban enfrentándose y carecer de respuesta adecuada a la gravedad de la crisis. (Inglaterra, que en gran medida no se vio afectada por los extremos políticos que asolaron a la mayor parte del continente europeo, y Escandinavia, donde había surgido un consenso social en torno a las reformas socialdemócratas, permanecieron relativamente al margen de la tendencia general.) Muchos, en cambio, buscaron la salvación en el comunismo y a menudo vieron en la Unión Soviética el único rayo de luz en la profunda oscuridad reinante. En medio de la tiniebla más absoluta que rodeaba al presente, la promesa de una revolución mundial comunista ofrecía grandes esperanzas para el futuro. Los principios marxistas de igualdad sin clases, internacionalismo y abolición de las cadenas del capitalismo resultaban sumamente atractivos para los intelectuales idealistas. Los teóricos políticos marxistas —entre ellos Antonio Gramsci (cuyos principales escritos fueron compuestos durante el largo período en que estuvo preso en la Italia fascista), el alemán August Thalheimer, el desterrado León Trotski, el austríaco Otto Bauer, y el húngaro Georg Lukács— realizaron sofisticados análisis de la crisis del capitalismo, al margen del corsé de la ortodoxia estalinista.

Fuera de ellos, sin embargo, los intelectuales del período de entreguerras estuvieron en general menos motivados por una lectura atenta de los escritos teóricos marxistas que por un compromiso emocional con el marxismo (aunque no siempre con la forma política que la doctrina había adoptado en la Unión Soviética) como marco de un nuevo orden social basado en la libertad, la justicia y la igualdad. Entre muchos otros cabría citar a Henri Barbusse, Romain Rolland, André Gide y André Malraux en Francia; a Bertold Brecht y Anna Seghers en Alemania; a Aleksander Wat en Polonia; a Manès Sperber, el exiliado polaco residente en Francia; al húngaro Arthur Koestler; y a John Strachey, Stephen Spender, W. H. Auden y George Orwell en Gran Bretaña.

El rasgo más importante era el antifascismo: el comunismo representaba el rechazo total del racismo, del hiper-nacionalismo y del militarismo que constituían el credo descaradamente brutal del nazismo.

Los intelectuales sintieron en su inmensa mayoría repulsión por la ofensiva sin paliativos del nazismo contra los valores progresistas y la libertad cultural. Pero lo que los espantaba más era su ataque contra la esencia misma de las creencias humanistas. Su defensa abierta de la violencia contra todos aquellos a los que consideraba enemigos políticos y raciales, puesta de manifiesto del modo más evidente en el trato despiadado que dispensó a los judíos, hizo que para muchos intelectuales resultara incontrovertible seguir la única opción que, a su juicio, se les abría: el apoyo al comunismo respaldado por la Unión Soviética, la fuerza más fervientemente comprometida con el antifascismo.

Como explicaría Eric Hobsbawm, que mucho después de la segunda guerra mundial se convertiría en un historiador de fama mundial y en un destacado intelectual de izquierdas, la opción que tomó cuando todavía era un adolescente en Berlín y fue testigo de los estertores de la República de Weimar, significó la base de un compromiso con el comunismo y con la Unión Soviética que duraría toda su vida. Fue un compromiso que sobrevivió en su caso no sólo a las revelaciones acerca de los crímenes del estalinismo, sino también a la invasión de Hungría en 1956 y a la de Checoslovaquia en 1968, que repelerían, en cambio, a muchos intelectuales. «Para algunos como yo realmente sólo había una opción», recordaría Hobsbawm. «¿Qué otra cosa quedaba sino el comunismo, especialmente para un muchacho que había llegado a Alemania atraído ya emocionalmente por la izquierda?»

Las ilusiones acerca de la Unión Soviética mantuvieron a muchos intelectuales esclavizados mucho después incluso de que se conocieran los horrores del estalinismo y se demostrara su realidad como algo irrefutable. Unos perdieron sencillamente cualquier espíritu crítico, cegados por la propaganda soviética en torno a la gloriosa nueva sociedad que estaba en proceso de creación. Dos de las lumbreras más notables del partido laborista inglés, Sidney y Beatrice Webb, publicaron en 1935 un embarazoso himno de alabanza al estalinismo titulado *Soviet Russia: A New Civilisation*? Estaban tan seguros de sus opiniones que cuando el libro fue reeditado dos años después, en el momento álgido de las purgas, fue eliminado del título el signo de interrogación. Otros, como el gran

dramaturgo alemán Bertold Brecht, se limitaron a cerrar los ojos permanentemente a la realidad inhumana de la dictadura comunista al tiempo que se aferraban a la visión humanizada de la sociedad comunista utópica. A menudo los intelectuales sencillamente no quisieron reconocer la realidad de la Unión Soviética. No podían permitir que el sueño se desvaneciera. Con frecuencia fueron incapaces de abandonar su fe en el comunismo como una esperanza de la capacidad de la humanidad de crear un mundo mejor, incluso cuando se tuvieron pruebas evidentes de que el estalinismo desafiaba cualquier parodia que pudiera hacerse de esa fe.

Otros sostuvieron que la barbaridad de los derramamientos de sangre estalinistas no eran más que un lamentable efecto colateral de la construcción de la utopía. Aunque algunos inocentes habían tenido que sufrir los «daños colaterales», la mayoría de los asesinados, se dijo, habían sido verdaderos enemigos de la revolución. El extremo de la violencia era un simple reflejo del poder de los enemigos internos de la revolución; era una desafortunada necesidad.

Una defensa alternativa sería la convicción expresada una y otra vez de que Stalin supuso no ya la continuación de la revolución, sino su negación, una distorsión total de sus ideales, una desviación de la «verdadera» senda de Lenin, el padre fundador de la Unión Soviética. El poeta polaco Antoni Słonimski, por ejemplo, se negó en todo momento a culpar al marxismo o a la revolución de la opresión de los largos años de estalinismo. Su compatriota Aleksander Wat, poeta vanguardista y editor de un periódico marxista que sufrió graves represalias a manos del régimen soviético durante la segunda guerra mundial, explicaría posteriormente que «consideraba terrible a Stalin, un hombre que había hecho cosas horribles», pero no estaba dispuesto a criticar a la Unión Soviética, «la patria del proletariado».

El filósofo inglés Bertrand Russell fue uno de los pocos que visitó Rusia (ya en 1920) lleno de entusiasmo por la revolución, para volver espantado del uso del terror y de la despiadada eliminación de los adversarios políticos que practicaba. Era perfectamente consciente, sin embargo, de que decir cualquier cosa contra el bolchevismo en aquellos tiempos habría suscitado acusaciones de apoyar a los reaccionarios. El

distinguido escritor francés André Gide fue otro intelectual que simpatizó con los objetivos de la revolución, pero que cambió de opinión tras visitar la Unión Soviética a mediados de los años treinta. La publicación de sus críticas al comunismo en 1936 atrajo muchos insultos personales hacia él y la pérdida de antiguos amigos de izquierdas. Manès Sperber, escritor judeo-polaco que vivía en el exilio y trabajaba en París —destino por lo demás de numerosos emigrantes judíos—, una vez que la ascensión al poder de Hitler lo obligó a salir de Alemania, abrigaba cada vez más dudas respecto a la Unión Soviética ya en 1931, tras efectuar una visita a Moscú. Pero se abstuvo de «expresarlas a sabiendas de que ello me habría causado muchas dificultades políticas y emocionales» y siguió siendo miembro del partido comunista, motivado primordialmente por la lucha contra el fascismo, hasta que los disparates de las farsas judiciales estalinistas lo obligaron a abandonarlo en 1937.

Arthur Koestler, judío también, autor prolífico y periodista nacido en Budapest, ingresó en el partido comunista alemán en 1931, pero empezó a sentirse desilusionado de la realidad soviética cuando fue testigo de la colectivización forzosa y de la hambruna en Ucrania. La ruptura, sin embargo, no se produjo de forma brusca ni rápida. La guerra civil española fue la que la determinó. Como numerosos otros intelectuales de izquierdas, fue a España a luchar contra el fascismo. Pero al ver en este país la política comunista dictada únicamente por los intereses de la Unión Soviética y enterarse de las acusaciones a todas luces falsas presentadas en las farsas judiciales montadas en contra de los comunistas leales, abandonó interiormente el estalinismo mientras languidecía en una cárcel franquista (durante algún tiempo estuvo incluso condenado a muerte). Incluso entonces, con tal de mantener la unidad antifascista, permaneció varios meses callado, hasta que finalmente rompió con el comunismo en 1938. Su brillante novela *El cero y el infinito* (1940) es una descarnada reconstrucción de la presión psicológica infligida a todos aquellos que eran acusados de cualquier presunta desviación de la ortodoxia con el fin de obtener las absurdas «confesiones» de antiguos partidarios incondicionales de la URSS en las farsas judiciales estalinistas. Koestler tuvo que enfrentarse directamente al dilema al que tuvieron que hacer frente muchos

intelectuales de izquierdas durante los años treinta: cómo seguir siendo leales a la única fuerza capaz de resistir y vencer a la amenaza del fascismo y reconocer al mismo tiempo que la Unión Soviética se había convertido en una caricatura grotesca de los profundos ideales que les habían servido de motivación.

Para una minoría no despreciable de intelectuales, los ideales de la izquierda —por no hablar de los niveles de violencia que acompañaron a la Revolución Rusa, la subsiguiente guerra civil y la dictadura estalinista— eran abominables. Este colectivo buscaría la salvación de la crisis de Europa en la derecha. Algunos se convirtieron en defensores directos del fascismo. Lo que tenían en común era la creencia en la necesidad de renovación espiritual para superar el derrumbamiento y la caída en la barbarie y en el nihilismo de una humanidad degenerada. El fascismo de los años veinte y treinta —su plena expresión de inhumanidad durante el horror genocida de la segunda guerra mundial aguardaba a manifestarse aún en el futuro— les proporcionó una utopía alternativa, que combinaba una elevación en gran medida mítica de los valores culturales del pasado y una visión de una nación moderna, homogénea y unida, que incorporaba dichos valores.

El atractivo del fascismo no era de por sí retrógrado. Por ejemplo, las esperanzas de Filippo Marinetti y de los futuristas, que glorificaban la violencia revolucionaria de la edad moderna de las máquinas y alababan a Mussolini, no se cifraban en una vuelta al pasado, sino en la visión de una sociedad moderna utópica. Un poeta expresionista como Gottfried Benn pudo ser atraído hacia el nazismo como la fuerza revolucionaria que iba a crear una nueva estética moderna, aunque no tardaría en verse desilusionado. El influyente poeta de la modernidad y crítico Ezra Pound nació en Estados Unidos, pero se estableció en Londres antes de la primera guerra mundial. Asqueado de lo que consideraba la responsabilidad del capitalismo internacional en la guerra y lleno de desprecio por la democracia liberal, se trasladó a París y luego a Italia, donde alabó a Mussolini y vio en el fascismo italiano el presagio de una nueva civilización. A diferencia de Benn y otros, Pound nunca se desilusionó. En cualquier caso, nunca se retractó de su fe en el fascismo

La fe en el «hombre nuevo», en la renovación de la «verdadera» cultura y en el renacimiento nacional a menudo se tradujo en una expresión mística que desafiaría cualquier rigor intelectual. Para el ensayista político y novelista francés Pierre Drieu la Rochelle, obsesionado como estaba con la decadencia nacional y cultural de su país, el fascismo (y la ocupación nazi de Francia) supuso «la gran revolución del siglo XX», una «revolución del alma». Otro escritor francés pro fascista, Robert Brasillach, vio el fascismo como «la verdadera poesía del siglo XX», el espíritu de la «camaradería nacional».

La creencia en la renovación espiritual a través del renacimiento nacional explica en buena parte el atractivo del fascismo para los intelectuales. Hasta 250 personalidades italianas firmaron el Manifiesto de los Intelectuales Fascistas de 1925, en el que alababan el fascismo como «la fe de todos los italianos que desdeñan el pasado y ansían la renovación». El manifiesto había sido redactado por Giovanni Gentile, un distinguido catedrático de filosofía de la Universidad de Roma. Gentile volvió sus ojos hacia el fascismo italiano para crear un estado ético que sustituyera la voluntad moral del individuo y superara la decadencia del liberalismo burgués. A mediados de los años veinte hablaría del «alma de la nueva Italia que lenta, pero irremisiblemente prevalecerá sobre la antigua». Estaba dispuesto incluso a jactarse de la barbarie fascista como expresión «de sanas energías demoledoras de ídolos falaces y funestos, y restauradoras de la salud de la nación en el poderío del estado consciente de sus soberanos derechos, que son sus deberes».

Más curioso todavía fue el compromiso con el movimiento nazi del destacado filósofo alemán Martin Heidegger. La filosofía de este pensador, sumamente complejo y sofisticado, cuya fama internacional había cimentado su obra *Sein und Zeit* (*Ser y Tiempo*), publicada en 1927, lo predisponía a los ideales que veía representados por el movimiento nazi. Fundamental en todo ello era la creencia en la «decadencia espiritual» de su época, en la erosión de lo que Heidegger llamaba el «ser auténtico», y su creencia, inseparable de la anterior, en el destino especial del pueblo alemán, llamado a llevar a cabo la renovación cultural. A pesar de su mente brillantísima, buena parte de esas ideas estaban muy cerca del misticismo

romántico. Heidegger consideraba que Alemania ocupaba un lugar central entre «la gran pinza formada por Rusia por un lado y América por otro», que juntas producían «la misma desolada locura de la tecnología sin límites y la indeterminable organización del ser humano medio». El «camino hacia la aniquilación» de Europa, escribía en 1935, sólo podía ser cortado por «el despliegue de unas fuerzas espirituales históricamente nuevas provenientes del centro». Para entonces Heidegger llevaba ya largo tiempo comprometido con el movimiento nazi de Hitler, en cuyo partido había ingresado el 1 de mayo de 1933. Tres semanas después pronunciaría un panegírico del nuevo régimen en su discurso como nuevo rector de la Universidad de Friburgo, glorificaría a Hitler (hablando de él como «la realidad de Alemania, presente y futura, y su ley»), y llevaría a cabo la expulsión de la universidad de sus colegas «no arios» (incluido su maestro y mentor, Edmund Husserl).

La creencia en la necesidad de una revolución cultural o «espiritual» llevaba aparejado el rechazo fundamental de la democracia liberal. Ambas tendencias fueron particularmente fuertes en Alemania, aunque distaran mucho de verse confinadas a este país. El escritor alemán y especialista en historia de la cultura Arthur Moeller van den Bruck culpaba de «toda la miseria política de Alemania» a los partidos políticos. Su libro *Das Dritte Reich* (*El Tercer Reich*), publicado en 1923, ofrecía una visión milenarista de la perfección alemana por la que había que luchar denodadamente aunque no pudiera llegar a realizarse nunca. Van den Bruck no vivió para ver cómo su eslogan era adoptado por el estado nazi y, como otros radicales «neoconservadores» alemanes que abogaban por una «revolución conservadora», quizá se habría sentido desilusionado por la experiencia de la realidad del régimen de Hitler. Otro neoconservador, Edgar Jung, que había previsto la construcción de una nación alemana orgánica como vía para el resurgimiento nacional y espiritual, enseguida se sintió desencantado con la realidad del régimen nazi, lo que dio lugar a su asesinato a manos de los matones de Hitler durante la infame «Noche de los Cuchillos Largos» en junio de 1934.

El profesor alemán y experto en teoría del derecho constitucional Carl Schmitt demostró estar más capacitado para ajustarse a las realidades del nuevo orden vigente en Alemania. Schmitt, que había alcanzado una posición de preeminencia durante los años veinte, rechazaba las instituciones parlamentarias como verdadera expresión de la democracia. Abogaba por un estado soberano fuerte y un líder que representara la unidad de los gobernantes y los gobernados y que fuera capaz de ejercer un poder decisivo, libre, si era necesario, de cualquier constricción legal, con el fin de actuar al servicio del interés público. La ley, en este sentido, no ligaba a gobernantes y gobernados. Más bien provenía del «decisionismo» del poder soberano cuya responsabilidad era mantener el orden. Schmitt, que ingresó en el partido nazi en mayo de 1933, ayudaría más tarde a legitimar la noción de «Estado Total». Después de que Hitler ordenara el asesinato de los líderes de sus tropas de asalto en el curso de la «Noche de los Cuchillos Largos», no era ninguna aberración que Schmitt publicara un artículo titulado «El Führer protege la ley».

La complejidad y variedad de la vida intelectual en la Europa de entreguerras no puede, por supuesto, encorsetarse simplemente en la oposición polarizada de izquierdas y derechas, de comunismo y fascismo. En realidad algunas tendencias intelectuales prácticamente permanecieron al margen por completo de la política. El positivismo lógico, la rama de la filosofía asociada particularmente con Ludwig Wittgenstein, que sostenía que sólo las proposiciones que pueden ser verificadas empíricamente tienen significado, constituye un ejemplo. Por otra parte tampoco el pensamiento económico y político se vio arrastrado a los extremos. Al fin y al cabo uno de los intelectuales más importantes de la época fue un liberal inglés, John Maynard Keynes, que detestaba tanto el comunismo como el fascismo. Mientras Europa fijaba cada vez más sus ojos en modelos de sociedad basados en el socialismo estatal marxista o en el autoritarismo fascista, Keynes dio a la democracia liberal capitalista un salvavidas proporcionándole una vía hacia un capitalismo reformado en una democracia reformada. La obra de Keynes, el economista más brillante de su época, haría una aportación indispensable para la elaboración de una política económica después de la segunda guerra mundial. Su *Teoría*

general del empleo, el interés y el dinero, publicada en 1936, rechazaba la ortodoxia económica clásica, que sólo se fijaba en unas finanzas saneadas, en unos presupuestos equilibrados y en el mercado, que debía crear su propio equilibrio. Keynes por su parte proporcionaba la base teórica para la intervención del gobierno a través del incremento del gasto público con el fin de estimular el mercado y crear pleno empleo, aportando así la demanda que sustentara el crecimiento económico. Pero a Keynes lo movía también la idea de crisis general, aunque su formación de inglés de clase alta y la relativa solidez de las estructuras políticas británicas significaran que buscara soluciones a través de una política económica en el marco de la democracia liberal.

Probablemente sólo en Inglaterra, donde la clase alta continuaba gozando no sólo de un estatus social, sino también de unos niveles casi únicos de estabilidad política, fuera posible el tipo de extraño juicio expresado por el novelista Evelyn Waugh. Waugh, que socialmente era un esnob, políticamente reaccionario y fervoroso converso al catolicismo tridentino, que estaba fascinado por la aristocracia inglesa y despreciaba al resto de la sociedad, desdeñaba por completo la política, afirmando de manera absurda que las posibilidades de felicidad no se veían «demasiado afectadas por las condiciones políticas y económicas» en las que vivían las personas, y que no había ninguna forma de gobierno que fuera mejor que otra.

Unas opiniones tan excéntricas estaban muy lejos de la preocupación por la crisis que sentían la mayor parte de los intelectuales europeos. Los últimos años treinta trajeron una desesperación creciente para los izquierdistas. Muchos de los que fueron a España para participar en la lucha contra el fascismo regresaron decepcionados. Luego vino la profunda consternación por la traición a Checoslovaquia en 1938. Al año siguiente la victoria definitiva de Franco y el Pacto Hitler-Stalin —que establecía una amistad entre el régimen que consideraban la quintaesencia del mal político y el país que tantos de ellos admiraban— constituyeron otras dos píldoras extremadamente amargas que se tuvieron que tragar. Mientras tanto, el pluralismo y el aperturismo de los que depende la vida intelectual habían

sido aplastados en Alemania, Italia, la Unión Soviética y buena parte del resto de Europa. Poco después, la vida intelectual «normal» de Europa prácticamente se pasaría en hibernación los seis largos años de la guerra.

Muchas de las voces intelectuales contrarias al fascismo más enérgicas fueron entonces las de los exiliados alemanes. Entre ellas cabría citar las de algunos miembros de la influyente Escuela de Frankfurt (trasladada mientras tanto a Nueva York), el grupo de eminentes filósofos y sociólogos marxistas (aunque no leninistas) encabezado por Max Horkheimer y Theodor Adorno, y las de escritores de diversas ideologías políticas, entre ellos Thomas Mann y su hermano Heinrich, Alfred Döblin, Erich Maria Remarque, Lion Feuchtwanger y Anna Seghers. Cuando el imperio de Hitler se tragó prácticamente a todo el continente europeo, Stefan Zweig, exiliado en Brasil, se desesperó de Europa, su cultura y el futuro de la propia humanidad. En febrero de 1942, su mujer y él tomaron una sobredosis de somníferos, se cogieron de la mano y esperaron a que les llegara la muerte.

Cuando la vitalidad empezó a volver a la vida intelectual de Europa a partir de 1945, eran evidentes a un tiempo el pesimismo y el optimismo por el futuro. Lo bajo que había llegado a caer la civilización evocaría —especialmente en el resurgimiento cristiano, profundamente influenciado por la teología de Karl Barth— cierta idea de esperanza en el futuro siempre y cuando la sociedad regresara a los valores y las creencias del cristianismo. Aunque en realidad no empezaría a tener fuerza hasta los años cincuenta, surgió entonces una renovada esperanza en la democracia liberal, que finalmente había logrado triunfar e imponerse a la amenaza del nazismo. Raymond Aron, el distinguido filósofo y politólogo (y ardiente antimarxista) francés, pensaba que «podemos poner fin a la edad de las guerras hiperbólicas sin volver a caer bajo el yugo». Finalmente se habían aprendido las lecciones de dos grandes guerras. «El desencadenamiento de la violencia no arregla nada.» La «misión de libertad» de Occidente, pensaba, tenía muchas posibilidades de éxito.

Para otros, en cambio, el optimismo se basaba precisamente en la dirección contraria, en sus renovadas esperanzas de una victoria final del comunismo. La Unión Soviética había salido victoriosa frente al nazismo.

Los comunistas habían desempeñado un papel desproporcionado en los movimientos de resistencia que habían combatido valerosamente contra la ocupación nazi. Sin embargo, en la Europa occidental la fe en la Unión Soviética iba disminuyendo. Cuando la alianza forjada durante la guerra con la Unión Soviética se disolvió y se transformó en la Guerra Fría, cuando la Europa del este cayó bajo el yugo soviético, y cuando los horrores del estalinismo fueron más conocidos por todos, la esperanza en el modelo soviético de comunismo cedió ante un nuevo clima de hostilidad.

Probablemente no haya unas obras literarias del período de la inmediata posguerra más importantes para la formación de la postura ante la Unión Soviética en los albores de la Guerra Fría que las dos novelas distópicas de George Orwell, *Rebelión en la granja* y *1984*. Orwell se había sentido profundamente escandalizado por lo que había visto en España durante la guerra civil que era la intolerancia estalinista de cualquier desviación de las rígidas líneas del partido. Su anticomunismo se había intensificado a raíz del Pacto Hitler-Stalin de 1939. Y cuando Stalin se convirtió en aliado de Gran Bretaña tras la invasión alemana de 1941, Orwell se sintió horrorizado de que «ese repugnante asesino esté temporalmente de nuestro lado, y de ese modo se olviden de repente las purgas, etc.». Debido a la alianza forjada durante la guerra con la URSS, los editores rechazaron la tremenda sátira de la aparición de la dictadura de Stalin que es *Rebelión en la granja* cuando la obra quedó terminada en 1944. Finalmente apareció con gran éxito al año siguiente, una vez acabada la guerra en Europa, reflejando la nueva atmósfera de la Guerra Fría e influyendo en ella. Aún más influyente fue la espeluznante visión futurista de lo que podía significar semejante dictadura para la libertad individual y la tolerancia política expresada en su novela *1984*, publicada en 1949 en un momento en el que la Europa del este ya había caído en las garras de la dominación soviética.

Una sorprendente transición desarrollada en el clima intelectual de posguerra fue la nueva forma en que la incipiente crítica del comunismo soviético se asoció al análisis estructural del nazismo. Los dos sistemas pasaron a ser considerados manifestaciones distintas de un fenómeno que esencialmente era el mismo, y los males del difunto régimen nazi fueron

trasladados a la amenaza viva que se percibía que venía de la Unión Soviética. El concepto de totalitarismo, aunque existente ya desde los años veinte, se desplegó ahora de forma distinta y demoledora para agrupar a un tiempo la gran inhumanidad de ambos regímenes. A mediados de los años cincuenta, en el clima creado por la Guerra Fría, las publicaciones del politólogo americano (de origen alemán) Carl Joachim Friedrich serían fundamentales para este cambio en el uso del término.

Pero ya antes la labor trascendental —y enormemente influyente en todo el mundo occidental— fue la de Hannah Arendt, alemana de origen judío exiliada en Estados Unidos, que irónicamente había sido en otro tiempo amante del rey-filósofo de Hitler, Martin Heidegger, al tiempo que se convertía en una distinguida experta en teoría política. En 1949 estaba a punto de terminar su importantísimo estudio *Los orígenes del totalitarismo*, que apareció dos años después. El libro era en realidad principalmente una explicación de la ascensión al poder del nazismo y sus dos primeras secciones se centraban en el antisemitismo y el imperialismo, temas con poca relevancia para la naturaleza del poder soviético. La comparación inculpatoria con la Unión Soviética aparecía en la tercera parte del libro, «El totalitarismo», buena parte de la cual apareció sólo en una edición revisada posterior. Esta sección comparativa pintaba la imagen más lúgubre de un «mal radical», un fenómeno político enteramente nuevo cuya esencia es el «terror total», que destruye todo fundamento de ley, «destruye todos los valores morales que conocemos», y produce un sistema basado en «fábricas de aniquilación» en el que «todos los seres humanos se vuelven igualmente superfluos».

Era una evaluación muy amarga del colapso de la civilización. A juicio de muchos intelectuales, el camino que había tomado Europa desde la Ilustración del siglo XVIII hacia una sociedad civilizada basada en los principios de racionalidad y progreso estaba en ruinas. Habían sido socavados los mismísimos fundamentos de la propia sociedad moderna. La era de la Ilustración, habían dicho ya en 1944 Horkheimer y Adorno, había culminado de manera perversa con la «autodestrucción de la razón».

Pero la crítica de Horkheimer y Adorno no se limitaba al nazismo y al estalinismo. Se extendía también a la moderna cultura capitalista de masas. Y muy pronto esa «industria cultural», como ellos la llamaban, englobaría a toda la Europa occidental.

«Que siga el espectáculo»:
El negocio del entretenimiento popular

A muy pocos entre las masas mayoritariamente poco cultivadas de Europa les preocupaban los torturados esfuerzos de los intelectuales por comprender la crisis que estaban viviendo. Y la religión iba perdiendo arraigo, lenta, pero inexorablemente. Cuanto más alfabetizada y más culta era la población, cuanto más alto era el nivel de urbanización y cuanto más avanzada era la economía industrial, más tenían que luchar la Iglesia católica y la Iglesia protestante para conservar la adhesión de la gente a ellas. Tenían que competir no sólo con las filosofías que rechazaban el cristianismo y ofrecían distintas «religiones seculares» alternativas, sino con la multitud de distracciones cotidianas de la vida moderna existentes en las ciudades grandes y pequeñas del continente (aunque menos en las zonas rurales). Puede que las iglesias se vaciaran; pero los bares, los campos de fútbol, las salas de baile y los cines estaban a reventar. En medio de la hecatombe de las dos grandes guerras, separadas por la miseria de la Depresión, la gente había seguido buscando lo que hacía que valiera la pena vivir la vida. La gente quería diversión. Por monótona y rutinaria que fueran las vidas de las personas, estaban determinadas no sólo por la economía o las normas morales de las Iglesias, sino por aquello que hacía su existencia más agradable: destellos de color en medio de un mundo gris, la diversión en medio de la monotonía, el alivio de lo que resultaba insoportable.

Lo que la gente deseaba mayoritariamente era entretenimiento, no sermones de curas, cavilaciones intelectuales o la edificación de una «alta cultura». La difusión de los entretenimientos de masas había hecho unos progresos enormes ya durante los años veinte. Pero todavía no se habían transformado en el gran negocio en el que estaban a punto de convertirse.

Las mejoras tecnológicas estaban sobre todo muy por detrás del estratosférico despegue que tendría lugar durante la década siguiente, incluso en medio de la espesa niebla de la crisis económica. Mientras que el entretenimiento había dependido en otro tiempo de la actuación en directo, que en el mejor de los casos podía llegar sólo a unos cuantos centenares de afortunados en cada ocasión, la producción masiva de radios y gramófonos asequibles (a menudo combinados en la «radiogramola») significó que millones de personas pudieran escuchar a sus artistas favoritos precisamente en el mismo instante, a lo largo de todo un país y desde la privacidad de sus hogares.

La mayor parte de los estímulos y de las innovaciones vendrían de Estados Unidos. América representaba todo lo que era nuevo, animado y emocionante para millones de personas —especialmente para los jóvenes— de la Europa occidental. La música popular y el cine fueron las fuerzas más dinámicas. Gran Bretaña, que compartía con Norteamérica la misma lengua y tenía fuertes lazos culturales con Estados Unidos, estaba más abierta que cualquier otro país a la influencia americana (aunque durante los años treinta se levantaron barreras para impedir que el talento importado del otro lado del Atlántico dejara sin trabajo a los músicos británicos). Los jóvenes corrieron a su encuentro. La minoría dirigente se mostró menos entusiasta. El primer director general de la BBC, el austero y puritano sir John Reith, intentó detener lo que, a su juicio, era la contaminación cultural de la radio británica a través de la influencia americana. Pero sus esfuerzos tan denodados como inútiles estaban condenados al fracaso. El pujante consumismo comportaba una demanda insaciable de todo lo que los nuevos medios culturales podían ofrecer, demanda ávidamente fomentada por el negocio en rápida expansión del entretenimiento y por las huestes de los que ganaban dinero con él: empresarios del mundo del espectáculo, editores de canciones, agentes artísticos, productores de discos y tantos otros.

El avance imparable de la música popular fue de la mano de la popularidad de la radio, que de la noche a la mañana convertía en estrellas a sus artistas más destacados. El fonógrafo —y de paso el micrófono— había sido inventado por Thomas Edison allá por la década de 1870. Pero todavía en los años veinte de la siguiente centuria la grabación del sonido seguía

siendo bastante primitiva. Casi ninguna de las canciones populares de esa época o de las décadas anteriores sobrevivió para ser escuchada por las generaciones posteriores. No tardaría en cambiar todo eso. Aproximadamente una década más tarde, los micrófonos y las técnicas de grabación habían mejorado una enormidad. Al contar con una amplificación mejor, los cantantes ya no necesitaban poseer unas voces potentes. Podían «agarrarse» al micrófono en vez de tener que proyectar la voz hacia él desde cierta distancia y producir un sonido mucho mejor que el que se conseguía apenas unos años antes. Surgió una nueva raza de cantantes melódicos o *crooners*, que podían salmodiar letras sentimentales de una manera más «íntima» y que consiguieron una enorme popularidad. Bing Crosby fue la primera «superestrella» melódica cuya tremenda popularidad no tardó en cruzar el Atlántico desde Estados Unidos durante los años treinta. Lo mismo sucedería con Frank Sinatra unos años más tarde. Sus discos se vendieron no a millares, sino a millones. Más de cincuenta millones de copias de la almibarada «Navidades blancas» (*White Christmas*) de Bing Crosby, compuesta por Irving Berlin, fueron vendidas desde que la interpretó por primera vez en 1941. Incluso muchas décadas después resulta difícil no escucharla en la música ambiental de los supermercados y grandes almacenes cada vez que se acercan las Navidades.

También los cantantes melódicos europeos alcanzaron una popularidad enorme. A menudo su fama se limitaba a su propio país, pero algunos, como el británico Al Bowlly (nacido en realidad en Mozambique), cuya canción *The Very Thought of You* fue un gran éxito, tuvieron bastante repercusión en Estados Unidos. También algunas cantantes europeas se hicieron famosísimas en sus países de origen y a veces también fuera de ellos. Édith Piaf, «el ruiseñor» de la canción, comenzó su camino hacia el estrellato a mediados de los años treinta y al cabo de poco tiempo se convirtió en la cantante más popular de Francia (y en unos cuantos años más en una celebridad internacional). En Inglaterra, Gracie Fields, una chica corriente de Lancashire, cuyas actuaciones como cantante y actriz ya la habían catapultado a la fama a escala nacional durante los años veinte, llegó al culmen de su popularidad durante la época de la Depresión con un repertorio de comedias musicales y canciones sentimentales. La guerra y los

programas radiofónicos para las tropas crearon sus propias estrellas de género femenino. Vera Lynn, ya famosa a través de la radio y de sus discos a finales de los años treinta, no tardó en ser conocida como «La Novia de los Soldados». Prácticamente no había un soldado británico que no conociera su gran éxito, perfectamente acorde con los tiempos, «Nos volveremos a encontrar» (*We'll Meet Again*). *Lili Marlene* de Lale Andersen, aunque no fuera del agrado de los oficiales nazis, se convirtió en la favorita de los soldados de la Wehrmacht y, caso especialmente curioso, cruzó las líneas para constituir un verdadero éxito también entre las tropas aliadas en su versión en inglés (cantada por Marlene Dietrich).

Los principales cantantes populares de los años treinta y cuarenta fueron fruto de la transformación —y comercialización— de la propia música. Los primeros pequeños conjuntos de jazz «hot» y de blues integrados por músicos negros, cuyas raíces musicales habría que situar en la música *country* y en la de los esclavos afroamericanos, fueron sustituidos por las grandes bandas dominadas por intérpretes blancos. Cada una de ellas llevaba el nombre de su director o líder, hacía alarde de su vocalista «estrella» y ofrecía un sonido más suave, más orquestal y un atractivo más sentimental a la medida del público radiofónico en general.

El nuevo sonido de las grandes bandas había comenzado también en América, con el éxito de la Orquesta de Paul Whiteman durante los años veinte (que dio a Bing Crosby su primera gran oportunidad como cantante). Bien es verdad que había habido algunas grandes bandas importantes dirigidas por músicos negros, como Fletcher Henderson. Pero los negros tuvieron que seguir enfrentándose a la discriminación en el mercado de la música comercial. Algunos de los intérpretes de jazz más importantes, como el gran trompetista Louis Armstrong, que se había hecho famoso con sus bandas de jazz, los Hot Five y los Hot Seven, durante los años veinte, se aclimataron a la nueva tendencia y se convirtieron en estrellas de las recién creadas grandes bandas antes de pasar a liderar las suyas. Durante los años treinta, cuando el éxito en su propio país, aunque notable, seguía siendo limitado debido a los prejuicios raciales, que obligaban a los intérpretes negros a permanecer al margen de los contratos más lucrativos, Armstrong alcanzó su mayor popularidad en Europa. Cuando en 1932 realizó una

tournée por el viejo continente en compañía de su banda, «consiguió la aceptación más entusiasta y vehemente que había conocido nunca cualquier intérprete americano». Duke Ellington, el más complejo e innovador de todos los primeros «reyes del jazz», vivió más o menos la misma experiencia cuando su banda actuó por primera vez en el Palladium de Londres en 1933: «Los aplausos fueron tremendos, en una serie tras otra de aplausos y ovaciones», diría el artista. Seis años después su segunda *tournée* europea llegó a su punto culminante en Estocolmo en abril de 1939, con ruidosas felicitaciones de sus fans suecos con motivo de su cuadragésimo aniversario.

Pero hasta Louis Armstrong y Duke Ellington empezaron a perder terreno ante las nuevas tendencias de la música popular cuando se puso de moda el swing. El principal exponente (y beneficiario) de la transición al swing fue Benny Goodman, cuyo padre había llegado a Norteamérica huyendo del terror antisemita de Rusia. Goodman, apodado «el Rey del swing», era un clarinetista soberbio cuya banda tocaba una versión auténtica de jazz, aprovechando los arreglos de Fletcher Henderson (que, como muchos otros destacados exlíderes de bandas negras, pasó por una mala racha durante la Depresión). Pero Goodman tuvo muchos imitadores que fueron menos innovadores y tenían menos talento. Principalmente convirtieron el swing en música popular de baile, cuya finalidad era explotar la «locura por el baile» que se apoderó de buena parte de Europa durante los años treinta.

En una medida mucho mayor que durante los años veinte, las salas de baile se convirtieron en el gran centro de la diversión popular en directo de los jóvenes, aunque los frenéticos ritmos del charlestón cedieron el paso a las cadencias más suaves del foxtrot, el *quickstep* y el vals antes de que las tropas americanas trajeran a Europa durante la guerra el *jitterbug* (o *jive*). Los líderes de las bandas de música de baile más populares eran grandes celebridades. Jack Hylton, el líder de la banda de más éxito de Inglaterra, podía ganar a la semana un sueldo de 10.000 libras esterlinas, en una época en la que la paga por una semana de trabajo agotador en una fábrica era de 2 o 3 libras. En 1938 Hylton llevó a su banda (varios de cuyos miembros

eran judíos) a Berlín, donde tocó un mes entero para un público entusiasmado de bailarines en una sala decorada con una bandera enorme con la cruz gamada.

Sin embargo, en la Alemania nazi la música swing, lo mismo que el jazz en general, era menospreciada y tachada de «música de negros». Durante la guerra, los jóvenes, remedando deliberadamente las formas de vestir de los ingleses y sus gestos, convirtieron su devoción por el swing en una especie de protesta juvenil contra la uniformidad del régimen nazi, y en consecuencia fueron perseguidos por sus acciones. Pero la Alemania de Hitler no podía dar la espalda por completo a esta tendencia y de hecho contó con su propia banda «oficial» de swing, la Charlie's Orchestra, que, a pesar de la guerra, tendría también un importante seguimiento radiofónico en Gran Bretaña. Mientras tanto, por «políticamente incorrecto» que fuera, los oficiales jóvenes de la SS siguieron frecuentando los clubs de jazz de París. Ni siquiera el nazismo pudo escapar al atractivo de la música popular.

Pero lo que sí pudo hacer el régimen nazi fue eliminar a los cantantes populares que no encajaban en sus criterios de pureza racial. Entre ellos estaría el popular artista de cabaret judío Fritz Grünbaum, que intentó huir de Austria inmediatamente después del *Anschluss* en 1938, pero que fue devuelto a su país en la frontera checa. Fue enviado al campo de concentración de Buchenwald y luego al de Dachau, muriendo en este último en 1941. Fritz Löhner-Beda, también judío, originario de Bohemia, famoso letrista, que había colaborado en varios musicales y operetas de Franz Lehár, entre otros, fue detenido en Viena después del *Anschluss*, enviado a Dachau, luego a Buchenwald, y finalmente deportado en 1942 a Auschwitz. Murió de una paliza en el complejo industrial adjunto de Monowitz. Y Ralf Erwin, nacido en Silesia, un autor de canciones judío, particularmente conocido por haber compuesto un gran éxito, *Ich küsse Ihre Hand, Madame* («Beso su mano, madame») —que hizo célebre el tenor Richard Tauber—, huyó de Alemania cuando los nazis alcanzaron el poder en 1933. Erwin fue capturado durante la ocupación de Francia por los alemanes y murió en un campo de concentración francés en 1943. En el

ámbito del entretenimiento popular, como en otros campos de la vida cultural, los nazis empobrecieron ridículamente a Alemania con sus políticas raciales, tan absurdas como perversas.

Mientras tanto, el apogeo del swing y de la música de baile de las grandes bandas había ido pasando. Evidentemente las salas de baile tuvieron que hacer frente a muchas dificultades al haber tantos jóvenes lejos de casa prestando servicio militar. Las bandas a su vez se vieron obligadas a suspender sus actuaciones cuando sus miembros fueron llamados a filas. Algunos continuaron tocando vestidos de uniforme. Otros no pudieron seguir haciéndolo. Y hubo también algunos que perdieron la vida en combate. Glenn Miller, el famoso líder de la banda americana integrada por cuarenta y ocho intérpretes de la Fuerza Expedicionaria Aliada, desapareció en diciembre de 1944 en el Canal de la Mancha junto con el avión en el que viajaba, camino de una actuación ante las tropas norteamericanas desplazadas a Francia. Su muerte marcó simbólicamente el comienzo del fin de las grandes bandas. Entraron en un largo período de decadencia terminal para ser sustituidas por bandas más pequeñas, que resultaban más baratas y más fáciles de gestionar. No obstante, lo más que llegó a hacer la guerra fue interrumpir la comercialización de la música, pero nunca acabó con ella. Y su expansión sería espectacular a lo largo de los años de la posguerra.

En ningún terreno fue más evidente que en el cine el *boom* del negocio del espectáculo. Y en ninguna esfera del entretenimiento fueron tan importantes como en las películas las innovaciones tecnológicas. Ya durante los años veinte se había producido un crecimiento masivo del público cinematográfico que acudía a ver las películas mudas. Pero el gran avance que supuso el paso del cine mudo al sonoro vio la llegada de los días de gloria del séptimo arte. El primer largometraje que incluía sonido (en realidad sólo unos diez minutos de la película, que por lo demás era muda), *El cantor de jazz*, un musical sentimentaloide interpretado por Al Jolson maquillado de negro, había constituido inmediatamente un éxito en Estados Unidos allá por 1927. Al cabo de dos años la mayoría de las películas de Hollywood usaban sonido. La rápida difusión de las películas «habladas» (y el incremento de las producciones en color, aunque su realización era muy

cara y seguían constituyendo una pequeña proporción de la producción total) fue acompañada de la enorme expansión de la industria cinematográfica y de la gigantesca influencia cultural de Hollywood.

En realidad hubo un pequeño número de grandes corporaciones —MGM, Warner Brothers, Paramount, RKO Pictures y 20th Century Fox— que se repartieron enseguida la producción, la propiedad de los cines y el control del mercado. A mediados de los cuarenta, en su punto de mayor apogeo, los estudios de Hollywood rodaban alrededor de 400 películas al año, muchas de ellas comedias, musicales y películas del oeste o de dibujos animados de Walt Disney. La mayor parte de esa producción no tardaba en cruzar el Atlántico. A mediados de los años treinta Mickey Mouse y el Pato Donald eran tan conocidos en Europa como en Estados Unidos, mientras que el primer largometraje de dibujos de Walt Disney, *Blancanieves y los siete enanitos*, constituyó una auténtica sensación tanto en Europa como en América a raíz de su estreno en 1937. Pese a las restricciones impuestas a la importación de películas extranjeras y a la aversión oficial por todo lo que se considerara productos de la degradación cultural americana dominada por judíos, hasta el propio Hitler disfrutaba con los dibujos animados de Disney. Se mostró encantado cuando su ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, le hizo llegar dieciocho películas de Mickey Mouse como regalo de Navidad en 1937.

La industria cinematográfica alemana, otrora sumamente creativa, se hallaba en aquellos momentos firmemente en poder de los nazis. Uno de los productos de los últimos años, ya tambaleantes, de la democracia antes de la llegada al poder de Hitler había sido la primera película «hablada» alemana, *Der blaue Engel* (*El ángel azul*, de la que se hizo también una versión en inglés, *The Blue Angel*), estrenada en 1930, una obra que de la noche a la mañana catapultó al estrellato internacional a Marlene Dietrich. Pero muy pronto los productores, actores y directores de la película se vieron obligados a emigrar, principalmente a Estados Unidos. Millares de «no arios» que se quedaron en Alemania fueron echados de su trabajo. El talento creativo se puso entonces a trabajar para el régimen. La joven y glamurosa Leni Riefenstahl desplegó sus dotes artísticas como directora

cinematográfica en películas propagandísticas, en particular *Triumph des Willens* (*El triunfo de la voluntad*, 1935), y *Olympia* (*Olimpíada*, 1938), que glorificaban a Hitler y su régimen.

Pero cuando los alemanes acudían en manada a los cines en una cantidad desconocida hasta entonces —cerca de mil millones al año—, lo que buscaba el público era entretenimiento, no propaganda. El propio Goebbels, el propagandista en jefe nazi, llegaría a reconocerlo así. La mayoría de las películas producidas en la Alemania nacionalsocialista no eran propaganda; o al menos no lo eran explícitamente, sino entretenimiento de contenido ligero. Películas de amor y musicales —como *Wunschkonzert* (*Concierto de encargo*, 1941) o *Die große Liebe* (*El gran amor*, 1942)— ofrecían una breve evasión de la sombría realidad de la guerra. Un signo de la importancia que Goebbels atribuía al entretenimiento de evasión (y al mantenimiento de la moral de la población a través de este medio) fue la generosa financiación que proporcionó a la producción de la película en colores *Münchhausen*, una comedia fantástica acerca de las aventuras del barón de Münchhausen, que en 1943 encantó y distrajo al público alemán que todavía no se había recuperado de la catástrofe de Stalingrado.

También en la Italia fascista la industria cinematográfica sufrió tremendamente el control y la censura del régimen. Como en Alemania, la importación de películas extranjeras se vio restringida. La mayoría de películas italianas iban aderezadas de una manera u otra de propaganda fascista y de glorificación de la guerra, aunque muchas fueran simples comedias ligeras y dramas de amor. Poco o nada de ellas ha aguantado la prueba del tiempo. No obstante, ha habido dos legados de la industria cinematográfica que sí han resistido. En 1937 Mussolini inauguró los primeros estudios cinematográficos de Italia, dotados de instalaciones técnicamente avanzadas, en Cinecittà (la Ciudad del Cine), a las afueras de Roma. Cinco años antes, en 1932, había sido creado el Festival de Cine de Venecia, en el que se concedían cada año sendas «Copas Mussolini» a la mejor película italiana y a la mejor película extranjera (casi siempre alemana).

También en la Unión Soviética la creatividad se vio asfixiada casi por completo durante los años treinta, cuando se reforzaron de un modo absolutamente inconmensurable los controles estalinistas sobre todos los ámbitos de la vida civil. La producción cinematográfica fue enormemente burocratizada. En gran medida a consecuencia de ello y de la acción de una censura tremendamente entrometida, sólo se produjeron cada año la mitad de películas que se habían producido en la década anterior. La importación de películas extranjeras se interrumpió casi por completo. Y la experimentación del cine de vanguardia que tan destacado lugar había ocupado en los años veinte fue sustituida por la monótona uniformidad del «realismo socialista», aunque, cuando tenía la oportunidad, el público cinematográfico soviético se sentía atraído principalmente, como en cualquier otro país, por las comedias y los musicales de contenido ligero (aunque siempre profusamente sobrecargados con los valores del régimen).

Fuera de las limitaciones de los regímenes autoritarios, la producción cinematográfica europea tendría mayores oportunidades de prosperar. Sin embargo, ningún país podría competir con el potencial financiero, el *glamour* y la ambición de las gigantescas empresas de Hollywood. Esta circunstancia supondría una dificultad especial en aquellos países en los que la lengua imponía una barrera a la penetración en el mercado de habla inglesa. En Francia, la cuna del cine y donde las películas habían sido un elemento destacado de la vanguardia artística durante los años veinte, el advenimiento de las películas sonoras no sólo transformó el cine haciendo que de una forma artística intelectual pasara a ser un gran medio de entretenimiento de masas, sino que causó problemas a la hora de financiar lo que era un mercado eminentemente nacional. El número de películas producidas aumentó notablemente a comienzos de los años treinta, pero la fragmentación de la industria tuvo problemas a la hora de financiar la producción. Tres cuartas partes de las películas estrenadas en 1934 eran extranjeras, lo que dio lugar a las protestas por la amenaza que ello suponía para la producción artística francesa, a expresiones de desdén por la «invasión» americana del cine francés y a exigencias de protección. Los realizadores franceses se esforzaron por estar a la altura de la competencia. Pero no tenían posibilidad de financiarse a través de grandes corporaciones

privadas, como sucedía en Estados Unidos. El estado tuvo que dar un paso hacia delante cuando un informe encargado por el Frente Popular recomendó las subvenciones estatales, que comenzaron a concederse poco antes de la caída de la Tercera República y que continuaron durante el régimen de Vichy.

La financiación, junto con la competencia proveniente de Estados Unidos, supuso también un problema para la industria cinematográfica británica. Los intentos de estimular la producción inglesa y restringir las importaciones extranjeras —es decir, principalmente americanas— dieron lugar simplemente a un número mayor de malas películas. Sólo en 1936 se realizaron casi 200 películas, una cifra muy alta para la industria cinematográfica británica. Pero mientras tanto las empresas se las veían y se las deseaban para sobrevivir. En 1937 había sólo veinte supervivientes entre las productoras cinematográficas de las más de 600 que había habido durante las décadas anteriores. Incluso los grandes productores que disponían de elevados presupuestos, como el emigrante húngaro Alexander Korda, tuvieron que hacer frente a no pocas dificultades. La concentración de capital fue inevitable. A finales de los años treinta un pequeño número de grandes organizaciones, entre las que destacaría la Rank Organization (fundada en 1937 por J. Arthur Rank), controlaba buena parte de la producción cinematográfica, la propiedad de los cines y el negocio de la distribución en Inglaterra. Rank no tardó en hacerse dueño de las grandes cadenas de cines, los Gaumont y los Odeon, que en aquel momento ocupaban emplazamientos destacados en el centro de casi todas las ciudades británicas.

Estos «palacios de los sueños» eran a menudo espléndidos edificios art déco provistos de interiores lujosos, con frecuencia capaces de acoger a más de mil espectadores. La mayoría de los cines, sin embargo, eran menos que «palacios», a veces de hecho verdaderos «nidos de piojos» de mala muerte. Estaban por otro lado los independientes más pequeños, que dependían de los grandes distribuidores para su programación y que sólo podían poner las películas después de que éstas hubieran aparecido en las salas principales. En 1939 Gran Bretaña tenía unos 5.000 cines, la mayor parte de ellos llenos a reventar cuando la popularidad del cine alcanzó nuevas cotas. Una entrada

de cine era mucho más barata que una entrada de teatro. De hecho, los propietarios de muchos teatros de provincias se dieron cuenta de la dirección en la que soplaba el viento y los convirtieron en salas de cine, mucho más beneficiosas para sus bolsillos. Incluso durante la Depresión las butacas de cine habían seguido siendo asequibles (y proporcionaban un par de horas de calor y evasión, a resguardo de los gélidos vientos de la economía). Durante los años treinta las entradas a precios reducidos permitieron al 80 % de los desempleados ir al cine con regularidad. En total, 23 millones de personas iban «al cine» cada semana. Las ventas anuales de entradas ascendían por entonces a casi mil millones.

Los cines eran los nuevos centros de culto, los nuevos templos, y las estrellas cinematográficas las nuevas divinidades. Los distintos países europeos produjeron sus propias estrellas, aunque su atractivo en la mayoría de los casos no traspasara las fronteras nacionales. Un actor británico que logró hacerse con una fama internacional fue el finísimo Robert Donat, que se hizo célebre por los papeles interpretados en *The Ghost Goes West* (*El fantasma va al oeste*/*El espectro errante*, de 1935), *The 39 Steps* (*39 escalones*) de Alfred Hitchcock (también de 1935) y *Goodbye, Mr. Chips* (*Adiós, Mr. Chips*, de 1939). Fuera del ámbito anglófono resultaba incluso más difícil para las estrellas hacerse con un seguimiento internacional. Aunque un nombre célebre en Alemania, Hans Albers, no logró un reconocimiento muy amplio en el extranjero. Para eso era preciso irse a América. Marlene Dietrich y Peter Lorre (de ascendencia judeo-austríaca) emigraron a Estados Unidos y se convirtieron en estrellas internacionales. Emil Jannings y la actriz sueca Zarah Leander, en cambio, dieron la espalda a Hollywood y su fama se limitó por tanto en gran medida a los países de lengua alemana. Dada la influencia casi hegemónica de Hollywood, la mayoría de las estrellas internacionales eran inevitablemente americanas. Cuando Europa se vio sumida en la guerra, Clark Gable alcanzaría nuevas cotas de popularidad internacional con el mayor éxito de taquilla de la época salido de Hollywood, *Lo que el viento se llevó* (1939), y no tardarían en seguir sus pasos John Wayne, Humphrey Bogart, Lauren Bacall, Orson

Welles y otros muchos. El camino estaba abierto para el continuo dominio americano de la cultura popular europea —al menos en la mitad occidental del continente— una vez que acabara la guerra.

Más allá de las continuidades y de las transformaciones silenciosas que se produjeron en el marco socioeconómico, de los patrones de creencias y de la posición institucional de las Iglesias cristianas, de las corrientes intelectuales cambiantes y de la penetración de una industria del ocio consumista dominada cada vez más por Estados Unidos, se encuentra la realidad incontrovertible: Europa casi se había hecho pedazos a sí misma de manera catastrófica, suicida, durante la primera mitad del siglo XX. En un continente asolado por la guerra la cuestión que se imponía de forma arrolladora para el futuro era si de las ruinas de la contienda podría empezar a formarse una nueva Europa, capaz de superar las tendencias autodestructivas del pasado, y cómo podría hacerlo.

Las ideas de una Europa unida no eran nuevas, pero en medio de los dolores de la catástrofe empezaron a resurgir como medio de trascender al nacionalismo que había llevado al continente al borde de la destrucción absoluta. Ya poco después de la primera guerra mundial, el aristócrata austríaco Richard von Coudenhove-Kalergi (hijo de un diplomático austrohúngaro y de madre japonesa) había defendido la construcción de una sola zona aduanera y monetaria que se extendiera desde Portugal hasta Polonia. Veía en la superación del odio mutuo entre franceses y alemanes la base fundamental de un nuevo imperio. El ministro de Asuntos Exteriores francés, Aristide Briand, había lanzado unos cuantos años después, en 1929, la idea de una federación de naciones europeas, basada en la cooperación política y económica. Un compatriota de Briand, Jean Monnet, futuro inspirador de lo que serían los primeros pasos hacia la integración europea, declaró en Argel en 1943, cuando formaba parte del gobierno en potencia de la Francia Libre, que no podría haber paz en Europa hasta que los estados europeos se reconstituyeran formando parte de una federación. También en otros países se formularon ideas parecidas, incluso en algunos círculos antinazis de Alemania.

También en los días más tenebrosos de la guerra había habido quienes, haciendo gala de un valor enorme, se habían unido a la resistencia alemana contraria a Hitler —pagando a menudo por ello con sus vidas— y habían imaginado una Europa mejor, basada en la cooperación de las distintas naciones, no en el conflicto. Cuando en 1942 se reunió en Estocolmo con el obispo de Chichester, George Bell, el teólogo Dietrich Bonhoeffer habló de la disposición del gobierno alemán, una vez destituido Hitler, a prestar activamente apoyo a una economía interdependiente de los distintos países de Europa y a la construcción de un ejército europeo. A la hora de elaborar sus ideas acerca de una nueva Europa después de la guerra, los integrantes del grupo de resistencia «Círculo de Kreisau» insistían allá por 1943 en que «el desarrollo libre y pacífico de la cultura nacional ya no puede hacerse compatible con el mantenimiento de una soberanía absoluta de los estados individuales». Otro memorándum de ese mismo año, elaborado por el político conservador Carl Goerdeler, hablaba de la creación de una «federación europea» que salvaguardara a Europa de una nueva guerra, y que fuera acompañada de un consejo económico europeo permanente, de la eliminación de barreras aduaneras y de organizaciones políticas comunes, ministerios europeos de Economía y de Asuntos Exteriores, y fuerzas armadas europeas.

Semejantes ideas quedaron en nada; de momento. En Alemania los que las plantearon fueron silenciados para siempre. Pero el idealismo que expresaban, e incluso algunas de las sugerencias concretas que hacían, tendrían amplia difusión, una vez que empezaran a despejarse las ruinas que asolaban el continente. Y da la impresión de que sus objetivos fueran proféticos. Entonces podría empezar a surgir de las cenizas del pasado una nueva Europa, a partir de unos principios completamente distintos.

10
Resurgir de las cenizas

Sé únicamente que hay en este mundo plagas y víctimas y que hay que negarse tanto como le sea a uno posible a estar con las plagas.

Albert Camus, La peste *(1947)*

En 1945 Europa era un continente que vivía bajo la sombra de la muerte y la desolación. «Esto es un cementerio. Esto es la muerte.» Tal fue la impresión que Varsovia, irreconocible en medio de sus ruinas, dio a la escritora polaca Janina Broniewska cuando regresó a la ciudad tras su liberación. Al volver a Alemania después de más de doce años de exilio forzoso, Alfred Döblin, el célebre autor de la novela *Berlín Alexanderplatz*, publicada en 1929, quedó anonadado al ver unas ciudades «de las que sólo queda poco más que los nombres».

En la Europa continental, las redes ferroviarias, los canales, los puentes y las carreteras habían sido convertidos en ruinas por los bombardeos, o habían sido destruidos por las tropas en retirada. En muchas zonas no había gas, ni agua, ni electricidad. La comida, las medicinas y, a medida que 1945 fue avanzando y se acercó el invierno, el combustible para la calefacción, escaseaban de mala manera. La producción agrícola se había reducido casi a la mitad. La desnutrición estaba generalizada. En todas partes se sufría un hambre tremenda, acompañada de las enfermedades que acarrea. El alojamiento constituía un problema angustioso. Cuando alguien disponía de casa, a menudo tenía que compartirla con otros, con frecuencia extraños. Pero el número de los sin techo, después de tanta destrucción,

alcanzaba unas dimensiones de verdadera catástrofe. En la zona occidental de la Unión Soviética, asolada por las fuerzas de ocupación alemanas, había 25 millones de personas sin hogar. En Alemania casi el 40 % de las viviendas existentes antes de la guerra habían desaparecido, en total unos 10 millones de casas. Entre unas cosas y otras, más de 50 millones de personas se habían quedado sin hogar al término de la guerra, y necesitaban desesperadamente comida y un techo bajo el que guarecerse mientras escarbaban entre las ruinas de ciudades y pueblos.

Eran muchos millones de personas, más los que habían quedado sin hogar de muy diversas maneras: los «desplazados», los antiguos trabajadores forzosos, los refugiados o los prisioneros de guerra. La Cruz Roja trabajaba incansablemente organizando formas de socorrerlos. Estados Unidos había creado la Administración de las Naciones Unidas para el Socorro y la Rehabilitación (UNRRA, por sus siglas en inglés) en 1943 (dos años antes del establecimiento de la propia Organización de las Naciones Unidas). Apoyada por más de cuarenta países, con su cuartel general en Washington DC, la UNRRA suministraba trabajadores sociales que hacían lo que podían —y eso ya era mucho— para dar sustento y, cuando era posible, repatriar a 6,5 millones de desplazados, muchos de ellos traumatizados por las experiencias vividas. La mayoría acabarían encontrando la manera de volver con sus familias, aunque a menudo después de nuevos y penosos sudores. Y no siempre para obtener el recibimiento que habrían deseado. Muchas parejas de cónyuges habían pasado años sin verse y mientras tanto se habían distanciado. No es de extrañar que el número de divorcios se disparara.

Para muchos no habría regreso. Morirían lejos de sus hogares, en los campos de desplazados o en cautividad (en condiciones especialmente duras en la Unión Soviética, donde murieron más de un millón de prisioneros de guerra). Algunos no quisieron regresar a su país; los rusos y los ucranianos eran algunos de los que temían —y con razón— lo que los aguardaba si volvían. Más de dos millones de individuos, incluidos decenas de millares de cosacos que habían combatido al lado del Eje, fueron «repatriados» a la Unión Soviética por los Aliados occidentales, en virtud de los acuerdos firmados con Stalin casi al final de la guerra. A menudo su

destino, cuando no fue la ejecución inmediata, era su envío al Gulag o a un destierro de muchos años en algún lugar remoto. Pocos eran los judíos que tenían un hogar al que volver, una vez que sus parientes habían sido asesinados y que sus comunidades habían sido destruidas. Pero habría muchos otros individuos —unos refugiados políticos, otros criminales de guerra— que se verían obligados a buscarse nuevos países, y a veces incluso a inventarse nuevas identidades.

La magnitud de la devastación física del continente europeo superó con creces la de 1918. Y las pérdidas humanas fueron por lo menos cuatro veces más altas que los muertos en combate de la primera guerra mundial. Pero esta última había dejado un legado de convulsión política y económica crónica que echaría la semilla de un nuevo conflicto. Esta vez, en cambio, una catástrofe que había sido todavía peor acabaría dando paso a un singular período de estabilidad imprevisible y, desde luego en la mitad occidental del continente, a una prosperidad incomparable. ¿Cómo fue posible semejante cosa?

Desde luego habría sido inimaginable en medio de las ruinas de 1945. Nadie por aquel entonces habría podido presagiar los cambios extraordinarios que iban a producirse en Europa en un plazo tan breve. De hecho, los años inmediatamente posteriores a la guerra no permitirían a nadie imaginarse la transformación que estaba por venir. Fueron años de incertidumbre política, de desorden económico, de miseria social y de nuevos casos de terrible inhumanidad. Sólo hacia 1949 tomarían claramente forma los contornos de una nueva Europa, por entonces un continente dividido desde el punto de vista político, ideológico y económico.

Catarsis (más o menos)

Antes de que pudiera vislumbrarse cualquier inicio de recuperación de la autoinmolación de Europa, habría que ajustar las cuentas a los responsables del horror vivido en el pasado. Europa no era sólo un continente desolado cuando acabó la guerra. Era un continente salvaje. El caos y el desorden eran generalizados. Las fuerzas de ocupación sólo podrían imponer su ley de forma paulatina. La administración local a menudo se había

desmoronado. Las condiciones rayaban con frecuencia en la anarquía. Las autoridades públicas, cuando existían, no estaban en situación de evitar los ajustes de cuentas más brutales, cuando no eran ellas las que los fomentaban directamente. La venganza proporcionaba una forma de catarsis, por inadecuada que fuera, de las atrocidades sufridas, del maltrato absurdo, del dolor insoportable y de la miseria infinita que la gente se había visto obligada a soportar. Para muchísimos europeos, la sed de venganza pesó más que nada, estuvo incluso por encima de la alegría de la liberación, en cuanto acabó la guerra.

La violencia usada por los que antes habían sido vencidos contra los que habían sido sus verdugos fue al principio generalizada y a menudo no conoció límites. Los prisioneros de los campos de concentración fueron incitados a veces a tomar venganza, o al menos no fueron reprimidos por las tropas de los Aliados occidentales, conmocionadas por lo que habían visto en Dachau, Buchenwald, NatzweilerStruthof, Bergen-Belsen y otros lugares de horror inimaginable. En algunos casos los exprisioneros se lanzaron con una brutalidad feroz contra sus guardianes. Había bandas de desplazados y de antiguos condenados a trabajar como esclavos que saqueaban tiendas, echaban mano a cualquier tipo de bebida alcohólica que encontraban y golpeaban o mataban a cualquier civil alemán que pillaran. Dentro de la propia Alemania, aquellas atrocidades brutales pudieron ser controladas con relativa rapidez por las fuerzas de ocupación. En otros lugares, los alemanes se hallaban mucho más desprotegidos. En la Europa oriental las comunidades de etnia alemana diseminadas por una gran diversidad de países cosecharon la tempestad de odio que sus compatriotas habían sembrado.

En Yugoslavia la violencia de la inmediata posguerra —de una magnitud probablemente sin parangón en ningún otro país de Europa— no fue dirigida en realidad contra los alemanes, que habían abandonado el país abriéndose paso hacia el oeste en medio de encarnizados combates en abril de 1945. Fue dirigida más bien contra los odiados *ústaše* croatas y contra los colaboracionistas eslovenos. Y fue obra no de turbas desenfrenadas que actuaban sin control, sino de las bandas organizadas de las fuerzas partisanas vencedoras, integradas principalmente por comunistas serbios. Se

produjeron numerosas matanzas. Tuvieron lugar fusilamientos en masa y actos de una brutalidad horrorosa. Muchas de las muertes fueron actos de venganza por las atrocidades sufridas anteriormente y tuvieron fuertes connotaciones étnicas. Los cálculos más fiables sugieren que las víctimas —no sólo tropas colaboracionistas, sino también civiles— ascendieron a casi 70.000. En proporción al tamaño de la población, las dimensiones de aquella barbarie fueron diez veces superiores a las de las muertes en represalia perpetradas en Italia, y veinte veces superiores a las que se produjeron en Francia.

Aun así en la Europa occidental hubo tremendas represalias por todo lo que la población había tenido que soportar. Lo peor sucedió en Italia, donde se calcula que los asesinados durante la última fase del conflicto fueron unos 12.000, en su mayoría antiguos fascistas. Al final de la guerra en muchos pueblos y ciudades del norte de Italia los partisanos se dedicaron durante varias semanas a llevar a cabo ejecuciones arbitrarias de jerarcas fascistas, funcionarios, colaboradores y delatores. Las turbas asaltaron las cárceles de algunas poblaciones y lincharon a los fascistas que habían sido internados en ellas. En Francia unos 9.000 antiguos destacados partidarios del régimen de Vichy fueron asesinados, sobre todo durante los días de la liberación en agosto de 1944. Pero ni en Holanda ni en Bélgica llegó a materializarse del todo el «día del hacha», pronosticado por muchos, en el que las turbas se habrían tomado la justicia por su mano; entre los dos países juntos hubo unas 400 víctimas. Aun así, se produjeron actos brutales de venganza cuando cerca de cien colaboracionistas —principalmente individuos de poca monta— fueron ejecutados sumariamente tras la liberación de Bélgica en el otoño de 1944, y en mayo de 1945 se desencadenó una segunda oleada de ejecuciones. No todas las víctimas fueron elegidas por haber cometido delitos políticos. Entre los que fueron ejecutados de manera arbitraria hubo algunos que cayeron víctimas de enemistades personales o de rivalidades en el campo de los negocios.

En la Europa occidental, las mujeres condenadas por «colaboración horizontal» —consideradas culpables de acostarse con el enemigo— a menudo se convirtieron en chivos expiatorios de la cólera reprimida de comunidades enteras. En Francia, Italia, Dinamarca, Holanda y las Islas del

Canal esas mujeres se convirtieron en parias sociales y fueron humilladas ritualmente en público siendo rapadas, desnudadas en plena calle y a veces cubiertas de excrementos. Sólo en Francia cerca de 20.000 fueron sometidas a esa degradación en presencia de una numerosa multitud —en su inmensa mayoría hombres— integrada por los habitantes de sus ciudades.

Vistas las cosas en retrospectiva, lo curioso no es que se desencadenara esa violencia, sino que fuera tan efímera, incluso en lo que fuera en otro tiempo la Francia de Vichy o en los antiguos estados satélites de Alemania: Hungría, Eslovaquia, Rumanía y Croacia. Aparte de Grecia (donde durante la guerra habían venido cociéndose las condiciones que acabarían conduciendo a la guerra civil y que no tardarían en dar lugar a una larga lucha intestina y a la pérdida de numerosas vidas humanas), las fuerzas de ocupación o en su caso los gobiernos civiles recién instalados lograron hacerse en buena medida con el control de la situación con sorprendente rapidez. Cada vez más se logró mantener a raya la violencia más brutal, excepto allí donde las propias autoridades públicas continuaron fomentando los actos de represalia, como sucedió con la expulsión de la población de etnia alemana de muchos lugares de la Europa central y oriental anteriormente ocupados.

Los Aliados habían dado su beneplácito a los líderes de los gobiernos polaco y checo en el exilio cuando habían manifestado su intención de expulsar de sus países a todos los alemanes cuando acabara la guerra. Las expulsiones —llamadas eufemísticamente desplazamientos de población— distaron mucho de limitarse a individuos de etnia alemana. Deportaciones masivas de polacos y ucranianos, además de alemanes, se produjeron a raíz de las modificaciones de las fronteras acordadas en Yalta y en Potsdam, que supusieron el desplazamiento de las fronteras soviéticas (ucranianas) hacia el oeste para incorporar parte de la antigua Polonia y de las fronteras polacas igualmente hacia el oeste a expensas de antiguos territorios alemanes. Al menos 1,2 millones de polacos y cerca de medio millón de ucranianos fueron echados de sus casas, a menudo en medio de una enorme violencia y brutalidad, y despachados a destinos remotísimos. Otros 50.000 ucranianos tuvieron que abandonar Checoslovaquia, mientras que más de

40.000 checos y eslovacos se vieron obligados a emprender la marcha en dirección contraria (muchos de ellos originarios de Rutenia Carpática, que durante el período de entreguerras había sido provincia de Checoslovaquia, pero que en 1945 fue cedida a Ucrania). Cerca de 100.000 húngaros fueron expulsados de Rumanía, y casi otros tantos fueron deportados de Eslovaquia a los Sudetes, mientras que 70.000 eslovacos entraron en Checoslovaquia procedentes de Hungría.

Lo asombroso es que el tormento de los judíos que habían logrado sobrevivir a la ofensiva nazi no había acabado todavía. También ellos formarían parte de los restos del naufragio que se vieron arrastrados por la ola de inhumanidad que inundó la Europa de posguerra. En la Polonia de posguerra seguían viviendo unos 220.000 judíos, y quizá un cuarto de millón en Hungría. Pero los estallidos de violencia antijudía en varias localidades polacas, húngaras y eslovacas, los peores de los cuales fueron el pogromo de Kielce, en Polonia, de julio de 1946, y, unas semanas después, el de Miskolc, en Hungría, dejaron tras de sí centenares de judíos muertos y obligaron a muchos otros a emprender la huida.

La violencia en Kielce estalló el 4 de julio cuando el padre de un niño que había vuelto a casa después de pasar dos días perdido acusó a los judíos de haberlo secuestrado. No tardaron en propagarse rumores de que los judíos habían asesinado a un niño cristiano. Parece que las consabidas acusaciones de asesinato ritual —la vieja calumnia reavivada una vez más — hallaron eco de inmediato en los oídos de muchos que estaban dispuestos a creerlas. La policía y las autoridades militares no hicieron nada para desalojar a la multitud congregada que clamaba venganza. En total cuarenta y un judíos fueron asesinados en el curso del pogromo. Aunque éste fuera el peor, el incidente de Kielce formó parte de un patrón generalizado de violencia antisemita que se cobró las vidas de 351 judíos en Polonia. Evidentemente los mortíferos prejuicios en contra de los hebreos habían sobrevivido a pesar de la guerra, la ocupación y el Holocausto. De hecho la ofensiva nazi contra los judíos de Polonia había permitido a muchos polacos beneficiarse del expolio de los bienes de los hebreos. La violencia de posguerra llevaba implícita la idea de que los judíos seguían suponiendo una amenaza para un orden social basado en parte en su

exclusión y en la expropiación de sus pertenencias. Los supervivientes de los campos de la muerte encontrarían al regresar a sus antiguos hogares —en otros lugares de la Europa del este además de Polonia— una acogida hostil por parte de aquellos a los que en otro tiempo habían tomado por amigos, pero que ahora no estaban ni mucho menos contentos de volver a ver a las personas de cuyas casas y propiedades se habían apoderado. Al cabo de tres meses del estallido de los disturbios de Kielce, cerca de 70.000 judíos polacos buscaron un nuevo hogar en Palestina. Los imitarían muchos otros procedentes de Polonia, Hungría, Bulgaria, Rumanía y Checoslovaquia. Finalmente habían llegado a la conclusión de que no tenían futuro en Europa.

Para la población de la Europa del este no podía haber catarsis mientras los alemanes siguieran viviendo a su lado. Los individuos de etnia alemana, muchos de los cuales habitaban en ciudades y pueblos en los que habían existido comunidades alemanas durante siglos, eran los más expuestos a una brutalidad sin límites. Los Aliados habían estipulado traslados «ordenados y humanos». La realidad distó mucho de ser así. Nadie tenía el menor interés en intentar proteger a los que eran considerados responsables del horror de los años anteriores. Con la derrota alemana, el odio comprensible que se había acumulado durante los años de la guerra y de la ocupación se desbordó y dio lugar a actos de venganza sin límites, y al principio completamente fuera de control. A finales de julio entre 500.000 y 750.000 alemanes —víctimas de robos y violaciones y privados de alimento y de tratamiento médico— habían sido expulsados de las nuevas regiones de Polonia. Las atrocidades fueron lugar común. Las autoridades polacas hicieron poco o nada por impedirlas. En realidad los alemanes eran considerados alimañas o sabandijas a las que había que dar caza o matar. Incluso a los soviéticos los sorprendió la ferocidad de las represalias de los polacos por los sufrimientos a los que los habían sometido los alemanes. «Son cada vez más frecuentes los casos de asesinatos no provocados de habitantes alemanes, las detenciones sin fundamento, los prolongados confinamientos en la cárcel sin otra finalidad que la humillación», según decía un informe del Ejército Rojo enviado a Moscú el 30 de agosto de 1945.

En Checoslovaquia, los alemanes de los Sudetes, independientemente de que fueran o no simpatizantes de los nazis, fueron considerados traidores. El 12 de mayo de 1945 el presidente del país, Edvard Beneš, habló en una transmisión radiofónica de la necesidad de «liquidar definitivamente el problema alemán», provocando de inmediato la expulsión de más de 20.000 personas de Brno, hombres, mujeres y niños, algunos de los cuales no sobrevivieron al viaje a pie a marchas forzadas hasta la frontera de Austria. El mandamiento cristiano de «amar al prójimo» no tenía aplicación para los alemanes, declaró un cura católico. Eran malos y había llegado el momento de ajustarles las cuentas.

Como era de prever, semejantes expresiones de odio provocaron una violencia terrible. Los alemanes fueron expulsados de sus hogares y sus bienes fueron saqueados. Fueron brutalmente maltratados en campos de internamiento, donde las condiciones de vida eran extremadamente duras. Margarete Schell, nacida en Praga y en otro tiempo una actriz conocida, anotó en su diario sus experiencias en uno de esos campos. Contaba en él cómo los hombres eran golpeados con látigos cuando se pasaba lista por la noche y algunos eran obligados a dar vueltas en cuclillas por el patio de armas hasta que se derrumbaban, antes de que sus guardianes les propinaran más latigazos. Ella misma, entre otros abusos y humillaciones, recibió una paliza a manos del comandante del campo por expedir una carta sin permiso.

Fuera de los campos, las milicias checas, los grupos de acción comunistas y otras bandas armadas atacaban, humillaban y mataban a los alemanes a capricho. En una de las peores atrocidades cometidas, en Ústí nad Labem (Aussig), el 31 de julio de 1945 fueron asesinados en masa cientos de alemanes. Muchos se quitaron la vida: 5.558 sólo en 1946, según las propias estadísticas checas. Cerca de tres millones de alemanes fueron expulsados de Checoslovaquia en el otoño de 1947. Un mínimo de entre 19.000 y 30.000 alemanes de los Sudetes fueron asesinados. Sin embargo la cifra total puede que fuera más elevada, si se añaden los casos concomitantes de enfermedades, malnutrición y exposición a la intemperie que acompañaron a las brutales expulsiones. Después de varias semanas de salvajes desahucios y atrocidades, las deportaciones, aunque siguieron

produciéndose de forma brutal, fueron reguladas de forma más estricta, pues no sólo el gobierno checo, sino también los Aliados estaban interesados en frenar la violencia descontrolada.

En total, al menos 12 millones de alemanes fueron deportados desde la Europa central y del este a las zonas ocupadas de Alemania que, en las pésimas circunstancias reinantes después de la guerra, estaban muy mal equipadas para recibirlos. La acogida de los alemanes expulsados en la propia Alemania fue de todo menos calurosa. «Estamos muriéndonos de hambre y sufrimos mucho, Señor, manda a esa chusma de vuelta a su casa. Mándalos de vuelta a Checoslovaquia, Señor, líbranos de esa chusma», decían algunos en sus oraciones en las zonas rurales de Württemberg en 1946-1947. En las encuestas de opinión elaboradas en 1949 alrededor del 60 % de la población del país y cerca del 96 % de los expulsados describían las relaciones entre ellos como malas. Los alemanes residentes pensaban que los recién llegados eran arrogantes, atrasados y muy poco de fiar; los inmigrantes, que sus anfitriones eran egoístas, insensibles y mezquinos. «Sabemos que no nos quieren aquí y que la gente no puede ni vernos», rezaba la apelación de un demandante al alcalde de cierta localidad en 1948, «pero también nosotros, puede usted creernos, preferiríamos estar en nuestra tierra natal y no ser una carga para nadie. No somos refugiados. En contra de todas las leyes morales hemos sido echados de nuestras casas, expulsados de nuestra tierra natal, despojados de todo lo que poseíamos y traídos aquí involuntariamente y sin que nadie nos haya preguntado nada, en cualquier caso no por nuestra propia voluntad».

Los mejores cálculos indican que al menos medio millón de alemanes perdieron la vida de una forma u otra durante aquellas expulsiones brutales; se desconoce la suerte que pudieran correr otros 1,5 millones. Otros, procedentes de antiguas comunidades de Rumanía, Hungría y Yugoslavia, formaron parte de las «indemnizaciones vivas» y fueron deportados hacia un destino nada envidiable en los campos de prisioneros soviéticos.

En 1950 el número de las poblaciones minoritarias que quedaban en la Europa del este, independientemente de su tamaño, era mucho menor. Por supuesto que las minorías étnicas no habían sido eliminadas por completo. Los Países Bálticos y Ucrania tenían minorías rusas bastante grandes,

aunque no estaban en situación de desventaja; al fin y al cabo la Unión Soviética estaba dominada por una población de etnia rusa. Y Yugoslavia de hecho seguía siendo el mismo tapiz de variados retazos étnicos de antes de la guerra. Pero la población de los países de la Europa del este era ahora mucho más homogénea desde el punto de vista étnico de lo que lo había sido antes de la guerra. La vieja Europa oriental multiétnica había desaparecido en gran parte. Las expulsiones drásticas y la espantosa limpieza étnica habían hecho su funesta labor.

Tras la explosión de odio elemental que dio rienda suelta a tanta violencia extrema y desenfrenada durante las primeras semanas posteriores a la capitulación de Alemania, el estado se encargó de reconducir las demandas de justicia hacia unos canales más controlados. Esta tendencia fue más rápida allí donde había un mínimo nivel de confianza en la disposición de los nuevos gobiernos a llevar a cabo reformas radicales, a purgar la administración de los antiguos colaboracionistas, a detener y a juzgar a estos últimos, y a castigar severamente a los culpables. La presencia de respetados ex miembros de la resistencia nacional en los nuevos gobiernos contribuyó a facilitar el proceso. Y lo mismo pasó con las rápidas purgas de la policía, como sucedió en Noruega, Dinamarca y Francia, circunstancia que facilitó cierto grado de restauración de la confianza en el estado. También en buena parte de Europa la población, agotada por los años de lucha, demasiado ansiosa por volver a cualquier cosa que pudiera llamarse «normalidad» como para querer perpetuar la violencia y el conflicto, se mostró dispuesta a acatar la autoridad. En cambio, allí donde la confianza en las autoridades públicas tuvo que ser restablecida lentamente, la disminución de la violencia desenfrenada tardó más en producirse. A menudo los depósitos clandestinos de armas siguieron en manos de milicianos, de comités de seguridad y de antiguos partisanos que se mostraron reacios a entregarlas. Las amnistías por las matanzas perpetradas por venganza convencieron a algunos de la conveniencia de rendir las armas. Pero la población tendría que convencerse de que los nuevos gobiernos iban a tomar serias medidas contra los criminales de guerra y los colaboracionistas antes de que la violencia fuera remitiendo poco a poco o fuera sofocada por las autoridades estatales.

En los países que habían quedado bajo la égida de la Unión Soviética, la purga «oficial» de los fascistas y de los partidarios de los regímenes colaboradores fue muy drástica, pero pronto se convirtió en un vehículo cada vez más arbitrario para determinar la lealtad hacia los nuevos gobernantes. Los que fueron considerados los peores delincuentes fueron juzgados y ejecutados, a veces en público. Una multitud ingente (aunque indudablemente no las 100.000 personas que algunos pretenden) asistió al ahorcamiento de siete alemanes en Riga en 1946. Los antiguos colaboracionistas más reconocidos normalmente fueron fusilados en el acto en cuanto los soviéticos volvieron a ocupar los territorios perdidos, como los 1.700 que fueron ejecutados en Lituania en julio y agosto de 1944. Sin embargo, la forma más habitual de castigo fue la deportación para el destierro en los campos de durísimo trabajo instalados en las regiones más inhóspitas de la Unión Soviética, de los que normalmente no regresaba nadie. Se calcula que al menos medio millón de personas fueron deportadas de Estonia, Letonia y Lituania, la mayor parte de ellas con destino al Gulag. Grandes cantidades de individuos sospechosos de abrigar simpatías por el fascismo o de realizar actividades anticomunistas —actitudes ambas consideradas sinónimas— fueron encarceladas. En Rumanía la cifra de prisioneros políticos ascendía a 250.000 en 1948, esto es un 2 % del total de la población del país. Para entonces la línea divisoria entre la verdadera colaboración y las acciones consideradas «contrarrevolucionarias» de las que pudieran ser responsables los llamados «enemigos de clase» hacía largo tiempo que se había borrado.

Durante el otoño de 1945 el padre Szaléz Kiss, fraile franciscano, y cerca de sesenta jóvenes, miembros muchos de ellos de un grupo juvenil que él presidía, fueron detenidos en una localidad de Hungría y acusados de formar parte de una «conspiración fascista» que había llevado a cabo el asesinato de unos soldados soviéticos. Se utilizó la tortura para obligarlos a confesar. Kiss y tres adolescentes fueron ejecutados; otros fueron metidos en la cárcel o deportados a la Unión Soviética. El hecho de que la teoría marxista (y la práctica comunista) considerara que el fascismo era la forma más extrema de reacción significó, no obstante, que las depuraciones judiciales en la Europa del este tuvieran que enfrentarse a muchas

dificultades a la hora de llevar a cabo purgas sistemáticas con objetivo específico, pues potencialmente afectaban a buena parte de la población no comunista. En cambio, como sucedió en Rumanía, Bulgaria o Hungría, las purgas se convirtieron en formas arbitrarias de asegurarse la sumisión política. Un individuo completamente inocente podía ser denunciado y acusado de ser «fascista» por pura maldad personal sólo por haber hecho involuntariamente una manifestación baladí de inconformismo político.

Las purgas «oficiales» en la Europa occidental fueron menos severas que en los países sometidos a la dominación comunista, y menos también de lo que la población en general habría querido. Los máximos representantes del colaboracionismo —Vidkun Quisling en Noruega, Anton Mussert en Holanda, o Pierre Laval en Francia— fueron ejecutados. (El mariscal Pétain vio conmutada la pena de muerte por la de cadena perpetua en atención a sus ochenta y siete años.) No cabe duda de que las purgas se tomaron muy en serio, sobre todo inmediatamente después de la guerra. Por toda la Europa occidental cientos de miles de individuos fueron detenidos y tuvieron que hacer frente a procesos por traición, crímenes de guerra o colaboración con el enemigo: 40.000 en Dinamarca, 93.000 en Noruega, 120.000 en Holanda y hasta 405.000 en Bélgica. Pero los condenados fueron hallados culpables de delitos relativamente menores y se dictaron contra ellos sentencias bastante leves. Muchos fueron liberados enseguida o amnistiados al cabo de poco tiempo.

Hubo relativamente pocas penas de muerte, e incluso las largas condenas de cárcel fueron escasas. Más del 80 % de los detenidos en Bélgica, por ejemplo, se libraron por completo de ser procesados, 241 fueron ejecutados, y contra la mayor parte del resto de los que fueron condenados se dictaron sentencias relativamente leves. En Holanda, entre las 44.000 sentencias condenatorias que se dictaron (muchas por delitos bastante triviales) hubo 40 ejecuciones y 585 condenas a largas penas de cárcel. En cualquier caso los funcionarios y la policía, profundamente implicados en las redadas y en la detención de obreros, en las deportaciones de judíos y en las represalias por las actividades de la resistencia, salieron bastante bien librados. En cambio, en Francia las purgas fueron relativamente severas. Se investigaron unos 300.000 casos, de los cuales

resultaron 125.000 procesamientos. Se dictaron cerca de 7.000 penas de muerte, aunque la mayor parte *in absentia*. Aun así se produjeron unas 1.500 ejecuciones y se cumplieron 39.000 penas de cárcel (en su mayoría de corta duración). La mayor parte de los castigos fueron revocados en virtud de una amnistía en 1947. En 1951 sólo unos 1.500 de los peores criminales de guerra seguían en la cárcel.

Casi medio millón de austríacos, el 14 % de la población adulta, habían sido miembros del partido nacionalsocialista, y Austria había generado algunos de los peores criminales de guerra nazis. Sin embargo, se permitió al país presentarse como la primera víctima de la agresión alemana. Se ha dicho y con bastante razón que Austria fue uno de los lugares más seguros de Europa para los colaboracionistas. En este país sólo hubo treinta condenas a muerte por crímenes cometidos durante la guerra. En los territorios checos vecinos la cifra equivalente fue de 686. Muchos integrantes de la policía y de la judicatura austríaca fueron purgados. De los 270.000 nazis empleados en Austria en 1945, la mitad fueron despedidos a mediados de 1946, aunque muchos no tardaron en ser amnistiados y volvieron muy pronto a ser contratados de nuevo. Los tribunales dictaron 13.600 condenas de cárcel, en su mayoría por breves períodos. En 1948 una amnistía reintegró al 90 % de los culpables de delitos menores. No tardarían en promulgarse otras amnistías para los nazis culpables de delitos más graves a mediados de los años cincuenta. Los tribunales solieron mostrarse en general más indulgentes a medida que la inmediatez de la guerra fue quedando atrás. En todas partes la reconstrucción de un estado capaz de funcionar tuvo prioridad sobre el castigo o las represalias por la conducta tenida durante la guerra, fuera de los casos más extremos.

En todos los países de la Europa ocupada había habido colaboracionistas entusiastas. Pero raramente habían contado con el apoyo de la mayoría de la población, si es que alguna vez lo tuvieron, y en estos momentos eran odiados casi por todo el mundo en sus países. En Alemania, en cambio, Hitler había gozado durante mucho tiempo de una popularidad masiva, y su régimen había contado con un apoyo generalizado al nacionalismo militarista que había pisoteado la paz de Europa. Millones de alemanes habían pertenecido al partido nazi y a sus organizaciones filiales.

Muchos habían respaldado la persecución de los judíos y otras medidas de inhumanidad extrema en el interior, mientras que los que habían formado parte de las fuerzas de ocupación —a menudo con el apoyo tácito de la población de Alemania— con frecuencia habían sido cómplices de los actos de la más absoluta barbarie perpetrados en la Europa ocupada. La primera impresión de Alfred Döblin al volver a su país natal fue la de que los alemanes tenían «una relación extrañamente distante con los sucesos de su época», mostrándose incapaces de asimilar la catástrofe que se había abatido sobre ellos y concentrándose únicamente en la rutina diaria. Cómo podría Alemania llegar alguna vez a desempeñar de nuevo un papel positivo en Europa, y si efectivamente llegaría a hacerlo, eran cuestiones que pocos podían responder con un mínimo de seguridad en 1945. Purgar al país de sus antiguos nazis constituía un primer paso evidente e insoslayable en el proceso de reconstrucción de Alemania como democracia, tal como los Aliados habían acordado en la Conferencia de Potsdam en el verano de 1945. Pero resultaba más fácil decirlo que hacerlo.

Algunos dirigentes nazis se habían librado de la suerte que los aguardaba suicidándose, o bien cuando el Tercer Reich quedó sumido en ruinas o poco después, cuando estaban en cautividad en manos de los Aliados. Entre ellos cabría citar a Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda, a Martin Bormann, la mano derecha de Hitler (cuyos restos fueron encontrados varias décadas más tarde, no lejos del búnker de Hitler en Berlín), a Robert Ley, el fanático dirigente del Frente del Trabajo, y a Heinrich Himmler, el temido jefe de la SS y de la policía alemana. Algunos, como Rudolf Höss, el antiguo comandante de Auschwitz, o Arthur Greiser, dueño y señor del «Warthegau», en Polonia occidental, fueron entregados a los polacos, a los que habían sometido a una persecución brutal, y fueron ejecutados. Pero otros, y el caso más notorio sería el de Adolf Eichmann, el «gestor» de la «Solución Final de la Cuestión Judía», desaparecieron a través de España y se ocultaron en Sudamérica, a menudo —cosa por lo demás bastante sorprendente— gracias a la ayuda de ciertos canales dentro del Vaticano. Los Aliados, no obstante, lograron capturar a veintiocho figuras destacadas del régimen nazi. Entre ellos estuvieron Hermann Göring, en otro tiempo el sucesor designado de Hitler, Joachim von

Ribbentrop, el antiguo ministro de Asuntos Exteriores, Ernst Kaltenbrunner, jefe de la policía de seguridad, Hans Frank, gobernador general de Polonia, y Rudolf Hess, vicepresidente del partido nazi hasta el extraño vuelo que lo llevó a Escocia en 1941. Algunos líderes militares —Wilhelm Keitel (comandante del Alto Mando de la Wehrmacht), Alfred Jodl (jefe del Estado Mayor de Operaciones), Erich Raeder (comandante en jefe de la armada hasta 1943) y Karl Dönitz (que lo sucedió al frente de la armada y que, tras el suicidio de Hitler, se convirtió por un breve espacio de tiempo en presidente del Reich)— estuvieron también entre los grandes criminales de guerra que no tardarían en ser sometidos a juicio.

Someter a juicio por sus crímenes a los líderes nazis capturados era lo fácil. Pero en realidad se trataba de un campo de minas legal, pues no existían precedentes y a demás no había ninguna jurisdicción establecida para el Tribunal Militar Internacional (integrado por jueces y fiscales de las cuatro potencias ocupantes), que se instaló en Núremberg durante un año en 1945-1946. Churchill había propuesto fusilar a los principales criminales en cuanto fueran capturados. Stalin prefería juzgarlos primero y fusilarlos después. La opinión popular en toda Europa era favorable a la justicia sumarísima. Pero las presiones de los americanos a favor de construir un verdadero caso legal contra los acusados con el fin de demostrar su culpabilidad ante todo el mundo, empezando por la propia población de Alemania, en vez de darla simplemente por descontada, lograron imponer este criterio. Doce de los encausados, incluidos Göring, Ribbentrop, Frank, Bormann (*in absentia*), Keitel y Jodl, fueron condenados a muerte en la horca. (Göring se suicidó antes de que la sentencia pudiera ser ejecutada.) Los demás, incluido Albert Speer, que fue especialmente afortunado al poder librarse de la horca, fueron condenados en su mayoría a largas penas de cárcel. El NSDAP (el partido nacionalsocialista de los trabajadores de Alemania), la SS y la Gestapo fueron declarados organizaciones criminales. Otros doce procesos, esta vez llevados a cabo sólo por los americanos, siguieron al juicio de Núremberg entre 1946 y 1949. En total 185 personalidades de los ministerios del gobierno, del ejército, de la industria, de la profesión médica y del mundo de la jurisprudencia, así como de las sanguinarias Einsatzgruppen (fuerzas operacionales) de la Policía de

Seguridad, fueron acusadas de complicidad en crímenes execrables durante la guerra. Cuando concluyeron los juicios, habían sido dictadas veinticuatro penas de muerte, mientras que veinte de los acusados habían sido condenados a cadena perpetua y noventa y ocho a penas de cárcel más cortas.

Hubo muchos por entonces, y habría muchos también después, que tacharon los Juicios de Núremberg de «justicia de vencedores». Afirmaron que los procesos habían sido poco menos que una farsa, pues los soviéticos también habían perpetrado crímenes de guerra enormes y los bombardeos aliados de Dresde, Hamburgo y otras ciudades alemanas habían sido igualmente crímenes de guerra. Es indudable que según las normas jurídicas de Occidente los juicios distaron mucho de ser perfectos. Pero no procesar a los criminales de guerra nazis habría significado una omisión ridícula a ojos del mundo civilizado. En la propia Alemania los sondeos de opinión de la época pusieron de manifiesto, de hecho, una aprobación enorme de la imparcialidad de los juicios y de los veredictos. Grandes mayorías se mostraron partidarias de imputar a organizaciones enteras, tales como la SA, la SS y la Gestapo. Alrededor de un 70 % de la población pensaba que la culpabilidad por crímenes de guerra se extendía mucho más allá de los que fueron sentados en el banquillo de los acusados en Núremberg. Otros miembros y líderes de menor rango del partido nazi, pensaban muchos, habrían debido ser imputados también. Pero ahí empezaban los problemas. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Hasta dónde llegaba su culpabilidad? ¿Cómo se las podía individuar? ¿Cómo iban a distinguir las potencias ocupantes no sólo entre inocentes y culpables, en su opinión, sino también entre los distintos grados de culpabilidad, cuando más de 8 millones de alemanes —cerca del 10 % de la población— habían pertenecido al partido nazi y diez millones más habían sido miembros de alguna de las organizaciones filiales del partido?

La labor de desnazificación de la sociedad alemana, como no tardó en reconocerse, no era sólo abrumadora; era además completamente impracticable. En las tres zonas occidentales, los americanos fueron, desde luego durante las primeras etapas, los más decididos a llevarla a cabo. Los Aliados occidentales se dieron cuenta enseguida de que para el personal del

que disponían las fuerzas de ocupación, poco numeroso e integrado a menudo por individuos poco preparados, administrativamente era imposible hacer frente a los millones de cuestionarios que los alemanes tenían que rellenar acerca de su participación en las organizaciones nazis durante el Tercer Reich. A menudo los cuestionarios no valían ni el papel en el que estaban escritos; por curioso que resulte, no todo el mundo respondía la verdad a las preguntas. A finales de 1945 los campos de internamiento estaban a rebosar, millares de funcionarios estatales habían sido despedidos, pero la desnazificación total de la sociedad nazi se revelaba imposible. Sólo en la zona americana apenas habían sido procesados 1,6 millones de cuestionarios, mientras que 3,5 millones de nazis conocidos todavía esperaban a ser clasificados: y los americanos tenían la intención de retirarse de Alemania en 1947.

A los británicos y a los franceses no les iban mejor las cosas. Los ingleses habían juzgado y ejecutado a algunos de los responsables de las espantosas atrocidades de Bergen-Belsen, que tanta impresión habían causado en la opinión pública cuando el campo había sido liberado por las tropas británicas en la primavera de 1945. Habían echado también del trabajo a unos 200.000 alemanes, muchos de ellos miembros del funcionariado (que incluía a maestros y profesores), de la policía y responsables de puestos elevados de la industria, aunque también a gente que trabajaba en la producción de alimentos, en los ferrocarriles y en el servicio de correos. Pero el coste de la ocupación resultaba desorbitado para una Gran Bretaña en banca rota. La desnazificación empezó a ocupar un discreto segundo puesto ante la necesidad perentoria de reconstruir Alemania. Y era una tarea que no podían realizar los alemanes. Muchos de ellos tenían un pasado extremadamente tenebroso. Aun así, los alemanes tenían que dirigir su país ellos solos. Los franceses, como los británicos, se vieron obligados enseguida a recurrir al pragmatismo. Las vengativas purgas de los primeros tiempos tuvieron que ceder a las necesidades prácticas. Tres cuartas partes de los docentes alemanes de la zona francesa fueron despedidos durante las primeras semanas de la ocupación. Pero cuando las escuelas volvieron a abrir en septiembre de 1945 todos ellos recuperaron sus empleos. Los franceses sólo pudieron procesar en total

alrededor de medio millón de cuestionarios. Y fueron sorprendentemente indulgentes. Sólo 18.000 individuos incurrieron automáticamente en algún tipo de penalización; los «infractores importantes» serían 13 en la zona francesa, comparados con los 1.654 de la zona americana.

A comienzos de 1946, reconociendo su fracaso, los Aliados occidentales dejaron en manos de los alemanes la responsabilidad de su desnazificación. Se crearon cientos de tribunales de distrito, integrados por personal alemán bajo el control general de los Aliados. Continuaron vigentes los cuestionarios, aunque se modificó su forma. Lo mismo ocurrió con las distintas categorías de culpabilidad, que iban de los infractores importantes a los que quedaban exonerados por completo. Casi todas las personas llevadas ante un tribunal parecían capaces de encontrar a alguien provisto de credenciales aparentemente impecables que respondiera de la buena conducta del acusado durante el período nazi. No por nada los documentos emitidos fueron llamados «certificados Persil», el «limpiador blanqueador», como decía la publicidad del detergente más utilizado del país.

Todo el proceso de desnazificación fue reduciéndose paulatinamente a poco más que una farsa. Teóricamente fueron juzgados más de 6 millones de casos; dos terceras partes fueron amnistiados de inmediato. De los individuos que llegaron ante los tribunales, al menos nueve décimas partes fueron considerados sólo infractores menores. La mayoría fueron considerados «compañeros de viaje» o fueron exonerados por completo. Los tribunales, llamados —y con razón— «fábricas de compañeros de viaje», habían perdido credibilidad y habían empezado a ser odiados por la mayoría de la población mucho antes de que acabaran por ser eliminados en 1951 en virtud de una serie de leyes del gobierno de la Alemania occidental que amnistiaron a centenares de millares de individuos, excepto a los grandes infractores. Mientras tanto, la mayor parte de los funcionarios que habían sido destituidos de sus puestos en un primer momento fueron readmitidos. El fracaso de la desnazificación reflejaba no sólo la creciente impopularidad de los procedimientos, el rechazo generalizado de la presunción de culpabilidad colectiva de los crímenes nazis y la adaptación pragmática a las necesidades administrativas en una situación política en

rápido proceso de cambio. Reflejaba también el sentimiento popular ante el nacionalsocialismo, registrado en numerosos sondeos de opinión, considerado como una buena idea que había sido mal ejecutada, y que, en cualquier caso, era preferible al comunismo.

La desnazificación en la zona soviética siguió una senda distinta, más draconiana, de la que siguieron los Aliados occidentales. Decenas de millares de individuos murieron en campos de internamiento (incluidos algunos antiguos campos de concentración nazis) y cárceles gestionados por la policía secreta soviética. Muchos más todavía fueron enviados a campos de trabajo en la propia Unión Soviética. Más de medio millón de alemanes del sector oriental habían sido expulsados de sus puestos de trabajo a finales de 1945. Se llevaron a cabo enormes purgas de jueces y abogados, de funcionarios públicos y de docentes de todos los niveles, desde la universidad hasta la escuela primaria. De hecho en el otoño de 1946 había ya más de 40.000 nuevos docentes ocupando su puesto. Entre 1945 y 1950 serían reemplazados dos terceras partes de los jueces y tres cuartas partes de los maestros de la escuela elemental. Los nuevos docentes y burócratas recibieron una instrucción mínima, con las consecuencias previsibles en cuanto a su calidad.

Pero ni siquiera en la zona soviética pudieron pasarse por alto las consideraciones prácticas. A la mayoría de los médicos, aunque tuvieran credenciales nazis, se les permitió permanecer en sus puestos; era más difícil sustituirlos a ellos que a los maestros y a los burócratas. También podía pasarse por alto la ideología cuando convenía. Los americanos habían hecho desaparecer como por arte de magia a cientos de científicos nazis para que trabajaran en sus programas espaciales. Los rusos hicieron lo mismo con los antiguos nazis de la zona oriental. Además tampoco podía permitirse que la zona soviética se hundiera, aunque los rusos hicieran cuando estuvo en su mano en ese sentido con el drástico desmantelamiento de la industria alemana. Finalmente, los nazis de poca monta fueron animados a demostrar que habían reconocido sus errores, que se habían convertido interiormente a las doctrinas del marxismo-leninismo, y que

admitían el camino progresista hacia una sociedad radicalmente distinta impulsada por el socialismo de estado. El rojo era el nuevo color pardo de otros tiempos.

¿Podrían haberse llevado a cabo las purgas de otra forma? Ni en la Europa del este ni en la del oeste resulta fácil vislumbrar qué camino alternativo habría podido tomarse. En el incipiente bloque soviético las purgas fueron incuestionablemente despiadadas, y se convirtieron en un instrumento bastante claro para imponer la conformidad política. Las purgas rápidas y drásticas, destinadas a erradicar la «reacción», a los «elementos subversivos», y las «tendencias antisoviéticas», aparte de acabar con los auténticos criminales de guerra y los colaboracionistas, transmitieron el mensaje que se pretendía. La mayoría de la población no era comunista, y menos aún pro soviética, y era harto improbable que votara comunista en unas elecciones libres. Pero las purgas permitieron ver con claridad el carácter despiadado de los nuevos gobernantes. La población fue intimidada y obligada a someterse. Por brutal que fuera, la ruptura radical con el pasado funcionó.

En la Europa occidental las purgas satisficieron a pocos. Para muchos fueron demasiado benignas; para otros, demasiado duras. Pero reconstruir una sociedad sobre la base del consenso requería integración, no la división que acarrean una recriminación prolongada o la pura venganza. Había que dejar enfriar las comprensibles ansias de castigo de los responsables del horror, y no permitir que envenenaran los esfuerzos de reconstrucción social y política a largo plazo. Había que refrenar el apasionamiento. La justicia natural debía supeditarse a la política. Debía darse la precedencia a la mirada hacia el futuro, y no a una limpieza más a fondo del pasado. La amnesia colectiva era el camino para seguir adelante.

Muchos individuos con pasados más que dudosos pudieron seguir viviendo hasta la vejez y morir tranquilamente en su cama, recibiendo una indulgencia que ellos nunca concedieron a sus víctimas. La relativa indulgencia de Occidente hacia los antiguos simpatizantes del fascismo y la rapidez con la que fueron reintegrados a la sociedad contribuyeron a hacer el juego a la propaganda soviética. Pero la propia Unión Soviética daba cabida en el Ejército Rojo a muchos que habían perpetrado atrocidades

gravísimas, aunque allí se consideraba naturalmente que habían actuado en nombre de una causa justa. Cuando dio comienzo la Guerra Fría, las consideraciones políticas en el este y el oeste determinaron que se llegase a la conclusión de que el tiempo de las purgas se había acabado, y de que había que subrayar el pasado con una línea favorable a la unidad socialista en el este, y con un anticomunismo cada vez más estridente en el oeste.

A juicio de las víctimas de tanta inhumanidad no se habían impuesto ni mucho menos los debidos castigos, y desde luego no se había extraído por completo el veneno. Posiblemente nada pudiera compensarlas por lo que habían sufrido; no cabía imaginar una catarsis total. Décadas más tarde, en una prueba más del carácter irremediablemente incompleto de la rendición de cuentas, los criminales de guerra culpables de crímenes espantosos seguirían siendo perseguidos, descubiertos y llevados a juicio. Durante el resto del siglo XX, Europa no se desharía nunca del hedor de la espantosa inhumanidad de los años de la guerra.

Despertares políticos:
Divisones e incertidumbres

Después de la guerra lograron reafirmarse con sorprendente rapidez nuevas formas de política pluralista. La conquista alemana había roto la continuidad en todos los países, salvo unos pocos. La política tendría que tomar forma de nuevo. Pero las bases del pluralismo político seguían en su sitio. Durante mucho tiempo habían sido suprimidas, pero pudieron ser reactivadas con una rapidez extraordinaria. Bajo la superficie de prohibición y persecución los partidos de izquierdas especialmente no sólo habían retenido su anterior base de apoyo, sino que a menudo la habían ampliado, reforzados por su historial de resistencia. Para los antiguos partidos liberales y conservadores las discontinuidades fueron mayores. Sin embargo, incluso en estos casos resulta sorprendente la rapidez con la que lograron reconstruir sus antiguas bases políticas, aunque detrás de partidos provistos de nombres nuevos.

No obstante, el futuro paisaje político tenía unos contornos completamente inciertos. El fascismo había sido pulverizado, con unos costes enormes, eso sí, y en todas partes podía descartarse cualquier vuelta a un autoritarismo de corte fascista (aunque la preocupación por un resurgimiento nazi en Alemania no se extinguiera de inmediato, mientras que España y Portugal siguieron en el túnel del tiempo). En cambio, el prestigio del comunismo soviético había aumentado con su triunfo militar. Gozaba de mucho apoyo en una izquierda revitalizada y unida por el antifascismo. Muchos siguieron mirando a Moscú o volvieron a mirar en esa dirección buscando inspiración y esperanzas. Pero la mayoría de la izquierda deseaba expresamente un sistema político pluralista o al menos admitía que la democracia pluralista era de momento necesaria. Y más allá de la izquierda había amplios sectores de la sociedad en todas partes, y en particular fuera de los grandes conglomerados urbanos, que seguían siendo antisocialistas, conservadores y a menudo estaban fuertemente sometidos a la influencia de la Iglesia. En todos los países el problema del carácter concreto del sistema político y de la configuración de su base popular se resolvería tan sólo paulatinamente.

Inmediatamente después de la guerra dio la sensación de que finalmente había llegado la hora de la izquierda, desmoralizada, dividida y derrotada durante la Depresión, aterrorizada y arrojada a una peligrosa oposición por los fascistas. Los frentes populares de los años treinta, aunque efímeros, habían conseguido su unidad gracias a su oposición común al fascismo. En 1945, lleno de euforia por el triunfo obtenido tras aplastar a su mortal enemigo, el antifascismo volvería a ser el cemento que uniera a la izquierda. Los comunistas en particular se beneficiaron de su historial de decidida resistencia. La izquierda —comunistas y socialistas— parecía navegar a favor del viento.

Renacimiento del pluralismo político en la Europa occidental

En las primeras elecciones de posguerra celebradas en la mayor parte de los países los partidos comunistas doblaron o más su fuerza, si se compara con los niveles de apoyo que habían tenido antes de la guerra. El número más elevado de votos comunistas en 1945-1946 se produjo en Francia (más del 26 %), Finlandia (23,5 %), Islandia (19,5 %) e Italia (casi el 19 %). Los comunistas consiguieron apoyos de entre el 10 y el 13 % en Bélgica, Dinamarca, Holanda, Luxemburgo, Noruega y Suecia, y hasta del 14 % en algunas elecciones regionales en Alemania (las elecciones nacionales en la Alemania occidental no tendrían lugar hasta 1949). Sin embargo, en Austria y Suiza los comunistas obtuvieron un apoyo de sólo el 5-6 % y de un miserable 0,4 % en Gran Bretaña. Pero el apoyo otorgado a los partidos socialistas superó en general al conseguido por los comunistas, llegando al 40 % en las primeras elecciones de posguerra en Austria, Suecia, Noruega y en algunas elecciones regionales de la Alemania occidental, a más del 30 % en Bélgica y Dinamarca, y un poco por debajo de ese nivel en Holanda. En Francia e Italia el total del voto de las izquierdas —un 47 % en Francia y un 39 en Italia— fue considerable, pero estuvo repartido de forma bastante igualada entre comunistas y socialistas.

Unido a los vínculos esencialmente negativos del antifascismo y del rechazo profundamente arraigado a las minorías dirigentes conservadoras que, en otro tiempo, se habían aliado con la extrema derecha estaba el deseo de un cambio social y económico radical, de un tipo como el que, creían muchos, sólo podía llevar a cabo la izquierda. En los Países Escandinavos, donde la guerra había sido menos destructiva (aunque Noruega había perdido el 20 % de su infraestructura económica), la izquierda socialdemócrata fue capaz de consolidar la base de poder que se había construido antes del estallido del conflicto y logró introducir importantes cambios duraderos en el terreno del bienestar social. Los socialdemócratas de Dinamarca, inicialmente perjudicados hasta cierto punto por su participación en el gobierno colaboracionista de los años de la guerra, no tardaron en recuperar las pérdidas sufridas temporalmente en beneficio de los comunistas. La socialdemocracia se reforzó en Noruega, robustecida por su participación en la resistencia, y siguió siendo fuerte en Suecia. En la pequeña Islandia, uno de los pocos países europeos que había prosperado

durante la guerra y que había establecido su independencia de Dinamarca en 1944, los socialdemócratas siguieron por detrás de los comunistas y su Partido de Unidad del Pueblo. Pero los dos grupos se unieron a los conservadores del Partido de la Independencia en una coalición que, curiosamente, tenía pocas discrepancias fundamentales en lo tocante a la modernización del país y la mejora de los niveles de vida a través del apoyo a la flota pesquera. En Escandinavia la guerra interrumpió, pero no destruyó, ni las estructuras políticas ni la política de reforma social y económica.

La socialdemocracia también se reveló una fuerza de primera magnitud en Finlandia, aunque este resultado no pareciera tan evidente en 1945. En ese momento, daba más la impresión de que Finlandia fuera a acabar formando parte del bloque soviético. En 1945 el partido de los comunistas finlandeses (que se llamaba a sí mismo «Liga Democrática Popular») pudo presentarse por primera vez a las elecciones desde 1929. Obtuvo el 23,5 % de los votos, situándose apenas por detrás de los socialdemócratas, que sacaron el 25 % (muy por debajo del seguimiento que habían tenido antes de la guerra). Estas dos formaciones, junto con el Partido Agrario (21 %) constituyeron un gobierno de coalición cuyo programa de izquierdas incluía nacionalizaciones, reformas fiscales y de bienestar social y un amplio control de la economía por el estado, aunque trazara escrupulosamente una línea muy clara para preservar la independencia y cultivar al mismo tiempo las buenas relaciones con sus vecinos soviéticos. A los comunistas les dieron el Ministerio del Interior y otros cuatro ministerios. En 1946 llegó incluso a ser nombrado primer ministro un comunista, Mauno Pekkala.

Daba la impresión de que iba a producirse una mayor infiltración comunista en las redes del poder, como la que estaba teniendo lugar en las zonas de la Europa del este que habían quedado bajo el control de los soviéticos. Pero los comunistas finlandeses, que por cierto no permanecían unidos, tuvieron que hacer frente a la feroz oposición del partido socialdemócrata y del partido agrario y perdieron terreno ante los dos en las elecciones de 1948. Mientras tanto había ido intensificándose el anticomunismo, y la toma del poder de los comunistas en Checoslovaquia

en febrero de 1948 llevó a muchos a pensarse bien las cosas. Los líderes políticos finlandeses jugaron su baza con astucia, empezando por las negociaciones entabladas apenas un mes después en torno a la alianza militar con la Unión Soviética, que desembocaron en un acuerdo menos restrictivo y la firma de un tratado de «Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua». Pero lo más importante fue que Stalin se mostró dispuesto, por sus propias razones pragmáticas —quizá tuviera que ver en todo ello la reacción negativa internacional al golpe de Estado checo—, a dejar a Finlandia como vecino independiente y no obligarla a asumir la misma condición de estado satélite de los demás países que habían caído bajo la esfera de influencia soviética. Fue así como los socialdemócratas, aunque ferozmente atacados por Moscú, lograron desempeñar un papel fundamental en la configuración de la política y la economía de Finlandia durante varios años a partir de 1948.

El partido laborista británico también se alzó como vencedor al término de la guerra. El partido estaba esencialmente a favor de una versión de la socialdemocracia, aunque su evolución había sido desde el primer momento marcadamente distinta de la de los partidos socialdemócratas continentales. Lo más importante era que nunca había tenido que enfrentarse a ningún reto serio del comunismo. De modo que en la izquierda británica no había habido ninguna escisión ni ninguna lucha intestina. Y naturalmente la izquierda no había tenido que hacer frente a un régimen fascista, a la persecución ni a la ocupación nazi. El Gobierno de Concentración Nacional establecido durante la guerra había visto la suspensión de los partidos políticos convencionales. Pero cuando éstos reanudaron sus actividades en 1945 las viejas estructuras seguían en pie. El partido conservador, que sólo había estado fuera del gobierno aproximadamente durante tres de los treinta años anteriores, se vio obligado a pasar a la oposición y a replantearse su programa político y su reorganización interna. Pero a todas luces era el mismo partido y en Churchill tenía un líder de fama mundial.

Decisivos en las elecciones de 1945 fueron los recuerdos de la Depresión que habían hecho mella en la conciencia pública de Gran Bretaña. Quizá no hubiera una vuelta a aquellos años desoladores. Las

demandas de grandes reformas sociales y económicas para impedir la vuelta a una miseria semejante habían supuesto la caída de Winston Churchill y habían catapultado al poder a los laboristas en las elecciones de julio de 1945 con más del 60 % de los escaños del parlamento. El nuevo gobierno presidido por Clement Attlee, el nuevo primer ministro carente por completo de carisma, pero sumamente eficaz, estaba dispuesto a construir Jerusalén aquí y ahora «en la tierra verde y plácida de Inglaterra» (como decía el poema de William Blake escrito a comienzos del siglo XIX). Attlee contó con el apoyo de varios ministros sumamente experimentados y competentes. Entre los más destacados cabría citar a Ernest Bevin, que durante el período de entreguerras había sido el principal líder sindical de Gran Bretaña. Bevin fue una presencia importantísima como ministro de Trabajo en el Gobierno de Concentración Nacional durante la guerra, y ahora, en una de las jugadas maestras de Attlee, fue nombrado secretario del Foreign Office. Otra personalidad fundamental fue su casi homónimo Aneurin Bevan. Antiguo minero y orador vigoroso, Bevan estaba profundamente marcado por las privaciones y la miseria sufridas por las comunidades mineras de Gales, y con Attlee se convirtió en ministro de Sanidad. El ascético sir Stafford Cripps, antiguo rebelde de izquierdas del partido, cuyo entusiasmo inicial por Stalin se había atenuado mucho durante su estancia en Moscú a lo largo de la guerra como embajador de Inglaterra y había dado paso a una nueva simpatía por la buena gestión, la eficiencia y la planificación al estilo del New Deal en una economía mixta, resultó particularmente influyente en la dirección de la economía de la Inglaterra de posguerra.

El objetivo del nuevo gobierno laborista era ni más ni menos que una revolución social y económica por medios democráticos. Las minas de carbón, los ferrocarriles, el servicio de gas y electricidad, y el Banco de Inglaterra fueron nacionalizados. En virtud de la Ley de Educación introducida en 1944 por el gobierno de coalición de los años de la guerra se hizo posible la ampliación del acceso a los centros de enseñanza secundaria. Se mejoraron los derechos de los trabajadores. Se emprendió un amplísimo programa de vivienda. Pero, sobre todo, se estableció el «estado del bienestar», expresión que fue acertadamente calificada como «el talismán

de una Gran Bretaña mejor de posguerra» y como el máximo logro del gobierno Attlee. Las ayudas familiares, pagadas directamente a las madres, se convirtieron en un subsidio universal, y una amplia variedad de leyes de asistencia social (que venían a poner en práctica buena parte del proyecto de seguridad social de lord Beveridge elaborado en 1942) empezaron a reducir lo peor de las carencias existentes antes de la guerra. El mayor logro, a ojos de la gente, entonces y durante las décadas posteriores, fue la creación en 1948 de un Servicio Nacional de Salud, fundamentalmente obra del hombre que lo inspiró, Aneurin Bevan (y que chocó con la vehemente oposición de la profesión médica), que proporcionaba tratamiento sin que el paciente tuviera que pagar directamente nada (aparte, por supuesto, de la aportación efectuada a través de los impuestos). El resultado fue una mejora sustancial de las prestaciones sanitarias a los sectores más pobres de la sociedad y una reducción del número de muertes por neumonía, difteria y tuberculosis. Fueron avances muy importantes y duraderos.

Pero para los que vivieron los años de la inmediata posguerra en Gran Bretaña hubo también otra cara de la moneda: la austeridad. Inglaterra había salido victoriosa, pero era pobre. Tenía unas deudas enormes que pagar. Sus costes en materia de defensa seguían siendo los de una gran potencia imperial. Y las reformas sociales que tanto se necesitaban y que tan buena acogida tuvieron supusieron un aumento del gasto público en el ámbito de la asistencia social. Para que Gran Bretaña pudiera financiarse, las exportaciones tenían que crecer y las importaciones tenían que reducirse drásticamente. El resultado fue una larga continuación de las restricciones del gasto en bienes de consumo impuestas durante la guerra.

Las reformas en materia de bienestar social eliminaron las peores penurias. Aun así, para la inmensa mayoría de la población la vida cotidiana siguió siendo difícil, monótona y carente por completo de comodidades materiales. La mayor parte de los productos alimenticios de primera necesidad continuaron racionados. La guerra se había combatido y se había ganado sin necesidad de racionar el pan, pero en 1946 se impuso el racionamiento de este producto que duró dos años. «A veces me pregunto quién ha ganado esta guerra», era el comentario de un ama de casa del norte de Inglaterra de 1946, y probablemente reflejara un sentimiento muy

generalizado. Muchos productos eran totalmente inasequibles. Allí donde se decía que habían llegado mercancías de cualquier tipo, se formaba de inmediato una cola. Especialmente las mujeres tenían que encontrar tiempo para hacer cola, a veces durante horas, y a menudo sin éxito.[1]

El racionamiento de la comida no acabó hasta 1954, mucho después de que hubiera terminado en otros países de la Europa occidental. Sólo entonces pudieron los niños comprar chucherías sin cupones de racionamiento. Y una vez que concluyó el racionamiento de la gasolina pudieron los que tenían coche encontrar gasolina suficiente para emprender viajes de cierta distancia. La tolerancia de la austeridad, bastante generalizada al principio, poco a poco fue disminuyendo. En 1950 algunos de los que lo habían votado antes estaban ya dispuestos a abandonar al partido laborista. Los conservadores estaban a punto de recuperar el poder.

No obstante, al margen de las divisiones políticas, las reformas en materia de bienestar social introducidas por el laborismo fueron apoyadas ampliamente por todos los partidos (a diferencia de los cambios económicos, la nacionalización de las industrias y otras medidas políticas). Los conservadores reconocieron que no podía haber una vuelta atrás a la política de los años treinta. Admitieron la necesidad de cambio y se adaptaron bien a ella, inaugurando así un período de notable consenso en lo relativo a los principios fundamentales de política social que duraría más de dos décadas. El ímpetu reformador del laborismo disminuyó a partir de 1948, y su permanencia en el poder duró sólo cinco años. Pero cambió definitivamente al país durante ese tiempo. La senda seguida por Gran Bretaña continuó diferenciándose con el laborismo de la que siguió la Europa continental. La pronunciada sensación que tenía el país de ser distinto de una Europa que por dos veces en la historia reciente lo había arrastrado a una guerra mundial, y la identificación de sus intereses con los de la Commonwealth y su aliado durante la guerra, los Estados Unidos de América, continuarían teniendo una poderosa garra en la cultura británica durante los años venideros.

En casi toda la Europa occidental el momento de la izquierda pasó rápidamente. Uno de los motivos fue que no tardaron en ponerse de nuevo al descubierto sus divisiones. Sólo el antifascismo no bastaba para mantener

unida a la izquierda. Inevitablemente volvieron a abrirse las viejas fisuras —entre los partidos socialistas, por un lado, comprometidos con el cambio dentro de un marco democrático pluralista (y dispuestos a colaborar con un capitalismo reformado y controlado) y, por otro, unos partidos comunistas casados con Moscú, que trabajaban por la destrucción total del capitalismo y por la consecución de un ejercicio exclusivo del poder por parte del estado.

Un segundo motivo fue la aparición de la nueva fuerza política más importante surgida después de la guerra: la democracia cristiana. Este conservadurismo revitalizado apoyaba absolutamente la democracia pluralista. Demostró que era capaz de ampliar la base electoral de los antiguos partidos confesionales, integrando intereses políticos y sociales anteriormente fragmentados no sólo en sentido negativo, a través del anticomunismo, sino también en sentido positivo, a través de su respaldo a reformas sociales sustanciales. Antes de la guerra las elites conservadoras generalmente habían intentado bloquear cualquier cambio y a menudo habían obstruido la democracia, a la que habían visto como una amenaza para sus intereses. Después de la guerra, una nueva elite política, limpia de asociaciones fascistas, adoptó un enfoque distinto. Vio la necesidad de incorporar el cambio social y de acoger con los brazos abiertos a la democracia parlamentaria, a la que intentó adaptar a sus propios intereses. En consecuencia, amplios sectores de todos los países en los que el socialismo y el comunismo habían penetrado escasamente, si es que habían logrado penetrar en absoluto, quedaron abiertos al atractivo de una política conservadora, pero reformista, que acogía de buena gana el cambio social en el marco de los principios cristianos.

El tercer motivo, por lo demás fundamental, que se oculta tras el debilitamiento del comunismo y la creciente división de la izquierda, así como de la fuerza emergente de la democracia cristiana (y de otras modalidades de conservadurismo), fue la profundización de la división entre la Europa del este y la del oeste que no tardó en consolidarse en forma de Guerra Fría. Fue éste el factor más importante de todos. Cuanto más evidentes se hicieran los aspectos más desagradables del poderío comunista generalizado en la Europa oriental, más fácil resultaría para los partidos

conservadores de la Europa occidental aprovechar las inveteradas antipatías que guardaban hacia la Unión Soviética y los temores al comunismo en el propio país de cada uno.

Las lealtades políticas en la mayor parte de la Europa occidental se dividieron rápidamente en tres direcciones, entre el socialismo, el comunismo y la democracia cristiana. A medida que se intensificaba el antagonismo entre los Aliados occidentales y la Unión Soviética, las divisiones en la izquierda se consolidaban, el apoyo al comunismo disminuía y los cristianodemócratas ganaban terreno. La izquierda se veía cada vez más incapaz de perfilar la agenda política. Ésa fue, con algunas variaciones, la tendencia seguida en Bélgica, Luxemburgo, Austria, Italia, Francia y Alemania occidental. En Holanda el Partido Popular Católico conservó una base confesional más estricta que los nuevos cristianodemócratas de otros países. Los «pilares» políticos y culturales distintivos que habían marcado a la sociedad holandesa antes de la guerra —socialistas, católicos y protestantes (con una agrupación liberal-conservadora más vaga)— se reconstruyeron en gran medida de una forma ligeramente distinta. También en Bélgica el marco político fue un caso de restauración levemente modificada. Las fuerzas dominantes eran conservadoras, pues la clase media y la población rural resultaron las principales beneficiarias de una economía capitalista reformada, mientras que la izquierda radical perdió atractivo entre la clase obrera industrial. En Austria —sometida a la ocupación de las cuatro potencias, pero tratada como un país liberado— el partido comunista fue una fuerza sin importancia desde el primer momento, aunque se le permitió formar parte de un gobierno de gran coalición dominado por el nuevo Partido Popular Austríaco, de carácter democristiano, y los socialdemócratas. La prioridad fundamental era establecer la unidad nacional, no resucitar las divisiones existentes antes de la guerra.

En 1945 el futuro de Italia parecía con toda probabilidad que iba a venir determinado por la izquierda revolucionaria. Pero, en medio de los continuos y graves problemas económicos, antes de un año los cristianodemócratas, encabezados por Alcide de Gasperi, en otro tiempo destacado miembro del Partito Popolare, de filiación católica, empezaron a

emerger como la nueva fuerza más importante de la política italiana. La democracia cristiana italiana logró unir un ala sumamente conservadora con algunos sectores izquierdistas que daban cabida a los sindicalistas católicos. Pero De Gasperi hizo gala de saber manejar a las dos alas del partido para mantener el poder. Durante los primeros momentos contó con la ayuda de la disposición del líder comunista, Palmiro Togliatti, que había pasado los años de la guerra en Moscú, a integrar a los comunistas en el gobierno. El gabinete presidido por De Gasperi —una coalición aparentemente inverosímil formada por cristianodemócratas, comunistas y socialistas— acabó de hecho con las purgas, sustituyó a muchos de los jefes de la policía y de los prefectos provinciales nombrados recientemente por funcionarios con larga experiencia, arrebató las grandes empresas de las manos de los «comisarios» que las gestionaban para devolvérselas a la propiedad privada y emprendió el restablecimiento del orden público. La coalición fue confirmada en su puesto en las elecciones del 2 de junio de 1946, al tiempo que el electorado rechazaba la monarquía, que había quedado enormemente desacreditada, e Italia se convertía en una república.

La triple segmentación experimentada por la política italiana estaba destinada a continuar. Juntos, socialistas y comunistas formaban el sector más amplio de apoyo popular. Pero estaban divididos tanto en sus objetivos políticos como en su base de apoyo. Además, los apoyos de la izquierda estaban claramente confinados a las regiones industriales del norte de Italia. Las zonas más rurales del país respaldaban mayoritariamente a los democristianos, los claros vencedores con más de un tercio del total de los votos. En 1947 la incipiente Guerra Fría provocó tensiones en el gobierno que acabaron siendo insuperables y dieron lugar a la expulsión de los comunistas. En las elecciones parlamentarias de abril de 1948, celebradas bajo la sombra de una «Amenaza Roja», el voto combinado de comunistas y socialistas bajó del 40 % obtenido en 1946 al 31 %. El papa Pío XII había dicho a los italianos que todo el que apoyara a un partido anticristiano era un traidor. La propaganda anticomunista americana resultó asimismo sumamente efectiva. Los cristianodemócratas lograron ampliar sus votos del 35 al 48,5 %, y con ello alcanzar la mayoría en la Cámara de los Diputados. El paso de la violencia revolucionaria de los partisanos a una

mayoría gubernamental de la democracia cristiana conservadora había sido notable. La división de la izquierda supuso que los cristianodemócratas lograran arreglárselas, a pesar de sus propias divisiones internas, para mantener durante los años venideros el control de un sistema político inestable.

Francia fue el único país de la Europa occidental en el que los comunistas, con un 26 %, obtuvieron un número de votos superior al de los socialistas (24 %) en las primeras elecciones de posguerra. Sin embargo, hubo una nueva fuerza política, el Mouvement Républicain Populaire («Movimiento Republicano Popular» o MRP), la variante francesa de la democracia cristiana, que obtuvo un 25 % de los sufragios en las elecciones legislativas del 21 de octubre de 1945. Tras las elecciones el MRP, junto con los socialistas y los comunistas (las principales fuerzas de la Resistencia), formaron una alianza tripartita de la que surgió un Gobierno Provisional con el mandato de redactar la constitución de una Cuarta República. Charles de Gaulle, que ya había formado un Gobierno Provisional en el momento de la liberación el 25 de agosto de 1944, continuó a la cabeza del gabinete. El MRP pudo beneficiarse del papel desempeñado en la Resistencia por algunos de sus líderes, como Georges Bidault. Al igual que otros partidos cristianodemócratas, supo combinar el atractivo ejercido sobre una izquierda enraizada en el pensamiento social católico con un apoyo conservador más tradicional. EL MRP formó parte de la mayoría de los gobiernos de la Cuarta República entre 1946 y 1958. Pero a diferencia de la democracia cristiana de buena parte de la Europa occidental, su apoyo en vez de crecer disminuyó. La influencia de la Iglesia católica en la política fue menor en Francia que, por ejemplo, en Italia o en la Alemania occidental. Pero el fracaso gradual del MRP se debió en gran medida, contrariamente a lo que les sucediera a otros partidos cristianodemócratas, a que tuvo que enfrentarse a un reto importantísimo en el marco de la derecha conservadora, un reto que se materializó en 1947 y que fue encabezado ni más ni menos que por el héroe de guerra más destacado de Francia, el general Charles de Gaulle.

En realidad el MRP se había mostrado abierto al principio a colaborar con los socialistas y los comunistas para llevar a cabo una reforma social de altos vuelos, y había apoyado el fomento de las buenas relaciones con la Unión Soviética. Cada uno de los tres partidos era favorable a un importante aumento de las prestaciones sociales y una ampliación de las nacionalizaciones, incluidos los bancos, las compañías aseguradoras, las minas de carbón, la producción de gas y electricidad, las líneas aéreas y las fábricas de coches Renault. A pesar de su arraigado conservadurismo, De Gaulle aceptó el paso a la nacionalización y a una economía planificada (dirigida por Jean Monnet, un experto especialista en economía al que se concedieron poderes especiales para supervisar las medidas necesarias para modernizar la economía francesa y restaurar la producción). El New Deal francés empezó a tomar forma con un respaldo político masivo. Los sindicatos (a menudo dominados por los comunistas), el propio partido comunista, los socialistas y el MRP aportaron su granito de arena para alcanzar unos niveles muy elevados de productividad industrial, contribuyendo a animar a los agricultores a llevar a cabo una rápida expansión de los suministros de alimentos a las ciudades, y a introducir una seguridad social más eficaz, pensiones, subsidios por maternidad, y otras mejoras de la calidad de vida de la gente sencilla. Pero los cambios necesitaban tiempo para surtir efecto. Los niveles de vida, minados por la elevada inflación y la escasez de alimentos y de muchos productos básicos, siguieron siendo bajos durante al menos los dos años que siguieron a la liberación. Los conflictos políticos naturalmente se intensificaron. Las repercusiones sobre la popularidad del gobierno fueron las previsibles.

Las continuas dificultades, el incremento del desengaño político, y la vuelta a las divisiones y a los conflictos habituales de la política de partidos en un sistema pluralista no encajaban muy bien con la encumbrada visión que tenía De Gaulle de sí mismo en la cúspide de una Francia unida. En enero de 1946 dimitió repentinamente como presidente del Gobierno Provisional. Volvió a salir a la superficie en el mes de junio defendiendo con vehemencia la creación de un presidente electo con poderes ejecutivos. No hacía falta exprimirse mucho el cerebro para adivinar quién debía ser ese presidente. El electorado mostró su discrepancia y votó —aunque con

bastante tibieza, pues un tercio de los votantes no se tomaron la molestia de acudir a la cita con las urnas— a favor de una Cuarta República en la que los poderes parlamentarios estuvieran por encima de los del ejecutivo. El resultado fue un sistema que replicaría muchas de las desventajas de la Tercera República. Pero al reforzar los poderes del poder legislativo (elegido por representación proporcional) para anular al gobierno, que invariablemente representaba una incómoda coalición de intereses políticos en conflicto, la nueva constitución garantizaba la continuidad de la inestabilidad política.

De Gaulle, mostrando su desprecio por el nuevo orden constitucional, anunció en abril de 1947 que pretendía formar y dirigir un nuevo movimiento político, que llamó Rassemblement du Peuple Français (Concentración del Pueblo Francés, o RPR). Al cabo de un año su partido, que supuestamente estaba por encima de la política partidista convencional y se basaba en una plataforma de unidad nacional, en el anticomunismo, y en un poder ejecutivo fuerte representado por un presidente, realizó grandes avances en el sector de la derecha política. Llegó a tener medio millón de miembros (en su mayoría gente de clase media y campesinos) y obtuvo un 35 % de los votos en varias elecciones municipales en el norte de Francia, aunque el gran avance a nivel nacional seguía escapándosele.

La coalición del gobierno tripartito, en cambio, iba agrietándose cada vez más. El primer ministro socialista, Paul Ramadier, aprovechó una oleada de huelgas organizadas por los sindicatos dominados por los comunistas en abril de 1947 y la oposición de los comunistas al uso de la fuerza por parte del gobierno para sostener el dominio imperialista francés en Madagascar e Indochina, para destituir a los ministros comunistas. El gobierno tripartito se había acabado. Los comunistas no volverían a participar en un gobierno durante más de tres décadas. El MRP, los socialistas, los radicales y otros pequeños partidos tuvieron que encargarse de formar una serie de gobiernos inestables, calificados de forma un tanto pretenciosa de «Tercera Fuerza», aunque en realidad lo único que los mantenía unidos era su hostilidad a la oposición comunista y gaullista. A comienzos de los años cincuenta el apoyo al MRP se vendría abajo cuando

la derecha conservadora francesa se mostrara incapaz de superar sus divisiones. Los gobiernos débiles estaban condenados a ser el modelo de lo que quedaba de la Cuarta República.

Las zonas occidentales de la Alemania ocupada fueron el escenario central del despertar político de Europa. La reconstrucción del paisaje político comenzó de manera sorprendentemente rápida tras la capitulación de Alemania. Ya en su mensaje de fundación en junio de 1945 la Unión Cristianodemócrata (CDU) pidió en Berlín a los alemanes que unieran sus esfuerzos para reconstruir la patria. Los socialdemócratas (SPD) e incluso los comunistas, de diferentes maneras, hicieron también de la unidad nacional el punto primordial de sus inmediatos intentos de ganar apoyo con el fin de iniciar la recuperación. Tanto la izquierda como la derecha veían la necesidad de ampliar su base de apoyo y de superar las funestas divisiones que habían envenenado la política durante la República de Weimar y habían allanado el camino al triunfo de Hitler en 1933. El partido nazi, en su ascensión al poder, había acabado en gran medida con los partidos liberales y conservadores «burgueses», excepto con el Partido del Centro, de inspiración católica, mientras que socialistas y comunistas habían continuado con su desastrosa lucha intestina que databa de la revolución de 1918 y la situación generada por ella. Luego habían venido doce largos y tristes años de dictadura y de persecución brutal de todos los adversarios. Lo sorprendente de los primeros años de la inmediata posguerra, sin embargo, no es sólo la rapidez con la que recomenzó la política pluralista, sino hasta qué punto los modelos de apoyo político reflejaron al principio los existentes en los años de la República de Weimar, y hasta qué punto siguieron determinados no sólo por la clase social, sino también por la confesión religiosa.

Los cristianodemócratas enseguida se construyeron una base de apoyo en la derecha conservadora que contribuiría a superar las divisiones debilitadoras de la época de Weimar. Se veían a sí mismos como un partido que estaba por encima de las diferencias de clase y de confesión, y que personificaba el espíritu de renovación cristiana para superar la criminalidad del pasado nazi y combatir a «las fuerzas ateas del mundo» que aún seguían existiendo. Aspiraban a una sociedad que combinara la

democracia con la justicia social en el marco de un capitalismo reformado de modo fundamental, basado en principios cristianos. Ya en 1946-1947 los cristianodemócratas aparecieron a menudo como el partido más numeroso en las elecciones regionales y municipales celebradas en las diversas zonas de la Alemania occidental, obteniendo más del 50 % de los votos en muchos lugares del sur, y por lo general más del 30 % más al norte.

El hombre que se convirtió en el primer líder del partido y en la personalidad dominante de la democracia cristiana alemana durante casi dos décadas fue Konrad Adenauer, que para entonces tenía cerca de setenta años. Antes de que Hitler se hiciera con el poder había sido alcalde de Colonia y posteriormente había sido encarcelado en dos ocasiones durante el Tercer Reich. Tenía firmes raíces en el catolicismo renano, era fervientemente anticomunista y muy favorable a la reconciliación con Occidente. Cuando la Guerra Fría se convirtió en una realidad ineludible a partir de 1947, Adenauer desplazó a la CDU de sus primeras tendencias a favor de una reforma sustancial del capitalismo hacia una economía liberal de mercado. El partido se mostró mejor dispuesto hacia las grandes empresas, actitud promovida especialmente por su gurú en materia de economía, Ludwig Erhard, a través de su programa continuado en pro de mitigar los efectos de las peores desigualdades inherentes al capitalismo de libre mercado con medidas de bienestar social. Ese desplazamiento hacia la derecha permitió a la CDU encontrar cierta cantidad de terreno común con el emergente Partido Liberal Democrático (FDP), más pequeño, que se basaba en principios de libertad económica e individual, muy favorable al empresariado y opuesto a cualquier idea de nacionalización. En las primeras elecciones a escala nacional celebradas en 1949 la FDP sacó el 12 % de los votos, la SPD el 29 %, y la CDU poco más del 31 %. El 12 % de la FDP fue fundamental para permitir que la CDU (y a su partido hermano bávaro, la Unión Socialcristiana, de carácter más conservador y profundamente católico en sus valores) se convirtiera en el principal pilar de un gobierno de coalición, presidido por Adenauer en el puesto de canciller federal.

Mientras que la derecha conservadora descubría una nueva unidad, la izquierda volvía a sus divisiones. Los socialdemócratas y los comunistas se habían unido en las «Antifas» —comités de acción antifascista— que

habían surgido en las ciudades industriales y en las grandes fábricas de Alemania en 1945 en la lucha común contra el régimen nazi moribundo. Pero, en cuanto acabó la guerra, los Aliados occidentales victoriosos disolvieron las «Antifas», al verlas no ya como elementos constructivos de una nueva sociedad, sino como una amenaza para el orden público y una vía de entrada para el comunismo. Fue un claro indicio de que los Aliados estaban decididos a cortar el paso a cualquier alternativa radical a la vuelta a la democracia liberal-conservadora pluralista. En realidad parece harto improbable que las «Antifas» hubieran podido constituir una base duradera para la reconstrucción política. Pero tampoco se les dio la oportunidad de demostrarlo. Aquello iba perfectamente en consonancia con la actitud de la inmensa mayoría de la población alemana, que deseaba un cambio, pero no tenía muchas ganas de experimentos revolucionarios. El partido comunista fue incapaz de salir de los anteriores feudos que se había creado entre la clase obrera industrial. Incluso antes de que diera comienzo la Guerra Fría y con sus apoyos socavados casi por completo, la media del voto conseguido por los comunistas en las zonas occidentales del país no llegó nunca al 10 %, una tercera parte del nivel medio de apoyo obtenido por la SPD.

La SPD por su parte estaba empeñada en un cambio social y económico radical. Su líder, Kurt Schumacher, cuya autoridad moral derivaba del hecho de haberse pasado diez años en campos de concentración nazis, estaba a favor de la pronta restauración de la unidad nacional alemana, aunque eso sí una unidad firmemente basada en principios democráticos y en un nuevo orden económico. Abogaba por la nacionalización de las principales industrias y la redistribución de las tierras de cultivo que debían ser expropiadas a los grandes hacendados. Pero Schumacher era además ardientemente anticomunista. Culpaba del desastre de 1933 a los comunistas y a la clase media que había apoyado el nazismo. Y cada vez más temía que el partido comunista abriera la puerta a la dominación soviética de Alemania. Sin embargo, como era de prever, su propia retórica de lucha de clases no logró convencer a muchos sectores de la Alemania conservadora.

A las elecciones al Parlamento Federal (el Bundestag) de 1949 se presentaron una gran cantidad de partidos políticos. El paisaje político seguía tomando forma. Pero sus principales contornos —una triple división entre democratacristianos, liberal-demócratas y socialdemócratas— estaban ya quedando perfectamente claros.

En la Europa del este, incluida la zona oriental de Alemania, el paisaje político había tomado una forma fundamentalmente distinta desde el primer momento, mucho antes de que la Guerra Fría se impusiera. Los Aliados occidentales ejercieron indudablemente su control sobre la reconstrucción de la política en sus respectivas zonas —favoreciendo a los conservadores y no a los socialdemócratas, por ejemplo—, pero su grado de intervención fue menor, comparado con el de los soviéticos en las zonas de Europa que habían quedado bajo su control.

Aplastamiento del pluralismo político en la Europa oriental

Si bien los soviéticos habían estado al principio menos seguros de lo que luego parecería de la evolución estratégica de la zona oriental de Alemania, su defensa del pluralismo político sería cada vez más de boquilla. Al principio tuvo lugar una apariencia de pluralismo. Además de socialistas y comunistas, surgieron también partidos liberales y conservadores. Pero la presión a favor del partido comunista era descarada e implacable. Walter Ulbricht y otros líderes comunistas que habían pasado todo el período nazi exiliados en Moscú se dedicaron a asegurarse una base firme de poder comunista asumiendo rápidamente puestos administrativos de importancia crucial. La nacionalización de la industria, la redistribución de las tierras expropiadas y las purgas de las elites económicas, administrativas y profesionales se hicieron, como era previsible, muy populares entre todos los que carecían de bienes y de riqueza. Pero en las elecciones locales celebradas en el invierno de 1945-1946 quedó claro que, pese a las ventajas con las que contaban, los comunistas tenían mucho menos apoyo que los socialdemócratas y que no iban a conseguir una mayoría democrática a través de las urnas.

En febrero de 1946 los comunistas presionaban a favor de la fusión de los dos partidos. Schumacher encabezó apasionadamente la oposición de la SPD a semejante línea. Ruth Andreas-Friedrich, antigua periodista que había desarrollado una larga actividad en la resistencia al régimen de Hitler y ahora partidaria ardiente de la SPD, tenía muy claro cuál era el peligro. «Durante nueve meses», anotó en su diario el 14 de enero, «el comunismo alemán ha estado recibiendo órdenes de Moscú ... Si nos ponemos esta soga al cuello, no sólo estaremos perdidos nosotros, sino que también estarán perdidas Berlín y toda la Alemania oriental. Perdidas para la democracia, ganadas para las pretensiones de poderío mundial de los nacional-bolcheviques». La izquierda se escindió. «Gentes que hace un año se ayudaban unas a otras contra el terror de la Gestapo, que habían puesto en peligro sus vidas por las vidas de los otros, se atacan hoy mutuamente como si fueran los enemigos más encarnizados», observaba AndreasFriedrich. En marzo se celebró un referéndum en los sectores occidentales de Berlín, aunque fue prohibido en el sector oriental, y más del 80 % de los militantes de la SPD rechazaron la fusión. «Frente a la violencia, las amenazas y la propaganda, triunfó el deseo de autodeterminación», anotó Andreas-Friedrich.

A pesar de todo, en abril de 1946 se llevó a cabo en la zona soviética una fusión de los dos grandes partidos que dio lugar a la creación del Partido de Unidad Socialista de Alemania (la SED). El nuevo partido estuvo desde el primer momento bajo dominio comunista, y fue visto como el principal vehículo para imponer la versión marxistaleninista de «centralismo democrático» en la zona oriental de Alemania. Aun así, pese a toda la presión que pudo ejercer, la SED no logró obtener una mayoría absoluta de los votos en ninguna de las elecciones regionales celebradas en octubre de 1946. Pero para entonces las arterias políticas habían empezado a esclerotizarse. Los vestigios de verdadero pluralismo fueron paulatina, pero sistemáticamente eliminados. Los que se oponían a la transformación del país en una «democracia popular» fueron destituidos de sus cargos y muchos de ellos fueron además encarcelados. El proceso de separación política (y social) respecto de las zonas occidentales continuó a partir de ese

momento de forma irreversible. En enero de 1949 la SED se declaró formalmente un partido marxista-leninista y estableció una modalidad alemana de dictadura estalinista.

Lo que sucedió en la zona oriental de Alemania corrió en paralelo a la forma en que la dominación soviética se impuso en la mayor parte de la Europa del este durante los años de la inmediata posguerra. El poderío soviético no fue el único factor que determinó la configuración política de la zona; el descrédito de las elites existentes antes de la guerra por su colaboración con los nazis, los niveles de apoyo a los partidos comunistas nacionales, las esperanzas de beneficiarse de una redistribución de la riqueza y la desconfianza cada vez mayor que inspiraban los Aliados occidentales tuvieron también todos su papel. Pero el poderío soviético fue la constante de la ecuación, el factor común y el determinante más decisivo. Y, como sucediera en la Alemania oriental, el modelo seguido fue el de la intensificación de la presión hasta conseguir la dominación comunista, una vez que quedó claro que el pluralismo democrático no habría generado el apoyo necesario para la imposición de un régimen comunista.

Hungría constituyó la demostración más clara. El Gobierno Provisional integrado por varios partidos había conseguido mucha popularidad redistribuyendo entre el campesinado las tierras incautadas a los grandes hacendados, lo que condujo a que el Partido de los Pequeños Propietarios, integrado principalmente por campesinos, obtuviera el 57 % de los sufragios en las elecciones de noviembre de 1945, mientras que sólo el 17 % de los votantes apoyó a los comunistas. Ello no impidió, sin embargo, que el Partido de los Pequeños Propietarios y otras expresiones de oposición política fueran destruidos poco a poco mediante las brutales tácticas de intimidación de los bolcheviques, hasta que en 1949 el partido comunista, respaldado por Moscú, tuvo todo el poder en sus manos.

En Polonia, el «Comité de Lublin» había obtenido ya a finales de 1944 el reconocimiento oficial soviético como Gobierno Provisional de Polonia, y los comunistas se hicieron con el control de la policía y de todo el aparato de seguridad del país. El Gobierno Nacional, exiliado en Londres desde el comienzo de la guerra, pese a seguir siendo reconocido por los Aliados occidentales como el gobierno legítimo de Polonia, se vio impotente para

impedirlo. Pero los Aliados deseaban resolver el problema de Polonia. A finales de 1945 unos cuantos miembros del Gobierno Nacional, incluido Stanisław Mikołajczyk, que había desempeñado el cargo de primer ministro, fueron convencidos por los líderes occidentales de que se integraran en un Gobierno Provisional de Unidad Nacional más amplio, con la perspectiva de que más tarde se celebraran elecciones. De esa forma, antes ya de que tuviera lugar la Conferencia de Potsdam el mes siguiente, los Aliados se plegaron ante el hecho consumado al retirar formalmente su reconocimiento al gobierno en el exilio de Londres.

En febrero de 1945, en Yalta Stalin había prometido la celebración de elecciones democráticas. Pero su versión de la democracia no era la misma que la de las potencias occidentales. Cuando por fin tuvieron lugar las elecciones en Polonia en enero de 1947, se celebraron en el contexto de una fuerte represión e intimidación por parte de los soviéticos. Más de cien opositores de los comunistas fueron asesinados, decenas de millares fueron encarcelados y muchos candidatos de la oposición fueron descalificados y se les impidió concurrir a las elecciones. Oficialmente el bloque comunista obtuvo el 80 % de los sufragios. Resulta imposible saber cuál habría sido el verdadero resultado en unas elecciones auténticamente libres. Las potencias occidentales contemplaron el espectáculo con impotencia, incapaces de influir en el control cada vez más intenso ejercido por los soviéticos. Los propios polacos se preguntaban para qué había habido una guerra; y no les faltaba razón. Ellos pensaban que había sido para preservar la independencia de Polonia. Un modelo similar de infiltración comunista en el aparato del gobierno, por medio de la intimidación, la detención y el encarcelamiento de los adversarios políticos, y al amaño de las elecciones con el respaldo de las fuerzas militares y de seguridad de la Unión Soviética, caracterizó el patrón de toma del poder por los comunistas en Rumanía y Bulgaria.

Checoslovaquia fue una cosa distinta; y lo que sucedió en este país produjo un escalofrío en todo Occidente (aunque algunos responsables políticos de Washington aseguraran que ellos ya lo habían visto venir). En unas elecciones incuestionablemente libres celebradas en mayo de 1946 —previamente se habían retirado las tropas soviéticas y americanas—, los

comunistas obtuvieron la mayor proporción de votos, un 38,6 %, lo que les daba cierto grado de legitimidad democrática. Su éxito no tuvo nada de sorprendente. La tensión social era enorme, los niveles de pobreza gigantescos, la falta de vivienda generalizada y la crisis económica total. Los años de ocupación alemana habían dejado también tras de sí, como en tantos otros lugares, muchos reproches y muchos resentimientos. Entre las causas de que la gente volviera sus ojos hacia los comunistas cabría citar indudablemente, sobre todo entre la gente culta, una fuerte dosis de idealismo, la ferviente fe en el comunismo como «el eterno ideal de la humanidad», y la creencia en una «vía nacional hacia el socialismo» que subordinara los intereses individuales «al bien de toda la sociedad». En todo caso eso es lo que diría más tarde Heda Marolius Kovály, una judía que había sufrido de manera atroz en los campos de concentración alemanes, casada con un ministro comunista del gobierno checo (que sería ejecutado en 1952 tras ser acusado en falso del supuesto delito de «conspiración en contra del estado»).

No obstante, a pesar de ser el partido más votado, los comunistas seguían teniendo un apoyo minoritario (y su respaldo en Eslovaquia era menor aún que en los territorios checos). El nuevo primer ministro, Klement Gottwald, estalinista inveterado que acababa de regresar del exilio en Moscú, donde había permanecido toda la guerra, tuvo que hacer frente a la oposición generalizada de una gran variedad de partidos muy divididos. La popularidad del gobierno liderado por los comunistas disminuiría en 1947 a medida que aumentaran las dificultades económicas, mientras la cuestión de la autonomía relativa de los eslovacos seguía sin resolverse, y el país se veía presionado por Stalin para que rechazara la ayuda económica americana y para que ingresara en el bloque soviético que estaba formándose en la Europa del este. Los comunistas habían accedido a regañadientes a convocar nuevas elecciones, que debían celebrarse en mayo de 1948. Las perspectivas que tenían de aumentar sus votos eran escasas. Pero, cuando en el mes de febrero varios ministros no comunistas dimitieron tontamente de los cargos que ocupaban en el gobierno de coalición en protesta por las medidas adoptadas por los comunistas para ampliar su control sobre la policía, se desencadenó una crisis política a gran

escala. Los comunistas organizaron manifestaciones masivas de apoyo a sus demandas. La presión sobre los indecisos aumentó. El ministro de Asuntos Exteriores, Jan Masaryk, hijo del primer presidente de Checoslovaquia, fue hallado muerto en la calle al pie de la ventana de su despacho: suicidio, según la versión oficial, aunque la mayor parte de la gente pensó que había sido asesinado por agentes del régimen. Lo que estaba en marcha era ni más ni menos que un golpe de Estado comunista. Las elecciones de mayo fueron controladas totalmente por los comunistas, que se hicieron con el dominio del parlamento. El presidente, Edvard Beneš, totalmente desamparado, fue obligado a nombrar un nuevo gobierno, presidido otra vez por Gottwald como primer ministro, pero ahora formado en su integridad por comunistas.

En junio de 1948 Gottwald sustituyó al achacoso Beneš como presidente de la República. El entusiasmo inicial, si es que realmente existió, no tardó en evaporarse. Al cabo de unos meses, a juicio de Heda Marolius Kovály, «la Unión Soviética se había convertido en nuestro modelo» y el imperio de la ley era más que precario. Se desencadenó una represión brutal de todos los opositores, con la desaparición de miles de ellos en cárceles y campos de internamiento. Ahora había un sistema de tipo soviético en el único país de la Europa central en el que antes de la guerra la democracia pluralista había logrado sobrevivir hasta que se vio socavado por la política de apaciguamiento de Occidente y luego devorado por Hitler. Era la confirmación definitiva de que el estalinismo era incompatible con el establecimiento de una democracia de corte occidental en cualquier rincón del área de influencia soviética.

Sólo en Yugoslavia fracasaron los soviéticos en su intento de extender su influencia. Pero aquí se impusieron unas circunstancias bastante especiales. Los partisanos de Tito ya tenían controlada la mayor parte de Yugoslavia en el momento en el que el Ejército Rojo había llegado al país en el otoño de 1944. Las tropas rusas se retiraron de nuevo al término de la guerra, dejando a Tito disfrutar de la gloria de ser el libertador de Yugoslavia. Además, los comunistas yugoslavos, capitaneados por Tito, habían accedido al poder sin ayuda de Moscú (aparte del de Albania, sería el único partido comunista de Europa que lo lograra). Aunque con anterioridad había sido un agente leal de la Unión Soviética, el carácter de

Tito y la talla de su personalidad le daban una base segura de poder y de autonomía que le permitieron desafiar las presiones de Stalin para que accediera a las exigencias de Moscú cuando la Guerra Fría empezara a arreciar. Las intimidaciones del dictador soviético no amedrentaron a Tito, seguro como estaba en su fortaleza de los Balcanes y gozando de un amplio apoyo popular de todo un país en el que su persona simbolizaba una nueva unidad que trascendía las divisiones étnicas tradicionales. Excepto una invasión, que habría supuesto una aventura muy arriesgada, no había nada que Stalin pudiera hacer. En junio de 1948 la ruptura entre Moscú y Belgrado se hizo oficial con la expulsión del partido comunista yugoslavo de la Cominform, la organización sucesora de la Comintern. La inquina de Stalin no conocía límites. Los soviéticos y sus satélites impusieron un boicot a Yugoslavia para intentar rendir a Yugoslavia por hambre. No sirvió de nada. Tito, pese a la constante denigración de que fue objeto por parte de Moscú, siguió por un camino independiente.

En la propia Unión Soviética la gente pensaba que los inmensos sacrificios que se habían hecho quizá no hubieran sido en vano. Pero la alegría universal con que había sido acogido el triunfo en 1945 no tardó en dar paso a una enorme desilusión. Las esperanzas de que la victoria en la «gran guerra patriótica» pudiera traer un clima político más relajado enseguida se esfumaron. Por el contrario, el sistema estalinista se reforzó y la maquinaria represiva volvió a intensificarse. Los líderes de la Unión Soviética, y Stalin más que ninguno, veían ante sí muchos peligros. Eran muchos los soviéticos que habían colaborado con los ocupantes nazis; millones de nuevos ciudadanos tenían que ser convertidos en fieles creyentes en el comunismo; había que incorporar grandes extensiones de los territorios recién conquistados; y la amenaza del imperialismo capitalista seguía acechando. Además, era preciso reconstruir el país. Superar las colosales pérdidas materiales sufridas significaba una renovación e intensificación de los programas para producir un rápido crecimiento industrial.

Los progresos fueron impresionantes. En 1947 la industria soviética, se decía, estaba ya alcanzando los niveles de producción existentes antes de la guerra. El alto precio que hubo que pagar por ello fue una nueva caída de

los niveles de vida, ya de por sí espantosos. En el otoño de 1945 tuvieron lugar grandes huelgas y manifestaciones en las fábricas de armamento de los Urales y Siberia. La policía secreta registró más de medio millón de cartas de protesta por las condiciones de vida reinantes. Las malas cosechas de 1945 y 1946 exacerbaron los problemas de la producción agrícola, que había quedado muy rezagada respecto de los niveles alcanzados durante los años previos al estallido de la guerra y que seguiría estándolo durante los años venideros. La hambruna, que se cobraría las vidas de 2 millones de personas, volvió a cebarse en Ucrania y otras regiones de la Unión Soviética. Cera de 100 millones de ciudadanos soviéticos sufrían desnutrición. Cualquier potencial de disturbios, cualquier signo imaginable de oposición, debía ser aplastado sin piedad. Una nueva oleada de detenciones, purgas y farsas judiciales, que recordarían el terror de los años treinta, asoló la Unión Soviética y sus satélites de la Europa oriental. Antiguos prisioneros de guerra, sospechosos de disidencia, intelectuales y minorías étnicas, empezando por los judíos, se convirtieron en objetivos especiales. Al cabo de poco tiempo, los campos de internamiento y las colonias penales de la Unión Soviética tenían de nuevo más de 5 millones de reclusos. Lejos de crear una nueva sociedad en la Unión Soviética, la guerra había fortalecido la vieja. La mano dura y la represión no podían suavizarse lo más mínimo. El estalinismo y todo el horror que lo caracterizaban continuaron como si tal cosa durante los años de la inmediata posguerra.

En 1947 el hielo estaba generando la Guerra Fría. Las divisiones —un bloque soviético en buena parte monolítico enfrentado a un bloque occidental cada vez más angustiado, pero resuelto, encabezado por los americanos— estaban ya en aquellos momentos firmemente arraigadas. Durante los años sucesivos quedarían rígidamente fijadas. ¿Habrían podido evitarse? ¿Habría podido seguir un rumbo distinto la revitalización de la política en la Europa occidental, ya que no en la del este? En ambos casos es harto improbable que hubiera podido ser así. En último término, la desconfianza mutua —el miedo a los avances del comunismo por un lado, y el miedo al imperialismo capitalista agresivo por otro— era demasiado profunda para impedir que Europa se partiera en dos mitades.

La política estalinista en la Europa del este fue, en realidad, menos uniforme y predeterminada al principio de lo que a menudo ha parecido vista en retrospectiva. Aun así, lo que estaba claro desde el primer momento era que no iba a permitirse ninguna alternativa a la dominación comunista. No era posible asumir el riesgo de los caprichos del pluralismo político de corte occidental. Una vez que quedó claro que los partidos comunistas no iban a obtener el poder por medio de unas elecciones verdaderamente abiertas, la intimidación, la infiltración y las presiones para asegurarse su dominación por otros medios eran inevitables. Pero eso sólo podía ahondar la separación de las zonas del continente que no habían caído bajo la influencia de la Unión Soviética.

Un factor trascendental fue también el hecho de que los partidos comunistas no llegaron en ninguna parte a ser lo bastante populares como para obtener en la Europa occidental un apoyo ni remotamente mayoritario en unas elecciones libres. Y cuando los métodos comunistas de alcanzar el poder en la Europa del este, vistos con horror por la mayoría de la población de la Europa occidental, se convirtieron en blanco fácil de la condena de los partidos políticos anticomunistas y de los Aliados occidentales, el apoyo al comunismo en la mayor parte de la Europa del oeste empezó a disminuir más todavía. La división, en rápido aumento, fue inevitable. Había existido desde un principio ya en 1945, causada en primera instancia por la necesidad soviética de crear un colchón protector de estados satélites sometidos a un régimen comunista, y no podría más que ampliarse cuando el antagonismo internacional entre las principales potencias asumiera una forma definitiva. Se cimentó en 1947 cuando Stalin dio la espalda a la oferta de ayuda americana para reconstruir Europa, insistiendo en que la parte oriental del continente iba a seguir su propio camino... bajo la dominación soviética.

En la Europa occidental el alcance de las políticas económicas radicales se estrecharía más aún cuando comenzara la Guerra Fría. El miedo a que el comunismo se extendiera por Occidente fue, empezando por el país que ocupaba una posición central, esto es Alemania, un ingrediente añadido muy significativo del respaldo dado por los Aliados occidentales que ocupaban el país, y especialmente por los americanos, a la política

conservadora y a una economía liberalizada. Las posibilidades de que la Europa occidental siguiera un rumbo político distinto del que de hecho tomó fueron, por consiguiente, insignificantes desde el primer momento. El despertar político de Europa después de 1945 es impensable desde el contexto internacional que lo determinó. La búsqueda de culpas del inicio de la Guerra Fría es en gran medida absurda. No habría podido ser evitada. La división del continente fue una consecuencia ineludible de la segunda guerra mundial y de la conquista de Europa por las dos nuevas superpotencias ideológica y políticamente antagonistas, Estados Unidos y la Unión Soviética.

El Telón de Acero empieza a bajar

Suele atribuirse a Winston Churchill la gráfica imagen de un «telón de acero» que dividía a Europa, símil expresado en un famoso discurso pronunciado en el Westminster College de Fulton, Missouri, en marzo de 1946. En realidad, el ministro de Propaganda de Hitler, Joseph Goebbels, ya había aludido un año antes en público y en privado a un «telón de acero» para describir la ocupación soviética de Rumanía. Durante sus últimos meses en el poder Hitler y Goebbels habían presagiado repetidamente la ruptura de la coalición de fuerzas angloamericanas y soviéticas de los Aliados. Lo que se negaban a ver era que el objetivo de acabar con la Alemania nazi era precisamente lo que mantenía unida la alianza forjada durante la guerra. Una vez alcanzado ese objetivo, la disolución de una alianza formada por unos elementos tan intrínsecamente antagónicos era como quien dice imparable. No tuvo lugar de inmediato en un único acto decisivo de ruptura, sino de forma gradual, a lo largo de un período de tres años más o menos, y a través de una serie de fases acumulativas, pero determinantes. En cualquier caso, desde el verano de 1945 iría sólo en una dirección: hacia la división de Europa.

Al término de la primera guerra mundial el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, se había reunido con los mandatarios de Inglaterra y Francia para decidir el orden de posguerra. Rusia, convulsionada por la revolución y la guerra civil y vista con creciente

horror por las potencias occidentales, no había tomado parte en absoluto. Estados Unidos decidió después no integrarse en la Liga de las Naciones y retirarse de cualquier intervención en los asuntos europeos. El contraste con la situación de 1945 no puede ser más fuerte. Al término de la segunda guerra mundial las otrora grandes potencias de Europa eran demasiado débiles, desde el punto de vista militar y económico, para configurar un nuevo orden. Francia se veía acosada por sus propios problemas internos. Su economía se hallaba arruinada debido a la fortísima inflación, la fuga de capitales y los bajos niveles de producción. La situación financiera de Gran Bretaña se había salvado sólo gracias a un cuantioso préstamo de los norteamericanos y los canadienses en 1946. Un signo de la debilidad económica de Inglaterra fue el comienzo de su retirada del imperio. La India, la tan cacareada «joya de la corona» del imperio, obtuvo la independencia en 1947. En otra jugada de consecuencias de grandísima envergadura, Gran Bretaña se retiró del problemático Mandato que tenía en Palestina, dando lugar a la fundación del estado de Israel en 1948. Francia, más reacia a abandonar sus posesiones ultramarinas, se vio envuelta mientras tanto en una guerra colonial cada vez más enconada en Indochina con las fuerzas de Ho Chi Minh en Vietnam del norte, que ya en 1945 había proclamado que representaba una «República Democrática de Vietnam» independiente. También este conflicto tendría después unas repercusiones trascendentales. La primera guerra mundial había conservado e incluso ampliado los imperios coloniales de las grandes potencias europeas. La segunda guerra mundial inauguró su final. La época de las conquistas imperiales había acabado.

Estados Unidos y la Unión Soviética pasaron a ocupar el vacío dejado en Europa por la desaparición de las grandes potencias del continente: Alemania destruida, y Francia e Inglaterra enormemente debilitadas. Las dos potencias mundiales que quedaban se vieron enormemente reforzadas de maneras muy diferentes por la guerra. El poder económico de Estados Unidos sobrepasaba ahora de forma masiva al de cualquier otro país, y su complejo militar-industrial era formidable. La URSS, en cambio, había sufrido unas pérdidas económicas inmensas al tener que cargar con la parte más dura de la guerra continental durante cuatro años, pero había

construido una maquinaria militar de proporciones colosales que se jactaba de la gran victoria que había obtenido y que ahora se extendía por prácticamente la totalidad de la Europa oriental. El poderío militar soviético sobrepasaba con mucho el de los Aliados occidentales. Incluso en 1947, cuando las fuerzas militares de los años de la guerra fueron reducidas drásticamente, el ejército soviético seguía teniendo alrededor de 2,8 millones de tropas dispuestas para entrar en combate; las fuerzas americanas en Europa habían caído por debajo de los 300.000 hombres al cabo de un año de la conclusión de la guerra.

Las conferencias celebradas durante la guerra por los «Tres Grandes» —siguió permitiéndose a Gran Bretaña la vanidad de pertenecer a ese exclusivo «club»— habían dejado patente el predominio de las superpotencias emergentes. Y lo mismo había hecho la fundación de la Organización de las Naciones Unidas, que tuvo lugar el 24 de octubre de 1945 en San Francisco. Prevista como un organismo más dinámico de lo que la difunta Sociedad de Naciones había demostrado ser, inicialmente contó con los cincuenta miembros que firmaron la Carta el día 26 de junio (menos de una tercera parte de ellos europeos). Cinco países —Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China— constituían los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, el organismo decisivo, con poderes de veto sobre cualquier decisión que se tomara. Pero de ellos, Gran Bretaña y Francia habían quedado sumamente debilitadas por la guerra (se enfrentaban a unos problemas cada vez más graves en sus respectivos imperios coloniales), mientras que China se hallaba paralizada después de ocho años de guerra con Japón y arruinada por la incesante guerra civil entre nacionalistas y comunistas. A todas luces las únicas potencias dominantes eran Estados Unidos y la URSS.

Estos dos países definieron la nueva Europa a su imagen y semejanza. Y cada uno de ellos interpretó su papel de posguerra como si formara parte de una misión ideológica más general. La liberalización y la democratización como extensión hacia fuera de la filosofía política y económica americana chocaron con el control monopolístico comunista del estado y la dirección de la economía. La colisión de unos opuestos tan polarizados no tardaría mucho en producirse. Se convertiría en una pugna

por el poder no sólo europea, sino global. Pero había un desequilibrio. Para Estados Unidos, Europa, pese a su importancia vital, estaba lejos del territorio americano. El comunismo era una amenaza geográficamente distante, aunque percibida como un peligro cada vez mayor. Para Stalin, Europa estaba pegada a casa y había puesto en peligro la existencia de su país en dos ocasiones en una sola generación. Las fuerzas del capitalismo internacional, además, no habían sido derrotadas y seguían siendo un enemigo muy poderoso. El interés primordial de Stalin no era exportar la revolución, sino salvaguardar la seguridad soviética. Europa, por tanto, sería irremediablemente el principal campo de batalla de la Guerra Fría. Y dentro de Europa Alemania, donde los antagonistas ideológicos estaban pegados uno a otro, se convertiría de modo igualmente irremediable en el epicentro del conflicto.

La perspectiva de la expansión soviética en Europa había empezado ya a preocupar al Foreign Office británico antes de que acabara la guerra. Los americanos tenían en aquellos momentos una disposición mejor hacia Stalin que los ingleses. Pero el fantasma del poderío soviético alargando su zarpa hacia Europa e incluso más allá no tardó mucho en empezar a preocupar también al Departamento de Estado norteamericano. La idea de «contención» se convirtió muy pronto en el concepto clave, especialmente cuando un diplomático de la embajada norteamericana en Moscú, George F. Kennan, avisó en tonos sumamente sombríos en un famoso «telegrama largo» fechado el 16 de febrero de 1946 de la necesidad de impedir la expansión soviética, que, a su juicio, iba a llevarse a cabo por medio de la infiltración y la presión política, no a través de una intervención militar directa.

Por exageradas que puedan parecer vistas retrospectivamente esas angustias, en 1946 eran palpables. La Unión Soviética se había retirado esa misma primavera con retraso y a regañadientes de Irán (país ocupado por fuerzas soviéticas y británicas desde 1941). Los americanos vieron también graves motivos de preocupación en 1946 cuando los rusos ejercieron fuertes presiones sobre Turquía para hacerse con el control de los estrechos del Bósforo y los Dardanelos, aunque Stalin acabó dando marcha atrás en el otoño. Más inquietante todavía era la situación de Grecia. En 1944-1945

Stalin se había contentado, en virtud del acuerdo alcanzado con Churchill, con dejar a Grecia en la esfera de influencia británica, y no había prestado ayuda a la insurgencia de los comunistas del país. Pero cuando la insurrección comenzó de nuevo en marzo de 1946 —apoyada por la Yugoslavia de Tito, aunque todavía recibiera poca ayuda de Stalin—, los avances de los comunistas dieron lugar al primer despliegue de la política de «contención».

El peligro de que la guerra civil griega ofreciera una puerta a la expansión soviética era muy real, a juicio de los americanos, sobre todo cuando el secretario del Foreign Office británico, Ernest Bevin, les dijo en el mes de febrero que la debilidad financiera de Inglaterra no le permitiría seguir suministrando ayuda militar y económica a Grecia y a Turquía. A partir de marzo de 1947 Estados Unidos proporcionó a la derecha griega ayuda y adiestramiento militar, que resultaron decisivos para derrotar a la izquierda, aunque las enormes pérdidas sufridas por unos y otros (cerca de 45.000 muertos y unos daños materiales inmensos) y la consiguiente represión infligieron un perjuicio duradero a las perspectivas de una auténtica unidad nacional en Grecia. Para Estados Unidos, sin embargo, la «contención» se había revelado todo un éxito. El presidente Harry S. Truman la había proclamado una «doctrina»: el apoyo a los «pueblos libres» frente al «totalitarismo» para mantener a raya la propagación del comunismo. Este principio acabaría convirtiéndose en el mantra de la Guerra Fría.

Mientras tanto, Alemania en particular empezaba a ser vista como un terreno de pruebas decisivo. Las fricciones entre las potencias ocupantes se habían intensificado durante 1946 cuando los soviéticos se mostraron contrarios a cooperar económicamente, al tiempo que aumentaba la presión para otorgar a los partidos comunistas el predominio absoluto en la zona soviética, y mientras la zona de ocupación del este empezaba a ir cada vez más por su cuenta. Al principio se había previsto que las tropas americanas salieran de Europa en 1947. Pero en un importante discurso pronunciado en septiembre de 1946 el secretario de Estado norteamericano, James F. Byrne, comunicó que las tropas estadounidenses se quedaban. Byrne reconoció el fracaso de la administración unificada de Alemania a través del Consejo de

Control Aliado, tal como había sido prevista en Potsdam, e indicó que la recuperación económica de Alemania, considerada vital para toda la Europa occidental, tendría que llevarse a cabo sobre una base zonal. Planteó además la perspectiva de formar una unidad económica entre la zona americana y las otras dos zonas occidentales. En enero de 1947 esa perspectiva se había hecho realidad con la formación de la Bizona entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Con eso la división formal de Alemania en dos estados separados sería sólo cuestión de tiempo.

El momento decisivo para la división de Europa se produjo en junio de 1947 con el anuncio por parte del secretario de estado norteamericano, George C. Marshall, de un Plan de Recuperación Europea de gran envergadura. El «Plan Marshall», como se le suele llamar, supuso un paso de enorme significación simbólica —profundamente político en sus objetivos, aunque económico en sus métodos— y de una importancia psicológica tremenda al dar nuevas esperanzas a la población de la Europa occidental. No creó, como se ha dicho a menudo, la prosperidad de la Europa de posguerra, al margen de la mitología que se le adjudicara. Sencillamente la magnitud del Plan era demasiado limitada para tener ese efecto. No obstante, fue sumamente importante.

El crecimiento económico fue anterior al Plan Marshall y se remontaría a 1945. Todos los países de la Europa occidental, aparte de Alemania, registraban ya en 1948 (el año en el que las ayudas del Plan Marshall empezaron a llegar) una formación de capital superior a la de 1938. Y sólo en Alemania (de forma escandalosa) y en Italia (de forma marginal) el producto nacional bruto siguió siendo inferior al que tenía el país diez años antes. Pero lo que es indudable es que el Plan Marshall impulsó la recuperación. El índice del producto nacional bruto de la Europa occidental aumentó de 87 a 102 entre 1948 y 1950 (tomando el de 1938 como 100), y eso sólo sería el comienzo de un fortísimo incremento prolongado. El volumen de las exportaciones también creció de forma sustancial y el resurgir del mercado de capitales de Londres ayudó al comercio dentro y fuera de Europa. Por lo pronto, la inversión en la reconstrucción de las redes de transporte y la modernización de las infraestructuras se beneficiaron del Plan Marshall.

Los defensores del programa de ayuda a uno y otro lado del Atlántico afirmaron en su época que el Plan Marshall consistía en «salvar a Europa» del colapso económico. Se trataba también de una exageración, pues desde luego Europa seguía en 1947 teniendo que luchar con unos problemas económicos graves. La producción agrícola estaba en una tercera parte por debajo de la que había antes de la guerra. La producción industrial todavía no había recuperado por entonces los niveles que tenía antes de la guerra. La escasez de viviendas y de alimentos era muy aguda. La situación era particularmente desastrosa no sólo en Alemania, donde la producción industrial seguía languideciendo. Como cada vez se les ponía de manifiesto con más claridad a los Aliados occidentales, sin la recuperación económica de Alemania el resto del continente seguiría atrasado. Las perspectivas de recuperación se veían en gran medida dificultadas por la inflación, pues la oferta de dinero era superior a los bienes disponibles para satisfacer la demanda reprimida. En Hungría, Rumanía y Grecia la divisa se hundió. En Francia los precios eran cuatro veces más altos de lo que lo eran antes de la guerra. En Alemania la cantidad de dinero en circulación era siete veces superior a la que había en 1938, y en Italia veinte veces. Los cigarrillos y otros artículos sustituían a veces a una divisa carente de valor en la economía de trueque. Poco a poco la inflación logró ser controlada gracias a las medidas de austeridad y a la reforma monetaria llevada a cabo por medio de la devaluación.

Pero el principal problema que impedía la recuperación europea en 1947 era la «brecha del dólar», esto es la escasez de dólares para pagar las importaciones de materias primas y de bienes de capital para la inversión de las que tanta necesidad había. Este desequilibrio hizo naufragar los planes tan cuidadosamente elaborados en la Conferencia de Bretton Woods apenas tres años antes con vistas a una liberalización del mercado basada en la fijación del valor de las divisas respecto al dólar. Precisamente ese obstáculo para la recuperación económica sostenida era el que se proponía superar el Plan Marshall. Los países europeos recibieron más de 12.000 millones de dólares —el 2 % del producto nacional bruto de Estados Unidos— durante un período de cuatro años. Gran Bretaña fue la principal beneficiaria, pues obtuvo más de dos veces la cantidad suministrada a

Alemania occidental; casi todo el dinero fue a parar a la devolución de las deudas británicas. Pero donde mayor impacto tuvo el Plan fue en Alemania occidental, Italia y Austria, los países que anteriormente habían sido el enemigo. Semejante situación tenía un significado simbólico además de económico. Se hizo creer a estos países que ya no eran enemigos, sino que formaban parte de un proyecto patrocinado por los americanos que ofrecía perspectivas de recuperación y de estabilidad política a largo plazo.

El Plan Marshall no tenía nada de altruista. Fue útil tanto para los negocios americanos como para los europeos, pues la mayoría de las mercancías compradas gracias al Plan fueron adquiridas en Estados Unidos. Pero al margen de las consideraciones económicas, el Plan era abiertamente político. Desde su concepción, fue visto como un arma al servicio de la incipiente Guerra Fría. Ayudar a fortalecer económicamente a Europa —y dentro de Europa revitalizar al gigante económico caído, esto es a Alemania — ligaría a la mitad occidental del continente a los intereses americanos y proporcionaría la barrera más firme frente al expansionismo soviético.

A todos los países europeos, incluida la Unión Soviética, se les ofreció la ayuda del Plan Marshall. No obstante, el propio Marshall había previsto (y esperado) que la Unión Soviética la rechazara, obligando a los países de su esfera de influencia (incluidas, con gran renuencia por su parte, Polonia y Checoslovaquia) a imitarla. Finlandia, deseosa de evitar posibles repercusiones por parte de la Unión Soviética, declinó también la oferta. El rechazo de las ayudas Marshall por parte de Stalin supuso un paso decisivo. ¿Significó acaso un error monumental? La negativa a aceptar la oferta impidió a la Europa del este cualquier posible beneficio que hubiera podido proporcionarle el Plan Marshall. Y a ojos de millones de europeos sirvió en bandeja a los americanos una ventaja no sólo moral, sino también política. Pero desde la perspectiva de Stalin, preocupado por el hecho de que la seguridad de la Unión Soviética y de sus satélites fuera vulnerable a la superioridad del poder económico de Estados Unidos, rechazar la ayuda del Plan Marshall significaba que no hubiera ninguna interferencia de Occidente en la consolidación del poderío soviético en la Europa del este. Su temor, con toda probabilidad justificado, era que la ayuda económica de

Estados Unidos fuera un vehículo que socavara la dominación política soviética sobre sus países satélites. La decisión de Stalin significó la partición definitiva de Europa en dos mitades.

Los dieciséis países europeos (y los representantes de las zonas occidentales de Alemania) situados fuera del bloque soviético dieron un paso más y en abril de 1948 formaron la Organización para la Cooperación Económica Europea (OCEE) para coordinar la ejecución del Plan. Este paso presagiaba lo que acabaría constituyendo una división duradera no sólo a lo largo de la línea del Telón de Acero, sino también entre los propios países occidentales. Los americanos habían previsto la integración económica y también política de la Europa occidental. El Plan Marshall se basaba en una serie de pasos dados en esta dirección, inicialmente hacia una unión aduanera europea, que, no obstante, implicaría una organización supranacional. Los americanos pensaban en construir una nueva Europa occidental a imagen y semejanza de Estados Unidos. Pero los países europeos actuaban movidos por sus intereses nacionales individuales. Esos intereses frustrarían rápidamente y luego harían fracasar las ideas americanas de integración europea. Como diría despectivamente el diplomático estadounidense George Kennan, los europeos no tenían ni la fuerza política ni la «claridad de visión» suficiente para trazar un nuevo «diseño» de Europa. Los escandinavos tenían un «miedo patológico de los rusos», los ingleses estaban «gravemente enfermos» y los demás países padecían una falta de determinación similar a la que afligía a los ingleses.

Los líderes franceses veían que los intereses nacionales de su país se cifraban sobre todo en la seguridad frente a la perspectiva de una Alemania reconstruida y de un poderío militar renovado de los alemanes, capaz de hacer uso otra vez del poder económico de la industria pesada del Ruhr. La mejor manera de satisfacer este interés primordial no sería el tipo de integración económica de libre mercado preconizada por Estados Unidos. Los propios planes de reconstrucción de posguerra de Francia se basaban en la internacionalización del Ruhr con vistas a garantizarse el acceso a la hulla y el coque alemanes, debilitando de paso permanentemente a Alemania. Pero cuando en junio de 1948 los Aliados occidentales decidieron establecer un estado de Alemania occidental unitario, Francia se

vio obligada a modificar su política y cambiarla por otra de futura cooperación en el destino de los recursos de Alemania en materia de combustibles y de su producción de acero. Ésta sería la génesis del trascendental convenio franco-alemán que constituiría la base de la posterior Comunidad Económica Europea.

Gran Bretaña tenía unos intereses nacionales muy distintos. Los responsables de la elaboración de la política de Londres no veían más que desventajas para Inglaterra en la unión aduanera europea —evidentemente un simple punto de partida para una futura integración— prevista en el Plan Marshall. Los funcionarios de mayor rango creían que «no tiene ningún atractivo para nosotros una cooperación económica a largo plazo con Europa». Temían que semejante paso acabara sometiendo a Gran Bretaña a una competencia económica perjudicial, impidiera que el gobierno diera pasos independientes hacia la recuperación interna, agravara la sangría de dólares y, de paso, incrementara la dependencia de la ayuda norteamericana. Por si fuera poco, se pensaba que los intereses nacionales de Inglaterra estaban en los lazos que mantenía con la Commonwealth y en el resurgimiento del comercio mundial. El diplomático americano William L. Clayton, uno de los personajes claves que se ocultan detrás del Plan Marshall, estuvo muy acertado cuando hizo el siguiente comentario: «El problema con los ingleses es que siguen aferrados a la esperanza de que de un modo u otro con nuestra ayuda lograrán conservar el Imperio Británico y su autoridad sobre él». Como resumiría el propio George Marshall, Gran Bretaña quería «sacar plenamente todos los beneficios del programa europeo ... mientras que al mismo tiempo quiere mantener la posición de no ser por completo un país europeo». Algunos países europeos pequeños adoptaron una postura similar a la de Inglaterra. El objetivo americano de una integración económica europea era, por tanto, una quimera. La cooperación económica europea, cuando por fin logró salir paulatinamente a flote, no derivaría del Plan Marshall, sino del posterior acercamiento franco-alemán en torno al carbón y el acero del Ruhr. Y Gran Bretaña no participaría en ella.

En el otoño de 1948, la división económica de Europa era comparable casi a su partición política. En el mes de octubre la Unión Soviética estableció la Cominform (Oficina de Información de los Partidos Comunistas) —sucesora de la Comintern— con el objetivo de bloquear lo que llamaba «el plan americano de esclavización de Europa». Lo rusos hablaban de la descomposición del mundo en un bloque imperialista (dominado por los americanos) y otro democrático (basado en la influencia soviética). En enero de 1949 el bloque soviético había creado su propio marco económico, el Comecon (Consejo de Ayuda Económica Mutua), como contrapeso al Plan Marshall patrocinado por los americanos.

El Plan Marshall confirmó la división de Europa en dos bloques hostiles. Los pasos dados hacia la creación de un estado de Alemania occidental cimentaron esa división. En junio de 1948 los Aliados occidentales habían acordado el establecimiento de un estado germanooccidental. Introdujeron una reforma monetaria que proporcionara la base financiera al resurgimiento económico y que muchos alemanes verían después como el verdadero fin de la segunda guerra mundial para su país. La introducción del marco alemán (la *deutsche Mark* o D-Mark) y la eliminación poco después de los controles de los precios de muchos productos trajeron consigo la rápida finalización del mercado negro y el comienzo de la normalidad económica. Los soviéticos respondieron con la creación de su propia nueva moneda en la zona oriental del país. De modo harto más peligroso, impusieron un bloqueo de las conexiones por tierra entre las zonas occidentales y la capital, Berlín (dividida a su vez en cuatro zonas de control de las distintas potencias, pero situada en un emplazamiento muy incómodo a 150 kilómetros en el interior de la zona soviética).

El objetivo de los soviéticos era obligar a los Aliados occidentales a abandonar Berlín. Pero los americanos consideraban Berlín un caso de prueba. El golpe de Estado comunista en Checoslovaquia estaba todavía muy fresco en su memoria. Temían que la retirada de Berlín fuera el preludio de la extensión del dominio completo de los soviéticos sobre la Europa occidental. El bloqueo pudo romperse gracias al establecimiento por parte de los Aliados de un puente aéreo improvisado que, tras comenzar a

funcionar el 26 de junio, logró abastecer a la población bloqueada de los sectores correspondientes al Berlín occidental con 2,3 millones de toneladas de suministros en 278.000 vuelos efectuados a lo largo de un período de 321 días, antes de que Stalin aceptara finalmente la derrota y levantara el bloqueo el 12 de mayo de 1949. Para las potencias occidentales el puente aéreo supuso naturalmente un triunfo propagandístico, y proclamó la predisposición y la determinación de los americanos de quedarse en Europa como salvaguardia frente a la propagación del poder comunista.

Unos días después, todavía en mayo, los representantes germano-occidentales redactaron una «Ley Fundamental» —una constitución— de lo que ya se preveía que fuera la República Federal de Alemania («Alemania occidental»). La República Federal se constituyó el 20 de septiembre de 1949. Los soviéticos para entonces se habían resignado a crear un estado distinto en su propia zona. El 7 de octubre la división de Alemania durante un futuro indefinido —muchos presumían que para siempre— quedó sellada con la fundación en la antigua zona oriental de la República Democrática Alemana.

Durante un período extremadamente breve Alemania se había transformado a ojos de los occidentales y de ser una amenaza para la seguridad futura del continente se había convertido en un baluarte frente a la expansión soviética. Los franceses y los ingleses, reunidos en Dunkerque en marzo de 1947, habían firmado un tratado de defensa dirigido todavía contra la posibilidad de una futura agresión alemana. Al cabo de un año, el acuerdo se extendió al Tratado de Bruselas, al que añadieron sus firmas Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Pero ahora era la Unión Soviética, y no Alemania, la que era considerada la principal amenaza. El miedo cada vez mayor al poderío soviético, junto con el compromiso de Estados Unidos de quedarse indefinidamente en el continente europeo, supuso que fuera trascendental incorporar formalmente a los americanos en los acuerdos de seguridad para la defensa de Europa occidental. La crisis de Berlín, que había revelado plenamente cuán expuesta se habría encontrado la Europa occidental de no haber contado con el poderío militar norteamericano para sostenerla, fue el acicate necesario para la creación de una alianza atlántica como barrera frente a cualquier eventual expansionismo soviético.

El 4 de abril de 1949 los signatarios del Tratado de Bruselas, junto con los Estados Unidos de América, Canadá, Italia, Portugal, Dinamarca, Noruega e Islandia firmaron el Tratado de Washington, que establecía la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y por el que se comprometían a prestarse ayuda mutua en caso de ataque contra cualquiera de ellos. La OTAN ofrecía a la Europa occidental una sensación de seguridad que sus propias defensas, demasiado desgastadas ya, no podían proporcionar. Su importancia era en gran medida simbólica, como expresión del compromiso unificado con la defensa de la Europa occidental. En realidad, no era más que una púdica hoja de parra. Las fuerzas terrestres soviéticas eran más numerosas que las de los Aliados occidentales en una proporción de 12 a 1; y sólo dos de las catorce divisiones de estos últimos estacionadas en Europa eran americanas.

Muy pronto, sin embargo, sería preciso replantearse la seguridad europea. El 29 de agosto de 1949 la Unión Soviética hizo estallar su primera bomba atómica en un terreno de pruebas situado en lo que hoy es Kazajstán. Aquello supuso una verdadera conmoción para Occidente. Los americanos habían imaginado que su superioridad nuclear iba a durar mucho más tiempo. En cambio, las dos superpotencias militares se miraban ahora torvamente una a otra a través del Telón de Acero que constituía en aquellos momentos la gran línea divisoria de Europa. Con un arsenal nuclear en rápida expansión a ambos lados, la Guerra Fría se congeló rápidamente a partir de este momento y dio lugar a dos grandes bloques de potencias antagónicas. Seguiría así durante las siguientes cuatro décadas.

En 1949 estaba quedando cada vez más claro que —de formas muy distintas— tanto la Europa del este como la del oeste iban camino de alcanzar unos niveles de estabilidad y de crecimiento económico que habría sido imposible prever durante los agitados cuatro años anteriores. El contraste con el prolongado desbarajuste que siguió a la primera guerra mundial era enorme. ¿Qué es lo que puede explicarlo?

Hay cinco elementos cruciales que interactuaron para crear los cimientos de una transformación de todo punto imprevisible que no se materializaría por completo hasta los años cincuenta: el fin de las ambiciones de gran potencia de Alemania; el impacto de las purgas de los criminales de guerra y sus colaboradores; la cristalización de la división de Europa de forma duradera; el crecimiento económico que empezó a despegar a finales de los años cuarenta; y la nueva amenaza de la guerra atómica (y muy pronto termonuclear).

Un elemento constante, crucial y demoledor a un tiempo, que recorrió y marcó la historia europea desde el período inmediatamente anterior al estallido de la primera guerra mundial hasta 1945 habían sido las ambiciones que abrigaba Alemania de convertirse en una potencia mundial, incluso en la potencia mundial dominante. Esas ambiciones, que habían formado parte de los antecedentes que dieron lugar a la gran explosión de 1914, habían remitido, pero no se habían apagado durante la desafortunada democracia establecida después de 1918, y habían vuelto a encenderse, con una agresividad sumamente intensificada, a partir de 1933, para conducir directamente a la segunda guerra mundial en 1939. Pero habían sido sofocadas de una vez por todas gracias a la derrota total de 1945. La eliminación de una turbulencia política tan fuerte en el corazón mismo de Europa dio al continente —incluso en medio de la división de la Guerra Fría— una nueva oportunidad.

La purga de los culpables de los peores crímenes de guerra y de sus colaboradores, por inadecuada e insatisfactoria que fuera, no sólo supuso un grado de catarsis para las víctimas del nazismo y de los que colaboraron con él, sino que supuso que la violencia política de la extrema derecha no tuviera ninguna posibilidad de envenenar a las sociedades como lo había hecho después de 1918. Prácticamente había desaparecido así un componente decisivo de la inestabilidad política del período de entreguerras. Los cambios de fronteras y los traslados de población de un sitio a otro que tuvieron lugar en la Europa del este, aunque se llevaron a cabo en medio de un espantoso derramamiento de sangre, produjeron unos grados de homogeneidad étnica infinitamente mayores que los que existían

en el período de entreguerras. Eso también contribuyó a la pacificación de la mitad oriental del continente, aunque se produjera bajo la férrea mano de la represión soviética.

Por perverso que pueda parecer, el Telón de Acero que dividió Europa en dos proporcionó una base de estabilidad, aunque a un precio altísimo para los pueblos de la Europa del este, condenados durante décadas a la dominación soviética. Cuanto más afirmaba la Unión Soviética su control monolítico sobre la Europa del este, más resueltos estaban los americanos a hacerle frente ejerciendo su propia influencia sobre la Europa occidental. Berlín, que no tardaría en convertirse en un resquicio abierto en el Telón de Acero por el que pasaron millones de refugiados en una marea de una sola dirección, se convirtió en símbolo de la defensa americana de Occidente a raíz del puente aéreo establecido por los Aliados en 1948. Sin la presencia de Estados Unidos y la sensación de protección que ofrecían, cuesta trabajo imaginar nada que pueda ni siquiera aproximarse al nivel de estabilidad que la manta ideológica del anticomunismo contribuyó a crear en Occidente.

No es que existieran unos planes militares soviéticos de expansión por Europa occidental (aunque desde luego dicha expansión fuera temida en su época). Pero sin el apoyo de los americanos a la reconstrucción de las economías occidentales, sin su respaldo a unos sistemas políticos frágiles, sin el paraguas defensivo que ofrecieron, y de no haber capitaneado el ataque propagandístico contra la amenaza del comunismo que emprendieron, los partidos comunistas de la Europa occidental quizá habrían conseguido un apoyo mayor y se habrían reducido las probabilidades de establecer una democracia plural estable. Es bastante dudoso que, de haberse retirado de Europa en 1947 como inicialmente habían previsto los americanos, las antiguas grandes potencias europeas, Inglaterra y Francia, gravemente debilitadas, hubieran sido capaces de conducir con éxito la reconstrucción de la Europa occidental. La presencia de los americanos en Europa garantizó el triunfo del capitalismo en ella. Desde luego que no todo el mundo la recibió con entusiasmo. La izquierda especialmente la consideraba detestable. Y tampoco en todas partes se recibió con los brazos abiertos la creciente «americanización» de Europa, como la llamaban muchos. Como sucediera antes de la guerra, en algunos

ambientes era rechazada como un signo de la decadencia espiritual de Europa. Fueran cuales fuesen las desventajas que trajera la prolongación de la presencia de los americanos en Europa, pesaron mucho más que las desventajas. Bajo el escudo de Estados Unidos, la Europa occidental tuvo la oportunidad de encontrar sus propias formas de unidad y de empezar a dejar atrás los peligros nacionalistas de su pasado reciente.

En cualquier caso nada de esto habría sido posible si el crecimiento económico no hubiera suministrado la base para los niveles de prosperidad absolutamente desconocidos que, pese a la austeridad de la posguerra, no tardaron en hacerse visibles. El Plan Marshall, aunque no fuera la causa de ese crecimiento, simbolizó las nuevas esperanzas de futuro en la Europa occidental. En vez de las indemnizaciones y reparaciones de guerra, que habían contribuido a minar la estabilidad económica durante los años veinte, se contó con el ímpetu de los préstamos americanos. Las Ayudas Marshall dieron a las economías europeas un sustento muy importante y, como decía un informe de 1951, la «fuerza para lograr su propia recuperación». Detrás de ese crecimiento había enormes cantidades de mano de obra y de capacidad productiva disponible, de demanda reprimida y de innovaciones tecnológicas. También tuvieron un papel significativo las lecciones aprendidas en lo relativo a la confianza en los mercados y su capacidad de restablecer las condiciones reinantes antes de la guerra, actitudes que se habían impuesto al término de la primera guerra mundial, y sobre la aplicación de las técnicas keynesianas de política monetaria para estimular el crecimiento. Además la Europa occidental quedó más interrelacionada económicamente que nunca con Estados Unidos, que estaba tecnológicamente más avanzado y gozaba de mayor prosperidad.

Al rechazar el Plan Marshall, la Europa del este no tardaría en quedar muy por detrás de la mitad occidental del continente. Pero, por debajo de la incesante represión soviética, también allí se aceleró notablemente el crecimiento económico al término de la guerra y el progreso material experimentado fue enorme. Allí donde unas sociedades empobrecidas y subdesarrolladas se habían visto desgarradas por conflictos nacionalistas,

étnicos y de clase durante el período de entreguerras, había ahora una base de relativa prosperidad y estabilidad, por forzado que hubiera sido el proceso.

Por último, las armas nucleares obligaron a todos a pensarse bien las cosas a uno y otro lado del Telón de Acero. La existencia de ese tipo de armas de una capacidad destructiva inmensa, muy pronto dotadas de una potencia mucho mayor que las bombas atómicas que habían arrasado Hiroshima y Nagasaki, ofrecía unas perspectivas tan aterradoras que redujeron las posibilidades de que estallara una guerra no ya fría, sino caliente, entre las nuevas superpotencias. Con el descubrimiento de la bomba de hidrógeno, Estados Unidos y la Unión Soviética habían adquirido ya en 1953 el potencial para la estrategia de «Destrucción Mutua Asegurada» (cuyas siglas en inglés, MAD, significan «loco»). La posesión de armas nucleares no tardaría en convertirse en uno de los aspectos más discutidos de la política interna en Europa, especialmente desde que Gran Bretaña y Francia —deseosas de asegurarse de que continuaban ocupando una plaza en la mesa de las grandes potencias— las adquirieron. Pero una vez descubiertas (y utilizadas efectivamente, como habían hecho los americanos por dos veces en 1945) esas armas no desaparecían sólo con desearlo. No es de extrañar que su sola presencia siga siendo vista con temor, y que la posibilidad de que un día lleguen a ser usadas suscite verdadero horror. Pero parece muy probable (aunque no pueda demostrarse realmente) que la posibilidad de una confrontación nuclear de las superpotencias, que habría podido provocar una catastrófica tercera guerra mundial, fuera decisiva para crear una estabilidad en la Europa dividida a raíz de 1945 que no había sido posible al término de la primera gran conflagración europea allá por 1918.

El futuro de Europa en 1945, en la medida en que pudiera parecer que había uno, daba la impresión de que iba a ser el de un continente de estados nación independientes. Y cuando Europa quedó congelada en sus dos mitades distintas, siguió siendo un continente de estados nación. Pero la cosa estaba empezando a cambiar. En la Europa del este el poderío militar de la URSS significó la rápida subordinación de los intereses nacionales a los de la Unión Soviética. La soberanía del estado nación dejó rápidamente

de existir. Los países de la Europa occidental, aunque cada vez más bajo la influencia americana, se mostraron más sensibles a las intromisiones en la soberanía nacional, sobre todo Inglaterra y Francia.

Durante los primeros años que siguieron a la conclusión de la guerra eran pocos los que hablaban de entidades políticas supranacionales, y cuando Winston Churchill contemplara en 1946 unos «Estados Unidos de Europa», tampoco incluiría a Gran Bretaña en la nueva entidad política que proponía ni se imaginaría un mundo que no siguiera dominado por las grandes potencias (categoría en la cual estaba decidido a asegurar la presencia de Gran Bretaña). Pero la aparición de la Guerra Fría y la necesidad de asegurar que los primeros brotes del crecimiento económico no fueran marchitados por las rivalidades nacionalistas contribuyeron a crear los inicios de la presión en pro de una mayor coordinación e integración de las economías y de la seguridad de la Europa occidental. La creación de la Organización de la Cooperación Económica Europea (la OCEE) en 1948, y al año siguiente la de la OTAN y la del Consejo de Europa (comprometido con la cooperación europea en materias relacionadas con el imperio de la ley y el respeto de los derechos humanos fundamentales) significaron unos comienzos muy modestos. En su combinación de idealismo y pragmatismo, eran unos pasos todavía muy cortos en el camino hacia la conciliación de los intereses nacionales con unos mayores niveles de integración europea.

Las divisiones históricas eran demasiado profundas para permitir que los intereses nacionales pudieran ser superados de manera rápida y general (y especialmente Inglaterra era alérgica a cualquier posible disminución de su estatus o de su soberanía). Cuando en 1950 los franceses presentaron un proyecto —el Plan Schuman— de control conjunto de la producción del carbón y el acero del Ruhr, las cuestiones de seguridad nacional a través del control del potencial de rearme de Alemania a raíz de la fundación de la República Federal, fueron más importantes que las nociones idealistas de unidad europea. Pero acabó siendo el paso decisivo, el inicio del camino que conduciría a un «mercado común» y a la creación de una Comunidad Económica Europea, dotada de sus propias instituciones de gobierno.

De las cenizas, de nuevo contra todas las probabilidades, había surgido y había tomado forma una nueva Europa, dividida interiormente, pero en la que cada parte se apoyaría muy pronto en unos cimientos más sólidos de lo que hubiera podido parecer probable que lo hicieran al término de la guerra; y lo había hecho de un modo muy peculiar y con suma rapidez. El futuro estaba abierto. Pero en medio de las cicatrices físicas y morales, todavía marcadas, de la guerra más terrible de todos los tiempos, empezaban a surgir posibilidades de una Europa más estable y más próspera de lo que habría cabido imaginar poco tiempo atrás, durante las décadas en las que el continente había estado al borde de la autodestrucción.

Bibliografía selecta

¿Qué longitud tiene una cuerda? Una bibliografía de la Europa del siglo XX es aproximadamente igual de larga. Así pues, la siguiente lista, sumamente selectiva por necesidad, se limita a una serie de obras que me han parecido interesantes y útiles a la hora de escribir este libro. Incluye solamente unos cuantos trabajos monográficos de investigación y ensayos, aparecidos en revistas especializadas, pero unos y otros constituyen los pilares esenciales en los que se ha basado todo el mundo académico. No he incluido ninguna obra de ficción, aunque algunas son muy significativas porque arrojan luz sobre la época. Me he concentrado sobre todo en obras de carácter general, principalmente en lengua inglesa. Muchas de ellas contienen sus propias bibliografías detalladas para países concretos o temas específicos. Las obras en las que me he basado para incluir alguna cita de individuos de hombres de la época aparecen marcadas con un asterisco.

Abelshauser, Werner, Faust, Anselm y Petzina, Dietmar (eds.), *Deutsche Sozialgeschichte 1914-1945*, Múnich, 1985.

Adamthwaite, Anthony, *Grandeur and Misery: France's Bid for Power in Europe, 1914-1940*, Londres, 1995.

Addison, Paul, *The Road to 1945: British Politics and the Second World War*, Londres, 1975.

*Aldcroft, Derek H., *From Versailles to Wall Street 1919-1929*, Harmondsworth, 1987.

—, *The European Economy, 1914*-1990, Londres, 3.ª ed., 1993.

Alexander, Martin (ed.), *French History since Napoleon*, Londres, 1999.

—, y Graham, Helen (eds.), *The French and Spanish Popular Front: Comparative Perspectives*, Cambridge, 1989.

Aly, Götz, *«Final Solution»: Nazi Population Policy and the Murder of the European Jews*, Londres, 1999.

—, *Hitler's Beneficiaries*, Londres y Nueva York, 2007.
*Andreas-Friedrich, Ruth, *Schauplatz Berlin. Ein Deutsches Tagebuch*, Múnich, 1962.
Angelow, Jürgen, *Der Weg in die Urkatastrophe*, Berlín, 2010.
*Annan, Noel, *Our Age: Portrait of a Generation*, Londres, 1990.
*Applebaum, Anne, *Iron Curtain: The Crushing of Eastern Europe 1944-1956*, Londres, 2012.
Arendt, Hannah, *The Origins of Totalitarianism*, Orlando, FL, 1966.
Aron, Raymond, *The Century of Total War*, Londres, 1954.
Ascherson, Neal, *The Struggles for Poland*, Londres, 1987.
Bach, Maurizio y Breuer, Stefan, *Faschismus als Bewegung und Regime. Italien und Deutschland im Vergleich*, Wiesbaden, 2010.
Bade, Klaus J. *et al*. (eds.), *Migration in Europa. Vom 17. Jahrhundert bis zur Gegenwart*, Paderborn, 2008.
Balderston, Theo, *The Origins and Cause of the German Economic Crisis, November 1923 to May 1932*, Berlín, 1993.
—, «War Finance and Inflation in Britain and Germany, 1914-1918», *Economic History Review*, 42/2 (1989).
— (ed.), *The World Economy and National Economies in the Interwar Slump*, Basingstoke, 2003.
Banac, Ivo, *The National Question in Yugoslavia: Origins, History, Politics*, Ithaca, NY, 1984.
Bankier, David (ed.), *Probing the Depths of German Antisemitism*, Jerusalén, 2000.
Barber, John, y Harrison, Mark, *The Soviet Home Front, 1941-1945: A Social and Economic History of the USSR in World War II*, Londres, 1991.
Bartov, Omer, *Hitler's Army*, Nueva York, 1991.
—, *Murder in our Midst: The Holocaust, Industrial Killing, and Representation*, Nueva York, 1996.
—, *Mirrors of Destruction: War, Genocide, and Modern History*, Nueva York, 2000.
Barzun, Jacques, *From Dawn to Decadence, 1500 to the Present: 500 Years of Western Cultural Life*, Londres, 2001.

Bauer, Yehuda, *The Holocaust in Historical Perspective*, Londres, 1978.
Becker, Jean-Jacques, *The Great War and the French People*, Leamington Spa, 1980.
Beetham, David (ed.), *Marxists in Face of Fascism*, Manchester, 1983.
Beevor, Antony, *Stalingrad*, Londres, 1998.
—, *Berlin: The Downfall, 1945*, Londres, 2003.
—, *The Battle for Spain*, Londres, 2006.
—, *D-Day: The Battle for Normandy*, Londres, 2009.
—, *The Second World War*, Londres, 2012.
— y Vinogradova, Luba (eds.), *A Writer at War: Vasily Grossman with the Red Army 1941-1945*, Londres, 2006.
Bell, P. M. H., *The Origins of the Second World War in Europe*, Londres, 2007.
—, *Twelve Turning Points of the Second World War*, Londres, 2011.
Bellamy, Chris, *Absolute War: Soviet Russia in the Second World War - A Modern History*, Londres, 2008.
Benson, Leslie, *Yugoslavia: A Concise History*, Londres, 2001.
Berger, Heinrich, Dejnega, Melanie, Fritz, Regina y Prenninger, Alexander (eds.), *Politische Gewalt und Machtausübung im 20. Jahrhundert*, Viena, 2011.
*Berghahn, Volker, *Germany and the Approach of War in 1914*, Londres, 1973.
—, *Modern Germany: Society, Economy and Politics in the Twentieth Century*, Cambridge, 1982.
—, *The Americanisation of West German Industry, 1845-1973*, Leamington Spa, 1986.
—, *Sarajewo, 28. Juni 1914. Der Untergang des alten Europa*, Múnich, 1997.
Berg-Schlosser, Dirk y Mitchell, Jeremy (eds.), *Conditions of Democracy in Europe, 1919-39*, Basingstoke, 2000.
— (eds.), *Authoritarianism and Democracy in Europe, 1919-39: Comparative Analyses*, Basingstoke, 2002.
*Berkhoff, Karel C., *Harvest of Despair: Life and Death in Ukraine under Nazi Rule*, Cambridge, MA, y Londres, 2004.

Bessel, Richard, *Germany after the First World War*, Oxford, 1993.
—, *Germany 1945: From War to Peace*, Londres, 2009.
— (ed.), *Fascist Italy and Nazi Germany: Comparisons and Contrasts*, Cambridge, 1996.
— y Schumann, Dirk (eds.), *Life after Death: Approaches to a Cultural and Social History of Europe during the 1940s and 1950s*, Cambridge, 2003.
Blanning, T. C. W. (ed.), *The Oxford Illustrated History of Modern Europe*, Oxford, 1996.
Blatman, Daniel, *Les marches de la mort. La dernière étape du génocide nazi*, París, 2009.
Blinkhorn, Martin, *Carlism and Crisis in Spain, 1931-1939*, Cambridge, 1975.
—, *Democracy and Civil War in Spain, 1931-1939*, Londres, 1988.
—, *Fascism and the Right in Europe*, Harlow, 2000.
— (ed.), *Fascists and Conservatives: The Radical Right and the Establishment in Twentieth-Century Europe*, Londres, 1990.
Blom, Philipp, *The Vertigo Years: Change and Culture in the West, 1900-1914*, Londres, 2008.
Bloxham, Donald, *The Great Game of Genocide: Imperialism, Nationalism and the Destruction of the Ottoman Armenians*, Oxford, 2005.
—, «The Armenian Genocide of 1915-1916: Cumulative Radicalization and the Development of a Destruction Policy», *Past & Present*, 181 (2003).
Bond, Brian, *War and Society in Europe, 1870-1970*, Londres, 1984.
Borodziej, Włodziemierz, *Geschichte Polens im 20. Jahrhundert*, Múnich, 2010.
Bosworth, R. J. B., *The Italian Dictatorship*, Londres, 1998.
—, *Mussolini*, Londres, 2002.
—, *Mussolini's Italy: Life under the Dictatorship*, Londres, 2005.
— (ed.), *The Oxford Handbook of Fascism*, Oxford, 2009.
Botz, Gerhard, *Krisenzonen einer Demokratie. Gewalt, Streik und Konfliktunterdrückung in Österreich seit 1918*, Frankfurt del Meno, 1987.

Bourke, Joanna, *An Intimate History of Killing: Face-to-Face Killing in Twentieth-Century Warfare*, Londres, 1999.
Bracher, Karl Dietrich, *The Age of Ideologies: A History of Political Thought in the Twentieth Century*, Londres, 1985.
Brechenmacher, Thomas, «Pope Pius XI, Eugenio Pacelli, and the Persecution of the Jews in Nazi Germany, 1933-1939: New Sources from the Vatican Archives», *Bulletin of the German Historical Institute London*, 27/2 (2005).
Brendon, Piers, *The Dark Valley: A Panorama of the 1930s*, Londres, 2001.
Breuilly, John, *Nationalism and the State*, Manchester, 1993.
*Brittain, Vera, *Testament of Youth* (1933), Londres, 1978.
Broadberry, Stephen y Harrison, Mark (eds.), *The Economics of World War I*, Cambridge, 2005.
— y O'Rourke, Kevin H. (eds.), *The Cambridge Economic History of Modern Europe. Vol. 2: 1870 to the Present*, Cambridge, 2010.
Broszat, Martin, *The Hitler State*, Londres, 1981.
Browning, Christopher, *Fateful Months: Essays on the Emergence of the Final Solution*, Nueva York, 1985.
—, *The Path to Genocide*, Cambridge, 1992.
—, *The Origins of the Final Solution*, Lincoln, NB, y Jerusalén, 2004.
Brüggemeier, Franz-Josef, *Geschichte Grossbritanniens im 20. Jahrhundert*, Múnich, 2010.
*Brussilov, A. A., *A Soldier's Notebook* (1930), Westport, CT, 1971.
Buber-Neumann, Margarete, *Under Two Dictators: Prisoner of Stalin and Hitler* (1949), Londres, 2008.
Buchanan, Tom, *Europe's Troubled Peace 1945-2000*, Oxford, 2006.
*Buckley, Henry, *The Life and Death of the Spanish Republic: A Witness to the Spanish Civil War* (1940), Londres, 2014.
Bulliet, Richard W. (ed.), *The Columbia History of the 20th Century*, Nueva York, 1998.
Burgdorff, Stephan y Wiegrefe, Klaus (eds.), *Der 2. Weltkrieg. Wendepunkt der deutschen Geschichte*, Múnich, 2005.
Burleigh, Michael, *The Third Reich: A New History*, Londres, 2000.

*—, *Sacred Causes: Religion and Politics from the European Dictators to Al Qaeda*, Londres, 2006.
— y Wippermann, Wolfgang, *The Racial State: Germany 1933-1945*, Londres, 1991.
Burrin, Philippe, *La dérive fasciste*, París, 1986.
—, *Living with Defeat: France under the German Occupation, 1940-1944*, Londres, 1996.
—, *Fascisme, nazisme, autoritarisme*, París, 2000.
Buruma, Ian, *Year Zero: A History of 1945*, Nueva York, 2013.
Calder, Angus, *The People's War: Britain 1939-1945*, Londres, 1971.
Calic, Marie-Janine, *Geschichte Jugoslawiens im 20. Jahrhundert*, Múnich, 2010.
Cannadine, David, *The Decline and Fall of the British Aristocracy*, New Haven, CT, y Londres, 1990.
—, *Class in Britain*, Londres, 2000.
Caplan, Jane (ed.), *Nazi Germany*, Oxford, 2008.
— y Wachsmann, Nikolaus (eds.), *Concentration Camps in Nazi Germany: The New Histories*, Londres, 2010.
*Carey, John, *The Intellectuals and the Masses*, Londres, 1992.
Carley, Michael Jahara, *1939. The Alliance that Never Was and the Coming of World War II*, Chicago, IL, 1999.
Carr, Raymond, *Spain, 1808-1975*, Oxford, 1982.
Carsten, F. L., *The Rise of Fascism*, Londres, 1967.
—, *Revolution in Central Europe 1918-19*, Londres, 1972.
Cecil, Hugh y Liddle, Peter (eds.), *Facing Armageddon: The First World War Experienced*, Londres, 1996.
Cesarani, David, *Eichmann: His Life and Crimes*, Londres, 2004.
— (ed.), *The Final Solution: Origins and Implementation*, Londres, 1996.
*Charman, Terry (ed.), *Outbreak 1939: The World Goes to War*, Londres, 2009.
*Chickering, Roger y Förster, Stig (eds.), *Great War, Total War: Combat and Mobilisation on the Western Front 1914-1918*, Cambridge, 2000.
Clark, Christopher, *Kaiser Wilhelm II*, Harlow, 2000.
—, *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914*, Londres, 2012.

Clark, Martin, *Modern Italy 1871-1982*, Londres, 1984.
Clarke, Peter, *The Keynesian Revolution in the Making 1924-1936*, Oxford, 1988.
—, *Hope and Glory: Britain 1900-1990*, Londres, 1996.
Clavin, Patricia, *The Great Depression in Europe, 1929-1939*, Basingstoke, 2000.
—, *Securing the World Economy: The Reinvention of the League of Nations, 1919-1946*, Oxford, 2013.
Clogg, Richard, *A Concise History of Greece*, 2ª ed., Cambridge, 2002.
*Clough, Shepard B., Moodie, Thomas y Moodie, Carol (eds.), *Economic History of Europe: Twentieth Century*, Londres, 1965.
Conquest, Robert, *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine*, Londres, 1988.
Constantine, Stephen, *Unemployment in Britain between the Wars*, Londres, 1980.
Conway, Martin, *Catholic Politics in Europe 1918-1945*, Londres, 1997.
—, *The Sorrows of Belgium: Liberation and Political Reconstruction, 1944-1947*, Oxford, 2012.
—, «Democracy in Postwar Europe: The Triumph of a Political Model», *European History Quarterly*, 32/1 (2002).
Corner, Paul, *The Fascist Party and Popular Opinion in Mussolini's Italy*, Oxford, 2012.
— (ed.), *Popular Opinion in Totalitarian Regimes*, Oxford, 2009.
Cornwall, M. (ed.), *The Last Years of Austria-Hungary*, Exeter, 1990.
Cornwell, John, *Hitler's Pope: The Secret History of Pius XII*, Londres, 1999.
—, *Hitler's Scientists: Science, War and the Devil's Pact*, Londres, 2003.
Costa-Pinto, António, *Salazar's Dictatorship and European Fascism - Problems of Interpretation*, Nueva York, 1995.
—, *The Blue Shirts: Portuguese Fascists and the New State*, Nueva York, 2000.
Crampton, R. J., *Eastern Europe in the Twentieth Century*, 2.ª ed., Londres, 1997.
*Cross, Tim (ed.), *The Lost Voices of World War I*, Londres, 1988.

Cull, Nicholas, Culbert, David y Welch, David (eds.), *Propaganda and Mass Persuasion: A Historical Encyclopedia, 1500 to the Present*, Santa Barbara, CA, 2003.
*Dąbrowka, Maria, *Tagebücher 1914-1965*, Frankfurt del Meno, 1989.
Dahrendorf, Ralf, *Society and Democracy in Germany*, Londres, 1968.
Davies, Norman, *God's Playground. Vol. 2: A History of Poland*, Oxford, 1981.
*—, *Europe: A History*, Oxford, 1996.
—, *Europe at War, 1939-1945: No Simple Victory*, Londres, 2006.
Davies, R. W. y Wheatcroft, S. G., *The Years of Hunger: Soviet Agriculture 1931-1933*, Londres, 2009.
Davies, Sarah, *Popular Opinion in Stalin's Russia: Terror, Propaganda and Dissent, 1934-1941*, Cambridge, 1997.
Dear, I. C. B. y Foot, M. R. D. (eds.), *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford, 1995.
De Grazia, Victoria, *How Fascism Ruled Women: Italy, 1922-1945*, Berkeley, CA, 1992.
Diehl, James M., *Paramilitary Politics in Weimar Germany*, Bloomington, IN, 1977.
Dilks, David, *Churchill and Company: Allies and Rivals in War and Peace*, Londres, 2012.
*— (ed.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan 1938-1945*, Londres, 1971.
*Döblin, Alfred, *Schicksalsreise. Bericht und Bekenntnis. Flucht und Exil 1940-1940*, Múnich y Zúrich, 1986.
*Duggan, Christopher, *The Force of Destiny: A History of Italy since 1796*, Londres, 2008.
*—, *Fascist Voices: An Intimate History of Mussolini's Italy*, Londres, 2012.
Eatwell, Roger, *Fascism: A History*, Londres, 1996.
Edgerton, David, *The Shock of the Old: Technology and Global History since 1900*, Londres, 2008.
Eichengreen, Barry, *Golden Fetters: The Gold Standard and the Great Depression, 1919-1939*, Nueva York, 1995.

Ekman, Stig y Amark, Klas (eds.), *Sweden's Relations with Nazism, Nazi Germany and the Holocaust*, Estocolmo, 2003.
Eksteins, Modris, *Rites of Spring: The Great War and the Birth of the Modern Age*, Boston, MA, 1989.
Eley, Geoff, *Forging Democracy: The History of the Left in Europe 1850-2000*, Nueva York, 2002.
*Elger, Dietmar, *Expressionism: A Revolution in German Art*, Colonia, 1994.
*Englund, Peter, *The Beauty and the Sorrow: An Intimate History of the First World War*, Londres, 2011.
Erdmann, Karl Dietrich, *Das Ende des Reiches und die Neubildung deutscher Staaten*, Múnich, 1980.
Evans, Richard J., *The Coming of the Third Reich*, Londres, 2003.
—, *The Third Reich in Power*, Londres, 2005.
—, *The Third Reich at War*, Londres, 2008.
*— y Geary, Dick (eds.), *The German Unemployed*, Londres, 1987.
Faber, David, *Munich: The 1938 Appeasement Crisis*, Londres, 2008.
*Fainsod, Merle, *Smolensk under Soviet Rule*, (1958), Boston, MA, 1989.
Falter, Jürgen, *Hitlers Wähler*, Múnich, 1991.
Feldmann, Gerald D., *Army, Industry and Labor in Germany 1914-18*, Princeton, NJ, 1966.
—, *The Great Disorder: Politics, Economics and Society in the German Inflation, 1914-1924*, Nueva York, 1993.
— (ed.), *Die Nachwirkungen der Inflation auf die deutsche Geschichte 1924-1933*, Múnich, 1985.
*Ferguson, Niall, *The Pity of War*, Londres, 1998.
—, *The Cash Nexus: Money and Power in the Modern World 1700-2000*, Londres, 2002.
*—, *The War of the World: Twentieth-Century Conflict and the Descent of the West*, Nueva York, 2006.
Ferro, Marc, *The Great War 1914-1918*, Londres, 1973.
— (ed.), *Nazisme et Communisme. Deux régimes dans le siècle*, París, 1999.

*Figes, Orlando, *A People's Tragedy: The Russian Revolution 1891-1924*, Londres, 1996.
*—, *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia*, Londres, 2008.
—, *Revolutionary Russia 1891-1991*, Londres, 2014.
Finer, S. E., *Comparative Government*, Harmondsworth, 1970.
Fischer, Conan, *The Rise of the Nazis*, Manchester, 1995.
—, *The Ruhr Crisis 1923-1924*, Oxford, 2003.
— (ed.), *The Rise of National Socialism and the Working Classes in Weimar Germany*, Providence, RI, y Oxford, 1996.
Fischer, Fritz, *Germany's Aims in the First World War*, Nueva York, 1967.
*—, *Krieg der Illusionen*, Düsseldorf, 1969.
—, *Juli 1914. Wir sind nicht hineingeschlittert*, Hamburgo, 1983.
Fisk, Robert, *In Time of War: Ireland, Ulster, and the Price of Neutrality, 1939-45*, Filadelfia, PA, 1983.
Fitzpatrick, Sheila, *Everyday Stalinism: Ordinary Life in Extraordinary Times - Soviet Russia in the 1930s*, Nueva York, 1999.
Flood, P. J., *France 1914-18: Public Opinion and the War Effort*, Basingstoke, 1990.
Flora, Peter *et al*. (eds.), *Western Europe: A Data Handbook*, 2 vols., Frankfurt del Meno, 1983.
Foot, M. R. D., *Resistance: European Resistance to Nazism 1940-45*, Londres, 1976.
Förster, Jürgen (ed.), *Stalingrad. Ereignis, Wirkung, Symbol*, Múnich, 1992.
Foster, R. F., *Modern Ireland 1600-1972*, Londres, 1989.
Fox, Robert (ed.), *We Were There: An Eyewitness History of the Twentieth Century*, Londres, 2010.
Frei, Norbert, *National Socialist Rule in Germany: The Führer State*, Oxford, 1993.
—, *Adenauer's Germany and the Nazi Past: The Politics of Amnesty and Integration*, Nueva York, 2002.
—, *1945 und wir. Das Dritte Reich im Bewusstsein der Deutschen*, Múnich, 2005.
— (ed.), *Was heißt und zu welchem Ende studiert man Geschichte des 20. Jahrhunderts*?, Göttingen, 2006.

Frevert, Ute, *Eurovisionen. Ansichten guter Europäer im 19. und 20. Jahrhundert*, Frankfurt del Meno, 2003.
Friedländer, Saul, *Nazi Germany and the Jews: The Years of Persecution 1933-39*, Londres, 1997.
—, *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews 1939-1945*, Londres, 2007.
Friedrich, Jörg, *Der Brand. Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945*, Berlín, 2004.
Fröhlich, Elke, *Der Zweite Weltkrieg. Eine kurze Geschichte*, Stuttgart, 2013.
Fulbrook, Mary, *History of Germany: 1918-2000. The Divided Nation*, Oxford, 2002.
—, *Dissonant Lives: Generations and Violence through the German Dictatorships*, Oxford, 2011.
— (ed.), *20th Century Germany: Politics, Culture and Society 1918-1990*, Londres, 2001.
— (ed.), *Europe since 1945*, Oxford, 2001.
Furet, François, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe siecle*, París, 1995.
Gaddis, John Lewis, *The Cold War*, Londres, 2005.
Garfield, Simon, *Our Hidden Lives: The Everyday Diaries of a Forgotten Britain 1945-1948*, Londres, 2004.
Gatrell, Peter, *A Whole Empire Walking: Refugees in Russia during World War I*, Bloomington, IN, 1999.
—, *Russia's First World War: A Social and Economic History*, Harlow, 2005.
Gay, Peter, *Weimar Culture*, Londres, 1974.
Geary, Dick, *European Labour Protest 1848-1939*, Londres, 1981.
—, *European Labour Politics from 1900 to the Depression*, Basingstoke, 1991.
— (ed.), *Labour and Socialist Movements in Europe before 1914*, Oxford, Nueva York y Múnich, 1989.
Gehler, Michael, *Europa. Ideen, Institutionen, Vereinigung*, Múnich, 2005.

*Geiss, Imanuel (ed.), *July 1914: The Outbreak of the First World War - Selected Documents*, Londres, 1967.
Gellately, Robert, *Lenin, Stalin and Hitler: The Age of Social Catastrophe*, Londres, 2007.
Gentile, Emilio, *The Sacralization of Politics in Fascist Italy*, Cambridge, MA, y Londres, 1996.
Gerlach, Christian, *Extrem gewalttätige Gesellschaften. Massengewalt im 20. Jahrhundert*, Múnich, 2010.
— y Aly, Götz, *Das letzte Kapitel. Der Mord an den ungarischen Juden 1944-1945*, Frankfurt del Meno, 2004.
*Gerwarth, Robert, «The Central European Counter-Revolution: Paramilitary Violence in Germany, Austria and Hungary after the Great War», *Past and Present*, 200 (2008).
—, *Hitler's Hangman: The Life of Heydrich*, New Haven, CT, y Londres, 2011.
— (ed.), *Twisted Paths: Europe 1914-1945*, Oxford, 2008.
*— y Horne, John, «Vectors of Violence: Paramilitarism in Europe after the Great War, 1917-1923», *The Journal of Modern History*, 83/3 (2011).
—, y Horne, John (eds.), *War in Peace: Paramilitary Violence in Europe after the Great War*, Oxford, 2012.
Gilbert, Felix, *The End of the European Era, 1890 to the Present*, 3.ª ed., Nueva York, 1984.
Gilbert, Martin, *Recent History Atlas 1860 to 1960*, Londres, 1966.
—, *First World War Atlas*, Londres, 1970.
—, *Atlas of the Holocaust*, Londres, 1982.
Gildea, Robert, *Marianne in Chains: Daily Life in the Heart of France during the German Occupation*, Nueva York, 2002.
—, Wieviorka, Olivier y Warring, Anette (eds.), *Surviving Hitler and Mussolini: Daily Life in Occupied Europe*, Oxford y Nueva York, 2006.
Glenny, Misha, *The Balkans 1804-1999: Nationalism, War and the Great Powers*, Londres, 1999.
Goltz, Anna von der y Gildea, Robert, «Flawed Saviours: The Myths of Hindenburg and Pétain», *European History Quarterly*, 39 (2009).

Graham, Helen, *The Spanish Republic at War 1936-1939*, Cambridge, 2002.
Graml, Hermann, *Hitler und England. Ein Essay zur nationalsozialistischen Außenpolitik 1920 bis 1940*, Múnich, 2010.
*—, *Bernhard von Bülow und die deutsche Aussenpolitik*, Múnich, 2012.
*Graves, Robert, *Goodbye to All That* (1929), Londres, 2000.
Gregory, Adrian, *The Last Great War: British Society and the First World War*, Cambridge, 2008.
—, «British "War Enthusiasm" in 1914 - A Reassessment», en Gail Brayborn (ed.), *Evidence, History and the Great War: Historians and the Impact of 1914-18*, Nueva York y Oxford, 2003.
Griffin, Roger, *The Nature of Fascism*, Londres, 1991.
—, *Modernism and Fascism: The Sense of a Beginning under Mussolini and Hitler*, Londres, 2007.
*— (ed.), *Fascism*, Oxford, 1995.
— (ed.), *International Fascism: Theories, Causes and the New Consensus*, Londres, 1998.
Gross, Jan, *Fear: Anti-Semitism in Poland after Auschwitz*, Princeton, NJ, 2006.
Gruchmann, Lothar, *Der Zweite Weltkrieg*, Múnich, 1975.
Gundle, Stephen, Duggan, Christopher y Pieri, Giuliana (eds.), *The Cult of the Duce: Mussolini and the Italians*, Manchester, 2013.
*Hamann, Brigitte, *Der Erste Weltkrieg. Wahrheit und Lüge in Bildern und Texten*, Múnich, 2004.
Hardach, Gerd, *The First World War 1914-1918*, Harmondsworth, 1987.
Harrison, Joseph, *An Economic History of Modern Spain*, Manchester, 1978.
—, *The Spanish Economy in the Twentieth Century*, Londres, 1985.
Hartwig, Wolfgang, *Utopie und politische Herrschaft im Europa der Zwischenkriegszeit*, Múnich, 2003.
Hastings, Max, *Armageddon: The Battle for Germany 1944-45*, Londres, 2004.
—, *Finest Years: Churchill as Warlord 1940-45*, Londres, 2009.
*—, *All Hell Let Loose: The World at War 1939-1945*, Londres, 2011.
—, *Catastrophe: Europe goes to War 1914*, Londres, 2013.

Hayes, Paul (ed.), *Themes in Modern European History 1890-1945*, Londres, 1992.
Henke, Klaus-Dietmar y Woller, Hans (eds.), *Politische Säuberung in Europa. Die Abrechnung mit Faschismus und Kollaboration nach dem Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 1991.
*Hennessy, Peter, *Never Again: Britain 1945-1951*, Londres, 1993.
Herbert, Ulrich, *Hitler's Foreign Workers*, Cambridge, 1997.
—, *Geschichte Deutschlands im 20. Jahrhundert*, Múnich, 2014.
—, «Europe in High Modernity: Reflections on a Theory of the 20th Century», *Journal of Modern European History*, 5/1 (2007).
Herf, Jeffrey, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda during World War II and the Holocaust*, Cambridge, MA, y Londres, 2006.
Herwig, Holger H., *The Outbreak of World War I: Causes and Responsibilities*, Boston, MA, 1997.
Hewitson, Mark, *Germany and the Causes of the First World War*, Londres, 1983.
Hilberg, Raul, *The Destruction of the European Jews*, Nueva York, 1973.
Hirschfeld, Gerhard, *Nazi Rule and Dutch Collaboration: The Netherlands under German Occupation, 1940-1945*, Oxford, 1988.
—, Krumeich, Gerd y Renz, Irena (eds.), *«Keiner fühlt sich hier mehr als Mensch ...». Erlebnis und Wirkung des Ersten Weltkriegs*, Frankfurt del Meno, 1996.
—, Krumeich, Gerd y Renz, Irena (eds.), *Brill's Encyclopedia of the First World War*, 2 vols., Leiden, 2012.
Hobsbawm, Eric, *Age of Extremes. The Short Twentieth Century, 1914-1991*, Londres, 1994.
*—, *Interesting Times: A Twentieth-Century Life*, Londres, 2002.
—, *Fractured Times: Culture and Society in the Twentieth Century*, Londres, 2013.
Hoensch, Jörg K., *A History of Modern Hungary, 1867-1986*, Harlow, 1988.
Hoeres, Peter, *Die Kultur von Weimar. Durchbruch der Moderne*, Berlín, 2008.
Hoffmann, Peter, *The History of the German Resistance 1933-1945*, Cambridge, MA, y Londres, 1977.

Hogan, Michael, J., *The Marshall Plan: America, Britain, and the Reconstruction of Western Europe, 1947-1952*, Cambridge, 1987.
Horne, John y Kramer, Alan, *German Atrocities 1914: A History of Denial*, New Haven, CT, y Londres, 2001.
— (ed.), *State, Society and Mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, 1997.
— (ed.), *A Companion to World War I*, Oxford, 2012.
*Hosenfeld, Wilm, *«Ich versuche, jeden zu retten». Das Leben eines deutschen Offiziers in Briefen und Tagebüchern*, Múnich, 2004.
Hosking, Geoffrey, *A History of the Soviet Union*, Londres, 1985.
—, *Russia and the Russians*, Londres, 2001.
*Höss, Rudolf, *Kommandant in Auschwitz*, Múnich, 1963.
Howard, Michael, *War in European History*, Oxford, 1976.
— y Louis, Wm. Roger (eds.), *The Oxford History of the Twentieth Century*, Oxford, 1998.
*Hughes, S. Philip, *Consciousness and Society: The Reorientation of European Social Thought, 1890-1930*, Nueva York, 1958.
Illies, Florian, *1913. Der Sommer des Jahrhunderts*, Frankfurt del Meno, 2012.
Isaacs, Jeremy y Downing, Taylor, *Cold War*, Londres, 1998.
Jäckel, Eberhard, *Hitler in History*, Hanover y Londres, 1984.
—, *Hitlers Weltanschauung. Entwurf einer Herrschaft*, Stuttgart, 1991.
*—, *Das deutsche Jahrhundert. Eine historische Bilanz*, Stuttgart, 1996.
Jackson, Julian, *The Politics of Depression in France*, Cambridge, 1985.
—, *The Popular Front in France: Defending Democracy, 1934-1938*, Cambridge, 1988.
—, *France: The Dark Years*, Oxford, 2001.
—, *The Fall of France: The Nazi Invasion of 1940*, Oxford, 2003.
*— (ed.), *Europe 1900-1945*, Oxford, 2002.
*Jahoda, Marie, Lazarsfeld, Paul F. y Zeisel, Hans, *Marienthal: The Sociography of an Unemployed Community*, Londres, 1972.
James, Harold, *The German Slump: Politics and Economics 1924-1936*, Oxford, 1986.
—, *Europe Reborn: A History, 1914-2000*, Londres, 2003.

Jarausch, Konrad, *The Enigmatic Chancellor: Bethmann-Hollweg and the Hubris of Imperial Germany*, New Haven, CT, y Londres, 1973.
Jelavich, Barbara, *History of the Balkans. Vol. 2: Twentieth Century*, Cambridge, 1983.
Jenkins, Roy, *Churchill*, Londres, 2001.
Jesse, Eckhard (ed.), *Totalitarismus im 20. Jahrhundert. Eine Bilanz der internationalen Forschung*, Bonn, 1999.
Joll, James, *Europe since 1870: An International History*, Londres, 1973.
*—, *The Origins of the First World War*, Londres, 1984.
*Judt, Tony, *Postwar: A History of Europe since 1945*, Londres, 2005.
—, *Reappraisals: Reflections on the Forgotten Twentieth Century*, Londres, 2009.
— y Snyder, Timothy, *Thinking the Twentieth Century: Intellectuals and Politics in the Twentieth Century*, Londres, 2012.
*Jünger, Ernst, *Storm of Steel* (1920), Londres, 2003.
*—, *Kriegstagebuch 1914-1918*, ed. por Helmuth Kiesel, Stuttgart, 2010.
Kaelble, Hartmut, *Historical Research on Social Mobility*, Londres, 1981.
—, *A Social History of Western Europe 1880-1980*, Dublín, 1989.
—, *Kalter Krieg und Wohlfahrtsstaat. Europa 1945-1989*, Múnich, 2011.
Kann, R. A., Kraly, B. K. y Fichtner, P. S. (eds.), *The Habsburg Empire in World War I*, Nueva York, 1977.
Kater, Michael H., *The Nazi Party: A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945*, Oxford, 1983.
—, *Different Drummers: Jazz in the Culture of Nazi Germany*, Oxford, 1992.
—, *The Twisted Muse: Musicians and their Music in the Third Reich*, Oxford, 1997.
—, *Weimar: From Enlightenment to the Present*, New Haven, CT, y Londres, 2014.
*Kedward, Rod, *La vie en bleu: France and the French since 1900*, Londres, 2006.
Keegan, John, *The First World War*, Londres, 1999.
Kershaw, Ian, *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, 1987.

—, *Hitler*, 2 vols., Londres, 1998, 2000.
—, *Fateful Choices: Ten Decisions that Changed the World 1940-1941*, Londres, 2008.
—, *The End: Germany 1944-45*, Londres, 2012.
— y Lewin, Moshe (eds.), *Stalinism and Nazism: Dictatorships in Comparison*, Cambridge, 1997.
Kertzer, David I., *The Pope and Mussolini: The Secret History of Pius XI and the Rise of Fascism in Europe*, Oxford, 2014.
*Keynes, John Maynard, *The Economic Consequences of the Peace*, Londres, 1919.
Kielinger, Thomas, *Winston Churchill. Der späte Held. Eine Biographie*, Múnich, 2014.
Kiesel, Helmuth, *Geschichte der literarischen Moderne*, Múnich, 2004.
Kindlberger, Charles P., *The World in Depression 1929-1939*, Harmondsworth, 1987.
Kirk, Tim y McElligott, Anthony (eds.), *Opposing Fascism: Community, Authority and Resistance in Europe*, Cambridge, 1999.
Kitchen, Martin, *The Coming of Austrian Fascism*, Londres, 1980.
Kleine-Ahlbrandt, William Laird, *Twentieth-Century European History*, St. Paul, MN, 1993.
Knox, MacGregor, *Mussolini Unleashed 1939-1941*, Cambridge, 1986.
—, *Common Destiny: Dictatorship, Foreign Policy, and War in Fascist Italy and Nazi Germany*, Cambridge, 2000.
—, *To the Threshold of Power, 1922/33: Origins and Dynamics of the Fascist and National Socialist Dictatorships*, Vol. 1, Cambridge, 2007.
Koch, Stephen, *Double Lives: Stalin, Willi Münzenberg and the Seduction of the Intellectuals*, Londres, 1995.
Kochanski, Halik, *The Eagle Unbowed: Poland and the Poles in the Second World War*, Londres, 2012.
Kocka, Jürgen, *Facing Total War: German Society, 1914-1918*, Leamington Spa, 1984.
Kolb, Eberhard, *The Weimar Republic*, Londres, 1988.
Kolko, Gabriel, *Century of War: Politics, Conflicts, and Society since 1914*, Nueva York, 1994.

*Kovály, Heda Margolius, *Under a Cruel Star: A Life in Prague 1941-1968* (1986), Londres, 2012.
*Kossert, Andreas, *Kalte Heimat. Die Geschichte der deutschen Vertriebenen nach 1945*, Berlín, 2008.
Kramer, Alan, *Dynamic of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford, 2007.
Krumeich, Gerd (ed.), *Nationalsozialismus und Erster Weltkrieg*, Essen, 2010.
Kühlwein, Klaus, *Pius XII. und die Judenrazzia in Rom*, Berlín, 2013.
*Kulka, Otto Dov, *Landscapes of the Metropolis of Death*, Londres, 2013.
—, «History and Historical Consciousness: Similarities and Dissimilarities in the History of the Jews in Germany and the Czech Lands 1918-1945», *Bohemia*, 46/1 (2005).
— y Jäckel, Eberhard (eds.), *The Jews in the Secret Nazi Reports on Popular Opinion in Germany, 1933-1945*, New Haven, CT, y Londres, 2010.
— y Mendes-Flohr, Paul R. (eds.), *Judaism and Christianity under the Impact of National Socialism*, Jerusalén, 1987.
Lamb, Richard, *The Ghosts of Peace 1935-1945*, Salisbury, 1987.
*Laqueur, Walter, *Europe since Hitler*, Londres, 1972.
— (ed.), *Fascism: A Reader's Guide*, Harmondsworth, 1976.
Larkin, Maurice, *France since the Popular Front*, Oxford, 1988.
Larsen, Stein Ugelvik, Hagvet, Bernt y Myklebust, Jan Peter (eds.), *Who Were the Fascists*?, Bergen, 1980.
—, con la colaboración de Hagtvet, Bernt (ed.), *Modern Europe after Fascism 1943-1980s*, 2 vols., Nueva York, 1998.
Latourette, Kenneth Scott, *Christianity in a Revolutionary Age. Vol. 4: The Twentieth Century in Europe*, Grand Rapids, MI, 1969.
Leitz, Christian, *Nazi Germany and Neutral Europe during the Second World War*, Manchester, 2000.
*Leonhardt, Jörn, *Die Buchse der Pandora. Geschichte des Ersten Weltkriegs*, Múnich, 2014.
*Levine, Joshua (ed.), *Forgotten Voices of the Somme*, Londres, 2008.
*Levy, Primo, *If this is a Man*, Londres, 1960.

Lewin, Moshe, *The Making of the Soviet System*, Londres, 1985.
—, *The Soviet Century*, Londres, 2005.
Liddle, Peter (ed.), *Captured Memories 1900-1918: Across the Threshold of War*, Barnsley, 2010.
— (ed.), *Captured Memories 1930-1945: Across the Threshold of War - The Thirties and the War*, Barnsley, 2011.
Lidegaard, B., *Countrymen: The Untold Story of How Denmark's Jews Escaped the Nazis*, Londres, 2014.
Lieven, D. C. B., *Russia and the Origins of the First World War*, Londres, 1983.
Linz, Juan J., *The Breakdown of Democratic Regimes: Crisis, Breakdown and Reequilibration*, Baltimore, MD, y Londres, 1978.
— y Stepan, Alfred, *The Breakdown of Democratic Regimes: Europe*, Baltimore. MD, y Londres, 1978.
Lipset, Seymour Martin, *Political Man*, Londres, 1960.
*Liulevicius, Vejas Gabriel, *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity and German Occupation in World War I*, Cambridge, 2000.
Longerich, Peter, *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford, 2010.
—, *Himmler*, Oxford, 2012.
*Lounguina, Lila, *Les saisons de Moscou 1933-1990*, París, 1990.
Lowe, Keith, *Inferno: The Devastation of Hamburg, 1943*, Londres, 2007.
—, *Savage Continent: Europe in the Aftermath of World War II*, Londres, 2012.
Lukacs, John, *At the End of an Age*, New Haven, CT, y Londres, 2002.
Lyttelton, Adrian, *The Seizure of Power: Fascism in Italy 1919-1929*, Londres, 1973.
— (ed.), *Liberal and Fascist Italy*, Oxford, 2002.
Macartney, C. A., *The Habsburg Empire, 1790-1918*, Londres, 1968.
*MacCulloch, Diarmaid, *A History of Christianity*, Londres, 2009.
Machtan, Lothar, *Die Abdankung. Wie Deutschlands gekrönte Häupter aus der Geschichte fielen*, Berlín, 2008.
—, *Prinz Max von Baden. Der letzte Kanzler des Kaisers*, Berlín, 2013.

Mack Smith, Denis, *Mussolini*, Londres, 1983.
MacMillan, Margaret, *Peacemakers: Six Months that Changed the World*, Londres, 2002.
—, *The War that Ended Peace: How Europe Abandoned Peace for the First World War*, Londres, 2013.
Maier, Charles S., *Recasting Bourgeois Europe*, Princeton, NJ, 1975.
*— (ed.), *The Cold War in Europe: Era of a Divided Continent*, Nueva York, 1991.
*Maier, Klaus A., «Die Zerstörung Gernikas am 26. April 1937», *Militärgeschichte*, 1 (2007).
Maiolo, Joe, *Cry Havoc: The Arms Race and the Second World War 1931-1941*, Londres, 2010.
Mak, Geert, *In Europe: Travels through the Twentieth Century*, Londres, 2008.
Mamatey, Victor y Luža, Radomir, *A History of the Czechoslovak Republic, 1918-1948*, Princeton, NJ, 1973.
Mann, Michael, *Fascists*, Cambridge, 2004.
—, *The Dark Side of Democracy: Explaining Ethnic Cleansing*, Cambridge, 2005.
—, *The Sources of Social Power. Vol. 3: Global Empires and Revolution, 1890-1945*, Cambridge, 2012.
Marrus, Michael, R., *The Nuremberg War Crimes Trial 1945-46: A Documentary History*, Boston, MA, y Nueva York, 1997.
Marwick, Arthur, *The Deluge: British Society and the First World War*, Londres, 1965.
—, *War and Social Change in the Twentieth Century: A Comparative Study of Britain, France, Germany, Russia, and the United States*, Nueva York, 1975.
— (ed.), *Total War and Social Change*, Londres, 1988.
Mason, Timothy W., *Sozialpolitik im Dritten Reich. Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft*, Opladen, 1977.
—, *Nazism, Fascism and the Working Class: Essays by Tim Mason*, ed. por Jane Caplan, Cambridge, 1995.

Mawdsley, Evan, *The Stalin Years: The Soviet Union, 1929-1953*, Manchester, 1998.
—, *The Russian Civil War*, Edimburgo, 2000.
Mayer, Arno J., *The Persistence of the Old Regime: Europe to the Great War*, Londres, 1981.
—, *Why Did the Heavens not Darken? The «Final Solution» in History*, Nueva York, 1988.
Mazower, Mark, *Inside Hitler's Greece: The Experience of Occupation, 194-144*, New Haven, CT, y Londres, 1993.
—, *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*, Londres, 1998.
—, *The Balkans: From the End of Byzantium to the Present Day*, Londres, 2001.
—, *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe*, Londres, 2008.
McCauley, Martin, *The Origins of the Cold War*, Londres, 1983.
—, *The Soviet Union, 1917-1991*, 2.ª ed., Londres, 1993.
McElligott, Anthony, *Rethinking the Weimar Republic*, Londres, 2014.
— (ed.), *Weimar Germany*, Oxford, 2009.
*McLeod, Hugh, *Religion and the People of Western Europe 1789-1970*, Oxford, 1981.
McMeekin, Sean, *The Russian Origins of the First World War*, Cambridge, MA, y Londres, 2011.
McMillan, Dan, *How Could This Happen? Explaining the Holocaust*, Nueva York, 2014.
McMillan, James F., *Twentieth-Century France: Politics and Society 1898-1991*, Londres, 1992.
Meehan, Patricia, *The Unnecessary War: Whitehall and the German Resistance to Hitler*, Londres, 1992.
*Merridale, Catherine, *Night of Stone: Death and Memory in Russia*, Londres, 2000.
*—, *Ivan's War: The Red Army 1939-1945*, Londres, 2005.
Merriman, John, *A History of Modern Europe. Vol. 2: From the French Revolution to the Present*, 2.ª ed., Nueva York, 2004.
Michaelis, Meir, *Mussolini and the Jews*, Oxford, 1978.

Michalka, Wolfgang (ed.), *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, Paderborn, 1984.
Michmann, Dan, *Angst vor den «Ostjuden». Die Entstehung der Ghettos während des Holocaust*, Frankfurt del Meno, 2011.
Michmann, Dan (ed.), *Belgium and the Holocaust*, Jerusalén, 1998.
Milward, Alan S., *The Economic Effects of the World Wars on Britain*, Londres, 1970.
—, *The Reconstruction of Western Europe 1945-51*, Londres, 1984.
—, *War, Economy and Society 1939-1945*, Harmondsworth, 1987.
Mitchell, B. R. (ed.), *International Historical Statistics: Europe, 1750-2000*, Basingstoke, 2003.
Möller, Horst, *Europa zwischen den Weltkriegen*, Múnich, 1998.
*Mombauer, Annika, *The Origins of the First World War: Diplomatic and Military Documents*, Manchester, 2013.
Mommsen, Hans, *From Weimar to Auschwitz: Essays in German History*, Londres, 1991.
—, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, Chapel Hill, NC, y Londres, 1996.
—, *Zur Geschichte Deutschlands im 20. Jahrhundert. Demokratie, Diktatur, Widerstand*, Múnich, 2010.
—, *Das NS-Regime und die Auslöschung des Judentums in Europa*, Göttingen, 2014.
Mommsen, Wolfgang J., *Imperial Germany 1867-1918: Politics, Culture and Society in an Authoritarian State*, Londres, 1995.
— y Kettenacker, Lothar (eds.), *The Fascist Challenge and the Policy of Appeasement*, Londres, 1983.
Montefiore, Simon Sebag, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, Londres, 2003.
Moore, Bob, *Refugees from Nazi Germany in the Netherlands 1933-1940*, Dordrecht, 1986.
—, *Victims and Survivors: The Nazi Persecution of the Jews in the Netherlands 1940-1945*, Londres, 1997.
—, *Survivors: Jewish Self-Help and Rescue in Nazi Occupied Western Europe*, Oxford, 2010.

— (ed.), *Resistance in Western Europe*, Oxford y Nueva York, 2000.
Moorhouse, Roger, *Killing Hitler*, Londres, 2007.
—, *The Devil's Alliance: Hitler's Pact with Stalin 1939-1941*, Nueva York, 2014.
Morgan, Kenneth O., *Labour in Power 1945-1951*, Oxford, 1985.
Morgan, Philip, *Italian Fascism*, Londres, 2004.
Morris, Jeremy, *The Church in the Modern Age*, Londres, 2007.
Mosse, George L., *The Culture of Western Europe: The Nineteenth and Twentieth Centuries*, Londres, 1963.
—, *The Crisis of German Ideology*, Londres, 1966.
—, *The Nationalization of the Masses*, Nueva York, 1975.
—, *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*, Nueva York, 1990.
— (ed.), *International Fascism*, Londres, 1979.
Mowatt, Charles Loch, *Britain between the Wars 1918-1940*, Londres, 1955.
— (ed.), *The New Cambridge Modern History. Vol. XII : The Era of Violence 1898-1945*, Cambridge, 1968.
Mühlberger, Detlef, *The Social Bases of Nazism 1919-1933*, Cambridge, 2003.
*Münkler, *Der Grosse Krieg. Die Welt 1914-1918*, Berlín, 2013.
Naimark, Norman M., *The Russians in Germany: a History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, Cambridge, Mass., 1995.
*—, *Fires of Hatred: Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe*, Cambridge, MA, y Londres, 2001.
—, *Stalin's Genocides*, Princeton, NJ, 2010.
—, «Stalin and Europe in the Postwar Period, 1945-53: Issues and Problems», *Journal of Modern European History*, 2/1 (2004).
Neitzel, Sönke, *Weltkrieg und Revolution 1914-1918/19*, Berlín, 2008.
Newman, Karl J., *European Democracy between the Wars*, Londres, 1970.
*Nielsen, Frederick, *Ein Emigrant für Deutschland. Tagebuchaufzeichnungen, Aufrufe und Berichte aus den Jahren 1933-1943*, Darmstadt, 1977.

*Niethammer, Lutz, *Die Mitläuferfabrik. Die Entnazifizierung am Beispiel Bayerns*, Berlín, 1982.
*Noakes, Jeremy, «Nazism and Eugenics», en Bullen, R. J., Strandmann, H. Pogge von y Polonsky, A. B. (eds.), *Ideas into Politics: Aspects of European History 1880-1950*, Londres, 1984.
— (ed.), *The Civilian in War*, Exeter, 1992.
*— y Pridham, Geoffrey (eds.), Nazism 1919-1945: A Documentary Reader, 4 vols., Exeter, 1983, 1984, 1988, 1998.
Nolte, Ernst, *Three Faces of Fascism*, Londres, 1965.
Nove, Alec, *Stalinism and After*, Londres, 1975.
Orth, Karin, *Das System der nationalsozialistischen Konzentrationslager. Eine politische Organisationsgeschichte*, Hamburgo, 1999.
*Orwell, George, *Down and Out in Paris and London*, Londres, 1933.
*—, *The Road to Wigan Pier*, Londres, 1937.
*—, *Homage to Catalonia*, Londres, 1938.
Overy, Richard, *War and the Economy in the Third Reich*, Oxford, 1994.
—, *Why the Allies Won*, Londres, 1995.
—, *The Nazi Economic Recovery 1932-1938*, Cambridge, 1996.
—, *Russia's War 1941-1945*, Londres, 1999.
—, *The Dictators: Hitler's Germany and Stalin's Russia*, Londres, 2004.
*—, *The Morbid Age: Britain and the Crisis of Civilization, 1919-1939*, Londres, 2010.
—, *The Bombing War: Europe 1939-1945*, Londres, 2013.
Parker, R. A. C., *Struggle for Survival: The History of the Second World War*, Oxford, 1990.
—, *Chamberlain and Appeasement: British Policy and the Coming of the Second World War*, Londres, 1993.
—, *Churchill and Appeasement: Could Churchill have Prevented the Second World War*?, Londres, 2000.
Passmore, Kevin, *Fascism: A Very Short Introduction*, Oxford, 2002.
Paxton, Robert O., *Vichy France: Old Guard and New Order 1940-1944*, Londres, 1972.
—, *The Anatomy of Fascism*, Londres, 2004.

Payne, Stanley G., *Falange: A History of Spanish Fascism*, Stanford, CA, 1961.
—, *A History of Fascism 1914-1945*, Londres, 1995.
Petzina, Dietmar, Abelshauser, Werner y Faust, Anselm (eds.), *Sozialgeschichtliches Arbeitsbuch III. Materialien zur Statistik des Deutschen Reiches 1914-1945*, Múnich, 1978.
*Peukert, Detlev J. K., *The Weimar Republic: The Crisis of Classical Modernity*, Londres, 1991.
Phayer, Michael, *The Catholic Church and the Holocaust*, Bloomington, IN, 2000.
Piketty, Thomas, *Capital in the Twenty-First Century*, Cambridge, MA, y Londres, 2014.
*Pollard, Sidney y Holmes, Colin (eds.), *Documents in European Economic History. Vol. 3: The End of the Old Europe 1914-1939*, Londres,1973.
Polonsky, Antony, *The Little Dictators: The History of Eastern Europe since 1918*, Londres, 1975.
Pope, Stephen y Wheal, Elizabeth-Anne, *Macmillan Dictionary of the First World War*, Londres, 1995.
— y Wheal, Elizabeth-Anne, *Macmillan Dictionary of the Second World War*, 2.ª ed., Londres, 1995.
Preston, Paul, *Franco*, Londres, 1993.
—, *The Coming of the Spanish Civil War*, 2.º ed., Londres, 1994.
—, *The Politics of Revenge: Fascism and the Military in 20th Century Spain*, Londres, 1995.
—, *Comrades: Portraits from the Spanish Civil War*, Londres, 1999.
—, *The Spanish Civil War: Reaction, Revolution and Revenge*, Londres, 2006.
*—, *The Spanish Holocaust: Inquisition and Extermination in TwentiethCentury Spain*, Londres, 2012.
— y Mackenzie, Ann L. (eds.), *The Republic Besieged: Civil War in Spain 1936-1939*, Edimburgo, 1996.
Priestland, David, *Merchant, Soldier, Sage: A New History of Power*, Londres, 2012.
Pritchard, Gareth, *The Making of the GDR, 1945-1953*, Manchester, 2000.

Pugh, Martin, *We Danced All Night: A Social History of Britain between the Wars*, Londres, 2009.
Raphael, Lutz, *Imperiale Gewalt und mobilisierte Nation. Europa 1914-1945*, Munich, 2011.
*Rees, Laurence, *The Nazis: A Warning from History*, Londres, 1997.
*—, *War of the Century: When Hitler Fought Stalin*, Londres, 1999.
—, *Auschwitz: The Nazis and the «Final Solution»*, Londres, 2005.
—, *Behind Closed Doors: Stalin, the Nazis and the West*, Londres, 2008.
Reich-Ranicki, Marcel, *Mein Leben*, Stuttgart, 1999.
Reynolds, David, *The Long Shadow: The Great War and the Twentieth Century*, Londres, 2013.
—, «The Origins of the Two 'World Wars': Historical Discourse and International Politics», *Journal of Contemporary History*, 38/1 (2003).
Reynolds, Michael A., *Shattering Empires: The Clash and Collapse of the Ottoman and Russian Empires, 1908-1918*, Cambridge, 2011.
Rhodes, Anthony, *The Vatican in the Age of the Dictators 1922-45*, Londres, 1973.
Richards, Michael, *A Time of Silence: Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain, 1936-1945*, Cambridge, 1998.
Roberts, Andrew, *Masters and Commanders: How Roosevelt, Churchill, Marshall and Alanbrooke won the War in the West*, Londres, 2008.
—, *The Storm of War: A New History of the Second World War*, Londres, 2009.
Roberts, J. M., *A History of Europe*, Oxford, 1996.
—, *Twentieth Century: A History of the World, 1901 to the Present*, Londres, 1999.
Robertson, Ritchie, *Kafka: A Very Short Introduction*, Oxford, 2004.
Rodrigue, Aron, «The Mass Destruction of Armenians and Jews in the 20th Century in Historical Perspective», en Kieser, Hans-Lukas y Schaller, Dominik J. (eds.), *Der Völkermord an den Armeniern und die Shoah*, Zúrich, 2002.
Rogger, Hans y Weber, Eugen (eds.), *The European Right*, Londres, 1965.
Röhl, John C. G, *Wilhelm II. Der Weg in den Abgrund 1900-1941*, Múnich, 2008.

Rose, Richard, *What is Europe*?, Nueva York, 1996.
Roseman, Mark, «National Socialism and the End of Modernity», *American Historical Review*, 116/3 (2011).
Rosenberg, Emily S. (ed.), *Geschichte der Welt 1870-1945. Weltmärkte und Weltkriege*, Múnich, 2012.
Rothschild, Joseph, *East Central Europe between the Two World Wars*, Seattle, 1977.
Rousso, Henry, *Le syndrome de Vichy de 1944 a nos jours*, París, 1990.
—, *Les années noires: vivre sous l'occupation*, París, 1992.
—, *Vichy, L'événement, la mémoire, l'histoire*, París, 2001.
— (ed.), *Stalinisme et nazisme. Histoire et mémoire comparées*, París, 1999.
Sartori, Roland (ed.), *The Ax Within: Italian Fascism in Action*, Nueva York, 1974.
Sassoon, Donald, *The Culture of the Europeans: From 1800 to the Present*, Londres, 2006.
*Schell, Margarete, *Ein Tagebuch aus Prag 1945-46*, Kassel, 1957.
Schoenbaum, David, *Hitler's Social Revolution: Class and Status in Nazi Germany 1933-1939*, Nueva York, 1967.
Schweitzer, Arthur, *The Age of Charisma*, Chicago, IL, 1984.
Sebestyen, Victor, *1946: The Making of the Modern World*, Londres, 2014.
Service, Robert, *The Bolshevik Party in Revolution: A Study in Organisational Change 1917-1923*, Londres, 1979.
—, *The Russian Revolution 1900-1927*, Londres, 1986.
—, *A History of Twentieth-Century Russia*, Londres, 1998.
—, *Lenin: A Biography*, Londres, 2000.
—, *Stalin: A Biography*, Londres, 2004.
Sharp, Alan, *The Versailles Settlement: Peacemaking in Paris, 1919*, Basingstoke, 1991.
Sheehan, James, *The Monopoly of Violence: Why Europeans Hate Going to War*, Londres, 2010.
Sheffield, Gary, *Forgotten Victory: The First World War - Myths and Realities*, Londres, 2002.
Shephard, Ben, *The Long Road Home: The Aftermath of the Second World War*, Londres, 2010.

Sherratt, Yvonne, *Hitler's Philosophers*, New Haven, CT, y Londres, 2013.
*Shirer, William L., *Berlin Diary 1934-1941*, Londres, 1941.
*Shore, Marci, *Caviar and Ashes: A Warsaw Generation's Life and Death in Marxism, 1918-1968*, New Haven, CT, y Londres, 2006.
Simms, Brendan, *Europe: The Struggle for Supremacy, 1453 to the Present*, Londres, 2013.
Sirinelli, Jean-François (ed.), *Histoire des droites en France. Vol. 1: Politique*, París, 1992.
Skidelsky, Robert, *J. M. Keynes: Economist, Philosopher, Statesman*, Londres, 2003.
*Słomka, Jan, *From Serfdom to Self-Government: Memoirs of a Polish Village Mayor*, 1842-1927, Londres, 1941.
Smith, L. V., Audoin-Rouzeau, Stephane y Becker, Annette, *France and the Great War, 1914-18*, Cambridge, 2003.
Smith, S. A., *Red Petrograd: Revolution in the Factories 1917-1918*, Cambridge, 1983.
*Snowden, Ethel [«Mrs. Philip»], *A Political Pilgrim in Europe*, Londres, 1921.
*Snyder, Timothy, *Bloodlands: Europe between Hitler and Stalin*, Nueva York, 2010.
Soucy, Robert, *French Fascism: The First Wave, 1924-1933*, New Haven, CT, y Londres, 1986.
—, *French Fascism: The Second Wave, 1933-1939*, New Haven, CT, y Londres, 1995.
*Sperber, Manès, *Bis man mir Scherben auf die Augen legt. All' das Vergangene . . .*, Viena, 1977.
Stachura, Peter D., *Poland in the Twentieth Century*, Londres, 1999.
—, *Poland, 1918-1945*, Londres, 2004.
Stachura, Peter (ed.), *Unemployment and the Great Depression in Weimar Germany*, Basingstoke, 1986.
*— (ed.), *Poland between the Wars, 1918-1939*, Londres, 1998.
Stargardt, Nicholas, *The German Idea of Militarism: Radical and Socialist Critics 1866-1914*, Cambridge, 1994.
—, *Witnesses of War: Children's Lives under the Nazis*, Londres, 2005.

*—, *The German War: A Nation under Arms, 1939-45*, Londres, 2015.
—, «Wartime Occupation by Germany: Food and Sex», en Richard Bosworth y Joseph Maiolo (eds.), *Cambridge History of the Second World War. Vol. 2: Politics and Ideology*, Cambridge, 2015.
Staritz, Dietrich, *Die Gründung der DDR*, Múnich, 1984.
Steinberg, Jonathan, *All or Nothing: The Axis and the Holocaust 1941-43*, Londres, 1991.
*Steiner, Zara, *The Lights that Failed: European International History 1919-1933*, Oxford, 2005.
*—, *The Triumph of the Dark: European International History 1933-1939*, Oxford, 2011.
Steinert, Marlis, *Hitlers Krieg und die Deutschen*, Düsseldorf y Viena, 1970.
Stern, Fritz, *Einstein's German World*, Londres, 2000.
—, *Five Germanys I Have Known*, Nueva York, 2006.
—, *Der Westen im 20. Jahrhundert. Selbstzerstörung, Wiederaufbau, Gefährdungen der Gegenwart*, Göttingen, 2008.
Sternhell, Zeev, *Ni Droite, ni Gauche. L'idéologie fasciste en France*, París, 1987.
Stevenson, David, *Armaments and the Coming of War: Europe 1904-14*, Oxford, 1996.
—, *Cataclysm: The First World War as Political Tragedy*, Nueva York, 2004.
Stevenson, John y Cook, Chris, *The Slump: Society and Politics during the Depression*, Londres, 1977.
Stone, Dan, *Histories of the Holocaust*, Oxford, 2010.
Stone, Norman, *The Eastern Front 1914-1917*, Londres, 1975.
—, *World War One: A Short History*, Londres, 2007.
Strachan, Hew, *The First World War. Vol. 1: To Arms*, Oxford, 2001.
Strachan, Hew, *The First World War*, Londres, 2006.
Sugar, Peter F. (ed.), *Fascism in the Successor States 1918-1945*, Santa Barbara, CA, 1971.
Suny, Ronald Grigor, *The Soviet Experiment: Russia, the USSR, and the Successor States*, Nueva York, 1998.

*Taylor, A. J. P., *English History 1914-1945*, Londres, 1970.
—, *From Sarajevo to Potsdam: The Years 1914-1945*, Londres, 1974.
Taylor, Frederick, *Exorcising Hitler: The Occupation and Denazification of Germany*, Londres, 2011.
—, *The Downfall of Money: Germany's Hyperinflation and the Destruction of the Middle Class*, Londres, 2013.
Thamer, Hans-Ulrich, *Verführung und Gewalt. Deutschland 1933-1945*, Berlín, 1986.
Thomas, Hugh, *The Spanish Civil War*, Londres, 1961.
Thränhardt, Dietrich, *Geschichte der Bundesrepublik Deutschland*, Frankfurt del Meno, 1986.
Thurlow, Richard, *Fascism in Britain: A History, 1918-1985*, Londres, 1987.
Todorov, Tzvetan, *The Fragility of Goodness: Why Bulgaria's Jews Survived the Holocaust*, Londres, 2001.
—, *Hope and Memory: Reflections on the Twentieth Century*, Princeton, NJ, 2003.
Tomka, Béla, *A Social History of Twentieth-Century Europe*, Londres, 2013.
Tooze, Adam, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006.
—, *The Deluge: The Great War and the Remaking of Global Order 1916-1931*, Londres, 2014.
Traverso, Enzo, *The Origins of Nazi Violence*, Nueva York, 2003.
—, «Intellectuals and Anti-Fascism: For a Critical Historization», *New Politics*, 9/4 (2004).
— (ed.), *Le Totalitarisme. Le XXe siecle en débat*, París, 2001.
Trentmann, Frank y Flemming, Just (eds.), *Food and Conflict in Europe in the Age of the Two World Wars*, Basingstoke, 2006.
Tucker, Robert C., *Stalin in Power: The Revolution from Above, 1928-1941*, Nueva York, 1990.
*Ulrich, Bernd y Ziemann, Benjamin (eds.), *German Soldiers in the Great War: Letters and Eyewitness Accounts*, Barnsley, 2010.

Unger, Aryeh L., *The Totalitarian Party: Party and People in Nazi Germany and Soviet Russia*, Cambridge, 1974.
Verhey, Jeffrey, *The Spirit of 1914: Militarism, Myth and Mobilisation in Germany*, Cambridge, 2000.
Vickers, Miranda, *The Albanians: A Modern History*, Londres, 1995.
Vincent, Mary, *Spain 1833-2002: People and State*, Oxford, 2007.
Vinen, Richard, *A History in Fragments: Europe in the Twentieth Century*, Londres, 2000.
Volkogonov, Dmitri, *Stalin: Triumph and Tragedy*, Londres, 1991.
Wachsmann, Nikolaus, *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*, Nueva York, 2015.
Waddington, Lorna, *Hitler's Crusade: Bolshevism and the Myth of the International Jewish Conspiracy*, Londres, 2007.
Walker, Mark, *Nazi Science: Myth, Truth, and the German Atomic Bomb*, Nueva York, 1995.
Waller, Philip y Rowell, John (eds.), *Chronology of the 20th Century*, Oxford, 1995.
Wasserstein, Bernard, *Barbarism and Civilisation: A History of Europe in Our Time*, Oxford, 2007.
—, *On the Eve: The Jews of Europe before the Second World War*, Londres, 2012.
Watson, Alexander, *Ring of Steel: Germany and Austria-Hungary at War, 1914-1918*, Londres, 2014.
Watt, Donald Cameron, *How War Came: The Immediate Origins of the Second World War, 1938-1939*, Londres, 1990.
*Weber, Eugen, *Varieties of Fascism*, Nueva York, 1964.
*—, *The Hollow Years: France in the 1930s*, Nueva York, 1996.
Wee, Herman van der, *Prosperity and Upheaval: The World Economy 1945-1980*, Harmondsworth, 1987.
Wehler, Hans-Ulrich, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte. Vol. 4: 1914-1949*, Múnich, 2003.
Weinberg, Gerhard, *The Foreign Policy of Hitler's Germany*, 2 vols., Chicago, IL, y Londres, 1970, 1980.
—, *A World at Arms*, Cambridge, 1994.

Weindling, Paul, *Health, Race and German Politics between National Unification and Nazism*, Cambridge, 1989.
Weiss-Wendt, Anton, *Murder without Hatred: Estonians and the Holocaust*, Syracuse, NY, 2009.
Welch, David, *Germany, Propaganda and Total War 1914-18*, Londres, 2000.
Werth, Alexander, *Russia at War 1941-1945*, Nueva York, 1984.
Winkler, Heinrich August, *Geschichte des Westens. Die Zeit der Weltkriege 1914-1945*, Múnich, 2011.
—, *Geschichte des Westens. Vom Kalten Krieg zum Mauerfall*, Múnich, 2014.
Winstone, Martin, *The Dark Heart of Hitler's Europe: Nazi Rule in Poland under the General Government*, Londres, 2015.
Winter, Jay, *Sites of Memory, Sites of Mourning: The Great War in European Cultural History*, Cambridge, 1995.
—, *Dreams of Peace and Freedom: Utopian Moments in the 20th Century*, New Haven, CT, y Londres, 2006.
— y Prost, Antoine, *The Great War in History: Debates and Controversies 1914 to the Present*, Cambridge, 2005.
—, Parker, Geoffrey y Habeck, Mary R. (eds.), *The Great War and the Twentieth Century*, New Haven, CT, y Londres, 2000.
Wirsching, Andreas, «Political Violence in France and Italy after 1918», *Journal of Modern European History*, 1/1 (2003).
Woller, Hans, *Die Abrechnung mit dem Faschismus in Italien 1943 bis 1948*, Múnich, 1996.
—, *Geschichte Italiens im 20. Jahrhundert*, Múnich, 2010.
Woolf, S. J. (ed.), *The Nature of Fascism*, Londres, 1968.
— (ed.), *Fascism in Europe*, Londres, 1981.
*Woodruff, William, *The Road to Nab End: A Lancashire Childhood*, Londres, 2000.
*—, *Beyond Nab End*, Londres, 2003.
*Wright, Jonathan, *Gustav Stresemann: Weimar's Greatest Statesman*, Oxford, 2002.

Wrigley, Chris (ed.), *Challenges of Labour: Central and Western Europe 1917-1920*, Londres, 1993.
Wróbel, Piotr, «The Seeds of Violence: The Brutalization of an East European Region, 1917-1921», *Journal of Modern European History*, 1/1 (2003).
Ziemann, Benjamin, *Contested Commemorations: Republican War Veterans and Weimar Political Culture*, Cambridge, 2013.
—, *Gewalt im Ersten Weltkrieg*, Essen, 2013.
—, «Germany after the First World War - A Violent Society?», *Journal of Modern European History*, 1/1 (2003).
Zimmermann, Moshe (ed.), *On Germans and Jews under the Nazi Regime*, Jerusalén, 2006.
Zürcher, Erik J., *Turkey: A Modern History*, Londres, 2004.
Zuckmayer, Carl, *Geheimbericht*, ed. por Gunther Nickel y Johanna Schrön, Göttingen, 2002.
Zuckmayer, Carl, *Deutschlandbericht für das Kriegsministeriuim der Vereinigten Staaten von Amerika*, ed. por Gunther Nickel, Johanna Schrön y Hans Wagener, Göttingen, 2004.
*Zweig, Stefan, *The World of Yesterday*, 3.ª ed., Londres, 1944.
*—, *Tagebücher*, Frankfurt, 1984.

Lista de ilustraciones

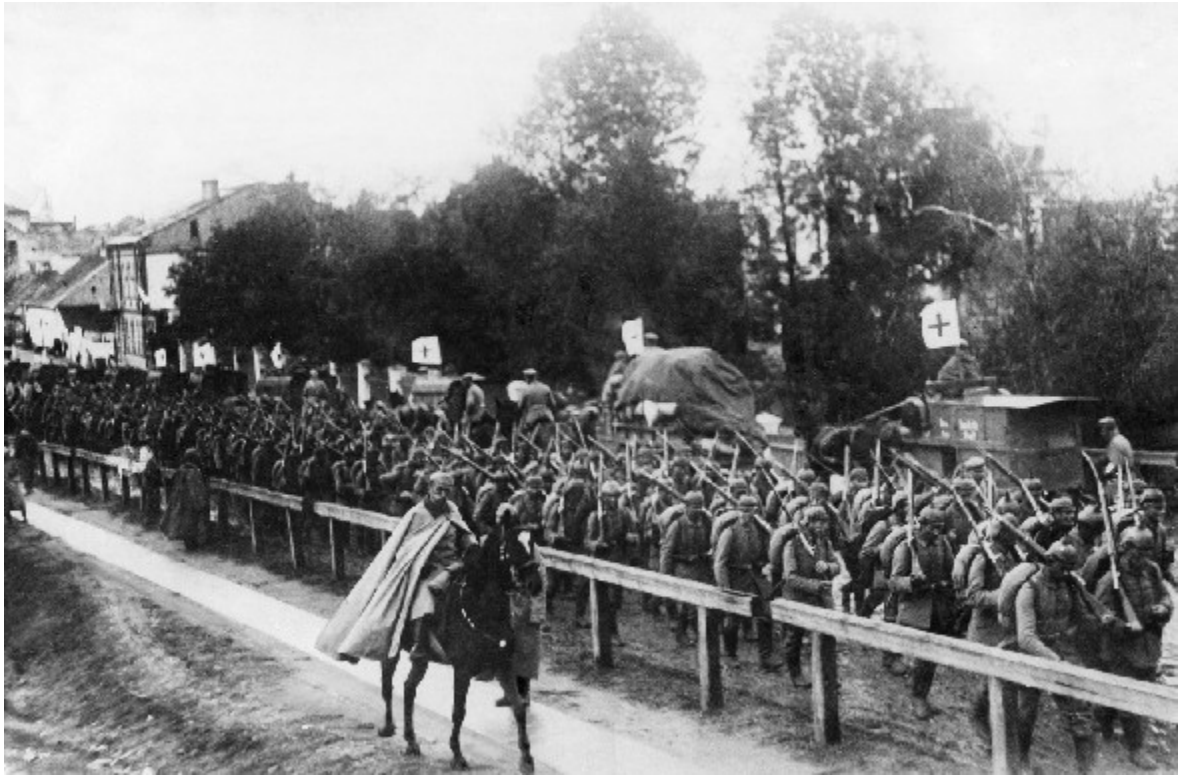
1. Soldado italiano arrebatando una bandera musulmana a las tropas otomanas vencidas cerca de Trípoli, 1911. (*akg-images*)
2. Caricatura alemana de la Europa beligerante en 1914. (*akg-images*)
3. Tropas alemanas camino de la batalla del Marne en septiembre de 1914 (*akg-images/ullstein bild*)
4. El «Barranco de la Muerte», batalla de Verdún, 1916. (*akg-images*)
5. Cartel francés anunciando la conmemoración del «Día de Serbia» el 25 de junio de 1916, con el fin de recaudar dinero para los refugiados serbios. (*akg-images/Jean-Pierre Verney*)
6. «La Tierra vista desde la Luna en 1916.» (*akg-images*)
7. Un orador de la USPD alemana se dirige a la multitud en un funeral el 29 de diciembre de 1918. (*akg-images*)
8. Cartel mostrando lo que, según los alemanes, significarían para Alemania las exigencias de los Aliados en el Tratado de Versalles. (*akg-images*)
9. Sufragistas francesas en 1919 exigiendo el voto. (*Fox Photos/ Getty Images*)
10. Propaganda alemana durante la Campaña para el Plebiscito de la Alta Silesia de 1921. (*Universal History Archive/UIG via Getty Images*)
11. Tanque británico en Colonia, *ca*. 1920. (*akg-images*)
12. Firma de los negociadores del Tratado de Locarno de 1925. (*akg-images/picture-alliance/dpa*)
13. Familia de *kulakí* expulsada de su granja en Ucrania. (*akg-images/RIA Nowosti*)
14. Cartel anunciando el cine UFA-Palast en las Wilhelmshallen am Zoo, Berlín, *ca*. 1930 (*akg-images*)
15. El Karl-Marx-Hof, Viena. (*ullstein bild/ullstein bild via Getty Images*)
16. Mitin electoral nazi en Frankfurt del Meno, probablemente el 28 de julio de 1932. (*akg-images*)

17. Guardia a la entrada del Karl-Marx-Hof de Viena tras el alzamiento socialista del 12 de febrero de 1934. (*ullstein bild/ullstein bild via Getty Images*)
18. Propaganda fascista para las «elecciones» italianas del 26 de marzo de 1934. (*Keystone-France/Gamma-Keystone via Getty Images*)
19. Tropas españolas de África esperando su traslado en avión a la Península en un Junkers-52 proporcionado por la Alemania nazi, agosto de 1936. (*akg-images/ullstein bild*)
20. Polacos vigilados por guardias alemanes en otoño de 1939. (*akgimages*)
21. Miembros de una compañía de propaganda alemana tomando fotos del material de guerra británico abandonado en Dunkerque, mayo de 1940. (*akg-images*)
22. Habitantes de Londres intentan cobijarse en un refugio subterráneo durante un ataque aéreo, 7 de octubre de 1940. (*akgimages*)
23. Cartel publicitario exhortando al alistamiento en la legión noruega de la Waffen-SS. (*akg-images*)
24. Soldados alemanes, italianos y húngaros hechos prisioneros por el Ejército Rojo a comienzos de 1943. (*akg-images*)
25. Prisioneros del campo de concentración de Mauthausen, Austria, en 1943. (*akg-images/ullstein bild*)
26. Cartel propagandístico antibolchevique para el «servicio de trabajo obligatorio» (*service du travail obligatoire*) en Francia, 1944. (*Art Media/Print Collector/Getty Images*)
27. La población italiana contempla el paso de los tanques americanos ante el Coliseo tras la liberación de Roma el 4 de junio de 1944. (*akg-images/Universal Images Group/SeM*)
28. Varsovia en ruinas al término de la segunda guerra mundial. (*akg-images/Universal Images Group/Sovfoto*)
29. Alemanes de los Sudetes cerca de Liberec (Reichenberg), en Checoslovaquia, 6 de mayo de 1946. (*Sovfot/UIG via Getty Images*)
30. Cartel publicitario anunciando el Plan Marshall. (*Archiv Gerstenberg/ullstein bild via Getty Images*)

AU COURS D'UN COMBAT SOUS LES MURS DE TRIPOLI
UN SOLDAT ITALIEN S'EMPARE D'UN ÉTENDARD VERT DU PROPHÈTE

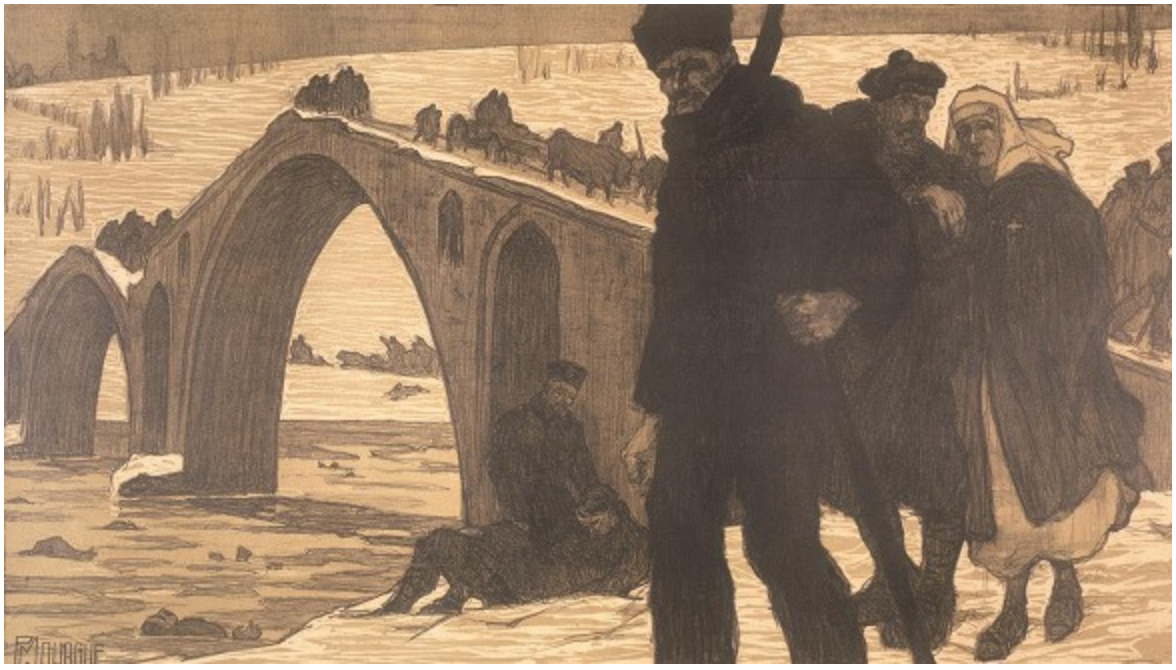
1. Violencia en las colonias. Imagen de la invasión de Libia de 1911. Soldado italiano arrebatando una bandera musulmana a las tropas otomanas vencidas cerca de Trípoli.

2. Caricatura alemana de la Europa beligerante en 1914. Alemania y el Imperio Austrohúngaro apuntan sus armas contra un monstruo amenazador, Rusia. Una bota alemana se prepara para pisar Francia. Gran Bretaña (en la figura de un escocés), Italia y Turquía contemplan el panorama con cierta preocupación, y un bulldog británico parece controlar Irlanda.



3. Tropas alemanas —probablemente no muy animadas por la procesión de ambulancias que regresan del frente— camino de la batalla del Marne en septiembre de 1914.

4. El «Barranco de la Muerte», situado justo a los pies de la fortaleza francesa de Douaumont, durante la batalla de Verdún de 1916.



5. Cartel francés en el que aparecen representados unos serbios huyendo tras la desastrosa derrota infligida por austríacos y búlgaros en el otoño de 1915, y en el que se anuncia un «Día de Serbia», el 25 de junio de 1916, con el fin de recaudar dinero para los refugiados serbios.

Nr. 784 16 Stuttgart, den 4. August 1916

DER WAHRE JACOB

○○○ Abonnementspreis pro Jahr Mk. 2.60 ○○○ Anzeigen pro 4 gespaltene Nonpareille-Zeile Mk. 2.50
○○○○○○○ Erscheint alle vierzehn Tage. ○○○○○○○ Preis bei Postbezug vierteljährlich 65 Pfg. (ohne Bestellgeld).
Verantwortlich für die Redaktion: B. Heymann in Stuttgart. Druck und Verlag von J. H. W. Dietz Nachf. G.m.b.H. Stuttgart.

Die Erde im Jahre 1916 vom Mond aus gesehen.

6. «La Tierra vista desde la Luna en 1916.» Impactante ilustración del mundo llorando lágrimas de sangre aparecida en una revista alemana.

7. Un orador del Partido Socialista Independiente de Alemania (USPD) se dirige a la multitud el 29 de diciembre de 1918 mientras pasa por delante del antiguo Palacio Real el cortejo fúnebre con los restos de los marineros muertos a manos de las tropas gubernamentales durante las sublevaciones revolucionarias de Berlín. La USPD dejó el gobierno en protesta por esta trágica acción. Muchos de sus miembros decidieron unirse al recién creado Partido Comunista de Alemania.

8. «Lo que vamos a perder.» Cartel mostrando lo que, según los alemanes, significarían para Alemania las exigencias de los Aliados en el Tratado de Versalles: la pérdida de un 20 % de sus territorios productivos, de un 10 % de población, de un tercio de su carbón, de una cuarta parte de su producción agrícola, de cuatro quintas partes de su hierro, de todas las colonias y de su marina mercante.

9. Sufragistas francesas en 1919 exigiendo el voto. Fracasarían en su empresa y tendrían que esperar hasta 1944 para poder ejercer el derecho de voto.

10. Propaganda alemana durante la Campaña para el Plebiscito de Alta Silesia de 1921: «En Alemania prosperidad duradera, en Polonia pobreza y emigración». Al final, la Alta Silesia fue dividida, y buena parte de esta importante región industrial pasó a Polonia.

11. Tanque británico en las calles de Colonia, cuartel general del ejército británico en Renania, en *ca*. 1920. La imagen ilustra la ocupación aliada a la que se vio sometida la región de Renania entre 1919 y 1930.

12. Firmas de los negociadores del Tratado de Locarno de 1925 —entre otras la de Briand, Stresemann, Austen Chamberlain y Mussolini— grabadas en el péndulo del reloj del palacio de justicia de Locarno.

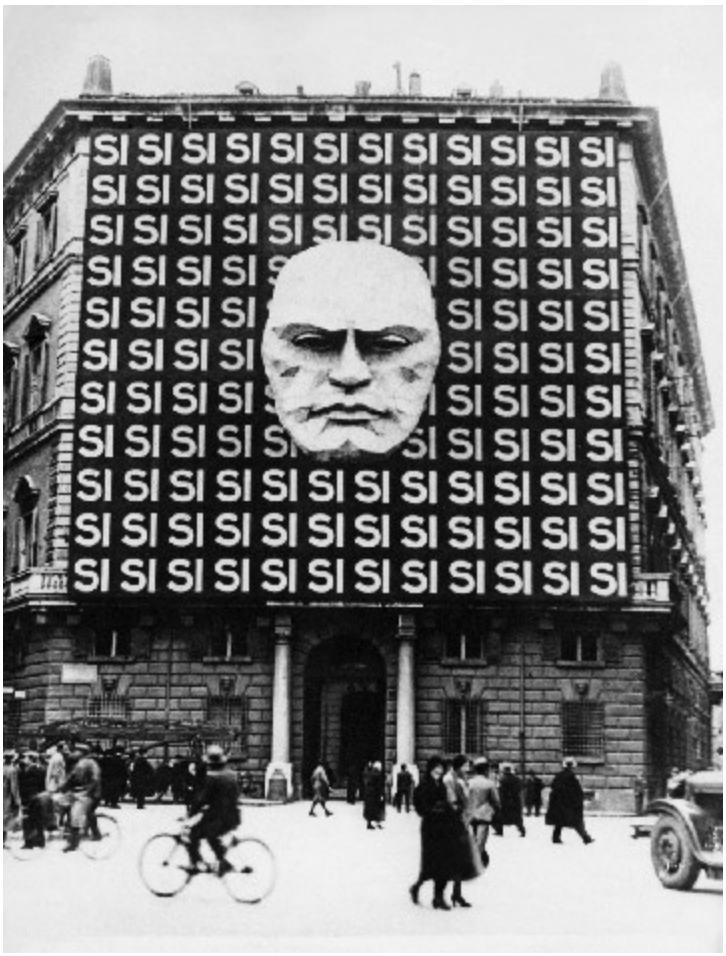
13. Una familia de *kulakí* es expulsada de su granja de la región de Odesa, en Ucrania, en una fecha indeterminada entre 1928 y 1937, durante la puesta en marcha del brutal plan estalinista de colectivizar la producción agrícola.

14. Cartel anunciando el cine UFA-Palast en las Wilhelmshallen am Zoo, Berlín, ca. 1930. La llegada del cine sonoro hizo que se llenaran las salas de proyecciones de toda Europa en la década de 1930.

15. Algunos ayuntamientos hicieron un esfuerzo enorme para combatir con determinación el pésimo estado en el que se encontraban numerosas edificaciones. El gobierno socialista de la «Viena roja» encargó la construcción del Karl-Marx-Hof, que, una vez terminada, supuso 1.382 pisos nuevos para los habitantes más pobres de la ciudad.

16. Una gran multitud asiste a un mitin electoral nazi en Frankfurt del Meno, probablemente para escuchar el discurso pronunciado por Hitler el 28 de julio de 1932. El Partido Nazi obtuvo el 37,4 % de los votos en las elecciones generales celebradas tres días después, su mayor éxito electoral antes de que Hitler ocupara la cancillería en enero del año siguiente.

17. Guardia a la entrada del Karl-Marx-Hof de Viena después de que el alzamiento socialista del 12 de febrero de 1934 contra el represivo régimen austríaco fuera sofocado brutalmente por las tropas gubernamentales.



18. Propaganda fascista para las «elecciones» italianas —una mera farsa plebiscitaria— del 26 de marzo de 1934. Una imagen enorme del rostro de Mussolini,cual «Gran Hermano», aparece superpuesta al monosílabo «Si», que se repite una y otra vez para inculcar a la población el voto en sentido afirmativo. No obstante, los italianos sólo podían votar a un partido. Como cabía esperar, el Partido Fascista obtuvo el 99,84 % de los votos.

19. Tropas españolas de África esperando ser trasladadas a la Península en un avión Junkers-52 proporcionado por la Alemania nazi, agosto de 1936. El suministro de medios de transporte para las tropas nacionales por parte de Hitler y Mussolini fue trascendental para las primeras victorias de Franco en la guerra civil.

20. Polacos vigilados por guardias germanos en otoño de 1939, tal vez a la espera de ser trasladados a trabajar a Alemania, donde sin duda les aguardaban las peores penalidades.

21. Miembros de una compañía de propaganda alemana tomando fotos del material de guerra británico abandonado en Dunkerque, tras la evacuación de la zona por parte de los Aliados a finales de mayo de 1940.

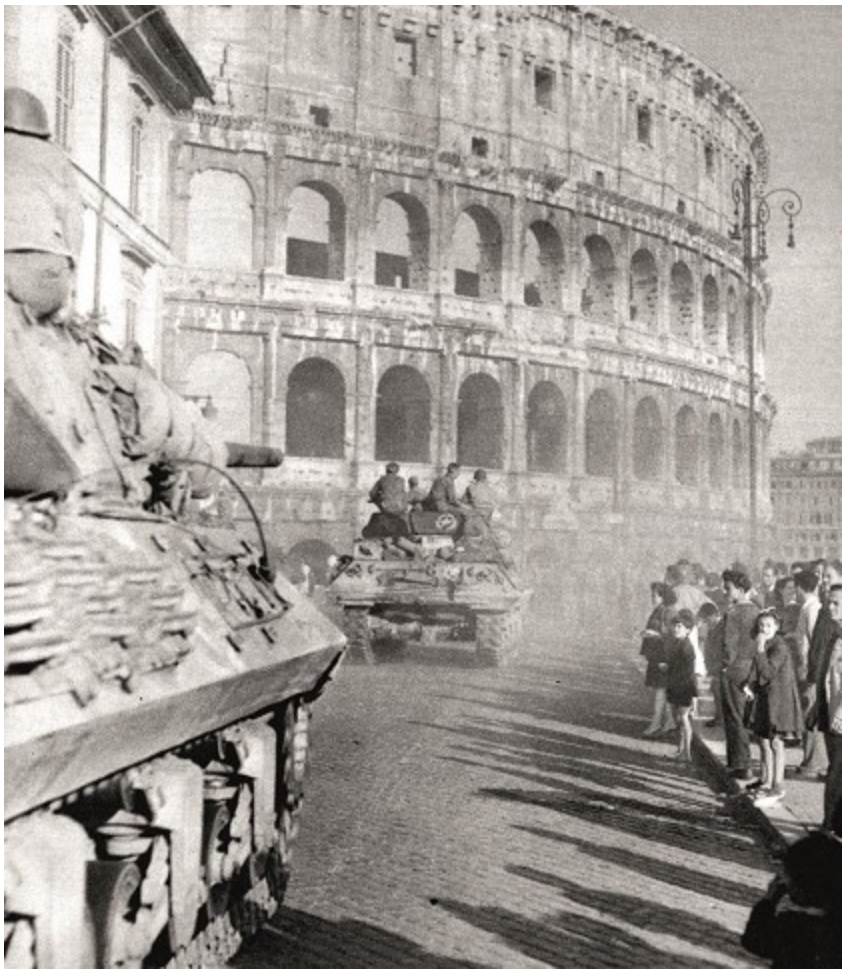
22. Refugiados en una estación de metro. Unos londinenses tratan de dormir un poco echados en las escaleras mecánicas durante un ataque aéreo de los alemanes, 7 de octubre de 1940.

23. Cartel publicitario exhortando al alistamiento en la legión noruega de la Waffen-SS poco después de su creación el 29 de junio de 1941. Dice: «Contra el enemigo común... contra el bolchevismo».

24. Una columna interminable de soldados alemanes, italianos y húngaros capturados por el Ejército Rojo a comienzos de 1943 tras la batalla de Stalingrado.

25. Prisioneros del campo de concentración de Mauthausen, Austria, en 1943, obligados a transportar pesados bloques de granito por los 186 peldaños de una larga escalinata que conducía a lo alto de la cantera.

26. Cartel propagandístico anti-bolchevique para el «servicio de trabajo obligatorio» (*service du travail obligatoire*) en Francia, 1944. «Cada hora de trabajo en Alemania supone una piedra más en la muralla que protege a Francia», proclama. Pero los franceses detestaban la prestación de trabajo obligatoria, y muchos de los individuos reclutados optaron por huir para unirse al movimiento de la resistencia, cada vez más numeroso.



27. La población italiana contempla el paso de los tanques americanos ante el Coliseo tras la liberación de Roma el 4 de junio de 1944.

28. Fotografía soviética de Varsovia en ruinas al término de la segunda guerra mundial.

29. 6 de mayo de 1946. Un grupo sorprendentemente alegre de alemanes de los Sudetes cerca de Liberec (Reichenberg), en Checoslovaquia, a la espera de ser trasladado a Alemania. Es probable que pensaran que lo peor ya había pasado. Formaban parte de los aproximadamente tres millones de germanos que en el otoño de 1947 fueron expulsados, a menudo con extrema brutalidad, de territorio checoslovaco.

30. «Vía libre al Plan Marshall», reza el cartel publicitario anunciando el programa americano de ayudas que simbolizaba el camino hacia una nueva prosperidad para Europa occidental. Stalin rechazó el plan para los países del bloque oriental.

Notas

1. Mi abuelo —mucho antes de que yo naciera— y sus dos hijos mayores estuvieron entre los asistentes. Viajaron juntos más de 300 km desde Oldham en tren, pero regresaron a casa por separado y en días diferentes. Al tío Jimmy lo encontraron dormido en una vía muerta en la estación de Reading tres días después del partido. ¡Los Kershaw se habían divertido de lo lindo!

1. Sorprendentemente, un observador tan perspicaz de la clase obrera como él no aprovechó la ocasión para asistir en Wigan a la manifestación de un deporte típicamente proletario, la Liga de Rugby. El primer sábado de su estancia en la localidad, el 15 de febrero de 1936, y cerca del lugar en el que se alojaba, Orwell habría podido ver al poderoso equipo de Wigan humillado por 17 puntos a 10 en su propio campo por un equipo inferior, los Liverpool Stanley, en presencia de 15.000 espectadores.

1. Al enterarse de que había medias de nylon disponibles, mi tía Gladys se puso un día a hacer una larguísima cola en Oldham. Cuando por fin estaba a punto de llegar al mostrador, se enteró de que al final no eran medias de nylon lo que se vendía; la gente se había puesto a hacer cola para comprar bragas. «Bueno, no voy a haber hecho cola tanto tiempo para nada. Así que compraré unas bragas», dijo.

Descenso a los infiernos
Ian Kershaw

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *To hell and back*
Edición original en inglés publicada por Penguin Books Ltd, Londres.

© Ian Kershaw, 2015

© de la traducción, Juan Rabasseda y Teófilo de Lozoya, 2016

© Diseño: Studio Jan de Boer. Adaptada por el departamento de Arte y Diseño. Área editorial Grupo Planeta
© Ilustración de cubierta: Keystone/Getty Images

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2016

ISBN: 978-84-9892-956-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com